Maria de la Pau Janer
Todos los nombres de Helena
DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV

XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
Glosario
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Eva, una actriz entregada a su trabajo, interpreta el papel de su vida, un personaje que la cautiva tanto como la intimida: Helena de Troya. Durante el rodaje, Adrià, el actor que encarna a Paris, sufre un grave accidente y de manera gradual Helena y su fatalidad se van apoderando de los miembros del equipo de la película en una serie de desgracias. No obstante, en el momento más terrible aparece una luz de esperanza cuando el tío desconocido y multimillonario de Chiara, la doble de Eva en las escenas de riesgo y esposa de Adrià, la invita a un crucero con el fin de tomar una decisión trascendental. Con sus compañeros de rodaje, Eva y Chiara urdirán un plan para conseguir lo que desean y poder terminar la película.

Una cautivadora novela que revisita los versos de la Ilíada a través de una emotiva y trepidante historia contemporánea de amor y amistad.

Todos los nombres de Helena

Maria de la Pau Janer

Ediciones Destino

A la memoria de Joan Corbella Roig

No ha habido guerra tan justa, ninguna otra, como la de Troya: dos pueblos a las armas para decidir quién de los dos debía quedarse la belleza.

ERRI DE LUCA

I

A los doce años, tocaba la lira y tensaba un arco de madera de olmo para cazar cabras salvajes. El viento soplaba por los pasillos del palacio de Esparta. Cuando Helena corría detrás de una presa se sentía libre. Los árboles se alzaban cerca del monte Taigeto.

Las leyendas decían que había nacido de un huevo azul. Su madre no soportaba la visión del plumaje de los cisnes salvajes. Una vez, descubrió que conservaba tres plumas en una caja, ocultas bajo llave. La profecía de Delfos había marcado con fuego el futuro de Helena: «Serás la ruina de Asia y de Europa. Serás la muerte de los griegos».

En las escasas salidas fuera de los muros, cuando contemplaba los olivos y los cipreses, llevaba un velo que le cubría el rostro. Jamás le permitieron verse en un espejo. No sabía de qué color tenía los ojos ni cómo era la forma de sus labios. Tenía miedo de sufrir alguna deformidad, y no hacía preguntas. Mientras sus hermanos entraban y salían, ella vivía recluida. Se acostumbró a los silencios de la familia, a los cuchicheos de los sirvientes, a las canciones que entonaban los bardos cerca del fuego en las noches de invierno, que nunca mencionaban su nombre porque estaba prohibido.

A Helena le encantaba correr al viento. Como era rápida, sus hermanos la llamaban Atalanta, que había sido la mujer más veloz. Era hija de Tíndaro y de Leda, reyes de Esparta. Su belleza era desconcertante, capaz de hipnotizar a quien la mirase, de capturar voluntades. La gente del pueblo decía que Zeus adoptó la forma de un cisne para copular con Leda, seducido por sus cabellos negrísimos. Su padre era un dios y su madre, una mujer mortal, triste suerte la de quien nace en medio de dos universos sin pertenecer del todo a ninguno. Helena de Esparta no era inmortal

como los dioses. Tampoco era únicamente humana, porque la belleza le otorgaba un don sobrenatural. No se parecía a sus hermanos, que habían heredado las facciones de Tíndaro. Era luminosa, espléndida. Quisieron protegerla de ese poder, que podía convertirse en una condena, y no permitieron que nadie viera su rostro hasta que cumplió los quince años. Entonces sus pretendientes viajaron a Esparta con la intención de casarse con ella. Había dos motivos poderosos que atraían a príncipes y grandes señores: era la heredera de Esparta, después del casamiento de su hermana mayor, Clitemnestra, con Agamenón, rey de Micenas. Agamenón era robusto, tenía el pelo y la barba oscuros, y, ambicioso como era, buscaba alianzas para fortalecer su poder.

Por otro lado, la leyenda de la belleza de Helena voló lejos. ¿Quién fue capaz de contarla? Muchos intentaron cantar la perfección de su rostro, pero no pudieron. El hechizo de la hija de un dios no se puede describir. Tiene algo intangible, superior, obvio para las miradas, pero insuficiente para el lenguaje humano. A pesar del poder de las palabras, estas solo podían dibujar la sombra de Helena, aunque ella fuese la claridad.

Agamenón llegó a Esparta acompañando a su hermano Menelao, con la intención de casarlo con Helena. Dos hermanos unidos a dos hermanas. Micenas y Esparta, invencibles durante muchas generaciones, quizá para siempre.

Helena fue una buena tejedora. Lo que no decían sus labios lo expresaban sus dedos. Cuando los pretendientes se reunieron con Tíndaro en el megarón bordaba un pavo real. Cada uno traía una prenda, algún elemento que hablara de él o de sus habilidades; algunos eran muy jóvenes y otros, muy viejos. Fueron días de fiestas y de banquetes. Cuando Helena estaba ya harta de ver rostros poco gentiles, descubrió a Menelao. El amor de la mujer más bella del mundo es como el amor de la luna: ninguna otra mujer ni ninguna estrella tienen su resplandor.

Helena no lo amó. No enloqueció por él ni sintió que se le aceleraba el corazón al mirarlo. Encerrada entre los muros, no se había dedicado a soñar el amor. Lo escogió por una mezcla de

circunstancias fortuitas, como que tenía el pelo de un rubio rojizo que le suavizaba la expresión del rostro, en el que no encontró la ferocidad de Agamenón, sino un ademán de admiración sincera, rotunda, que la halagó. Los que la rodeaban se cohibían de manifestar los efectos que provocaba y procuraban disimularlos para protegerse. Helena estaba harta de la procesión de pretendientes, de los discursos poco interesantes, de los festines en los que se vaciaban las bodegas de su padre y se devoraba la carne de los bueyes.

En Esparta, las mujeres podían reinar desde tiempos antiguos. Menelao nunca sería rey de Micenas, donde su hermano llevaba las riendas del Gobierno, de modo que, tras la boda, Helena no tendría que abandonar los lugares que amaba. Ese argumento calmaba la inquietud de la joven: el mundo podía permanecer inmutable a la orilla del Eurotas. Rechazó a Áyax, hijo de Telamón, el rey de Salamina, que tenía la altura de un gigante. Rechazó a Idomeneo, rey de Creta, donde abundaban los pastos, los olivares y las viñas, experto en contar relatos épicos. No aceptó las riquezas del ateniense Menesteo, que le prometió barcas, palacios y piedras preciosas.

El día antes de la boda, Helena de Esparta miró su rostro por primera vez. Fue sola al río y espió su reflejo. Comprendió que era distinta. Deslumbrada por su propia imagen, no pudo soportarla. Le hacía daño. Le lanzó guijarros, hasta que el temblor del agua distorsionó la forma.

Siglos más tarde, en Barcelona, Eva abrió la puerta. Hacía muchas horas que se había marchado de casa. Salía antes de las primeras luces, después de un desayuno frugal. Aunque sus jornadas exigían una alimentación sólida, era incapaz de tragar nada. Con el pelo recogido, sin maquillaje, vestida con unos vaqueros y un jersey, salía a la calle. Estaba preparada para las inclemencias del día. Durante el trayecto, empezaba la metamorfosis: meterse en la piel de otra no era fácil. Esa era la gracia. Tenía que revivir las escenas, guiarlas del cerebro a las emociones. Ahora era ella; después ya no

lo era. En apariencia, muy fácil; en el fondo, la única forma en que sabía entender la vida, bajo mil disfraces.

Había jugado a eso desde niña: era un pirata, un monstruo con la piel de escamas, una alquimista o una mendiga. Podía convertirse en la odalisca seductora, la prisionera de un terrible bandido o la reina del mundo. En cada papel, volcaba todo lo que llevaba dentro. Había una parte de ella misma y otra que jamás habría reconocido como propia, desenterrada de lugares desconocidos. Cuando adoptaba la voz de alguien, olvidaba quién era, mientras el personaje dejaba de ser una criatura imaginada por un escritor. El universo se alteraba hasta diluirse y la ficción se volvía sólida. Estaba segura de ello: si no conseguía creerse el papel, ¿a quién pretendía convencer? Si era lo bastante hábil cuando actuaba, podría seducir, amenazar, ganar voluntades... Todo era posible cuando la iluminaban los focos.

En casa, en aquel piso de sesenta metros cuadrados, volvía a ser la de siempre: una criatura superada por el miedo a vivir, pero que cuando interpretaba se volvía poderosa. Se movió entre los libros esparcidos por el suelo, la ropa desordenada, los guiones sobre la mesa de la cocina. Abrió la nevera, escasa en provisiones, y sacó un paquete de rollitos de primavera precocinados. Se duchó. Agua muy caliente, jabón, la fatiga concentrada en las sienes. Podía sentir la tensión vivida. Tenía el mejor trabajo que hubiese podido soñar, pero pagaba un precio alto por ello: la exigencia, el aislamiento del mundo.

Vestida con un albornoz viejo que le recordaba a los peluches de la infancia, contestó al móvil:

—Dime, Chiara. —Su voz tenía un tono cansado que no se preocupó de disimular.

—Perdona que te moleste. Es tarde. Debes de estar agotada... —La otra hablaba entre la timidez y la excitación.

—Ha sido un día largo. —Hizo una pausa—. Muy largo.

—Lo sé. He intentado coincidir contigo. He ido a maquillaje, pero hoy no me han dejado entrar.

—Me concentro cuando me transforman en ella. Es un proceso complicado.

—Naturalmente, pero mañana tengo que grabar la escena de la tormenta. Estoy nerviosa, no me había pasado nunca; esta vez todo es distinto. No hago el trabajo de siempre. No se trata de rodar momentos difíciles, arriesgados; eso no me da miedo.

—¿Qué te da miedo entonces? —La habría enviado a tomar viento.

—El personaje.

—¿El personaje que en realidad protagonizo yo? No lo entiendo.

—Me lo puedo imaginar. No sé explicarlo. Estoy confundida, nunca me había pasado algo así.

—Sé concreta, por favor.

—Soy tu sustituta para las escenas de riesgo, y estoy preparada para hacerlo, nunca he vacilado en un rodaje. En esta ocasión, sin embargo, el personaje es diferente. Me supera.

—¿A ti? —Eva no disimuló la sorna.

—Te he dicho que la protagonista eres...

—¡Soy yo! Exacto. Te limitas a ocupar mi sitio cuando hay peligro de que me pueda romper un hueso. Nada más. No eres la responsable del personaje.

—Me lo he repetido cien veces. Entiéndeme: no quiero ofenderte, no pretendo herir tu sensibilidad. La actriz eres tú. Soy prescindible, pero ella es... No sé cómo decirlo. ¿Fascinante?

—Sí.

—Tengo pánico de no estar a la altura, aunque mi papel sea minúsculo.

—Quien tiene que estar a la altura soy yo, no lo olvides. El esfuerzo me agota y no es el mejor momento para escuchar tus paranoias. ¿Has hablado de esto con Ferran?

—No puedo. ¿Cómo quieres que le explique al director que me da miedo no ser una buena suplente de la protagonista para las escenas peligrosas?

—¿Por qué no?

—Existe la posibilidad de que busque a otra persona para ocupar mi lugar.

—Podría ser una buena idea. Si sufres tanto, deberías dejarlo.

No tendrás dificultades para encontrar otro rodaje. Eres buena en lo que haces.

—¿No lo entiendes? Puedo permitirme perder el trabajo, pero no este personaje. Aunque mi papel en la historia sea insignificante, ella fue tan grande que...

—¿Qué?

—Interpretarla, aunque sea como tu doble, me engrandece a mí. Este papel justifica toda mi carrera.

—Estás loca. En todo caso, eso lo tendría que decir yo.

—¿Y no lo dices?

Se hizo un silencio incómodo. Finalmente, llegó la respuesta:

—Sí.

Habían coincidido en algunas películas: Chiara y Eva, dos mujeres situadas en las antípodas. La primera, especialista en jugarse la vida, amante del peligro, de las emociones fuertes, acostumbrada al entrenamiento físico y al control mental. La segunda, actriz desde que tenía memoria, alumna aplicada de grandes profesores. Había estudiado en Barcelona y en Francia, y había dedicado su vida a aprender técnicas de interpretación, a trabajar la voz, la gestualidad. Era apasionada y fría a la vez, en un extraño equilibrio entre el corazón y la cabeza, y sabía meterse en otras vidas con facilidad. Se transformaba como si fuera de barro, aunque estaba hecha de acero.

No eran amigas. Compartían la dificultad para relacionarse con los demás. Nunca habían sido sociables. Tenían universos propios complejos: profesiones absorbentes que demandaban un rendimiento alto, un nivel de autoexigencia que no permitía demasiadas distracciones. Tampoco sentían una especial simpatía mutua. Chiara admiraba a la actriz que era Eva. A Eva le gustaba ver a Chiara jugar con el riesgo. No se lo habrían confesado jamás la una a la otra. Incluso había una cierta jerarquía en la forma de relacionarse: la actriz dejaba muy claro cuál era el papel de la doble. Por muchas acrobacias que dominase, siempre quedaría en un último plano. Quien daba vida a los personajes era ella.

A Eva le molestó la llamada. Se lo planteó sumergida en una butaca, protegida por el albornoz, mitad aspereza de muchos

lavados, mitad suavidad y aroma. Sujetaba los papeles del día siguiente mientras repasaba los textos, aunque le costaba aparcar la conversación. ¿Cuántos años tenía Chiara? Ella había cumplido los treinta. No hubo tarta de cumpleaños. Había pensado que podría comprarse algo, pero no tenía tiempo para perderlo yéndose de tiendas ni ninguna ilusión concreta. Todos los deseos desaparecían, engullidos por la figura a la que interpretaba. No tenía ambiciones ni sueños propios, porque adoptaba los de sus personajes.

Oyó el timbre de la puerta. Era Ferran. Lo adivinó antes de abrir, cuando todavía no había visto el rostro de expresión firme, los ojos impacientes.

—Hola. —El hombre hablaba con una media sonrisa—. No sabía si me dejarías en la calle.

—¿Cuándo he hecho yo algo así?

—Nunca, aunque siempre hay una primera vez. Bromas aparte, dudaba si subir. Sé que necesitas dormir. Pero justamente...

—Pasabas por aquí.

A Eva se le escapó una sonrisa traviesa.

—Exacto. No he podido resistirme a la tentación.

—He intuido que eras tú.

—¿Te has convertido en una brujilla con poderes o lo has sido siempre?

—Lo soy desde que tengo memoria. ¿Cómo habría podido negarle la entrada al gran director? La promesa del cine actual, galardonado y reconocido en todas partes.

—Claro. El que te ha escogido para protagonizar su última película.

—El mejor director. —Volvió a sonreír—. Y el mejor amante.

—¿Sabes por qué te escogí a ti?

—¿Porque siempre te he gustado?

—Cierto, pero ese no es el motivo de mi elección. Eres una magnífica actriz, Eva; me lo demuestras cada día en el plató. No habría podido soñar con una protagonista como tú. Das vida al personaje, lo reinventas. Bajo los focos, eres ella.

—Me siento ella. Déjame que juegue. Eres...

—¿Paris? —El rostro se relajó y las facciones perdieron su rictus de dureza.

—¡¡No!! —Reía.

—¿Cómo que no? ¿Entonces quién?

—Héctor.

—¡Eres increíble! Aprovechas cualquier ocasión para llevar la pelota a tu campo. Te he dicho que Héctor no será el protagonista. No lo es en el pensamiento de la gente.

—¡Qué más da! Tú quieres hacer una gran película, olvídate pues de lo que está establecido. Héctor es su amor. Estoy segura.

—¿Y Paris?

—Una ilusión que la ayuda a huir.

—¡Qué reina de Esparta habrías sido en la vida real! —En sus palabras había burla y admiración.

—Reina de Esparta, princesa de Troya.

—Sí, Eva.

—Mi nombre es Helena. No te equivoques.

Eva compartió la cena con Ferran. Hacía poco que se conocían, pero la seducción fue inmediata, de una intensidad inimaginable en la vida real. Hasta que lo encontró, enloquecer de deseo solo era posible en una película. Cuando se miraron, supo que la mujer que era —no alguna de las que le servían para refugiarse— experimentaba una atracción poderosísima, que la razón no la ayudaba a comprender. Los dos sabían por referencias quién era el otro. El galardonado director de cine admiraba a la actriz que había visto en la pantalla y pensó en ella cuando se decidió a rodar una historia sobre Helena de Troya. Fue un presentimiento: había encontrado la mezcla de fuerza y vulnerabilidad, de caudal dramático y juego de vivir, de misterio y de desnudez. La mujer camaleónica que dominaba mil registros de forma casi innata, pero que trabajaba incansablemente, la protagonista de la guerra más terrible de todos los tiempos. Una guerra causada por la belleza de una mujer o por la ambición de poder de unos príncipes.

Abrieron una botella de vino tinto. Eva puso en la mesa unos quesos, preparó tostadas. Con Ferran, la vida era amable. Convertía

el mundo en un refugio donde existir resultaba una delicia. Se sentía pletórica, capaz de superar todos los conflictos. Cualquier acto habitual, incluso rutinario, adquiría matices de aventura. Le daba fuerza para actuar mejor. La ayudaba a crecer cuando Helena estaba bajo los focos, pero también mejoraba a la Eva que solía dudar. Intentó convencerla:

—Tienes que mentalizarte: el héroe de Helena fue Paris. ¿No te has leído bien el guion?

—Naturalmente. No te preocupes. Tengo claro cómo debo interpretar el encuentro con Paris. La reina de Esparta vive triste, aprisionada por la oscuridad de los muros de palacio, pero también por un marido mediocre.

—Menelao fue un error.

—Se equivocó al escogerlo, aunque era demasiado joven para saberlo.

—La hija de un dios no debería cometer errores como ese.

—¿Cómo puedes decir eso? Los mismos dioses se equivocaban. Tenían los defectos y las cualidades de los humanos multiplicados por el infinito. Eran envidiosos, víctimas de los celos, competitivos, volubles, llenos de caprichos...

—Lo sé. Esa es la gracia. —Le guiñó el ojo—. No te lo tomes tan en serio. Relájate.

—Los mortales son víctimas de los dioses.

—¡No, no! Los mortales siempre son víctimas de otros mortales.

Se rieron. Las conversaciones con Ferran solían acabar en una plácida sensación de complicidad. Eva no recordaba haberse sentido tan cerca de nadie. Cuando discutían, se lo pasaban bien. Era buscar el encuentro desde el desacuerdo. Provocar un duelo de palabras resultaba muy satisfactorio. Si él la dirigía, actuar se transformaba en un reto doblemente atractivo.

Habían rodado la escena de la boda de Helena y Menelao. El decorado se situaba en un bosque detrás del palacio de Esparta, en plena primavera. La noche antes, la novia había ayunado para conseguir la bendición de los dioses. Llevaba un vestido dorado, casi del mismo color que su pelo. Cada día, en el proceso de

metamorfosis, ponían a Eva una peluca rubia. Su pelo castaño desaparecía como por arte de magia. Dirigía el ritual una sacerdotisa de Perséfone. Unió las manos de los novios con flores; los bañó con las aguas sagradas de la Fuente de Castalia de Delfos para que fueran sabios; les hizo tocar el hilo rojo que le ceñía la cintura, garantía de fidelidad en el matrimonio; perfumó el aire con incienso para que ayudara a hacer volar sus plegarias hasta el cielo. Caminaron dibujando un círculo, que representaba la casa acabada de formar. En una reminiscencia de los antiguos raptos de las mujeres para el matrimonio, Menelao la agarró fuerte por la muñeca. Entonces le puso un collar de oro. A Helena le pareció que las anillas del collar la tiraban hacia la tierra. El rostro de Eva-Helena estaba serio, como si tuviera que soportar un peso de siglos.

Los invitados ocupaban una nave del palacio, ornamentada con mirto y rosas. Sonaron las flautas entre las conversaciones. Había pasteles de sésamo, de miel, de aceite. Se servían higos secos, dátiles de Egipto. Se asaron cabritos, terneras, ovejas y bueyes. Se vaciaron las ánforas llenas de vino. Durante el banquete, la novia parecía ausente. No acababa de creerse que estuviera casada con Menelao, casi un desconocido. Lo eligió porque lo intuyó cómplice, pero lo sentía un extraño. Tenía las facciones transformadas por el orgullo de haberla conseguido, la alegría de ser el esposo de la mujer más bella, la incredulidad de haber cumplido un sueño. Se acercó a ella, vencida la timidez por el alcohol, y le murmuró al oído: «Me hace feliz saber que cada mañana me despertaré a tu lado».

Entre las sábanas revueltas después del amor, Ferran contemplaba el rostro de Eva. Ella le devolvía la mirada. Ambos se refugiaban en un mismo silencio. Al principio, trataron de entender qué les había pasado. ¿Cómo puede el corazón aumentar tanto sus pulsaciones? ¿Por qué ese temblor de las manos o la dificultad para pronunciar un discurso coherente? La actriz debía esforzarse en disimular los cambios de color de su cara, que iba de la palidez al rosado, incluso al rojo, que delata la pasión u oculta un corazón que ama. El director intentaba controlar la situación ante la mirada de los demás. No soportaba exhibir lo que consideraba una

debilidad. Se echaba en cara las actitudes adolescentes, la falta de autodominio.

Eva le planteó la posibilidad de dejar el rodaje. No había bastante distancia entre los dos, le dijo. Era preciso buscar otra Helena. Él rechazó la propuesta, indignado. Había elegido a la protagonista que necesitaba, la única que satisfacía su nivel de exigencia. Debían separar las cosas. Del mismo modo que la pasión los empujaba a abrazarse, la cabeza les decía que tenían que llevar adelante un proyecto: la mejor película en la que habrían trabajado nunca. Eva cedió porque el entusiasmo por el personaje era casi tan grande como el sentimiento que el hombre le inspiraba. Lo quería disfrutar todo, no era capaz de renunciar en nombre de nada.

Con las piernas enlazadas, formaban un único cuerpo. Así se sentían. ¿Y las almas? Ambos habrían jurado que, cuando hacían el amor, cada uno se fundía con el otro. Él le dijo:

—Mañana ruedas una escena difícil.

—Todas lo son.

—¿Qué quieres decir?

—Es una película intensa. No hay escenas fáciles.

—De acuerdo, pero la noche de bodas de Helena y Menelao nos indica cómo será el matrimonio.

—Sí. Da muchas pistas. Me atrevería a decir que justifica todo lo que vendrá.

—¿Por qué?

—Una mujer como Helena estaba condenada a ser infeliz con un esposo que fuera un mal amante.

—No tenía experiencia para compararlo con ningún otro.

—El placer que un cisne le dio a su madre no podía encontrarlo en los brazos de aquel hombre. Y la belleza...

—¿Qué?

—La belleza disfruta del placer.

—No sé para qué me preocupo. Interpretarás una magnífica escena. Es curioso: escogió a Menelao, pero podría haber elegido a Ulises.

—Tendría que haberse marchado a Ítaca. No estaba preparada

para partir.

—A la cita de los pretendientes fue también Aquiles. ¿Te lo imaginas?

—Aquiles era muy joven. Le pareció un niño pretencioso. No tenía nada que ver con el héroe que fue luego.

—Tienes razón. —Ferran se rio—. Me gusta ver cómo has analizado todos los ángulos de la historia.

—He hecho lo que he podido, pero es demasiado compleja para poder acercarse del todo a ella. ¿Has pensado que Aquiles mató a Héctor?

Volvió a mirarla.

—He pensado que me gustaría despertarme contigo todas las mañanas del mundo.

II

Paris era príncipe de Troya, aunque fue criado como un pastor en el monte Ida, un lugar delicioso donde crecían miles de flores y de las fuentes manaba agua clara. Un lugar amado por Zeus. Allí era feliz. Dormía en una cabaña, sobre pieles de toro. Era un joven fuerte porque se había acostumbrado a correr con los pies desnudos por el prado. Poseía la belleza de los auténticos troyanos, los únicos hombres que podían compararse con los dioses. Despertaban la envidia de los inmortales. Paris había sido expulsado por sus padres, Príamo y Hécuba, reyes de Troya, porque un augurio anunció que él traería la destrucción del reino.

Durante el embarazo, Hécuba soñó que paría una llama, un brazo de fuego que devoraba la ciudad, y los profetas interpretaron el sueño como una visión premonitoria de destrucción.

Pasaron los años. Cuando era un adolescente, Paris recuperó el favor perdido y volvió al palacio de donde provenía. Fue para competir en los juegos de atletismo y los ganó. Sus hermanos, que no podían soportar haber sido vencidos por un pastor, planearon matarlo. Agelao, su padre adoptivo, el único que conocía la verdadera identidad del joven, desveló el secreto, y los reyes lo acogieron con grandes manifestaciones de alegría. Príamo siempre se arrepintió de la decisión de abandonarlo en la montaña. Cuando los consejeros le advirtieron de los riesgos de aquel regreso, exclamó: «Antes de volver a perder a mi hijo querido, prefiero ver Troya devorada por el fuego». Pese a que no había recibido la educación de un príncipe, Paris destacaba por su encanto, ingenio y gracia.

Helena, reina de Esparta, nacida y criada en un palacio, se convirtió en princesa de Troya a causa de una pasión escrita en el destino de ambos. ¿Qué humano puede luchar contra los designios

de los dioses? ¿Hay alguno capaz de rebelarse contra ellos? El mundo los declaró culpables de una guerra terrible, cuando en realidad fueron peones al servicio de la ambición de los demás. Agamenón deseaba los tesoros troyanos. Todas las guerras nacen de un solo peligro: el orgullo de unos reyes que no dudan en sacrificar a sus pueblos. Fueron la excusa perfecta para el odio de los griegos contra Troya. Estaban condenados a ser eternos. Durante siglos, los poetas cantarían sus nombres, que serían recordados entre la fascinación, la rabia, la envidia y el desacuerdo, porque inspirarían relatos contradictorios. El Platanistás, uno de los lugares más verdes de Esparta, era un bosque de plátanos rodeado por un río. Tenía la forma de una isla y para llegar hasta allí había que atravesar un puentecito. Las jóvenes espartanas corrían con la cabellera al viento, una costumbre ancestral que practicó la misma Helena, a quien consideraban su protectora. El árbol más alto, con un grueso tronco, estaba dedicado a la reina perdida. Allí le ofrecían leche y miel. Decían que murió en la isla de Rodas, colgada de un árbol.

No ha existido en el mundo una ciudad más espléndida que Troya. Era poderosa, bellísima. Su fama había recorrido el Mediterráneo. Los que la visitaban alababan sus virtudes. Los demás repetían lo que habían escuchado y lo engrandecían con el poder de la imaginación. Algunos afirmaban que jamás había existido. Las murallas estaban hechas de piedras enormes que encajaban unas con otras y en ellas destacaban unas torres cuadradas. Las puertas de entrada a la ciudad eran grandiosas; se abrían entre el grosor de los muros a un pasillo en forma de túnel. La riqueza de la ciudad era legendaria. Nadie podía saber la cantidad de oro que allí se escondía. Los palacios eran lujosos; el comercio, próspero; la gente, feliz.

Troya era ventosa. Todos hablaban de la intensidad de los vientos que allí soplaban. Podían ser tanto una brisa suave como una tempestad. Alborotaban el pelo de Helena, la empujaban a los brazos de Paris, desataban la locura de los dioses. El palacio de los reyes y el templo de Atenea se situaban donde el terreno era elevado. Más abajo, círculos de casas hasta las murallas, marcadas

con antorchas que iluminaban la noche. Al norte, la verde llanura se juntaba con el verdoso mar. Había dos ríos y cerca de ellos pastaban los caballos de Troya, famosos en todas partes.

Se encontraron en la sala de maquillaje. Eva entró puntual, dispuesta a iniciar la metamorfosis. El rostro de la actriz debía adaptarse a las facciones perfectas de Helena: acentuar la profundidad de la mirada y el volumen de los labios. Los cosméticos afinaban el perfil, alargaban las pestañas, subrayaban los pómulos. Tenían que convertir a una mujer en otra. Su pelo desaparecía tras una mata de oro que le llegaba hasta la espalda.

Vio a Chiara en la puerta. Iba vestida de Helena. No pudo evitar mirarla con recelo. ¿Qué le pasaba?, se preguntó, descontenta con ella misma. No solía ser celosa. Había sentido envidia sana por otras actrices. Le gustaba verlas interpretar porque siempre aprendía algo nuevo. Se relacionaba bien con sus compañeras de profesión: de las veteranas, agradecía el maestrazgo; entre las de edad similar a la suya, buscaba complicidad. Chiara se parecía a ella, aunque no la superaba en belleza. No era una actriz, sino una experta en rodar escenas de riesgo. Nada que ver con su mundo. El animal que se ocultaba tras las formas amables de Eva se ponía al acecho cuando se encontraban. Intuía una amenaza inconcreta.

Chiara pidió que la liberasen de la peluca. Los cabellos dorados estaban empapados de agua, un agua que le resbalaba por la ropa. Temblaba. Sin decir ni una palabra, aún sometida a la presión del esfuerzo, se sentó cerca de ella. Sustituyeron la túnica por una bata, le quitaron la cabellera de la reina de Esparta. Entornó los párpados un instante y volvió a abrirlos: esa mirada que era una pesadilla para Eva la deslumbró. Envidió sus ojos, del verde de la hierba fresca recién regada. Los suyos tenían un aire de cabra salvaje, entre la miel y el verde oscuro, moteados de chispas de luz, cambiantes. Unos ojos volubles que iban de la fuerza seductora al misterio.

Chiara dijo:

—No esperaba verte.

—Yo tampoco.

—He tenido que madrugar. Estaba oscuro. Me han llevado con una furgoneta, pero el camino se ha hecho largo.

—¿Dónde has ido?

—Al mar. Hemos rodado la escena de la nave, cuando la furia de las olas os persigue. —Soltó una risita—. Esta vez los meteorólogos no se han equivocado: la tempestad era feroz.

—Le dije a Ferran que se podía falsear. Nuestros expertos en efectos especiales se habrían divertido.

—Él quería que fuese una tempestad auténtica. Y la ha tenido. Me he cambiado la ropa en la furgoneta, cuando volvíamos, pero esta maldita peluca seguía soltando agua. ¡Qué tortura!

—No te quejes, esta vez no has tenido que saltar de un coche en llamas ni lanzarte al vacío desde un precipicio.

—Cierto, pero el mar estaba embravecido. He estado a punto de torcerme un tobillo. Tengo el cuerpo lleno de cardenales.

—¿No ha habido ningún primer plano? —Eva no pudo evitar la inquietud.

—Claro que no. Todos son para ti.

—¿Te molesta? —Habría querido reconducir el hilo de la conversación, pero la lengua iba más rápido que el pensamiento.

—Para nada. Te sustituyo y punto. Ya hablamos de eso ayer.

—Sí.

—Aunque no habría hecho falta, siempre me lo dejas muy claro.

—He estado a punto de proponerle al director que cambiase mis ojos por los tuyos, en un plano corto de juego de miradas. Los tuyos son de un verde increíble. —Pretendía ser afectuosa, aunque fuera de mentira.

—Como los de Helena.

En la voz de Chiara había orgullo.

—Sí..., pero la mirada de Helena no es un color que se pueda intensificar con la posproducción adecuada, sino una forma de contemplar el mundo que tú nunca dominarás. Lo siento. —Volvía a invadirla la inquietud.

—Es posible.

Eva pensó que Chiara tenía algo inquietante. Tras la apariencia de persona poco conflictiva que hacía bien su trabajo intuía fantasmas secretos. No conocía su biografía. Aunque habían coincidido en diferentes platós, nunca habían hablado de temas personales.

«Quizá su seguridad subraya mis incertidumbres. Se juega la vida igual que yo me juego la piel por un personaje. Nos diferencia que ella corre peligros reales, mientras que los riesgos que me toca vivir a mí son intangibles. Ella se puede matar; yo puedo recibir malas críticas. Debe de ser injusto: mi nombre aparece con letras destacadas en los créditos de la película. El suyo siempre sale al final, donde nadie lo lee porque para entonces la sala ya está vacía de espectadores», pensó Eva.

Eva no era una mujer de filias y fobias. Tenía pocos amigos, pero muchos conocidos. Había personas a quienes saludaba sin saber su nombre. Era despistada, propensa a la introversión, aunque se esforzaba por disimularlo. Se crecía ante una cámara, se transformaba con un micrófono. No solía entretenerse juzgando a los demás. Tampoco era propensa a la envidia. La otra le despertaba sentimientos contradictorios. Estaba convencida de que algún día tendría que exigirle a Ferran que la despidiera del rodaje. A veces le parecía imposible pensar algo así. Chiara tenía una forma de comportarse discreta, respetuosa con todo el mundo. Se había enamorado del personaje de Helena de la misma forma que Eva sentía fascinación por él. En apariencia tenían más puntos en común que discrepancias. Sin embargo, a pesar de todos los razonamientos, Eva era incapaz de confiar en ella.

Cerca de la actriz, Chiara se recuperaba del frío con una infusión. La maquilladora se concentraba en el rostro de Eva, impasible como una máscara, mientras el pincel le recorría las facciones. Era una labor lenta, meticulosa. Una peluquera le retocaba el pelo. No había nadie más en la sala de maquillaje. De repente, oyeron un ruido. Era un murmullo sordo. Fue seguido de gritos, carreras, puertas que se abren y se cierran. Y entonces, el silencio. Las mujeres se miraron, sorprendidas. Hubo un momento

de indecisión. Eva se levantó de la silla y salió al pasillo. Chiara la siguió. El ruido procedía del estudio donde se grababan escenas que exigían decorados complejos. Estaban con el ensayo del encuentro entre Paris y las tres diosas, un encuentro que era un juego para ellas, pero una trampa para el destino del hombre mortal. Desde donde estaban, captaron el alboroto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eva.

Oyó una voz reclamando una ambulancia. Todo era confuso. Se volvió hacia Chiara mientras le decía:

—No entiendo por qué corren.

—Alguien se ha hecho daño —sentenció la otra, con rostro serio.

—¿Quién? —preguntó.

Ferran apareció en la puerta del plató. Tenía el pelo desordenado, el aspecto alterado.

—Adrià. El engranaje que sujetaba a Afrodita ha cedido. La maquinaria se ha roto. Le ha caído encima. Está herido.

—¿Adrià Puntí? —dijo Eva, con la absurda esperanza de que en aquel estudio hubiera otro hombre con el mismo nombre que acababa de oír.

—Sí —murmuró Chiara, con un tono de voz triste que nadie captó—. Nos hemos quedado sin Paris.

Se volvió hacia ella.

—Yo me he quedado sin Paris. Tú nunca lo has tenido.

—No hables de lo que ignoras. —La respuesta fue inusualmente agresiva.

Era un buen actor, reconocido a pesar de su juventud. Había actuado en pocas películas. Tenía asesores que lo orientaban, pero se dejaba guiar por la intuición. Hacía tiempo que deseaba trabajar con Ferran, convencido de que el olfato no lo engañaba: era una apuesta segura. Cuando supo que convocaban un *casting* para la película no dudó en presentarse. Nunca hubiera imaginado que superaría las pruebas, que sería el escogido para el papel. Comenzó el rodaje con una ilusión que contagió al mismo Ferran. Eva se sentía cómoda. Era fácil simular que enloquecía de deseo por un joven que interpretaba con tanto entusiasmo, que vibraba en los

diálogos, que desbordaba el ímpetu del héroe troyano cuando recibió el terrible don de Afrodita: el amor de la mujer más bella de la tierra.

Adrià Puntí era atractivo. No era difícil imaginarlo recorriendo las montañas mientras hacía sonar la flauta. Conservaba un aire de inocencia en el gesto. Tenía el cuerpo musculado de los héroes, pero el rostro gentil de un joven que desconoce la malicia, pese a que miraba el mundo con una picardía seductora. Una cara de facciones armónicas, una mirada profunda, una carcajada como las fuentes de la montaña. Una risa con la que era sencillo jugar al amor. Estaba preparado para rodar la escena del encuentro entre Paris y las tres diosas: Hera, Atenea, Afrodita. Las tres peleándose, en una disputa infantil, por una manzana de oro. La fruta que codiciaban solo podía pertenecer a la más bella.

La noche antes, Adrià había soñado con ellas. Las vio magníficas, con mantos púrpuras, verdes y lilas. Las cabelleras se movían siguiendo el ritmo de sus gestos: brazos al aire, puños crispados, ojos encendidos en mil chispas. Un incendio de rabia. En el sueño, el espectador, que era él, se preguntaba si debía intervenir en la disputa, intentar calmarlas, pero era inútil. Nada puede frenar la furia de los inmortales. Pensó en las pescaderas del mercado donde trabajaba su madre, capaces de ponerse verdes por cualquier minucia. ¿Era una blasfemia comparar a tres diosas con tres pescaderas? Todas eran impulsivas, apasionadas. Las primeras vivían en el Olimpo; las segundas, cerca de barcas y tabernas. Las unas ofrecieron a Paris tres dones a cambio de la fruta anhelada: el poder, la sabiduría, el amor de la más bella. Las otras presentaban peces con las escamas de plata en las palmas de las manos. El príncipe pastor se equivocó en la elección. De la misma forma que los peces resbalan entre los dedos, el príncipe de Troya perdió todo lo que poseía por Helena.

—¿No quieres ser poderoso entre los hombres?

—¡Podrás conocer los secretos de la vida y de la muerte!

—¿Quieres el amor de la mujer que es hija de Zeus, la única mortal que posee la belleza de Afrodita?

Las voces de las diosas resonaban en un eco que se expandía

por el cerebro de Adrià. De repente ya no era él. Había perdido su naturaleza humana. Transformado en un objeto por los caprichos del sueño, se observaba sin reconocerse. El cuerpo se había transformado en una superficie lisa, resplandeciente. Era el espejo donde se contemplaban, cada una buscando los rasgos más arrebatadores, decididas a competir hasta el final.

La ambulancia no tardó en llegar, pero la espera se hizo larga. El cuerpo inconsciente parecía muy vulnerable. Tenía el rostro lleno de heridas. Ferran lo sujetaba por los hombros, como si quisiera transmitirle fuerza. Estaba conmocionado, aunque no perdió el control de la situación. Daba instrucciones con voz serena. Se empezaron a formar corros. Los técnicos, los actores, las maquilladoras..., todos sentían afecto por aquel hombre que desbordaba simpatía. Había esperado su primer rodaje con ilusión. Se paseaba por los pasillos, observaba la grabación con la mirada de quien quiere aprender. Intentó hacer suyo a Paris porque compartía esa avidez por vivir. Era la representación perfecta de lo que significaba el héroe troyano: una explosión de optimismo, la inocencia de quienes tienen el alma pura y la osadía de los locos de amor. Tres diosas le pidieron que escogiese a una de ellas. Menospreció la sabiduría, el poder. Nada podía compararse con Helena. Ella fue la muerte, pero también la gloria que lo hizo inmortal. Sin saberlo, al elegirla, optó por una vida eterna, que iba más allá de la propia existencia, de las generaciones venideras, incluso del esplendor de Troya y del polvo de sus ruinas.

Se lo llevaron al hospital. Eva observaba la situación entre la incredulidad y el pánico. No era supersticiosa, pero se preguntó si el accidente era un mal augurio. A veces, cuando quieres algo con toda tu alma, los hados juegan a hacerlo imposible, como si hubiera una proporcionalidad entre la fuerza del deseo y los obstáculos para hacerlo realidad. Adrià anhelaba interpretar al personaje casi con la misma fuerza con que ella quería ser la princesa de Troya. El corazón le palpitaba fuerte. Ignoraba si era a causa del accidente o si sufría por ella misma. La vida del actor

había dado un vuelco en un instante. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se acercó a Ferran, que la abrazó. Los grupos fueron dispersándose. Todos se apresuraban a marcharse. Se movían sin causar alboroto. Había sido una jornada agotadora. Ferran le dijo a Eva:

—Lo acompañaré en la ambulancia. ¿Quieres que compre cena en el tailandés?

—No, estoy muy cansada. No tengo nada de hambre.

—Yo tampoco. Quería animarte un poco. Te veo abatida.

—Lo siento mucho. Era su primer día de rodaje... No ha podido ni empezar.

—No nos precipitemos. Hasta que haya un diagnóstico no vale la pena conjeturar.

—Tienes razón, pero es un buen actor y una buena persona. No se lo merece.

—Nadie se merece que se le caiga encima un andamio.

—¿Qué piensas hacer mañana?

—Continuar el trabajo. Tenemos que seguir, es lo mejor para todos. Aplazaremos la escena del encuentro de Paris y Helena, cuando las puertas de bronce del palacio de Esparta se abren para el hijo de Príamo.

—Tengo pizzas en casa. Como siempre, comida preparada. No te puedo ofrecer gran cosa.

—No te preocupes. Iré al hospital. Quiero estar allí.

—De acuerdo. Tienes razón. Por cierto, ¿has avisado a sus padres?

—Lo ha hecho Chiara.

—¿Ella? ¿Por qué?

—Me ha parecido lo más lógico. Yo no los conozco. Claro que hablaré con ellos, pero todo ha sido muy rápido.

—No entiendo nada. Tú eres el director de la película. Chiara es una simple suplente.

—Y su mujer.

—¿Cómo?

—No puedo creerme que no te hayas enterado. Adrià y ella son pareja. ¿En qué mundo vives?

—Si te soy sincera, no lo sé. En la luna. —Recordó el rostro triste de la chica cuando supo lo que había pasado.

—En una luna maravillosa donde yo querría instalarme para siempre.

—En un lugar inhóspito donde solo caben mis obsesiones.

—¿Qué te pasa?

—Me siento fatal. Me he comportado como una estúpida con Chiara cuando he sabido la noticia del accidente.

—No te preocupes. No sirve de nada castigarse. Cuando puedas, habla con ella.

—Sí.

Sonó el móvil. Ferran habló en voz baja.

—La ambulancia saldrá ahora mismo. Dicen que tiene que ir solo. Voy a buscar el coche. Puedo dejarte en casa antes de pasar por el hospital. ¿Estás lista?

—Tengo que recoger el bolso. Está en la sala de maquillaje. Tardaré un minuto.

—Mientras, voy a sacar el coche del parking. Te espero en la entrada.

—No te vayas lejos. Tengo miedo de perderme.

—Tranquila. Nunca salgo fuera. —La besó.

—El problema soy yo. Mi tendencia a volar por el cielo. Cualquier día me quedaré prisionera allí. No sabré volver.

—Yo te haré volver. Te lo aseguro. —Le sonrió mientras salía.

El pasillo estaba desierto. Había que atravesarlo hasta el final, donde estaba la sala de maquillaje. La iluminación era tenue. Eva no vio a nadie. El accidente de Adrià había sido motivo de una deserción general. La tranquilizó saber que Ferran la esperaba. Le transmitía confianza. Hizo un recorrido que se sabía de memoria, pero que se alargaba debido a la pesadez de sus piernas.

Esa mañana, cuando aparcaba el coche, había coincidido con Adrià. Tenía el aspecto de Paris, decidido a ganarse el corazón de Helena. Le hacía gracia verlo tan entusiasta. Lo saludó con la mano por la ventanilla. Él se le acercó con una sonrisa:

—Sé que te lo he dicho cien veces, pero hoy me estreno en el plató.

—Por eso has sido tan madrugador. —Resultaba muy sencillo devolverle la sonrisa.

—He soñado con la escena. Las diosas me han acompañado para recordarme su poder.

—¿Te han seducido? —bromeó ella.

—Me han asustado. Parecían reales, amenazadoras.

—Con tantas peleas, el Olimpo debía de ser un lugar terrible.

—Los dioses eran como nosotros. Nuestros defectos y nuestra virtudes multiplicados. En el fondo, es como mirarnos a nosotros mismos en un espejo de feria.

—Un espejo que distorsiona la realidad para mostrarla mejor. —Estaba contenta—. Has conseguido que hable como una filósofa barata.

Ambos se habían reído hacía pocas horas, mientras la vida les sonreía: protagonizaban una buena película, se sentían cercanos. Eran jóvenes, atractivos.

«Tendríamos que haber pensado que estábamos desafiando a los dioses. Tienen envidia de la felicidad de los mortales. No quieren compartir la gloria. Se han vengado de él. Le han castigado y quizá quieran castigarme a mí también, por haber tenido la osadía de meterme en la piel de la mujer más bella del mundo. He sido una arrogante.» Hizo una pausa. «¿Qué me pasa? ¿He perdido el juicio? Es probable que haya leído demasiados libros de mitología griega. He preparado demasiado este papel, casi me he creído que era Helena honrando con ofrendas a Afrodita», pensó Eva.

Intentó calmarse. Los límites que separan la mentira de la verdad le parecían difusos. ¿Dónde acababa su existencia y empezaba la de los personajes que interpretaba? Oyó un ruido. Era casi imperceptible. No estaba sola en el edificio. Se detuvo sin saber si debía volver atrás. El silencio volvió a imponerse. La imagen de Ferran actuó como un reclamo: quería ir a buscarlo. Lo extrañó intensamente. Fue cuestión de segundos. Caminó hasta la puerta de la sala de maquillaje. Cuando tenía la mano en el pomo se repitió el sonido desconocido. Se esforzó en identificarlo: ¿era el murmullo de una conversación? ¿De una plegaria? ¿De un secreto?

Entro sin hacer ruido. Los espejos multiplicaban la imagen de las sillas. Al principio no vio nada. Cogió el bolso del colgador. Se observó el rostro de reojo. Dio tres pasos hacia atrás, hasta que se dio cuenta de que no estaba sola. Hecho un ovillo, un cuerpo palpitaba. A Eva le recordó a un animal escondido en una madriguera. Un ser indefenso, asustado. Tenía el torso inclinado sobre las rodillas. En la penumbra, reconoció a Chiara. Le costó identificarla, porque esa criatura dañada, como un juguete roto, no tenía nada que ver con la mujer que conocía. La chica que se lanzaba desde una ventana, que saltaba de un coche en llamas, que desafiaba al abismo.

Se sintió cómplice. Podía imaginar cómo sufría. Habría querido acercarse, decirle que Adrià era fuerte como los héroes troyanos. Todo había sido una broma de mal gusto por parte de Afrodita, un accidente desgraciado. Era necesario imponer la razón: debían ser pacientes hasta que los médicos dieran su diagnóstico. No servían de nada los pensamientos oscuros, que parecían provocados por un demonio.

Eva se acercó mientras Chiara alzaba la frente, consciente de su presencia. Se miraron sin hostilidad. Una, indecisa, con esa parálisis que provoca el dolor ajeno; la otra tenía el rostro lleno de lágrimas. La actriz se sentó sobre una baldosa, cerca de aquella figura encogida. Con un brazo, le rodeó los hombros. El gesto surgió de forma espontánea. Susurró:

—Todo irá bien. Estate tranquila.

—Hemos bajado la guardia —respondió Chiara—. Nos pasará factura. ¿Cómo hemos podido ser tan ingenuos?

—¿De qué hablas? —Pensó que desvariaba.

—Todos nos hemos equivocado: Adrià, Ferran, yo, tú misma…

—¿Qué quieres decir?

—No se puede volcar tanta pasión en una historia, su intensidad nos hace vulnerables. Tendríamos que haberlo comprendido antes.

—Siempre trabajamos así. Es nuestra forma de entender el cine. No se puede transmitir nada si no hay entusiasmo.

—Lo sé, pero hemos traspasado los límites. Nos hemos

excedido.

—No te entiendo. ¿De qué modo?

—Hemos abierto las puertas de nuestras vidas a Helena. Nos hemos enamorado de ella.

—Eso no es malo. Tranquilízate.

—Es lo peor que nos podía pasar. Si provocó una guerra, ¿cuánta muerte puede traer aún consigo?

—No sabes lo que dices.

Con un movimiento brusco, Chiara se llevó la mano al cuello. Cogió la cadenita y tiró de ella hasta romperla. Cuando abrió la palma de la mano, Eva vio un colgante que era una manzana de oro. Un círculo marcaba el contorno de la nuca. La fruta de las disputas, el regalo de Paris, rodó por el suelo.

III

La noche de bodas de Helena y Menelao marcó su destino. Delante de la estancia nupcial, doce doncellas habían entonado una canción. Ensalzaban las virtudes de la novia mientras le recordaban al esposo la suerte que tenía porque era el yerno de Zeus, el dios de los dioses. Hasta no hacía mucho, Helena había sido una joven que corría feliz a la orilla del Eurotas. No volvería a ser una criatura libre en contacto continuo con la naturaleza, sino una mujer casada, recluida entre las paredes del hogar. En Micenas, Menelao siempre había sido la sombra de Agamenón, el hermano lleno de ambiciones. Los padres de Helena, Tíndaro y Leda, cedieron el trono de Esparta a su hija. Habían exigido que todos los pretendientes hiciesen un juramento sagrado: respetarían la elección de Helena, se unirían para proteger al matrimonio en caso de peligro o de ofensa. Menelao estaba satisfecho porque había conseguido una mujer y un reino.

Tíndaro fue un rey sabio. Prudente y resignado a su suerte, había tenido que soportar los chismes de los que explicaban los orígenes divinos de Helena. Cuando un dios decide copular con una humana no hay nada que hacer. Zeus era enamoradizo, tozudo. Se transformó en un cisne y cubrió el cuerpo de Leda. Las plumas blancas del ave encima de la piel blanca de la mujer. Ella no era culpable de la voluntad del dios. Puso un huevo azul, que descansaba encima del altar mientras esperaban el nacimiento. Zeus estuvo presente en forma de águila voladora. La belleza del cisne en la unión amorosa, la fuerza del águila al romperse el huevo. Lo golpeó con el pico hasta que salió una niña, la única hija de Zeus en la tierra.

Helena recordaba la mirada de su madre cuando se acariciaba con las plumas que guardaba en una caja de oro. Lo hacía a

escondidas, convencida de que nadie la veía. Ella la observaba con la mirada de quien no entiende qué pasa. Veía los labios entreabiertos, el cuerpo tembloroso. Cuando escogió al novio, se preguntó cómo sería el roce de los cuerpos en el lecho. Menelao la penetró con dureza mientras le apretaba los pezones. Eran sacudidas bruscas, convulsiones sobre la novia, que pasó de la indiferencia al fastidio, hasta que sintió frío. Los fluidos del hombre se mezclaron con la sangre que manchó las sábanas. Todas las noches serían como el fin del mundo, pensó ella.

Cuando Helena y Paris se escaparon de Esparta sabían que desafiaban los preceptos humanos. Paris había llegado como un príncipe extranjero y Menelao lo recibió con honores, cumpliendo los deberes que lo obligaban a ofrecer amistad y confianza al huésped venido de lejos. El joven troyano no actuó en justa correspondencia, porque ofendió a su anfitrión al enamorar a Helena, pero también desprestigió a un rey. El rapto suponía una ofensa a la persona de Menelao, así como un ataque a su honor. La esposa infiel y el amigo desleal no dudaron a la hora de partir. Ella dejaba atrás la vida que no había querido abandonar cuando se casó, a sus padres, a sus hermanos. Renunciaba a los paisajes que había amado, al castillo de su infancia, a la corona. Él se exponía a la venganza del marido de Helena, pero también al rechazo de la familia troyana. No pensó cuál sería la reacción de Príamo y Hécuba; tampoco se preocupó del pueblo que había abierto los brazos al príncipe pastor. Partieron en una nave que surcó las olas. Los marineros que los acompañaban tenían miedo porque sospechaban que seguían las órdenes de unos amantes locos. Durante la travesía, cantaron tonadas de malos presagios. Hicieron una primera escala en la isla de Cránae, donde se amaron bajo el sol.

Al llegar a Troya, los reyes Príamo y Hécuba los recibieron en palacio. Hécuba no disimulaba el enojo frente a la locura de su hijo, que volvía con la esposa de otro hombre. Príamo se esforzaba por ocultar la mezcla de sentimientos: la estupefacción ante la belleza de Helena y la incredulidad por la osadía de Paris, aunque también un cierto orgullo paternal. El joven había seducido a la

mujer más bella de la tierra, cuya fama era conocida por todas partes. Príamo confiaba en la fortaleza de Troya, en su propio poder, en sus ejércitos.

Entre todos los hermanos destacaba Héctor, dotado de una fortaleza que Helena no había descubierto ni siquiera en Menelao, el marido al que dejó en Esparta, ni tampoco en Paris. Era un guerrero, un hombre reflexivo. Ella admiró su cuerpo proporcionado y armónico, los cabellos castaños, el rostro de héroe. La belleza adolescente de Paris perdía resplandor si se comparaba con los rasgos firmes de Héctor.

Cuando Adrià Puntí supo que lo habían elegido para interpretar el papel de Paris fue feliz. Ferran le comunicó la noticia en su despacho, cuando la luz entraba por la ventana. Habían tenido una conversación distendida sobre diferentes formas de enfocar el personaje. Cada uno expuso su punto de vista, sorprendidos al darse cuenta de que coincidían en muchos aspectos. Paris tenía que aparecer como un huracán en la vida de Helena. Llevaba el viento de Troya en los ojos, y con ello revolucionó la monótona existencia de una mujer que había renunciado a la pasión, refugiada en un universo donde no cabían los sueños. Tenía una belleza adolescente que desbordaba ganas de vivir. Era la antítesis de Menelao, divertido, ocurrente, ansioso de saborear los placeres del mundo. Le gustaba tocar la lira, disparar el arco, montar yeguas, conquistar doncellas. No le interesaban los secretos del poder ni pensaba que fuera posible una guerra distinta a las que se libran por amor.

—Transmitió a Helena la alegría de vivir —dijo Ferran.

—Le devolvió el gusto por las cosas sencillas, porque con su marido todo era demasiado serio.

—Había vivido recluida. Se la llevó a una ciudad muy bella, donde le construyó un palacio.

Adrià tenía que reprimir las ganas de saltar por la calle. Condujo el coche con la imprudencia de quien tiene el pensamiento entusiasmado en proyectos magníficos. Estaba

contento. Chiara había hecho una inmersión con quince tiburones en un tanque de cuatro millones de litros de agua. Había tiburones de puntas negras, de puntas blancas, grises, y también de dientes cerrados. Sumergida en un océano azul, Chiara nadaba con la agilidad de un pez. Era una criatura indefensa frente a posibles ataques. Se movía ligera, inconsciente de la situación que viviría cuando una boca se abriera para devorarla y dejase un rastro de sangre. Grababan en el Aquarium, que había cerrado las puertas al público. Los tiburones que la rodeaban eran de verdad, ella era ella, el corazón le palpitaba con fuerza mientras pensaba en Adrià sin perder la concentración que exigía la escena. Tenía que poder deslizarse entre aquellas mandíbulas y salir inmune, pero estaba obsesionada con la duda de si le habían dado el papel. Cuando saliera de la piscina habría acabado aquel trabajo. Estaría lista para ser la doble de Helena de Troya.

Aunque estaba acostumbrada a ir de una situación de riesgo a otra en los diferentes rodajes, a Chiara le hacía ilusión la nueva película. Era la apuesta de Ferran Capdevila, un buen director de cine, y, sobre todo, era el sueño de Adrià. Trabajar juntos le parecía maravilloso. Un actor de su categoría necesitaba una oportunidad para demostrar que era capaz de mantener al público pendiente de un gesto o de una palabra. De la misma forma que Chiara percibía el universo entero en suspensión cuando él le hablaba, así tenían que sentirse los demás. Estaba segura de que Adrià podría ser un Paris espléndido. Lo amaba y lo admiraba. Ambos sentimientos coexistían en proporciones equilibradas. No sabía cuál era más intenso. Cuando lo veía en el escenario, transformado en alguien que no tenía nada que ver con él, pero en quien volcaba lo mejor de sí mismo, se conmovía. Se fundían las capas que formaban su coraza protectora hasta que quedaba desnuda, libre de estorbos, viva como nunca.

El tiburón abrió la boca. Chiara notó el tacto de una piel gruesa. Las escamas le parecieron dientes. Tembló en el agua, que también temblaba. Tomó impulso y se alejó de allí. Entre los tiburones había uno mecánico para simular el ataque. Apretó el neopreno en el punto justo para que se vertiera el simulacro de

sangre mientras huía de la escena. La ayudaron a salir. Comenzó a correr. Adrià había aparcado en el centro. Movido por la alegría, caminaba deprisa sin mirar a los otros viandantes, una actitud poco habitual en un hombre que tenía una tendencia innata a la observación. Habría querido volar por las calles de Barcelona, hacia la joyería donde había hecho el encargo quince días antes.

Le regaló la manzana de oro en una caja de terciopelo. Se la colgó en el cuello cuando ella aún tenía restos de humedad. Había abandonado el estudio de grabación con un gesto de afecto hacia sus compañeros, amable pero rápida. Fue deprisa. Tenía muchas ganas de encontrarse con Adrià. Se abrazaron en una plaza que les recordaba a las ciudades italianas. Él la levantó, como si quisiera hacerla volar. Chiara se sentía un pájaro entre los brazos de un príncipe de Troya. Reían y el mundo entero reía con ellos. Eran las risas de Paris y Helena celebrando el amor, pero también las carcajadas de un grupo de adolescentes que salían de clase, o el reír de una vecina que esparcía conjuros, o la alegría del sol. Adrià dijo:

—Había llegado a un acuerdo con el joyero: si no me daban el papel, fundiría el oro y haría desaparecer la fruta. El hombre no entendía por qué tenía que ser precisamente una manzana. —Volvió a reír—. Cuando hice el encargo, dudé. Los actores somos unos condenados supersticiosos. Se me pasó por la cabeza que no debía presuponer nada, ni siquiera atreverme a proponer ese pedido..., pero las ganas de hacerte el regalo me decidieron. ¿Te gusta?

Ella lo escuchaba embelesada mientras sentía el tacto de la manzana de oro en la piel. Estaban sentados frente a una mesa en la terraza de un bar. Chiara murmuró:

—Es precioso, el mejor regalo que me han hecho en la vida.

—¿Sabes lo que quiere decir? —De repente estaba serio—. Significa que estoy contento porque me han elegido para el papel que quiero compartir contigo, porque eres mi Helena, la mujer más bella del mundo.

—He estado toda la mañana pensándolo en el Aquarium, rodeada de tiburones. Me costaba centrarme en la escena. Me decía

que, si te escogían, trabajaríamos juntos.

—Quiero trabajar y estar siempre contigo.

—Yo también.

—Sé lo que me gustaría hacer a partir de mañana...

—Prepararte a fondo el papel.

—Naturalmente, y buscar una casa donde vivir juntos. Eres mi mujer. ¿Quieres que vivamos juntos?

—Sí.

—Tenemos que encontrar un piso. No hace falta que sea demasiado grande.

—Lo he imaginado lleno de luz. No me gustan las casas oscuras porque siempre he vivido en ellas. Nunca lo había dicho antes, y puede parecer ridículo después de las inmersiones con tiburones, de los saltos desde una ventana o de los coches en llamas, pero me asustan los lugares oscuros.

—Será luminoso. El sol entrará por cada ventana, llegará hasta el último rincón y el miedo se te irá.

—Pondremos macetas y un sofá de color amarillo.

—¿Amarillo? —Reía él—. Muy bien. Habrá una cama donde podamos dormir abrazados. Compraremos estanterías, una mesa... Colgaremos aquel cuadro de una plaza pequeña, con las tejas que se inclinan y el cielo azul.

Iniciaron un periplo por Barcelona. Recorrieron las zonas que les podían gustar, el barrio de Gràcia, Sants, el Eixample, hasta que se enamoraron de un cuarto piso sin ascensor, regado de sol, con mosaicos antiguos que formaban dibujos. Estaba situado en Consell de Cent y la habitación daba a un patio de vecinos luminoso. Tenía los inconvenientes de los pisos antiguos, porque no había calefacción, el agua de la ducha salía sin fuerza y el sistema eléctrico era viejo, aunque conservaba el encanto de las casas con alguna reminiscencia modernista, como el arco de la sala principal.

Chiara trajo una lámpara de cristal que compró en los Encantes. Adrià colgó cuadros que había coleccionado con entusiasmo. Le gustaba la pintura desde siempre. Era un entusiasta de los talleres donde los artistas creaban y de las galerías de arte en las que estos exponían. Consiguieron un sofá amarillo en una

tienda en línea, un colchón y unas mesitas de diseño que les regalaron los amigos porque ya se habían saltado los límites del presupuesto. Pintaron las paredes de blanco. Compraron lámparas y dos alfombras, colocaron los libros en las estanterías, la ropa en los armarios. Lo celebraron con una botella de cava y un proyecto común que les llenaba los ojos de claridad.

Brindaron por la vida que inauguraban, por el estreno de la casa y las sábanas de algodón, por las toallas que les hacían cosquillas en la cara, por la alegría. Faltaban pocas semanas para comenzar el rodaje cuando acabaron la mudanza. Él había interpretado muchos papeles secundarios, pero nunca un personaje como Paris. La opción de trabajar juntos era un sueño hecho realidad. Se abrazaron en el sofá amarillo que hacía reír a Adrià. No se le habría ocurrido escogerlo de ese color. Chiara le decía que el sol entraba en su casa para que no hubiera nubes. Hicieron el amor. Rodaron del sofá a la alfombra. Ella le preguntó:

—¿Te ilusiona trabajar con Eva Oliva? Es una actriz que destaca. Dicen que es buena de verdad.

—Sí, lo sé; la he visto en el teatro. De este proyecto me ilusiona todo. Es el nuevo reto de un magnífico director y me entusiasma participar en él. Espero estar a la altura de la historia. Es ambiciosa.

—Estás listo para el papel. Estoy segura.

—Trabajaremos en un mismo proyecto. Yo seré Paris. Tú eres Helena.

Un hombre se preguntaba qué podía hacer para actuar en la película de Ferran Capdevila. Había movido cielo y tierra, y había recurrido a los contactos que tenía en el sector. La suerte le daba la espalda desde hacía meses. Había urdido una estrategia que le parecía buena, pero que fue perdiendo credibilidad ante sus propios ojos a medida que pasaban los días. Se trataba de acercarse al círculo del director y hacerse el distraído mientras sujetaba el anzuelo sin perder la paciencia, hasta que se dio cuenta de que no había cebo. Tuvo la impresión de que clamaba en medio del

desierto. Se planteó dejarlo estar, herido en el orgullo al ver que no conseguía nada, aunque la esperanza era lo último que quería perder.

Toni Sbert no solía caer en el desánimo. Se aferraba a las ilusiones sin claudicar. Era buen actor, pero aún mejor estratega. El objetivo no era el éxito comercial ni los halagos del público; tenía una carrera con los claroscuros propios de las apuestas arriesgadas: se dejaba llevar por la intuición. Algunos lo consideraban un descerebrado; otros celebraban la suerte de convertir cada proyecto en un reto, de no caer en salidas fáciles. Detenido frente a un semáforo, no podía dejar de pensar en ello. Estaba preocupado porque se resistía a tirar la toalla, aunque no tenía demasiadas opciones.

Se sentía desencantado. Atravesó la calle y fue al quiosco donde solía comprar el periódico. Sumergido en sus pensamientos, ignoró el gesto de simpatía de un conocido, contestó maquinalmente al saludo de la vendedora y pasó al lado de un hombre que buscaba revistas tan concentrado como él mismo. Coincidieron en el espacio donde estaban las publicaciones especializadas, volvieron a encontrarse en la cola de la caja, y Toni Sbert no habría visto a Ferran Capdevila, a quien llevaba semanas persiguiendo sin fortuna, si este no lo hubiera agarrado por el codo con un afectuoso «buenos días». El actor se quedó boquiabierto. Cada vez que contaba la anécdota del encuentro era capaz de escenificarlo con gracia. Abría mucho los ojos, hacía gestos de sorpresa, movía la boca hasta conseguir que el público rompiera a reír, aunque nunca supo reproducir la expresión exacta de su rostro, porque un actor no hace una réplica perfecta de sí mismo, sino torpes aproximaciones. En cualquier caso, provocó la estupefacción de Ferran, que no pudo evitar decirle:

—Me miras como si hubieses visto un fantasma. ¿Te encuentras bien?

—Discúlpame. No esperaba encontrarte.

—No es extraño. Al fin y al cabo vivimos en la misma ciudad, aunque los encuentros casuales no son muy frecuentes, y menos todavía si resultan adecuados.

—¿Adecuados? ¿Qué quieres decir? —Se sintió indefenso, como si el otro hubiera intuido que llevaba semanas detrás de sus pasos.

—Hace días que quería llamarte.

—¿Llamarme? —Se dijo que era un estúpido por repetir palabras de forma automática, pero tenía que ganar tiempo.

—Sí, sí. El azar se ha puesto de mi parte. ¿Tomamos un café?

—Claro. —Se preguntó cuál de sus numerosos signos de alerta habían llegado al director. Le había enviado un alud de mensajes a través de intermediarios en quienes confiaba. Pensó que la gente suele distorsionar las cosas y le invadió una oleada de calor.

Sentados en el bar, Toni pensó que la situación lo desbordaba, aunque hubiera querido actuar con naturalidad. Se contuvo de tomar cualquier iniciativa mientras se preguntaba qué historias habían podido llegar a oídos de Ferran. Se reprochaba haber actuado de manera insensata, sin dar la cara. No era una forma de andar por la vida que le gustara. Sentía un deseo inmenso de participar en la maldita película, que, ahora estaba seguro, había perdido. Como lo había hecho fatal, había que asumir las consecuencias de su comportamiento infantil. Miró al otro de reojo. ¿Qué tenía que decirle?, se preguntó. ¿Ir con la verdad por delante cuando era demasiado tarde para defenderla? ¿Negarlo todo en nombre de sus muertos? ¿Pedir disculpas y retirarse con los restos de dignidad que aún pudiera reunir? ¿Quitar importancia al tema como si hubiera sido una broma, un chiste de mal gusto para curiosear un proyecto de otro? Intentaba ordenar las ideas, encontrar argumentos, adoptar un aire tranquilo, pero no lo conseguía. Las primeras palabras sonaron vergonzosas:

—Lo mejor es que te pida disculpas. No me he comportado bien. No he estado a la altura de las circunstancias ni he seguido ninguna regla de cortesía.

—Pero...

—No me interrumpas, por favor. He sido un maleducado.

—No sé de qué me hablas.

—Te agradezco la delicadeza, pero que seas amable aún me hace sentir peor. Me imagino que estás cansado de mí.

—Me parece que no hablamos de lo mismo.

—Sí, hombre...

—Quería explicarte mi próximo proyecto, pero sinceramente no sé a qué te refieres. ¿Por qué habría de estar..., cómo lo has dicho? Ah, sí, ¿cansado de ti?

—Por la cantidad de gente, media docena por lo bajo, que te han hablado sobre mí.

—¿Cuándo?

—Estas últimas semanas.

—Toni, nadie me ha hablado de ti.

—¿Cómo?

—Hace meses que no tengo noticias tuyas. He estado concentrado en el trabajo, obsesionado con los preparativos. No he tenido tiempo para nada. Ni siquiera para enterarme de los rumores que circulan. Estoy desconectado del mundo. —Sonrió—. ¿Qué leyenda urbana protagonizas?

Comprendió que Ferran decía la verdad, pero en vez de calmarse se puso más nervioso. Si el otro no había recibido la información, tenía que enfrentarse con dos evidencias: primera, no había motivo para que se sintiera ridículo. No había sido una mosca dentro del ojo del hombre que se sentaba a su lado, algo que debería satisfacerlo. Segunda, ninguno de los supuestos contactos o falsos amigos, o de cualquier otro modo que se refiriese a esa cuadrilla de canallas a quienes había pedido ayuda, habían respondido a su petición. Todos habían ignorado las súplicas que les hizo de forma reiterada durante meses con llamadas telefónicas, wasaps e e-mails. Lo engañaban cuando le decían que habían hecho gestiones o hablado con alguien. Mientras le aseguraban que recibiría noticias dentro de un par de semanas, cambiaban de tema con mentiras tan viles como sus actos. Se había abierto el sol en medio de la jungla. Se esforzó por seguir las palabras de Ferran:

—Si te parece bien, podrías ponerme al día sobre los chismes que me he perdido, sobre todo si hablan de ti.

—Nadie habla de mí.

—¿Cómo?

—No me hagas caso. Olvida lo que te he dicho y dime por qué

querías llamarme.

—¿Has pretendido disculparte? ¿Por qué?

—Me sabía mal no haberte saludado en el quiosco. No quería que me considerases un grosero —improvisó.

—Eres un exagerado. —Ferran hizo un gesto de incomprensión mientras volvía al hilo de sus pensamientos—. Hay un personaje que me preocupa. No es fácil de interpretar.

—Nada es sencillo. —Toni no se podía quitar de la cabeza la putada que le habían hecho. Se preguntó en quién podía confiar.

—Debe de ser complicado nacer hijo de reyes, el heredero. Reunir todos los atributos para poder continuar un linaje real: fortaleza, valor, ponderación. Ser el garante de la pervivencia de una ciudad magnífica e intuir que una guerra puede desbaratar los sueños. Era diestro con las armas y las palabras. Se ponía al frente del ejército, donde luchaba contra guerreros, y a la vez era capaz de reflexionar, sin distracciones ni frivolidades estúpidas.

—Me hablas con entusiasmo. ¿Quién era? —La curiosidad lo ganó y dejó de lado el memorial de agravios.

—Héctor.

—El gran héroe. Murió en la guerra de Troya luchando contra Aquiles.

—Sí. Fue el amor de Helena.

—Me pierdo. ¿Es posible que lo confundas con Paris?

—No. Helena llegó a Troya con Paris. Se enamoró como una adolescente. Eran dos niños jugando al amor. Se escaparon de Menelao, su esposo, y huyeron a Esparta.

—Esta es la versión que conozco de la historia.

—Pero ella amó a Héctor, el hombre de su vida. El único amor. No lo fueron los pretendientes, ni Menelao ni Paris.

—¿El cuñado troyano? ¿El hermano mayor de Paris?

—Sí.

—Me gusta esta versión. ¿Me cuentas secretos de la película?

—Te pregunto si quieres ser Héctor.

Toni Sbert dibujó una sonrisa de incredulidad. Cuando lo consideraba todo perdido, sus naves quemadas en medio de una mar hostil, la vida se enderezaba. El viento que le punzaba en las

orejas se convirtió en brisa. Exclamó:

—Ferran, solo puedo decirte: un millón de gracias.

—Me gusta tu entusiasmo —contestó el otro, satisfecho de ver que la película iba por buen camino—. Para mí es un personaje importante. A través de él puedo aportar una visión personal de la historia de Troya. El amor tuvo un papel poderoso, difícil de explicar. Primero, la fuerza del enamoramiento juvenil entre Paris y Helena. Después, el hallazgo del amor definitivo cuando ya era tarde.

—Un hombre nacido para gobernar una ciudad próspera, pero que murió en el campo de batalla.

—Joven como los héroes.

—Paris también murió.

—Sí, pero no estuvo nunca a la altura del otro. Y, aunque lo sabía, no le daba importancia. No pretendía ser un héroe, sino salirse con la suya, disfrutar de la existencia como si no fuera a tener un final. Quería reír, ser feliz.

—Me parece magnífico.

—¿Qué?

—Los dos hermanos: cada uno representa una actitud frente al mundo. Parecen piezas complementarias. Puede que Helena los amara porque eran la primavera y el verano de la vida.

—¡Buena comparación! Casi tengo ya a todos los personajes confirmados. Solo me queda uno. Hace días que lo pienso.

—¿Quién es?

—Casandra.

—Era también la hermana de ellos, ¿no?

—Sí. Una de las hijas de Príamo y Hécuba, hermana de Héctor y Paris. Era la adivinadora. Tenía poderes para ver el futuro.

—¡Qué desgracia! —Toni intentó bromear, pero Ferran no sonrió.

—No sabes hasta qué punto... La cuestión es que tengo dos candidatas en la cabeza. No me decido.

—¿Por qué? ¿Te puedo ayudar?

—No lo sé. He pensado en Maria Verd. Debes de conocerla.

Actuó en mi última película. Es buena, pero no sé si encaja en el papel. La otra es una completa desconocida, una actriz joven que solo ha hecho algunos cortometrajes. Hace tiempo que le sigo la pista, aunque no sé si está suficientemente preparada. Se llama Nura Tur.

El pensamiento de Toni se aceleró. Notó las pulsaciones de su corazón. Sabía muy bien quién era Maria Verd. Había creído que eran amigos. Le suplicó que hablase con Ferran sobre él, que lo ayudara a conseguir un papel en la película, pero acababa de descubrir que no había movido un dedo para ayudarlo, a pesar de sus promesas. Decidió devolverle el golpe. Fue un impulso que no quiso evitar, aunque la otra actriz fuese una desconocida, aunque sospechara que Maria habría podido ser una magnífica Casandra. Como quien no quiere la cosa, murmuró:

—Sinceramente, Ferran, no veo a Maria. Arriésgate por un nuevo rostro. Si es tu mejor proyecto, haz la apuesta.

—Tienes razón. A veces vamos a lo conocido, a lo más fácil. Llamaré a Nura Tur. Gracias por tu ayuda.

Toni suspiró, con la sensación de que la venganza era justa. La saboreó mezclada con la euforia de haber conseguido el papel. No le importaba quién era Nura Tur. Había sido una buena excusa para conseguir poner las cosas en su lugar. Si hubiera sospechado que aquella actriz desconocida le transforMaria la vida, no habría estado tan tranquilo. Por suerte o por desgracia, no tenía los poderes de Casandra.

IV

Una mañana, cuando Helena oteaba desde los grandes balcones de la casa que Paris hizo construir para ella, el sol deslumbró la visión del agua. Había sombras en la claridad del mar. Eran velas negras, señal de que los griegos se habían unido para cumplir con el juramento que hicieron en sus nupcias con Menelao. Los príncipes, empujados por la lealtad a la palabra dada o por la ambición del botín, armaron sus naves. Cuando Helena las vio tuvo mucho miedo.

¿Qué princesa de Troya podía olvidar que había sido reina de Esparta? A pesar del esplendor de la ciudad, se dio cuenta de que tenía el corazón dividido. La cuestión no era únicamente el vínculo con dos hombres, uno grave, serio; el otro adolescente, risueño. El día y la noche. Los muros de Esparta contrastaban con los de Troya, también las calles y las plazas. Helena había nacido en un palacio sin tapices ni ornatos y vivía en un lugar donde los pintores dibujaban la vida en las paredes de las salas. De la austeridad de los muros espartanos pasó a la magnificencia y a los ornamentos de Troya. Del castillo silencioso donde nació a las praderas con caballos, a los mercados donde se vendían aromas mágicos. ¿A cuál de los dos universos pertenecía? Era probable que a ninguno de los dos. Del mismo modo que no podía ser una diosa ni tampoco una mujer. No era inmortal, aunque fuera hija de Zeus, pero poseía una gracia que capturaba las miradas.

Apoyada en la ventana, recorrió las naves con los ojos y perdió la cuenta. Se preguntó cuántos hombres valientes que había conocido en el pasado viajaban en aquellos barcos. Pensó en los pretendientes que acudieron para intentar conquistarla. Muchos debían de estar en medio de la mar, esperando la calma necesaria para comenzar una guerra. Quién sabe si Aquiles, el adolescente

precoz, se había convertido en un gigante preparado para la lucha. Quién habría podido asegurar si el astuto Ulises había abandonado a Penélope en Ítaca para participar en la batalla. Pensó en sus hermanos, Cástor y Pólux, con quienes había compartido la infancia. ¿Estaban también preparados para morir en Troya? A la vez, recordó a la gente con la que convivía: la dignidad de Príamo, el heroísmo de Héctor, la juventud de Paris... Rogó a Afrodita que no los convirtiera en víctimas de un amor loco. ¿Sería ella la culpable de todas esas muertes? ¿Podía hallar algún consuelo diciéndose que Troya era el botín, que ella solo había sido el anzuelo? No había consuelo para su pena.

Adrià abrió los ojos. Un rayo de claridad asomaba entre las cortinas. Hizo un esfuerzo por recordar qué había sucedido. En su cerebro estaba grabada la sensación de dolor. Algún hecho inesperado había interrumpido la escena que rodaban, pero no habría sabido decir cómo fueron las cosas. No se sentía mal, solo notaba una cierta pesadez en el cerebro. Intuyó la silueta de una mujer en una silla. Reconoció a Chiara. Tenía la cabeza inclinada hacia el suelo, los hombros encogidos. El pelo le cubría la cara. Ocultaba las facciones en las que el miedo había dejado rastro. Tenía una mano enlazada con la suya. Adrià sintió su tacto. Primero había sido un rayo de sol; después fue la suavidad de los dedos. Una percepción del mundo leve, casi imperceptible. Tuvo que hacer un esfuerzo sujetándose a Chiara para no cerrar la palma. Necesitaba unos minutos para poder adaptarse al entorno. Por fin murmuró:

—La cabeza me da vueltas.

Ella levantó la frente sorprendida. Con miedo de que las palabras pudieran romper el hechizo, todavía incrédula, bajó el tono de voz:

—Te has despertado. Adrià, ¿has vuelto?

—No sé dónde estaba, pero creo que sí.

—Muy lejos. —Las lágrimas rodaban por los pómulos de Chiara—. No sabía si volverías conmigo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tres días.

—¿He dormido durante tres días seguidos?

—Estabas inconsciente. Te trajeron en una ambulancia.

—No vayas tan rápido. ¿Qué me ha pasado?

—Claro, no lo recuerdas. Rodabas la escena de las tres diosas, pero el andamio se rompió.

—No me duele. Estoy bien. Chiara, quiero irme a casa.

—¿Qué dices? Tus padres han bajado a la cafetería a comer. Están aquí. Todos te hemos acompañado mientras dormías. Ahora tenemos que escuchar a los médicos.

—¿Y la película? Hemos perdido demasiado tiempo. No nos lo podemos permitir.

Se callaron. Ella quería encontrar palabras tranquilizadoras que lo liberasen de la inquietud. Levantó el tono de voz, intentando imponerse a la situación:

—El rodaje ha continuado.

—¿Sin mí?

—Hay otras escenas en las que tú no intervienes. El trabajo no se ha interrumpido. ¿Desde cuándo un rodaje es lineal? Cálmate.

—¡Ah, sí! —Él suspiró, debatiéndose entre la fatiga y la esperanza—. Todo podrá continuar. —Intentó sonreír—. Siempre he sido un mal enfermo.

Adrià se concentró en la expresión de su cara. Había algo nuevo. Detrás del alivio obvio, de la alegría de comprobar que estaba consciente, descubrió un fondo opaco que no sabía interpretar. La muchacha siempre había sido un espejo. En esos ojos color menta leía emociones y deseos. Captó un cambio. Se sintió como si hubiera estado lejos media vida. ¿Cómo era eso posible?, se preguntó. ¿De dónde surgía aquel velo de tristeza? ¿Era simplemente la incredulidad de constatar el retorno? ¿Lo observaba una mujer alegre o una desconocida? Expulsó esa idea del pensamiento mientras intentaba acercarse a ella en un gesto no calculado. Se inclinó hacia Chiara con el deseo de hacerla reaccionar. Necesitaba tomar impulso para moverse. Se imaginó que tenía los músculos rígidos a causa de la inmovilidad. Se

esforzó, y después mucho más aún. Una capa de sudor le cubría las manos.

Quiso volar. Habría querido elevarse lejos de las paredes de una habitación de hospital a la que no sabía por qué había ido a parar. No recordaba ambulancias ni médicos. Odiaba los quirófanos. Se imaginó corriendo por el monte Ida, con los pies descalzos de un Paris libre, cuando el amor de Helena no había transformado al adolescente que dormía al raso en un príncipe portador de malaventura. Invocó el nombre del héroe troyano para que acudiera a salvarlo del infortunio. Le imploró que le diera la oportunidad de convertirse en él delante de las cámaras, de volver a actuar. El cielo debía de estar muy azul. Le habría gustado sentir la claridad en los ojos. Se sucedieron las percepciones: la curiosidad de saber, el pánico de intuir, las ganas de escaparse y, sobre todo, la maldita quietud de los miembros. La miró y dijo:

—No puedo mover las piernas.

—No. —El monosílabo de ella le pareció un dardo.

—¿Qué me pasa?

—Te lo explicarán los médicos.

—Dímelo tú.

—Tienes una lesión medular.

—¿Volveré a caminar? —La pregunta quedó suspendida en el aire durante un tiempo breve que tuvo sabor a eternidad.

Chiara lo miró como si volviera a zambullirse en una piscina de tiburones, pero con la certeza de que no había trampas de neopreno que pudieran salvarlos. Se sintió acorralada entre las fieras de sus miedos. Los miedos de ambos, que se alzaban como un muro. Se preguntó qué habría dicho Helena en su lugar. ¿Habría sido capaz de transmitirle una chispa de esperanza? Ella, que era divina y mortal al mismo tiempo, al menos una vez debió de sentir pánico. A buen seguro que no fue cuando abandonó a su esposo ni tampoco los días en que navegaba hacia un destino incierto. No se asustó ante la mirada inquisitiva de Hécuba, aunque intuía que la suegra troyana la aceptaba con recelo. Se mantuvo imperturbable al sentir los ojos de los hermanos de Paris clavados en su cara, mientras Casandra, la adivina, se horrorizaba previendo

los estragos que la belleza provoca en las almas. Helena soportó los juicios de un pueblo que no podía escapar de la atracción de su belleza ni tampoco resignarse a una guerra impuesta.

La tristeza cubría el rostro de Chiara. Era suficiente para transformarle las facciones. El cambio que Adrià no conseguía identificar aparecía con nitidez. Nunca la había visto con las marcas que el sufrimiento deja escritas: los ojos empequeñecidos como dos farolillos verdes rodeados de sombras, el rictus de los labios, la expresión de desconcierto. Cuando el médico entró en la habitación estaban en silencio.

Le explicó que tenía una lesión en la parte inferior de la médula, entre la vértebra lumbar tres y la vértebra lumbar cuatro. De ahí que no tuviera sensibilidad ni movimiento en las piernas. Había una inflamación importante en la zona que el tiempo reduciría. Cuando esta desapareciera podrían tener una idea del alcance de la lesión. El proceso sería lento. Exigiría paciencia y tenacidad, porque las sesiones de rehabilitación eran duras. No podían garantizarle que volviese a caminar, pero tampoco le confirmaban lo contrario. Necesitaría tiempo para digerir la situación y quizá apoyo psicológico. La actitud del paciente era fundamental para su curación. La implicación, las ganas de mejorar, la disciplina. Chiara asentía mientras escuchaba. No podía hacer otra cosa que acentuar con los gestos las palabras del médico mientras encajaba la noticia. Adrià, que en otras circunstancias habría hecho muchas preguntas, callaba.

El médico estaba acostumbrado a escenas como aquella: momentos ingratos que cambiaban la vida de las personas. Se había tenido que hacer una coraza porque el dolor ajeno puede destruirnos si lo vivimos demasiado de cerca. A pesar de la experiencia, fue incapaz de no conmoverse ante el cuerpo joven, roto, quién sabía si para siempre. Habría querido transmitirle una dosis de esperanza que no tenía, conseguir que la muchacha sonriera por los dos, pero no estaba dispuesto a crear expectativas que, a la larga, podían volverse contra ellos. Las palabras tenían que ser claras, breves, asépticas. Era importante que el mensaje llegase al cerebro para que pudiera ser procesado. Se tenía que

matar la impaciencia que adivinaba en las pupilas de Adrià si quería salvarlo de caer en la desesperación.

Se despidió, amable, y se fue a visitar a otros enfermos. Quedaban en el aire las dudas que no se atrevieron a plantearle. Entre ellos, una tensión terrible. Continuaban con las manos entrelazadas, incapaces de poner distancia entre sus cuerpos, pero tenían el pensamiento fuera. Adrià, con una sensación de incredulidad. Chiara veía colas de tiburones trazando caminos por el agua que era el suelo de la habitación, donde oscurecía antes de hora. Él le dijo:

—¿Me quieres ayudar? —Había desazón en la pregunta.

—Haría lo que fuese para aliviar este momento.

—Dime que es mentira.

—¿Cómo?

—Mírame a los ojos y júrame que no es cierto, que vivo una pesadilla, que me despertaré en nuestra cama, en tus brazos, que seguiré con mi vida en un sofá amarillo y en un plató.

—No puedo hacerlo. —La voz surgía débil como un hilo.

—No lo quieres hacer.

—Si te lo dijera, negaría la realidad. Te haría mal en vez de bien... Contribuiría a complicarlo todo aún más.

—¿No es eso la vida? ¿No nos gusta complicárnosla para poder escapar de su espeluznante simplicidad? Soy actor, Chiara, ¿no te acuerdas?

—Claro que sí.

—Los actores mentimos constantemente. Protagonizamos historias de ficción que nos rescatan de la burda historia que nos ha tocado vivir. Sálvame de este horror. Solo podré conseguirlo si me invento la vida que quiero.

—La vida que quieres no es la que te ha tocado. Tenemos que enfrentarnos a esto y ser fuertes.

—Me dormiré, y cuando abra los ojos tendré un guion para repasar, un proyecto, un futuro. Haz que me lo pueda creer.

—Necesitas tiempo. Nadie está preparado para asumir una noticia así... Comprendo que quieras negar lo que pasa, pero tendrás que aceptarlo para poder luchar. Es nuestra única

esperanza.

—Vete.

—¿Qué dices?

—Sal de esta habitación y no vuelvas. No te necesito. Si no estás de mi lado, no tienes nada que hacer aquí.

—Hablemos. Quizá te vendría bien charlar.

—No.

—Lloremos juntos, pues.

—No lloraré. Soy Paris. Los héroes no lloran nunca, pero sí que se lamentan. ¡Vete de una vez!

—Eres Adrià Puntí, un hombre que ha sufrido un accidente, que quiere luchar para volver a caminar: algo aparentemente tan sencillo, nada heroico, pero que se puede volver muy difícil. Más difícil que la guerra de Troya. Yo te ayudaré. No pienso irme a ningún sitio.

Las cafeterías de los hospitales parecen calcadas. Se respira en ellas un aire de incertidumbre y de provisionalidad. Todo el mundo está allí de paso y sin ganas. Pocas personas tienen el aspecto relajado de quien está en un bar para pasar un buen rato, sino que más bien traslucen la actitud de quien mata el tiempo antes de que la preocupación lo venza. Había rostros con señales de fatiga, noches insomnes, prisa por irse. También había gestos de esperanza, aunque predominaba la incertidumbre. En una mesa, no muy lejos de la puerta de entrada, estaban sentados Ferran y Eva. Cuando llegaron, vieron a los padres de Adrià intentando llevarse a la boca un poco de fruta con el movimiento inútil de los que han perdido las ganas de comer o de vivir, tanto da, porque ambas cosas resultan una quimera. Los saludaron con un abrazo antes de elegir un lugar donde sentarse. Cada día, acabado el rodaje, pasaban por el hospital. Iban allí desde los estudios, conversaban un rato en la cafetería y subían a la habitación donde Adrià dormía, conectado a muchos tubos.

—¿Cómo ha ido hoy? Háblame de la película. Este ambiente me deprime —dijo Ferran, que había tenido que salir del plató.

—Ha sido sencillo: Helena vive la calma que precede a la tempestad. Una vez construido el palacio de cuatro plantas en la parte más alta de Troya, se dedica con alegría a decorarlo. Quiere que sea un reflejo de su amor.

—Es feliz y no ha llegado el invierno —dijo él.

—No hay amenazas de ataques. Sabe que el invierno será largo y ventoso. Las naves griegas no se atreverán a navegar mar adentro hasta que se calmen las aguas. Las mujeres se recluirán en las salas y tejerán historias. En su casa, los pintores también crean historias con dibujos en las paredes.

—Vive confiada porque ignora qué es capaz de hacer Agamenón.

—Las noticias vuelan y no tardará en saberlo.

—Por ahora están tranquilos. La guerra es una amenaza lejana.

—Mañana grabaremos el momento en que Helena recibe la noticia. Llevada por la energía contagiosa de Paris, no puede creer las palabras del mensajero: los griegos se han reunido en Áulide, en las costas griegas, donde tienen preparada una flota con muchas naves dispuestas a partir. Zarparán cuando acabe el sacrificio que Agamenón ofrecerá a los dioses para calmar el viento.

A pesar del accidente hablaban con pasión. Ambos querían creer que, cuando Adrià se recuperara, recordarían esos días como un susto sin importancia. Recobrarían a Paris y no habría ningún otro obstáculo. Vieron que los padres de Adrià les hacían señales con la mano. A su lado, una enfermera les contaba algo. Parecía una emisaria de la vida o de la muerte. Los cuatro se levantaron a la vez y salieron al pasillo. El joven a quien esperaban había vuelto.

El trayecto se hizo eterno. Iban hacia la habitación y se hacían tantas preguntas que no tenían ánimo para decirlas en voz alta. Caminaron con pasos rápidos. Querían ver los ojos de Adrià y encontrar la mirada en calma de siempre, aquel punto de malicia, un poco de incredulidad y muchas ganas de vivir. Apoyada en la puerta cerrada estaba Chiara. Eva intuyó que las cosas no iban bien. Lo supo al verla con una actitud de derrota. Durante aquellos

tres días se habían hecho cómplices. La época de desconfianza formaba parte de otra escena. Las horas que habían compartido mientras velaban el sueño del hombre las había unido. No había habido confesiones ni preguntas. Solo la sensación de hacerse compañía, de estar presente de verdad. Una calidez que arrinconaba los recelos. Descubrieron que estaban cómodas una al lado de la otra, que no tenían que interpretar ningún papel. Eva no debía crear ningún personaje; Chiara tenía la seguridad de no tener que protegerse de nada. El cambio en la forma de relacionarse había sido sorprendente, pero todo era demasiado convulso para los análisis. Quien se dio cuenta fue Ferran. Comprendió que ambas mujeres se habían encontrado. «A veces, las circunstancias nos fuerzan a reformular ideas preconcebidas, prejuicios. Nos abren la mirada y nos ofrecen la oportunidad de poder observarlo todo como si lo viéramos por primera vez», se dijo.

Eva y Chiara se miraron. No hubo celos. Unos ojos verdes de cabra salvaje reflejándose en unos ojos verdes de mar. De este gesto surgió un vínculo que habría de unirlas en el futuro con una fuerza que no podían imaginar. Chiara dejó entrar en la habitación a los padres de Adrià, mientras detenía los pasos de Ferran y Eva. Solos los tres, alejados del enfermo por una puerta. No hacían falta las palabras para saber que se había roto una vida. Murmuró:

—Ha sido muy rápido. Se ha despertado y después ha venido el médico.

—¿Malas noticias? —trató de adivinar Ferran.

—No saben si volverá a caminar.

—¿Y él? ¿Qué dice? —Eva no se esforzó en ocultar el pánico.

—No se lo quiere creer.

—Es difícil hacerse a la idea. Yo ahora mismo no lo consigo —replicó Ferran.

—Me ha echado de la habitación porque me he negado a decirle que todo era una pesadilla. No me quiere ver.

—Eso no es cierto. —Ferran intentó calmar los nervios de Chiara—. No puedes tomarte en serio nada de lo que te diga. Está en estado de shock.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo dejar de pensar en ello. Nunca

lo había visto tan violento, tan lejos.

Se sentaron en un sofá al final del pasillo, cerca de los ascensores. El entorno era poco amable: la falsa piel de los asientos áspera al tacto, la iluminación amarilla, la gente que pasaba y los forzaba a bajar el tono de voz. Todo contribuía a la percepción de tristeza. La cabeza de las dos mujeres estaba apoyada en el respaldo, como si no tuvieran ánimo para encarar la situación. Eva miraba a los ojos de Ferran, esperando encontrar en ellos una fortaleza que ella no tenía. Nunca había contemplado la opción de que la caída de Adrià fuera nada más que un incidente. No se había permitido planteárselo. A lo largo de los últimos días había actuado impulsada por la inercia y la fe. Creía en la recuperación del joven sin buscar argumentos. Le habría parecido imposible asociar su imagen a un cuerpo impedido. Se preguntaba cómo había podido ser tan ingenua, pues los mejores héroes a menudo son los primeros en caer en la batalla. Al ver que nadie se atrevía a romper el silencio, dijo:

—No debemos perder la esperanza. El médico no ha negado una posible recuperación.

—Ha dicho que era una incógnita —matizó Chiara—. Lo sabremos con el tiempo. Los ejercicios de rehabilitación serán importantes; pero incluso, si quiero ser optimista, comprendo que le cambiará la vida.

—Puede que sí o puede que no. —Eva continuaba obstinada —. No hay nada definitivo aún. Todo queda en el aire.

—No nos engañemos.

Las palabras de Ferran hirieron como punzadas.

—¿Qué quieres decir? —Había un punto de agresividad en la pregunta de Chiara.

—Primero, que nos tendríamos que calmar. Si nos aturdimos, no sabremos transmitirle coraje.

—Estoy de acuerdo —respondió Eva.

—Segundo, que si él no es capaz de enfrentarse aún con la realidad, nosotros sí que deberíamos poderlo hacer.

—¿Cómo? —Chiara hizo la pregunta con un suspiro.

—Tiene un reto clave que exigirá energía, concentración y

tiempo: volver a caminar.

—Y nuestro apoyo —añadió Eva

—Toda nuestra comprensión y afecto —reafirmó él—. Pero no podemos engañarnos: Adrià Puntí no será Paris en mi película.

La frase les cayó como una losa sobre la espalda. Chiara lloró por el hombre al que amaba, a quien la vida le hacía renunciar a aquello que lo hacía más feliz. Eva no podía imaginarse con otro actor en la pantalla. Se sentía como una Helena obligada a renunciar a Paris antes de haberlo encontrado. Se hizo un silencio, espeso como un mal presagio. La contundencia de Ferran, la frialdad de la frase, la seguridad con la que les había hablado entristeció a las dos mujeres. No lo cuestionaban, sino que se sentían agredidas por la situación que él había hecho explícita. Pensaban en ello. Chiara, de una forma obsesiva; Eva, con el deseo de que fuera un mal presentimiento. Las palabras dan forma a las intuiciones. Aquello que era una amenaza se materializaba en un peligro concreto a través de lo que Ferran había dicho. La primera intención era negarlo, buscar motivos para que Adrià no tuviera que renunciar a su sueño. Se esforzaron en buscar razones. Una quiso apelar a la parte humanitaria del hombre, pretendía despertar una compasión que él no podía permitirse. Chiara dijo:

—No se merece una desgracia doble. Si la vida lo castiga sin poder caminar, ¿tú lo castigarás sin dejarle actuar?

Inmediatamente, Eva optó por argumentos más racionales:

—Te precipitas, Ferran. El rodaje durará cerca de seis meses. Durante este tiempo no sabemos lo que puede suceder. Si nos organizamos bien, podemos rodar las escenas de Paris hacia el final. Tenemos mucho camino por delante.

Él las miró con ternura y determinación. Admiraba la actitud de Eva, capaz de poner en segundo término el rodaje para favorecer a un buen amigo. Aquel gesto lo enamoraba aún más porque hablaba de una generosidad que superaba la ambición profesional. Comprendía la defensa de Chiara, que habría dado sus propias piernas por las de su amado, pero no podía dejarse llevar por los sentimientos. Tenía que ser la voz que impone la razón. Práctico y tranquilo, quiso defender los intereses de un proyecto

que estaba por encima de las circunstancias personales de cada uno de los que participaban en él. Lo repitió con firmeza:

—Adrià Puntí no será Paris en la película.

A cien metros de donde se sentaban en la habitación de hospital Adrià hablaba con sus padres. La madre hacía un esfuerzo para contener las lágrimas; a su padre le temblaba la barbilla. Él les alargó los brazos como si quisiera señalar las vaguadas y las sierras, todo un bosque de verde que lo rodeaba. Tenía el rostro encendido y las palabras brotaban en abundancia, como si le fuera la vida en cada una de ellas. Eran palabras que buscaban convencer y convencerse, quizá desde la desesperación, quizá desde el desánimo, pero sin perder la fuerza que volcaba en todo. Se imaginó un decorado distinto. En lugar del espacio impersonal, inocuo, podía ver una naturaleza hecha de contrastes donde el paisaje existía para ser amado. Él recorrería los valles, subiría la montaña, bebería el agua de las fuentes. Alzó la frente cuando les dijo:

—Siempre he soñado con protagonizar una gran película. Nunca supe qué personaje me habría gustado representar porque me parecía que había una serie infinita. Todas las posibilidades abiertas son un signo de libertad, y yo me quería libre. Lo fui hasta que me hablaron de Paris. Cuando Ferran me hizo la propuesta y me ofreció el papel estaba orgulloso. Pensé que era un héroe magnífico. Un regalo que te hace la vida. No sé cómo os lo podría explicar: representa la belleza, el impulso, el hombre ingenuo. Es el seductor capaz de aliarse con la naturaleza, de ganar su lugar en un reino que representa la civilización y de escoger a la mujer más bella del mundo. Simple y complejo a la vez, como me gusta. ¿Te acuerdas, madre, cuando te decía que me seducían los personajes ricos en matices? Un héroe primitivo, forjado en la montaña, que corre tras aquello que desea. Quería ser como él.

—Eres valiente —murmuró su madre.

—Soy un cobarde que se esconde detrás de un personaje para no enfrentarse a una sentencia terrible. No podré volver a andar. Él corría y yo no puedo dar ni un paso.

—Los médicos no niegan una recuperación completa.

Deberías creértelo para poder avanzar —añadió el padre.

—No me creo a nadie. Me recomiendan paciencia, días de rehabilitación, pero no tengo el corazón preparado para perder el tiempo. Estoy impaciente por volver al plató. Quiero vivir como antes.

—Tranquilízate —volvió a suplicar la madre—. Todos te ayudaremos. Chiara está contigo.

—¿Chiara? Le he dicho que se fuera. No quiero volverla a ver.

—Eres injusto.

—No permitiré que haga de enfermera de un hombre inválido. Es una mujer llena de proyectos. La quietud nunca ha formado parte de su mundo.

—¿Piensas decidir por ella?

—He decidido por los dos.

—¿Qué dices?

Inclinó la frente. Estaba agotado. Encontraba consuelo si, cerrando los ojos, evocaba paisajes montañosos.

V

No eran cumbres de montañas, sino olas que se levantaban en una cresta de espuma, como el acero de las espadas griegas. Las armas y los corazones estaban dispuestos para la lucha, aunque el invierno desaconsejaba iniciar la travesía. Los hombres sabios habían hablado con Agamenón y Menelao: «Sed pacientes. Esperad a que pasen los vientos y las lluvias. Cuando retorne la calma al mar, podréis partir hacia Troya».

Menelao, el esposo abandonado, añoraba a Helena. No lo habría querido reconocer ante su hermano, que le hablaba del honor, pero él no se lamentaba por la humillación vivida, sino por la cabellera de oro. No podía existir ningún botín más valioso ni se imaginaba una venganza más dulce. «¿Cómo puede ser amable quien nos obliga a destruir a quien amamos?», se preguntaba. «¿En nombre de qué normas legales o morales me piden que actúe si todas van en contra de lo que me dicta el corazón? Ella me traicionó por amor, ¿no puedo yo perdonarla guiado por otro amor, que debería avergonzarme pues significa flaqueza, pero que me diferencia de quienes proclaman el grito y la sangre?»

Menelao recordaba cuando lo eligió entre los pretendientes, reunidos durante muchos días en los pórticos del palacio de Esparta. Dormían al raso, protegidos del frío por mantas. Se encendían hogueras para asar los bueyes que devoraban regados con vino tinto. Cada uno alababa la gloria de sus proezas, la magnificencia de los bienes que poseía. Se trataba de ganar la voluntad de la mujer más bella del mundo. Cuando lo escogió a él, experimentó una mezcla de orgullo y de incredulidad. Los dioses habían sido generosos, pensó. Lo evocó con la melancolía de quien ha perdido un tesoro. Helena vestía una túnica rojiza cuando le puso una corona hecha de hierbas del bosque, el símbolo de la

elección. Se cogieron las manos mientras Tíndaro, el futuro suegro, sonreía. Estaba satisfecho: dos hijas, Clitemnestra y Helena, casadas con dos hermanos, Agamenón y Menelao. Micenas y Esparta unidas por esos esponsales.

Después de la boda viajaron a Micenas, donde Clitemnestra les había preparado la mejor habitación. A Helena no le gustaba Micenas porque era una tierra agreste, muy distinta de Esparta, donde reinaba el verdor. Menelao estaba inquieto. ¿Cómo puede un hombre mortal complacer a la hija de un dios? Cada noche se acercaba con timidez. Todo era rápido: la visión de ella, el acoplamiento, la sensación de acabar antes de tiempo. No podía contener el deseo, no sabía prolongar el placer. Ella lo esperaba inmóvil, anhelosa por cubrirse el cuerpo.

Cuando miraba a Agamenón a los ojos, habría querido decirle que era débil, un hermano dominado por su hermano, que se dejaba ganar por él, en lugar de hacer lo que deseaba, aunque siempre había vivido bajo un pesado yugo. No era capaz de rebelarse. Un carácter sumiso, oculto tras la apariencia de guerrero, que marcó todas las decisiones de su vida. Amar a Helena había sido el único acto libre de la biografía de Menelao, pero incluso en el amor había tenido que contar con el beneplácito del otro. El camino al tálamo de Helena fue sencillo. Habría preferido ser un héroe, ocupar el lugar del príncipe troyano, que no dudó en saltarse los códigos ni en desafiar la ley. Quizá, se decía, la perdió mucho antes de que Paris atravesara la portalada, cuando descubrió que estaba unida a un esclavo. Una reina y un hombre débil, bajo las piedras de Esparta, enterrados vivos a los ojos de ella, que tenía un espíritu valiente. Menelao se preguntaba qué le diría si tuviera la ocasión de volver a encontrarla. ¿Quién tenía que pedir perdón a quién? ¿La mujer que había optado por la vida o el esposo ultrajado que no había sabido hacerla feliz? No lo confesaría. Cuando fuese la hora, emprendería el viaje hacia una guerra que no deseaba, con la lucidez de saber que era un miedoso.

Agamenón le hablaba a menudo de la venganza, de la satisfacción de entrar en Troya, de la promesa que habían hecho los príncipes griegos cuando se casó con Helena: todos se unirían

para defenderlo. Mientras tanto, los dos hermanos vivían la espera en realidades opuestas. Menelao, con el deseo de lentificar el tiempo; Agamenón, desbordante de impaciencia por partir. Pasaban los días y los vientos soplaban furiosos. La tormenta golpeaba las quillas de los barcos anclados en el puerto. Los marineros se refugiaban en las tabernas, entre botellas de vino y relatos de naufragios. Agamenón habló con Menelao:

—Me devora la inquietud.

—¿Por qué tanta prisa? Debemos saber esperar a que llegue el momento adecuado.

—¿Hablas de esperas? Tú, que deberías ser quien maldijera cada hora. Nosotros estamos en Áulide. No podemos avanzar porque, si intentáramos el viaje, moriríamos en un naufragio seguro. Nuestros marineros se emborrachan entreteniendo las horas. Hay peleas en el puerto. Se multiplican los insultos, los robos, porque el ocio excesivo es amigo de las disputas. Mientras tanto tu esposa te llena de ignominia en el lecho de Paris.

—La ofensa ya está hecha. A nadie le duele más que a mí. Te hablo de buscar una táctica que nos permita ganar la guerra —intentó que su voz surgiera firme— y recuperar a mi esposa.

—Tu adúltera.

—Te tiembla la barbilla.

—De rabia. Contra ellos y contra ti, que no clamas a los dioses para que sosieguen las olas.

—Los dioses no me escuchan. Les pedí una larga vida con Helena. ¿Te acuerdas?

—No escuchan las súplicas de quien no sabe imponerse a las emociones. Una vez más, tendré que actuar por ti.

—No me atribuyas locuras. Ten presente que son solo tuyas. Tú eliges; yo te sigo.

—He consultado a Calcante, el adivino. Somos víctimas de la cólera de la diosa Artemisa. Si no conseguimos aplacarla, no podremos zarpar. La petición es terrible y al principio me negué a aceptarla, pero ahora sé que no hay nada que hacer.

—¿De qué me hablas?

—Haremos un sacrificio a Artemisa.

—¿Un ciervo, un toro...?

—Enviaré a buscar a Ifigenia, que está en Micenas.

—¿Ifigenia? —El rostro de Menelao se tensó.

—Le pediré que venga para casarla con Aquiles. Es un gran guerrero, nadie dudará que debe obedecerme. Será solo un pretexto.

—¿Ifigenia? —repitió, todavía incrédulo—. ¿Sacrificarás a tu propia hija para calmar la tormenta? Es la sobrina de Helena, hija de su hermana. Es la nieta de Tíndaro y Leda, que te acogieron en su palacio de Esparta. Es tu primogénita.

—¿Sabes cuántas vidas se perderán en la guerra de Troya? No quería que ella fuera la primera víctima, pero he aceptado la voluntad de los dioses. Cuando esté aquí, Calcante se ocupará de ella. Ni tú ni yo tendremos que verlo.

—Pagarás un precio por su muerte. No lo dudes. Todos lo pagaremos.

—Las guerras tienen un alto precio.

Ifigenia, la hija de Agamenón y Clitemnestra, llegó a Áulide. Su madre la despidió con un sentimiento de pena que no conseguía identificar con la desconfianza. Le puso una corona de flores en los cabellos cobrizos. Iba a encontrarse con Aquiles, su prometido, según les comunicó el mensajero enviado a Micenas por Agamenón. Era una adolescente bella, que no había heredado la fortaleza de los padres. Escuchó la sentencia de muerte sin derramar una lágrima. Agamenón la sacrificó para calmar la tormenta. Estaba impaciente porque quería navegar hacia Troya. Sabía que Clitemnestra no se lo perdonaría jamás. Tampoco Menelao. Ni Helena, que había visto crecer a aquella criatura. Derramada la sangre en el mar, las olas murieron. Se detuvieron los vientos y la lluvia. La inmensidad del agua parecía un espejo que invitaba a las naves a zarpar.

Sentada en un banco, con una gabardina verde botella, oscura como el agua que contemplaba, Chiara tenía la sensación de enfrentarse a la prueba más dura de la vida. El viento hacía volar

sus cabellos castaños, que formaban una cortina sobre el rostro. Las nubes ocultaban el azul del cielo. Lloviznaba. Había visto dibujarse la silueta de los relámpagos. La tormenta avanzaba hacia donde estaba, a pesar de que ya la hubiera inundado por dentro. Toda ella era un temblor de viento y de agua.

Hacía dos días que no iba al hospital. Había intentado llamarlo, pero no le respondía. Desde la última conversación intentó que la calma se impusiera, aunque estaba inquieta. Los padres de Adrià le suplicaban que tuviese paciencia, para que este pudiera asimilar la noticia. Chiara estaba acostumbrada a respetar los tiempos. Sabía los minutos que tenían que pasar desde que subía a un tren hasta que descendía del vagón en marcha. Había aprendido a calcularlo con exactitud porque se jugaba la vida en el rodaje de una escena de riesgo. Si se despistaba unos segundos, podía caerse. Contaba en silencio antes de saltar. Una vez, sustituyó a una actriz que tenía que morir quemada en una hoguera. Se trataba de una historia de brujas condenadas al fuego. Llevaba una cabellera larga y una túnica. Sintió la vaharada de las llamas. Se apresuró a aflojar los nudos de las cuerdas y se lanzó al vacío, pero el olor a quemado la invadió por completo. Se sintió empequeñecer en el banco de madera, porque se resistía a dejar la atalaya desde donde la amenaza de la tormenta no era nada comparada con la idea de perder a Adrià. Cuando la llovizna se transformó en chubasco, tuvo la certeza de que el cielo y ella eran una misma materia líquida a punto de desaparecer en el mar.

Pasó el tiempo. El agua le empapaba el cuerpo mientras recordaba el día en que fue Helena en medio de la tormenta. Frente al objetivo de la cámara, estaba erguida en el barco troyano donde se embarcaron Paris y Helena huyendo de Menelao. Sustituía a Eva porque la tormenta era real, tan auténtica como la que la rodeaba, mientras un hombre yacía en una cama de hospital. Estaba sola y miraba el horizonte buscando rastros de Troya. Helena y Paris se escaparon en un carro con caballos. Zarparon en una nave porque era el único camino hacia la libertad de amarse. El amor había hecho comprender a la reina de Esparta que podía renunciar a todo por el príncipe. Estaba nerviosa, sentía

dolor por quienes dejaba atrás, por la vida que había construido en Esparta, pero la decisión era firme. La alegría de vivir tenía nombre propio. Se llamaba Paris. La primera escala fue en Cránae; la segunda, en Citerea, la isla donde nació Afrodita, la diosa más bella del Olimpo, surgida del mar. Helena se había sumergido en las olas antes de recorrer los bosques, que olían a mirto. Desafió las inclemencias de la tormenta y construyó un altar hecho de piedras dedicado a Afrodita.

Chiara volvía a percibir la lluvia en su cuerpo. La tormenta había ahuyentado a las personas que paseaban por la bahía. Estaba sola en el banco, que parecía un barco en medio del agua. Habría podido dejarse llevar, pero decidió sobrevivir. El recuerdo de la determinación de Helena la empujó a actuar. No podía quedarse quieta. Empezó a correr hacia el coche, que había aparcado lejos. Moverse no era sencillo porque arrastraba el peso del agua en la ropa y en el pelo. Avanzaba contra la tempestad a lo largo de una ventosa avenida. Se sentó dejando un charco en el asiento. Se sacó el jersey empapado mientras se ponía una chaqueta. Puso el coche en marcha, conectó la calefacción y condujo hacia el hospital: quería estar cerca de Adrià. Avanzaba por la ciudad batida por la tormenta. Había semáforos que no funcionaban, un caos circulatorio que la llevaba a evocar los escollos que encontró Helena, en una ruta sembrada de islas, desde Esparta hasta donde se levantaba la ciudad de los vientos.

Se sentó cerca de la habitación del hospital, en una sala que conocía de memoria. Era un lugar para la espera y las dudas. Había pasado por el lavabo, donde intentó secarse el pelo, la cara..., pero no salió muy airosa de su empresa. Tenía el aspecto de un náufrago a quien las olas han expulsado del mar. Esperó un rato. La fatiga le hizo perder la noción del tiempo. Una mujer vestida de blanco se le acercó. Vio unas facciones amables que le hablaban. Se esforzó en entenderla:

—¿Te encuentras bien?

—Cansada. Me ha sorprendido la tormenta y he tenido que correr.

—¿A quién esperas?

—No espero a nadie.

—¿Disculpa?

—Te he dicho que no espero a nadie. Solo estoy aquí para estar cerca de él.

—¿De quién?

—De Adrià.

—¿El joven del accidente?

—Sí.

—Duerme. Le he administrado un calmante. ¿Lo conoces mucho?

—Era su mujer hasta que tuvo esa desgracia. No me quiere ver.

—Es una reacción común. Quiere alejarte de lo que va a pasar. Ten paciencia.

—Lo haré.

—¿Puedo ayudarte en algo? ¿Quieres un poco de agua?

—No; por hoy ya he tenido suficiente. —Se esforzó en sonreír. Se dio cuenta de que la mujer tenía una expresión cálida. Bajó el tono de voz—. Seguro que has pensado que estoy loca.

—No. Me has parecido triste. Nada más.

—Es extraño. Estoy sentada cerca de Adrià, pero no puedo verlo. Lo sé y no me voy. No hay muchos lugares en el mundo adonde pueda ir. Me siento perdida.

—No hay situaciones únicas. A veces pensamos que nos ha tocado vivir un momento que nadie más ha vivido, pero nos equivocamos.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay muchas personas que se pasen horas en una sala de hospital esperando... nada?

—Te podría contar muchas historias, porque hace diez años que trabajo aquí. Soy auxiliar de enfermería y me llamo Júlia.

—Yo soy Chiara. ¿De qué me hablas?

—De historias que parecen únicas a quien las vive, aunque no lo sean. Cada una tiene una anécdota, unas circunstancias particulares, pero todas coinciden en algún punto.

—No te entiendo.

—No eres la primera que veo en esta sala, esperando, con la

certeza de que alguien no quiere recibir su visita.

—Es un consuelo. —Chiara sonrió con un punto de amargura.

—El último fue Ismael. Hace dos o tres meses. Venía cada tarde, al salir del trabajo, y se sentaba durante horas donde tú estás ahora. Me acuerdo muy bien.

—¿Qué recuerdas de él?

—El dolor en sus ojos. No hablaba con nadie y venía siempre solo. Era un hombre joven, que habría resultado atractivo si no hubiera sido por la expresión torturada de su rostro.

—¿Una expresión como la mía?

—No. Tú estás triste; él parecía desesperado.

—No hay demasiada diferencia.

—Creo que sí. He aprendido a observar a las personas. La pena es terrible, pero es peor la culpa.

—¿Se sentía culpable? —Sin darse cuenta, Chiara empezó a interesarse por el relato.

—Venía a visitar a una chica que estaba en coma. No tenía buen pronóstico. Los médicos dudaban de que se despertara. Él se aferraba a un hilo de esperanza.

—¿Era su mujer? ¿Por qué no entraba?

—No. Eran desconocidos.

—¿Cómo?

—Ismael repetía su nombre como si fuera una oración. Cuando pasaba cerca, podía oírlo. Ya desde lejos, le leía los labios. Intentaba conjurar aquel nombre para que volviera a la vida.

—¿Qué le unía a ella?

—El azar y la desgracia. Una mañana conducía por Barcelona. Llegaba tarde al trabajo, por eso conducía deprisa. A Ismael le gustaba la velocidad. Se saltó un semáforo en la Diagonal y la atropelló.

—¡Qué horror!

—Sí, como tantos otros. El coma duró semanas. Coincidía con familiares y amigos, pero no les decía nada. Siempre estaba callado. Cuando ya no quedaba nadie, se marchaba. Yo era la única que conocía su secreto. Me lo reveló porque no podía contener tanta tristeza. Tenía que compartirlo. ¿Quién mejor que una mujer

acostumbrada a este lugar y al infortunio?

—¿No intentaste convencerlo de que no era culpable, que fue un accidente?

—Ni siquiera lo intenté.

—¿Por qué?

—Cuando alguien sufre, las palabras sirven de poco. Entendí que solo podía acompañarlo.

—Es posible, pero la historia de Ismael no tiene nada que ver con la mía.

—Desde tu perspectiva, es probable que no. Pero yo veo una semejanza.

—¿Cuál?

—La capacidad de persistir en la espera. Vino hasta el último día. No se rindió. Tú tampoco lo harás.

—No lo haré.

—Vete a casa. Ya es de noche y llevas la ropa húmeda. Te conviene descansar.

—Volveré. ¿Estarás aquí?

—Sí.

—Júlia...

—Dime.

—¿Se despertó?

—No, no lo hizo. —Encogió los hombros—. Son cosas que pasan.

—¿Y qué pasó con Ismael?

—Estaba en el pasillo cuando sacamos el cuerpo. Recuerdo su rostro envejecido de golpe. Con la esperanza perdió también la juventud. No lo he vuelto a ver.

—Buenas noches. La verdad es que estoy cansada.

—Descansa.

Conducía por la ciudad, donde aún quedaban rastros de la lluvia. Con las últimas palabras grabadas en el cerebro, veía las aceras desiertas, las farolas vacilantes bajo la oscuridad, el asfalto invadido por el agua. Había acertado: no podía rendirse. Estaba dispuesta a recuperar la confianza de Adrià y a acompañarlo. Debía pensar una manera de aproximarse. ¿Cómo le podía

demostrar que estar con él no era un sacrificio, sino una suerte a la que no quería renunciar? Él le había dicho que no quería que inmolara la vida a su lado, que no estaba dispuesto a compartir aquella realidad miserable. Había querido ser generoso, pero se equivocó. Todo eran sombras en la tierra. La confusión de no saber qué camino tenía que tomar, la incredulidad, la fatiga. El móvil interrumpió las cavilaciones de Chiara. Puso el manos libres y respondió:

—Buenas noches, Eva.

—¿Cómo estás? He pensado mucho en ti.

—Vuelvo del hospital.

—¿Lo has visto?

—No. He estado en la sala de espera un rato. Antes he ido a mirar el mar. Me ha pillado la tormenta.

—¿No te has cambiado la ropa? Te pondrás enferma.

—Pareces mi madre —intentó bromear, aunque en realidad agradecía el interés de la otra—. Llevaba una chaqueta de repuesto. No te preocupes, estoy acostumbrada a la intemperie.

—En los rodajes, pero en la vida es otra historia. Tendrías que saber protegerte.

—He conocido a una mujer.

—¿Quién es?

—Una auxiliar de enfermería. Se llama Júlia.

—¿Habéis hablado?

—Un rato. Pensaba que me vería como una criatura extraña, pero soy más normal de lo que creía.

—¿Qué te ha dicho?

—Que los pasillos de los hospitales están llenos de gente que espera. Hay muchas personas que pasan allí muchas horas, a pesar de que saben que no podrán entrar en la habitación de alguien.

—¿Esto te reconforta?

—En cierto modo, sí. Hay otra cosa que me gusta saber. Solo es una intuición, pero diría que he dado un paso adelante. Después de este tiempo sin saber hacia dónde moverme, veo un camino.

—¿Cuál?

—Tengo que concretarlo. Es una idea vaga. Quién sabe si se

trata de una locura.

—¿Me lo puedes explicar? —Eva la notó impaciente.

—Creo que he encontrado una cómplice.

—Yo soy tu cómplice, o eso pensaba.

Había celos en la voz de Eva, siempre intensa, a menudo acaparadora. En otras circunstancias se habría reído, pero se limitó a decir:

—Eres mi amiga. Me refería a alguien que me puede ayudar a cumplir el objetivo de volver con Adrià. ¿No lo entiendes? Estoy en un punto muerto. Necesito escribir el guion de las escenas que rodaré los próximos días. En la vida real también se pueden emplear técnicas de cine.

—Lo he entendido. No eres una simple sustituta de las actrices en momentos peligrosos. ¡Eres una auténtica actriz! Por eso me desconcertaste tanto cuando nos conocimos. Me empeñaba en reducirte a un papel que te viene pequeño. ¿Qué interpretarás ahora?

—Si esta mujer me ayuda, será un buen papel. Te lo aseguro.

—Estoy convencida. ¿Me dejarás ayudarte?

—Siempre lo haces.

Sonrieron. La una en el espacio reducido del coche, rodeada de oscuridad; la otra, en casa.

Se oyó un frenazo brusco, el chirriar de los neumáticos en el asfalto y el silencio de Chiara. Eva se asustó:

—¿Estás bien?

Chiara tardó unos segundos en responder:

—Te llamo después.

Había girado hacia la izquierda en el semáforo de la esquina. A doscientos metros la esperaba su casa: el sofá amarillo, las sábanas que olían a limpio, la ducha. Era una distancia corta para que pudieran suceder demasiadas cosas. ¿Se había confiado, relajada en la conversación? Bajó del coche preguntándose qué habría podido arrastrar con las ruedas. ¿Una caja de cartón que, empujada por el viento, había invadido la calzada? ¿O al perro de algún vecino, que en mala hora tuvo la idea de sacarlo a pasear después de la tormenta? Observó la calle, pero no vio presencia

humana alguna. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de haber atropellado a un niño, que, harto de estar recluido por culpa de la lluvia, hubiese aprovechado una distracción de los padres y salido al aire de la noche. El sudor le empapó el cuerpo.

Intentó mantener la mente fría. No vio nada. La oscuridad lo invadía todo y las farolas eran puntos de luz minúsculos. Lo encontró detrás del coche, una silueta de malos presagios. Decían que tienen siete vidas. ¿Cómo había ocurrido? Se movían con la sinuosidad hábil de los seres que han aprendido a sobrevivir. Se había confundido con las sombras y el coche se lo llevó por delante. Tendido en el suelo, tenía una forma elegante. Quieto. Con la linterna del coche, lo iluminó y vio la sangre. Si volvía a llover, el agua limpiaría la calzada. Lo deseó de una forma casi infantil.

En el ascensor, el espejo le ofreció un reflejo distorsionado de su rostro. Se miró, incrédula. No se reconocía en la palidez y el miedo. Se sacó la ropa por el pasillo. Entró en la ducha y buscó el calor a chorro sobre su piel. Tenía que borrar las marcas de la tormenta, pero también la sensación de irrealidad que vivía. Cubierta con el albornoz de Adrià, inundada por su olor, marcó el teléfono de Eva. La voz de su amiga transmitía inquietud:

—¿Qué te ha pasado con el coche? He oído unos ruidos extraños que no he sabido identificar y después el silencio. Si hubieses tardado cinco minutos más en llamar, me habrías encontrado en la puerta de tu casa.

—No salgas. Dicen que el viento y la lluvia van a volver. Estoy bien.

—No me lo parece.

—He atropellado a un gato.

—¿Un gato?

—Me faltaba un centenar de metros para llegar a mi calle. No sé qué ha pasado, pero lo he dejado en la calzada.

—Tranquila. No podías hacer nada.

—He bajado del coche y lo he visto. Era negro, de esos que traen mala suerte.

—No me digas que eres supersticiosa. —Intentaba relativizar el tema—. Estás muy cansada. Intenta olvidarte de eso.

—Siempre se ha dicho que cruzarse con un gato negro es un augurio de futuras desgracias. Vivo un tiempo de desgracia. ¿Pura coincidencia? ¿Qué quieres que piense?

—Piensa que no te has cruzado con él. Que ha aparecido en tu camino y lo has matado. Tú lo has matado.

—¿Qué pretendes? ¿Asustarme todavía más?

—No. Has vencido a la desgracia. Te has impuesto a ella. Esto es lo que tenemos que pensar.

—¿Un gato muerto en el suelo es una victoria? ¿De qué me hablas?

—Del triunfo de haber sabido echarlo de tu vida.

—No lo he hecho expresamente. Ha pasado.

—Mejor todavía. Del mismo modo, serás capaz de vencer la mala suerte que persigue a Adrià.

VI

¿Qué sintió Héctor cuando conoció a Helena? ¿Los bardos le habían cantado su historia? La mujer más bella de la tierra aparecida en un barco en Troya, despojada de los ornamentos de una reina, luminosa. Como era discreto, no manifestó sorpresa. Como era bueno, quiso recibir a la pareja con los brazos abiertos porque la hospitalidad es un atributo de los príncipes. Como era un hijo respetuoso y un hermano amable, asumió la decisión de Príamo de aceptar la elección de Paris. Más allá de los valores que acompañan la nobleza de corazón, algo se alteró muy dentro de él al verla. No fue la admiración que inspira la belleza, porque Troya era un reino donde la gente vivía rodeada de ella: la belleza del paisaje y la del arte. No fue tampoco la influencia de las palabras que cantaron su gracia. Fue un latido que alteró la expresión de su rostro, un brillo en sus ojos.

Con el pelo revuelto, Héctor sujetaba las riendas de los caballos salvajes de Troya, que bebían en la orilla del río Escamandro. Al príncipe le gustaba domarlos, porque sentía que volaba con el viento. Sus músculos se tensaban por el esfuerzo entre jinete y animal, un combate entre dos cuerpos indómitos. Helena los observaba con admiración. Cuando el caballo se retorció para liberarse del peso del hombre que procuraba mantener el equilibrio, no habría sabido decir cuál le parecía más perfecto. Nunca ningún caballo había podido tirar a Héctor. Soportaba los saltos y las embestidas, cubierto de sudor, pero con una alegría todopoderosa que le alteraba el rostro y lo hacía parecer un dios. Así lo vio Helena, antes de que las naves griegas llenaran el mar. Entonces vivía el estallido de la pasión con Paris, pero un eco del latido que había sentido él al verla, una pulsión o un sueño de deseo le ensombreció los ojos.

Pasó un tiempo hasta que el caballo abandonó el combate. Cuando el empuje fue disminuyendo, mientras se calmaban las convulsiones de las patas y menguaba la tensión, el hombre se impuso. No parecía una voluntad de dominio, sino el acoplamiento de quienes han estado lejos, pero se acercan. No había un hombre vencedor y un animal sometido, sino dos seres que se reconocían. Las manos de Héctor acariciaban el cuello del caballo, las piernas se relajaban en un acto de confianza. Helena habría querido desaparecer después del espectáculo, aunque no había sido capaz de alejarse, fascinada por un proceso que consistía en vencer los recelos del caballo, donde se imponía la inteligencia por encima de la fuerza, hasta que los dos podían descansar, con las pieles rozándose, agotados y cómplices. Cuando dio unos pasos, mientras intentaba marcharse sin que él la viera, se percató de que el hombre tenía los sentidos alerta. Sus miradas se cruzaron.

La relación entre Héctor y Helena tenía que ser ambigua, difusa como la línea del horizonte. Él actuaba con gentileza, pero fue quien la avisó sobre la inocencia de los troyanos. Veía los peligros de un asedio griego. Había insistido en llenar los pozos de agua y almacenar provisiones que pudieran abastecer a la población durante un año, mientras los hombres sacaban lustre a las armaduras, las mujeres tejían historias de combates y los niños jugaban a perseguir enemigos imaginarios por las praderas donde pastaban los caballos. En Troya nunca había habido una guerra. La perspectiva resultaba emocionante para quienes no dudaban de la fortaleza de sus murallas. «La inconsciencia tiene un punto de altivez o de ingenuidad», aseguraba Príamo, que era un rey sabio. Héctor estaba de acuerdo. Ambos se encontraron el día antes de que las naves oscurecieran el mar. Ignoraban que, pocas horas después, la calma solo sería un recuerdo. Los cuñados hablaban dos lenguajes que tenían poco que ver: el de las palabras y el de los ojos. Las palabras que Héctor pronunciaba eran siempre correctas, contenidas. Su mirada mantenía viva aquella primera chispa. Las frases contrastaban con la intensidad de sus pupilas. Le dijo a Helena:

—Todo el mundo vive la proximidad de las naves griegas

como un juego. No intuyen lo que tú y yo sabemos con certeza.

—¿A qué te refieres?

—He oído hablar de sus proezas: Agamenón es feroz, Ulises no tiene escrúpulos y Aquiles... dicen que nunca ha sido vencido en batalla alguna.

—Tengo toda la confianza en los guerreros de Troya.

—¿Qué dices, Helena? ¿Me quieres engañar o te engañas a ti misma? ¿No conoces a tu propio pueblo? ¿Paris te ha contagiado su insensatez?

—Quiero creer en ello —murmuró ella.

—Aprovecha, pues, y celébralo con la gente. Dejemos que vivan las horas felices, porque no tardarán en llegar las amargas.

Ferran volvía a trabajar en la película. Se esforzaba por preparar cada escena, conversaba con los actores, no perdía el control de los equipos, era insistente con las personas que buscaban las mejores localizaciones para el rodaje. Habían grabado la secuencia en que Héctor aparece como un magnífico héroe. Mientras las amenazas de una guerra con los griegos llegaban a Troya, el hijo mayor de Príamo y Hécuba, el heredero del reino, no perdió la calma. Si intuyó que Helena podía ser portadora de desgracia, no lo manifestó. Héctor era la fuerza y la serenidad, la astucia y la inteligencia. Tenía la dignidad de quienes han nacido en un lugar de privilegio, pero no lo viven como un regalo, sino como un deber. Él tenía que preservar el honor de los troyanos, algo que le exigía ser un gran príncipe.

Toni Sbert se propuso demostrarle a Ferran que, cuando lo eligió, no se había equivocado. Estaba entusiasmado con el papel que interpretaba, convencido de que el esfuerzo valía la pena. Después del malentendido inicial, en que se dio cuenta de que no tenía amigos en el gremio de actores, agradeció el encuentro que le había abierto las puertas de esa película. La experiencia de haber confiado en personas que le habían fallado fue un aprendizaje. Había perdido la inocencia, circunstancia que lo haría mejor actor. Del hombre desconfiado, que observaba de reojo a los otros,

saldría un Héctor generoso, porque no olvidaba que había nacido al servicio de sus obligaciones.

El actor rodó una escena espléndida. Tuvo un cuidado especial con las dos dimensiones que interpretaba: la del príncipe que se gana la voluntad de un caballo salvaje, pero también la del hombre que sabe que una mujer sigue cada uno de sus gestos, que se reconoce observado, y esta certeza lo invita a mostrarse mejor. Finalmente, la sonrisa en los ojos en la mirada furtiva entre los cuñados, una combinación de reconocimiento y deseo que chispeó en sus pupilas. El actor supo subrayar la fuerza. Era más difícil transmitir una mirada que domar un caballo. Eva llevaba la túnica blanquecina manchada por la hierba.

Toni Sbert y Eva se miraron. Cuando interpretaban, resultaba fácil combinar los registros de la fascinación mutua y del respeto entre cuñados. Él era altivo y gentil. Ella ponía la magia de Helena, seductora e ignorante de su propio poder. Desde que se conocieron, se admiraron. Helena reconoció las virtudes de Héctor. El heredero de Troya aceptó que la reina de Esparta era el destino de la ciudad y de todos los que allí habían nacido.

Apagados los focos, se alejaron del set de grabación. Había sido una jornada provechosa, estaban satisfechos a pesar de la fatiga. Eva se adelantó unos pasos, con la urgencia que la empujaba hacia la sala donde la liberarían del peso de la peluca. Estaba impaciente por quitarse la túnica y el maquillaje. Eran las ganas de volver a ser ella.

Ferran se unió a Toni. Hablaban con el tono distendido de las personas que viven un proyecto que les hace sentirse privilegiadas. Desde la primera conversación compartían la ilusión por la película, pero también un afecto mutuo que iba más allá de los vínculos profesionales. El director, que a pesar de las presiones de Eva y Chiara se había mantenido firme en la idea de buscar otro Paris después del accidente de Adrià, necesitaba a alguien con quien compartir la aflicción que le generaba su propia decisión. Ante Chiara no podía permitirse la flaqueza de titubear sobre el tema, porque habría sentido que jugaba con ella. Con Eva había hablado algunas veces, pero no se salvaban de caer en el

desacuerdo. Su mujer vivía el infortunio de Adrià como un castigo inmerecido. No aceptaba que hay hechos que nos obligan a tomar decisiones duras y, a pesar de que no le hacía reproches, habría preferido dejar pasar los meses antes de sustituirlo por otro actor. Apreciaba demasiado a Adrià y a Chiara, los consideraba amigos —ella, que no tenía demasiados— y se rebelaba ante la situación que tenían que vivir. Se sentía culpable de añadir más penas a las que ya sufrían. A la vez, era suficientemente inteligente como para entender la actitud de Ferran, que actuaba en nombre de un proyecto en el cual estaba implicada.

Ferran encontró un refugio en la escucha amable de Toni. Le explicó cuánto valoraba las cualidades de Adrià, un buen actor y una buena persona, la ambivalencia que le producía tenerlo que sustituir. Le confesó que había estado tentado de escuchar a Eva y dejar que el tiempo dijera si existía una pequeña oportunidad para el joven, pero debía priorizar su responsabilidad. Hubo obstáculos para salir adelante con la película. Cuando todo estaba a punto, no podían echarse atrás, aunque fuera por el aprecio que le inspiraba un actor. Si era un profesional, tenía que demostrarlo. Toni se mostró receptivo. Comprendía la disyuntiva en que se encontraba el otro. Intuir que tenía el espíritu dividido entre la pasión por el trabajo y el afecto por un compañero lo acercaba a Ferran, una persona escindida entre el deber y el deseo, entre aquello que tenía que hacer y aquello que habría querido poder llevar a cabo. Tan humano y próximo que Toni agradecía la suerte de trabajar bajo su dirección.

Le dijo:

—¿Cómo llevas el tema de Paris?

—Tengo la mesa llena de fichas. Cuando la noticia del accidente de Adrià se hizo pública, todos los posibles candidatos debieron de sacar las uñas y preparar sus currículums.

—Lo dices con amargura. —Toni le apretó el brazo—. Querer sobrevivir es propio de la naturaleza humana. No los juzgues por este motivo.

—Tienes razón. La ambición en un actor es legítima, incluso recomendable, pero esta historia me supera.

—Lo entiendo. No debe de ser nada fácil. Lo hemos hablado muchas veces.

—Adrià está viviendo un calvario. Lo tendrías que ver. Parece un hombre quebrado, derrotado en la cama del hospital. Pronto empezará la rehabilitación.

—¿Cómo está de ánimos?

—Voy a verlo tanto como puedo, pero no son visitas agradables. Está poco comunicativo. Y no habla de Chiara.

—¿No ha querido volver a verla?

—No. Han pasado los días... Me imaginaba que sería la reacción inicial, que tenía que resituarse, que la telefonearía en cualquier momento, pero nada. Ella está muy triste.

—Tiene que digerir demasiadas cosas: la vida le ha dado un vuelco terrible.

—Era un joven lleno de ganas de vivir. ¿Lo conociste?

—No. Si te tengo que ser sincero, me alegro. No pienses que soy un egoísta.

—Para nada. En alguna ocasión he llegado a pensar que ojalá ni Eva ni yo lo hubiéramos conocido. Me avergüenzo de decirlo.

—Tienes que centrarte en el *casting*, marcarte una fecha y tirar adelante. Solo lo puedes hacer tú. Es importante que cierres el tema de una vez; puede que sea el único camino para que te calmes. La inquietud no es buena para la película, que exige toda la concentración.

—Mi pensamiento está disperso. Ayer intentaba poner orden en las fichas de los posibles Paris; cada una muestra los datos personales y una fotografía del actor. ¿Puedes creer que en cada imagen veía el rostro de Adrià? Por un instante pensé que había enloquecido. No se lo puedo contar a Eva.

—No pienses tanto, actúa. A veces pensar demasiado nos perjudica. Hace daño. Refúgiate en la acción. No sé darte un consejo mejor.

—Tengo que pasar página. Mientras tanto hay temas que colean. Tu interpretación de Héctor es impecable, pero...

—¿Qué?

—Mañana grabamos la primera escena con Casandra, la

hermana adivina de Héctor y Paris.

—Muy bien. Todo avanza. —Aparcado el tema de Adrià, que le preocupaba por Ferran, se relajó.

—Ya lo veremos. Seguí el consejo que me diste. ¿Te acuerdas?

Toni se había olvidado de todo. La escena regresó a su memoria: el azar propició un encuentro casual con Ferran, cuando los dos compraban la prensa una mañana no muy lejana, compartieron un café y sintió una mezcla de emociones contrarias. Experimentó la decepción de comprobar que no tenía amigos y la euforia de saber que le proponía el papel de Héctor. Estupefacto, se sintió incrédulo porque lo habían traicionado, pero también porque el sueño se convertía en realidad. La decepción y el entusiasmo coexistían distorsionando la percepción de las cosas. El director le habló de Casandra, hermana de Héctor y de Paris. Le dio dos nombres posibles para interpretarla: uno era sinónimo del engaño; el otro le resultó desconocido. Apostó por el segundo. Había sido una reacción instintiva, primaria, de la cual no se habría sentido demasiado orgulloso si se hubiera detenido un instante a pensar, pero no lo hizo. En primer lugar, porque tenía otros temas que le ocupaban la mente. En segundo, porque no solía recrearse en sus propias miserias.

Miró a Ferran mientras le respondía:

—Me acuerdo. La actriz se llamaba... —Tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el nombre.

—Nura. Me llamo Nura.

Se giró como si le hubiera golpeado un rayo. Después se dijo que había sido la sorpresa, pero Ferran aseguró que fue un encuentro marcado por la desazón que precede a las grandes historias. La intuición de que está a punto de suceder un hecho extraordinario.

Tenía el pelo del color del fuego. La piel blanca, pecosa en la nariz, y un aire desvalido que fascinó a Toni. Cuando la conoció mejor, comprobó que las apariencias engañan. No había ni una brizna de indefensión en aquella mujer de facciones cambiantes: dulces, duras, impenetrables. Hay primeras impresiones que perduran, aunque se superpongan imágenes muy distintas, incluso

contrapuestas. Nura tenía la belleza de lo que es vulnerable; el encanto de una delicadeza efímera como un buen olor. La miró con una amplia sonrisa. Ferran hizo las presentaciones. Toni se disculpó porque presentaba un aspecto algo desastrado; acababa de rodar una escena complicada, se justificó. Ella no le prestó demasiada atención. Se dirigió a Ferran con un gesto de nerviosismo que Toni confundió con un exceso de sensibilidad. Le gustó desde el minuto cero, aunque no lo dijo.

Nura parecía impaciente:

—Todavía no he hablado con Eva y mañana rodamos nuestro encuentro.

—Lo sé. —Ferran quería transmitirle confianza—. No debes preocuparte. Acaba de rodar ahora mismo una escena con Toni. Ha ido a cambiarse y debe de estar cansada.

—No es un buen momento para hablar con ella. —Toni le hizo un guiño acompañado de una sonrisa que quería ser amable, pero que no supo controlar. Sometido a su embrujo, los gestos le salían torpes—. Cuando tiene obsesiones en la cabeza, mejor no importunarla.

Ella habló como si no lo hubiera oído:

—Quería plantearle algunas puntualizaciones. Creo que tendría que acentuar la desconfianza de Casandra respecto a Helena.

—Está claro: la hermana adivina sabe leer el futuro, pero vive víctima de una maldición porque nadie cree en sus profecías. Ponte en su piel e interpreta. ¿Cómo te sentirías si fueras poseedora de una verdad que solo tú puedes creer?

—He pensado en ello. Me gustaría crear un personaje que convive con la desdicha. Pese a su juventud, arrastra una amargura impropia de la edad que tiene. Se siente como si hubiera vivido mil vidas que han acabado en el desencanto. La lucidez con que ve el futuro resulta tan dura como la indiferencia de los demás. Lo sabe todo, pero nadie es capaz de darse cuenta de ello. Se burlan en vida, mientras ella visualiza sus muertes. ¡Es una pesada carga!

—Has entendido a Casandra.

—Cuando encuentra a Helena, se rebela. No puede soportar la

visión. Se le mezclan las imágenes de la destrucción de Troya: sabe que el final empieza con su llegada... Me gustaría representar a una Casandra nada histriónica; sin gritos ni lamentos en voz alta. ¿Por qué tiene que llorar si su llanto será inútil? Pero no puede evitar una ira contenida al ver a la reina extranjera.

—Trabajaremos en ello mañana. Me parece que lo harás bien. No te preocupes, porque comprendes la grandeza de la princesa. Tendrías que relajarte.

Ferran le estrechó el hombro. Quería animarla, pero no tenía intención de alargar la conversación: ya habían hablado bastante del papel. Como hacía con todos los actores, tuvieron algunas sesiones de lectura del guion e intercambiaron criterios. No le pareció un momento oportuno. Aquel alud de palabras le resultaba excesivo; tuvo la impresión de que estaba demasiado nerviosa. A Toni, por el contrario, le habría gustado continuar con su papel de espectador.

Nura suplía la inexperiencia con curiosidad. Le gustaba el personaje de Casandra porque era misterioso. Tenía algo impenetrable que provocaba el rechazo de quienes escuchaban sus oráculos, a menudo devastadores. «¿Cómo se puede soportar la presencia de alguien que nos recuerda constantemente que somos frágiles, que todo está en el aire, que no podemos controlar nada?», se preguntaba la actriz. Los troyanos habrían querido creer que ganarían la guerra. Ella era un murmullo inoportuno en el oído de quienes no estaban dispuestos a escuchar, una mirada de duelo en las celebraciones de victorias aún no conseguidas, un gesto de impotencia frente al destino. Nura se imaginaba la reacción de Casandra cuando vio que Helena llegaba a Troya. El primer encuentro entre las mujeres debió de ser difícil. Casandra, la princesa de fuego, inmóvil ante la extranjera. Helena no podía impresionarla, porque en el resplandor de luz de su rostro intuía las sombras que acabarían por llegar. Le sorprendió la mezcla de vida y muerte que adivinó en ella. No podía sentir simpatía, comprensión o afecto por la reina que había huido de Esparta con Paris. Helena no le inspiraba emociones amables porque era un personaje víctima de sí misma y de los dioses que arrastraba

consigo la destrucción. Su voluntad no tenía nada que ver con los desastres que traía a la vida de los troyanos. No era la culpable: era la causa. En los parámetros de la adivina, los motivos que originaban la tragedia no tenían mucho valor. Libre de ornamentos, de excusas o pretextos, consideraba a Helena como la portadora del mal.

Eva se duchó en los vestuarios, liberada del disfraz. Después del rodaje, regresaba al mundo. Quería hacer una visita al hospital. Hacía días que no iba; por un motivo u otro, tenía que aplazar sus escapadas. Se puso unos vaqueros, una camiseta, se recogió el pelo, salió. Cuando acababa de rodar una escena prescindía del maquillaje. Le habría resultado un estorbo en la piel, que necesitaba respirar casi tan hondo como ella misma, impregnada todavía de la esencia de Helena. En el aparcamiento, apoyada en su coche, entrevió una figura. Alguien la esperaba. Comenzaba a anochecer. El cielo sombreó una silueta. Se impacientó porque tenía prisa por ver a Adrià. Desde que habían vuelto al rodaje, vivía la ambivalencia del placer de interpretar y la pena por el joven. Anduvo rápido hasta que la reconoció. No la esperaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eva en un tono dulce.

—He sabido que vas a verlo.

—¿Por qué no me has llamado? Te lo habría comentado.

—No pretendía venir a buscarte. Estaba en casa y no he podido soportar la añoranza. Ha sido un pronto: he venido.

—Chiara, entiendo cómo te sientes. Haría cualquier cosa para ayudarte.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, somos amigas. Lo sabes.

—Deja que te acompañe al hospital.

—¿Quieres entrar en la habitación? No es una buena idea. Los dos necesitáis estar tranquilos. Si quieres, puedo hablarle de ti.

—No te preocupes. No quiero provocar ningún tsunami. Te esperaré afuera, en la sala. No hace falta que le digas que estoy.

—¿Qué sacarás de estar a pocos metros de él sin poder verlo?

—Quién sabe si un poco de consuelo. No puedo ir sola. Lo he intentado algunas veces, pero las piernas me tiemblan, la cabeza

me da vueltas y tengo que volver atrás.

Se sentaron en el Mini color naranja de Eva, que arrancó el motor y encendió la radio. Mientras circulaban, sonaba una canción de los Rolling Stones, *Lady Jane*. Se concentraron en la letra, cada una abstraída en sus recuerdos. Chiara pensó que la vida sin Adrià era una estupidez, que necesitaba verlo con la misma urgencia que tenía de respirar. Eva añoró a Ferran, el único hombre que comprendía que estaba hecha de fuego y nieve. Pensó que no le había dado suficiente apoyo. La película era un gran proyecto, en el cual había concentrado energía, esfuerzos, entusiasmo. Ella había sido su cómplice hasta que la situación de Adrià le hizo perder la perspectiva de las cosas. Lo dejó solo y constatarlo le producía dolor. La música se esparcía por el interior del coche como un veneno. No era una canción triste, quizá melancólica. «¿Cuándo volveré a verte, dulce lady Jane?», decía. Chiara comprendía la importancia de reencontrarse con Adrià. No podía convertir su vida en una espera eterna. A veces se tiene que aprender a ser paciente; en otras ocasiones, es inútil. Susurró:

—Debo conseguir acercarme.

—¿Tienes alguna idea? —Eva fue expeditiva en la pregunta.

—No, todavía no. Cuando lo conocí, el universo entero se agitó. La vida fue mejor.

—Lo sé. Pero una experiencia como la que vive tiene una fuerza enorme. Puede cambiar la personalidad, las convicciones..., al menos durante un tiempo.

—Trabajábamos en un proyecto común. Grabábamos un anuncio. Había una escena de riesgo, un simulacro de incendio. Él era el héroe que me rescataba de las llamas. Yo sustituía a la actriz principal en el último momento, cuando el fuego era una enorme lengua que quería engullirme. Nos abrazamos: su mano sujetándome la cintura, yo apoyada en su hombro. Fue un contacto mínimo pero intenso, como un abrazo. Pensé que era la adrenalina de la escena. Se apagaron los focos y anunciaron que habíamos terminado el rodaje.

—¿Se acabó la magia?

—Durante unos segundos, no fuimos capaces de

desprendernos el uno del otro. Estuvimos unidos hasta que la presencia de la gente nos obligó a separarnos. Me resultó difícil. Parecía que encajábamos perfectamente, que lo más natural era abrazarnos.

—Quizá lo era.

—Sí.

—Ferran y yo tuvimos un inicio parecido. Yo era una actriz independiente que no soportaba los vínculos. Vivía obsesionada por el trabajo. Cuando hablamos por primera vez, me inspiró admiración. Me atraían su mirada, sus manos, sus gestos. No podía evitar sonreír cuando él lo hacía. Me contagiaba la alegría. Me sentí como si fuera Helena con Paris, pero también con Héctor. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Tengo miedo de haberle fallado. Cuando escuchábamos la canción, he notado como que no le había apoyado lo suficiente. Tú no has tenido la ocasión de ayudar a Adrià, pero yo no he sabido entender a Ferran. No sé qué es peor.

—Lo peor siempre es quedarse a mitad de camino. De algún modo encontraré una vía de acceso a Adrià. Tú hablarás con tu chico y le dirás que estás a su lado. Tengo la certeza de que él es muy consciente, pero hay palabras que nunca sobran.

Aparcaron en el parking del hospital. Se sentían aliviadas por la conversación. Reinaba la oscuridad. Las luces del edificio eran un faro en medio de la noche. La temperatura había bajado; el frío las espabiló. Cruzaron la entrada y subieron en el ascensor. Sin hacer ningún comentario, Eva se dirigió hacia la habitación de Adrià. Chiara se sentó en la sala de espera. Contempló las paredes, contó las baldosas del suelo, acarició las hendiduras de la butaca. Dibujó un mapa con el pensamiento. En algún lugar debía de haber una solución, se dijo. Transcurrió un rato, durante el cual vio brillar las luces de la calle a través de la ventana. Hasta que levantó el rostro y la reconoció: era Júlia.

VII

La llanura que se extendía ante las murallas de Troya se transformó. Los caballos no pacían libres en la placidez del campo; fueron sustituidos por hileras de hombres, enfrentamientos con espadas, armaduras y carros de combate. Los guerreros salían por la puerta Escea. En una ocasión, Héctor cruzó las líneas del campamento griego saltando las trincheras y quemó un barco, pero no consiguió que la flota iniciase la retirada. Alguien cogió una de las piedras que utilizaban para sujetar las naves y se la tiró con fuerza. El gran héroe escupía sangre. Los líderes griegos, Agamenón, Menelao, Odiseo y Aquiles, animaban la lucha con bramidos de fiera.

Las mujeres troyanas pedían la protección de Palas Atenea ofreciéndole regalos y oraciones. Al salir el sol, la reina Hécuba acudía al templo sagrado acompañada de sus hijas. Cada día, las batallas sembraban de cuerpos la tierra. Los heridos se amontonaban en la parte baja de la ciudad, donde reinaba el caos. Por las calles, el ajetreo de la guerra. Había adolescentes que transportaban espuertas llenas de flechas, asnos con las alforjas cargadas de piedras que se amontonaban alrededor de las murallas, cascos coronados con crines de caballo, espías preparados para infiltrarse en el ejército enemigo.

Helena había oído hablar de la astucia de Ulises, capaz de concebir trampas ingeniosas. Conocía a Aquiles, que se había convertido en un héroe gracias a su fama de invencible. Maldecía a Agamenón, culpable del sacrificio de su sobrina a los dioses. Subía a la parte superior de las murallas del norte y observaba la llanura. Veía a los hombres preparados para el combate, corriendo hacia el Helesponto, donde los barcos estaban atracados. Algunas mujeres se apresuraban a escabullirse por la puerta Dardania, situada al

sur. Al principio, la gente aún podía salir de la ciudad y volver a entrar. Iban a las fuentes a buscar agua; recogían madera y grano.

Aunque cuando oscurecía encendían antorchas para iluminar el megarón, el vino y las músicas no les alegraban las veladas. Solo conseguían enmascarar el miedo con la neblina que provoca la bebida cuando enturbia los cerebros. El bronce, las correas de cuero, los cascos resplandecientes parecían creados para la victoria. Los primeros días había alboroto en la calle; los soldados terminaban la jornada con canciones en los labios. A medida que pasaron las semanas, el silencio se adueñó de cada rincón. Desde las torres de Troya, los arqueros disparaban flechas mientras los honderos griegos hacían volar piedras por encima de las murallas. Los troyanos respondían con cargas de arena caliente, que abrasa los cuerpos al atravesar las armaduras. Los escudos y las espadas vibraban en el aire. Las murallas, las torres, las reservas de armas eran la esperanza del triunfo.

Al finalizar el día, Helena y Paris se refugiaban en las salas privadas del palacio. Allí se reencontraban con los objetos que les hacían pensar en los tiempos de calma, las pequeñas cosas, símbolos del lujo y la belleza que había sido Troya: la lira, los espejos con incrustaciones de mármol, el telar, el cofre que guardaba las joyas, las alfombras, las jarras de agua. La mirada de Paris, color de miel oscura, era el refugio de Helena. Se abrazaban, como si en el contacto de las pieles pudieran desafiar los peligros. Él hundía su cabeza en la cabellera de la mujer, que luchaba por silenciar las preguntas que le bombardeaban el pensamiento: «¿Cómo podría soportar Troya las hileras de naves que borraban la línea del horizonte? ¿Cuántos troyanos morirían en la guerra? ¿Y cuántos griegos?». Los nombres de aquellos hombres que había conocido y amado en las dos vidas que le había tocado vivir desfilaban ante sus ojos. Había compartido momentos de encuentro, complicidades, afectos... La antigua y la nueva familia de Helena convertidas en enemigas a vida o muerte.

La sensación de culpa le invadía el corazón mientras buscaba refugio en Paris. Había visto las manos temblorosas de Príamo, el gran rey, al escuchar el anuncio de la guerra. Había ocultado el

rostro entre las manos cuando los vigías le dijeron que había más de quinientos barcos en la costa. Vivían rodeados de presagios: Héctor consiguió matar al primer hombre que pisó la tierra troyana y quisieron creer que era un buen augurio. En las situaciones extremas, los seres humanos buscan signos favorables en medio de la oscuridad.

Paris no dominaba la espada como sus hermanos porque no fue educado en palacio, sino por un pastor en el monte Ida. Se apresuró a practicar con el escudo y la espada, convencido de que los otros se burlaban de su falta de habilidad. El primer día de lucha, Príamo no le permitió salir al campo de batalla, decidido a protegerlo de su poca destreza con las armas. Él se ofendió, reducido su campo de actuación al arco. Ordenó que le hicieran una armadura nueva. Los artesanos trazaban sobre las telas los dibujos que, después, trasladarían al bronce forjado. Le midieron los hombros, los brazos, el contorno del pecho. No quería escuchar los murmullos de quienes aseguraban que aquel que mata de lejos es un cobarde porque no osa enfrentarse frente a frente con el enemigo. Aprendió a manejar las armas con una agilidad admirable, aunque continuó sobresaliendo como el mejor arquero.

Con Helena, cubiertos por las sábanas, conjuraban la muerte. Los emisarios griegos les comunicaron que la madre de Helena se había suicidado al conocer la noticia de la fuga de los amantes. Sus hermanos descansaban también bajo tierra. Saberlo cubrió de espanto la mirada de la princesa de Troya. Tenía frío y la certeza de que la vida se había roto de tal manera que nunca nadie podría recomponerla. Retrocedió a la noche en que se escapó. La determinación en los ojos de Paris ofreciéndole una vida más bella. Si hubiera sido capaz de no entregarse, de recluirse en las paredes conocidas de Esparta, cerca de la serpiente sagrada que protegía el hogar, habría evitado el desastre.

El cuerpo de Paris se acoplaba al de Helena. Era la unión perfecta, el instante en que el resto del mundo se desdibujaba.

Los soldados griegos acampados en la llanura formaban un semicírculo en el extremo norte de Troya. Durante los combates, Helena observaba la lucha desde las murallas. Entre los centenares

de magníficos guerreros, sobresalían dos grandes héroes. Uno era Héctor; el otro, Aquiles, el muchacho de quien ella se había burlado y que nunca habría considerado un enemigo al que debiera temer. Sus puños parecían hechos de acero. Cuando corría, era más veloz que los ciervos. Llevaba una armadura espléndida, decorada con relieves en el pecho.

En una ocasión, Aquiles la vio. Adivinó la presencia de Helena sobre la muralla y la reconoció, a pesar de los años pasados, a pesar de la distancia.

—¡Reina de Esparta! —exclamó con un grito que resonó como una amenaza.

—Ya no existe —contestó ella, intentando mantener la voz firme—. Murió hace tiempo en el mar.

—No me hagas reír. Te reconocería entre todas las mujeres de la tierra. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te marchaste?

—Y tú, Aquiles, ¿qué haces en Troya? ¿Buscas una mujer, un botín o la fama que siempre has perseguido?

—Tengo tesoros y tengo fama. He venido a buscarte a ti, a destruir a los troyanos por quienes nos traicionaste.

—Tómame, pues, y acabad esta guerra. —Helena habría querido lanzarse desde las murallas y caer muerta a los pies del guerrero a quien menospreció en el pasado, salvar Troya.

—Es demasiado tarde. Ni los dioses pueden hacer que aquello que fue no haya ocurrido. Tu muerte no nos serviría de nada. Quiero matar a quienes amas, a tu nueva familia troyana.

—¡Maldito seas! —gritó ella, mientras la reina Hécuba aparecía de entre las sombras y la alejaba de la visión del guerrero. La túnica de Helena ondeaba en el aire y sus cabellos formaban un aura en torno al rostro que deslumbró a Aquiles.

Helena bajó temblorosa, con pasos vacilantes. Hécuba guiaba a la joven, sujetándola por los hombros. A pesar de sus años, era capaz de mantener el gesto firme. Ella se dejaba llevar con una sensación de incertidumbre. Las palabras de Aquiles le recordaban que, si no hubiera existido, no se habrían dado las razones para el ataque griego. Se preguntó cómo se puede asumir una culpa tan grande. Si los griegos morían, se lamentaría por quienes zarparon

tras su nombre. Si caían las torres de Troya, tendría que tragarse el polvo de sus escombros por siempre jamás. Deseó no haber nacido. Cruzaron el patio, iluminado por las antorchas, se abrieron paso entre la multitud. Había heridos, personas sentadas en la tierra devorando migajas de comida, mujeres que abrazaban cuerpos llenos de suciedad. Habría querido pasar desapercibida, pero no era posible. Algunos se apartaban ante su presencia, se protegían el rostro con el velo, al verla volvían la cara. Los troyanos no se atrevían a levantar la voz contra la culpable de tanta desgracia. Helena se sintió sola. Era una extranjera entre los extranjeros.

Improvisó unas palabras de gratitud a Hécuba mientras caminaba hacia el palacio. Se despediría de ella para refugiarse en la oscuridad de su habitación. Hizo un último intento por escabullirse de la multitud. Corría, las sandalias cubiertas de polvo, la frente húmeda. Ya no era la corredora que competía con las adolescentes de Esparta; era una mujer intentando huir de los demás y de ella misma. De improviso, un cuerpo surgió para interceptarle el paso. Tropezó con él. Fue un contacto inesperado pero suave a la vez. El desconocido llevaba una túnica limpia, desprendía el olor del baño después de la batalla, de los aceites con que se daba masajes a los guerreros para aliviarles las heridas cuando, puesto el sol, regresaban a Troya. Le sujetó los codos con las manos. Le habló al oído y lo reconoció:

—Te he visto arriba en la muralla. He escuchado vuestra conversación.

—Ha sido duro encontrarme con él, Héctor.

—Lo sé. No deberías permitir que los griegos te vean. Enciendes los ánimos de quienes nos atacan. Haces crecer la rabia.

—La ira de los griegos y también la de los troyanos —murmuró ella.

—No corras en la oscuridad. Nadie puede escapar de sus propios fantasmas. Escúchame, esposa de mi hermano —le pareció que lo decía con tristeza.

—¿Qué quieres decirme?

—Te juro que me enfrentaré con Aquiles y morirá.

—No lo jures. —Se negaba a escuchar aquellas palabras que

quemaban en medio de la noche.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Los dioses nos escuchan. Parecerá que los desafías.

—No me importa. Para ellos, la guerra, Troya, nosotros mismos... solo somos un juego. Son eternos, ¿no lo has pensado?

—¿Qué quieres decir? Ser inmortales los hace todopoderosos.

—No. La inmortalidad hace innecesarios el coraje y el valor. Si no arriesgas la propia vida, si sabes que obtendrás siempre el éxito, no hace falta el esfuerzo. Cualquier mortal es más valiente que un dios.

—¡Calla! Pueden sentirse ofendidos con tus palabras y vengarse.

—Un humano llevado a una situación extrema se esforzará hasta superar los propios límites. Cuando crea que no puede soportar más dolor, resistirá todavía un poco más. Si cae rendido en tierra, luchará para volverse a levantar. Nos resistimos a la muerte.

—Las batallas en el campo son largas.

—Los dioses no se juegan la vida, ni en los enfrentamientos ni en las disputas. Ni siquiera pueden imaginarse qué sentimos nosotros cuando estamos a punto de perderla. Ellos conocen la rabia, la envidia, la ira, pero no saben nada de la pérdida. Son dioses, nosotros podemos ser héroes.

—Nunca había conocido a un hombre tan valiente como tú.

—Nadie gana a Paris en osadía. —Sonrió.

—Es cierto: ser osado conlleva seguir impulsos, saltar los muros antes de medir la altura, correr sin saber hacia dónde vas. Tener coraje exige equilibrio y fuerza. Un dominio del pensamiento sobre los actos. Saber controlar las emociones para que no desvíen ni un milímetro la espada. Los héroes son valientes; los locos, osados.

—Es muy joven. —Volvió a sonreír.

—Sí. Héctor, no vuelvas a hablarme de tu juramento.

—De acuerdo, pero no lo olvides.

Durante la conversación, le sujetó los brazos como si quisiera retenerla. Cuando la vio, tan bella y vulnerable, supo cómo se

sentía. La soledad de una reina entre rostros hostiles. Los enemigos de Helena no estaban solo fuera de las murallas de Troya; habitaban también dentro de los muros, la rodeaban por todas partes. Había advertido las miradas de los troyanos culpabilizándola de la guerra. Adivinó los reproches silenciosos de Hécuba. Intuyó que el mismo Paris, en momentos difíciles, culpaba sin decirlo a la mujer a quien escogió. Héctor era observador. No tenía la gallardía de Paris, pero poseía una solidez más firme que los muros de la ciudad donde había nacido. En un gesto espontáneo, impropio de su carácter, abrazó a Helena. Sintió su cuerpo tembloroso, recostado sobre su pecho. Un beso con sabor a limón y hierba. Helena nunca supo si lo había soñado.

En el hospital, en una zona de espera, Chiara mantenía la mirada baja. Si la fijaba en el suelo, podía contar el número de baldosas que había desde el asiento hasta el ascensor. El secreto era concentrarse y no pensar. No preguntarse de qué hablaban Eva y Adrià. No elucubrar con nada, dado que no era posible tener noticias. Ahogar los esfuerzos de la mente y dejarse llevar por la menudez de lo que la rodeaba: recorrer con el pulgar las hendiduras del sofá; mirar los puntos de luz que veía por el ventanal, cada uno como un rastro de vida; preguntarse cuántos días hacía que no regaba las plantas del balcón de casa.

La mujer andaba deprisa. Pasó un par de veces cerca de ella sin advertir su presencia. Chiara no la miró. El movimiento de la una contrastaba con la quietud de la otra. En una de esas idas y venidas la reconoció. Júlia solía estar atenta al mundo que la rodeaba. Vivía pendiente de los detalles porque su trabajo la obligaba a no distraerse. Se movía por el hospital con eficiencia, sin perder el tiempo. Se dio cuenta cuando descubrió la tristeza que emanaba su figura. Pensó que, desde el día en que habían hablado, había desmejorado. Tenía cercos bajo los ojos. Adivinó un aire de ausencia querida, buscada con la desesperación de quien está ahí sin quererlo porque no puede evitarlo, pero que aprovecha cualquier rendija para intentar escapar. Antes de acercarse, venció

la tentación de decirle que nadie huye de la propia vida, que no existen puertas por donde exiliarse del dolor. Reprimió el comentario, dejó el carro de medicinas que llevaba y se inclinó hacia el torso inmóvil.

En la mirada de Júlia, Chiara no observó esa curiosidad que incomoda. Tampoco descubrió compasión. Encontró una mezcla de interés y de capacidad de entenderla. No gesticulaba demasiado, pero transmitía proximidad. Cuando Chiara la vio, tuvo que reprimir el impulso de abrazarla. Aunque se conocían poco, le pareció que encontraba una amiga a quien hacía días que no veía. Tan solo una conversación. Frases que habían dejado una impronta en su recuerdo. Correspondió a su sonrisa con un esbozo de sonrisa, un reflejo de la alegría de reencontrarse. Se dio cuenta de que debían de tener la misma edad, a pesar de que sus vidas tuvieran poco que ver. Chiara jugaba con el riesgo tomando todas las precauciones posibles. Júlia vivía rodeada del riesgo de la muerte en los pasillos del hospital.

Le hizo la misma pregunta que la otra vez:

—¿Cómo estás? ¿Puedo ofrecerte agua?

Chiara le respondió:

—Cada vez que te encuentro sobrevivo con dificultades. Y tú me lanzas un salvavidas.

—El último día venías empapada por la lluvia. ¿Y hoy?

—Hoy no me siento mucho mejor. Es la misma sensación de ahogo.

—¿Has entrado en la habitación a verlo?

—No. He acompañado a una amiga. Ella está con él; yo la espero.

—Cuando te conocí intuí que eres capaz de esperar. Es bueno saber hacerlo.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí. Debemos darnos tiempo en la vida. Las cosas tienen un ritmo propio que no se puede forzar.

—Gracias por recordármelo, porque a veces estoy a punto de olvidarlo. Ahora mismo me levantaría de golpe para entrar.

—Quién sabe si tus palabras llegarían a buen puerto. No hay

peor sordo que el que no quiere oír.

—Es increíble: eres muy joven, pero hablas como una vieja. Entiéndeme, con la sabiduría de la gente mayor.

—Trabajar en un hospital, en contacto con la gente, ayuda. No hay más razones.

Júlia se agachó frente a Chiara. Con ese gesto de aproximación propiciaba que se sintiera reconfortada. Esta percibió en el rostro de Júlia un rictus de preocupación, pero también una calma serena. Le preguntó:

—¿Cómo se llamaba el hombre de quien me hablaste? El que estuvo semanas esperando conocer cuál sería el destino de la muchacha que había atropellado.

—Ismael.

—Me preguntaba cómo debe de estar. ¿No sabes nada de él?

—Lo vi hace dos días.

—¿Por casualidad? ¿Volvió por aquí?

—No. Me telefoneó. Quedamos en una cafetería, en el centro. No sé por qué lo hizo. Ni tampoco por qué accedí a encontrarme con él. Se había establecido una conexión durante las semanas que lo observé. Me había acostumbrado a leerle los ojos. Me preguntaba si, en otro lugar y en una situación diferente, nos reconoceríamos. Lo asociaba con este espacio. Además, el uniforme...

—¿Qué le pasa?

—Cómo explicártelo... Sin la bata soy otra. Es un escudo que me protege mientras convivo con el sufrimiento, con las enfermedades.

—¿Cómo fue?

—Curioso. Él me reconoció antes.

Júlia tenía una belleza extraña: la nariz pequeña, la boca grande y los ojos en forma de medias lunas oscuras. Unas facciones expresivas, capaces de escuchar, pero también de comunicar emociones. Continuaba con la confidencia:

—El local estaba lleno y no muy bien iluminado. Pensé que no sería fácil localizarnos entre la multitud, que me había equivocado al escoger un bar demasiado ruidoso. Eché un vistazo a

la barra, a las mesas, pero no lo veía. Estaba de pie cuando noté una mano en el hombro. Era otro Ismael.

—¿Otro? ¿Qué quieres decir?

—Lo recordaba con su aire de derrota. Con el aspecto de quien ha claudicado. No me pareció un hombre alegre, pero lo noté fuerte.

—¿Como si hubiera superado el trance?

—Era un superviviente. Me sonrió, creo que nunca lo había visto sonreír, y me habló con la timidez de siempre. Le pregunté cómo se encontraba. Me explicó que estaba intentando retomar su vida, que añoraba la esperanza con que se despertaba cada mañana y que todavía creía que ella podía salvarse.

—¿Qué le dijiste?

—Que la sala de espera me parecía vacía sin él. —Se hizo un silencio—. Se lo dije sin pensarlo. No permití que el pensamiento filtrara la frase antes de pronunciarla. Quizá porque ni yo misma lo sabía. Hay verdades que, hasta que se traducen en palabras, nos resultan incomprensibles.

—Tienes razón. ¿Lo comprendiste al verlo?

—Lo descubrí cuando nos encontramos en aquel café que no olía a tristeza.

—Júlia, ¿y qué pasó?

—Me confesó que, mientras esperaba el retorno a la vida de la mujer que estaba en coma, había aprendido a esperarme a mí.

—¡Caramba con Ismael! Nos ha salido poeta. —Chiara intentó frivolizar con la situación antes de emocionarse.

—Deseaba que ella se recuperara a la vez que deseaba verme. Cuando no coincidíamos, lo devoraba la impaciencia. Me hizo una pregunta que no supe responder.

—¿Cuál?

—Me preguntó: «¿Sabes cuántos días puede haber en un minuto?».

—¿Qué le respondiste?

—Nada. No era una pregunta que esperara respuesta. Entendí que había compartido un pensamiento en voz alta. Me gustó que lo hiciera. No pude quedarme mucho rato porque tenía que empezar

mi turno, pero el tiempo se me hizo corto. No nos conocemos. No sé si volveremos a quedar.

—Tengo la impresión de que sí.

—Preferiría hablar de ti.

—Tengo poco que decirte.

—¿Poco? Tu pareja sufre a pocos metros de donde estás. No puedes acercarte. Ismael hablaba de la percepción distorsionada del tiempo... Ya lo ves.

—¿Qué quieres decir?

—También puede haber una percepción errónea de la distancia. ¿Os separan metros o kilómetros? Es una cuestión de percepciones.

—Habitamos hemisferios opuestos. Si fuera capaz de entrar en la habitación de Adrià, intuyo que él se alejaría aún más. Ese es el miedo que me paraliza. Estoy en la sala de espera porque cada paso que diera serviría para distanciarnos.

—No lo podemos permitir. Tenemos que pensar un plan que os acerque. Despacio, sin forzar nada, pero con firmeza.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó Chiara con cierto escepticismo.

—¿Estás dispuesta a arriesgarte?

—Me dedico al riesgo.

—Sí, y también a la interpretación.

—Una doble no es exactamente una actriz. Pregúntaselo a mi amiga Eva.

—No me hace falta. Conociéndote tengo suficiente. Podrías interpretar un gran papel.

—¿Qué papel? —Chiara se sentía confundida. No entendía de qué hablaba Júlia.

—El de una auxiliar de enfermería en un gran hospital.

—Disculpa, no te entiendo.

—Podrías hacer de mí.

—¿Con qué objetivo? —Una idea iba tomando forma en su cerebro. Descabellada, absurda, comprometida...

—Poder aproximarte. Adrià está enfadado con el mundo. No me habla. Parece una sombra que se consume y se deja hacer.

Tenemos un arma poderosa y no quiero que te burles: la bata blanca, un buen disfraz. Cuando la lleves, al recogerte el pelo bajo la cofia, tendrás que mantener la mirada baja. Eso sí, no te puede ver los ojos, porque te reconocería.

—Me identificará por la silueta, por los gestos.

—Tendrás que contener los gestos. La silueta se diluye en la anchura de la bata. Mi consejo es mirada al suelo y perfil inclinado.

—¿Y si me hiciera preguntas?

—Te he dicho que no las hace.

—Puede suceder.

—Sí, pero no será los primeros días. Tienes un margen para situarte cerca sin problemas. No confíes en que sea sencillo.

—¿Y la dirección del hospital? ¿No se darán cuenta de nada?

—Lo haremos en momentos muy concretos. No demasiado largos. Solo con Adrià. Los otros pacientes no recibirán nunca tu visita. La jefa de las auxiliares es una buena amiga. Me debe algunos favores. —Le guiñó un ojo—. Será nuestra cómplice.

—Hemos dicho que quien trabaja con el riesgo soy yo. ¿Por qué lo haces? ¿Te vas a jugar el puesto por alguien a quien ni siquiera conoces?

—Creo que merece la pena ayudarte. Tengo un punto aventurero que me puede, pero la razón más importante es la pregunta que me hizo Ismael.

—«¿Sabes cuántos días puede haber en un minuto?» No lo entiendo. Me dijiste que no cabía esperar ninguna respuesta.

—Es posible. En cualquier caso, debe de ser diferente para cada persona. Soy curiosa y puedo ponerme en tu piel. Ven conmigo. Te explicaré cuáles son las rutinas que sigo con él. Te daré las instrucciones y nos pondremos en marcha. ¿Te parece bien?

—No lo sé.

Júlia miró los ojos de Chiara. Tenían el color de los brotes que crecen con las primeras lluvias, cuando llega el buen tiempo. Había decidido callarse la respuesta: en un minuto caben todos los días que tiene la eternidad.

VIII

Menelao nunca tuvo fama de héroe. Había dejado las costas griegas en busca de un amor fugitivo. Helena era el objeto de sus plegarias y de los sacrificios que ofrecía a los dioses: algún cordero o una becerra que inmolaba para congraciarse con los inmortales. Si Zeus escuchaba las penas del esposo abandonado, quizá se decidiría a ayudarlo a recuperar a la reina. Pensaba que era el culpable de la fuga. Helena enloqueció de amor por Paris porque la existencia a su lado hubiese sido una condena. Agamenón, su hermano, había hecho inútiles intentos para convencerlo de que se equivocaba. Le dijo que Helena no era víctima de los hechizos de la pasión, que enturbia el pensamiento. Que antes de dejar Esparta no se olvidó de llevarse sacas llenas con las riquezas del tesoro real: candelabros de plata, vajillas, joyas trabajadas por los mejores orfebres. Agamenón exclamaba:

—¿Loca de amor la que al final robó los tesoros de Esparta? ¡No me hagas reír!

Menelao no le dijo que Helena no había querido alejarse de Esparta. Si lo escogió como marido fue porque el matrimonio garantizaba la continuidad en el hogar. Los otros pretendientes le ofrecían viajes hacia tierras lejanas, pero los rehusó. Tan solo una causa muy poderosa podía hacerla marcharse: los vientos del amor, que nunca soplaron en su habitación.

Le respondía:

—Helena, con su partida, dejó de ser reina. ¿Hay una renuncia más grande? Pasó a ser una de las princesas de Troya, la última, la recién llegada observada con recelo. ¿Es eso un signo de ambición?

—¿Y el robo?

—No hubo robo. Se llevó sus pertenencias. No había voluntad

de riquezas materiales, sino de llevarse un trozo de Esparta en aquellos símbolos. Fue un gesto de añoranza. Si hubiera podido, se habría llevado un olivo o un roquedal del Taigeto.

Agamenón clamaba contra la estupidez de su hermano, convencido de que vivía sometido al conjuro de Helena. Él no entendía nada de nostalgias. Durante el asedio de Troya, su cabaña siempre estaba llena de prostitutas. Escogía a las más jóvenes y era feliz cuando recibía el trofeo de una virgen. Tenía fama de feroz, aunque no de valiente. El hombre que fue capaz de sacrificar a su propia hija, la bella Ifigenia, no estaba hecho de la madera de los héroes. Asustaba a los guerreros con sus ansias de sangre, con la sed de venganza, pero no engañaba a nadie. Todo el mundo reconocía al rey de Micenas como un asesino sin escrúpulos.

El maestro de los engaños era Ulises de Ítaca. Aunque no tenía alma de héroe, sino de superviviente, era capaz de recurrir a mil argucias para salvarse. Intuitivo, listo, rápido, hábil en la oratoria..., empleaba todas sus cualidades al servicio de la supervivencia. Leal a sí mismo, dispuesto a mentir a los otros, tenía poco que ver con el gran héroe que, siglos después, cantaron los poetas. Ulises nunca quiso participar en la guerra de Troya. Al recibir la convocatoria de Agamenón, que recordaba a los príncipes griegos el juramento que habían hecho en la boda de Helena y Menelao, intentó rehuir un deber que él mismo, años atrás, había creado. Cuando todos los pretendientes de Helena esperaban la decisión definitiva, Ulises dio un consejo a Tíndaro, el padre de esta. Como nunca había existido una doncella que consiguiera reunir un número tan grande de pretendientes, la clarividencia del príncipe de Ítaca le anunciaba conflictos en el futuro. ¿Qué podía suceder con los rechazados? ¿Se encenderían las iras después de la elección? Él quería vivir tranquilo en Ítaca, una isla de grutas, peñascos y olivos. Le manifestó sus temores a Tíndaro mientras le proponía que convenciera a todos los hombres para que hicieran un juramento de obediencia a la elección de Helena y se comprometieran a defender a la pareja real.

Descuartizaron una yegua en honor de los dioses. Tomaron con las manos los pedazos de carne sanguinolenta. Bebieron vino y

juraron proteger a Helena y Menelao. A cambio del consejo, Ulises reclamó casarse con la dulce Penélope. Pasados los años, olvidada la promesa, recibió la visita de Agamenón y Menelao en Ítaca. Acudían para pedirle que se uniera en la guerra contra Troya, pero él intentó hacerles creer que había enloquecido.

Ulises no se asemejaba a los demás caudillos. Era frío, racional. No actuaba movido por el impulso, sino que cada uno de sus actos era fruto de un plan urdido con estrategia. Se despidió de Penélope y de Telémaco, pero también del puerto de Forcis, el del león marino; de la cueva consagrada a las ninfas, y del Nérit, el monte rodeado de bosques. A pesar de su deseo, tuvo que partir hacia la guerra, sin saber que pasarían muchos años antes de que el barco lo devolviera a la isla. Podría pisar otra vez su querida tierra cuando hubiera ayudado, gracias a su ingenio, a destruir Troya, y después de un largo viaje de retorno. La diosa Atenea estaría a su lado al divisar la costa, pero debería proporcionarle el aspecto de un pedigüeño, con la piel llena de arrugas, legañoso, vestido con una túnica desgarrada, para que nadie pudiera reconocerlo.

¿Quién no ha oído hablar de la furia de Aquiles, el más fuerte y noble de los guerreros griegos? No hacía trampas como Ulises. Tampoco compartía la debilidad de Menelao ni la ambición de Agamenón. Habría sido un gran guerrero, si no fuese porque era consciente de su poder. ¿Cómo se siente alguien que se sabe protegido de los peligros por un hechizo cuando se enfrenta en el campo de batalla con hombres de carne y hueso? Era hijo de la diosa Tetis y de un padre mortal. Cuando era un niño, su madre lo sumergió en las aguas del río Estigia para que fuera invulnerable. Mientras lo sumergía, lo sujetó por un talón, el único lugar del cuerpo que quedó sin proteger. Durante el asedio de Troya, estuvo a punto de abandonar la batalla, indignado porque Agamenón se apropió de una esclava muy bella, llamada Briseida.

Se negó a participar en la guerra hasta que Héctor mató a Patroclo, íntimo amigo suyo, cuya muerte decidió vengar. Estirado en tierra, boca abajo, a los pies del cadáver de Patroclo, hundió el rostro en el polvo. Tenía los cabellos llenos de ceniza, la túnica manchada. Se lamentó: «Me avergüenzo de estar vivo, cuando no

he sabido proteger la vida del amigo amado. Yo estaba en la playa y contemplaba el mar mientras él se enfrentaba a los enemigos, pese a que juré a su padre que lo defendería en todo momento y que lo devolvería a casa, rico gracias a las conquistas de la guerra. ¡He sido un mentiroso y un perjuro!». El grito fue tan desesperado que Zeus lo escuchó desde el Olimpo y Tetis desde el fondo del mar. Para que pudiera acudir al campo de batalla, el dios del fuego preparó unas tenazas y un martillo de oro, y le construyó un escudo con cinco capas: dos de bronce, dos de cobre y una de oro. Las figuras centrales eran un homenaje al universo.

Héctor, príncipe troyano noble de corazón, no tenía la alegría de Paris, pero tampoco el carácter egocéntrico del príncipe pastor. Con la mirada serena que le daba la conciencia de saber qué lugar ocupaba en el mundo, era el héroe de los héroes. Helena estaba plenamente convencida de ello, después de contemplar la batalla desde las murallas. Héctor avanzaba decidido entre los aurigas y las lanzas. No llevaba la coraza de lino recubierta de escamas de bronce ni tampoco el yelmo micénico con protectores laterales de cuero. No le gustaban las estridencias en el campo de batalla. Entre la multitud de guerreros, Paris destacaba por la ornamentación llamativa de sus trajes. Encima de la coraza, llevaba una capa de piel de pantera que le llegaba hasta los tobillos. Increpaba a los aqueos mientras blandía dos lanzas de madera con las puntas de bronce. Volaban las flechas y las piedras.

Los ojos de Helena evitaban la figura de Paris, porque intentaba no percibir los gestos grotescos, la ostentación en medio del caos. Nubes polvorientas distorsionaban la percepción de lo que sucedía en el campo de batalla. A pesar de la confusa uniformidad que otorga la guerra, que llega a convertir a los individuos en una masa indiscernible, su mirada encontraba a Héctor. Seguía sus movimientos, las embestidas de ataque, los retrocesos. Él no pretendía lucirse en la batalla, sino vencer. No era un juego de orgullo y provocación, la trampa en que Paris caía sin poderlo evitar.

Casandra acompañaba a Helena. A pesar de las desavenencias iniciales, la princesa adivina había comprendido que no era

culpable de lo que vivían. Tenían en común algunas cosas: una belleza que había marcado el juicio de los demás, una inteligencia aguda y la condena de ser víctimas de sus propios poderes. Desde la muralla del norte, observaban el campo de batalla. Casandra musitó:

—Tengo un hermano bello.

—Sí —respondió Helena, distraída en la contemplación.

—No tiene miedo de la muerte, solo del deshonor.

—Ciertamente.

—Se siente temeroso de amar. Esto lo hace vulnerable.

—¿De quién me hablas? —Helena volvió a la realidad.

—De Paris, de tu hombre. ¿No pensabas en él? —Había una ironía sutil, nada hiriente, en la pregunta. Helena inclinó la frente. No sabía qué responder. Casandra no permitió que la confusión se alargara—. Discúlpame. No tengo derecho a jugar con tus pensamientos. He visto que mirabas a Héctor.

—Es cierto. La distancia nos da una percepción errónea. Parece que debe crear confusión, pero no es verdad. Si nos concentramos, observamos detalles que, en la proximidad, no sabemos captar. Veo a dos hombres entre la multitud. Son hermanos, hijos de Príamo y de Hécuba. Tienen un parecido que los hace bastante similares, aunque son distintos.

—Uno creció en la montaña; el otro, en un palacio.

—Uno cree que la vida es un juego; el otro se juega la vida por su pueblo.

—¿Cuál te resulta más atractivo?

—No quiero pensar en ello. Abandoné un reino siguiendo a Paris, que me invitaba a vivir. En el palacio de Esparta había demasiadas sombras. Necesitaba escapar. En Troya, la ciudad de los vientos, he encontrado a un héroe.

Durante los años de guerra, Helena se acostumbró a visitar a Casandra en el templo de Apolo, que era donde residía. Allí encontraba la paz. Las ráfagas de viento golpeaban el cuerpo de Helena, mientras la pendiente del camino aumentaba. Se cubría la cabeza con un chal de lana. Una de las sacerdotisas la acompañaba a la zona interior, protegida de las inclemencias. Inmóvil junto al

altar, con el aroma del sándalo, esperaba a que llegase la hora de la plegaria de la tarde. Casandra apoyaba las palmas de las manos en las vetas rojizas del mármol, oraba. Recibía las ofrendas y dirigía los coros de música. También habitaban allí doncellas cubiertas con velos. Los cabellos de Casandra se esparcían por su espalda, como si la rodeara un incendio. Los ojos se le oscurecían cuando escuchaba el eco de los dioses. Su voz gritaba estridencias similares a los sonidos de las aves. Desde el templo, se podía contemplar una cascada de tejados en pendiente. En lo alto, los palacios reales; después, serpentinas verdes de terrazas marcadas por el brillo de las antorchas, hasta las murallas; más allá, la llanura que se fundía con la arena, los lugares prohibidos: los lugares de la guerra.

Casandra llevaba una túnica y una capa de lana sin tintar. Sus ojos eran de un azul intenso; los rizos, de fuego. Después del primer encuentro con Helena, a quien fulminó con los rayos de furia que esparcían sus ojos, se calmó la tormenta.

—Cuando hablo en nombre de los dioses, no soy yo —le confesó.

—¿Quién eres?

—Su mensajera. Nunca te he odiado, Helena. Tan solo he transmitido la furia de los inmortales.

—Me cuesta creer que tenga la capacidad de enfurecer a los dioses.

—No te menosprecies ni los sobrevalores. Tú puedes alterar a los mortales y a los inmortales, pues perturbas a quien te mira. Es tu desgracia.

—No tendría que haber escapado de Esparta.

—Menelao, Paris, Héctor..., el triángulo que te ha ofrecido la vida en un juego cruel. Puedo ver el destino de los tres hombres, pero se me rompe el corazón. ¿Quieres saberlo?

—No me hables de muerte. Ten compasión.

—Callaré, porque no hay que avanzar lo que tiene que ser.

Las palabras de Casandra revoloteaban entre los pensamientos de Helena. Le hablaban de un destino inevitable que ella se negaba a conocer. Las palabras dan forma a la realidad. Las frases de la

adivina solo habrían servido para concretar aquello intangible, todavía lejano. El silencio permitía mantener viva la esperanza. Quién sabe si el azar podría torcer el destino, se preguntó. Los oráculos eran ambiguos. No tenían respuestas absolutas, sino que se podían interpretar según el entender de quien los recibía. Todo podía cambiar en cuestión de un segundo. Debía convencerse de que el final de la guerra de Troya era una incógnita.

Nura se maquillaba poco para interpretar el papel de Casandra. Su rostro tenía una intensidad de colores que hacía que sobrase cualquier añadido. El rojo de sus cabellos y el azul de sus ojos le subrayaban las facciones. A Toni Sbert le gustaba contemplarla. Solía hacerse el encontradizo en los pasillos, convertirse en espectador de las escenas donde actuaba. Al principio, ella lo ignoró. Estaba nerviosa porque no tenía demasiada experiencia en el cine, reclamaba la atención de Ferran y de Eva, que no estaban dispuestos a dedicarle excesivo tiempo. El director quería que adquiriera seguridad: le daba pautas, pero la dejaba volar. Eva estaba concentrada en su papel, obsesionada por tantas cosas que no encontraba tiempo para crear un vínculo, que limitaba al plató. Los dos reconocían que era buena actriz. Interpretaba a Casandra con una mezcla de dramatismo e inocencia que seduciría el público, pero que sobre todo tenía robado el corazón a Toni.

Cuando Nura comprobó que no había muchas más opciones, empezó a interesarse por el actor. Por un lado, porque se sentía sola entre desconocidos; por otro, porque desde que lo había visto en la piel de Héctor lo admiraba. No tuvo que multiplicar las sonrisas. Unas pocas señales de interés serían suficientes para que Toni se apresurara a desplegar sus encantos. Se encontraban para tomar café y conversar. Ellos también vivían sometidos a la fascinación de la historia. Se estableció una rutina de coincidencias que les resultaba grata. Quedaban en el bar de los estudios después de haber acabado el trabajo.

—Es muy difícil para mí —le explicaba Nura en tono de confidencia—. Vivimos en un mundo que solo se preocupa por el

presente. Importan el aquí y el ahora. Tengo que interpretar a una mujer que lee el futuro y el personaje tiene que ser verosímil, capaz de conmover a un espectador de hoy.

—Nadie puede cambiar el pasado —decía Toni—. ¿Se puede transformar lo que está por venir?

—Muchos te responderían que puede ser. Según Casandra, el futuro es tan inamovible como el pasado.

—Los oráculos decían que se tenían que cumplir tres condiciones para que Troya fuera vencida.

—Sí.

Los dos hablaban con la complicidad de los que viven una pasión común. Primero, Troya no podía ser conquistada hasta que Troilo, el hermano pequeño de Héctor y Paris, el hijo menor de Hécuba y Príamo, muriera. Segundo, los caballos de Rezo tenían que beber agua del río Escamandro. Tercero, la estatua de Palas Atenea, que presidía el templo dedicado a la diosa desde la fundación de Troya, tenía que ser robada.

—Tres condiciones muy difíciles, casi imposibles de cumplir —comentó Toni.

—No hay nada imposible —dijo ella.

—¿Así que no hace falta que pierda la esperanza de besarte antes de morirme?

Fue una pregunta hecha sin reflexionar. Toni, a pesar de sus buenos propósitos, no abandonaba la costumbre de actuar llevado por unos impulsos que era incapaz de reprimir. Habría querido borrar aquellas palabras. ¿Cuándo dejaría de actuar como un adolescente?, se preguntó. Tuvo miedo de que Nura pensara que era un frívolo, que dejase de confiar en él, que la media docena de encuentros que habían tenido quedara interrumpida para siempre. La miró de reojo. No parecía alterada. Le vio la expresión tranquila. Callaron. La cabeza de Toni era un mar de interrogantes. ¿Era mejor hacer como si nada, seguir la conversación con la firmeza de quien no ha pronunciado lo que acababa de decir? A veces pasar de largo sobre un tema, hacerse el despistado, le había dado buenos resultados, pero no quería molestarla. De repente, ella sonrió. No fue un rictus resplandeciente, aunque tampoco adivinó

la vulnerabilidad que lo hechizaba, el toque frágil que le daba un aire irreal. Nura conseguía desconcertarlo. Era imprevisible. Ninguna mujer lo había sorprendido tanto como ella, porque nunca conseguía adivinar su disposición. Unas veces era firme; otras, frágil. Toni prefería la mirada delicada, el gesto sutil de sus labios. Un aire de ser y no ser a la vez. Ella le dijo:

—Sucede lo mismo que con la conquista de Troya.

—¿Cómo?

—Tendrían que cumplirse tres condiciones muy difíciles.

—¿Cuáles? —dudó. ¿Había creído que era una broma o hablaba en serio? ¿Se burlaba? ¿Había decidido iniciar un juego a partir de aquella pregunta poco conveniente?

—Primero, tendrías que enloquecer.

—Ya lo he hecho.

—Segundo, tendría que enloquecer yo también. —Estaba seria.

—Puedo intentarlo. Si no lo consigo, al menos que pierdas un poco la cabeza.

—¿Bajo los efectos del vino o de tu presencia? —La voz se tornó juguetona.

—Le pediría a Casandra que me enseñara un conjuro. Quizá se compadecería de mí.

—No lo creo. No olvides que está en mi bando.

—Yo también quiero estarlo. ¿Y la tercera condición?

—Es la más complicada: que no existiera David en este mundo.

—¿Quién? —La sorpresa transformó el rostro de Toni.

—Mi marido. —La sonrisa se hizo traviesa.

El rostro de Toni palideció. Si hubiera tenido los poderes de Casandra, habría empezado a correr en aquel mismo instante. Si hubiera podido adivinar el futuro, todavía habría tenido que tomar impulso, respirar hondo y alejarse de allí como alma que lleva el diablo. Hay momentos en que es mejor renunciar a cualquier sueño a cambio de la paz. Lo pensó cuando ya era tarde, porque tenía el corazón convertido en un centenar de tentáculos que lo unían a aquella mujer. La película por la cual había luchado, el deseo que

se le encendía en los ojos al pensar... Nada de esto habría tenido importancia si a cambio pudiera volver a vivir tranquilo. En la encrucijada de la decisión, cuando ella le dijo que había alguien más, fue incapaz de salvarse. Se imaginaba campo a través saltando escollos, rocas, arenales y ríos. Pero, al contrario, se quedó inmóvil con cara de no haber escuchado lo que le decía y, sobre todo, ansiando no ver su sonrisa, que era traviesa o malévola, nada inocente. Ya fuera, unos metros más allá, descubrió a una pareja que se marchaba.

Eva y Ferran cogieron el coche del aparcamiento de la sala de rodaje. Mientras el director conducía, ella apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento. Intentó relajarse. Llevaban demasiados días inquietos. El proyecto de la película les exigía concentración y energía. Los horarios eran intensos. Todo habría sido más fácil sin el fantasma de Adrià, el recuerdo del hombre inmóvil. Los dos lo apreciaban, a pesar de que interfiriera en sus vidas de una forma tan dura. Eva dijo:

—Ayer, cuando fui a visitarlo al hospital con Chiara, me di cuenta de una cosa.

—¿Qué pensaste? —Ferran escuchaba atento. Hacía la pregunta oportuna con una sencillez que la invitaba a sentirse cómoda.

—No he sido justa contigo. A veces, no sé tratar a quien más quiero.

—No estoy de acuerdo. No sé a qué inexistente injusticia te refieres.

—Te he presionado con el tema del personaje de Paris. Desde que sucedió el accidente, he tomado una posición errónea: mantener a Adrià no tiene ni pies ni cabeza. Lo tendría que haber visto antes.

—Me costó decidirme, pero era un obstáculo que tenía que resolver el director. Por eso tomé la iniciativa.

—Soy tu mujer. Necesitabas apoyo. Yo solo sabía ver el dolor de Chiara, la impotencia de él. Deposité en ti el peso de una

responsabilidad que podríamos haber compartido.

—Te entiendo perfectamente. Ensayaste con Adrià. Te negabas a creer que un accidente absurdo le hubiera hecho perder el papel. Recordabas su ilusión. Para mí ha sido muy difícil tener que sustituirlo.

—Te he dejado solo con las fichas de los aspirantes, con las preocupaciones que ocupan tu pensamiento, con la responsabilidad de hacer una buena elección.

—Esto es lo que me tiene ensimismado. Quiero elegir a un buen actor, no a un buen sustituto. La diferencia es muy sutil pero esencial.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuándo empiezas el *casting*?

—La semana que viene. Ya está convocado todo el mundo; no puedo retrasarlo.

—¿Te podría ayudar?

—¡Me encantará! —Ferran sonrió con una mezcla de entusiasmo y ternura.

La mano de Eva le acarició el brazo. No era una simple manifestación amorosa, sino un pacto cómplice. Estaba dispuesta a luchar por la película. Volvía a tomar la iniciativa para sacar adelante un sueño común. Nunca más, se propuso, volvería a fallarle.

—¿Tienes alguna idea? ¿Una propuesta que te parezca atractiva?

—Es difícil. Hay muchos actores, pero no veo a ninguno que me resulte sugerente.

—Los currículums y las fotografías nunca reflejan toda la realidad. Cuando los veas meterse en la piel del personaje, podrás valorarlos mejor.

—Intento pensarlo. No es sencillo, porque las comparaciones son inevitables. Yo también tengo a Adrià en la cabeza: el gozo de vivir, la inocencia traviesa, el entusiasmo.

—Pues ha llegado la hora de que los dos nos olvidemos.

—¿Qué quieres decir?

—A partir de ahora, por el bien de la película, el nuestro e incluso el del mismo Adrià, tenemos que esforzarnos por pensar en

él como un amigo que tiene una aventura personal que superar. Lo ayudaremos a pasar este difícil trance mientras pasamos página del Paris que habría podido ser.

—¿Y Chiara?

—Nos entenderá muy bien. Es una gran mujer. Ayer, durante el camino de vuelta del hospital, no dijo ni una palabra. Quise respetar su silencio porque debe de ser muy duro no poder cruzar la puerta de la habitación de quien amas cuando los dos sufren. Creí que estaba triste. Ahora pienso que reflexionaba. Sé que encontrará una vía para acercarse. Estoy segura.

—Sería magnífico para todos. Quizá lo consiga: es hábil.

—Es valiente. No le dan miedo los retos.

—En el trabajo ha superado muchas pruebas. Está acostumbrada.

—La vida la ha preparado para conseguir que un hombre vuelva al lugar donde pertenece.

Cuando llegaron a casa, Ferran cocinó una sopa de tomate. Calentaron un pastel de carne y pusieron la mesa como si fuera fiesta. Encendieron una vela, que alumbraba con una luz tenue. Habían recuperado el entusiasmo. Abrazados en el sofá, bebieron unos gintónics mientras hablaban del perfil que debía tener el nuevo Paris, el héroe adolescente que convenció a una reina para que abandonara su reino. Se miraban con la alegría de quien ha recuperado un bien preciado. La distancia de los días pasados se había desvanecido en el aire; tenían la certeza de haber pasado una prueba de fuego. Por la radio sonaba la música de un acordeón. Se abrazaron una vez más y bailaron, acompasados los cuerpos, la respiración en calma. Unieron las manos entrelazando los dedos mientras se acariciaban la piel. Se movían despacio. La silueta de uno iba fundiéndose con la del otro. Hicieron el amor igual que avanzan las olas.

IX

Ferran y Eva se fueron a vivir juntos. Alquilaron un piso en Enric Granados, la calle de las terrazas en las aceras, las galerías de arte, los restaurantes. Un lugar lleno de vida. Ambos lo celebraron. Estaban contentos cuando decoraron la casa: sofás crema, alfombras que parecían la arena del desierto, estanterías y cojines. En un fin de semana terminaron la mudanza. Fue dicho y hecho. No seguían los dictados de un impulso. No eran los protagonistas de una historia loca, sino una pareja decidida a optar por el amor. Habrían dicho que se querían con la intensidad que despertó Paris en Helena, pero también con la fuerza que Héctor le ofreció a la reina de Esparta. El corazón y la razón palpitaban juntos. Cuando se miraban, comprendían que los instrumentos de una orquesta sonaban a la vez, sin discordancias. La música invadía todas las mañanas del mundo.

Chiara les ayudó con el traslado. El sábado, a primera hora, apareció en la puerta de Eva dispuesta al trabajo. Llevaba unos vaqueros, el pelo recogido y una sonrisa en los labios. Hacía semanas que no se sacudía de encima la tristeza. Saber que sus amigos habían decidido compartir su vida la ilusionaba. Le recordaba los días en que Adrià y ella tenían el mismo proyecto. Pensaba en ello como quien evoca un pasado lejano que la elección de los demás la ayudaba a revivir. No permitió que intuyeran el cataclismo de emociones que sentía. Se sentó en el suelo y empezó a meter la existencia de su amiga en cajas de cartón: la ropa, los libros, recuerdos de los viajes, las huellas de las historias vividas. Mientras tanto, Eva aprovechaba para hacer limpieza. Al vaciar cajones y armarios, comparecieron pequeños fantasmas que podía destruir o recuperar. Tiró muchos papeles, salvó otros. Reencontró objetos que creía perdidos. Al verlos, la memoria recuperaba

momentos. Era la hora del rescate o del olvido.

En el apartamento de Ferran se amontonaban las lámparas, las esculturas, los cuadros... Toni Sbert no lo dejó solo en el laberinto de historias que se llevaba a la nueva casa. Con determinación, lo ayudó a cargar una furgoneta. Los dos hombres sudaban por el esfuerzo. No hablaban demasiado, cada uno concentrado en el trabajo, aunque la complicidad facilitaba la tarea. A mediodía hicieron una pausa. Bebieron sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

Iniciaron la conversación:

—Esta es una mudanza exprés —comentó Toni—. No podemos negar que sois decididos.

—Lo hacemos deprisa. Cualquiera diría que nos persiguen —rio Ferran—, pero tenemos motivos.

—Lo sé. La película...

—Ciertamente, pero hay una razón más poderosa para mí.

—¿Cuál es?

—La impaciencia. Lo tengo tan claro: estoy seguro de que quiero vivir con ella.

—¿Alguna sombra de duda?

—Ni la más mínima.

—Debe de ser una sensación maravillosa. ¿Sabes? Nunca me he sentido así. Siempre he sido un mar de dudas o un inoportuno.

—¿Por qué lo dices?

—Me he enamorado mal, a deshora, de quien no tocaba. No había perdido la cabeza por una mujer hasta hace poco. Debe de ser que me quiero mucho a mí mismo. No esperaba sentir los trastornos del amor, pero eso no se calcula. Cuando menos te lo imaginas, te deja desorientado.

—¿Es una confesión? —Ferran sonreía.

—Más o menos, aunque ni yo mismo entiendo qué me pasa.

—Parece interesante.

—No te cachondees.

—¿Quién es ella? ¿La conozco?

—Es Nura.

—Amigo mío, tenías razón: no eres demasiado oportuno, pero

¿cuándo lo es el amor?

—¿Sabes que tiene pareja?

—Sí, aunque no lo conozco.

—Pues ya está. Punto final.

—O no. Pueden ser puntos suspensivos. Venga, te traigo una cerveza.

Ferran se sentía pletórico, vivo como nunca. Pese a los inconvenientes, la película avanzaba. Podía verla en su cerebro: bella, innovadora y a la vez garante de un mito. El problema que había amenazado el rodaje, la desgracia de Adrià, parecía haber quedado atrás. El apoyo de Eva le renovaba el entusiasmo. Nunca había dado el paso de comprometerse con una mujer. Vivir solo se había convertido en un hábito amable que le permitía concentrarse en el trabajo, hasta que la conoció. Lo enamoraban aquellos ojos de un verde turbio, los reflejos de su pelo, la pasión por interpretar, la desconfianza hacia el mundo, el universo que había descubierto, magnífico. Le atraía la piel de una mujer con quien habría querido fundirse cuando hacían el amor.

La casa que escogieron era una suma de los dos. Tenía alma, según la opinión de Chiara. Colgaron en sus paredes las obras de arte que habían reunido durante los años de viajes, visitas a anticuarios y galerías. Añadieron los toques de Eva en los colores: gris perla en las paredes de la sala, blanco en la habitación, verde claro en la entrada, que parecía un jardín, llena de macetas. Había estanterías llenas de libros, música, álbumes sobre cine. En la terraza, que daba a un patio de vecinos, pusieron una mesa con algunas sillas. Las noches de verano se transforMaria en su refugio. Eva se propuso no volver a tener la nevera vacía. Se acostumbraron a ir al mercado, donde compraban verduras, legumbres, quesos y pescado. Todo olía a vida intensa.

Con la mudanza, Eva se desprendió de la ropa que no usaba, de fotos que no quería mirar nunca más, de papeles y de objetos que habían perdido su significado. Ordenó los armarios con la convicción de que estaba poniendo orden en el caos del mundo. Le gustaba sentir que las cosas ocupaban su lugar. Construía un pequeño paraíso, donde nada les podría hacer daño. Estaba

convencida del poder de los espacios. Los lugares tienen la fuerza de quien los habita. La primera noche bebieron vino blanco hasta la madrugada. Escucharon canciones, se abrazaron, seguros de que habían encontrado un amor eterno. Eran mejores amantes que Helena y Paris en la isla de Cránae, cuando estrenaron su amor bajo las estrellas. Dos personas fuertes, forjadas en la soledad de sus aspiraciones, unos deseos muy similares que habían llevado a buen puerto a golpe de voluntad. Él creaba narraciones en imágenes donde ella debía adoptar una identidad nueva. El cine era una obsesión compartida. Vivían tiempos de gloria.

Cuando Chiara volvió al sofá amarillo, tras haber llenado muchas cajas, estaba agotada. Era una fatiga que iba más allá de un cansancio físico. Había tenido que mentalizarse para acompañar a sus amigos en el inicio de su aventura en común. No estaba dispuesta a amargarles el día. Vivía una ambivalencia de sentimientos: por un lado, la pena de revivir aquello que había perdido; por otro, la alegría de verlos felices. Se había sentido acogida por la pareja en momentos duros. Había cariño, apoyo. Habría querido saber agradecérselo. Colaborar en la nueva casa era un buen motivo para mostrarse cercana. Ellos aceptaron la ayuda de forma natural, como se admite a esas personas que forman parte del entorno propio. En un rincón del sofá, cansada por las emociones, observó los vacíos de la casa. El silencio la rodeaba. Adrià no aparecería en la puerta de la cocina con el gesto travieso de quien quería sorprenderla con un plato delicioso. Ni tampoco oiría el agua de la ducha resbalando por el cuerpo masculino. Ni las frases con que él ensayaba el papel de Paris.

Chiara evocaba los gestos de Adrià cuando ensayaba una escena. El recuerdo era tan intenso que tenía la impresión de revivirlo. Si alargaba las manos, podría tocarlo. No tendría que esforzarse demasiado para acariciarle las mejillas. Durante los rituales fúnebres dedicados al príncipe, cerca del fuego vibrante que devoraba sus restos, nadie hablaba. Hécuba lloró la pérdida de su hijo pequeño. Príamo curvó el rostro y el ánimo. Paris comenzó un proceso de metamorfosis que lo alejó de Helena. Se inició con la visión de la pira funeraria alzándose hasta el cielo. En la cima, el

cuerpo con los brazos cruzados, los pies desnudos. Sacrificaron una oveja. Dispusieron jarras con aceite y miel. En un cesto, los asistentes fueron lanzando mechones de cabello como ofrenda. Helena se cortó un rizo dorado. El fuego ardió durante toda la noche. De madrugada, los huesos del adolescente se depositaron en una urna. En procesión, los llevaron por las calles de Troya hasta su tumba. El tercer día después de la muerte se organizó un banquete funerario. Según las costumbres troyanas, su espíritu debía presidir la despedida desde las sombras del Hades. El aire olía a mirra. Todos loaban al ausente. Comieron granadas e higos.

A Adrià le gustaban las granadas. Chiara compró un cestillo en el mercado. Las peló en la cocina y extrajo las perlas rojas. Era una tarea lenta que exigía cierta concentración. Fue llenando un plato con los granos de la fruta. Cuando hubo acabado, se lavó las manos con agua y preparó la fruta para llevarla al hospital. Quería pedirle a Júlia que se la hiciera llegar a Adrià. Sucedió al día siguiente de la mudanza. Chiara había pasado una noche inquieta. Cuando abrió los ojos, evocó la fruta. No tuvo que esperar demasiado en la sala del hospital. Poco después de sentarse en el sofá, apareció la auxiliar de enfermería. Mientras se cruzaban las miradas hubo una señal de complicidad.

Júlia sonrió a Chiara, que le mostró el plato de granadas. La intensidad del color contrastaba con el gris de la sala. Chiara dijo:

—Le he preparado fruta. Le gusta mucho.

—¿Quieres que le diga que se la envías tú?

—No hace falta. Lo sabrá en cuanto lo vea.

—Un gesto sutil de aproximación. —Sonrió Júlia.

—¿Te estás burlando?

—De ninguna manera. Perdóname si te lo ha parecido, pero actuar así no servirá de nada.

—¿Qué quieres decir?

—No tienes que ser sutil, sino contundente. ¿Has pensado en lo que te propuse?

—Sí. Es una idea valiente. Le he dado muchas vueltas, pero me da miedo que me reconozca y se enfade.

—Si se enfada, habrá dado un primer paso. Vive en una

indiferencia que no lo ayuda a avanzar, como si hubiera renunciado a las emociones.

—Los amigos hablan de una apatía considerable. Le cuesta mantener una conversación, responde con monosílabos.

—Lo sé. La propuesta que te hice no era una idea loca.

—Me pregunto por qué lo haces. Qué motivos te mueven a aceptar que ocupe tu lugar. Asumes unos riesgos que no son necesarios. ¿Te juegas el trabajo por una desconocida?

—Es lógico que desconfíes de mí, pero debes saber que no pongo nada en riesgo. No perdería mi puesto de trabajo aunque nos descubriesen. Hace muchos años que trabajo en este hospital, me conocen. Nadie creería que me he vuelto loca.

—¿Y qué ganas con ello?

—Te seré sincera: quiero algo a cambio. Nada es gratis en la vida.

Chiara la miró a los ojos. Exhaló un suspiro sonoro, largo, como el de quien se quita un peso de encima. Murmuró:

—Sabía que había una trampa.

—No, no me has entendido.

—Ahora es precisamente cuando te entiendo.

—Yo te puedo ayudar y tú me puedes ayudar. Es muy fácil.

—Tan fácil como que el mundo no está lleno de seres generosos. Me habías parecido un ángel. La realidad es bien diferente. He sido una estúpida.

—Te equivocas. Tu historia me conmovió y me gustaría acercaros. La suerte ha hecho que nuestros intereses coincidan, nada más. Puedo facilitar que entres en una habitación prohibida mientras tú me abres otros caminos.

—¿Qué caminos? Te aseguro que no vas a volver a engañarme. No permitiré que juegues con mi sufrimiento ni con las ganas que tengo de verlo.

—Estos días he visto a muchas personas desfilar por el hospital. Algunas no eran nada conocidas para mí. Sí he reconocido a Ferran, el director de cine. Lo he visto en los periódicos, no hace mucho recibió un premio. Es todo un personaje.

—¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—Si quieres sustituirme unos minutos cada día y ver a Adrià, tiene mucho que ver.

Chiara la miró sin saber de qué le hablaba. Se sentía estafada, con la sensación de haber sido víctima de una mujer aparentemente afable pero manipuladora. No podía fiarse de ella. Maldecía su ingenuidad. Pensó que, a buen seguro, Eva le reprocharía su confianza ciega en los demás. Su amiga era cauta; ella no había aprendido a serlo. Fue consciente de que quería entrar en la habitación. Lo deseaba con una fuerza que resurgía con la percepción del engaño. Todo tenía un precio, se dijo con temor. ¿Cuál era el suyo? Se lo preguntó mientras Júlia se le acercaba al oído y le dictaba en voz baja las condiciones del trato.

Troilo era el hijo pequeño de Príamo y Hécuba. Si Paris representaba el estallido de la primavera, Troilo era como los primeros brotes. El aroma incipiente del polen, el vuelo de los insectos, el color azul. Cuando Helena y Paris llegaron a Troya, los recibió con gran alegría. Tenía la delicadeza de la adolescencia, pero también la falta de habilidad de quien no domina los miembros de su cuerpo, todavía algo torpes. A Helena le pareció un calco del Paris en la pubertad a quien no conoció. Alto, con una sonrisa graciosa, las facciones perfectas, el pelo de una tonalidad clara, dorados por tantas mañanas al sol. La abrazó con grandes exclamaciones ante la belleza de la mujer de su hermano, en quien buscaba reflejarse, y rieron juntos: la reina que había dejado un reino y el príncipe jovencísimo que aún no había abandonado la transparencia infantil.

Para Paris la guerra era un fantasma al que no había dedicado demasiados pensamientos; para Troilo era un juego. Un juego en el que la muerte siempre es mentira, porque los que participan se sacuden el polvo de la ropa y de los ojos antes de volver a casa. Su casa era el palacio de Príamo, las estancias donde corría acariciado por el viento. Era un adolescente feliz que no conocía el mal. Cuando las naves griegas atracaron, la noticia le provocó una

reacción desmesurada de alegría. Le alegraba saber que cada día sería distinto que el anterior, porque la guerra suponía la emoción de un juego nuevo. Príamo le prohibió que saliera al campo de batalla. No podía atravesar las puertas ni mirar fuera de los muros.

No hizo caso de la prohibición paterna. Se sentía invencible, protegido por una fe que solo tienen quienes estrenan existencia, quienes no pueden abarcar la profundidad del dolor. Aquiles se lo encontró cerca del templo de Apolo. Lo persiguió. Dieron tres vueltas al perímetro del templo. El príncipe, protegido por el impulso de la supervivencia; el otro, con la fuerza de los héroes. Aquiles era el más veloz de los mortales. Lo capturó bajo la estatua de Apolo y le dio un abrazo que le destrozó el pecho. En la mirada de Troilo había incredulidad. Se cumplía así la primera condición que el oráculo de Delfos anunció para la caída de Troya: el hijo pequeño de Príamo tenía que hallar la muerte.

Esa pérdida significó para Paris el choque con el mundo real. Dejó de ser el príncipe que siempre reía, invulnerable a las predicciones, burlador de las leyes. Helena tuvo la impresión de que su enamorado atravesaba el umbral de la edad adulta. Las amenazas devenían ciertas. Todo aquello que parecía imposible cobraba forma. La muerte no era un concepto abstracto, sino el rostro del hermano. Paris no estaba acostumbrado al dolor. Cuando vivía en el monte Ida, habitaba en los límites de la inconsciencia: actuaba sin pensar, movido por impulsos elementales. Bebía cuando tenía sed, comía porque el cordero que se asaba en las brasas lo tentaba, se revolcaba con las ninfas del agua. Vio a Helena y la amó. La deseó como se desea el sol. El cielo se oscureció. Había vivido feliz hasta que la vida le volvió la espalda.

Paris y Helena fueron cómplices antes de ser amantes. Desde que se vieron, se estableció entre ambos una conexión poderosa. La reina de Esparta sintió el fuego del deseo; el príncipe troyano experimentó las llamas que borran la percepción del mundo. El universo desaparecía cuando se abrazaban. Sucedió una, cien, mil veces, hasta que Troilo murió. Únicamente la muerte tenía el poder de destruir las ganas del otro. La voracidad del frío se enseñoreó de los cuerpos. Paris miraba el techo desde la cama que compartían.

Con la expresión perdida, recordaba a su hermano. Eran los dos únicos hijos de Hécuba que reían a menudo. Parecían pájaros libres. Helena se dio cuenta del distanciamiento. Paris procuraba no encontrar sus ojos, buscaba la compañía de otros, intentaba evitar los espacios que habían compartido. Al principio pensó que era una reacción lógica: se encerraba en la pena. Intentó esforzarse por recobrar el hilo que los había unido. Por eso le pedía que no se fuera, multiplicaba los gestos de ternura, se dirigía a él con palabras dulces, hasta que descubrió que las rechazaba. La presencia de Helena le recordaba la pérdida de Troilo. Se culpaba y la culpaba. Una inquietud terrible le oprimía el pecho.

La princesa de Troya recordó que había sido reina de Esparta. Había perdido a sus padres, hermanos, amigos y su patria por un hombre que la abandonaba en la muerte de Troilo. Sintió que había un desequilibrio muy grande en las renuncias de cada uno. Ella lo había perdido casi todo cuando zarpó en un barco hacia Troya. Él había conquistado a una reina.

Los griegos que embarcaron hacia Troya habían dejado atrás la seguridad de sus hogares. Eran un ejército, armado para el combate, amparado tras una hilera de barcos que sustituía la línea del horizonte. No tenían casas, solo las cabañas que habían construido en la playa, lugares provisionales que los protegían de la intemperie. Tampoco poseían bienes a los cuales hubieran tenido que renunciar, porque todo quedaba atrás, salvado por la distancia que propiciaba el mar. Los troyanos luchaban por una ciudad donde vivían artesanos, obreros, nobles. Combatían por los rebaños, los niños, las mujeres y los hombres que habían nacido allí. Se jugaban la grandeza de las torres, pero también cada minúsculo objeto que formaba parte de su vida. Los colores de los mosaicos y las pinturas, las luces de las casas, el dibujo de las murallas. Debían defender lo que poseían y lo que amaban. La balanza no mantenía un equilibrio, era más pesada para los troyanos. Aquello que para los griegos suponía un botín de guerra para los troyanos era la existencia. La idea de la caída de Troya le resultaba inimaginable.

Cada mañana, Paris cogía el arco, las saetas. Se vestía para la

lucha y salía de la habitación sin despertar a Helena. Ignoraba que ella no dormía desde hacía horas, pendiente del alba. Cuando por el este nacía la claridad, se marchaba. Casi no hablaban, sigilosos ambos para evitar encontrarse. Helena corría con las otras mujeres hacia las murallas y seguía el camino de los guerreros a través de la llanura hacia el Helesponto, donde las naves habían atracado. Cuando se hacía de noche y todavía no regresaban, Helena se desesperaba porque no lo veía. Siempre volvían cubiertos de polvo. La gente tuvo que acostumbrarse a no salir fuera de los muros y no atravesaban la puerta Dardania. No iban a las fuentes ni al monte Ida. El rey Príamo se reunía en el pórtico del palacio y celebraba consejos con sus antiguos compañeros de armas. El cabello se le volvía gris y las arrugas se multiplicaban. Repetía que Troilo tenía la túnica manchada de sangre, que le habían robado todos los veranos. Mientras, las calles de Troya hervían de gente que se sentía prisionera dentro de las murallas. Había peleas, gritos de indefensión o de rabia.

A veces, Helena se ponía ropa sencilla, escapaba del palacio, caminaba por la ciudad. Aprovechaba las horas de calma azulísima. Salía de noche porque intentaba esquivar las miradas de los troyanos. Tras el silencio del pueblo, se ocultaban los reproches. La acusaban sin palabras, con gestos hirientes. Ponían en ello la misma intensidad con la que la aclamaron cuando entró en Troya. Los griegos habían hecho huir a los mercaderes que solían llegar a la costa para aumentar la riqueza de los que vivían cautivos detrás de los muros, tras ver que las provisiones se reducían, que las reservas de agua eran insuficientes. Se tambaleaba un mundo hecho de seguridades y riqueza. A medida que los bienes materiales se perdían, la tensión aumentaba. Príamo, el gran rey, nunca la hizo culpable de la guerra. Con los ojos turbios por el dolor, le decía que era voluntad de los dioses. Los demás no podían evitar odiar a la extranjera. Cuando murió Troilo, Helena volvió a ser alguien venido de fuera para traer la desgracia. ¿Qué habrían pensado si hubieran sabido que era leal a la causa troyana, aunque el corazón se le entristecía cuando veía caer a los griegos? Dos familias que había considerado como

propias traicionadas por ella. Estaba sola en las calles cuando se hacía de noche.

En una ocasión, se encontró con Héctor. Hacía tiempo que no hablaban. Se preguntó si había intuido la lejanía de Paris. Era un hombre observador, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza que lo mantenían ocupado. Había prioridades relacionadas con la supervivencia del pueblo o el duelo por su hermano pequeño. Helena habría querido pedirle que se la llevara lejos de las murallas, pero se miraron con una pena que no se dice, que se adivina. Él exclamó:

—Es peligroso salir de noche. Tendrías que protegerte.

—Me gusta respirar el aire que no llega a mi palacio cuando todo el mundo se encierra en casa. No es fácil encontrar la ciudad tranquila.

—Es cierto. Durante el día se ha convertido en un lugar inhóspito donde abundan los peligros, pero no te engañes: hay riesgos a cualquier hora. La oscuridad no te protege.

—Quizá tengas razón. No pienso demasiado en mi seguridad. La guerra trae incertidumbre. Me pregunto cómo podríamos acabar con esta pesadilla.

—Los humanos no podemos detener el curso de aquello que han iniciado los dioses.

—¿Los dioses o nosotros mismos?

—¿Qué quieres decir?

—Yo, Helena, soy la culpable de que la guerra nos destruya. Debería ser yo quien pusiera remedio.

—¿A qué te refieres?

—Pienso en ello a menudo. Los griegos vinieron a buscarme. Fui el cebo para la lucha. Si de verdad me quieren recuperar, debo entregarme a Agamenón y Menelao. Volver atrás.

—Un cebo solo sirve para que el pez pique. Después tenemos que pescarlo...

—¿Cómo?

—Aunque volvieras con ellos, la guerra continuaría su curso. Si fuiste la excusa, ya no está al alcance de nuestras manos detenerla.

—Necesito una cuerda y una capa. Debo ir al templo de Atenea, donde no hay sacerdotisas y las columnas dibujan sombras. Detrás del templo, hacia el oeste, debe de ser sencillo colocar una piedra grande que me sirva de ancla donde atar la cuerda y lanzarla al otro lado del muro. He calculado que me subiría a la muralla e iría descendiendo, aunque es probable que me golpeara con las piedras, pero no importa. Cuando estuviera en el suelo, dejaría lejos la ciudad, Troya desaparecería para siempre y me iría a buscar a los griegos. Les diría: «¿Queréis a Helena? Pues aquí me tenéis. Volvemos a Grecia. Dejemos a los troyanos en paz».

Nunca le había sido fácil leer los ojos de Héctor. Eran profundos, impenetrables. No tenían la transparencia de Troilo ni resultaban previsibles como los de Paris. Poseían un misterio que las sibilas no habrían podido descifrar. Refulgieron cuando la miró. Ella adivinó una calidez que la invadió. Todo lo que callaba apareció escrito al fondo de sus pupilas: el miedo por lo que tenía que venir, el deseo de protegerla y un amor que jamás le habría confesado. Los dedos de ella se entrelazaron con los de él. Después Héctor se echó atrás, mientras le acariciaba la mejilla. Fue un gesto leve. Súbitamente serio, le dijo:

—No quiero que te arriesgues. Júrame que no irás.

—No puedo. Te acabo de confesar que la idea de volver e intentar detener la locura de la lucha me da vueltas en la cabeza.

—Nada puede parar nada. ¿No lo entiendes?

—Troilo ha muerto. Es el primero de la familia de Príamo. ¿Quién será el siguiente? ¿Cuántas pérdidas deberemos soportar?

—No lo sé. Quizá muchas. Lo tendrás que soportar, Helena, igual que mi madre, igual que todas las mujeres de Troya.

—Ellas se resignan a la desgracia o la maldicen. ¿Qué he hecho yo? Provocarla. He traído la guerra. No me compares con ellas.

—Te aseguro que velaré por Paris en el campo de batalla. Es bueno con las flechas, pero no lo es en el cuerpo a cuerpo.

—No quiero que muera.

—Lo sé.

—Tampoco quiero que mueras tú.

—También lo sé. Debería tranquilizarte pensar que todo lo que tiene que suceder está escrito. Nosotros no podemos cambiarlo.

Caminaron un rato. Una calma de mentira aparecía entre las sombras. «Ojalá no se hiciera de día», pensó Helena. «Ojalá no se fuera nunca», pensó Héctor. No se confesaron lo que de verdad deseaban. Continuaron en silencio, tan cerca que habrían podido abrazarse, tan lejos que no se atrevieron a decir nada más.

X

Cuando Júlia se inclinó hacia ella, Chiara sintió la tentación de encogerse. Se habría hecho pequeña como una hormiga que se esconde en la brecha de una baldosa. Lo disimuló con un gesto rígido: el cuerpo tenso esperando el encuentro. La persona con quien había conversado compartiendo confidencias se transformaba en una desconocida que le proponía oscuros intercambios. Contuvo el impulso de no querer escucharla. Controló el impulso de levantarse, salir al pasillo, correr hasta el ascensor, partir. ¿Realmente no quería volver? Se hizo la pregunta mientras se quedaba quieta. Comprendió que no tenía la opción de irse. La vida entera estaba en una habitación de hospital que tenía la puerta cerrada. Júlia representaba un camino para acercarse a Adrià. Tenía que averiguar qué quería proponerle antes de moverse. Si se marchaba sin escucharla, se arrepentiría.

Sintió rabia contra la mujer de aspecto acogedor, de maneras delicadas. Los años de convivencia con el peligro la habían entrenado en el arte de contenerse. Había aprendido a actuar de forma natural cuando todo parecía adverso. Podía disimular sus sentimientos, coger las riendas del corazón y ralentizar los latidos, aunque fuera un simulacro. Lo había hecho en el trabajo, pero la vida era complicada. Le pareció más peligrosa que los incendios, los naufragios y los saltos al vacío. Alzó la frente con la indiferencia de quien ha perdido la capacidad de sorprenderse. Júlia le habló:

—¿Te acuerdas de la historia de Ismael?

—Sí.

—Te conté muchas cosas.

—Algunas.

—Me pareció que te interesaban.

—De la misma forma que me interesan los buenos relatos. Eres una narradora hábil.

—No demasiado. Me costó encontrar las palabras, pero no te lo conté todo.

—Nunca lo cuentas todo.

—No seas sarcástica. Omití un detalle importante para que pudieras entenderme bien.

—Me gustaría que fueras concreta. Ve al grano.

—Ismael no ha vuelto a trabajar desde que sucedió la desgracia. Debería concentrar el pensamiento en una historia nueva. Necesita trabajar. Es un apasionado de su profesión.

—Felicítalo de mi parte. —No podía evitar la ironía—. ¿Qué tengo que ver yo con Ismael?

—Es actor.

Chiara comprendió que Júlia había perdido la cabeza. Se había enamorado del hombre que esperaba en esa misma sala. Espió su impaciencia, respiró su desazón, se contagió del miedo. El miedo es un virus que puede transmitirse por el aire. Estaba convencida de ello. El pánico de Ismael había impregnado a Júlia. Al enamorarse, ella fue un poco él. Le transmitió una cierta fuerza. Por el contrario, el hombre le inoculó su temor: había atropellado a una mujer en una calle de Barcelona. Si esta moría, él sería el culpable. Debería vivir con el peso de una culpa que no se reduciría con los años, porque las angustias crecen como las nubes en noches de tempestad. La persona que fue Júlia, a quien Chiara no había conocido, se convirtió en una criatura obsesionada por la supervivencia de Ismael. Si eran necesarios los engaños, las mentiras, el chantaje, estaba dispuesta. La metamorfosis se produjo por amor —se decía la auxiliar de enfermería que intentaba justificarse—. Cuando hay que salvar a alguien, todo vale. Su trabajo consistía en ayudar a los desconocidos que pasaban por las camas del hospital. Cada uno con una historia que no llegaba a conocer, pero que a menudo intuía. Relatos de pérdidas y desolación.

No quería que Ismael tuviera que sufrirlo. Si recuperaba la normalidad trabajando en un proyecto estimulante, la fuerza de

vivir volvería a vencer. Chiara interrumpió sus pensamientos con una frase:

—Es curioso: levantamos una piedra y aparece un actor.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hay demasiados. Si Adrià hubiera tenido otra profesión, no habría sufrido el accidente. Dile a Ismael que se busque otro trabajo. Quizá él aún esté a tiempo.

—¿Te habrías enamorado de otro Adrià?

—No lo sé. ¿Te habrías enamorado de Ismael si no hubiera matado a una mujer?

—Es una pregunta cruel.

—Reconocerás que, si no hubiera sucedido, nunca lo habrías conocido. No habríais coincidido ni te habría abierto su corazón. El accidente te fue útil.

—Estás enfadada. No piensas lo que me estás diciendo.

—Sí, estoy indignada. Intentas utilizarme. Te aprovechas de mi debilidad. Habla claro: ¿qué quieres que haga? ¿Cuál es el precio de cruzar una puerta?

—Quiero que consigas que Ismael participe en el *casting* que hará Ferran para el papel de Paris.

—¿De Paris? Estás loca.

—Habla con el director y con su mujer, debes convencerlos para que le den el personaje.

—No he visto nunca a Ismael, pero ¿sabes cómo era Paris? Era la juventud y la gracia. Tú me has hablado de un hombre triste. ¿Dónde ves en él la alegría del príncipe de Troya?

—Es una persona dolida, pero también un gran actor.

—No puedo hacerlo. Soy incapaz de recomendar a quien no conozco.

—Hay puertas que no se abren nunca. No tenemos la llave. Eres una mujer afortunada, porque sabes dónde puedes encontrarla. Te he dicho el secreto que abre la puerta prohibida.

—Quieres que traicione a Ferran, a Eva... y a Adrià. Su sustituto no puede ser fruto de un chantaje.

—Te estás agobiando. No la líes. Hay que ser prácticos.

—¿Qué dices?

—No te repetiré las reglas del intercambio. Nos podemos ayudar la una a la otra. Piénsatelo.

Chiara se levantó del sofá de golpe. No tenía nada más que decir. Necesitaba moverse. Se alejó de Júlia y bajó por la escalera porque no tenía paciencia para esperar el ascensor. Atravesó las puertas giratorias mientras buscaba las llaves del coche. Se cruzó con personas que no conocía, recorrió una avenida de farolas hasta llegar al parking. Habría querido saber volar. Si volara lejos, podría superar el miedo. Había doblado a un personaje que se lanzaba desde un avión. Llevaba un paracaídas a la espalda y se mantenía tranquila. Le gustaba la sensación de saltar al vacío, el vértigo inicial, la pérdida de control aparente hasta que se dejaba ir, libre en la caída. Condujo hasta el piso de Ferran y Eva. La voz de ella le llegó a través del interfono:

—¡Chiara! ¿Eres tú?

—Ábreme, por favor.

Eva le abrió la puerta con una sonrisa que desapareció al verla.

Chiara temblaba mientras su amiga la acogía en sus brazos. Se refugió en ellos sin decir nada. El cuerpo de una fue el refugio de la otra. Eva no entendía qué había pasado. ¿Acaso había noticias sobre la salud de Adrià?

Tal vez Chiara sufriera una crisis nerviosa después de tanto tiempo de controlar la angustia. La hizo entrar en la sala, le ofreció una infusión y trató de calmarla. Los sollozos fueron perdiendo intensidad. Chiara miró a Eva a los ojos. En voz baja, le habló de Júlia y de su propuesta.

Tres días después de la visita de Chiara, Eva se sentó en una butaca con un pliego de hojas en las manos. Acababa de leerlo cuando se vio reflejada en el espejo. Observó en sus facciones una determinación desconocida. Se sintió sorprendida. Tenía la cabeza llena de dudas, pero su expresión anunciaba firmeza. El mundo había cambiado. ¿Desde cuándo el corazón tomaba la iniciativa avanzándose a las decisiones más racionales?, se preguntó. Se volvió a mirar en el espejo porque quería asegurarse de que era ella, que no interpretaba ningún papel, y comprobó que no se

engañaba. Los ojos habían adquirido protagonismo en la imagen que veía reflejada. Se habían confabulado para desvanecer las últimas dudas. La animaban a seguir sus impulsos, esos latidos que se aceleraron al escuchar el secreto de Chiara. Fue un encuentro que jamás revelarían a nadie. La conversación reforzó los vínculos que habían establecido entre ellas. Por un lado, Eva volvía a demostrar su lealtad a la amiga. Por otro, ponía las reglas del juego en sus manos. A Eva le gustaba controlar una situación. Intentó consolar a Chiara mientras pensaba cuáles eran las mejores soluciones para el tema que le planteaba. Le acarició la mejilla sin decirle que la cabeza le ardía como una olla hirviendo. Tenía que ser hábil si quería ayudarla y proteger el proyecto de Ferran.

No podían enviar a Júlia a hacer gárgaras. Eva era consciente del estado de Adrià. Cuando lo visitaba, comprobaba el alejamiento del mundo al que se había condenado. Estaba recluido en una apatía que acabaría destruyéndolo. Se negaba a razonar, seguía los ejercicios de rehabilitación con un desinterés que no auguraba buenos resultados. Había optado por claudicar, como si hubiera perdido las ganas de vivir. Era el guerrero que abandona el campo de batalla antes de la primera embestida, una sombra del Paris que habría querido interpretar en la pantalla. Aunque su actitud fuera decepcionante, se esforzaba por ponerse en la piel del joven y quería ayudarlo. Era imprescindible que se acercase a Chiara. Su amiga tampoco podría soportar la distancia sin enfermar. Debía hacerlo por los dos. Eva se dio cuenta de que la propuesta de Júlia, aunque pareciese una locura, era el único camino del que disponían.

Quería evitar que la historia interfiriese en las decisiones de Ferran. Le había resultado muy difícil decidirse a hacer el *casting*, porque tuvo que luchar contra el dolor que le producía renunciar a Adrià, pero también contra las dudas de ella. No se perdonaba haber sido un obstáculo en sus decisiones y no estaba dispuesta a repetirlo. Cogió la carpeta y guardó dentro los papeles. Se puso el abrigo, agarró el bolso y se fue al estudio de grabación. En la entrada se encontró con Toni Sbert. Se saludaron y le preguntó:

—¿Está en el despacho?

—Ha salido un momento. Tiene una comida.

—Ah, sí, me lo había comentado. No me acordaba. ¿Habéis trabajado mucho?

—Sí, ayer acabé la selección definitiva de los candidatos al *casting*. No te puedes llegar a imaginar la cantidad de actores que se han presentado... Por supuesto que hemos hecho una selección previa. Lo tengo todo a punto para mañana. Empezaremos a primera hora. Estoy seguro de que encontraremos a un buen Paris.

Se despidieron con una sonrisa. Toni había brindado su apoyo a Ferran aligerándole el trabajo. Demostró apreciarlo de verdad con una actitud generosa que Eva le agradecía. Ella se alejó. Debía actuar con rapidez: abrió la puerta del despacho de Ferran, avanzó hacia la mesa mientras recorría con la mirada los ficheros, los libros, encontró las carpetas con los currículums seleccionados para la prueba del día siguiente. Colocó otra con los papeles que Júlia le había dado a Chiara y que ella había recibido justo esa mañana. Habría una posibilidad para Ismael, el hombre de quien no sabía nada. Respiró hondo al asegurarse de que todo quedaba igual. El cambio resultaría imperceptible a la mirada de cualquiera. Se fue pensando que le abría una puerta a aquel desconocido. Lo que tuviera que ser quedaría en manos de la suerte. Si favorecía a Ismael, Júlia tendría una deuda que pagar. Si no sucedía así, tendrían que buscar otras vías de encuentro. En cualquier caso, ella podría dormir tranquila porque ayudaba a Chiara sin interferir en la misión de Ferran.

Se topó con Nura. A pesar de que era una buena actriz, Eva no le había dedicado demasiada atención. La joven se había incorporado a la película cuando ella tenía el pensamiento obsesionado por el personaje de Helena y preocupado por Adrià. Sonrió en un acto reflejo de cortesía.

—Buenos días, Nura. ¿Cómo está tu Casandra?

—Bien —hablaba con timidez—. Me esfuerzo por mejorar al personaje.

—Serás una buena adivina.

—Querría ser como ella: no dejaba nada en manos del azar.

Eva se preguntó si le había leído el pensamiento. ¿Por qué le

hablaba del azar cuando acababa de abandonar el futuro en manos de la intemperie? Intentó frivolizar:

—A veces puede ser una buena solución, ¿no crees?

—Nada es casual. Todo está escrito en los cielos.

Sucedió un hecho extraño. Nura miró a Eva con una desesperación idéntica a aquella con la que Casandra esperaba a Helena en una curva del camino la madrugada de un día remoto.

La guerra duró diez años. Fue un proceso hacia la destrucción. La ciudad espléndida que se había salvado de las incursiones y los saqueos gracias a una situación de aislamiento geográfico privilegiado, que acumuló la riqueza de los siglos, la sabiduría de las generaciones que crecían sin matanzas, el orgullo de los pueblos no sometidos, sufrió una guerra terrible. El horror de las batallas, la disminución de las provisiones, los pozos sin agua porque se cerró el acceso a los ríos..., todo eso destruyó la seguridad de los troyanos. Quien no ha vivido la guerra tiende a imaginarla menos cruel. Habían tenido sueños de victoria que se transformaron en afán de supervivencia. No habían imaginado que llorarían la muerte de sus héroes. No habrían dicho que Hécuba se rasgaría la túnica al ver cómo se enfrentaban Héctor y Aquiles mientras clamaba a los dioses por la vida. Solo Casandra, la princesa sibila, predijo la caída de las torres de la ciudad, pero nadie la creyó.

La noche que Helena y Héctor se encontraron en las calles, ella le confesó su deseo de saltar las murallas. Quería que se acabara la guerra que ella había provocado sin querer. «La falta de voluntad no nos hace menos culpables», pensaba. Así como la ignorancia no disculpa los errores. Cuando abrió su corazón, sintió una calma liberadora. Hacía tiempo que no hablaba con Paris. Las conversaciones habían quedado reducidas a unas pocas palabras, a menudo monosílabos pronunciados de mala gana para que el silencio no se adueñara de los espacios que aún compartían. La presencia inesperada de Héctor le causó una mezcla de alegría y pesar. Le gustó saber que no quería que se marchara. Si hubiera

hecho la lista de los troyanos a quienes entristecería su partida, no habría podido incluir demasiados nombres. Al cruzarse con la gente, fueran nobles o artesanos, captaba reproches no verbalizados; pero, sobre todo, intuía una frase que le dolía: «Sálvanos de ti». Las palabras flotaban en el aire de las mañanas, en la brisa del atardecer, en la intensidad de las noches. Después de la confesión llegó el silencio. Finalmente, una propuesta inesperada, impropia de Héctor, que era un hombre cauto:

—¿Quieres que salgamos a cabalgar? Puede parecer una idea imprudente, pero haré que nos preparen los caballos, daré orden de que abran la puerta Dardania. Es la salida del sur, la que va hacia el monte Ida. Siempre ha sido mi predilecta, aunque todo el mundo alaba la puerta Escea, por donde salimos los guerreros a luchar. Es famosa entre los troyanos porque se encuentra justo al lado de la gran torre de Ilión.

—¿Qué luz nos mostrará el camino? —preguntó ella, con una chispa de ilusión en sus ojos.

—La luz de las estrellas. También las antorchas que, desde que los griegos están en esta tierra, iluminan la oscuridad para evitar ataques nocturnos. Iremos campo a través, en dirección a la llanura, dejaremos atrás la ciudad.

—¿No temes que, si cruzo la puerta, vaya al campamento griego?

—No. Confío en ti. Todavía quedan horas antes del alba, cuando comienza el trajín de los preparativos para la batalla, para que el campamento griego y la ciudad despierten.

Cabalgaron siguiendo la línea del río Escamandro. Las formas se difuminaban en la tenue claridad del cielo. Helena sentía muy cerca el perfil de Héctor. Entre los dos, la velocidad y el aire, como una saeta. Los caballos conocían el camino. Helena tenía la sensación de que volaban más allá de la llanura, hasta el mar. Habrían alargado la ruta para que el mundo quedase reducido a ellos dos, jinetes cómplices. Era magnífico experimentar la fuerza y la fatiga a la vez. Vivían la huida, aunque no fuera cierta. Se permitieron imaginar que dejaban atrás la pesadilla de la guerra, las responsabilidades de la corte de Príamo, las miradas de los

otros. Héctor veía la cabellera de Helena. La reina de Esparta consiguió abrir un paréntesis donde desaparecía la angustia. Por primera y última vez, borró a Paris del pensamiento.

Los ataron por la brida al tronco de un árbol. Bajaron de la silla y observaron la llanura. Ambos echaban de menos los tiempos de libertad, cuando pasear fuera de las murallas era tan habitual que no valoraban la belleza. Se cogieron de la mano y empezaron a correr contra el viento. Corrían con las sandalias golpeando el suelo, las túnicas al aire. Si hubiera tenido ocasión, Helena se habría preguntado dónde estaba la sensatez de Héctor, el hombre incapaz de dejarse llevar por los impulsos, pero no podía pensar. Estaba agotada por tantas reflexiones inútiles, por las preguntas sin respuesta. Acompasaron el paso, impulsados por una ventisca que se llevaba objetos, plantas, vidas. Habrían deseado que también se llevara el miedo. Sus corazones palpitaban al compás del viento.

Llegaron a un bosque de olivos, árboles centenarios con troncos retorcidos. Se cobijaron en la horcadura de una rama que les ofrecía refugio. Se abrazaron. Helena habría querido ocultarse en el cuerpo de Héctor y que sus brazos se volvieran ramas. Escondió el rostro en el ángulo que dibujaba el cuello con el hombro. Se sintió fuerte. Hicieron el amor como si fueran seres vegetales que buscan aire y agua para sobrevivir. Así se buscaron. Con la espalda apoyada en el tronco, él la levantó del suelo y encajó ambos cuerpos. La empujó hacia él. El héroe troyano y la reina destronada se acoplaron rodeados del silencio que precede a la batalla. Helena habría deseado detener el tiempo en el balanceo del amor. El relincho de los caballos se mezclaba con las palabras de los amantes. El abrazo fue hondo. Helena tuvo la sensación de que jamás había amado a ningún otro hombre. Héctor olvidó que era el príncipe de una ciudad amenazada. Se besaron, temerosos de que la luz destruyera el vínculo de los cuerpos. Antes de que se hiciera de día, le dijo:

—Si muero en la batalla, quiero que presidas mis honras fúnebres.

—No morirás en esta guerra estúpida. Serás el rey de Troya cuando Príamo ya no esté.

—¿Serás mi reina? No te quiero princesa. Naciste para reinar.

—Dejé mi reino por un hombre.

—Otro hombre te ofrecerá un reino nuevo, si vuelve sano y salvo del campo de batalla. Seré yo.

—¿Y Paris? Lo amé tanto que el amor me hizo traicionar a mi familia y a mi patria.

—¿A quién amaste en realidad, Helena?

—Al príncipe alegre, lleno de vida.

—¿Con quién vives ahora?

—Con un joven desvalido.

—Te enamoraste de un espejismo. Mírame: soy real.

Helena sintió miedo. Las palabras de Héctor concretaban lo que no se había atrevido a decir. Había sospechado que Paris fue la elección de su corazón perturbado, del mismo modo que Menelao había sido la elección de la razón. En Héctor se unían la sensatez y la locura. Se preguntó por qué había resultado tan complicado encontrarlo. En unas circunstancias diferentes, quizá no lo habría descubierto nunca. Cuando llegó a Troya, vivió feliz. Paris y ella eran dos niños que jugaban al amor. Era un sentimiento que solo podía existir ligado a la alegría de vivir. Desapareció en la adversidad, porque no fueron capaces de compartir el dolor de las pérdidas. No supieron vencerlo juntos. Él dejó de reír y se alejó de ella. La abandonó en una ciudad hostil, la Troya que le ofreció como una prueba de amor cuando llegaron.

El cuerpo de Héctor fue la única certeza aquella noche. Un tronco sólido donde anclar su vida. Las ramas crecían hacia el cielo y las raíces eran profundas. Una sensación de seguridad que nunca había visto. Con Menelao, el mundo tenía una simplicidad absurda; junto a Paris, todo se volvía simple como un juego de niños. No le ofrecieron refugio. Eran buenos compañeros cuando la existencia devenía un torrente que salta entre las piedras. En la riada que todo lo arrastra, Héctor era la fortaleza.

Volvieron a cabalgar hacia la ciudad. Fue un regreso sin inquietudes, dejándose llevar por el ritmo de los caballos. No forzaron el paso porque no tenían prisa. Hubieran querido ralentizar la vuelta, pero las noches no son eternas. Helena se

habría sentido feliz si hubiera sido capaz de abstraerse de la proximidad de la guerra, pero el paréntesis bajo la horcadura fue breve. Los rodeaban señales de alerta: las siluetas de los vigilantes en las torres, el rumor de los soldados madrugadores que preparaban las armas, el canto de los pájaros. Clareaba cuando atravesaron la puerta Dardania. Helena bajó del caballo mientras Héctor sujetaba las riendas. Le retuvo las manos antes de verla partir. Se besaron con los ojos. Helena aún no se había distanciado ni diez metros cuando sintió la añoranza. Añorar de cerca a quien sabes que se marcha es duro. Aún habría querido decirle muchas palabras, pero no había tiempo. Tenían que evitar los comentarios de la gente: a Helena la esperaba la soledad del palacio; Héctor debía prepararse para salir al campo de batalla.

Helena volvió a correr. Antes había volado al encuentro de las sombras protectoras; ahora escapaba de la claridad naciente. Sintió una confusa mezcla de alegría de amar y de pena de vivir. Se ocultó bajo la capa para pasar desapercibida ante las miradas de quienes abrían las ventanas. Inició el ascenso deprisa, el cabello oculto, el rostro entre los pliegues de la ropa. Era una forma que se movía con rapidez en medio de la gente. Nadie la habría reconocido si no hubiera sido por el poder de la magia.

A pesar de que poseía un pensamiento privilegiado, que algunos maldecían, Casandra no se consideraba afortunada. En la corte, todo el mundo se inclinaba ante su sabiduría, pero muchos despreciaban sus dotes de adivina. Esperó a Helena en un desvío del camino. Le interceptó el paso. Dos capas, roja y rosada, que parecían abrazarse, celebrando el saludo de las mujeres. No fue una topada fortuita, sino un encuentro inesperado para Helena, una cita del destino para Casandra. La adivina la había observado cabalgar en la noche. No se sorprendió porque desde el principio había visualizado la imagen: Héctor y Helena en una huida hacia lo imposible. Lo adivinó antes de verla enamorada de Paris. Sin darse cuenta, habían pasado las horas. Aunque sabía el momento exacto del regreso de los amantes, no tenía nada más que hacer salvo esperarla. Helena alzó los ojos del suelo y murmuró:

—No te imaginaba madrugadora.

El cabello de Casandra era del color del aire cuando anuncia viento. Con un gesto de cabeza, Helena dejó ir el oro cegador de su pelo.

—Eres tan orgullosa como audaz, Helena.

—¿Tú me hablas de audacia, la que todo lo juzga, la que pretende saber cómo resolver los enigmas mejor que el mismísimo oráculo de Delfos?

—Te veo en las sombras de dos amores. Los encontraste, pero los has perdido.

—¿De qué me hablas? Acabo de descubrir a Héctor.

—En una sola noche ganas y pierdes al gran príncipe. Podemos llorar juntas.

—¿Qué tenemos que llorar? No te entiendo.

—No volverás a abrazarlo.

—¿Qué dices?

—Morirá hoy en el campo de batalla.

—No te creo.

—No quieres creerme, pero eres la única que lo hace en Troya. Sabes que digo la verdad.

—Acompáñame. Debemos convencer a tu hermano. No debe salir a luchar.

—No podemos hacer nada. Los ruegos de las mujeres que lo aman no detienen a un guerrero.

—Si vamos juntas, nos tendrá que escuchar.

—No lo hará.

—Podemos suplicarle que no vaya, persuadirlo, exigirle, amenazarlo si es preciso.

—Lo que ha de suceder está escrito en el libro de la vida. ¿Cómo puedes pretender borrarlo?

—Reescribiré el destino.

—También eres vanidosa. No has perdido el espíritu de la reina que fuiste. Ve a casa y descansa. Te esperan días duros.

—Subiré a las murallas y seguiré los movimientos de Héctor hasta el final.

—¿Quieres verlo morir?

—Pretendo acompañarlo. Seré la última imagen que vean sus

ojos.

—Te lleva grabada. Tu rostro estará en las pupilas de un cadáver.

—Ven conmigo. Ojalá los troyanos tengan razón y seas una adivina poco diestra.

—Lo celebraría de verdad. Vamos.

XI

Estaba el príncipe que prefería la música en vez de la guerra, pero también el que fue un cobarde en el campo de batalla. Mientras el ejército troyano avanzaba en un clamor, cuando la polvareda se alzaba desde el suelo, Menelao saltó del carro y avanzó hacia Paris, que quiso esconderse. El seductor de mujeres se convertía en la vergüenza del pueblo. Quien tuviera el cuerpo de los campeones vivía falto de su coraje. Fue bueno para la fiesta, hasta que le faltó el empuje en el combate. Los guerreros increparon su debilidad. Los troyanos lo observaron con desprecio.

Al sentirse señalado por la multitud, Paris reaccionó al reto de Menelao. Habría querido tener coraje, pero el miedo paralizó los movimientos de quien pretendía actuar como un héroe. El rey de Esparta embistió con rabia al hombre que le había robado a su esposa. La lanza de Menelao traspasó el escudo protector de Paris, le rasgó la ropa. A la vez, el monarca le golpeó el yelmo con la espada. Fue un choque terrible. Cuando todo parecía perdido, Afrodita sintió compasión por el joven que le había obsequiado con una manzana de oro y una niebla espesa se esparció por el aire, cubrió el suelo y el cielo mientras oscurecía la visión de las cosas. Los guerreros no veían más allá de unos pocos centímetros. Hubo una enorme confusión, cuerpos que avanzaban a tientas, lanzas contra arcos, una ceguera turbadora, gritos. Paris fue trasportado a través de aquella nubosidad hacia la habitación de palacio, sano y salvo. Cuando se aclararon las sombras había desaparecido del campo de batalla.

Ferran recorrió la avenida. Caminaba poco a poco, con un ritmo bien distinto de los pensamientos que lo perseguían. Todos giraban

en torno a una misma idea: tenía que encontrar a Paris. Era inevitable que recordase a Adrià. Sería complicado encontrar a alguien que pudiese representar mejor la alegría de vivir del príncipe de Troya. El joven que prefirió el amor antes que el poder o la gloria guerrera. La seducción con la forma de un hombre que no ha perdido la gracia de la adolescencia, el escogido por Afrodita.

Cuando ascendía por el camino arbolado, Ferran se dio cuenta de que había cometido un error. Adrià había sabido representar la cara amable de quien habitaba un paraíso: el de la naturaleza, el del palacio que compartió con Helena en Troya. ¿No habían dejado de lado un aspecto esencial del personaje? La pregunta surgió como un rayo.

Ferran se preguntó si fue la magia o la burla. ¿Intervinieron los dioses o el príncipe se aprovechó de las habilidades aprendidas en la montaña, como confundirse con el entorno, deslizarse en silencio, pasar inadvertido entre la gente? ¿Se salvó por voluntad de una diosa o por la picaresca, que lo ayudó a sobrevivir entre roquedales y bestias? El interrogante quedaba sin respuesta. No tuvo la fuerza interior de Héctor. Fue un imprudente que no defendió el reino que él mismo destruía. Las torres de Troya eran conocidas como las torres de Ilión. Paris tenía un segundo nombre, Alejandro. ¿Tras cuál de los dos se escondía un cobarde? La guerra de Troya enfrentaba a Europa y Asia, Oriente y Occidente. Él fue la destrucción. Era la alegría y el miedo: el que vence en el amor, pero se oculta en la lucha.

Sentado a la mesa, miró las carpetas de currículums. Los candidatos habían llegado puntuales a la cita. Estaban en la sala de espera. Toni estaba preparado para empezar la sesión de *casting*, con el espíritu de quien se enfrenta a una prueba difícil que permitirá tirar adelante un proyecto. Tenían que salvar el obstáculo de la ausencia de Paris, encontrar a otro que, aunque sonase duro, les hiciera olvidar la gracia de Adrià. «Nadie puede sustituir al personaje que él construyó —pensó Ferran—, pero es posible reinventarlo.» Debía buscar un príncipe alegre, vivo, con una chispa de cobardía en la mirada. La combinación suponía un

reto al cual no se habían atrevido a enfrentarse antes. El matiz incrementaba la riqueza del personaje. El director hizo un gesto para que entrara el primer aspirante. Se hizo el silencio.

A mediodía, Eva se acercó para tener noticias. Habían pasado horas desde que comenzaran las pruebas, pero no había sabido nada de Ferran. Le parecía curioso que no la hubiera llamado en una pausa. Era habitual que comentasen los detalles del día, sobre todo cuando tenían importancia para el futuro de la película. No se atrevió a atravesar la puerta del estudio, donde un rótulo negaba la entrada a todo el mundo. Habría sido imprudente caer en la incorrección de aparecer. Cuando le preguntó al ayudante de Ferran a qué hora harían la pausa para comer, este le respondió que no habría interrupciones. Había recibido el encargo de traer bocadillos y bebidas para que no hubiera paréntesis.

Pasaron las horas. Eva no se puso en contacto con Chiara porque no había nada que decir. Los datos de que disponía eran escasos: los actores habían representado diferentes escenas. A medida que no cumplían las expectativas de Ferran, eran despedidos de la sala. Los mejores tenían que repetir un pasaje, meterse en la piel de Paris en situaciones distintas y cambiar de registro. La presión era intensa, porque no aceptaba la fatiga cuando exploraba las posibilidades de alguien. Oscurecía. Eva se había adormecido, porque la incertidumbre era peor que cualquier esfuerzo. No le resultaba fácil renunciar a intervenir, pues era expeditiva. Nunca había sido una mujer paciente. Cuando la mirada de Ferran se posó en el cuerpo relajado, el pelo esparcido sobre la mesa, admiró su claridad. Habría querido contemplarla más rato, pero no llegó a tiempo. Ella abrió los ojos y le preguntó:

—¿Cómo ha ido?

—¿Te has dormido? —le respondía con otra pregunta que no esperaba respuesta.

—¿Ha sido un *casting* duro?

—Sí.

—¿Estás contento? Cuéntame cómo ha ido.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me sorprende tu capacidad para hacer difícil lo que tendría que ser sencillo.

—¿Decirte qué? —calló un segundo y añadió—: No quería interferir en tu trabajo. —Bajó la cabeza—. Sigo siendo una ingenua, pensaba que no te darías cuenta.

—Añadiste un currículum a los que había seleccionados. ¿Pretendías engañarme o esperabas que la suerte favoreciese a tu candidato?

—No hay engaños entre nosotros —le temblaba la voz—. Aposté por dejar la elección en manos del azar, porque no quería influirte.

—Tienes mucho interés en ese actor, pero nunca me habías hablado de él. Es extraño.

—Puede parecerlo.

—Si estabas dispuesta a defenderlo, ¿por qué no me lo dijiste? Si era tu opción...

—No lo era. ¿Cómo podría recomendarte a alguien a quien no conozco?

—¿Qué dices?

—No te podía hablar de él porque no sé si es buen actor. Nunca lo he visto. Perdóname si he sido un desastre, si te ha hecho perder el tiempo o has quedado mal delante de los demás por mi culpa.

—Me cuesta creer que actúes así. Conozco tu sentido de la responsabilidad y me desconciertas. ¿Quién es Ismael, el hombre al que acabo de ver actuar?

—Te lo explicaré; pero sé bueno, anda, respóndeme primero: ¿cómo ha ido? ¿Has encontrado a Paris? No puedo esperar a oír la respuesta.

Ferran era un hombre dispuesto a confiar en la persona a la que amaba. A pesar de la duda que le provocó la actitud de Eva, comprendía su impaciencia. Convivir con ella le había enseñado que no admitía preámbulos. Si pretendía ir hasta el fondo de la cuestión, tendría que satisfacer la curiosidad de la mujer. Ella reaccionaba a las explicaciones, rechazaba los reproches. Ferran se preguntó de qué le serviría exigirle que le aclarase el rompecabezas si no era capaz de ordenar las piezas. Le dijo:

—La mayoría de los candidatos han caído en la primera

vuelta. A algunos los nervios les han jugado un mala pasada; muchos no habían captado nada del personaje.

—No es una interpretación fácil.

—Esperaba una fluidez de palabras que no he encontrado, una gracia en los gestos, la contradicción entre el adolescente seductor y el hombre cobarde.

—Has sido exigente.

—¿Demasiado?

—No.

—En la segunda vuelta solo quedaban dos actores.

—¿Dos?

—Han luchado como héroes. Tenían buena oratoria, excelente dominio de los matices, corrección cuando se movían.

—¿Quiénes eran?

—Uno era Ismael. El desconocido que te has empeñado en añadir a la lista, todavía no sé por qué. El otro... ciertamente no importa. ¿Me equivoco?

—Sigue contándome.

—He trabajado durante horas. Han cambiado de tono. En las diferentes escenas, tenía la impresión de que contemplaba un duelo entre dos troyanos aspirantes a ser príncipes. Hasta que ha habido una rendición clara. Actuar también puede ser un asunto de resistencia.

—Has continuado haciendo pruebas a un solo hombre.

—Sí. Le he hecho ser el pastor que ignora dónde nació, el hijo que recupera la gloria de su nacimiento, la víctima de los dioses, el enamorado, el ingenuo que no intuye las consecuencias de sus actos, el guerrero miedica.

—¿Y cómo ha ido?

—Ismael es un buen actor. No será la sombra del Paris que conocimos, sino un personaje nuevo que nos conmoverá. Al final, le he preguntado qué pensaba.

—¿De qué?

—He querido saber si consideraba a Paris y Helena culpables o víctimas.

—¿Qué te ha respondido?

—Me ha dicho que todo el mundo es culpable y víctima de su suerte. Me ha parecido una respuesta rara. Es un hombre misterioso, pero actúa muy bien. Deberías contarme de dónde lo conoces. ¿Por qué lo hiciste aparecer por arte de magia en una carpeta a la que nadie más podía acceder?

—Toni.

—Me consulta cada detalle. Habíamos comentado el perfil de los diferentes actores.

—Es una historia larga, pero no te costará entenderme.

Eva se apoyó en el brazo de Ferran. Se sentía aliviada. Respiró con satisfacción porque, milagrosamente, las cosas habían ido como las había planeado. No había querido engañar a Ferran, solo intentaba que Ismael tuviera la oportunidad de competir con los demás. Habría querido saber si actuaba bien, si ayudar a Chiara implicaba traicionarlo. Fue complicado mantener el secreto, pero lo había conseguido. Las palabras pugnaban por salir de sus labios, que habían mantenido en silencio. Cuando estaba a punto de comenzar el relato, la figura de una mujer les salió al encuentro. Nura interrumpió la confesión de Eva. Tenía el aire desvalido de una princesa troyana que conoce el destino de su ciudad. Iba vestida de Casandra, con una túnica y el pelo rojizo suelto. Al verlos, alzó los brazos como quien quiere detener una visión. Eva sintió el deseo de pasar de largo. Cualquier excusa le habría parecido buena para eludir el encuentro, pero comprendió que Ferran no aceptaría una actitud inconveniente.

Miraron a los ojos de Nura y los descubrieron nublados. Intuyeron lágrimas contenidas mientras los saludaba con una timidez que no le habrían atribuido. Adoptaba una actitud de seguridad que había desaparecido. Como no esperaba el encuentro, se presentó sin artificios. Después de saludarla con una sonrisa, Ferran fue directo:

—¿Qué te pasa, Nura? ¿Te encuentras bien?

—Ha sido un día duro. —Hacía lo posible para mantenerse serena—. He tenido ensayo y no acababa de encontrar el tono de la pitonisa. No sé si debería decir sibila... de Troya.

—Yo tampoco lo he tenido fácil. —El director intentaba

mostrarse cercano—. He hecho los *castings* para el papel de Paris.

—Lo sé —titubeó—. En el estudio había una gran expectativa. Nadie hablaba de otra cosa. ¿Tenemos un nuevo Paris?

—Sí. Podemos estar contentos.

—Me alegro.

—No lo parece —intervino Eva, preocupada por la actitud de la otra—. ¿Nos tienes que decir algo?

—Pensareis que me precipito. Seguramente no tendría que decíroslo en un rincón, de pie, cuando acabamos de encontrarnos por casualidad. No me conocéis demasiado, pero no soy una mujer impulsiva. Si el azar no nos hubiera reunido, habría pedido hora para verte, Ferran. Te lo habría explicado en el despacho con calma.

—¿Explicarme qué? —Eva dejó a un lado la impaciencia para concentrar su atención en las palabras de la otra.

Nura tenía una expresión confusa en los ojos, pero la voz era firme. Con un gesto de la mano, se ordenó el cabello revuelto mientras murmuraba:

—Tengo que dejar la película. No puedo interpretar a Casandra.

Los tres se miraron en silencio. Hubo unos segundos de desconcierto. Ferran la observaba con incredulidad, no podía asimilar la noticia: recién vencidos los obstáculos del personaje de Paris, cuando había solucionado un problema que le había hecho perder el sueño durante semanas, Nura aparecía como una maldición. Eva reaccionó con rapidez, segura de que tenía que investigar las causas de una deserción incomprensible. Sin más preámbulos, los empujó hacia una sala de reuniones. Se sentaron alrededor de la mesa, iluminados por una claridad que hacía palidecer las facciones de Nura. Ferran tenía el aspecto de un héroe derrotado en cien batallas y Eva intuyó que necesitaba ayuda. El hombre había bajado la guardia después de una jornada intensa. No tenía fuerzas para soportar un nuevo embate. Nura dijo:

—Emprendí el proyecto con entusiasmo, aunque me sentía confundida. Necesitaba orientación para enfocar un papel que quizá me viene grande. Siempre había soñado con un personaje

como Casandra.

—Me pediste apoyo cuando solo te ofrecía directrices. No consideré que era tu primer papel. Estaba ofuscado con el tema de Paris.

—No, no... Eres un gran profesional. Estaba desbordada y te planteé exigencias absurdas. Puedo ser difícil.

—¿Podríamos concretar? —Eva quería ir al grano—. Si el papel te gusta, ¿por qué quieres dejarlo?

—Me da miedo.

—¿Casandra te da miedo?

—No. Soy yo. Cuando interpreto a Casandra, me transformo en ella.

—Todos los actores del mundo se convierten en el personaje que interpretan. He tenido que acostumbrarme a ser Helena más allá de las cámaras. Si estás inmersa en un proyecto apasionante, vives en la piel de quien representas. Es una realidad con la que tendrás que aprender a convivir si quieres ser actriz.

—No me he explicado. Desde que hago el papel, he vivido una transformación en el sentido literal del término.

—¿Qué quieres decir? —Quería contener la impaciencia.

—He adquirido la capacidad de ver el futuro —lo confesó en voz baja, avergonzada—. Sé que no me creeréis. Yo misma me negaba a aceptarlo. Me repetí una y otra vez que interpretar estimula la imaginación.

—Es cierto. —Eva se preguntó por qué había tantos locos en el mundo. Tuvo que contenerse para no agarrarla por el cuello, mientras Ferran escuchaba en silencio.

—Hasta que tuve que aceptar la evidencia: desde algún lugar, el espíritu de Casandra se ha encontrado con el mío. Me ha hecho un regalo terrible: el don que la condujo a la desgracia. No puedo dormir. Tendida, entre las sábanas arrugadas, me invade el frío. Sudo y tiemblo cuando imágenes desordenadas de lo que va a suceder desfilan por mi cerebro. Son visiones de dolor. No se sitúan en Troya, sino en el tiempo que tenemos que vivir.

—Necesitas descansar. —Ferran le habló con delicadeza—. Creo que nos dices la verdad, pero es una verdad distorsionada por

la historia que protagonizas.

—Casandra servía en el santuario de Apolo. Cuando todavía era una niña, subía las escaleras que conducían al templo del dios, que era el más bello de Troya, aunque en la cima también estuviera el de Atenea. Apolo era el dios del Sol. A medio camino, solía detenerse para contemplar el mar. Veía pasar las naves del sur que pagaban tributos a su padre, el rey Príamo, para poder comerciar y que aumentaban la riqueza de Troya. Cerca del altar del dios, en una cesta de mimbre, había dos serpientes que ella acariciaba. Apolo le concedió un don: poder leer el futuro, pero también el maleficio de que el mundo fuera sordo a sus predicciones. Estoy segura, a mí me pasará lo mismo.

Toni se había entretenido recogiendo papeles. Estaba satisfecho de haber ayudado a solucionar el tema de Paris. Para él también fue una sorpresa la presencia de Ismael en el plató. Estuvo a punto de echarlo, pero una intuición retuvo el impulso. Cuando lo comentó con Ferran, le recomendó que le diera una oportunidad y los resultados fueron inmejorables. Aún no notaba el agotamiento de la jornada, pese a que había trabajado a un ritmo intenso, circunstancia a la que los hábitos de Ferran lo habían acostumbrado desde el principio, pero la euforia lo mantenía fresco como si se acabara de despertar. Le extrañó ver luz en la sala de reuniones cuando iba hacia la salida. Se encontró allí a Ferran con una expresión de perplejidad; a Eva, muy seria; a Nura, triste. Reconoció la tristeza, que había aprendido a identificar, después de observarla de reojo. Era una mezcla de melancolía inexplicada y de desesperación contenida. Se preguntó si molestaba. Antes de que los otros hablasen, se apresuró a excusarse.

—Disculpad la intromisión. He pensado que alguien se había dejado la luz encendida. Me voy.

No le respondieron, pero Toni entendió que pasaba algo. Se retiraba con una media sonrisa impostada cuando oyó la voz de Eva:

—Toni, quédate un minuto.

—¿Hay problemas? —Escudriñó los rostros con preocupación.

—Nura quiere abandonar el proyecto. —Ferran habló como

un autómata.

Se produjo una reacción inmediata en la mente de Toni.

Los pensamientos, los deseos y la energía se unieron en un objetivo único: debía evitar que la mujer a la que amaba desapareciera de su vida. Si ella dejaba de ser Casandra, ¿cuándo volvería a verla?, se preguntó. No coincidirían en el estudio de grabación, en los pasillos, en el bar, en la sala de maquillaje. Desaparecería del aire el olor de sus cabellos de fuego. No tendría ocasión de perderse en la mirada traviesa o desvalida, orgullosa o plácida. Había tantos matices en su rostro que contemplarla era como mirar un paisaje en movimiento. Renunciar a ello sería perder un trozo de su vida. Lo constató y actuó con cautela, porque sabía que jugaba en un terreno difícil. Dijo:

—Nura no habla sin tener razones. Seguro que tiene motivos para tomar esa decisión.

La joven lo miró con gratitud:

—No lo querría dejar por nada del mundo, pero las causas son poderosas.

—Nos lo acaba de explicar —añadió Eva—. Quizá tú la entenderás mejor que nosotros.

—Esta sala siempre me ha parecido un poco tétrica. No es un buen lugar para charlar.

—No disponíamos de un espacio mejor —murmuró Ferran.

—Se me ocurre un café en el barrio antiguo. Lo han abierto hace poco. Sirven unos combinados fantásticos. —Hizo un guiño—. Nura, déjales que digieran la noticia. Todo el mundo necesita tiempo. ¿Por qué no vienes conmigo y hablamos? Te aseguro que estarás pronto en tu casa.

Transmitía una sensación de confianza que se contagió a los demás. Eva y Ferran se sintieron liberados. Nura encontró el consuelo de una voz amable. La tensión flotaba en el ambiente, donde resonaban las palabras dichas. Eva había tenido que esforzarse por no insultar a quien consideraba una aprendiz de actriz tocada por la locura. La hostilidad entre ambas mujeres se captaba en el aire. Toni forzó una despedida rápida, porque no quería aumentar la desazón ni tampoco permitir que Nura se

echase atrás. La cogió por el codo, la ayudó a ponerse el abrigo y a recoger el bolso. Tenía las llaves en la mano mientras la guiaba hacia el aparcamiento. Estaba oscuro. No vio las lágrimas que le humedecían los ojos, pero las adivinó como si por un instante mágico también fuese heredero de los poderes de Casandra.

Eva y Ferran volvieron a casa. A la fatiga de la jornada se sumaba el asunto de Nura. Se refugiaron en el silencio de quien se abraza al otro. Se cogieron de las manos. Durante el trayecto, dijeron pocas palabras. El afán que había sentido Eva por contarle la historia de Ismael había desaparecido. Contuvo la impaciencia durante mucho rato, hasta que se le perdieron las palabras.

Encargaron *sushi* para cenar. Abrieron una botella de vino tinto en cuanto salieron de la ducha: los cuerpos despertando a la tibieza del ambiente, al bienestar de la buena compañía, a la certeza de poder dejarse ir. Eva no había sido tan ella con nadie. Encontraba su autenticidad cerca de Ferran. No lo había conseguido hasta que lo conoció. Llevaba un pijama de seda, los pies descalzos, el pelo sobre los hombros. Sin maquillaje, parecía una adolescente.

El director resolutivo dio paso al enamorado que recupera la calma al mirar el rostro de quien ama. Volvieron a llenar las copas, mientras un agradable calor invadía sus cuerpos. Recuperaron las palabras. Fluyeron las frases que el frío había detenido. Durante los postres, cuando una trufa de chocolate le dejó un rastro en los labios, Eva habló a Ferran de Chiara. Le explicó cómo había conocido a Júlia, la auxiliar del hospital donde estaba Adrià. Narró la historia de Ismael, que había matado a una mujer en un accidente de tráfico, y a quien Júlia se empeñaba en salvar del abismo. Él era el hombre que quería ser Paris, en una historia de desesperación y chantaje. Chiara le había pedido ayuda.

Ferran escuchaba a Eva. Le parecía curioso no experimentar ni una pizca de sorpresa. Los nombres se sucedían como personajes de un guion escrito por alguien a quien no conocía. Estaba acostumbrado a leerlos. Sonrió a la mujer que le hablaba con precisión, haciendo un esfuerzo de síntesis. Se entretuvo mirando el cabello todavía húmedo, que le sombreaba la cara. Hicieron el

amor sin prisa, Eva ya libre del secreto. Él murmuró:

—Algún día, cuando acabemos el rodaje...

—Nos sentiremos perdidos.

Reposaban uno junto a otro.

—No. Cogeremos un barco y volveremos a recorrer las islas griegas, las Cícladas, las que bañan el mar Egeo.

—¿Iremos a Ítaca? —preguntó Eva.

—Sí, pero antes de atracar en el puerto de Ulises, navegaremos hasta Corfú, visitaremos los bueyes de Creta... Buscaremos calas, ermitas blancas con olivos, tabernas donde nos cocinarán pulpo a la brasa, cielos azules.

—¿Seguro que lo haremos?

—Te lo prometo.

En un bar donde la música permitía conversar, cuando el guitarrista tocaba *You are the angel of my heart* de Mick Jagger, Toni inclinó la cabeza hacia Nura y le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En las promesas.

El hombre hizo un gesto sorprendido que se apresuró a disimular con una sonrisa. Bebió un sorbo del gintónic. Quería relativizar la situación, que sabía tensa, sin parecer frívolo. Le preguntó:

—¿Quién no ha dejado sin cumplir alguna promesa? ¡Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra!

—Es cierto. Hay palabras que se olvidan, que el tiempo borra.

—No es siempre un drama.

—A veces no, pero... —Se interrumpió. Un rictus de pena se había dibujado en la frente de Nura.

—¿Qué? —insistió Toni.

—Hay promesas que la vida no nos deja cumplir. Podemos hacerlas con toda la voluntad, poner confianza. Ignoramos que será inútil: nunca se cumplirán.

—¿Por qué hablas de eso? —Se le escapó la pregunta con cierta angustia.

—No lo sé. Por nada. —Nura bebió.

Estaba inmóvil, con sus cabellos anaranjados, indiferente a lo que los rodeaba, como un fantasma que regresa desde una antigua leyenda.

XII

Hay miradas que son como un rayo. Cuando Helena subía al templo de Apolo para visitar a Casandra, buscaba sus ojos de tormenta. El misterio que ocultaban atemorizaba a los troyanos, pero atraía a la princesa llegada de lejos. A pesar del paso del tiempo, era una extranjera. Encontraba reposo cerca de la sacerdotisa que consultaba los oráculos, conservaba las ofrendas y se instruía en el arte de interpretar a las serpientes sagradas. La hija de Príamo tuvo que abandonar los ornamentos propios de su origen. Se vestía con túnicas de lana y algodón. Había renunciado a las sedas y a las joyas. Los brazaletes de oro habían desaparecido; no llevaba anillos ni collares. La sencillez de su ropa subrayaba el encanto de sus movimientos. Era una simplicidad que contrastaba con la elegancia de Helena. Cuando se acercaban, en la proximidad de una confidencia, los cabellos rojizos se unían con la luminosidad de la melena rubia. Eran el fuego y la claridad. Casandra le contaba que pasaba noches en vela, mientras esperaba escuchar la voz del dios.

Le regaló una serpiente recién salida del huevo. Helena la recibió con emoción, porque sabía qué significaba el obsequio. Era una señal de afecto, de complicidad, de quererla acompañar más allá de las salas del templo. La sacerdotisa había hecho un largo aprendizaje para saber relacionarse con ellas. Diferenciaba cuáles eran venenosas y cuáles inofensivas. Sabía capturar serpientes salvajes, llevarlas al altar y limpiarlas. No le daban miedo y las cuidaba bien, sobre todo cuando mudaban la piel. Si la gran matriarca de las serpientes encabezaba una procesión en honor a Apolo, ella se vestía con una túnica dorada, el color del sol, y se coronaba la cabellera roja con la serpiente. Las otras sacerdotisas la observaban con admiración cuando veían la lengua bífida oteando

desafiante el mundo. Estaban acostumbradas a las serpientes que se subían por los brazos, se retorcían en torno a la cintura o se perdían en los pliegues de la ropa. La serpiente con la que obsequió a Helena había nacido de un huevo que había incubado ella misma en la tibieza de sus pechos. Por eso la había escogido: quería que trajera paz al hogar de la princesa, que la protegiera de los peligros de la guerra.

A pesar del recelo que le había manifestado cuando se vieron por primera vez, Casandra aprendió a querer a Helena. Cuando todos la alababan, la observó; entendió la soledad en la que vivía a causa de una belleza tan deslumbrante como insoportable. Las visiones le permitieron saber que era una víctima de la ambición: crearon entre ellas unos vínculos que los troyanos ignoraban. Nadie habría entendido las visitas de Helena al templo de Apolo. Cuando se encontraban en el palacio de Príamo, se sonreían con la picardía de quien comparte un secreto. Como hija de los reyes de Troya, Casandra podía salir del templo y regresar. No vivía recluida. Las dos mujeres creaban desconfianza en los demás. Cuando llegaron los griegos, la simpatía que los troyanos habían manifestado hacia la extranjera se transformó en odio. La hicieron culpable de la desgracia. Casandra estaba considerada una princesa loca. Nunca escucharon sus predicciones. Helena era la única que confiaba en ella. Le preguntó:

—Tienes el poder de adivinar el futuro. Lo supe desde que nos conocimos. ¿Por qué los troyanos no te creen?

—No me pueden creer. Ni siquiera mis padres o mis hermanos.

—No lo entiendo. Se alteran ante las predicciones de cualquier sibila, pero no aceptan tu verdad.

—No tienen la culpa. Hay una razón que les impide confiar en las predicciones que yo hago.

—¿Cuál?

—Apolo.

—¿El dios al que sirves? Pensaba que él mismo te había concedido el don de la profecía.

—Es cierto, pero deberías saber que los dioses pueden ser a la

vez generosos y avaros.

—Sé que son volubles como los humanos.

El rostro de Casandra empalideció.

No le había contado a nadie la historia y no había imaginado que Helena sería su única confidente. Después de la duda inicial, surgió el secreto:

—Me consagré a Apolo cuando todavía era una niña. Mi madre, la reina Hécuba, se opuso; habría preferido verme casada con un mortal, rodeada de hijos. No fue fácil que comprendiera que nadie se puede revolver contra los dictados de un dios. Me había enviado a buscar, oí su voz porque era mi destino.

—¿Habrías preferido otro?

—Extraña pregunta. Tú deberías saber que somos marionetas. ¿Qué te hizo abandonar Esparta, Helena?

—El amor de Paris.

—¿O la absurda disputa entre tres diosas por una manzana de oro?

—Quizá. —Helena también estaba triste.

—En el templo del Señor del Sol viví contenta. Las otras sacerdotisas me recibieron con desconfianza, pero me gané su afecto.

—Estoy segura de ello. —Helena le acarició el pelo.

—En el palacio había intrigas, disputas que no encontré sirviendo a Apolo. Me gusta recibir a la gente que trae las ofrendas, escuchar las preguntas que hacen sobre la vida. Siempre esperan con inquietud una respuesta y me hace feliz poder devolverles la paz.

—Cuando te retiras a meditar lo que les tienes que decir, ¿oyes realmente la voz de Apolo?

—A veces basta con el sentido común para responderles. —Sonrió.

—¿Puedes oírlo hablar?

—Antes sí, pero hace mucho que no me dice nada. —Bajó la cabeza—. Se mantiene callado desde que le ofendí. Me castiga con el silencio.

—¿Qué sucedió? ¿Qué hiciste para enojarlo?

La mirada de Casandra se perdió lejos, en el cielo sin nubes de las mañanas tranquilas, y habló:

—Una noche, cuando dormía, se me apareció Apolo. Tenía la belleza resplandeciente del sol. Todavía recuerdo la calidez de sus manos en mi piel.

—¿Cómo supiste reconocerlo?

—La máscara sagrada del dios era su rostro. Lo rodeaban rayos de luz; pero, sobre todo, la voz me era conocida. Me quiso poseer y me negué.

—¿Por qué? ¿No lo deseabas?

—Me dijo que era suya, que le pertenecía. No entiendo qué me pasó ni lo justifico, pero al oírlo se me revolvió el alma. Pensé que no quería pertenecerle. Le había servido siempre como una mujer libre. Soy princesa de Troya, no me quiero esclava de nadie.

—¿Ni de un dios?

—No

—¿Te forzó?

—Cuando se dio cuenta del rechazo que le mostraba se ofendió. Los dioses no están acostumbrados a las negativas. Se imaginaba que lo aceptaría, que su elección era un honor.

—Eres una mujer valiente. Leda, mi madre, reina de Esparta, aceptó como un privilegio que Zeus la escogiera. De aquella unión nací yo en mala hora.

—No hables así, Helena. Tu nacimiento no fue infausto, sino una fiesta, aunque tu futuro esté marcado por un hecho imposible: eres una mujer mortal, pero hija de un dios.

—No nos engañemos, amiga y hermana. Las visiones te lo han dicho: soy la destrucción de la ciudad donde naciste.

—Las torres de Troya caerán por culpa de la codicia, del afán de poder de los hombres..., y la historia contará que tu belleza hizo estallar una guerra.

—Es terrible.

—No. Míralo de otra forma. Mientras las generaciones venideras crean que la belleza puede mover el mundo, no desaparecerá la confianza en los humanos.

—Mi nombre será maldecido.

—Serás recordada para siempre, inmortal en la memoria, aunque seas humana.

—¿Esperas el perdón de Apolo?

—No. Al principio me sentí desvalida. Habría querido recuperar su estima. Cuando supe cuál era su castigo, me alejé de él.

—¿Cuál fue?

—Me condenó a la incredulidad de los demás.

Helena no sintió compasión por Casandra cuando esta concluyó el relato, sino una admiración que le resultaba difícil expresar con palabras. La princesa le pareció más valiente que sus propios hermanos, que luchaban con espadas contra los griegos. Ella se había atrevido a rechazar a un dios. A cambio, pagaba un alto precio. Había sido testigo de las burlas con que todo el mundo acogía sus predicciones, pese a que siempre se cumplían. Se cogieron por la cintura mientras se dirigían al patio, donde esperaban los peregrinos. Ayudaron a una sacerdotisa adolescente a repartir agua entre los que llegaban sedientos.

Después de la confesión, Casandra estaba tranquila, como si hubiera vaciado un cántaro de pena. Una sonrisa le iluminaba la cara, a menudo seria. Helena habría querido decirle que era su amiga, la única mujer en quien confiaba, pero no era necesario hablar.

Júlia cumplía sus promesas. Con gestos precisos, condujo a Chiara a una habitación donde todo era minúsculo: el espacio, la ventana, que daba a un descampado, la separación entre los dos cuerpos. Aunque intentaba mantener cierta distancia, las condiciones no lo permitían. La auxiliar de enfermería no quería perder el tiempo. Actuaban de forma opuesta; una, decidida; la otra, dudosa. Los movimientos rápidos contra la lentitud de quien no controla lo que hace. La ayudó a ponerse una bata, le recogió el pelo en la nuca, le cubrió la parte inferior de la cara con una mascarilla. Le explicó cómo se tenía que mover en los pasillos del hospital. Lo importante era pasar desapercibida, mezclarse con el resto de las personas

vestidas como ella, hablar poco. Aunque Júlia se había asegurado de que sus compañeros de planta fueran cómplices de una sustitución que duraría pocos minutos cada día, no podían fiarse. El pacto implicaba no provocar alborotos ni malentendidos. Todo debía transcurrir con la rutina de siempre, lejos de imprevistos. Como hacía semanas que pensaba en ello, el plan le parecía perfecto. Cualquier complicación habría hecho imposible el teatrillo que empezaban a representar. Por eso la actriz principal tenía que recuperar la calma.

Chiara respiró hondo antes de salir. Le temblaban las piernas mientras recorría el trayecto hasta la habitación de Adrià. Apretó los puños sujetando el carrito donde llevaba una sopa, un plato con pollo y verduras. Se concentró en mantener un equilibrio precario. De reojo, se observó las facciones en un espejo. La palidez le transformaba el rostro. Parecía encogida entre el blanco de la cara, las paredes, la ropa. Cuando abrió la puerta, lo vio tumbado de espalda, la mirada en el techo. No se fijó en la mujer que le traía la bandeja. La intuyó por los ruidos que escuchaba sin prestarles atención. Ella sintió una mezcla de emociones: el miedo de ser reconocida, el deseo de hacerle saber que estaba allí, la ternura que le inspiraba, la impotencia de no poder hacerlo reaccionar. Ella se esforzó en moverse con discreción. Tuvo que repetirse que él estaba bajo los efectos de los sedantes. Debía evitar que la mirada de Adrià se topara con la suya. Podía ocultar su pelo, empequeñecerse..., pero no era posible transformar el verdor de sus ojos. Eva le había advertido que mantuviera la vista en el suelo, porque la intensidad de un color podía delatarla.

Chiara dejó la bandeja, puso agua, colocó sobre la mesa las pastillas que Adrià debía tomarse. Lo contempló con una discreción extrema, atenta a los detalles. Hacía días que no lo veía. Sintió el impulso de abrazarlo, a pesar de que no se acercó. Habría querido ser Eva, tan camaleónica que podía ponerse en la piel de un personaje. Ella no era actriz. Le resultaba duro tener que actuar como una auxiliar de enfermería, alguien lejos del hombre que no la miraba, que no deseaba volver a verla nunca más.

Chiara se preguntaba si Adrià había adivinado su presencia.

Habría querido creer que podía intuir que estaba allí. Se movía por la habitación del hospital con una seguridad solo aparente. Le costaba creer que estuviera allí. Ya con las tareas finalizadas, se dirigió hacia la puerta. Se marchaba con tristeza. Superado el miedo a ser reconocida, caminó desviando la mirada de la figura inmóvil. Tuvo que esforzarse para no decir su nombre. Lo habría pronunciado en un grito, con ganas de hacerlo reaccionar. Se preguntó en qué pensaba cuando abría la puerta.

Miró el reloj. Había un abismo entre el tiempo real y el tiempo vivido. Lo calculó mientras Júlia la empujaba hacia la sala donde recuperaría su propia imagen: pelo suelto, cara sin maquillaje, bata fuera. Habían sido tres minutos con el hombre al que amaba. Tres minutos que se multiplicaban en su mente porque había agudizado la percepción de cada segundo. Estaba tensa, cansada. Miró a la auxiliar de enfermería y murmuró:

—Es la primera vez que me cuesta tanto tener que interpretar un papel.

—¿Qué quieres decir? —La otra continuaba los movimientos nerviosos, decidida a eliminar cualquier vestigio de la suplantación.

—Me dedico al cine. Sustituyo a los actores en situación de peligro. Estoy familiarizada con los riesgos.

—¿Saltas al abismo... y esas cosas? —preguntó Júlia con voz distraída.

—Sí. —Chiara ocultó una sonrisa—. Podríamos definirlo así. Jamás había sufrido como hoy. Me daba pánico que me reconociera, aunque habría deseado oírle decir mi nombre. He vivido una contradicción absoluta.

—El amor nos hace vulnerables y crea paradojas.

—Como la de una mujer que hace chantaje para salvar al hombre del que se ha enamorado.

—No es el mejor momento para hablar de mí.

—¿Cuándo será la hora de hacerlo? Has conseguido lo que querías: Ismael será Paris. ¿Cómo te sienta el triunfo?

—No quiero pensar en ello. Me gustaría olvidar por qué caminos ha logrado su objetivo. Prefiero pensar que Ferran ha

hecho una buena elección.

—Ferran no es como yo. —Chiara bajó la cabeza—. Nunca habría cedido a un chantaje, y mucho menos en un asunto tan importante como su proyecto.

—¿Te sientes culpable?

—Es algo que llevaré siempre conmigo. Por suerte, Eva es una gran amiga.

—Por suerte, Ismael es un magnífico actor.

Se miraron con desconfianza. Superado el trago de entrar en la habitación prohibida, Chiara no podía evitar los reproches. Toda la tensión acumulada amenazaba con buscar una vía de escape. Habría querido encontrar palabras hirientes, de las que hacen daño y se quedan en la boca del estómago sin que podamos tragárnoslas ni tampoco vomitarlas. Palabras que te atragantan la voz e impiden emitir cualquier sonido. Júlia no estaba dispuesta a entrar en un intercambio de improperios. Era lo bastante lista como para saber que hay frases que es mejor no escuchar. No quería que Chiara le dijese lo que pensaba. Ella, que tenía algo de sibila, era capaz de adivinarlo, pero no deseaba oírlo de la voz de la otra. La experiencia le decía que los dardos envenenados son difíciles de digerir. Su relación estaba condenada a durar en el tiempo porque les convenía a ambas. Si discutían, todo sería más complicado. No le permitiría ofenderla, por el bien de lo que aún estaba por llegar.

La voluntad de las personas puede resultar inútil. Júlia estaba acostumbrada a controlar a los demás. Sabía imponer su criterio entre los compañeros de trabajo, los amigos y la familia. Dominaba las tácticas de persuasión y de discurso necesarias para que fuera sencillo doblegar los argumentos ajenos. Imponía decisiones de una forma que parecía natural, a menudo sin que los que la escuchaban se dieran cuenta de que estaban siendo manipulados por una mujer hábil. En situaciones extremas, como había sucedido con Ismael, no tenía escrúpulos para recurrir a métodos expeditivos. Chiara era respetuosa. Aunque tenía una personalidad fuerte, procuraba no manifestarla. Había aprendido que la discreción ayuda a vivir tranquilo, pero después de la visita a Adrià estaba al límite de sus fuerzas. Abatida y triste, era consciente de que verlo de cerca hacía

aumentar en ella la sensación de tenerlo lejos. Miró a Júlia con una expresión de disgusto mientras planteaba una pregunta:

—¿Lo practicas a menudo?

—¿Cómo? —respondió la otra sin levantar la voz.

—Extorsionar a la gente según tus intereses. Estoy segura de que no es la primera vez. ¿Lo haces con frecuencia?

—No lo había hecho nunca, al menos de una manera consciente.

—No me creo que yo sea tu única víctima. Tengo claro que has dejado una lista muy larga.

—No hay víctimas ni culpables. —Júlia empezaba a ponerse nerviosa—. Hay cómplices. Habíamos llegado a un pacto, ¿te acuerdas?

Chiara notó una oleada de furia. La rabia que se había esforzado en reprimir la invadía. Habría querido marcharse, empezar a correr, escapar del lugar maldito en que se había transformado la sala donde acababa de abandonar su disfraz para volver a ser ella. Sentía la frustración que le había provocado el encuentro con Adrià. Quién sabe si, en algún rincón íntimo, había mantenido la esperanza de que la reconociera. La ilusión de oírlo pronunciar su nombre. A la vez, quería permanecer inmóvil para siempre a pocos metros de la habitación, convertirse en un árbol que esparce sus raíces por el suelo. Miró a Júlia a los ojos:

—Nunca hemos sido cómplices. Me hiciste un chantaje y yo acepté. No excusaré mi actitud. No pretendo justificarme, pero no aceptaré mentiras.

—Es curioso, porque participas en un engaño. ¿Eso no es mentir? —La voz de Júlia sonó como el siseo de una serpiente.

Chiara tuvo la sensación de que la escena sucedía poco a poco. No se dejó llevar por el impulso, sino que intentó reprimirlo hasta que la voluntad no tuvo importancia. No era cuestión de esforzarse por mantener la sensatez cuando un viento la empujaba con fuerza. Se acercó a Júlia, que parecía inmersa en una actividad frenética, y se situó quieta frente a ella. Llevaba la furia en los ojos. La otra se detuvo, alzó la frente, se miraron. Chiara no le dio ocasión de decir ni una palabra. Había tenido bastante escuchando

cómo la acusaba. Su mano cobró vida propia. El gesto fue rápido, contundente. Una bofetada que dejó encarnado el rostro de Júlia. Esta no esperaba la reacción ni calculó su rapidez. Habría querido poder detener el vuelo del brazo, doblegarlo, pero no actuó a tiempo. Se observaron con odio: Chiara, sin rastro de culpa en la expresión; Júlia, entre el desconcierto y la rabia. Antes de que la otra pudiera decir nada, Chiara exclamó:

—Ni se te ocurra hablar. No pienso pedirte disculpas. Mañana vendré a la misma hora, tal como hemos quedado, y me volveré a disfrazar. Es mejor actuar como si este episodio no hubiera sucedido. Adiós.

Cerró la puerta tras ella con una sensación de fatiga y liberación. La palma de la mano le dolía, recordatorio de la escena vivida. No había abofeteado a nadie antes. Fue un momento agradable, una descarga de la energía negativa que la otra le contagiaba. Se encontraba mejor, capaz de enfrentarse a la vida. Estaba segura de que el día siguiente volvería a ser difícil, porque cuesta encontrarse cerca de quien quieres con la certeza de que no te ve. Suspiró hondo y decidió volver a casa. En otras circunstancias habría cogido un taxi, pero prefirió dar un paseo. Nadie la esperaba. Saberlo le producía tristeza y, a la vez, un sentimiento de libertad. Si le apeteciera, tendría la noche para caminar.

En ese momento, un hombre cabizbajo entraba con paso firme en la habitación de Adrià. Era Ferran. Solía ir a verlo. A veces, lo acompañaba en silencio; en escasas ocasiones, conseguía rescatarlo de la indiferencia y conversaban. Lo encontró en penumbra, porque no le gustaba que la claridad lo invadiera. Le consolaba la luz tenue que únicamente perfila el contorno de los objetos. Ferran acercó una butaca a la cama, resistió la tentación de cogerle la mano y le dijo:

—Hoy es un día especial. Vengo a contártelo.

Adrià volvió la cabeza y se miraron a los ojos. El otro hizo un esfuerzo para que las palabras surgieran con firmeza:

—Me costó tomar la decisión, porque era como si te traicionase. He dejado pasar el tiempo, aunque me instaban a

decidirme. La película es una prioridad, pero tú eres mi amigo. Sabía que tenía que hacerlo.

—¿Has encontrado a un nuevo Paris? —Las palabras resonaron en el cerebro de Ferran.

—Sí. Hemos hecho un *casting*. Toni me ha ayudado. No sé cómo lo habría logrado sin él, había demasiadas emociones interceptando mi criterio.

—Es un buen compañero y un magnífico actor. Puedes confiar en él.

—Lo sé.

Callaron como si estuviera todo dicho, sentenciado. El rostro de Adrià no reflejaba emociones. Ferran no pudo adivinar el dolor ni el reproche. Continuó:

—Es difícil hablarte de otro Paris. Tú fuiste el actor que yo escogí. Conversamos tantas horas... Nos hicimos amigos contagiados por una misma pasión: el proyecto que hiciste tuyo con generosidad. Alguna noche me despierto y te veo ensayando por los pasillos de los estudios. Vuelvo a escuchar las frases del guion, me dejo llevar por la fuerza del brillante personaje que construiste. No lo sabe nadie, ni siquiera Eva, pero los días después del accidente me preguntaba si tenía sentido continuar con el proyecto. Me repetía que no hay nadie imprescindible, algo que siempre he creído, y sin embargo tú lo eras para mí.

—¿Cómo es?

—¿Perdona?

—¿Te gusta el actor que hará de Paris?

—Sí, es magnífico.

—Me alegro, Ferran.

—No puedes alegrarte.

—Por ti, por Eva, por la película... ¿No son suficientes motivos como para que esté contento? Por mí... es otra historia, ahora mismo poco importante.

—Hay una última cosa que he venido a decirte.

—No sé si resistiré más emociones. —Hizo un esbozo de sonrisa que desapareció enseguida, con una rapidez que le hizo creer a Ferran que no era real.

—Te hice una promesa.

—No la recuerdo.

—No sabes cuál es.

—¿Cómo?

—Cuando tuve claro que tendría que sustituirte, era consciente de lo que este proyecto había significado para ti. Pensé que pasaría el tiempo, que se estrenaría la película, que las escenas que habías ensayado se proyectarían en la pantalla, pero tú no estarías. Esa idea me dolía.

—Eres un sentimental —trató de burlarse, pero no lo consiguió.

—No lo creo, aunque tampoco soy un dios griego.

—Por suerte. —Ambos sonrieron espontáneamente.

—Soy un amigo que te quiere ofrecer un pequeño regalo. Cumpliré la promesa que te hice sin que lo imaginaras. ¿Cuál es la escena que más te gusta de Paris?

—Has logrado despertarme la curiosidad. ¿Qué fue lo que me prometiste y que ignoro?

—Respóndeme primero.

—La escena de la muerte, cuando lucha por Troya y por Helena como un héroe hasta que cae.

—Me lo imaginaba. Cuando te recuperes y puedas caminar, rodaremos la escena. Te transformarás en Paris una vez y dejarás que muera, para que te puedas liberar del todo.

—No lo entiendo.

—Filmaremos una escena en la que tú serás Paris. Será un regalo. Después la proyectaremos, brindaremos juntos por el gran actor que eres y por los nuevos proyectos.

—No sé si volveré a caminar.

—Los héroes siempre lo consiguen.

—Gracias, Ferran.

—Quería pedirte una promesa a ti también.

—Había trampa... —La sonrisa era sincera—. Ya me extrañaba tanta generosidad.

—Dame tu palabra de que lucharás con toda la fuerza de Paris para poder interpretarlo, que abrirás las ventanas y dejarás entrar

la luz, que te esforzarás en los ejercicios de rehabilitación, que de una puñetera vez te querrás curar.

Volvieron a mirarse y Adrià respondió:

—Te lo prometo.

XIII

El agua del río Escamandro se oscureció. Los cuerpos de los muertos se amontonaban entre el barro y las ramas. Aquiles había destruido muchas vidas en un ataque de furia. Los troyanos observaban el espectáculo desde las murallas. Habían visto cómo llegaba al campo de batalla en un carro, vestido con la armadura de oro. Era valiente, joven. El odio lo empujaba a la búsqueda de Héctor, causante de la muerte de Patroclo, su amigo del alma. El honor y la amistad eran los únicos valores en los que era capaz de creer. Estaba dispuesto a hacer rendir la vida de Héctor. Aquiles se sentía culpable porque se había recluido en la cabaña cerca del mar y se había negado a participar en la guerra.

Héctor lucía la victoria. Era el héroe a quien acompañaba el mismo dios de la guerra, el terrible Ares. Aquiles lo ignoró, había decidido olvidarse del mundo hasta que murió Patroclo. Entonces maldijo el orgullo que le había hecho abandonar la lucha, dejando a los griegos en manos de la desgracia. La muerte de Patroclo fue un revulsivo que lo empujó a volver a matar.

Patroclo no soportaba la falta de actividad mientras oía el eco de la batalla. Rogaba a Aquiles que le diera permiso para acudir a la lucha. Desde el refugio, veían cómo el fuego se esparcía entre las naves griegas. Se asustaron, porque las embarcaciones eran la única opción que tenían de retornar a casa. Patroclo se vistió con la armadura y el yelmo de Aquiles, coronado con una cola de caballo. Tomó el escudo, la espada, dos lanzas. El carro era conducido por unos caballos prodigiosos, capaces de hablar con voz humana. Eran un regalo que el dios Poseidón hizo a Tetis, su madre, el día de sus nupcias. Aquiles se despidió de Patroclo con un abrazo antes de recluirse en la cabaña, donde bebió vino en una copa de oro. La alzó en ofrenda a Zeus mientras rogaba:

—Zeus, señor del Olimpo, he enviado a mi compañero al campo de batalla. Llénalo de coraje y concédele la gloria. Haz que salve las naves griegas del fuego, devuélvelo sano y salvo.

Le había pedido dos cosas, pero los dioses eran caprichosos a la hora de satisfacer voluntades humanas. Zeus le concedió la primera petición y las embarcaciones no fueron devoradas por las llamas, pero le negó la segunda: el amigo no volvió.

Cuando los troyanos vieron el carro de combate creyeron que Aquiles se reincorporaba a la guerra. El miedo se esparció entre los que luchaban. Aumentó el caos, la desorientación. Los guerreros iban cayendo uno detrás de otro. Por todas partes hubo una lluvia de cráneos destrozados por las pedradas y de pechos llenos de lanzas. La sangre y el polvo se mezclaron. Héctor dudaba, indeciso entre dar la orden de retirada o intentar un asalto. Patroclo hirió con una piedra la frente del auriga de Héctor, que cayó a tierra tumbando el carro del príncipe. Comenzó una lucha entre Patroclo y Héctor. Fue cruel, sin piedad. Eran dos guerreros jóvenes que no tenían miedo a la muerte. Patroclo rindió la vida delante de las murallas de Troya mientras el yelmo le caía y el escudo huía del brazo. El cadáver fue rescatado por los griegos; Héctor se llevó sus armas como símbolo de la victoria. Un guerrero fue enviado a comunicar la noticia a Aquiles. El dolor oscureció la existencia del gran héroe, que se rasgó la túnica con sus propias manos. Trató de desfigurarse el rostro mientras se arrancaba los cabellos. Se golpeaba el pecho entre sollozos de pena.

Aquiles era el triunfo en la lucha; Héctor significaba la dignidad de un gran caudillo defendiendo la patria. Aquiles era hijo de Tetis, una ninfa marina, y de Peleo, un héroe ilustre. Héctor no estaba protegido por la magia. Heredero de los reyes de Troya, representaba la esperanza de todo un pueblo. Su firmeza había mantenido el ánimo de los troyanos durante la guerra. Aquiles y Héctor eran el impulso y la prudencia que se enfrentaban cerca de los cadáveres del Escamandro. Ambos intuían que a la orilla de aquel río deberían sacrificar la juventud.

Los gritos de Aquiles llegaron hasta las profundidades marinas. Tetis, su madre, acudió a consolarlo y él le dijo que tenía

que vengarse de Héctor. Intuía que volver al campo de batalla significaba condenarse a un destino terrible, pero le ganaban el dolor, el deseo de venganza, la furia, la culpa por no haber salvado a Patroclo. No volvería a encerrarse en la cabaña, pero tenía que recuperar las armas, y Tetis lo ayudó. Pidió al herrero del Olimpo que forjara una armadura magnífica. El escudo de Aquiles era un prodigio adornado con imágenes de la tierra, el sol, la mar, la luna y las constelaciones. Grabó las formas de dos ciudades donde los sabios se reunían en un tribunal, donde los guerreros preparaban las armas. Había ríos, animales feroces, campos de cultivo y viñas... El universo entero aparecía en él.

Desde la atalaya de las murallas, Helena y Casandra observaron la matanza de Aquiles. Nunca habían contemplado el agua del río del color del vino. Con las manos entrelazadas, acompañaban a las otras mujeres de la familia de Príamo. El mismo rey y Hécuba parecían figuras de sal. Callaban, concentrada su atención en lo que sucedía en el campo de batalla. Todos sabían que Aquiles buscaba a Héctor. El caos parecía moderarse a la espera del encuentro entre ambos héroes. El griego quería encontrar al príncipe troyano que había matado a Patroclo. Príamo, desde la atalaya de las murallas, gritó:

—¡Entra en la ciudad, hijo mío! ¡Hazlo por la salvación del pueblo! ¡No des al enemigo la alegría de vencerte! ¡Ten piedad de mí, porque si caes en la batalla seré pasto de perro!

Hécuba habló también a su primogénito mientras se rasgaba la túnica y mostraba el pecho:

—¡Héctor, respeta el seno que te amamantó calmando tus lloros!

Las palabras resonaban en el cerebro de Héctor. No podía volver atrás y humillarse ante los súbditos de Troya. La opción de intentar mantener una conversación con Aquiles y proponerle un acuerdo no era posible porque la furia lo había transformado en un monstruo incapaz de atender a razones, devorado por el deseo de venganza. Comprendió que solo podía luchar. Esperó al otro en medio de la polvareda. Volvió la mirada hacia Helena. Vio sus cabellos ondeantes, las manos extendidas como si quisiera volverlo

a abrazar.

Helena supo que debía tomar partido. Desde el principio había vivido escindida entre el pasado y el presente: los griegos de donde provenía y los troyanos que la acogieron en la ciudad más bella del mundo. Lloró la muerte de los héroes de cada bando porque en cada uno había personas a las que había conocido. Nunca consiguió olvidar la infancia y la juventud en Esparta, cuando fue una niña libre de obligaciones. Para ella no era extraña la sensación de ser dos mitades. Desde que tuvo conciencia le hicieron saber que era hija de un dios y de una mujer. Ni diosa con el poder de aquellas que habitaban el Olimpo ni mujer, aunque lo deseó siempre. Por ello asumió una nueva división de la existencia. Cuando se decidió a abandonar Esparta por el amor de Paris, un trozo de lo que era quedó en el lugar donde nació. No dejó lejos únicamente recuerdos, sino también afectos, vida vivida. Paris no consiguió llevársela entera y vivió con la convicción de que nunca recuperaría la parte que había perdido. Fue una decisión que implicaba añoranza.

Cuando sintió los ojos de Héctor clavados en su rostro lo vio claro. La distancia entre las murallas y el campo de batalla desapareció. Las personas que la rodeaban se diluyeron y los guerreros se difuminaron. Solo existían ellos dos: el hombre a quien amaba y ella misma. Se sintió tan cercana a él que habría superado cualquier obstáculo para reunirse con Héctor, pero no podía vencer a la muerte. Lo único que era capaz de hacer era optar por Troya, el pueblo que tenía un príncipe valiente nacido para gobernar. Paris consiguió enamorarla, pero fue un amor breve que no resolvió la división del corazón entre dos patrias.

La mirada de Héctor antes de morir acompañaría a Helena toda la vida. No estaba resignado, pero aceptaba lo que dictaban los dioses. Con el orgullo de los héroes, entendió que había llegado la hora de dejar el mundo y atravesar el linde del Hades. Pensó en la ciudad. Había creído que llegaría a reinar allí con el mismo sentido de la justicia de Príamo. Fue educado para ser rey y quería dejar un bello recuerdo en la memoria de los troyanos. Miró a Helena, a quien amó desde que la vio, a pesar de él mismo, a pesar

de las leyes que dictaban respeto a la esposa del hermano más allá de la moral estricta, de la voluntad poderosa. Le envió un mensaje desde la certeza de la muerte. Le rogó que no olvidara la cabalgada nocturna, el amor clandestino, al hombre que estaba a punto de irse de la tierra: un príncipe condenado a desaparecer como cualquier mortal.

Helena estrechó con fuerza la mano de Casandra. Habló en un murmullo:

—No quiero que Héctor muera. No puedo perderlo cuando ha sido tan difícil encontrarlo.

—Yo tampoco. Amo a mi hermano. —La voz parecía un suspiro.

—Dime a quién debemos rogar. ¿Qué dios puede salvarlo aún?

—Ninguno. Todos han aceptado su destino. No harán nada: ni Atenea, ni Apolo, ni el mismo Zeus.

—Zeus oirá cómo su única hija en la tierra lo maldice.

—No despiertes su ira.

—No me importa nada la furia de un padre que ignora mi dolor.

—Reniego de Apolo —exclamó Casandra—. A pesar del castigo que me impuso le he sido fiel sirviente, pero no volveré nunca a llevarle ofrendas.

—Casandra, no soy de Esparta, sino de Troya.

—¿Qué dices? Sabes dónde naciste. Además, los troyanos tampoco te quieren.

—No me importa. Mi patria es la de Héctor. Quiero decírtelo porque estoy segura de ello. Hay otra cosa importante...

—¿Cuál?

—No soy hija de un dios. Soy una mujer que llora.

—Desvarías.

—Quería decírtelo antes de que no pueda pronunciar ninguna palabra más.

Ambas eran altas, esbeltas. Se cogían la mano como un náufrago que abraza la tierra antes de ahogarse. Aunque formaran parte de la familia real se sabían distintas. Estaban marcadas: la

una porque había traído la guerra; la otra porque decía aquello que tenía que suceder, a pesar de que no quisieran creerla. Helena le dijo:

—¿Puedes hacer conjuros?

—¿Qué dices?

—Quiero saber si eres capaz de parar el tiempo.

—Las sacerdotisas no tenemos poderes mágicos. ¿No lo sabes?

—Te he visto adornada con las serpientes.

—¿Para qué querrías parar el mundo en este instante si lo que ha de ocurrir es inevitable?

—Me gustaría abrazarlo antes de que caiga.

—Ayer te lo dije: no es posible.

—Acusas a la gente de sordera porque no oyen tus palabras, pero yo he estado ciega. Llegué deslumbrada por Paris y no he visto a Héctor hasta que ha sido demasiado tarde.

—Lo he sabido desde que atravesaste las murallas. Paris y tú erais un estallido de luz fugaz. Héctor es el sol.

—Detén el tiempo por mí. Te lo ruego.

Casandra se acercó a Helena y le agarró las manos. Podía sentir el temblor. Le dijo:

—Mira el campo de batalla. No te dejes llevar por deseos imposibles, sé fuerte, no puedes permitir que muera sin ti.

Las palabras tuvieron un efecto mágico. Helena se enderezó. La criatura atemorizada volvió a ser una gran reina. Alzó la cabeza, fijó los ojos en la figura del príncipe.

Héctor llevaba las armas de Patroclo. Habían sido de Aquiles, que se las dejó al amigo para que fuera a luchar ocupando su lugar. Al verlas, la furia del griego creció. Avanzó hacia él. Sabía cuál era el único punto débil de la armadura, justo en la base del cuello. No dudó en apuntar allí con la lanza. Cuando disparó, acertó el objetivo. Entonces exclamó:

—¿Te creías seguro escondido en la armadura de Patroclo, a quien robaste vilmente? Iluso, no pensaste en mí. Pagarás un alto precio: las aves se comerán tu cadáver.

Con un hilo de voz, Héctor dijo:

—Te conjuro a no dejar que devoren mi cuerpo. Tendrás todo

el oro que quieras, pero restituye mis restos a los troyanos para que puedan colocarlos en la pira funeraria.

—Nadie te llorará en un funeral. Serás pasto de aves carroñeras —repitió Aquiles.

—Eres cruel. Un día, Paris y Apolo me vengarán.

Héctor, el gran héroe de Troya, murió.

Toni Sbert se levantó del suelo cubierto de polvo. Había rodado una escena intensa. Desde la noche pasada, cuando Nura aceptó ir a tomar una copa después de la reunión con Ferran y Eva, no podía alejar la visión de su rostro. Le había resultado difícil concentrarse. Tuvo que luchar contra la imagen que le dispersaba el pensamiento. Cuando fue capaz de fijar la atención en el personaje abocó en él entusiasmo. Fue Héctor en el campo de batalla, victorioso, derrotado. Se convirtió en un ejemplo para los troyanos que lo vieron enfrentarse a Aquiles, intuir la muerte y aceptarla con la actitud de quien no pretende sustraerse al propio destino. Se transformó en el héroe que había amado a Helena en silencio, listo para reinar en una ciudad que fue próspera. Era el joven que domaba los caballos salvajes en la misma orilla del río donde habría de encontrar la muerte. El hombre que escuchaba los consejos de los sabios, las palabras de Príamo, la voluntad del pueblo, porque quería llegar a ser un rey justo. El amante que abrazó a Helena al abrigo de un árbol y fue feliz a pesar del horror.

Tumbado en el prado, Toni se convirtió en el Héctor que agonizaba. Cuando suplicó a Aquiles que tuviera la nobleza de retornar sus despojos a los troyanos, habló con la dosis justa de súplica y dignidad. El rostro del héroe conservaba la belleza que le había hecho merecer el respeto del pueblo. Las facciones mantenían el perfil noble hecho de aristas duras y armoniosas a la vez. Toni-Héctor se giró hacia donde Eva-Helena moría con él. Lo había mirado consciente de que captaba la última imagen que se llevaría al Hades. Hubiera querido hacerla reina de Troya y lo repitió desde la distancia de la guerra, los cuerpos inmóviles, el agua turbia del Escamandro.

Ferran anunció que el rodaje había acabado. Observó la escena con atención, fascinado por la fuerza interpretativa de su amigo. Admiraba que fuera brillante en las escenas multitudinarias, donde interpretaba con dominio de la grandilocuencia, pero también con la sutileza de un gesto, unas pocas palabras o aquella última mirada de amor. Se acercó y le dijo:

—¡Felicidades!

—Gracias, Ferran. ¿Me esperas? Me ducho rápido y vamos a tomar algo.

—¡Claro que sí! No tengas prisa, te costará quitarte el maquillaje y la suciedad. Me tienes que contar cómo te fue con Nura.

—Sí, fue una conversación larga.

—Tendrás que repetirme cada detalle.

—¿Todos? —Toni esbozó una expresión pícara.

El otro se lo miró sorprendido:

—Lo que me puedas contar, está claro.

—Es una broma. Venga, espérame en tu despacho.

Cuando por fin se sentaron en un bar, ambos tenían el aspecto de haber sobrevivido a un desastre. Ferran aún llevaba escrita en el rostro la tensión vivida la tarde antes cuando visitó a Adrià en el hospital para decirle que tenía a su sustituto. Toni recordaba con viveza la noche de copas con Nura, el gesto ausente, temeroso, combinado con la explosión de fuerza que era la mujer de quien se confesaba enamorado. Se lo contó a su amigo:

—Estaba cerca de mí, como tú y yo estamos ahora, pero la sentía lejos. Le hacía preguntas que contestaba con evasivas. De repente me miraba como si volviera a la realidad y decía palabras llenas de sentido.

—¿Qué palabras?

—Hacía observaciones sobre el lugar donde estábamos, la película o ella misma.

—Cuando escuché que quería dejar el papel de Casandra me pareció una ironía. No me lo podía creer: había recuperado a Paris y perdía a su hermana. Me estoy dejando la piel en esta película.

—Dicen que los obstáculos espolean las voluntades. Creo en ti. Te he visto crecer en las situaciones adversas. El proyecto tirará adelante.

—También se dice que muchas moscas pueden matar a un asno, ¿no? Pues me siento el asno.

Rompieron a reír con una complicidad que les hacía sentirse relajados sin tener que representar ningún papel. Ferran le preguntó:

—¿Sigue creyendo que ha heredado los poderes de Casandra, que la adivina le ha transmitido el don de leer el futuro?

—No es una mujer a quien una conversación y dos copas hagan cambiar de idea. Está convencida de ello. Lo supe desde que me lo dijo. No hay posibilidad de hacerle pensar de una manera distinta.

—¿Qué intentaste entonces?

—Hacerle ver que, ya que la situación es irreversible, tiene que aprovecharlo para ser una Casandra mejor delante de la cámara. Le pregunté si el esfuerzo valía la pena, porque dejar el papel no resolvería lo que sucedía, sino que le negaba una vía magnífica para expresarse. El secreto era recordarle que es una actriz.

—¿Lo conseguiste?

—Es una incógnita permanente. Eso hace que resulte estimulante.

—Dime si tengo una princesa de Troya. No quiero saber nada más.

Toni miró a Ferran como si le ofendiera la duda:

—Naturalmente, ella será Casandra.

No añadió ningún otro comentario. Ferran respiró tranquilo por las palabras del otro. Estaba muy satisfecho. Superado el trance de escoger un nuevo Paris, no tendría que plantearse un nuevo *casting* para encontrar a la princesa adivina. Le gustaba cómo actuaba Nura. Era un buen hallazgo porque interpretaba con el alma y la cabeza. Tenía aptitudes y no se lamentaba por los esfuerzos. Sus rarezas no interferían en el rodaje. Si quería pensar que podía adivinar el futuro, no se esforzaría para convencerla de

lo contrario. Estaba dispuesto a advertir a Eva para que no quisiera cambiar nada. Las intervenciones de su mujer no siempre eran afortunadas y temía un enfrentamiento entre ambas actrices. Tenían que concentrarse en su trabajo, sin distracciones.

Conversaron sobre temas intrascendentes con la copa en la mano y la expresión tranquila. Confiaban el uno en el otro. Ferran no hizo más preguntas. Intuía que Toni habría querido contarle algo más sobre Nura, pero no pensaba forzar la situación. No le parecía correcto entrar en detalles sobre el tema, que intuía complejo. Se hizo el silencio. Cada uno se centró en sus propias obsesiones mientras abrían un paréntesis amable. Era magnífico poder callar cerca del otro. No decir nada y sentirse bien. No les hacía falta recurrir a anécdotas o chistes. No debían improvisar discursos. Ferran pensaba en Adrià, en la promesa que le había hecho. Se preguntaba si sería capaz de cumplirla, de centrarse en la recuperación y superarla con éxito. Lo deseaba de corazón.

Toni revivía el tiempo pasado cerca de Nura. Durante el rato que compartieron no puso en duda que hubiera heredado el poder de Casandra. Estaba seguro de que se habría puesto en guardia. No estaba dispuesto a discutir por eso. Primero, porque no quería que abandonara el rodaje; segundo, porque buscaba ganarse su confianza. Quiso hacerle entender que su don quizá le complicaba la vida, pero también enriquecía la faceta de actriz. Aquello que ella mostraba como un castigo podía entenderse como un regalo. Al principio la había sentido lejana, con un aire ausente que aumentaba el misterio. A medida que hablaban, se dio cuenta de que despertaba su interés. Intentó ser seductor. No le resultaba difícil porque ella despertaba la mejor parte de él. La conversación fluyó cuando Nura dejó de poner barreras protectoras. Sus labios dibujaron una sonrisa que Toni observó hipnotizado. Continuó la conversación. Cuando ya no lo esperaba, estalló en una carcajada. Hubiera querido perpetuarla, inundar con ella el universo. El bar fue vaciándose de gente. La música sonaba y todo se hizo pequeño, íntimo.

Nura se levantó de la mesa y comenzó a bailar. Ocupaba un rincón lejos de las miradas, se movía como si estuviera sola. No

hacía grandes movimientos, sino gestos acompasados. Toni bebía observándola, hasta que no pudo reprimir el impulso de acercarse a ella. La agarró por la cintura, la abrazó y se movió a su compás. Comenzaron a girar, dieron vueltas, iniciaron el vuelo.

XIV

A las cinco se encontraron en el rellano de la escalera. Se encerraron en la habitación en la que habían llevado a cabo la metamorfosis. Repitieron cada paso con una exactitud meticulosa: los cabellos recogidos, el cambio de ropa, los hombros caídos. Los movimientos de Chiara eran seguros, no se percibía el titubeo del primer día, cuando el cuerpo se hizo eco de la incertidumbre. Controlaba lo que hacía. La actitud de Júlia reflejaba su sentido práctico. La ayudaba, decidida a abreviar el proceso de transformación. Cuando salieron al pasillo, eran dos auxiliares de hospital en la rutina del trabajo. Las paredes y la sala formaban parte de su universo cotidiano. Júlia no le deseó suerte, y Chiara se lo agradeció. Libres de la servidumbre de la cortesía, podían mantener algo de verdad en sus actos. Era bastante difícil adoptar un papel que no les era propio, pero aún habría sido más duro simular falsas emociones.

Encontró a Adrià dormido. Conocía el sueño: la respiración acompasada, el silbido de los labios entreabiertos, el perfil. Se acercó sin hacer ruido porque no quería molestarlo. Miró el rostro que amaba. Percibió el sufrimiento. Había perdido la redondez de las mejillas, que le daban un aspecto infantil, un aire travieso cuando sonreía. Tuvo que reprimir el deseo de acariciarlo, apretó los puños, cruzó los brazos. Estuvo un rato sin atreverse a moverse, agradecida por que él no se diera cuenta de su presencia. No se despertaría hasta dentro de algunas horas. Se sintió afortunada porque podía constatar su descanso. A saber cuánto tiempo hacía que no reposaba. Se preguntó si la fatiga lo había vencido o si había conseguido liberarse de los fantasmas.

El tiempo voló. Le parecía que habían transcurrido pocos segundos cuando sintió que la puerta se abría. La expresión irritada

de Júlia la devolvió al mundo. Le indicaba que saliera, aunque Chiara se rebelaba contra la orden. Le señaló el cuerpo que dormía, porque quería quedarse al lado de Adrià. Júlia no hacía concesiones. No era una mujer generosa y no estaba dispuesta a multiplicar los riesgos. Su mirada fue la respuesta para que Chiara saliera. Adoptó la postura de resignación con la que se enfrentaba a la vida desde que sucedió el accidente y la siguió hasta el habitáculo donde recuperó el aspecto de siempre. Se habrían despedido en silencio si no lo hubieran encontrado. Cada una habría tomado un camino diferente si no hubiese aparecido un nuevo personaje. Llegaba con una sonrisa en los labios. Había melancolía en el rostro del hombre.

Júlia cambió la expresión. Perdió la firmeza, desapareció su actitud autoritaria. Recordaba a una adolescente a quien la proximidad de alguien hacía sonrojar. Chiara comprendió que era Ismael. Avanzaba hacia ellas, que habrían deseado hacerse invisibles. Una por la inquietud que provoca el amor; la otra porque no tenía ningún interés en conocer al hombre que sustituía a Adrià en la película. Se detuvo delante y acentuó la sonrisa. Se dirigió a Chiara:

—Hola, ¿cómo estás?

—Confundida. No había imaginado que tendría ocasión de ponerte cara tan pronto, hasta hoy eras solo un nombre.

—Poco agradable de escuchar.

—Desde que supe que ocuparías el puesto de Adrià, sí.

—Te agradezco la franqueza. La situación no es sencilla. Júlia te ha contado mi historia. Yo también he pasado muchas horas en estos pasillos esperando un milagro que no se produjo.

—No creo demasiado en los milagros. Por suerte, encontraste a Júlia. —No se ahorró la ironía—. Tiene una voluntad milagrosa cuando se propone algo. Considerando la desgracia, has tenido suerte.

—No te diré que la vida me hizo una gran putada, porque parecería que quiero ahorrarme responsabilidades. Pasé por el lugar equivocado en un momento inoportuno; pero conducía deprisa, no estaba lo bastante concentrado y me distraje.

—Déjalo estar. Pagaste un alto precio por la distracción.

—Tengo la posibilidad de actuar en una magnífica película. No me correspondía, no era el elegido. Lo sé.

—Había otro actor que interpretaba el personaje. Estoy de acuerdo con lo que dices. Paris era él.

—No lo discutiré.

—¿Qué tienes que decirme?

—Pedirte disculpas por la intromisión en vuestra vida perfecta.

—No lo era cuando apareciste. El andamio le cayó encima en el rodaje de la primera escena. Tú no lo retiraste del proyecto. Alguien lo habría sustituido.

—¿No me odias?

—Eres un desconocido para mí. Tendrías que inspirarme indiferencia, pero ocupas su lugar, lo que me desagrada. No has hecho nada para ganarte odios.

—Ni tampoco respeto.

—Si Ferran te ha escogido, seguro que eres un buen actor.

El rostro de Chiara reflejaba fatiga cuando se despidió. No pretendía ser descortés, pero necesitaba volver a casa. Quería ducharse, destensar los músculos de los hombros, rígidos después de la visita al hospital, tumbarse en la cama.

Júlia e Ismael se miraron en un largo silencio. A pesar de que habían visto la silueta de Chiara mientras se alejaba, era como si no se hubiera marchado del todo. Ocupaba un espacio. La ausencia se transformó en una realidad interpuesta entre los dos. Aunque acababa de conocerla, Ismael no conseguía quitársela de la cabeza. Júlia quiso distraerle:

—Estoy a punto de acabar el turno. ¿Me esperas?

Ismael no le respondió; ella se impacientó.

—¿Estás bien?

—¿Cómo? —Aterrizaba de la luna—. Discúlpame, me he distraído.

—¿Qué te preocupa?

Señaló el vacío cuando le respondió.

—Ella.

—¿Por qué?

—He entendido su tristeza. Yo también la viví.

—No tiene nada que ver.

—Sabes que sí.

—Son diferentes razones e historias muy distintas.

—Chiara espera porque ama; yo porque era culpable. Tienes razón.

En la planta que daba a la calle, Eva se acercó a Chiara. No había querido dejarla sola en el trance de la segunda visita. Cuando la vio aparecer se apoyó en su brazo. Obvió el aire de fatiga mientras iban hacia el coche. Hacía el papel de amiga risueña, cuando habría querido abrazarla. No estaba dispuesta a acompañarla en el llanto, sino en la búsqueda de un bienestar sereno. Se había propuesto ayudarla a aceptar la vida. Le preguntó:

—¿Cómo ha ido?

—Duerme.

—¿Temías que se despertara?

—No he tenido el miedo de la primera vez. Ha ido mejor —dijo sin entonación ni pausas.

—¿Estás segura? —Eva enfatizó la pregunta.

—Sí. ¿No me crees?

—No te veo muy bien. Chiara, ¿qué pretendes?

—Verlo, estar cerca de él…

—No te ayuda entrar disfrazada. Ni a ti ni a él.

—Hemos hablado. Os lo he explicado. Podéis considerarme loca, pero no he enloquecido.

—Nadie lo piensa. Las visitas clandestinas te hacen daño. ¿Qué utilidad le encuentras?

—Me consuela mirarlo. Lo echo mucho de menos.

—Pon en el plato de una balanza el consuelo que te da; en el otro, la ansiedad que te genera. ¿Quién gana?

—Soy incapaz de cuantificar las emociones. Dejar de ir no me ahorrará sufrir.

—Es probable. Planteémoslo de otra manera: perpetuar los encuentros que duran unos minutos, someterte a los caprichos de Júlia, protagonizar esta representación, ¿te ayudará a recuperar al

hombre que amas?

—No lo creo, pero no hay alternativas.

—Siempre las hay.

—¿Qué me propones?

—Abre la puerta, entra en la habitación y háblale.

—Me volvería a echar.

—Si así fuera, deberías borrarlo del mundo. Te hablo con crudeza, pero ha pasado ya tiempo. La reacción inicial podía ser fruto de la ofuscación, del nerviosismo o la inquietud... Ha tenido horas para pensar en ello. Es un adulto, responsable de lo que dice. Tú no puedes jugar a disfrazarte eternamente.

—Lo pensaré. Dame un poco de tiempo.

Eva condujo hasta el piso de Chiara. Mientras su amiga se duchaba, le preparó una crema de verduras. Intentó poner orden en el desbarajuste de papeles desperdigados, libros en el suelo, ropa en los sillones. El caos puede ser un reflejo del embrollo de la mente. Tiró restos de comida, abrió las ventanas, cambió las sábanas. Transformó la dejadez en confort, la hostilidad del espacio en el refugio que era cuando también vivía allí Adrià. Chiara salió del lavabo con el pelo recogido en una toalla. Captó los cambios y hubiera querido agradecerlo, pero no encontró las palabras. Era consciente de que se había abandonado, en una deserción de vivir donde le costaba reconocerse. El sofá amarillo, que había desaparecido invadido por piezas de ropa, emergía otra vez como un faro. Eva no hizo comentarios. No estaba allí para criticarla, sino para apoyarla. La ayudó a secarse el pelo, desordenado también. Se fue cuando los ojos verdísimos se cerraron.

Ismael y Júlia no tuvieron un encuentro feliz. Los fantasmas los acompañaron a la mesa del restaurante donde cenaban. Él estuvo distraído desde el principio: prolongó la elección del menú porque no podía concentrarse en la carta, fue incapaz de seguir el hilo de la conversación en un par de ocasiones, ya que el pensamiento se le escapaba hacia otros lugares; interrumpió a Júlia para preguntarle detalles que le acababa de explicar porque no escuchaba con atención. Ella se esforzaba en disimular. Quería ser

comprensiva, amable, divertida..., tantas cosas a la vez que no lo consiguió. Pasaba de un tema a otro, perdía la naturalidad. Debía ser una celebración porque Ismael había conseguido el papel de Paris en la película. Este había reservado una mesa con vistas a la bahía. Júlia se había comprado un vestido. La comida era deliciosa, el vino debería haber alegrado los ánimos, la panorámica de las luces sobre las barcas resultaba magnífica. Júlia intuyó que Chiara era la culpable de la tensión que vivían. No podían relajarse porque ocupaba un lugar en el pensamiento del hombre. Quizá lo devolvía al pasado, a la época en que la vida era esperar la muerte. Le hacía sentir culpable, usurpador de un personaje. Las conjeturas se multiplicaban cuando desistió de continuar con la comedia. No ocultó la decepción al retirar el plato con los postres, rehusando la copa de champán que el camarero le ofrecía. No habría sabido decir si estaba triste o rabiosa. Sentía la impotencia de no poder preguntarle qué le sucedía. «El amor debilita», pensó. La criatura asustadiza, pendiente de cada frase del otro, no era ella porque no se reconocía, pero la voz hablaba llorosa:

—No me encuentro bien. Es mejor que me vaya a casa.

Ismael reaccionó. Bajó del limbo donde se había perdido y observó las facciones tristes, el maquillaje mezclado con una lágrima. Se dio cuenta de que era culpa de su falta de atención, de aquella incapacidad de concentrarse en alguien que no fuera él mismo, o las obsesiones adormecidas, o el miedo como un abrigo que no podemos quitarnos porque nos moriríamos de frío. Habría querido decirle que no pretendía ofenderla, pero no supo. En un gesto para reclamar su atención, detuvo los movimientos del camarero.

—No, por favor, no retire los postres. Ni el champán.

Le dirigió una mirada de súplica para que fuera indulgente con sus miserias. Le pedía otra oportunidad antes de que acabara la noche. Si era benévola, podrían rehacer la historia que los había salvado a los dos. A Ismael, de ser un muerto en vida en los pasillos de un hospital; a Júlia, de una existencia solitaria. Cogió la copa y le propuso un brindis:

—Por la mujer que apareció y me ayudó a vivir. Por ti.

Aunque no era propensa a manifestar los sentimientos, Júlia no pudo retener el llanto. Las lágrimas le corrieron el rímel. Tuvo que enjugárselas, incrédula. No se reconocía en la suavidad de las emociones ni en el titubeo de las palabras. Tuvo que esforzarse cuando murmuró:

—También por Paris.

Las copas chocaron, bebieron por un futuro que se dibujaba incierto, pero que habrían querido claro. Rieron cuando Ismael la invitó a vaciar la copa porque la última gota era la de la felicidad. Se abrazaron a la salida, hechizados por las luces de las barcas. Él le dijo:

—Debería sentirme eufórico porque he conseguido un gran papel.

—Sí, deberías ser feliz.

—Estoy muy contento. La palabra adecuada es satisfacción.

—Me gusta saberlo.

—La euforia ya no forma parte de mi vida. Implica una alegría sin límites, alocada.

—Pues suena bien.

—No es real. El mundo es demasiado difícil. La felicidad solo es posible mientras eres niño, cuando aún no has perdido la inocencia y no existe nada que quieras olvidar.

—No lo superas. Hasta cuando los vientos soplan a favor, piensas.

—No creas que vivo en un tiempo detenido, en una recreación enfermiza de lo que me pasó. No es una idea obsesiva, sino algo más hondo. ¿Una transformación? ¿Un martillo que suena dentro de mí para que no pueda liberarme? No sé cómo definirlo.

—¿No podrás ser feliz nunca más?

—De una forma absoluta, no. Volverte mayor debe significar entender que la felicidad no existe.

—¿En qué crees, pues?

—En los instantes felices.

La casa de Júlia era sobria. Vivía desde hacía años en un piso alquilado situado a diez minutos del hospital. Lo había elegido porque podía ir y volver a pie al trabajo. Tenía una habitación con

una cama, una sala donde el sofá se veía poco usado, un baño y una cocina con la nevera de supervivencia. No era muy luminoso, pero como solía llegar por la noche no le daba importancia. Le gustaba la tranquilidad del barrio. Aunque no se relacionaba con el vecindario, agradecía que fuera gente de costumbres amables. Nunca se entretuvo en comprar cortinas ni en escoger una alfombra o un cuadro. El entorno tenía un aire de frialdad que recordaba los pasillos donde trabajaba. No había objetos decorativos, ni libros o fotografías. Odiaba coleccionar cualquier cosa. Todo lo tiraba: las revistas, los periódicos que acababa de leer, los regalos inoportunos. En el armario guardaba pocas piezas de ropa. Como solía llevar la bata del hospital no necesitaba vestidos. Un par de pantalones, una falda negra, camisetas. No sentía la necesidad de crear un ambiente confortable. En el pasillo aún colgaba la bombilla porque no se le ocurría comprar un aplique de luz.

La presencia de Ismael no le resultó extraña aquella noche. Se besaron con la falta de destreza de los amantes que han olvidado los juegos. Volvían a recuperarlos juntos, sin demasiada habilidad, con gestos titubeantes. Se olían la piel, multiplicaban los dedos por sus cuerpos. Se amaron llenos de dudas porque no sabían, o porque la vida era una gran incógnita. Ismael le dijo cuando reposaban:

—Hacía mucho...

—Para mí también.

Júlia se sentía pletórica. Recorría la línea de la espalda de Ismael acariciándola con la mano. Desde los hombros, descendía a lo largo del torso hasta las nalgas. Hubiese querido parar el tiempo. Contaba con pocos afectos. No era mujer de relaciones fáciles, porque el trabajo le ocupaba los días. Tenía un carácter arisco que nunca la había ayudado a expresarse.

—Ahora me siento vivo —continuó él.

—Me gusta escucharte. Te querría siempre lleno de vida.

—Tú lo has hecho posible. Te lo agradezco.

—No me hables de gratitud. Me pregunto cómo he sido capaz de sobrevivir.

—¿De sobrevivir a qué?

—A tu ausencia.

—No nos conocíamos. —Sonreía.

—¿Como era posible que existieras y yo viviera sin saberlo?

Ismael se volvió hacia ella. Estaban uno delante del otro, cara a cara, amparados por la luz tenue de la habitación. Él sonreía, confiado. Los ojos de Ismael buscaban los de Júlia cuando se miraron.

Entonces se produjo el desastre. No habrían sabido explicar cómo fue. Júlia habría hablado de una interferencia del pasado que rompió la magia. Habría maldecido los fantasmas que perseguían a quien amaba. «¿Cómo puede ser tan traidora la memoria? ¿Qué sombra le ha transformado el rostro?», se preguntó él.

No hablaron, habrían empeorado las cosas. Ella ocultó el rostro en el pecho del hombre, que tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse, improvisar una excusa y partir. La situación había cambiado: se sentían nerviosos, conscientes de una desnudez que los incomodaba. La proximidad que los había unido se convirtió en un abismo de distancia. El cambio se produjo en pocos segundos.

No eran amantes, sino personas que han compartido un rato de sexo. La decepción flotaba en el ambiente. «¿Qué ha pasado?», se preguntaba Júlia. Ismael era incapaz de decir nada. Parecía un muñeco sin ánimo. Haciendo un esfuerzo, saltó de la cama y fue hacia la ducha. Ella no podía continuar entre las sábanas. Se cubrió con un albornoz y le preparó una toalla. Le acercó el jabón. Le preguntó:

—¿Quieres quedarte a dormir?

—Gracias, prefiero ir a casa. Mañana debo madrugar.

—Es tarde y hace frío.

—Tengo el coche en la esquina.

Júlia se imaginó la soledad en cuanto la puerta se cerrase y los pasos se alejaran, y le invadió el pánico. No pudo evitar el reproche:

—Me has dicho que te he hecho sentir vivo.

—Es cierto.

—¿Por qué quieres irte?

—Mañana tengo que verme con Ferran, necesito descansar para empezar el trabajo.

—Ya... ¿Volveremos a vernos?

—Seguro que sí.

Cuando se despidieron, la besó en los labios. Fue un gesto fugaz. «¿Cómo se puede pasar de la claridad a las tinieblas tan rápidamente?», se preguntaba Júlia. Se quedó sola en el piso, con la visión de las sábanas arrugadas, del plato de la ducha con el agua que iba vaciándose poco a poco, porque las cañerías eran viejas y nunca se acordaba de telefonear a un fontanero.

Ismael recorrió la avenida que llevaba al coche, aparcado cerca de la esquina. Ignoraba cómo había sido el recorrido en el ascensor, cuando intentó no verse en el espejo, mientras se proponía no pulsar el botón que le haría volver atrás. Sabía que el pesar no era añoranza, sino culpa. Estaba acostumbrado a reconocerla. Resonaba el sonido de la puerta que se cerraba mientras Júlia se encogía. Las sombras ocupaban el lugar de los objetos. Era incapaz de conducir. No había vivido nunca una situación semejante: estaba de pie, con la puerta del vehículo abierta, temblorosas las piernas. Sentía la urgencia de marcharse. El taxista era un hombre que trabajaba de noche, acostumbrado a los misterios de los humanos dentro de la oscuridad. No comentó nada cuando le pidió que hiciera un recorrido de calles al azar.

—Necesito moverme. Circule por donde le apetezca.

—¿Vamos hacia el centro?

—Mejor por la zona del puerto.

—Como quiera.

—No hay tráfico. Podremos circular.

Prefería ver los barcos en la distancia. No había mucha gente a aquellas horas. Algunas figuras que acentuaban la soledad de la noche. Imágenes de sombras mal dibujadas en la ciudad adormecida. Ismael miraba por la ventanilla. Con Júlia, creyó que por fin ponía rumbo hacia nuevos horizontes. Era la mujer firme que necesitaba para volver a vivir. Habría querido absorber la fuerza que le permitiría volver a incorporarse al mundo de los vivos, pero escapó hacia calles como bosques. ¿De qué huía?, se

preguntó. ¿De ella o de sí mismo?

El taxista tuvo el acierto de apagar la radio. El hilo de lo que pensaba Ismael no se adecuaba a las melodías. La respiración de los dos hombres ocupaba el espacio. Mientras el taxi circulaba por calles estrechas rememoró el rato vivido. En la cama de Júlia se había sentido a gusto: buscó refugio en el cuerpo que lo abrazaba sin reproches. Era la misma persona que lo vio escapar, incapaz de entenderlo. Él tampoco se entendía. Intentó recuperar el momento en que se miraron en la cama. Había buscado su rostro con la confianza del que espera encontrar a alguien.

Alguien que no era ella. El rostro de Ismael se crispó. El aliento empañaba el cristal, haciendo de escudo contra un mundo que se desdibujaba. Todo el universo se diluía. No era capaz de volver a pensar. Lo verbalizó en voz alta:

—Anoche me equivoqué.

—¿Perdón? —La voz del taxista era monótona.

—He estado con una mujer.

El hombre estaba acostumbrado a las confidencias nocturnas. No se inmutó al escuchar una confesión que, en el taxi, no resultaba extraña. Formaba parte de las historias que oía contar cuando un pasajero hablaba en voz alta desde el asiento de atrás. Relatos perdidos sin destinatario concreto.

—Estaba seguro de que iría bien.

—Todos cometemos errores.

Ismael continuó:

—Después de estar con ella, la he mirado a los ojos.

—Y ha querido empezar a correr. Suele pasar.

—No. Era su rostro. Me he asustado de mí mismo.

—¿Por qué?

—Otra mujer. He visto a una mujer que no era ella.

—¿Algún amor perdido? La memoria juega malas pasadas. —El taxista lo dijo como si constatara una evidencia.

—No, un amor imposible.

Ismael rememoró la escena: Júlia en sus brazos no era Júlia. Acababan de hacer el amor. La abrazó y vio a Chiara. El pelo, los ojos, los labios de una mujer que acababa de conocer, con la que

había intercambiado unas pocas frases, la pareja del actor a quien sustituía en la película. Parpadeó. Quería deshacer el sortilegio, devolver las cosas a su lugar, huir de las percepciones engañosas, pero no pudo. El perfil de Chiara tomó forma con precisión. Había hecho el amor con su recuerdo.

La desolación venció a los troyanos. Héctor estaba muerto y no podían salir de su asombro. ¿Cómo habían permitido los dioses que cayera en el campo de batalla? ¿Por qué callaba Atenea si las sacerdotisas habían entonado plegarias en su templo? El héroe mantenía la belleza de los príncipes de Troya, las facciones serenas, los cabellos que resplandecían al sol. Fue la esperanza del pueblo, el caudillo de un ejército que se debilitaba con su desaparición. Casandra y Helena se daban la mano. La hermana se entristecía al comprobar que se cumplían los augurios. Sintió la palma fría de la mano de Helena. Habría querido decirle que debían ser fuertes, que no podían derrumbarse. Era la hora de soportar el embate de la muerte como si fuera un viento que hace temblar las ramas de los árboles, que las doblega hasta que pasa de largo. El grito de Hécuba se impuso al silencio.

El corazón de Helena había dado un salto cuando lo vio caer. Voló hacia él, que yacía entre la polvareda de los carros. Antes de que marchara el alma al más allá, cuando aún perduraba un hilo de respiración, volvió a decirle que lo amaba. El latido de un corazón que padecía y el último aliento de un hombre se abrazaron. Un instante selló la historia que habría de unirlos más allá de la muerte. Sucedió justo antes de que la furia de Aquiles volviera a imponerse. El héroe griego no había cumplido su venganza: agujereó los tendones del enemigo a la altura de la clavícula y de los pies, pasó cuerdas con las que ató el cuerpo a su carro. Espoleó a los caballos, que galoparon por la pradera. Héctor se había convertido en un muñeco sangriento. Los cabellos se mancharon, las piedras se clavaron en la cara, se abrieron heridas por todas partes.

Casandra acompañó a Helena al palacio. Por suerte, Paris no

estaba. Ni una ni otra habrían soportado verlo, convertido por la pérdida de Héctor en el heredero de Troya. La sacerdotisa la ayudó a quitarse la ropa. El duelo no se adecuaba a los ornamentos suntuosos. Vestida con una túnica, rehusó los collares y las pulseras. Tumbada, con la mirada fija en el techo, dijo:

—No habría tenido que salir de Esparta. He provocado una guerra salvaje, soy portadora de la muerte.

—Si no hubieses venido a Troya, nunca habrías conocido a Héctor.

—Ojalá fuera como tú dices, porque encontrarlo ha significado que muriera.

—Nada es tan sencillo. Cuando te culpas, olvidas la ambición de los griegos y la voluntad de los dioses. Esta guerra estaba escrita antes de tu nacimiento.

—Maldita la hora en que Zeus visitó a mi madre, copuló con ella y me engendró.

—No podemos luchar contra los deseos de un dios.

—¿Qué pasará ahora? Dime cuántas otras muertes de la familia de Príamo nos traerá la batalla.

—Helena, odias haber nacido reina de Esparta y también haber renunciado a ello para ser princesa de Troya. Ambas querríamos un destino diferente. ¿Crees que me gusta saber lo que está por venir? Envidio la inconsciencia de los otros. Querría ignorar el futuro, porque saberlo significa padecer antes de tiempo sin poder hacer nada. ¿Para qué sirve saber lo que es inevitable?

—Para ser desdichada. Cuando te conocí, intuí que nos unían fuertes lazos. Son los que vinculan a dos mujeres que no son libres.

—¿Desde cuándo las mujeres lo hemos sido?

—Eso no quiere decir que no podamos desearlo, y luchar. Pero respóndeme, por favor... ¿Cuántos muertos más?

—Muchos. Ahórrame decirlo en voz alta.

Hasta en el duelo, el rostro de Helena era un estallido de luz. Su belleza deslumbraba a los mortales, pero no desconcertaba a Casandra. La sacerdotisa comprendía que el hechizo iba más allá de la armonía de unas facciones. Por eso tenía una influencia poderosa en los hombres que la habían amado: Menelao, Paris,

Héctor; pero también en los que la odiaron. Agamenón o Aquiles no habían sido inmunes a su poder. Como no tuvieron ocasión de acercarse, se alejaban con la rabia que inspira lo que nunca podremos poseer. La fama de Helena sobreviviría a las generaciones futuras, convertida en el símbolo de la claridad para muchos, de las sombras para otros. La mujer más bella era la culpable de la caída de Troya, la cara y la cruz de un destino. Casandra forMaria parte de la leyenda como la hermana adivina a quien todo el mundo consideró loca. En cambio, era la persona lúcida en un tiempo oscuro.

Lo que no contarían los poetas sería su amor por Helena. Tampoco ella se lo diría a nadie. Era un sentimiento que la hacía vulnerable, humana, porque, a pesar de las desgracias que tenían que venir, la acompañaría siempre.

Acarició el pelo de Helena y se estremeció como la primera vez que cogió entre sus brazos una serpiente sagrada. Los dedos de la adivina se perdían entre la seda y el oro. Le rogó que cerrara los ojos para que el sueño la aliviase, aunque ambas sabían que Helena no dormiría.

XV

Nura retiró las manos de la frente de Eva. Acababan de rodar en una sala con las paredes pintadas representando escenas de fiesta. Simulaba la habitación de Helena en el palacio de Troya. Se apagaron los focos y el equipo se dispersó. Con la ausencia de los técnicos, el espacio se agrandaba. Adquirió un aire de lugar singular, de espacio propicio para la conversación. Eva sabía que la relación había sido distante desde el principio. Nura llegó cuando tenía la vida demasiado ocupada para esforzarse en hacerle un hueco. Aunque valoró sus dotes de actriz, no hizo un solo gesto para demostrárselo. Recordó los inicios del conocimiento de Chiara mientras se reprochaba las carencias de unas habilidades sociales que lo habrían hecho todo más sencillo. La otra estaba a punto de pronunciar una fórmula de despedida amable y de salir del plató. Se limitaban a actuar, representaban el papel con una intensidad que no admitía críticas, grababan las escenas sin desfallecer, cuando la emoción de la historia se convertía en una capa cálida que compartían. Al terminar se diluía la magia. Roto el hechizo, el calor desaparecía y llegaba el frío. Las palabras escasas, el tono nada afectuoso, la corrección que disimula las ganas de irse habían estado siempre presentes en sus encuentros. Nura se apresuró a levantarse, convencida de que no tenían nada que decirse. Eva alzó la voz:

—Me alegra saber que te lo has pensado.

—¿Cómo? —Hizo un gesto de sorpresa.

—Lamenté que quisieras dejar el papel.

—Estaba confusa, preocupada por unas sensaciones nuevas que no sabía controlar. La conversación con Toni me ayudó.

—No hemos hablado demasiado. No he tenido ocasión de decirte cuánto me gusta tu trabajo. Eres muy buena actriz.

A Nura se le iluminó la cara.

—Gracias por decírmelo. Me sentía insegura. Nunca había interpretado un papel tan rico.

—La intensidad de los personajes nos trastorna. A mí me pasa lo mismo. Tendemos a saltarnos líneas rojas, a involucrarnos hasta dejarnos la piel, quizá también el alma. Eso tiene un precio. —Pretendía ser afectuosa, no ocultarle que ella también sentía el poder de Helena, a veces tan intenso que anulaba la fuerza de la mujer que era.

—En mi caso todo ha ido más lejos.

—¿Cómo? —No la entendía.

—Os lo expliqué. Casandra me ha hecho un regalo a través de los siglos. El don maldito de adivinar el futuro.

Eva inspiró hondo. No quería volver a cuestionar la confesión. No le había dado buen resultado hacerlo. Si quería ganarse su confianza, no debía pretender abatir una convicción que no compartía. Trató de disimular:

—Espero que este poder no te sea demasiado incómodo.

—No puedes imaginarte cómo...

Una lágrima recorrió el rostro de Nura, caracterizada aún de Casandra, con la túnica de las sacerdotisas de Apolo, los cabellos rojos que enmarcaban un rostro de ojos perfilados. Eva la vio frágil. Ella, que no era una mujer propensa a manifestar los sentimientos, se enterneció ante aquella convicción desesperada. La vida de Nura había cambiado a causa de la película, como la de Adrià y Chiara, como la de ella misma. Se preguntó si habría muchas más víctimas del poder de una historia. No se ahorró la pregunta:

—¿Cuántas más, Nura? ¿Cuántas personas padecerán todavía las consecuencias de haberse atrevido a despertar tantos personajes durmientes?

—No te lo puedo decir. —Las facciones de la actriz se endurecieron.

—¿No lo sabes? ¿No puedes verlo? —Se hizo un silencio que interrumpió casi de repente—. ¿O no quieres decírmelo?

—¿Para qué anticipar el dolor? ¿De qué nos sirve saber lo que

nos es imposible cambiar?

—Hablas con frases de Casandra.

—Unas palabras que han pasado a ser mías. No las quería ni las fui a buscar. Las visiones del futuro me invaden cuando menos lo espero. Son relámpagos de una claridad que no permiten la duda.

Eva tuvo que repetirse que no era cierto. Nura era víctima de un trastorno provocado por una implicación excesiva en la historia, que había derivado en un pensamiento obsesivo. No había enloquecido o, en todo caso, se trataba de una locura inofensiva. Le cogió la mano, como había hecho mientras interpretaban la escena de dos princesas en las murallas de Troya, observando la caída de Héctor. Se la estrechó y, sin pensarlo, presa de un impulso, le confesó:

—Ferran y yo hemos decidido casarnos. Haremos una fiesta. Nos gustaría que vinieras. ¿Lo harás?

El rostro de Nura no manifestó sorpresa.

Habían pasado nueve días desde la muerte de Héctor. Cada mañana, Aquiles salía a recorrer la explanada con el cadáver atado al carro. El escarnio se perpetuaba como una pesadilla. La ciudad lloraba por el héroe caído y los lamentos llegaban hasta las casas de la gente humilde, pero también a los palacios y a los templos. Casandra oía un rumor de pena cuando acompañaba a los peregrinos al altar de Apolo. Era el eco del duelo, que subía por la montaña más allá de los límites de la ciudad. Helena percibía la decrepitud de Príamo: «No parece hijo de rey, sino estirpe de los dioses». La suerte, burlona, perturbó el destino del héroe con un castigo: si no podía recibir los rituales fúnebres, nunca atravesaría las puertas del Hades. Estaría condenado a vagar por la eternidad. Los cabellos de Príamo, abundantes y oscuros cuando Helena lo conoció, escaseaban. La grisura se había enseñoreado de la cabeza altiva, humillada por los griegos.

Hécuba intentó convencerlo de que no abandonara el refugio de las murallas. Se arrodilló a sus pies mientras le recordaba los

hijos muertos en la guerra:

—Perdimos a Troilo, que aún era un niño. Nos han asesinado a Héctor. ¿Quieres ser el siguiente? Envía emisarios a hablar con Agamenón. Deben convencerlo para que nos devuelva los restos mortales de nuestro héroe. Tienen que calmar la locura de Aquiles. No solo le han quitado la vida, sino que tratan el cadáver como a un perro.

—Debo ir yo. No hay emisarios que valgan. El rey de Troya se arrodillará ante Aquiles y suplicará su misericordia. Iré solo, porque perder la vida no me asusta después de haber vivido pérdidas peores. Mírame los brazos, Hécuba, son escuálidos. Contempla mis hombros rendidos, las piernas que han perdido la fuerza. Soy el despojo de quien se creyó un rey. Cambiaría toda la vida que me queda por una mirada del hijo que no está.

—Te matarán. No tendré ni hijo ni esposo. Haz tu camino, yo seguiré esperándoos sometida al papel de las reinas, que tan solo tienen permiso para llorar.

Príamo se fue sin volverse. Vieron la polvareda del carro haciendo zigzag por la explanada hasta que desapareció de la vista de los troyanos. Consiguió entrar en el campamento de los griegos, que lo identificaron y lo guiaron hasta la tienda de Aquiles. El rey más poderoso de Asia se arrodilló ante el joven guerrero. La sabiduría, la prudencia y la moderación se humillaron a los pies de la fuerza de Aquiles.

—Ten piedad —rogó Príamo—. Aunque sea por el recuerdo de tu padre, a quien conocí y respeté.

El rey Príamo lloraba por Héctor muerto. Aquiles lloró también recordando a Patroclo y al padre lejano. Dijo:

—No es tiempo de lamentos. El padre a quien invocas tuvo la suerte de casarse con Tetis, una diosa, pero era un rey mortal como tú. Príamo, tienes una larga descendencia. Yo fui hijo único y está escrito que moriré joven.

—Somos familias desdichadas. Pero, dime, ¿qué quieres a cambio del cuerpo de Héctor?

—Su peso en oro.

Aquiles dio las órdenes oportunas para que limpiaran el

cuerpo. Lo bañaron, lo ungieron con aceites y lo acostaron en un lecho fúnebre. Aquiles invitó a Príamo a cenar. Comían observándose: el uno, sorprendido por la belleza del joven; el otro, respetuoso ante la dignidad del rey. Desde que Héctor murió, Príamo no había logrado conciliar el sueño. En la cabaña de Aquiles, prepararon una cama para el monarca. Agotado, antes de rendirse al descanso, este dijo:

—Tengo una última petición: dame una tregua de once días en la guerra para que pueda celebrar los funerales del hijo.

—De acuerdo —respondió Aquiles.

Desde las murallas, vieron el carro volviendo a casa. Hécuba salió a recibirlo con los brazos abiertos. Los hijos y las hijas formaban un conjunto de formas delicadas detrás de la madre. Aquiles llevaba unas balanzas enormes: en uno de los platillos puso el cuerpo de Héctor, que parecía inmune a las atrocidades padecidas, con buen color en la cara; el otro platillo estaba muy arriba. Ordenaron que los sirvientes llevasen carretas con objetos de oro. Troya había sido una ciudad rica, pero los años de la guerra disminuyeron los tesoros. Hacía mucho que los mercaderes no instalaban puestos. Se detuvo el comercio, dejaron de pagarse impuestos, no brotaba el dinero como antes.

Candelabros, cubiertos, collares, pulseras, bandejas, cajas... se acumulaban en el platillo que debía nivelarse con el otro, donde reposaba el heredero muerto. Príamo clamaba al cielo:

—Troyanos, ayudadme a rescatar a vuestro príncipe.

De todas las puertas salían hombres con túnicas a modo de cestas, mujeres con pañuelos. Envolvían las pertenencias preciadas para verterlas en el plato. Allí estaban los objetos que heredaron de los padres, las reliquias del pasado, símbolo de una prosperidad perdida. Hécuba y sus hijas lanzaron coronas, diademas. Poco a poco el platillo cambió de posición. Todos los ojos seguían los movimientos con impaciencia.

Parecía imposible que el cuerpo de un muerto pesara tanto. No llevaba armadura, pero el artefacto permanecía inmóvil. Los troyanos se imaginaron que el coraje de Héctor había quedado preso en sus restos. La fuerza, el valor y la dignidad ganaban la

partida al oro, por eso la balanza continuaba quieta, como si quisiera demostrar que no había suficientes riquezas para compensar la pérdida del príncipe. Creyeron que eran víctimas de una maldición. La inquietud se añadió a la tristeza. ¿Cómo harían para liberarlo? ¿Cuándo reunirían el oro suficiente para conseguir que se abriesen las puertas del Hades, donde lo esperaba su hermano pequeño y hasta Patroclo, con quien podría reencontrarse en paz? El mundo se había detenido.

Sucedió un hecho prodigioso: Helena atravesó la puerta de las murallas y se acercó. Llevaba la túnica blanca, unas sandalias sencillas. Caminaba sin ningún ornamento, pero con paso firme. El rostro resplandecía sin maquillaje. A pesar de la pena, apareció bellísima. Llevaba un cofre. Eran las joyas que se llevó de Esparta cuando huyó en un barco. Todo lo que perteneció a la reina que fue. Inclinó la cabeza ante Príamo, que le devolvió el saludo, y se dirigió al plato donde se amontonaba el oro de los troyanos. Fue añadiendo las piezas: pulseras, agujas para el cabello, pendientes, collares. Los platos comenzaron a nivelarse. Casi estaban a la misma altura y la gente contenía la respiración. Lentamente, sacó la última joya que había en el cofre. Era el collar que Menelao le había regalado el día de su casamiento. Una cadena que le hacía daño en el cuello. En un instante, la balanza quedó equilibrada y Aquiles hizo un gesto con la mano en alto. Era la señal de que la deuda se había pagado. Los troyanos se precipitaron hacia el cuerpo de su héroe, mientras Príamo, tembloroso, abrazaba a Helena. Casandra lo vio desde lejos, cuando sujetaba a Hécuba por los hombros para que no desfalleciera. Los griegos se retiraron al campamento, deseosos de aprovechar los días de las ceremonias fúnebres para descansar. El sol se puso cuando el carro con el cuerpo de Héctor atravesó la puerta Dardania por última vez. Toda una comitiva iba siguiéndolo. Entre la multitud se movía la sombra de una reina con un cofre vacío en las manos.

Los funerales de Héctor duraron once días: hubo nueve para llorarlo, uno para la ceremonia fúnebre y otro para el banquete. Las leyendas cuentan que la intensidad del llanto de los troyanos provocó la muerte de miles de pájaros. La pira funeraria se alzó en

la parte sur de la ciudad, cerca del monte Ida. Lo encendieron a la hora oscura, siguiendo la tradición. Por la mañana, se celebraron los rituales, la procesión con el cuerpo en una carreta funeraria rodeada por plañideras que cantaban canciones de muerte. Antes de encender la madera con una antorcha, pronunciaron en voz alta: «¡Héctor, Héctor!». El fuego se esparció por todas partes. Hubo discursos que alababan el valor del hijo predilecto, del príncipe que murió en la plenitud de su vida, del amor de Helena. Ella no hizo discursos. Rehuyó la compañía de Paris, que no se percató, afanado en hacerse visible ante los ojos de Príamo como sucesor natural del heredero de la corona. Buscó a Casandra, la única en quien confiaba. La hermana adivina no se extrañaba de la nueva imagen de Helena, despojada de artificios, simple y rotunda a la vez. La familia lanzó objetos al fuego para que acompañaran a Héctor en el viaje. Cuando las llamas estuvieron altas, Helena se acercó a la hoguera, se cortó los cabellos, que eran trigo maduro, relucientes en medio de la oscuridad. La larga cabellera recordaba la cola de un caballo mágico. El fuego la devoró y una parte de Helena se fue con ella al inframundo. Casandra la increpó en voz baja:

—¿Qué has hecho?

—Lo has visto: una ofrenda al príncipe.

—¿Cómo justificarás que te has cortado el cabello por él? No es un gesto que te corresponda.

—Nunca he justificado mis actos. ¿Por qué habría de hacerlo ahora? La gente habla de la belleza de Helena. He decidido regalársela a Héctor.

Con el pelo por encima de los hombros, parecía un joven de facciones perfectas. La princesa troyana le acarició la mejilla mientras murmuraba:

—Tu belleza se multiplica incluso cuando quieres renegar de ella. Eres el sol que ilumina la noche.

—No volverá a brillar ningún astro en mi vida.

Se abrazaron en medio de los rostros oscurecidos por la pena. Lloraban al hermano y al amante. Casandra quiso consolar el dolor de la otra. Eran dos cuerpos que vacilaban. Al día siguiente fueron

a recoger los huesos de Héctor de entre las cenizas. Príamo subió con dificultades y caminó poco a poco, con la intención de evitar las brasas. Era un hombre derrotado y viejo. Los guardaron en una urna.

El rey ordenó que se celebrara una cena funeraria. Las reservas de comida eran escasas, pero el banquete por la memoria del difunto debía ser espléndido. El olor a mirra, el perfume de los muertos, inundaba el aire. A medida que los invitados iban entrando, una sacerdotisa les vertía agua purificadora en las manos. Sirvieron bandejas con carne, llenaron las copas de vino, repartieron pasteles regados con miel, nueces, higos y granadas. Sentado junto a Helena, Paris tenía los ojos tristes. Ella se preguntó si lloraba la pérdida de Héctor o se dolía por la certeza de que nunca podría ocupar su lugar. Príamo y Hécuba estaban rodeados por sus hijos y parientes, pero actuaban como si hubieran perdido la vida entera. No encontraban consuelo en las palabras de elogio al príncipe ni en las manifestaciones de afecto.

Helena se sintió más extranjera que cuando llegó a Troya. Nadie le dirigía la palabra, sino que los familiares y los nobles cruzaban conversaciones entre ellos. Tampoco tenía intención de participar. Vencida por la fatiga, se preguntó cuándo acabaría la guerra. Casandra le había asegurado que tendría una larga vida, que sobreviviría a las ruinas de Troya. Maldecía saberlo. Habría querido seguir los pasos de Héctor. Dejó Esparta por Paris, pero ahora renunciaría de buen grado a vivir.

Paris no tenía nada que ver con el pastor que se crio en la montaña. Tampoco se parecía al joven enamorado que convenció a una reina para navegar hasta la ciudad lejana. Ni tan siquiera recordaba al hombre que se esforzó en aprender a manejar la lanza para la lucha. El eterno adolescente no había aprendido a soportar el dolor. Cuando la existencia dejó de ser un juego, no supo asumir las responsabilidades. Culpó a Helena y se refugió en las camas de jovencitas que alababan sus proezas. Lloraba la muerte del hermano mientras hacía cálculos sobre las posibilidades de que Príamo lo nombrase su sucesor. Durante el banquete, buscó a Casandra.

—He visto que eres amiga de Helena —le dijo.

—No ves muchas cosas, hermano.

—Por suerte, no tengo tus poderes, pero sé que compartís confidencias.

—No es de tu incumbencia.

—Pídele en mi nombre que no continúe haciendo gestos ridículos.

—¿A qué te refieres?

—Al espectáculo de verter las joyas en la balanza.

—¿No te alegró que recuperase el cuerpo de Héctor?

—O al desacierto de cortarse los cabellos. Parece uno de mis soldados.

—Los ofrendó a la pira funeraria.

—Es mi esposa, no la viuda de Héctor.

—Recuérdalo cuando compartas el lecho de todas las criadas del palacio.

—Nunca nos hemos entendido, Casandra. Recuperé mi sitio en la corte, pero me observaste siempre con desconfianza.

—El tiempo me ha dado la razón. Has traído la destrucción a nuestra ciudad.

—Helena y yo. No te olvides. En cambio, para ella no hay reproches.

—Conocerte lleva al desencanto, Paris. Helena es un tesoro que no has sabido valorar.

—¿Yo no pero tú sí? ¿Qué secreto se esconde detrás de esta farsa de amistad? Nunca has querido tomar esposo... Te excusabas diciendo que eres una sacerdotisa de Apolo. Empiezo a pensar que hay otros motivos.

—Me importan poco tus ideas.

—Ha llorado a Héctor como debería llorarme a mí si hubiera caído en el campo de batalla. Te tiene fascinada... ¿Traje una bruja capaz de robar voluntades con sus sortilegios? La desdicha viene de Esparta.

—No te equivoques. La desgracia lleva tu nombre.

—Cuando sea rey de Troya, te haré pagar tu desprecio.

Casandra lo miró a los ojos:

—Nunca serás rey.

Paris estaba a punto para la réplica cuando la sala enmudeció. Todas las voces callaron mientras una mujer alta atravesaba la puerta. Iba vestida con una armadura hecha de piel de serpiente. Su escudo tenía forma de hoja de hiedra. Las piernas eran largas, los músculos fuertes, la cabellera salvaje. Llegó a palacio montando un caballo. Los guardias habían creído que era un centauro. Se movía con la seguridad de una reina que gobernaba unos dominios que iban desde la costa del mar Negro hasta la Capadocia. Bellísima, se acercó a Príamo y a Hécuba, que, agobiados por la tristeza, no la reconocieron. Habló:

—Quiero daros mi pésame. La fama de Héctor ha llegado hasta mi pueblo. Es un día triste, mañana será tiempo de venganza. Me acompaña mi ejército, dispuesto a ayudaros. Yo misma me enfrentaré en combate con el cruel Aquiles.

Príamo la observó desconcertado. Tardó unos minutos en saber quién era, y entonces le alargó los brazos en señal de bienvenida. Con la voz rota, exclamó:

—Bienvenida a Troya, Pentesilea, reina de las amazonas.

XVI

La tercera visita no fue clandestina. No hubo disfraz, ni se ocultó detrás de la cofia ni empujó un carrito por los pasillos del hospital. Se había lavado el pelo con un champú que olía a mandarina. Se le movía cuando caminaba hacia la habitación de Adrià. El cabello y los pasos seguían un mismo compás alegre.

No había telefoneado a Júlia para concertar la cita. No le gustaba verla. Odiaba un vínculo que rozaba la dependencia. La propuesta de la otra se concretó en dos encuentros en los que ocultó la identidad, convirtiéndose en una espía del hombre que amaba; alguien lo suficientemente temeroso para no mirarlo a los ojos, una bestezuela miedosa. La conversación con Eva fue útil. Le sirvió para comprender que no solo pretendía engañar a Adrià, sino que se mentía a sí misma. Si se avergonzaba de lo que hacía, no podría justificarlo ante los que la observaban sin entenderla. ¿Habría podido decirles que el amor nos hace actuar como locos? ¿Habría sido capaz de explicarles que el accidente no solo rompió los huesos de su hombre, sino también su alma? No sabía cuál era la fórmula para recomponer el alma. Por eso hizo experimentos ridículos, pactos que parecían de patio de colegio, carnavales a destiempo.

Caminó sin mirar a la gente de reojo porque había recuperado la firmeza. Giró el pomo de la puerta con el mismo cuidado que si hubiera tocado un ramo de flores. Entró con una media sonrisa en la mirada y volvió a ver el perfil de Adrià. Este yacía de espaldas, con el techo transformado en el horizonte. Reconoció sus facciones. Se acercó a la ventana y abrió las cortinas. La penumbra se diluyó cuando la claridad inundó la sala. Él parpadeó para acostumbrarse a la luz. Chiara le adivinó la sorpresa después de un deslumbramiento inicial: la incredulidad al descubrir las cosas

pequeñas, los detalles que ocultan las sombras. Habría querido lanzarse a sus brazos, pero se quedó quieta. Adrià volvió el rostro hacia Chiara, que parecía muy vulnerable, con las manos en los bolsillos, el aire adolescente de quien se enfrenta a situaciones nuevas. Los ojos contagiaron a los labios en una explosión de alegría. A pesar de la incertidumbre, estaba contenta. Era una alegría pueril, inspirada por la visión del rostro de él. Adrià le dijo:

—Has vuelto.

—Sí. —Pronunció el monosílabo con cautela, como quien se disculpa.

—Los otros días no fue fácil reconocerte. Hoy eres tú.

—¿Cómo?

—¿Me visitabas vestida de blanco? Me preguntaba si eras un fantasma, porque no veía a la mujer que conozco. Dudé de haberlo soñado.

—Fueron dos visitas.

—Sí.

—Me disfrazaba de auxiliar de enfermería para verte. Me lo propuso Júlia. Debes saber quién es.

—Hacías de su doble.

—Estoy acostumbrada. Es mi trabajo.

—En este caso no fuiste capaz de dejar de ser tú.

—¿Cuándo me identificaste?

—La primera vez. —Ella percibió la ternura en su voz.

—Pero callaste. ¿Te parecí ridícula?

—Todo era confuso. Me costaba creer que te tuviera delante. Dudé de mi capacidad de percepción.

—Puedes decírmelo claro.

—No..., en nuestra conversación...

—¿Cuándo? ¿Cuál?

—La última.

—Sí, cuando me sacaste de la habitación y de tu vida —lo dijo con tristeza.

—Eres tozuda. Has vuelto.

—A la habitación, sí.

—Y a mi vida.

—¿Cómo?

—Estaba destrozado. No podía asumir la pérdida ni quería arrastrarte a la pesadilla. Me equivoqué.

—No soportabas que te viera débil.

—No quería debilitarte junto a mí. Te quería demasiado.

—¿Demasiado? Qué palabra más absurda.

—¿Puedes perdonarme? —La miró como antes.

—¿Qué quieres? —Chiara se esforzó para que no se diera cuenta de su nerviosismo.

—Tu perdón y tu compañía. Has abierto las ventanas otra vez. —Sonrió señalando las cortinas—. Lo has hecho en todos los sentidos.

—Nunca me fui. Fuiste tú quien huyó justo antes de echarme. A veces, quedarse inmóvil no nos impide escapar lejos. No estabas. Ni aquí ni en ningún lugar. Iba y venía sin dejarte. —No había reproches.

Chiara le alargó la mano. Él se refugió allí. Recuperaron una sensación de calidez que habían añorado. La puerta se entreabrió un poco, suficiente para que se sintieran observados. Júlia se había movido de forma imperceptible, pero supieron que estaba allí. Los escuchaba desde el umbral, con el cuerpo en posición de alerta. Había intentado disimular su presencia. Habría querido ser invisible, entretenerse observándolos sin que nadie pudiera descubrirla. Estaba enojada por dos motivos. Por un lado, el encuentro anulaba la influencia que había tenido en Chiara. Ya no dominaba la situación porque no tenía nada que ofrecerle. Había pensado seguir haciendo uso del poder de gestionar las visitas a cambio de información sobre el rodaje. No se tomó en serio el rechazo de la otra. Interpretó las manifestaciones de ira como rabietas poco duraderas. Le habría exigido saber detalles de Ismael. Anécdotas concretas, cualquier información era buena para aproximarse. Quería formar parte de su vida. Por otro lado, comprendió que se amaban. Sintió envidia porque nunca la habían mirado igual. No le importó demasiado hasta que lo conoció. Podía captar la gratitud, la confianza, el afecto en los ojos de Ismael, pero no encontró el fuego que vio desde la puerta.

Chiara y Adrià la miraron. Los semblantes se transformaron. Ella hizo un gesto de incredulidad. ¿Por qué aparecía cuando hubiese deseado que estuviese a kilómetros de distancia?, se preguntó. Él la miró con dureza mientras le decía:

—Adelante, Júlia, supongo que es la hora del medicamento.

—No, aún no —titubeó esta—. He oído voces...

—Y has decidido averiguar qué decíamos —continuó Adrià burlón—. Tienes que saber que, por fin, he recuperado la sensatez.

—No lo diría. —Los labios se cerraron como quien se reserva un secreto.

—Nos importa poco lo que puedas opinar. Hablas mucho. ¿No te han dicho que cansas?

—Soy discreta, a pesar de tus groserías. Debes saber que Chiara me ha ayudado muchísimo.

—Me alegro, pero prefiero que me lo cuente cuando quiera.

—Dudo que te lo diga, ahora que parecéis tan felices. Tu mujer buscó al sustituto. Gracias a ella hay un nuevo Paris en la película. Hizo un buen trabajo.

—Estoy seguro de que era lo mejor para Ferran. La obra de nuestro amigo se merece unos actores magníficos. Te agradezco que me lo hayas dicho. El concepto que tengo de Chiara mejora con cada uno de sus actos. De ti, no puedo decir lo mismo. ¿A quién tengo que dirigirme para pedir que no vuelvas a esta habitación?

Júlia dio unos pasos hacia atrás. Parecía un muñeco al que hubiesen golpeado. Insegura, cerró la puerta sin pronunciar palabra. Reconocía el torpe intento de alejarlos. Había reaccionado como un autómata que se defiende sin tácticas, de una forma grosera. Dio la información con la intensidad de un puñetazo. Había querido hacer vacilar la confianza recién recuperada, pero provocó el efecto contrario: el héroe defendió a su dama. Adrià no se dejaba influir por las personas desconocidas, y menos por quien intuía adversaria de Chiara. La reconciliación implicaba una confianza que no podría destruir nadie. En la soledad de la habitación, había tenido tiempo para añorarla. No permitiría interferencias ajenas. Al hablar con una mala voluntad explícita, el

discurso de Júlia perdía fuerza.

Se fue deprisa. Buscó el refugio cerca del ascensor, donde se escondía con Chiara para disfrazarla. Antes de entrar, se cruzó con la directora de enfermería:

—¿Todo bien, Júlia? Te veo pálida.

—He tenido un día movido —intentó frivolizar—. Nada importante.

—Cuando se calme el ambiente, vete a casa. No esperes que acabe tu turno, necesitas descansar.

—Lo haré, gracias. —Trató de sonreír.

Cuando se encerró en el habitáculo de estanterías y cajoneras, apoyó el cuerpo en la puerta. Se quedó paralizada, incapaz de moverse hasta que le fallaron las rodillas. No cayó, sino que inició un descenso que era la bajada al infierno. Se le doblaron las piernas, la espalda resbaló por la madera, la cabeza se hundió entre los hombros. Cuando estuvo en el suelo, vio su imagen en un espejo. Se descubrió débil, pequeña. ¿Cómo podía ser tan poca cosa?, se preguntó. Envidió la energía de Eva y el encanto de Chiara. Era una mujer corriente, con unas facciones fáciles de olvidar. Lloró su insignificancia. Si hubiese sido un animal —pensó en un acto reflejo—, sería una hormiga que persevera en sus objetivos. No tenía la gracia ni la picardía de las otras. Tampoco resultaba misteriosa. Como mucho, hábil en el arte de la conspiración. Nunca se había mirado a fondo, pero no se gustaba. Eva y Chiara habrían sido dos pájaros. Se clavó las uñas para sofocar la rabia. Comprendió que no haría perder la cabeza a Ismael. Ella, que era sensata, habría dado tiempo de vida para hacerlo enloquecer de amor.

Poco a poco se calmó. El habitáculo era de dimensiones reducidas, suficientemente grande para no recordar un armario, pero favorecedor de una quietud que le había permitido reflexionar. Intentó conducir los pensamientos hacia caminos amables. La versión práctica de Júlia, la superviviente que no admite fracasos, compareció entre el maremágnum de objetos que la rodeaban. Se sentó con las piernas cruzadas mientras ponía orden en el cabello revuelto. Respiró hondo e hizo el ejercicio de

reconducir las ideas. Se preguntó cómo habría querido ser. La respuesta no era sencilla, porque abría un abanico de opciones. Pensó en la película. Aunque no participara en ella, se sentía cercana. Había oído las conversaciones de Ferran, los comentarios de Eva, las anécdotas de Chiara. Se había jugado el trabajo para conseguir el papel de Paris para Ismael. Ignoraba si hubiera querido tener la fuerza de una Helena de Troya, aunque no ambicionaba despertar pasiones por todas partes. Prefería pasar desapercibida, lo que no quería decir ignorada. Tampoco envidiaba las capacidades adivinadoras de Casandra. El presente era difícil: tener que moverse entre el hoy y el mañana le pareció un castigo.

La imaginación comenzó a trabajar. Siempre había querido ser una mujer alta, pues siempre había tenido que mirar el mundo poniéndose de puntillas. Debía de ser magnífico dirigirse a los otros desde lejos. No habría estado insegura en los gestos si hubiera medido dos palmos más de altura. Habría adquirido un dominio del espacio, una manera de ubicarse en un lugar sin temer las miradas. No habría tenido que pedir permiso para estar allí. No se imaginaba esbelta, sino fuerte. Los hombros amplios, los brazos marcando la forma de los músculos, el tronco como la cepa de los árboles. Visualizó unas piernas en las que fuera evidente la huella de muchas horas corriendo. Si cada paso suyo hubiese valido por diez, si con las manos hubiera podido arrancar ramas, todo habría sido distinto. Se tocó los cabellos. Eran un reflejo de sí misma. Le habría gustado tenerlos larguísimos.

Cabalgaría un caballo que respondería a las órdenes de un contacto mínimo con su cuerpo. Una bestia con la que establecer una complicidad de afectos. Tenía que cerrar los ojos para sentir el viento, la certeza de ser libre al galope. Despertaría la admiración de todos, el respeto que roza la línea del temor en la multitud. Sería la capitana de un ejército. Centenares de mujeres la obedecerían con la fe que inspiran los caudillos capaces de salvar un pueblo. Si viviera la leyenda que imaginaba, nada le daría miedo. No sería vulnerable. Ningún hombre trastocaría los planes de la guerrera que podría ser. Ismael no habría aparecido en su vida para recordarle que no valía nada. Si lo hubiera encontrado,

no lo habría visto, porque la reina de las amazonas nunca se enamoraba.

Las amazonas sabían que el mundo es grande. No vivían recluidas tras murallas en ciudades donde tenían poco poder, sino que cabalgaban desde el alba hasta que se ponía el sol. Dormían sobre la tierra, de donde estaban convencidas que surgía la fuerza que rige el mundo, una energía que sentían fluir en sus cuerpos. Algunas pasaban las noches en cuevas; otras descansaban en tiendas cubiertas con ropas de lana para soportar la humedad. Estaban acostumbradas a pasar hambre cuando se alejaban de los pastos y las yeguas perdían la leche, que era el alimento básico. Cogían bayas o raíces de los árboles del bosque. Manejaban el arco y las lanzas con destreza porque les gustaba la caza.

Tenían el rostro y las manos quemadas por la vida al aire libre. Solían invocar la protección de la Doncella Cazadora y de la Madre Tierra, la existencia de las cuales consideraban más antigua que la de los dioses del Olimpo. Su equipaje era escaso: las tiendas que desmontaban y envolvían con cuidado, las ollas de bronce, los manteles de reinas antiguas. Si la tribu se disponía a marchar, Pentesilea encabezaba el ejército; en medio iban las embarazadas, las ancianas y las niñas. Las guerreras cerraban la columna. Eran las mejores luchadoras, pero también las que escogían a los hombres con los que concebían hijos cuando pasaban por un poblado. Si eran machos, les dejaban vivir con los padres. Se olvidaban de ellos. Si eran hembras, las educaban en el arte de la lucha.

Se narraban historias de noche junto a las hogueras o en la frescura de la hierba. Eran los relatos que oían contar a su paso por los pueblos. Hablaban de reyes magnánimos, héroes que protagonizaban grandes gestas, destrucción y prosperidad. A lo largo de muchos años, tuvieron noticias de Troya. Se alegraban, porque era una ciudad bella donde la vida transcurría en paz. Cuando se habían alojado allí, siempre fueron recibidas con gentileza. Los reyes ponían mesas donde se servían manjares

abundantes. Les contaban las novedades: el nacimiento de un hijo, las anécdotas de las ferias que reunían a los mercaderes, el paso de barcos de velas blancas. Hécuba admiraba el coraje de las mujeres guerreras. En algún rincón del corazón, había envidiado su vida libre. Obsequiaba a Pentesilea con collares y pulseras, le hablaba con una confianza poco frecuente en la reina. Eran tiempos de riqueza, que permitían la generosidad de los gobernantes. Nada auguraba la oscuridad.

Pentesilea había visto crecer a los príncipes. Conocía a Héctor desde que era un niño. A pesar de la indiferencia que solían inspirarle los niños varones, se ganó su afecto. Destacaba por la nobleza de corazón, una cualidad que las amazonas consideraban un regalo de los dioses. Había tenido ocasión de contemplarlo en la lucha. Se enfrentaba como era: generoso y valiente. Pentesilea había propiciado juegos con el joven príncipe, a quien enseñó tácticas de ataque, estrategias defensivas. Era un héroe, pero lo amó como a un hijo. Cuando supo de su muerte, no podía creerlo. La fama cruel de Aquiles también había llegado a la tribu. Le contaron que profanó el cadáver arrastrándolo por el campo de batalla.

No esperó a que saliera el sol. Despertó a las mujeres dormidas. Ordenó al ejército que cabalgara hasta Troya acompañándola; no importaba que estuviera lejos. En la ruta no habló. Tampoco aceptó comida ni bebida. Las amazonas nunca habían conocido la tristeza de la reina. No la vieron llorar; pero, de noche, protegida por la oscuridad, era un río de pena por el príncipe. Recordaba la mirada de Héctor cuando le decía:

—Sois más alta que el mejor soldado. Querría crecer y ser como vos. ¿Me aceptaréis en vuestra tribu cuando sea mayor?

Había una admiración sincera en los ojos. Ella le respondía:

—Mi ejército es de mujeres. ¿Qué harías tú, príncipe? ¿Pretenderías mandarnos?

—¡Oh, no! Las amazonas son libres. Me gustaría aprender de vosotras el arte de la lucha y de la vida.

—Lo aprenderás en Troya, heredero de la ciudad. Crecerás en altura y en sabiduría. Te convertirás en un rey justo.

Fue un hombre fuerte, de un atractivo poco común, valiente y bondadoso, a quien Pentesilea admiraba. Los augurios se habían cumplido. En cada visita, cuando las amazonas cruzaban las puertas de la ciudad, el hijo mayor de Príamo abrazaba a la reina, que acababa de descabalgar, como si aún tuviera ocho años. La acompañaba a la cámara, donde podría refrescarse, y recuperaba la antigua insistencia en suplicar que le contara aventuras nómadas.

Hacía años que Pentesilea no iba a Troya. La última visita había sido antes del comienzo de la guerra. El encuentro con Héctor fue afectuoso, pero la seriedad había sustituido a la alegría. Le señaló las naves negras que se alineaban en la costa:

—Son los griegos, que esperan —le dijo.

—¿El momento de atacaros? —preguntó ella.

—Sí. Son sombras que han ocupado la bahía. Hace semanas que aparecieron. Había imaginado una paz duradera, pero todo el mundo huele la guerra.

—Lucharás por Troya.

—Me he preparado toda la vida para combates imaginarios, como en un juego, pero pronto serán reales. No me gusta la idea.

Borró el rastro de niño, los vestigios de inocencia al decirle:

—Pentesilea, puede que muera en la guerra.

—¡No! —El grito le salió como una flecha—. Eres el mejor guerrero, que reinará en la ciudad con justicia.

—Gracias. Haré todo lo que pueda para defenderla.

—Lo sé, pero... ¿y Paris? ¿Cómo fue tan loco de traer a una mujer extranjera, la esposa de Menelao?

—Se enamoró.

—No lo justifica. Helena debería haberse hecho amazona si quería ser libre. Se ha equivocado.

Héctor palideció cuando pronunció el nombre de la reina de Esparta. Pentesilea le adivinó una tempestad de contradicciones. Se atrevió a comentar:

—La belleza de Helena es ya legendaria. Hace perder la cabeza y el corazón de quienes la conocen. No debería haber pisado Troya.

Héctor respondió:

—No es solo una cuestión de belleza.

—¿Y entonces?

—Es la luz.

—¿Qué quieres decir?

—Helena ilumina las ciudades y las vidas.

—¿También la tuya, Héctor, hijo de Príamo?

—Sí —habló con sencillez, humilde, aunque sin perder el tono firme de las verdades.

Pentesilea no supo qué contestarle. La confesión la emocionó porque demostraba confianza, pero también le rompió el corazón. «Un hombre que ama pierde fuerza», pensó. Volvió a abrazarlo.

Hubo una gran batalla. El estrépito de las armas, bronce contra bronce, llegaba a los que observaban desde lejos. Los comandantes troyanos fueron a la lucha tras Pentesilea, que dirigía el ejército. Nubes de polvo se levantaron en el aire. Helena y Casandra intentaban ver a través del espesor brumoso. Casandra, que se había negado a hacer vaticinios, observaba la lucha como una estatua. Duró mucho tiempo. Comenzó de buena mañana, continuó con el sol del mediodía. Se prolongó al atardecer hasta que oscureció. La reina de las amazonas era una magnífica guerrera. Hizo caer a muchos griegos. Cuando Aquiles la persiguió, lo obligó a salir de la llanura y lo hizo retroceder. El héroe estaba a la defensiva. Ella espoleó el caballo con la intención de aprovechar el momento de debilidad para vencerlo, pero Aquiles se giró para apuntarla con la lanza que le atravesó el cuerpo.

Pentesilea cayó del caballo, golpeó el suelo. Aquiles estalló en un grito victorioso y se acercó para quitarle la armadura, que era el trofeo. Cuando le quitó el casco, descubrió que era una mujer. Hizo un gesto de sorpresa, porque había oído hablar de la reina de las amazonas, pero ignoraba que estaba entre los troyanos. Los guerreros que lo acompañaban se echaron atrás, convencidos de que aquella muerte era un crimen. Todo el mundo conocía la fama de la reina. Aquiles, que esperaba el reconocimiento de los soldados, enloqueció. Se acercó al cadáver, lo desnudó y copuló con el cuerpo aún tibio, bellísimo. Violar a la reina de las amazonas habría sido considerado un acto inimaginable, pero

hacerlo después de haberla matado resultó estremecedor. El silencio dominó a los griegos y a los troyanos que observaron la escena. Paris se imaginó que el cielo y la tierra temblaban. Muchos creyeron que morirían víctimas de la furia de las mujeres guerreras. Sin embargo, la estupefacción dominaba al ejército de las amazonas. Nadie podía creer que la escena fuese real.

Paris rompió el silencio y ordenó a los soldados que lo ayudasen. Cubrieron el cuerpo de Pentesilea. La pusieron sobre el caballo colocada de través, con los pies colgando, e iniciaron una comitiva hacia la ciudad. Los caudillos griegos, imitando el gesto de Agamenón y Menelao, inclinaron la cabeza en señal de respeto. Nadie miraba a Aquiles, porque sabían que la Madre Tierra no le perdonaría la ofensa.

Se abrieron de par en par las puertas de Troya. El ejército volvía con la derrota escrita en los ojos de los soldados. Paris caminaba junto al caballo, sujetando las riendas. Parecía agotado, como si cada paso supusiera un esfuerzo. La rabia, la impotencia y la incredulidad lo empujaban a seguir. Los nobles corrieron a recibirle. Príamo caminaba como un fantasma. No se cansaba de repetir:

—Era una gran reina.

Cuando Helena vio a Pentesilea muerta, preguntó a Casandra:

—¿Por qué no me lo habías dicho? Lo sabías. —Había un reproche en la voz.

—¿Por qué tenía que hacerte sufrir antes de hora? —respondió con serenidad.

—Habría podido hacerme a la idea y prepararme.

—Nadie puede aceptar tanto horror. No quería adelantar la pena. Lo que es inevitable llega siempre.

—Lo habríamos podido compartir. Saberlo habrá sido un enorme peso.

—Mucho, muchísimo, pero estoy acostumbrada. No te quejes por mí ni por ti. Nosotras estamos vivas.

—Ella amaba a Héctor. Si le hubiera podido explicar cómo era mi amor, me habría entendido. No aproveché el tiempo. Es una conversación que nunca tendremos. Las guerras nos enseñan que

no se debe guardar nada para mañana. No sabes si habrá un mañana.

—No hablarás con Pentesilea, pero puedes rendirle los honores que se merece. Vino de lejos para vengar al príncipe, ha caído en la lucha y su cuerpo ha sido profanado. Hazte cargo de los funerales.

Helena corrió hacia Paris, que no dejaba las riendas, como si tuviera miedo de caer. Lo miró con una intensidad que recordaba épocas lejanas. Le dijo:

—Ya está, Paris. No puedes hacer nada más. Mis damas bañarán y perfumarán el cuerpo. Organizaré los rituales de despedida.

—¿Por qué tú? —Había una acusación en el tono de la pregunta.

Helena levantó la cabeza en un gesto de desafío.

—Nací reina como ella. Una reina llorará en las ceremonias fúnebres de otra reina. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Déjame vía libre. Es mi turno: Pentesilea está muerta y la ciudad se lamenta.

Los cabellos cortos formaban un aura luminosa. Parecía una diosa que clama venganza, pero era una mujer que se inclinaba en señal de duelo.

XVII

Ismael dejó caer las riendas del caballo. Sentía los músculos de las manos rígidos, a pesar de que intentaba relajarse. Se enjugó el sudor. Había vivido la escena con una intensidad que no había sabido prever. Cuando actuaba, era la persona que creyó desaparecida, al saber que había matado a una mujer. La culpa había sido una sombra todopoderosa que se instaló en su vida. Le transformó el carácter: se volvió miedoso, se empequeñeció, no se atrevió a mirar el mundo con la mirada limpia, se menospreció a sí mismo. Después de la espera en los pasillos del hospital, días y noches de hombre anónimo, que se esconde de los familiares de la víctima, gente desesperada como él, personas de las que no quería saber nada, porque saber nombres, grados de parentesco, historias concretas habría hecho que se desbordara el dolor. Contenerlo no era fácil. Levantarse cada mañana exigía una voluntad férrea, pero significaba poner límites a la tristeza, poder caminar, subir escaleras, pararse a tomar un café, sentarse durante horas. Hacer como si estuviera vivo.

Interpretar a Paris era volver a la vida. Ponerse en la piel del joven príncipe lo ayudaba. Cuando llegó a los muros de Troya con el cuerpo de Pentesilea en el caballo, pudo identificarse con la culpa de Paris, que veía caer a una nueva víctima de su amor por Helena. Se sentía un asesino, maldecía la vida pasada, enrabiado con la mujer que lo siguió por la mar. «Los cobardes no asumen nunca la culpa —pensó Ismael—. Tienen la necesidad de trasladarla a algún otro porque son incapaces de soportar una condena dura.» Al principio, él intentó desviar las causas del accidente hacia circunstancias que no tenían nada que ver con lo que sucedió. Buscó excusas hasta que se impuso la lucidez. Nunca había sabido autoengañarse. Mientras interpretaba a Paris, Ismael

miró a Eva con odio. Eva-Helena encontró a un actor que estaba a la altura del papel y se alegró.

El equipo de grabación se paró, se apagaron los focos, el decorado volvió a ser de cartón piedra. Eva sonrió a su compañero de rodaje.

—Te felicito. Una interpretación impecable.

—Gracias. —Hacía mucho que no expresaba alegría—. Para mí ha sido una prueba de fuego.

—Los príncipes siempre lo son. Además, has tenido que superar un doble obstáculo: haces un nuevo papel, pero te incorporas en sustitución de alguien a quien todos apreciábamos. Debías de respirar la presión en el ambiente.

—En el ambiente y en mí mismo. Por todas partes.

—Un punto de adrenalina siempre es bueno... —Sonrió.

—Te aseguro que no era un puntito. ¿Cómo se mide la adrenalina? Pon la dosis más alta. —Sonrieron los dos.

—En cualquier caso, prueba superada. Me alegro mucho. Necesitábamos un buen Paris.

—Gracias.

—Aunque confío en el criterio de Ferran y me había hablado muy bien de ti, no estaba tranquila.

—¿Qué te hacía dudar?

—Te seré sincera: la persona que nos pasó tu currículum no me gusta. Ni ella ni sus métodos. Disculpa la claridad, soy muy directa.

—Prefiero la gente directa. No me apuñalarás por la espalda.

—Nunca. Yo apuñalo a la cara.

Los dos rompieron a reír. Eva cambió de expresión. Su tono de voz se volvió serio:

—No habría debido hablarte mal de Júlia. Sé que sois pareja.

Ismael miró al suelo antes de enfrentarse con sus ojos.

—No diría tanto. Me ha ayudado durante meses. Le estoy agradecido por toda la ayuda. Me ha acompañado, ha sabido escucharme, ha hecho lo imposible por conseguirme el papel. Es una magnífica persona y, bien, nos estamos conociendo.

—Caramba, qué entusiasmo... —No pudo evitar la ironía—.

Soy un poco malvada, pero me alegra intuir que no estás enamorado.

—No sabría decirte. Los sentimientos son una cuestión complicada. El tiempo me dará la respuesta.

—Sí. Por lo que se refiere a la película, solo puedo pedirte que sigas con las mismas ganas. Irás integrándote en el equipo y todo será fácil. Ya lo verás.

—Es lo que querría. Conozco a muy poca gente. Ferran, Toni, tú... y Chiara.

Hubo un temblor en la voz cuando pronunció el último nombre.

—¿Os conocéis? Es fantástica, mi mejor amiga. —Mientras hablaba, se dio cuenta de que habían recorrido un largo camino. La desconfianza inicial le parecía imposible.

—Es lo que me pareció.

—¡Ah! ¿Sabías que era amiga mía?

—No. Quería decir que es fantástica.

Eva vio que se le llenaban los ojos de lucecitas, como si fuese Paris enamorado. No era Nura ni compartía los poderes de Casandra, el maleficio de adivinar el futuro. Era realista, no se dejaba llevar por las preocupaciones, pero tenía intuición. Las palabras de Ismael no la pusieron en estado de alerta, fue el tono con el que habló. Una frase sin importancia puede contener emoción. Le captó la alegría de los descubrimientos cuando se refirió a Chiara. Descubrió el deseo de hablar de ello y al mismo tiempo la precaución de quien sabe callar porque no quiere caer en terrenos peligrosos. Todo eran invenciones de la mente, se repetía, mientras la idea de que Ismael se había enamorado de Chiara, así como ella misma se enamoró de Ferran de una manera sencilla y poderosa, donde no cabían los pasos atrás, se concretaba. Sintió un malestar en la boca del estómago y estuvo a punto de decirle al imbécil por el que había sentido un arrebato de simpatía que no todo vale, que su amiga era una criatura débil, que Adrià no se merecía otra pérdida, y mucho menos un ladrón que le robara a la vez el papel de Paris y a la mujer que quería.

Cuando quiso hablar, Eva comprendió que Ismael aún no lo

sabía. Si estaba enamorado, no lo había descubierto. Era una persona que salía de un estado de conmoción, agradecida por la oportunidad de salvarse actuando en la película. No había trampas en sus ojos. Tampoco estaba preparado para las sorpresas. Solo quería sobrevivir. Deseó que nunca llegara a saberlo. Se hizo el propósito de mantenerlo alejado de Chiara, que había emprendido la tarea de recuperar a Adrià. Le dijo:

—Es fantástica. Por eso hace tan buena pareja con Adrià, el actor al que tú sustituyes.

—A él no lo conozco. No creo que sea oportuno molestarlo. Sé que le hacía mucha ilusión ser Paris.

—Más adelante podréis conoceros. Me parece prudente esperar. Tienen que pasar días, meses. El tiempo y Chiara serán sus aliados. No debes tener prisa. Hasta puede ser positivo que te alejes de ella, que no quieras ir de compañero amable, ya me entiendes. Le harías daño. Yo la conozco. Me parece que eres lo suficientemente empático para entenderla. Se marchará cuando interpretes el papel.

—No querría causarle dolor.

—Estoy segura. Ponte en su piel: en cada escena de Paris, recordará el accidente. No te culpará, porque no eres la causa, pero le será difícil ser testigo.

—Estoy harto de hacer daño. No quiero aumentar la tristeza de nadie. Intentaré no ser una molestia. Tienes mi palabra.

Cuando se despidieron, cada uno era un pozo de contradicciones. Eva, aunque tenía mala conciencia porque había tratado de manipular a un hombre, notó la excitación de quien acaba de salvar a alguien de un peligro. Nunca había dudado de lo que Chiara sentía por Adrià, pero él la había abandonado durante semanas. Podía surgir la duda, las ganas de continuar sola. Una incertidumbre que no permitiría que viera con claridad en el momento de cometer un error imperdonable: buscar refugio en Ismael. Su deber era evitarlo.

El actor fue a ducharse. El eco de las palabras en su cabeza. Se escondió bajo el chorro de agua en un intento de silenciar el ruido. Una idea iba tomando forma: había hecho el amor con Júlia

mientras pensaba en Chiara. No se lo propuso, ni lo hubiera querido, pero el pensamiento fue de una mujer a otra. El deseo no entiende de normas ni puede atarse con un cordel. Recordaba los ojos de un verde casi doloroso de mirar. «A veces, la belleza nos rompe», se dijo. Era duro tomar conciencia de que no había dejado de pensar en ello desde que la conoció. Había arrinconado el episodio, decidido a olvidarlo o como mínimo a hacerse el distraído, porque no le habría gustado reconocerlo en voz alta. Eva abrió las puertas del escondite y lo enfrentó con lo que vivía. Experimentó miedo, hasta que la cordura fue imponiéndose. No quería volver a ser culpable de nada. De la misma forma que no había querido matar a una mujer, tampoco pretendió enamorarse de quien no le correspondía. Se equivocaba siempre, pensó. Cometía errores involuntarios, aunque de consecuencias terribles. En este caso, le habían abierto los ojos. Agradecía las advertencias de Eva cuando se secó con una toalla y se vistió. Se hizo el propósito de telefonear a Júlia y tomó la decisión de borrar a Chiara de su mundo.

Encontró a Toni. Se habían conocido el día del *casting*, pero le parecía que llevaban mucho siendo amigos. El hombre que ayudaba a Ferran, su brazo derecho, desprendía lealtad en cada cosa que hacía. Tuvo la impresión de que podía confiar en él. El otro lo recibió con una sonrisa mientras le daba palmaditas en la espalda:

—Felicidades. Todo el mundo comenta que has hecho una buena actuación.

—Gracias. No puedes imaginarte cuánto me ha gustado. Mientras interpretaba la escena, tenía la sensación de volver a la vida. —Se interrumpió—. Debes de pensar que exagero.

—De ningún modo. Adiviné que darías el alma; nos lo demostraste el día de las pruebas. Estoy contento de haber acertado con la elección. Bienvenido al equipo.

Las palabras fueron un bálsamo. Los elogios sinceros, el espíritu animoso, el optimismo que desprendía lo calmaron. Alzó la frente y respiró. No había pasado nada. Era un hombre inocente que no tenía intención de equivocarse. El pensamiento es libre, se

dijo. Corre como un caballo desbocado que puede agobiarte, pero que no perjudica a los demás. El deseo parece incontrolable, menos cuando interviene la voluntad. Le invadió la sensación de que todo estaba en orden. Volvió a pensar que interpretaba a Paris y sintió alegría. Un gozo tímido, que no se atrevía a manifestarse, pugnaba por incitarlo a sonreír.

Se despidió de Toni con afecto, empujado por una oleada de optimismo que le resultaba desconocida, y condujo hasta el centro. La ciudad estaba llena de gente. Había sido incapaz de volver a moverse por aquellas calles. Le evocaban imágenes con una viveza que no podía soportar, pero estaba decidido a vencer el miedo. Buscó una floristería, una tienda sofisticada donde poder diseñar los ramos al gusto. Optó por los lirios salvajes. Se fue satisfecho con la elección y, antes de volver al coche, marcó el teléfono de Júlia. Aún perduraba el impulso, la fe en el futuro, las ganas de actuar como le dictaba la cabeza. No tardó en responderle:

—¿Ismael?

—¿Estás en casa? —La pregunta surgió como una explosión del corazón que busca liberarse.

—Sí. —Hubo un silencio—. ¿Qué haces?

—Voy a verte. Me gustaría celebrar el primer día de rodaje. ¿Aceptas una invitación a cenar?

—¡Por supuesto! ¿Estás lejos?

—En veinte minutos estoy en la puerta.

—Te espero.

Júlia voló. Se puso rímel, un vestido negro y unos zapatos de tacón. El espejo le ofrecía el reflejo de una mujer ilusionada, con una luz que le transformaba las facciones. Se vio bella, algo que no dejó de sorprenderla porque ignoraba que el amor nos mejora. Cuando oyó el claxon del coche, salió de casa. Se encontraron en la acera. Feliz por la invitación que no esperaba, saltó a los brazos de Ismael. Fue un abrazo torpe, incómodo. Él la recibió con una alegría llena de buena voluntad. Acogió el cuerpo que buscaba refugio en el suyo mientras murmuraba:

—¿Qué prefieres, un japonés o cocina mediterránea?

Ella le respondió con los ojos que le daba igual, que verlo le

quitaba el hambre, que solo quería estar con él. Caminaron hasta el coche. Júlia no notó el temblor en las manos de Ismael. Ignoraba que, a pocos metros del portal, enterrados en una papelera, había lirios de mar que el calor marchitaría antes de hora.

Después del funeral de Pentesilea, que fue despedida con todos los honores, el pueblo se sumergió en un estado de somnolencia: todo sucedía poco a poco, como si formara parte de un universo irreal. Dormían escasas horas, comían los restos de las provisiones que guardaban en las despensas, mezclaban el agua con el vino para que durase, cuidaban de los heridos, preparaban crematorios para quienes morían. No les quedaba esperanza. Las muertes de Héctor y de Pentesilea habían esparcido la tristeza entre el pueblo. Los ánimos de Hécuba y Príamo no eran mejores que los de los demás. Los reyes de Troya buscaron refugio en Paris, el hijo que debía salvarlos de la guerra.

Helena pasaba los atardeceres con Casandra en el templo de Apolo. Cuando podía escaparse, subía a buscar a la única amiga con quien se sentía bien. La esperaba con una sonrisa acogedora. Cuando se imponía la tristeza, se sentaban en una de las arcadas y jugaban con las serpientes protectoras del hogar. Veían cómo dibujaban círculos en sus cuerpos. Estaban en silencio hasta que se ponía el sol. Helena intentaba encontrar respuestas en las frases misteriosas de Casandra:

—La gente te criticaba porque predecías desgracias —le dijo —. Se burlaban y no te querían escuchar. Te trataban con desconsideración, como si fueras una loca que dice cosas absurdas. Cuando te conocí, tampoco yo te creía. El miedo hace que se pongan en tu contra. Temen la verdad y tú la proclamas.

—Cuando comenzó la guerra, intenté prevenirlos. No podía callar cuando se me aparecían las visiones de futuro. Sentía que era un deber avisar a la familia, al pueblo... Aunque no se pueda cambiar lo que ha de venir, confiaba en la posibilidad de hacerlo. Tenía fe. ¿Se puede jugar con el destino? ¿Engañarlo? No quisieron intentarlo. Comprendí que es mejor el silencio.

—No te calles conmigo. Sentí que no me advirtieses de la muerte de Pentesilea.

—¿Por qué?

—Habría querido despedirme de otra forma. Me habría gustado hacerle preguntas sobre Héctor. Lo conoció cuando era un niño; seguro que conservaba en la memoria muchas anécdotas. Te lo ruego: no me ocultes lo que ves.

—Veo que vendrá algo que zarandeará tu vida, Helena.

—Dime a quién debo esperar. ¿Menelao ha vuelto a buscarme? ¿Los griegos aparecerán de noche en la ventana? No sería un alto precio, si así se acabase la guerra.

—No hablo de guerra. Esperas un hijo de Héctor.

—¿Qué dices? No puede ser cierto. Nos unimos una sola vez antes de su muerte.

—Te fecundó aquella noche. Zeus tendrá un nuevo descendiente en la tierra, el hijo de su única hija mortal.

—No me hables de Zeus. Se desentiende de su prole, igual que olvida a las mujeres con las que ha copulado siguiendo el capricho de un momento, porque dispone de la eternidad.

—Tu cuerpo se redondeará. Así como las ovejas tienen los corderos y los olivos fruta, tú parirás un hijo.

—Paris se enfurecerá, porque hace muchas lunas que no compartimos el lecho. Sabrá que he estado con otro hombre.

—¿Te preocupa?

Se paró a considerarlo. Tendría que haber sido un motivo de inquietud, pero no le importaba nada. Tuvo consciencia del abismo que la separaba de su marido troyano. En el corazón, migajas de nostalgia por el joven que la enamoró y que había desaparecido, aunque todo el dolor que era capaz de sentir llevaba el nombre de Héctor.

—No.

—Será bello como los príncipes de Troya. Tendrá el encanto de la hija de Zeus, la luz de tus ojos.

—¿Nacerá en tiempos de paz?

—No.

—Qué guerra más larga —se lamentó—. Sé sincera, Casandra,

hermana, ¿sobrevivirá mi hijo a esta barbarie?

—Debería morir —murmuró—, pero se salvará.

—¿Estás segura?

—Te lo juro. Serás madre, Helena. ¿Cómo te sientes?

Esta alzó los ojos y esbozó una sonrisa. Le sostuvo las manos, mientras la serpiente rodeaba los brazos de las dos mujeres.

—Casi feliz.

Helena bajó las escaleras que descendían del templo. Los barcos griegos dibujaban una línea en el horizonte. Le habría gustado correr hacia la cabaña de Aquiles y decirle que no había salido victorioso de la batalla con Héctor. En su vientre germinaba la semilla del príncipe de Troya: una vida que haría perdurar el recuerdo del héroe. Habría querido saltar a la arena, llamar a la puerta y mostrarle el cuerpo donde crecería su hijo. Reprimió el impulso porque tenía que proteger al niño hasta que naciera. Mientras fuese un secreto nadie intentaría interrumpir el embarazo. Había demasiada gente interesada en romper el hilo de su existencia: Aquiles, el vencedor de la batalla; Agamenón, que habría querido ver la ciudad convertida en cenizas; Menelao, su celoso primer marido; incluso Paris. La idea surgió en el pensamiento de Helena como una revelación. Con la pérdida de Héctor, Paris era el sucesor natural de Príamo. Ella misma había observado que se ilusionaba por una posibilidad que nunca había visto posible: el príncipe pastor gobernando el reino. Si descubría que Helena esperaba un hijo, sabría que le había sido infiel. No importaba que él visitara el lecho de las doncellas del palacio. ¿Quién tenía más derecho a reinar, Paris o el hijo de Héctor? Eran muchos enemigos para que pudiera lograrlo sola, se dijo. La ayuda de Casandra debía ser una tabla de salvación. Le había dicho que su hijo estaba condenado a morir y no la entendió. Lo comprendió mientras bajaba los escalones, con la mirada en los barcos.

Se hizo el propósito de protegerlo. Pasarían meses antes de que el cuerpo se transformara de una forma visible. La esbeltez de Helena se mantendría por herencia divina. Después, las túnicas amplias disimularían el vientre. Si fuera necesario, evitaría los encuentros con la familia de Paris. Nadie debía adivinarlo.

Casandra sería la cómplice que le ayudaría a guardar el secreto.

XVIII

Cuando conoció la noticia del embarazo, Helena urdió un plan. Saber que llevaba al hijo de Héctor en el vientre le dio el valor para actuar con prudencia y coraje. Había descubierto el poder del arco y las flechas. Al principio de la guerra, los griegos se burlaban de los arqueros troyanos. Los consideraban cobardes porque no entraban en el combate cuerpo a cuerpo, sino que apuntaban al objetivo desde la distancia. Paris, que no había recibido la educación de un príncipe, que creció cazando en el monte Ida, era experto en el uso del arco. Como no dominaba la espada, Príamo intentó mantenerlo fuera del campo de batalla, hecho que le resultó duro. Para eso se había entrenado. Practicó muchas horas con un arma que nunca dominaría como los otros guerreros. El orgullo lo empujó a persistir, pero no lo consiguió. Por el contrario, era el mejor con el arco.

La guerra había demostrado que los arqueros eran más eficaces para la lucha. Helena decidió utilizarlo en su favor. Conseguiría que el pueblo aclamara a Paris, que le dijeran lo que quería oír. Eres el héroe de Troya. Tenía que convencerlo para que la ayudara. No lo haría por el amor que sintieron el uno por el otro ni tampoco por el deseo de hacer justicia por la muerte de Héctor, sino por sí mismo. Estaba segura de que emplearía la energía que fuera necesaria para su propia gloria. El problema era que Paris y ella habían perdido la confianza porque se habían transformado en dos extraños. La ventaja era que ella lo había conocido muy bien. Sabía que el adolescente ingenuo se había convertido en un hombre que aspiraba a suceder a Príamo. El joven que había crecido libre en la montaña, que la convenció para que huyeran juntos, se había centrado en la ambición personal. Fue el arma contra las pérdidas y la culpa. Aunque tuviera la osadía de los que

quieren ocupar un lugar en el poder, los recursos de que disponía eran escasos. Paris no era un estratega. No había recibido la educación de Héctor, desconocía la disciplina y actuaba por impulsos. Eran factores que jugaban en su contra, porque le impedían mantener la sangre fría para medir las consecuencias de sus actos.

Helena tenía prisa. Debía aprovechar las semanas antes de perder la esbeltez de la cintura, cuando aún no había signos de redondez en el vientre, para acercarse a Paris sin desvelar su secreto. Lo buscó por las estancias del palacio, desde donde se veía toda la ciudad. Recorrió los espacios donde habían sido felices con la certeza de que nunca recuperarían todo lo que habían dejado atrás. No podía perder el tiempo en nostalgias, debía concentrarse en resultar convincente. Cuando encontró a Paris, se miraron en silencio. Había desconfianza, incredulidad. ¿Cómo había podido amarlo?, se preguntó. Tenía la sensación de haberse enamorado de la juventud en lugar del hombre, de haber enloquecido por la alegría de vivir que el príncipe representaba, más allá de la persona que fue. Él parecía cansado cuando hizo la pregunta:

—¿Me buscas, Helena? Una sirvienta me ha comentado que preguntabas por mí.

—Sí, he recorrido el palacio para encontrarte. Necesito hablar contigo.

—Tu voz resuena como un eco.

—Hace tiempo que no me escuchas con atención. —Intentó que no sonara a reproche—. Las circunstancias no han propiciado las conversaciones.

—¿Qué tienes que decirme?

—Tú y yo trajimos la guerra a Troya.

—¿Pretendes torturarme? No hay nada nuevo en tus palabras.

—Así pues, tú y yo debemos matar a Aquiles.

—¿De qué me hablas?

—Aquiles venció a Héctor y profanó su cadáver, humilló a tu padre, que tuvo que suplicarle que devolviera sus restos, robó todo el oro de Troya, y ahora... —vaciló—. Ha asesinado a Pentesilea y no ha tenido bastante. Ha ultrajado a la reina con una violación

ignominiosa en el campo de batalla.

—¿Has venido a recitar un memorial de agravios?

—No. Sé muchas cosas de Aquiles que ignoras. Conozco su pasado, sus debilidades, los puntos débiles de un héroe.

—¿Qué me puedes decir? —La curiosidad comenzaba a ganar la partida. Paris quería saber.

—Cuando mi padre hizo reunir a mis pretendientes en Esparta se encontraron muchos hombres: príncipes, nobles y señores poderosos que provenían de todos los confines de Grecia. Había quienes me triplicaban la edad; otros eran jóvenes.

—¿Adónde quieres llegar?

—Entre los pretendientes estaba Patroclo. Lo acompañaba Aquiles.

—¿Qué dices?

—Patroclo aún era un adolescente, pero llevaba la fuerza escrita en los ojos. Nunca lo tomé en consideración. Primero descarté a los más viejos y a los púberes. No quería casarme. Sin embargo, las pruebas se alargaron. Todos vivían bajo la protección de mi padre. En los banquetes, devoraban los corderos y vaciaban los vinos de la bodega. Tuve tiempo de conocer a algunos.

—¿Aquiles?

—Sí, Aquiles no buscaba casarse conmigo. Tenía siete años y se refugiaba en Patroclo, que había cumplido catorce. Aunque era un niño, o quizá por esta razón, me inspiró confianza. Ya ves. Hubo una época en la que mi enemigo fue alguien cercano. Teníamos un origen parecido: yo era hija de Zeus; su madre era Tetis.

—¡Dos divinidades! —Había ironía en la voz de Paris.

—No soy una diosa —se le escapó el comentario con acritud —. Ojalá tuviera sus poderes. Habría podido evitar los muertos.

—¿Cuáles?

—Todos, Paris. Veo que no te interesa la historia. —Se calló, y el silencio tuvo efectos inmediatos.

—Discúlpame. Continúa, por favor. Ahora puedo entender la desesperación de Aquiles cuando murió Patroclo. Vivía en su casa desde que era un niño.

—Un anochecer, después de cenar, cuando todo el mundo estaba ebrio, Aquiles me contó que su destino era morir joven. Lo dijo sin pesar. Lo veía como un horizonte que desde sus años no lo asustaba. El horizonte es real e inaccesible a la vez. Él no lo vivía como un peligro cercano. Cuando somos pequeños, la vida se nos aparece eterna, los días son largos... Las estaciones se prolongan. Era su madre quien no podía aceptarlo. Desde que nació, había hecho lo posible por conseguir su inmortalidad.

Paris escuchaba a Helena con auténtico interés. En Troya sabían pocas cosas sobre los griegos. De Aquiles habían admirado la fuerza hasta que comenzaron a odiarlo. La leyenda del gran héroe lo dotaba de un aura mágica que lo alejaba de los demás. Muertos Héctor y Pentesilea, llegaron a considerarlo invencible. Solo un ser superior habría podido abatir al príncipe de Troya y a la reina de las amazonas. El ejército se amilanaba al oír su nombre. Su presencia en el campo paralizaba de terror a los soldados.

Todo el mundo sabía que a la boda de sus padres, Peleo y Tetis, asistieron los dioses del Olimpo. Les llevaron obsequios. Las musas entonaron cánticos nupciales. Los novios tenían un hijo, Aquiles, a quien engendraron cuando Peleo persiguió a Tetis, que, cabalgando a un delfín, se había acercado a la arena de la playa. Tetis tenía el poder de la metamorfosis. Cuando tomó la forma de una sepia se consumó la cópula. Hubo fiestas de casamiento, pero fue la última vez en la historia de la humanidad en la que los dioses y los mortales se unieron en una celebración. Helena se lo explicó a Paris, que se sorprendió.

—¿Por qué me hablas de los padres de Aquiles?

—Aquella boda marcó tu vida para siempre.

Él parecía confuso al oírla. No entendía nada. Helena continuó el relato:

—Invitaron a todas las divinidades menos a una. No admitieron a Eris, la diosa de la discordia, pero ella se presentó.

—¿A sembrar discordia?

—Dímelo tú: ofreció la manzana que debía ser para la más bella. Así comenzó la disputa entre Atenea, Hera y Afrodita.

—Las tres diosas entre las que me hicieron elegir cuando vivía

en el monte Ida. Yo decidí para quién era la manzana.

—Escogiste a Afrodita porque te ofreció mi amor como recompensa. Rehusaste la riqueza y el poder con que te tentaban las demás.

—Hace tanto de eso...

—Fuiste juez entre tres diosas. El juicio te llevó a mí... y a la guerra.

Paris estaba conmocionado. Tenía el rostro sudoroso, las facciones desencajadas cuando le dijo:

—Tienes razón. Tú y yo tenemos que matar a Aquiles.

Paris acababa de encontrar el origen de sus males. Helena le había servido para recuperar las imágenes y reconstruir su rompecabezas. El pensamiento del príncipe iba veloz de una época a otra, se detenía en situaciones vividas, recordaba. Cuando miró a Helena, parecía surgido de un sueño.

—Si Aquiles no hubiera nacido, Tetis y Peleo no se habrían casado. Es probable que la boda fuera una imposición. Las divinidades no suelen unirse con los humanos en un casamiento. Si no hubieran celebrado aquel banquete, no se habrían reunido en una fiesta tres diosas tan poderosas. Si no hubiera aparecido Eris, ellas no habrían pensado en mí. Ni siquiera se habrían molestado en saber de mi existencia. Si no me hubieran dado la manzana de oro, si no me hubieran hecho juez de la belleza, nunca habría visto tu imagen. No me habría enamorado de ti antes de conocerte. No habría emprendido un viaje hacia Esparta. No nos habríamos escapado juntos.

—Ciertamente. Sin nuestra historia, no habría una excusa para la guerra. Puede que los griegos hubieran buscado otra, porque Agamenón es ambicioso. O tal vez no.

—Tu amor, Helena —le brillaron las pupilas—, ha sido el más bello y el más terrible de mi vida. Cuando te veo, aún se enciende una llama dentro de mí, a pesar de los muertos que hemos causado.

Volvieron a sentirse cerca. Eran dos criaturas que habían pagado un alto precio por amarse. Las circunstancias los vencieron y los alejaron. Helena sintió ternura por él. Una emoción suave, de

las que no rompen el alma, pero abren una grieta. Intentó hablar con serenidad:

—Aquiles debe morir.

—Dicen que es invencible. ¿Lo olvidas?

—No sabes cómo continúa el relato. Escúchame: después de la boda, Tetis volvió a las profundidades marinas. No quiso saber nada del marido, pero siempre cuidó de Aquiles. Estaba obsesionada con la idea de que consiguiera ser inmortal. Lo sumergió en el agua del río Estigia, que es el límite entre la Tierra y el mundo de los muertos, que hace invulnerables a quienes se sumergen en ella. Lo sujetó por un talón mientras lo adentraba en el agua.

—Y lo consiguió.

—Casi.

—Sé clara. No te entiendo.

—Aquiles tiene un único punto por donde podemos atacarlo: el talón que su madre olvidó bañar en el río. Con tu arco, deberás herirlo en el talón.

—¿Puedo encontrarlo? Dime dónde tengo que ir.

El odio lo incitaba a hablar deprisa.

—No tienes que ir a ninguna parte. Aquiles vendrá a nosotros. Lo esperaremos.

Helena le pareció aún más bella al explicarle cómo debían actuar.

Enviaron un mensajero al campamento griego con una propuesta secreta para Aquiles. El héroe descansaba en la cabaña cuando lo avisaron. Estaba harto de las batallas, aburrido por las largas horas acampados junto al mar y deseoso de volver a casa. Sentía la añoranza de Patroclo, a cuya muerte no se resignaba. Haber vencido a Héctor y a Pentesilea no calmó la pena. Rehuyó los encuentros con los caudillos griegos. Prefería la soledad, porque los rostros de los demás le recordaban que nunca volvería a verlo.

Cuando supo lo que le proponía Helena se sintió halagado. Era vanidoso. Así como se conservan los recuerdos de la infancia, guardaba en la memoria los días en que acompañó a Patroclo a Esparta. Este era un adolescente; él, un niño. Se dejó deslumbrar

por la leyenda de Helena mientras devoraba la carne de los bueyes hecha con hierbas aromáticas y bebía los primeros sorbos de vino, que le parecían ásperos en la boca, aunque ligeros en el corazón. Alguna noche la futura reina se sentaba a su lado, en el soportal donde dormían los pretendientes. Huía del bullicio de los comensales, que prolongaban la cena hasta altas horas. Vestida con una túnica, se envolvía en las mantas y conversaba con él.

La joven inaccesible, que rechazó a Patroclo, había renunciado al trono de Esparta y vivía en Troya, la ciudad codiciada por los griegos. En algún momento, Aquiles vio la cabellera rubia en las murallas. Intuyó su presencia y se esforzó por demostrarle que no era el niño que conoció, sino el gran héroe de Grecia. Comenzaron las idas y venidas del mensajero. Si Helena le proponía encontrarse, tenían que establecer en qué condiciones. El lugar, el día, la hora, la forma. Hubo un intercambio de preguntas y exigencias que divertían a Aquiles e impacientaban a Helena. Tenían que establecer los términos de un encuentro que distraía al héroe de la desidia de una guerra por la que nunca había sentido interés. Él fingía querer puntualizar cada detalle; ella respondía a las preguntas con exactitud, segura de lo que hacía. Finalmente, agotadas las cuestiones estratégicas, le hizo la gran pregunta:

—¿Por qué deberían encontrarse un guerrero griego y una reina traidora?

La respuesta de Helena fue rotunda:

—El hijo de una diosa y la hija de un dios serán capaces de acabar una guerra que dura demasiados años.

Se encontraron en el templo de Apolo justo al mediodía. Hacía un sol enfermizo, que se ocultaba entre las nubes. A la entrada, al final de la escalinata, Helena esperaba a Aquiles. No había querido diademas, que recordaban el esplendor de épocas pasadas. Casandra le tejió una corona de flores que se perdían entre el brillo del cabello. Llevaba una túnica blanca y unas sandalias de cuero. Cuando la vio, el héroe griego pensó que su amor bien valía una guerra. Fue un pensamiento fugaz que quiso borrar rápidamente, pero que resultó doloroso como una traición.

El recuerdo de Patroclo lo ayudó a ahuyentarlo. No era una princesa miedosa quien lo esperaba, sino una heroína. Vio la dignidad que quisieron robarle, la fuerza de un espíritu libre. Ella le dijo:

—Buenos días. Has cambiado mucho desde que hablamos en Esparta.

—Tú eres la misma —respondió Aquiles.

—No te equivoques. Soy otra mujer.

—Me acompañan cien soldados. He traído la escolta que acordamos.

—Te comprometiste a venir sin Agamenón ni Menelao.

—He cumplido mi palabra. No están.

—No quiero verlos. Te he invitado a ti. ¿Quieres entrar conmigo al templo?

—He venido para un encuentro que me despierta curiosidad.

—Curioso como el niño que fuiste.

Helena lo miró y no encontró los destellos del loco que mató a Héctor. Ni tampoco la perversión del guerrero que profanó el cuerpo de Pentesilea. Veía al niño que la observaba con devoción, sin acabar de entender cómo en un palacio de Esparta había tantos hombres compitiendo por casarse, que escuchaba sus palabras de joven solitaria, asustada por la decisión que debía tomar, cuando todavía quería correr contra el viento en lugar de recluirse para ser reina. Le preguntó:

—¿Qué te pasó, Aquiles? ¿Por qué caminos la vida te ha llevado al odio?

—Ha sido la guerra. —Bajó la mirada—. El poder inmenso de la guerra, que me ha robado a mi amigo, y media vida se ha ido con él.

Caminaron hacia el interior del templo. Había cierta pesadumbre en los pasos de Helena. Él detuvo con un gesto a los hombres que pretendían seguirlos. Creyó que estaban solos cerca del altar del dios. Le preguntó:

—Y a ti, reina de Esparta, ¿qué te cambió?

—Fue el amor. —Temblaba ligeramente.

—Pues el amor y la guerra se parecen.

—¿Cómo puedes vivir, Aquiles, con el peso de la muerte de Héctor y Pentesilea en el corazón?

—¿Cómo eres capaz de continuar respirando, Helena, si dos ejércitos mueren por tu causa? Los griegos son tu pueblo de origen, aunque hayas escogido a los troyanos.

Ella habría querido decirle que no fue una elección voluntaria, sino que la vida la empujó como un huracán. Le habría gustado recuperar la confianza perdida, ponerle una mano en el hombro, acariciarle el remolino de los cabellos como antes, cuando la vida tenía retorno. Entonces le habría confesado que lloraba a todos los muertos, los que caían lejos de la tierra donde nacieron y los que morían en casa. Estuvo a punto de contarle que el amor la condenó a ser extranjera entre los suyos y también en Troya. Eternamente perdida, sin patria, rechazada por los griegos y por los troyanos. Confesarle que se sentía vulnerable porque nadie volvería a quererla.

Se sintió cómplice del hombre que había nacido de una diosa. No era la compasión que inspiran las víctimas a sus verdugos, en un relámpago de lucidez, sino algo más profundo: una cercanía que le habría empujado a ordenarle que se lanzara por la ventana, que saliese a buscar el amparo de los guerreros que lo escoltaban, porque no quería ser quien cumpliera la profecía que anunciaba su muerte en plena juventud. Odiaba al guerrero que le robó a Héctor, pero sentía ternura por el recuerdo del niño. Le dijo:

—No deberías haber venido a esta guerra.

—Me obligaron. Mi madre me había ocultado en la isla de Esciros, pero los príncipes griegos me encontraron. No tenía otra salida. Pensé que no duraría mucho, pero ya han pasado años. Cuando murió Patroclo perdí la cabeza. Tendrías que entenderlo.

—¿Lo querías mucho?

—Sí.

—¿Fuisteis amantes?

—Los mejores amantes, aunque las leyendas digan que fuisteis tú y Paris.

—Las leyendas se equivocan.

—¿Lo dice quien las protagoniza?

—Sí. ¿De verdad quieres acabar esta guerra?

—Lo único que quiero es irme. Huir de los lugares donde he estado con Patroclo, alejarme de la arena de la playa, del ejército, y que se cumpla por fin la profecía.

—¿La que anuncia tu muerte?

—Sí. En el Hades podré encontrarlo y pasear con él toda la eternidad.

—Te ayudaré.

Helena alzó el brazo. Compareció Paris, que estaba escondido detrás de la estatua de Apolo. Llevaba el arco y la flecha. Todo sucedió deprisa: el príncipe de Troya no miró a los ojos de Aquiles, pero apuntó a su talón. La saeta voló, se clavó en el lugar preciso y el héroe no dijo nada antes de caer.

Helena y Paris atravesaron el campo para huir de los acompañantes de Aquiles. El cuerpo del héroe estaba al pie del altar. Salieron por la puerta de atrás del templo siguiendo las instrucciones de Casandra, agarrándose fuerte de la mano antes de que vinieran a perseguirlos. No podían creer que fuera cierto: el plan de Helena había funcionado y tenían que escapar de las consecuencias inmediatas de una muerte que convertiría a Paris en el gran héroe de los troyanos. Tenían que correr hasta las murallas, donde estarían fuera de peligro. Las sandalias volaban. El cuero era resistente y sujetaba los pies. El encuentro había sido breve. Quién sabe si volvieron a enamorarse un instante en el camino, o si recordaron que se habían amado, o si, simplemente, querían sobrevivir. Corrían con el sol en la cara, en los brazos, en la túnica de Helena, que volaba.

Chiara llevaba un vestido color cereza. Hacía juego con la alegría de sus ojos. Nura había escogido una falda con reflejos de plata. El rojo del cabello destacaba como una antorcha. Júlia parecía incómoda, aunque luciese un modelo color turquesa que le daba un aire de porcelana. A primera vista parecían hadas salidas de un cuento. Si afinabas la vista, podías presentir brujas capaces de alterar destinos.

Se hizo un silencio cuando entró la novia. Iba vestida de la tonalidad de la miel. Los cabellos le caían sobre los hombros, recogidos con un pasador. Era feliz. En las manos, un ramo de flores. La sonrisa sin reservas. El cuerpo de una mujer pájaro que ha escogido el cielo más azul. Ferran la miró con la emoción de quien ha vivido para la espera, y conmovió a Toni de pie a su lado. «Son unos novios de película», murmuró alguien.

Cuando caminaba, aunque el borde del vestido se enganchaba con las baldosas del suelo, Eva desprendía seguridad. La magia inundaba el aire. Las emociones se contagian según la fuerza con que son vividas. Se casaron en el santuario de la Murtra, una capilla románica en ruinas a las afueras, en una cima de la sierra de Collserola. La escogieron por la belleza de la piedra y porque no tenía techo por culpa de la guerra civil. Si miraban hacia arriba, veían el cielo. Toda la luz entraba a raudales. Era un lugar para celebrar el amor. Desde el altar, los invitados se convertían en sombras. Habrían detenido la vida en el instante del encuentro. Eva se sintió afortunada. Cerró las palmas de las manos para aprehender la verdad: no era Helena ni ninguno de los personajes que había interpretado en los escenarios, sino ella misma. La actriz había desaparecido en favor de la mujer. Ferran le murmuró unas palabras al oído que la hicieron sonreír. Volvió la cabeza y la apoyó en su pecho. Fue un gesto minúsculo, la pincelada en una acuarela.

Júlia no podía apartar los ojos de los novios. Había ido a regañadientes, sometida a una lucha de elementos opuestos. Sabía que no era bienvenida. Ni Eva ni Chiara habrían querido que fuese. En un acto íntimo, que celebraba el amor de una pareja ante su gente, era una extraña. Fue por Ismael, forzada por las circunstancias, pues le pidió que lo acompañara. Los amigos y la familia estaban alegres. Todo el mundo se movía de forma natural, armoniosa. Ella notaba la boca seca, que amenazaba con hacerle sufrir un ataque de tos. Le ganó la curiosidad. Si surgía la ocasión de asistir a la boda, ¿por qué debía desaprovecharla?, se repitió antes de ir. Se propuso no causar molestias. Sería educada. Debía hablar poco y escuchar atenta. Era clave demostrarles que no era la

persona que creían. Había jugado con Chiara y pagaba el precio, pero estaba dispuesta a hacer lo imposible por ganarse la confianza de los demás. Introducirse en el círculo que giraba en torno a la película significaba acercarse a Ismael. Habría querido ser la protagonista de la fiesta.

Chiara tenía que hacer esfuerzos para no llorar. Le alegraba que sus amigos celebraran que se querían. Eva le parecía la mujer más bella del mundo, como lo fue Helena. El alma de la princesa troyana estaba presente en la celebración. Había ido para regalar a la novia su luz. Habría querido decirlo en voz alta, pero no era capaz. Dejó a Adrià en el hospital, decidido a encarar los ejercicios de rehabilitación con ánimo. Como no podía estar, había escrito unas palabras a los novios. Eran frases de estima y gratitud. Chiara tenía el corazón dividido entre la alegría de estar en la ceremonia y las ganas de volver a abrazarlo. Desde que se reencontraron, no podía estar mucho tiempo lejos de él. Necesitaba recuperar una eternidad perdida. Cuando se alejaba, aunque fuera una distancia corta o un lapso breve, la añoranza amenazaba con vencerla. Habría dejado el trabajo y las obligaciones cotidianas para correr hasta volver junto a él.

Nura estaba quieta al fondo de la iglesia. Si no hubiera sido por el color de su pelo, habría podido recordar una estatua antigua, las pitonisas que guardaban los templos donde la gente acudía a recogerse en la oración y el silencio. En el brazo izquierdo, haciendo círculos de plata, llevaba una pulsera que tenía forma de serpiente. Subía desde la muñeca hasta el codo. Tenía la expresión seria. ¿Estaba en la iglesia?, se preguntó Toni, observándola desde la distancia. ¿O su espíritu vagaba por los bosques? Ella también miraba a los novios.

Prometieron que se aMarian durante toda una vida, larga como los ríos de Troya. Toni acercó a Ferran una bandeja con los anillos. Eran círculos con una inscripción detrás. Cuando fueron a comprarlos, optaron por la simplicidad sin ornamentos. Ferran se inclinó para cogerlos. Todos siguieron el gesto porque tenía el valor que las personas podemos otorgar a las pequeñas cosas cuando nos decidimos a convertirlas en un símbolo. Vivían un

hechizo. Entonces Toni observó a Nura, de pie al fondo de la iglesia. Le descubrió las pupilas dilatadas, que acentuaban la profundidad de sus ojos. No se habría imaginado que, desde la distancia, también lo miraría. Comprendió que lo avisaba, pero no sabía de qué. Nura intentaba prevenirlo cuando Ferran cogió el anillo. «¿Qué quieres decirme?», le habría preguntado Toni entre la gente. Era incapaz de descifrarlo. No tenía mucho tiempo para entretenerse. ¿Le temblaron los dedos o se volcó la bandeja? Nadie habría sabido decirlo. En medio del silencio, oyeron el revuelo minúsculo del anillo que rodaba por la hendidura de las piedras. Las baldosas no eran uniformes ni estaban al mismo nivel. Conservaban las heridas de la metralla. No duró mucho: el trayecto de un círculo que corre a esconderse.

Hay sensaciones que se contagian. La sorpresa, la incredulidad, la inquietud de lo que se descontrola. Eva miró al suelo, pero no vio el anillo. Cogió la mano de Ferran sin saber cómo debía reaccionar. El hombre mantuvo la calma. Intentó reconstruir el trayecto de la joya por el suelo, aunque no lo consiguió. Había docenas de escondrijos posibles en apenas unos metros cuadrados. El silencio que presidió la ceremonia se hizo intermitente. Hubo exclamaciones, alguna frase poco apropiada, palabras de ánimo. Un pariente de la novia comentó que las iglesias derruidas no son una buena elección. Un amigo de escuela de Ferran consideró que la situación era bastante graciosa y estalló en una risa de gallina de corral, reacción que ofendió a la maquilladora de Eva, hasta entonces emocionada, que lo hizo callar con un movimiento de la mano que por cuestión de milímetros no se convirtió en una bofetada. Chiara intentó estar tranquila. No debían alterarse por una minucia, se dijo mientras se sentía inútil. Los asistentes a la ceremonia se quedaron inmóviles; solo se movía Toni, convertido en un lagarto entre las tejas. Pasaron unos minutos hasta que Nura reaccionó.

La mujer de los cabellos de fuego avanzó por la iglesia. Tenía que esquivar los cuerpos de los otros. Todo el mundo estaba distraído con la escena, que tenía el punto de tensión justo para animar la ceremonia. Ferran fue el primero en verla. El rostro de

expresión decidida de ella le sorprendió, pero también lo tranquilizó. Cuando Eva vio a Nura supo que Casandra había tomado forma humana para la boda.

—Dejad que pase —suplicó Nura al círculo de personas que la rodeaban. Se acercó a los novios. Era una mujer tímida, por eso les habló en voz baja, tan solo inteligible para el triángulo de amigos —. Cuatro baldosas a mi derecha, justo en la grieta que atraviesa la piedra de la quinta. Cógelo tú, Toni. No quiero que me vean encontrarlo.

Habló con una seguridad que los convenció. El actor fue y volvió con un círculo de oro que Ferran puso en el dedo de Eva. Estaban demasiado conmocionados para expresar sorpresa. Nura se retiró de la primera línea, donde se sentía fuera de lugar. Retrocedió discreta. Eva la había mirado agradecida por primera vez desde que se conocían. También había una chispa de admiración.

La ceremonia continuó. Los novios se besaron bajo el cielo azulísimo. La tensión vivida se diluía en las palabras de enhorabuena, las risas, los buenos deseos. Les lanzaron arroz, que reclama la abundancia. Se hicieron fotografías con los familiares, los amigos. Recordaron a los que no estaban, o bien porque habían dejado el mundo, o bien porque lo habitaban con dificultades. Las palabras escritas de Adrià los emocionaron. A la salida de la iglesia, Eva huyó para encontrarse con Nura. La abrazó sin decir nada porque todo estaba claro. Toni se acercó después:

—A veces, necesitamos ver las cosas para saber que son ciertas.

—¿Tú tampoco me creías?

—Hice un acto de fe a tu favor. —Sonrió—. Hoy he sido testigo de ello. Eres afortunada.

—No lo creas. No lo vivo así. Tengo la impresión de que Casandra me utiliza.

—Hoy ha sido con un buen fin.

—Sí. —También sonrió.

—Por cierto, no quiero importunarte, pero quisiera saber por qué has venido sola.

—¿Cómo? Tú también lo has hecho.

—Yo no tengo pareja. Me dijiste que había alguien. ¿Por qué no te acompaña?

—La respuesta es sencilla: ya no está.

Tuvo que disimular un suspiro de satisfacción y una sonrisa parecida a la felicidad.

«La alegría es tan difícil de ocultar como la tristeza», pensó, mientras agradecía su suerte. A la vez, no pudo evitar preguntarse por qué no se lo había dicho. Era una mujer misteriosa. Toni, por el contrario, resultaba bastante previsible, circunstancia que lo dejaba en una situación de inferioridad. Él aireaba los sentimientos; ella los ocultaba. La atracción entre polos opuestos era intensa. Debería haber cambiado de tema, pero no sabía guardarse las dudas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Había alguna razón para hablarlo?

—Había complicidad. Bailaste conmigo. Nos sentimos cerca.

—¿Y qué? ¿Unas horas agradables justifican que te tenga que contar mi vida?

—Nura, confiar en alguien no es un error. Quise demostrarte que podías contar conmigo.

—Nunca he sido extrovertida. Me cuesta explicarme. Tampoco me apetecía tener que confesar nada. Estoy comenzando a sentirme incómoda.

—Dejémoslo pasar —suspiró, resignado—. De todas formas, debes permitirme un último inciso.

—Dime.

—La ruptura no debió de ser ninguna novedad.

—¿Qué dices? No sabes nada de mi historia.

—Mujer, no te enfades, quería recordarte que para ti no hay sorpresas. Puedes adivinar el futuro. Casandra te hizo este regalo. No te gusta demasiado, pero al menos te evita sustos de última hora.

—¡Ojalá fuese así!

Las facciones de Nura se dulcificaron al mirarlo. Pensó que había sido antipática. Con Toni se encontraba cómoda. Era la única

persona del equipo de la película con quien conectaba. Adivinó una preocupación en sus ojos. Le dijo:

—Casandra ha jugado conmigo. Es cruel. No le gusta que interprete el papel y me lo hace saber.

—¿A qué te refieres?

—Puedo adivinar el futuro de los demás, pero no el mío propio. Veo lo que le va a pasar a cualquiera, mientras ignoro lo que me espera a mí. No me parece justo.

—No sé qué decirte. Quizá no es cruel, sino amable.

—¿Te burlas?

—Sabes que no. La incertidumbre o la ignorancia facilitan la vida. Sufres porque conoces destinos tristes.

—Sí —murmuró.

—Te ha concedido la gracia de permitir que no conozcas las adversidades que debes padecer. Es clemente contigo.

—¿Clemencia? No me lo había planteado como dices. Tendré que pensarlo. Discúlpame.

Hizo el gesto de alejarse. No se sentía molesta, sino desconcertada. Había vivido el don de forma contradictoria. Primero creyó que enloquecía. Las voces que le dictaban el futuro eran quimeras, engaños de la mente, pero las evidencias fueron imponiéndose, hasta que se supo capaz de predecir lo que tenía que pasar, lo que le generó una mezcla de gratitud y desconsuelo. Agradecía a Casandra que compartiera su poder a través de los siglos, aunque no podía evitar la desconfianza. ¿Por qué la escogió a ella?, se preguntó. ¿Era generosa con quien interpretaba su personaje o había alguna otra intención que iba más allá de su capacidad de entenderla? Con la reflexión surgió el miedo: ¿la adivina troyana pretendía convertirla en un instrumento para algún fin que ignoraría siempre, puesto que no podía saber qué le sucedería a ella misma al día siguiente?

La interpretación de Toni le abría nuevos horizontes. Quién sabe si había actuado como una ingrata con su protectora. Necesitaba pensar en ello. Pretendía refugiarse en la soledad del entorno, pero él reaccionó enseguida. La agarró del codo; Nura quiso defenderse. La pulsera que tenía forma de serpiente se

movió. Resbaló por el brazo y cayó en el aire. Con las sacudidas de uno y otro, la joya fue a parar a la palma de la mano de Toni, que la sujetó. La observó, hipnotizado, mientras Nura se escapaba de su lado.

Eva y Ferran bailaban. Había docenas de luces que hacían desaparecer las sombras. Farolillos blancos colgados de los árboles. Organizaron la cena de boda en un restaurante que tenía un jardín. Cuando terminaron, abrieron las vidrieras para oír la música que sonaba fuera. Los invitados salieron y comenzó la fiesta. Los novios se abrazaron mientras seguían el compás de las canciones. Fueron formándose círculos de gente con una copa en la mano.

Toni temió que Nura se hubiera marchado del convite sin despedirse. Cogió un gintónic mientras se paseaba entre los invitados. Estaba nervioso. No era el único que intentaba calmar el nerviosismo. Júlia agradeció la posibilidad de levantarse de la mesa y salir al aire libre. Se había sentado con personas que no conocía. Formaban parte del equipo de la película. Ismael estaba satisfecho, relajado. Era un hombre diferente al que conoció en el hospital. Reía los chistes de los otros, gastaba bromas, comentaba detalles de la historia. Mientras lo escuchaba, tenía la sensación de que se había olvidado de ella. Nadie se dirigía a la mujer que no sonreía. Le hicieron alguna pregunta de cortesía que respondió de forma vaga, como si estuviera algo ausente, obsesionada con controlar cada gesto del otro. Intervino poco en la conversación. Cuando estuvieron en el jardín, Ismael seguía con entusiasmo las palabras de uno de los invitados. Un camarero les sirvió copas. Entre risas, iniciaron un brindis por los novios. Hubo frases que se convirtieron en palabrería incomprensible para Júlia. Intentó concentrarse en la música, en la imagen de los que bailaban, en el perfil de Ismael. ¿Por qué no le decía nada?, se preguntó. ¿Por qué no la miraba? Le cogió la mano y se la estrechó con fuerza. Ismael le acarició los dedos.

Eva y Ferran no olvidarían aquella noche. Habían creado un entorno de luz suave y aroma de plantas. En la oscuridad, los jardines huelen mejor. Ella le murmuró al oído:

—He vuelto a equivocarme.

—¿Por qué lo dices?

—Nura ha encontrado el anillo. Ha ido directa, sin dudar.

—Sí.

—Me burlé de unos poderes que me parecían falsos.

—¿No dudas? Puede haber sido una simple casualidad.

—Caí en un error cuando apareció Chiara en nuestra vida. ¿Te acuerdas?

—No teníais buena relación. Todo ha cambiado.

—Sí, ahora es mi mejor amiga. Hemos tejido vínculos sólidos.

—Ha sido una suerte encontrarla.

—Un regalo de la vida. Fíjate: no aprendo de lo que vivo. Debería saber que no se puede juzgar a la gente antes de conocerla. Nura nos lo confesó y me burlé. Lo siento.

—No era fácil creerlo. Tu reacción fue lógica.

—La vida no suele ser lógica. Lo deberías saber.

—Me cuesta aceptar que una adivina le haya regalado su don. ¿Quién fue Casandra? Un personaje de una historia de mentira.

—De alguna forma que ignoraremos siempre, puede predecir lo que va a pasar. No sé si es su mente o si surge de una princesa, pero estoy convencida de ello.

—Yo estoy convencido de que soy invencible —rio Ferran.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Me he casado con la mujer más bella. Todos envidian mi fortuna porque juntos nos comeremos el mundo.

Volvieron a reír. En aquel momento, Toni vio a Nura, que volvía de su paseo solitario. Parecía tranquila, como si hubiera hecho las paces con sus monstruos. Él se acercó con la pulsera en la palma extendida. La ayudó a ponérsela. Enlazaron los cuerpos y se movieron al compás de la música. Ella apoyó la frente en el hombro de él.

Chiara atravesó el patio para ir a buscar al camarero. Quería tomar una copa antes de irse de la fiesta. Evitaba a los que le salían al encuentro con sonrisas y saludos. Se bebió despacio el champán rosado. No sabía si debería haber brindado con la luna. Cuando Ismael la vio, olvidó los comentarios del círculo, dejó caer la mano de Júlia y caminó hacia ella. Actuaba en un impulso impropio de

su carácter, pero que no podía controlar. Le dijo:

—No te había visto desde la iglesia.

—Me gusta observar la fiesta desde un rincón discreto.

—¿Bailas conmigo? —preguntó de forma abrupta.

—No, gracias. Me voy al hospital, Adrià me espera.

—¿Puede esperar unos minutos más? Yo te he esperado toda la vida.

La tomó por la cintura. Bailaron bajo las farolas. Y Júlia comenzó a correr, subió al coche y condujo sin rumbo.

XIX

Ferran y Eva se quedaron solos. Poco a poco, los invitados se habían ido. Se despedían de los novios y les deseaban suerte. Hubo abrazos, consejos disfrazados de bromas, momentos de emoción. Desfilaron los amigos, la familia. Los vieron partir con una sonrisa en los labios que les transfiguraba la cara. Estaban en una nube. Cuando no quedó nadie, los músicos continuaron tocando. Un camarero abrió la última botella de champán. Ellos se perdieron en los giros de la melodía. Se dijeron que se aMarian siempre y la eternidad les pareció demasiado corta.

Desde afuera, dentro del coche, Ismael miraba a la pareja. Había puesto en marcha el motor, pero no se decidía a marcharse. Aunque había activado la calefacción, tenía escalofríos. Envidiaba la felicidad de los otros y, a la vez, odiaba sentir rabia. Nunca había sido envidioso. El accidente le había convertido en otro hombre, capaz de experimentar pasiones ruines. Si no se gustaba, pensó, nunca conseguiría enamorarla. ¿Qué pretendía? ¿Robarle la mujer a quien ya le había quitado el papel de Paris? ¿Cómo podía ser tan cretino?, se maldijo. Cuando Chiara le insistió en que tenía que ir a ver a Adrià y lo dejó en medio de la pista, el mundo se derrumbó. Se preguntó cómo lo haría para vivir sin ella. Tuvo la sensación de que no podía conducir hasta su casa.

Toni estaba punto de entrar al garaje del edificio donde vivía. Había recorrido el camino en un estado de euforia que no intentaba disimular. Subió el sonido de la radio. Nunca había sentido a Nura tan cerca. Percibía el olor de la piel de la mujer. No se atrevió a proponerle que lo acompañase a casa, porque la relación era frágil. No tenía intención de precipitarse, estaba dispuesto a ser paciente. La prisa era mala consejera. Había avanzado muchos pasos, no estaba dispuesto a dar uno solo en

falso.

Júlia dormía. Cuando volvió, se quitó el vestido con cuatro tirones que sirvieron para estropearlo. El dolor y la ira se le habían subido al cerebro. Le dolían las sienes, porque llorar le provocaba migraña. Tomó un calmante antes de sumergirse en un estado de inconsciencia que le aliviaría el sufrimiento. No se planteó tirar la toalla. En su diccionario, no existía la palabra *renuncia*. Mientras tanto, sentada en una butaca, Chiara vigilaba el sueño de Adrià: la respiración acompasada, el semblante tranquilo. Era el lugar que le correspondía, al lado del hombre que amaba. El mundo estaba en orden y no se cuestionaba nada.

Solos en medio de la pradera, Ferran y Eva vieron nacer el día. Contemplaron la salida del sol. Se cogieron de la mano y comenzaron a correr, persiguiendo la luz. Fue un impulso, la locura de los amantes felices. No tenían sueño ni estaban cansados, a pesar de que la celebración había durado mucho. La alegría de vivir les daba alas. Cuando los músicos recogieron los instrumentos después del último baile, había volado la noche. Ella llevaba unas bailarinas que habían sustituido a los tacones de la ceremonia. Eran zapatos que le permitían pisar la hierba, percibir su tacto, moverse. Se sentían ligeros, con el viento en el rostro, mientras el vestido de novia se empapaba de rocío.

En Troya, Paris fue aclamado después de la muerte de Aquiles. El espíritu de los guerreros se recuperaba, del mismo modo que se curan las heridas después de la lucha. Un entusiasmo colectivo animó a la gente a reconstruir las partes de las murallas que habían padecido las embestidas griegas. Se atrevieron a hacer breves incursiones en el exterior para buscar carne y frutos. Volvieron a llenar los pozos de agua. Los griegos parecían haberse alejado, incapaces de soportar la derrota, y, por primera vez en mucho tiempo, el horizonte volvía a ser la línea entre el mar y el cielo. Paris era adorado como un dios.

El rey Príamo ordenó celebrar un día de fiesta para honrar al hijo salvador, destinado a ocupar el lugar de Héctor. Paris cabalgó

por las calles de la ciudad. Todos salían a los portales para decir su nombre. En el templo de Atenea, ofreció la victoria a la diosa que protegía a Troya. Comieron carne y quesos. Bebieron vino de Tracia. Helena ocupaba un lugar en la mesa. Nadie le reconoció ningún mérito en la trampa preparada a Aquiles, era una sombra entre las otras princesas, pero no le importaba. No habría soportado recibir manifestaciones de gratitud por la muerte del héroe griego. Urdió el plan y ayudó a Paris por respeto a la memoria de Pentesilea; pero, sobre todo, por amor a Héctor. Así como le dolían esas pérdidas, tampoco quería celebrar la del niño que conoció en Esparta y con quien compartió confidencias. Los comandantes de los ejércitos hicieron discursos de victoria, convencidos de que los griegos se preparaban para partir. Seguro que tenían las naves dispuestas para iniciar la travesía de retorno. La esperanza volvía a llenar las miradas. Después del periodo de duelo, recobraban un rayo de alegría.

Casandra se sentaba a la mesa junto a Helena. Ella tampoco participaba en el desenfreno del resto, aunque nadie se extrañó. Hacía mucho que no prestaban demasiada atención a la princesa de los malos augurios. Como sus palabras no les gustaban, optaban por ignorarla. Casandra y Helena comían poco. No participaban de la avidez colectiva, fruto de la guerra, que da a los humanos una conciencia de finitud que se traduce en hambre desmedida de placeres inmediatos.

Casandra hablaba en voz baja, aunque esta quedaba diluida en el griterío. Preguntó:

—¿Estás tranquila, Helena?

—No sé qué responderte. He cumplido un deber con Héctor y Pentesilea, algo que me satisface, pero eso no calma el dolor de la pérdida. Es curioso. Me doy cuenta de que soy tan elemental como todos ellos. —Con un gesto señaló la mesa. Buscaba satisfacción en la revancha—. Creía que la venganza era un plato dulce, pero solo puedo sentir tristeza.

—Te entiendo. Puede ayudarte pensar que no lo has hecho por ti, sino por la memoria de los muertos.

—Eres sabia. La idea me reconforta, si olvido que añadí un

nombre a la lista.

—Aquiles.

—Sí, él también forma parte de ello.

—Es larga la lista, Helena. —Casandra era la única persona capaz de entender el sufrimiento de quien pertenecía de corazón a dos bandos enfrentados.

—Eterna. Sabes que habrá más pérdidas, aunque no me lo digas. ¿Podré soportarlo? Ser descendiente de un dios no me garantiza la fortaleza.

—Cada muerte será el eslabón de una cadena que te pesará para siempre. El hijo que esperas te salvará de perder la razón. Volverás a sonreír y recobrarás la esperanza.

—Nadie se ha dado cuenta del embarazo. No hay síntomas visibles que me delaten. Hemos sido rápidas gracias a tu ayuda. Ahora solo temo al gran héroe.

—¿Quién?

—Paris. La ira del hombre al que todos aclaman esta noche. Es su hora del triunfo.

—Déjalo disfrutar. —Casandra miró de reojo a Paris—. La gloria siempre es breve para los mortales. —Hubo una pausa—. Y mucho más para él.

Helena le hizo un gesto para que la siguiera. Salieron de la sala, donde las voces subían de volumen y los ebrios reían. Eran dos figuras que se desdibujaban. Llegaron a las arcadas que daban al cielo abierto, al patio. La brisa acariciaba sus cuerpos cuando se sentaron en la penumbra, tras una columna. Lejanas, oían los rumores de la fiesta. Era probable que se prolongara hasta el alba. Se apoyaron una en la otra, espalda contra espalda. Cada una miraba al fondo de la noche, afuera, con el calor que propiciaba la presencia de la otra. Helena le pidió:

—Amiga y hermana, necesito que me expliques lo que me has anunciado. Estamos tranquilas. La noche está en calma y nadie vendrá a importunarnos. No tengo sueño. Estoy dispuesta a escucharte hasta que claree.

—¿Qué te tengo que contar?

—El futuro de Paris. Estoy lista para saber lo que ha de venir.

Lo amé cuando era otra mujer, una reina allende la mar. Lo que existió deja rescoldos en la ceniza. Solo le deseo suerte.

—Paris se siente afortunado porque ha vencido a Aquiles. Las proclamas de quienes lo rodean hacen feliz al niño-pastor que aún vive dentro de él. Desde que volvió, se sintió fuera de lugar porque no había recibido la educación de un príncipe. Sus costumbres resultaban decepcionantes para los nobles consejeros del padre. Se sentía poca cosa al lado de Héctor, que fue educado por los mejores maestros y además era noble de corazón. Una cualidad que Paris nunca ha tenido.

—Quería ser joven para siempre. No asumió responsabilidades porque buscaba la alegría de vivir. Sin embargo, envidió a Héctor, que vivía sometido a los deberes.

—En apariencia, Héctor ha fracasado y Paris saborea la victoria de los héroes.

—¿Qué quieres decir?

—La vida de los humanos solo se puede medir cuando llega al final. No sabemos si alguien ha tenido suerte hasta que se puede mirar atrás, con una cierta perspectiva, la vida vivida. Lo que hoy es triunfo mañana deviene en derrota. Somos frágiles, aunque tendemos a olvidarnos. Paris no piensa en ello.

—Es feliz. Lo he visto pletórico.

—Dejémosle serlo, pobre hermano que creció en el monte Ida. La inconsciencia es una buena arma para la felicidad.

—¿Cuánto durará la suya? —Hubo un temblor en la pregunta.

—Siete lunas después de esta noche de júbilo, los que celebran que es un héroe llorarán su muerte.

Helena se dejó caer de espaldas. Resbaló suavemente sobre Casandra, que tuvo que esforzarse para no caer a su vez. La cabeza de una se acomodó en el ángulo que formaban el hombro y el cuello de la otra. No fue fácil mantener el equilibrio de los cuerpos, que habían perdido una posición de simetría y se transformaban en un juego de fuerzas opuestas. El abandono y la laxitud de Helena contenidos por la resistencia de la princesa adivina. Era noche oscura, no se veían. Se lo preguntó:

—¿Estás bien?

—Si tú me ayudas a soportar el universo que se me cae encima, quizá sobreviviré.

—Helena, me lo has preguntado. No quería hablarte de ello, pero has insistido. Siento mucho causarte dolor. Veo cómo le quieres. Te convenció para que dejaras un reino, te llevó a una ciudad donde eres extranjera, provocó una guerra, te engañó con todas las doncellas del palacio porque no te perdonaba la muerte de Troilo, nuestro hermano pequeño. —Había reproche en la voz.

—No malinterpretes los hechos, precisamente tú, que eres la sabia. Salir de Esparta fue una decisión libre.

—Nunca es libre quien ama.

—Tienes razón. Rectifico: con el margen de libertad y consciencia que tienen los enamorados. Él nunca quiso que fuera extranjera en Troya. Durante un tiempo fuimos felices, pero el lastre de la carga se hizo demasiado duro. Era tan joven. Lo es aún.

—Me sorprende que lo disculpes.

Helena se incorporó. Dejó de apoyarse en Casandra y la miró a los ojos, que relucían. Habló con dureza:

—¿Cómo puedes acusarnos de haber provocado una guerra causada por la ambición desmesurada de los hombres?

La princesa de la cabellera roja agradeció que la oscuridad le ocultase el rostro. Leía el futuro, pero era incapaz de descifrar las propias emociones. Había sentido celos, un arrebato de rabia. La tristeza de Helena por el futuro de Paris le hacía daño. Murmuró:

—Discúlpame. Creía que tu amor fue Héctor.

—Es cierto; pero, aunque no sea una diosa, tengo el corazón lo suficientemente grande para albergar otros afectos. No he enloquecido ni he perdido la memoria.

Se incorporaron. Bajo la luna, dos mujeres. En un gesto impulsivo, Helena alargó los brazos hacia Casandra. Enlazaron las manos y la adivina dijo:

—Puedo ahorrarte los detalles de su muerte. No hacen falta.

—Por favor, continúa. Cuéntame el final de Paris, el príncipe troyano.

—¿Recuerdas las flechas impregnadas del veneno de la hidra? —preguntó.

—¿De qué me hablas? ¿Paris morirá en el campo de batalla?

—No. Allí será herido. ¿Conoces la profecía que anuncia el final de la ciudad?

—Sí, dice que las flechas de Heracles llegarán a Troya. Cuando suceda, será destruida. ¡No puedo creerlo! ¿Me dices que el mejor arquero morirá por una herida de flecha? Es una burla de los dioses.

—Al principio será una herida pequeña. Todos creerán que es superficial. Él mantendrá el aspecto de guerrero mientras el veneno se abre camino por las venas, que hervirán furiosas. La herida se volverá letal. Veremos cómo cambia del rojo al morado. Irá poseyéndolo y lo destrozará de dolor mientras la carne se gangrena. Su rostro se deformará, con los labios convertidos en una línea morada; el vientre aumentará de volumen cuando retenga el veneno que todo lo quema. De las manos ennegrecidas no se distinguirán sus dedos.

Mientras hablaba, los ojos de Casandra se llenaron de lágrimas. Helena lloró a su vera. Eran dos mares minúsculos de una pena infinita. Exclamó:

—Debemos impedirlo. Casandra, debemos alejar el veneno de la hidra de Paris.

—No es posible.

—No podré soportar ver su agonía. Hablaré con Zeus, el dios que me engendró. Le diré que tiene que salvarlo de tanto dolor. No quiero que pierda la dignidad de un príncipe.

—Héctor fue arrastrado por la tierra, su cuerpo golpeado por las patas de los caballos de los aurigas griegos.

—Es cierto. Sufrí cada una de las heridas como si fuera propia. Con gusto habría cambiado la vida de Héctor por la mía. Ahora solo suplico un poco de paz para Paris en la muerte.

—Zeus no te responderá. No hará caso a las súplicas de su hija mortal.

—¿Recuerdas el cuerpo de Héctor cuando nos lo devolvió Aquiles? Al descolgarlo de la balanza porque habíamos igualado su peso en oro había recuperado toda su belleza. Tenía el rostro intacto. Era el héroe de siempre.

—No será así con Paris. En la pira funeraria, tendrán que cubrir con la mortaja los estragos del veneno.

—Otro muerto... —dijo Helena.

—El adolescente que te robó el corazón en Esparta.

—Mi primer amor, nacido para la alegría.

XX

Fue la séptima noche después de la boda. Si le hubiesen preguntado a Eva cómo transcurrió el tiempo hasta entonces, habría dicho que volando. Los días felices huyen. Son como la brisa de una mañana de verano, que nos acaricia y escapa. No habían hecho un viaje. Aunque Ferran habría querido irse a la otra punta del mundo, no interrumpieron el rodaje de la película. Después del susto de Adrià, no podía haber más paréntesis. Cuando terminaran, se marcharían hacia las islas griegas, donde recorrerían los lugares de Helena.

La fiesta no terminó después de la última canción, sino que volvió a comenzar en la carrera hacia el alba. Experimentaban un estado de alegría, de celebración gozosa. Miraban el mundo de otra manera, tenían ganas de vivir. Sentían una necesidad urgente de amarse. Se buscaban a cualquier hora. Habían creado un lenguaje de signos particular y se comunicaban aunque hubiera otras personas. Un movimiento de la ceja, el gesto de la mano, aquella forma de entrecerrar los ojos, empequeñeciéndolos, o de morderse el labio. Ferran interpretaba a Eva con una facilidad prodigiosa. Ella lo leía sin palabras.

Cuando volvían a casa, ponían la mesa y cenaban con una botella de vino. Ferran cocinaba arroz al horno, tartar de atún, alcachofas rebozadas o pescado a la sal.

Una noche, Eva cubrió las sábanas de pétalos de rosa. Encendían velas. Hacían el amor sin prisa y paraban el tiempo. Ferran le recorría la curva del cuello. Se entretenía en la redondez de los hombros, descendía por la espalda hasta las caderas. Enlazaban sus cuerpos. Se mezclaban los olores, que embriagaban más que el vino. Dormían poco, porque se desvelaban.

—¿Qué es lo que más te importa del mundo? —le preguntó

Eva.

—¿No lo sabes? Eres tú.

—¿Cuánto? —insistía ella, con la exigencia infantil de los que se quieren.

—Te quiero más que a mi vida.

Reía como una niña que oye lo que quiere oír, juguetona. Entonces lo irritaba con cariño:

—No sé, no sé... Tienes una existencia llena de cosas bellas. Has enloquecido de amor por la película. Tienes que reconocerlo.

—No lo definiría así. Es un gran proyecto.

—Te ha hecho soñar y sufrir.

—Hace ya mucho que es una historia que compartimos.

—Igual que compartimos la vida.

Eva había rechazado siempre los compromisos. Era una mujer arisca, solía decir. El trabajo le ocupaba tiempo y entusiasmo. Tuvo algunas relaciones que no llegaron a buen puerto. Era lo suficientemente lúcida para no culpar a los demás de aquellos fracasos. Sabía que nunca acababa de creer en unas historias que vivía a medio gas, sin apretar el acelerador, porque no quería distraerse de la pasión de actuar. Cuando la posible pareja formaba parte del mundo del cine, eran inevitables las rivalidades, la influencia de comentarios ajenos, la suma de ambiciones mal entendidas. Si lo intentaba con alguien que no tuviera nada que ver, se sentía incomprendida y fuera de contexto. Ferran fue la única persona de quien se enamoró con el corazón y con la cabeza. Le temblaba la piel al verlo. Cuando conversaban, incluso en la discrepancia, estaba cómoda. Tenía la sensación de que nunca se cansaría de hablarle, así como tampoco podría dejar de querer abrazarlo.

La palabra *compromiso* no había formado parte de su diccionario. Comprometerse le parecía una pérdida de libertad, algo malo para cualquier espíritu independiente. Cuando se enamoró de Ferran, a medida que fue conociéndolo y queriéndolo, la palabra adquirió un nuevo matiz: necesitaba asegurarle que le abría las puertas de su vida para quedarse. Fue una transformación involuntaria, que fue tomando forma hasta su consolidación. No

quería volver a vivir sola, porque la compañía del hombre mejoraba sus días. Saberlo no le producía sensación de renuncia, sino una certeza plácida. Juntos eran fuertes. Formaban un gran equipo y, a la vez, se daban alas. Volar con Ferran era el viaje más bello que habría podido imaginar. Eva le dijo:

—La película era tu proyecto. Ahora es un proyecto común.

—Me ilusiona tanto... —confesó él, con la mirada alegre—. He trabajado muchísimo. Sabes las dificultades que tenemos para hacer buen cine. No fue sencillo ponerlo en marcha: fue complicado lograr las subvenciones. Si no hubiera sido porque luché con toda el alma, no habría obtenido el dinero. Los obstáculos me fortalecían en vez de desanimarme. Sufrí desencantos, pensaba que no lo conseguiría.

—Debió de ser una época apasionante. Me habría gustado vivirla contigo.

—Todo era incierto, aunque siempre supe que te ofrecería el papel de Helena. Te había visto actuar en el teatro. Me habría dado vergüenza confesarlo, pero te he aplaudido muchas veces la misma actuación. Cuando interpretabas un papel podía ir a menudo a ver la obra.

—No me lo habías dicho nunca.

—Si pensaba en la reina de Esparta, veía tu rostro. Busqué información sobre ti. Me inspirabas una enorme curiosidad.

—Admiraba el cine que hacías. Me sabía los papeles de las protagonistas de las películas de memoria. Algún día te haré un monólogo con los fragmentos de las piezas que me aprendí. Te divertirás.

Evocaban un tiempo que les parecía imposible, cuando se buscaban sin saberlo. Cada uno fascinado por el trabajo del otro, por la figura que admiraban desde fuera. Ferran continuó:

—¿Recuerdas cuando nos saludamos por primera vez?

—¡Por supuesto! Fue en un cóctel después del Festival de Cine de Verano. Nos presentó alguien por casualidad. Te había seguido con la mirada, pero pensaba que no coincidiríamos. Después te perdí de vista. Creí que te habías marchado. Un camarero llevaba champán en una bandeja y me volví para coger una copa. Como en

un hechizo, estabas delante de mí, y una voz nos presentaba.

—Llevabas un vestido rojo. Me dije: «Es Helena». Pero esta no fue la primera conversación entre nosotros. Hubo una anterior, años atrás.

—¡No! ¿Qué dices? ¡Imposible! —Pensó que era una broma—. Tengo buena memoria. Seguro que me acordaría.

—Estabas demasiado desbordada por la situación. Te entrevistaron en Catalunya Ràdio, después de la primera obra en la que hacías el papel de protagonista.

—Estaba muy nerviosa. Nunca había hablado en un medio. Tenía pánico de quedarme en blanco ante el micrófono.

—Fue un encuentro fugaz. Subías la escalera de caracol hacia el estudio mientras yo bajaba. Colaboraba en una sección en el programa de cine de Gorina. Te reconocí, nos saludamos... ¿Te acuerdas?

—Muy poco. No tengo una imagen nítida. La subida se me hizo larga, apenas miré a la productora que tenía que salir a recibirme. Debió de pensar que era una antipática, pero me podía la vergüenza. Uf, cuántos años han pasado.

—Conservo un vivo recuerdo. Tenías una expresión seria que me pareció una delicia. Te saludé sin saber si me identificarías. Me mirabas y no pude evitar decirte una frase con una sonrisa.

—¡Oh, sí! Puedo recuperar la escena: me aseguraste que algún día trabajaríamos juntos. Pensé que eras tú, pero no estaba segura. Todo fue muy rápido. Después creí que lo había imaginado.

Se inventaban un futuro lleno de buenos momentos. Estrenarían la película y la acompañarían a los festivales de cine. Cuando se proyectara en las salas comerciales, irían a verla cada domingo. Comprarían palomitas, se convertirían en público de su propia obra. Se dejarían llevar por la magia. Sufrirían la huida de Helena y Paris, sentirían la maravilla de descubrir Troya con los ojos de la reina de Esparta, cabalgarían con Helena y Héctor, verían la amistad sincera en cada gesto de Casandra. Llorarían por los héroes caídos, por Pentesilea ultrajada, por Príamo, envejecido en una guerra que le robaba todos los amores. Harían el viaje que los llevaría a Ítaca, la isla de Ulises. Nadarían en las mismas aguas

en que habitaba Tetis, la diosa madre de Aquiles. Querían visitar la tumba de Agamenón, cuya ambición desencadenó tanto sufrimiento. Ferran se entusiasmaba:

—En el futuro habrá más películas. Trabajaremos. Buscaré magníficos papeles que serás capaz de hacer inmejorables, porque llenas cada escena de fuerza.

—Estoy tan inmersa en el proyecto que no puedo imaginarme en otros. ¿Tienes nuevas ideas?

—¡Por supuesto! Mi cerebro hierve. Son proyectos adormecidos, que reposan porque no ha llegado la hora. Vierto la energía en lo que hacemos porque es fascinante vivirlo.

—Dame alguna pista.

—No, Eva, déjame guardarlos. No hay razones para precipitarse. Soy un supersticioso que no quiere ilusionarse, no sea que las ilusiones se rompan. Te quiero concentrada en Helena.

—Tienes razón: soy ella. No me apetece imaginarme en un personaje distinto.

—Me gusta soñar. Hay otro deseo que solo puede pertenecer a ambos. No sé si puedo decirlo en voz alta.

—¿Es importante? —Sonreía con un punto de malicia.

—El mejor de la vida. Nunca lo había tenido antes, pero no te había encontrado.

—Dilo en voz alta. Quizá sea compartido.

—Quiero que tengamos un hijo.

Unas lágrimas que no reconocía como propias rodaron por el rostro de Eva. Nunca había pensado mucho en la maternidad. Lo consideraba una opción rodeada de incógnitas. Vivir con aquel hombre le daba sentido. Lo deseaba con una ilusión que la llenaba de esperanza, pero también de miedo. El compromiso era suficientemente firme para desear un niño que tuviera la sonrisa de quien amaba. Pensó que, si hubiera nacido muchos siglos antes, en una época remota, recordada por las leyendas y las historias que escribieron autores seducidos, Ferran habría sido el más noble de los príncipes de Troya. Se habría llamado Héctor. Ella, que debió de ser Helena en una vida anterior, lo habría amado con un valor que los habría empujado a salir de las murallas y habrían

engendrado a un niño mientras los troncos de los árboles los resguardaban del viento.

Lo miró con una sonrisa que le endulzaba el rostro. Debía de parecerse a la expresión de Helena cuando Casandra le dijo que esperaba un niño. No fue capaz de pronunciar palabra mientras le caían las lágrimas. Se habría sentido ridícula, pero no había necesidad de justificarse. No era necesario interpretar ningún papel y, a la vez, era posible hacer muchos a la vez: se identificaba con todas las mujeres que, desde la oscuridad del tiempo, habían deseado ser madres. Vieron la luz del alba antes de dormirse, los cuerpos enlazados, vencidos por la fatiga, pero tan felices que no querían dejar de soñar.

Las primeras luces del día despertaron a Nura. Sintió una sacudida en el corazón, una inquietud que la obligó a abrir los ojos con la certeza de haber tenido una pesadilla. No lo recordaba con precisión, pero el rastro de las imágenes perduraba en el cerebro. Sentía el corazón desbocado. Se levantó y fue a beber agua a la cocina. Tenía la frente húmeda. Entró en la ducha, en un intento de hacer huir a los fantasmas, aunque no lo consiguió. Tuvo un arrebato que no esperaba. Si se hubiera parado a pensarlo, es probable que no hubiera marcado el teléfono, pero no estaba en condiciones de reflexionar. Oyó el sonido intermitente de la llamada, uno, dos, tres..., diez segundos, hasta que la voz de Toni le respondió:

—¿Nura? ¿Eres tú?

—¿Dormías? —Fue una pregunta absurda. Era evidente que dormía, era de madrugada.

—No importa. Tranquila. No habría tardado en sonar el despertador.

Sabía que no era cierto. Le había robado unas horas de descanso, pero él era lo bastante amable como para no decirlo. Se quedó callada, avergonzada del impulso. Toni se esforzó en modular la voz, oscurecida por el sueño.

—¿Estás bien?

—Sí... En realidad, no mucho.

No podía explicarle cómo se sentía. La niebla le nublaba el pensamiento. Las ideas no eran claras, pero estaba la angustia. Habría querido hacerle entender que no había tenido una noche tranquila, que se había movido inquieta entre las sábanas, que había visto imágenes que no recordaba, pero que le hicieron un daño que todavía estaba ahí, a pesar de la luz encendida en la habitación, del agua de la ducha, de la voluntad de superar las pesadillas que seguro que contadas en voz alta parecerían ridículas.

—¿Has tenido una visión?

Las palabras surgieron como un torrente. Cobraron vida y sorprendieron a Nura, que no esperaba ser tan sincera. Le dijo:

—Ha sido peor. Eran pesadillas que no consigo evocar. No habría tenido que olvidarlas. Necesito recordar porque, si no lo hago, no podré evitar lo que debe suceder.

—Nura, no eres responsable del mundo. No puedes culparte. Tenemos centenares de sueños en una sola noche. Recordamos alguno. Es frecuente que te quede el sufrimiento, pero que olvides el sueño. Nos pasa a todos.

—Lo sé. Eso me pasaba antes, hasta que Casandra me escogió. He tenido una visión mientras dormía. Estoy segura. Me he despertado con la certeza de que debo cumplir un deber. Debo impedir que pase algo que no puedo recordar. Toni...

Se le entorpeció la voz en el nombre. Entonces se quedó muda, las frases ahogadas que no conseguía pronunciar se convirtieron en llanto. Él lo oyó.

—¿Quieres que vaya?

—Son las seis de la mañana.

—Dime qué necesitas.

—Verte.

Volvió a hacerse el silencio. «¿Cómo puedo haberlo dicho?», se preguntó Nura. Cuando lo llamó no tenía intención de encontrarse con él, ni siquiera sabía por qué lo hacía. Estaba demasiado asustada para analizar sus intenciones. Solo quería a alguien que la escuchara. A él lo sentía cercano. Intentó rectificar.

—No me malinterpretes, no tienes que salir de casa a estas horas. Nos encontraremos en los estudios de grabación. Deberíamos intentar dormir, porque el día será largo. Perdóname. Me he dejado llevar por el nerviosismo.

—Dentro de diez minutos estaré en tu casa.

Se cortó la comunicación. Ella intentó volver a llamarlo, pero el teléfono fallaba. Lo probó tres veces antes de asumir que Toni estaba en camino, que tocaría el timbre y no sabría qué decirle, pues ya estaba todo dicho.

Grababan la escena donde Paris anuncia su triunfo, la muerte de Aquiles. Eva volvió a caracterizarse de Helena. La metamorfosis se había convertido en una rutina: las estilistas hacían el trabajo con precisión. El cabello desaparecía bajo la peluca rubia, los rasgos del rostro se marcaban en las líneas de los ojos, la forma de los pómulos. Ismael estaba a punto de rodar la escena. Ferran daba instrucciones a los equipos. Cámara y acción: Helena y Paris cruzaron la puerta Dardania. Llevaban la luz en los ojos. Habían tenido que correr campo a través, desde el templo de Apolo hasta las murallas de la ciudad. Escapaban de la furia de los griegos cuando descubrieran que le habían tendido una trampa a su héroe. Huían de la impotencia y la rabia. Volvían a dar la buena nueva, que Paris difundió por todas partes:

—¡He matado a Aquiles!

La escena acababa con una Eva-Helena enfocada en primer plano, el bello rostro en sombras. Ismael-Paris sentía euforia cuando se secaba la cara con una toalla, al apagarse los focos. Había hecho una buena interpretación. Ferran los aplaudió entusiasmado.

Nura había recibido a Toni con la sensación de haberle hecho desviarse del camino.

—Siento que te hayas sentido obligado a venir.

—No seas absurda. Estabas muy preocupada y me alegra verte. Sufría por ti. ¿Me puedes contar qué recuerdas? ¿O prefieres no hablar?

Lo guio hasta una sala en la que había butacas, un sofá y una alfombra; todo en tonos verdes y ocres, como el campo en otoño.

Él adivinó que era su refugio cuando vio la estantería llena de libros. Se respiraba un confort amable, ese bienestar que el tiempo deposita en los muebles cuando los hacemos nuestros. Corrieron las cortinas, se sentaron con una taza de café en las manos. Sin maquillaje, vestida con una bata ligera sobre el pijama, le pareció muy joven. Una juventud desvalida le observaba con tristeza mientras murmuraba:

—Recuerdo la sensación de sorpresa y sufrimiento. Había mucho ruido: gritos, alboroto, un revuelo infernal. Por encima de todo, los llantos.

—¿Quién lloraba?

—No lo sé. Yo lloraba, pero también muchos otros. Éramos un coro de apenados. Había una mujer a la que conozco. Parecía un árbol herido por un rayo. No consigo identificar quién es.

—¿Te has planteado la opción de que sea un simple sueño? Quizá no era una visión. Todos tenemos pesadillas.

—No me preguntes por qué, pero estoy convencida de que era un aviso. El augurio de lo que está a punto de ocurrir.

—¡Maldita la hora en que Casandra te eligió! —exclamó Toni —. No soporto verte sufrir. Te sientes responsable de algo que todavía no ha pasado. Eso es surrealista.

—Es un don y un castigo. Lo he sabido siempre, aunque no me imaginaba que olvidaría las visiones. ¿Cómo puedo ser tan irresponsable?

—Te torturas, pero no tienes la culpa. ¿Cómo puedo hacértelo entender?

Giró la muñeca con un pequeño movimiento, el contenido de la taza se derramó en el suelo y una mancha amarronada se esparció en la alfombra. Nura se quedó quieta, observándola. Toni reaccionó con rapidez:

—Ya me ocupo yo. ¿Dónde está la cocina? Lo limpiaré en un segundo.

Lo detuvo con un gesto de la mano. Parecía más tranquila mientras el rastro del café dibujaba la forma de una nube a sus pies.

—Déjalo así. ¿No ves que es imposible hacer nada? Hay cosas

que es mejor no intentar cambiar. Será el recuerdo de este día en mi casa. Cada vez que lo mire, sabré que fue real. Evocaré lo que aún no ha sucedido y me repetiré que marcó para siempre nuestras vidas.

Se abrazaron en la alfombra. La cabeza de Nura en el pecho de Toni. Estuvieron mucho rato sin moverse.

En los estudios de grabación, Eva quiso ducharse. Cuando se despojaba de los vestidos de Helena, sentía necesidad de limpiar su rastro. Estaba contenta porque habían rodado una buena escena. Sonreía cuando Ferran se acercó y le dijo:

—¿Quieres comer en un restaurante que te guste? ¿O mejor voy a comprar algo y comemos en casa?

—Esta tarde trabajas. Tenemos el tiempo justo.

—Tienes razón. Mientras te duchas, iré a buscarlo. Comamos tranquilos. Los dos necesitamos una pausa.

—Buena idea.

La besó en los labios. Ella se esparció el champú por el pelo. Le invadió un aroma fresco. Canturreó una melodía sin alzar la voz. Había oído la despedida de Ismael, que se iba. En la sala, había dos estilistas ordenando el vestuario. La peluca reposaba hasta la próxima escena. No se secó el pelo; prefería dejar que el aire hiciera el trabajo. Ferran e Ismael se encontraron a la salida. El director le palmeó el hombro con entusiasmo. Le dijo:

—Has sido un Paris espléndido celebrando la victoria.

—Con una Helena increíble al lado. Es una suerte trabajar con ella. En cada escena aprendo más cosas.

—¡No aprendas tanto! —bromeó—. Al final nos tendrás que dar clases a nosotros.

—Lo digo de corazón.

Ferran le hizo un guiño cuando se iba. Caminó media docena de pasos. Habían aparcado temprano aquella mañana, cuando el parking estaba desierto. Puso en marcha el coche y encendió la radio. Buscó una emisora de música. Sonaba *Ne me quitte pas.* Hacía mucho que no escuchaba aquella canción. Condujo despacio. En su pensamiento estaba la imagen de Eva con el champú en la mano. Le parecía percibir su olor. Inspiró hondo. La tienda de

exquisiteces culinarias estaba a pocos kilómetros del estudio. La descubrieron un día a una mala hora, cuando todos los restaurantes estaban cerrados. Iban a menudo, si necesitaban buena comida. Recordó que había una botella de vino blanco en la nevera.

Ferran no tuvo tiempo de ver el otro coche. Ni siquiera lo intuyó. Había hecho el camino centenares de veces. Era un vehículo conducido por alguien que había bebido unas copas. Tenía prisa y el alcohol lo empujaba a dar gas. Había un stop, pero se lo saltó. Es fácil viajar con el pie en el acelerador y ganas de volar. El golpe fue brusco. No pudo ni girar el volante. Aunque hubiera querido, le habría sido imposible. No había margen de reacción ni espacio para huir del choque. No se conocían ni sabían adivinar el futuro. Eran hombres en una carretera, justo al límite entre la vida y la muerte. Una moneda cae de canto, tiembla en el aire. No sabemos si será cara o cruz. Saltaron los airbags, hubo un estruendo de cristales. Antes de perder la consciencia, Ferran oyó el eco de un grito. Era la voz de Nura, que recordaba el augurio entre los brazos de Toni cuando ya no podía hacer nada. Habían pasado siete días justos desde la boda. La noche fue larga.

Cuando Paris murió envenenado por una flecha, Helena fue considerada oficialmente viuda. El pueblo se sentía decepcionado con el príncipe pastor. No hay nada peor que defraudar las más altas expectativas. En las muertes de los héroes en el campo de batalla había algo de épico, un rastro de leyenda que acompañar para siempre su memoria. Los bardos cantarían las proezas de Héctor, el hombre que detiene la vida por amor a Troya. Alabarían la valentía de Pentesilea, reina de las amazonas, que murió en el intento de restablecer su honor. Aquiles sería evocado con palabras de respeto. ¿Qué había hecho Paris? Jugar toda la vida por los roquedales y las peñas. Lanzar flechas al viento. Llevarles una reina extranjera que era la esposa de otro hombre. Generar el caos, la discordia. Se lo habrían podido perdonar si hubiera sido el salvador que recorría las calles celebrando la muerte de Aquiles,

pero incluso aquella proeza resultó un engaño.

Al héroe colectivo lo venció una flecha. Murió en la cama como los cobardes. Contaban que el cuerpo del príncipe estaba lleno de heridas purulentas, de contusiones y cardenales. El cadáver de Paris no tenía nada que ver con el de Héctor, bellísimo después del rescate, con la pureza de unas facciones que ni la muerte pudo hacer desaparecer. La gangrena y el veneno transformaron el cuerpo. El fuego ejerció su función purificadora. En la pira funeraria nadie se acercó demasiado. Príamo y Hécuba no eran capaces de expresar más dolor. Parecían dos muertos en vida. Helena fue la sombra de Casandra, resguardada bajo la protección de la adivina. No ofreció a Paris los mechones de su cabello, como hizo por amor a Héctor. Tampoco pronunció ninguna oración, porque estaba furiosa con los dioses del Olimpo. Renegaba de Zeus, que la engendró.

Unos pocos inclinaban la cabeza al verla. Era el último signo de consideración a la mujer que ofrecía un rayo de luz en la oscuridad. La mayoría hacían como si no estuviera. Habrían querido maldecirla. No manifestaban la ira porque eran un pueblo civilizado, respetuoso con sus príncipes, acostumbrado a recibir favores y a ser agradecidos. No la ofendían con los gestos, pero las miradas eran pájaros libres. Helena les leía los ojos y comprendía todo lo que no le decían.

Volvió a refugiarse en Casandra, que la acogía con ternura. Cuando Helena reposaba la cabeza en su falda, los dedos de aquella se perdían entre los cabellos de oro. Después de los funerales de Paris, las confidencias se convirtieron en una costumbre.

—Me aconsejaste bien. Nadie sabe que estoy embarazada.

—Te dije que el tiempo jugaría en tu favor.

—El precio ha sido alto: la muerte de Paris ha supuesto el fin de una agonía terrible. No se merecía tanto sufrimiento.

—Nadie se lo merece. —Habló con voz suave.

—¿No te trastorna le pérdida del hermano? —No había reproche, sino curiosidad en la pregunta.

—Si hubiera sido posible, le habría ahorrado morir. También

a todos los demás.

—¿A todos?

—A los que tú querías.

La miró con gratitud. Acababa de decirle que se compadecía por los muertos que lloraba, los troyanos y los griegos. Era la única persona capaz de entender la pena de vivir con el corazón en los dos bandos de una guerra. Esta comprensión facilitaba que Helena la convirtiera en su confidente. No tenía secretos para Casandra. Confiaba en ella por completo, con la certeza de que protegía su vida y la del hijo de Héctor, el niño que había de nacer. Le dijo:

—Soy la viuda de Paris. Se me hace extraño, porque siento dentro la muerte de Héctor.

—Eres dos veces viuda. Has perdido a Héctor y a Paris.

—Tú que descifras los secretos de la vida, ¿puedes explicarme mis contradicciones?

—¿Qué quieres decir?

—Según la ley griega, la de la tierra donde nací, estoy casada con Menelao. Celebramos los rituales de boda. Hubo grandes fiestas para celebrar nuestra unión, pero no sentí un vínculo sólido. A menudo pensaba que el matrimonio era un pacto absurdo.

—Nunca te enamoraste de Menelao.

—No soy capaz de recordar con precisión nuestra vida juntos. Es como si lo hubiera vivido otra mujer, como si no formara parte de mi existencia. En cambio, una sola noche de amor con Héctor justifica la vida entera. Su recuerdo se impone en mí. Puedo evocar su olor, las palabras. Tengo la sensación de que lo conocí como me conozco a mí misma.

—Es cierto. El amor no es una cuestión de leyes ni de tiempos.

—¿Y Paris? Cuando lo vi, se me llenó el vientre de mariposas.

—Paris te salvó del aburrimiento. Héctor te iluminó la vida. Estás acostumbrada a ser la luz, pero él te inundó de claridad. Lo amabas.

—Cuando pienso en los muertos, intento imaginarme que caminan felices por el reino del Hades, un lugar tranquilo. Nos observan después de haber renunciado a la discordia. Han olvidado

el odio porque nada los enfrenta. Debe de ser bello estar en paz.

—No te engañes, Helena. —La voz de Casandra se volvía suave cuando debía constatar la dureza—. Si morir fuese bueno, los dioses no serían inmortales.

XXI

Decían las voces antiguas que la vida es una nave. Si el trayecto se alarga, lleno de aventuras, el final es dulce. Consiste en atracar en el último puerto, cuando viene la oscuridad. El mar calma las heridas del alma. Hace más fácil el adiós. Cuando la embarcación naufraga, abatida por los rayos y el oleaje, significa que alguien muere antes de hora, cuando aún no ha tenido tiempo de vivir. Los dioses y los hombres lloran las vidas malogradas. Los corazones se rebelan contra el robo: quien muere joven deja páginas por escribir, caminos que no podrá recorrer, ilusiones perdidas, amores desesperados.

Eva estaba en la uvi. Llevaba una mascarilla y una bata. Le habían dicho que no había nada que hacer, pero no lo creyó. Estaba al lado de Ferran, que agonizaba. Se abrazó a un hilo de esperanza, una telaraña traslúcida que no se atrevía a tocar porque podía romperse. Le pidió que no se fuera. El universo entero perdería sentido si él no estaba. Con la voz frágil, murmuró:

—Te necesito. Eres un luchador que persigue lo que desea. Amas la vida, pues lucha por la vida, amor.

Algún espíritu maligno había reescrito el guion perfecto de sus existencias, de los bailes aún vivos en el pensamiento, de la carrera al alba. ¿Cómo había podido suceder?, se preguntó. La besó, el aire lleno de burbujas. Si hubiera sabido que corría hacia la muerte, si hubiera sospechado que le guiñaba el ojo por última vez, habría detenido el tiempo. Creyó que no tardaría en despertar de la pesadilla, pero no estaba dormida. Podía percibir que se iba. Volvió a suplicarle:

—Ferran, no lo permitas. Te ayudaré a no marchar. Haz un esfuerzo y recuerda todo lo que nos queda por vivir. Vive, por favor. Si pudieras verme, te negarías a irte.

Tenía que esforzarse para que la escuchara. Aún respiraba. Tenían una oportunidad de salvación.

En los pasillos estaban los familiares y unos pocos amigos. Los padres de Ferran parecían criaturas desvalidas. Su padre tenía la mirada fija en la pared, como si no estuviera. A la madre le habían dado un sedante. Un murmullo se escapaba de sus labios: eran oraciones. Nura y Toni estaban encogidos en las sillas. Si hubiera tenido fuerzas, ella se habría arañado la piel. Se sentía culpable de haberlo visto en sueños, olvidado después y descubierto cuando no podía ayudarlo. ¿Qué clase de pitonisa era, incapaz de predecir las desgracias que importaban? ¿De qué burla era víctima? Toni no decía nada. Una lluvia fina, constante, le recorría el rostro. Chiara llegó la última. No había sido capaz de contárselo a Adrià. Improvisó una excusa y salió. No había tenido ocasión de ver a Eva, pero se preguntaba qué le diría, perdida en la sensación de impotencia. Ismael estaba sentado con el rostro entre las manos. Se repetía la misma jugada: el escenario de un hospital, la espera, esta vez de un amigo que le había salvado la vida, que le había permitido renacer. Si las energías de quienes lo amaban hubieran tenido poder, si los deseos de los corazones tuvieran la oportunidad de juntarse, seguro que Ferran habría aparecido para sonreírles con la intensidad que volcaba en la vida. Si el amor hiciera milagros, habría escapado de la muerte.

Eva estaba atenta. Cada aliento del hombre que amaba podía ser el último. Estaba segura de que los que se aferran a la vida con fuerza evitan irse. Se trataba de no aceptar la derrota. Eran de naturaleza guerrera. Cuando Ferran abrió los ojos, le habló de un amor inmenso, que sobreviviría a todos los embates. No quería irse, pero morir no es un acto de voluntad. Había tristeza en las pupilas del hombre, que le pedía perdón por tener que partir. No encontró resignación ni tampoco desesperación. Intentaba reconciliarse con todo lo que dejaría atrás. Era una renuncia valiente, la aceptación de lo inevitable. Se dio cuenta de que había sido su maestro y de que lo era cuando llegaba la hora de la despedida. Ferran le rogaba que no lo retuviera, porque la resistencia de Eva solo significaba dolor. La angustia de no poder

hacer nada cuando quisieras darle la vuelta al destino.

Se sintió como Helena cuando se despidió de Héctor en el campo de batalla. La princesa de Troya lo vio marchar desde la distancia, en los límites de la muralla. Ella estaba en la uvi de un hospital. Podía cogerle la mano. Ambas se aferraban a los últimos alientos que habrían querido inspirar, para que la respiración del que partía formara parte del aire que alimentaba a quien se tenía que quedar. Volvió a hablarle:

—Lo he entendido. Tus ojos me lo dicen. Me cuesta tanto dejarte partir... Es muy difícil. No puedo resignarme; pero, si debes hacerlo, vete en paz. Te lloraré y te añoraré todos los días de mi vida.

Se miraban, y comprendió que le hacía un juramento de amor infinito. El amor que existe más allá de la muerte, que cantaban los poetas, no eran palabras vacías. En las pupilas de él vio grabado su rostro.

Ferran murió. Eva quiso abrazar su cuerpo, conectado a aparatos que no servían para nada. Gritó fuerte, desde el alma.

En la sala del hospital, durante la espera de noticias sobre le evolución de Ferran, el silencio se rompió cuando Nura lanzó un grito. Aunque los demás no lo sabían, fue en el momento exacto de la muerte. Todos la rodearon sin saber qué pasaba. Las preguntas se superponían, inquietas.

—¿No te encuentras bien, Nura? —Chiara quería una explicación racional—. ¿Quieres que te acompañe a tomar una tila?

—¿Qué has visto? Dime lo que has visto —insistía Toni, convencido de que una nueva visión era la causa de aquella crisis nerviosa.

—¿Queréis rezar conmigo? —murmuraba la madre de Ferran —. Ayudadme a pedir que mi hijo se salve.

—¿Dónde está Ferran? —preguntó el padre, que volvía de un viaje a la nada—. ¿Y Eva? ¿Es que no lo acompaña?

—Están aquí mismo, señor, no sufra —intentaba calmarlo Ismael, que no podía alejar la mirada del rostro de Nura.

Se impuso la voz de Toni:

—¡Callad! —Había una crispación que no se esforzaba en disimular. Todos reaccionaron a la vez. Se impuso el silencio. Estaban quietos, sin osar decir palabra, hasta que Toni cogió a Nura por los hombros y volvió a insistirle:

—Debes decirnos qué ves.

La pitonisa levantó los ojos inundados de lágrimas. Miró a Toni sin verlo del todo, porque la pena difuminaba su perfil, y dijo:

—Ferran ha muerto.

Nadie habría sabido explicar por qué razón, pero la creyeron. Nunca habían hecho caso de las predicciones. Tampoco eran gente de fe en muchas cosas. Quizá fue el tono firme con que pronunció cada palabra. Tal vez los convenció la grave expresión del rostro. El aire de verdad que se respiraba en al ambiente. Así como hay anuncios de vida, también los hay de muerte. Nura hizo la proclama sin aspavientos, con una voz clara y sólida en la que no había grietas. Toni la abrazó, destruido por lo que acababa de escuchar. Ignoraba si ofrecía refugio a la mujer o si buscaba esconderse en sus brazos. Ismael ocultó la cara entre las manos mientras oía las oraciones de la madre. Chiara fue la primera en reaccionar. Se acercó a Nura y le dijo:

—Debo ver a Eva. Necesito encontrarla. No quiero que esté sola.

—Está en la uvi. Ve. —La respuesta fue contundente.

Chiara salió de la sala, corrió por los pasillos, no se entretuvo en esperar el ascensor, buscó a la amiga.

La vio inmóvil, con las facciones transmutadas por el dolor. Eva no era la mujer que conocía. Le recordó a un animal desvalido que miraba sin ver, incapaz de articular palabra. En las oscilaciones del cuerpo encontró la pérdida: la mirada extraviada, las manos inertes en la falda, los labios entreabiertos. No tenía que respirar porque no quería vivir. Era el momento de la renuncia absoluta a todo. La negación de lo que sucedía, la incapacidad para admitirlo, la soledad total, sin compasión. No había preámbulos ni notas a pie de página en el guion inexistente de la propia vida. La lucidez que mantuvo mientras acompañaba a Ferran en la uvi desapareció cuando se dio cuenta de que estaba muerto. Le

pidieron que saliera. Obedeció con movimientos de autómata, consciente de que no había nada que hacer, ningún lugar donde esconderse. Se quedó quieta sin esperar a nadie, porque la mente se había parado como un reloj que ha recibido un golpe terrible y se detiene en una hora exacta.

Chiara la vio. Corrió para abrazarla. Tuvo la sensación de que el pasillo era muy largo. Eva no la rechazó cuando intentó acogerla al abrigo de su cuerpo. En los ojos percibió un aire de ausencia. La oyó murmurar:

—Cuando era pequeña, perdí un globo rojo.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—En la feria del Domingo de Ramos. Había ido con mis padres. Llevaba los zapatos de charol. ¿Tú no tenías unos zapatos de charol?

—Creo que sí.

—Mi madre me había hecho dos trenzas. Estaba el tren de la bruja, el molino, los coches de choque, el tenderete donde vendían las manzanas de azúcar.

—¿Estás bien? —Pensó que desvariaba.

—No me importaban las atracciones. Ni las manzanas ni el algodón de azúcar.

—Querías un globo rojo.

—Sí, no dejaba de pedirlo. Insistía. Suplicaba.

—¿No te lo querían comprar?

—Mi madre decía que siempre perdía los globos. La convencí después de mucho tiempo, cuando ya creía que nunca se cumpliría mi sueño.

—Y fuiste feliz.

—La más feliz de la feria. Cogía fuerte el cordel con la mano, me paseaba, la mirada iba desde los zapatos de charol hasta el cielo: arriba y abajo, como los caballitos cuando giran.

—¿Qué pasó? —La abrazó fuerte.

—Un golpe de viento se llevó el globo rojo. No pude hacer nada. Se convirtió en un puntito lejano. Yo lloraba.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Mi madre tenía razón: siempre pierdo lo que más quiero, lo

que amo.

—Calla. No digas eso.

—Era mi vida. Dicen que está muerto.

En otro lugar, en un tiempo distinto, dos mujeres se abrazaban. Se llamaban Helena y Casandra, princesas de Troya, el dorado y el rojo. Después de las confidencias de la adivina, cada una buscó refugio en el cuerpo de la otra. Respirar les hacía daño, porque la vida se había convertido en una lucha por la supervivencia. ¿Dónde estaba el aire, terriblemente espeso? ¿Por dónde se iba la fuerza? Eran náufragos que dependen de un madero que flota en medio de las olas. Lloraban por los muertos, por los que estaban en el reino del Hades y por los que estaban a punto de ir. Troilo, Pentesilea, Héctor, Aquiles... y los que habían caído en la guerra. Aunque lo ignoraran, se lamentaban también por un hombre al que no habían conocido. Alguien que tenía que nacer siglos después, pero que escribiría su historia con imágenes. Lloraban por Ferran, director de cine, obsesionado con Troya, muerto en la batalla de vivir.

XXII

Habían transcurrido seis meses. Los días pasaron con la lentitud de la tristeza, una quietud del tiempo y las cosas que se detienen, cuando vivir es difícil. Había tardes de nubes en las que refugiarse en el gris del cielo confortaba, pero también mañanas de sol que le hacían daño en los ojos. La vida continuaba en una rueda implacable que Eva observaba incrédula: ¿cómo podía el mundo seguir adelante si él no estaba? La naturaleza era cruel, como también las calles, los semáforos, las tiendas que se abrían cada mañana o los bares donde la gente bebía cerveza y reía.

Chiara ya no iba a dormir con ella. Lo hizo durante muchas semanas. Aparecía con un esbozo de sonrisa en el rostro. Traía *sushi*, una revista, una flor. Se esforzaba en obligarla a comer, porque el estómago se le cerraba. Le comentaba las noticias, cualquier chisme. Cuando se daba cuenta de que estaba lejos, distraída, la acompañaba en un silencio amable. Le cogía la mano, respiraba. Compartían el bienestar de saberse cómplices. Toni la visitaba a menudo. El actor aún no se había hecho a la idea. Le había costado años conseguir un amigo de verdad. Alguien que lo entendiera con la mirada. No podía resignarse a la pérdida, pero disimulaba delante de Eva, a quien no quería entristecer más. Llegaba con la moto, la aparcaba de mala manera y subía a abrazarla un instante. Hablaban poco, pero era suficiente para que no se sintiera tan sola. Ismael no se atrevía a ir a verla. Le enviaba un wasap cada mañana y otro todas las noches. Le escribía con la delicadeza de los tímidos para recordarle que no la olvidaba.

Nura fue la gran sorpresa. Después del accidente, desapareció muchos días. Toni, que vivía el duelo de Ferran, intentó localizarla, pero no lo consiguió. Apareció una noche en la puerta de la casa de Eva. Parecía haber vuelto del infierno, los cabellos rojos

desordenados, la ropa gastada. En su rostro, la determinación de quien sabe qué quiere. Eva le abrió sin extrañarse, porque su capacidad de desconcierto se había paralizado. En el dolor, todo era posible. Cuando la vio, sintió ternura. Nura era la viva imagen de la pena. La invitó a entrar sin preguntarle de dónde venía ni qué buscaba. Se sentaron en el sofá. La escuchó.

—No he podido venir antes. Necesitaba estar sola y pensar. Discúlpame.

—No hay nada que disculpar.

—Nunca creíste que Casandra me había elegido.

—Al principio, no. Soy escéptica. Pensé que habías enloquecido. Por suerte, sé rectificar.

—Soñé el accidente de Ferran. La visión apareció mientras dormía. Entonces se borró de mi pensamiento. La olvidé y no pude evitar que sucediera.

—Toni me lo contó. Me dijo que estabas muy triste, que te sentías culpable, pero te equivocas. Si tu don es extraño, aún lo son más las reglas que lo guían. Todos olvidamos lo que hemos soñado. Tú también. Aunque seas adivina. Nadie lo podía haber salvado.

—¿Ni los poderes de Casandra?

—No. ¿Dónde has estado?

—He caminado de un lugar a otro. Necesitaba poner distancia. He venido para darte una explicación, aunque veo que Toni se ha adelantado. Tendré que agradecérselo.

—No tienes ninguna deuda conmigo. Ni tampoco con Ferran.

Nura ocultó el rostro entre las manos, confusa y agotada. Habría querido decirle que renegaba de los poderes que no sirvieron para salvar al amigo, pero no tenía fuerzas. Llevaba la aspereza en la piel, un rastro de caminos polvorientos. Eva la acompañó a la bañera. Le extendió jabón por los rizos. La acariciaba como si fuera una niña desvalida. Le dejó un vestido de flores pequeñas, color violeta. Le dio lo que le había sobrado de la comida y una copa de vino. Nura la miró y comentó:

—Llevas un vestido negro. ¿Es por el duelo?

—Sí, siempre había sido una descreída en estos temas. Decía que la tristeza se lleva por dentro, que los colores de la ropa no

significan nada.

—¿Vas siempre de negro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Los colores vivos me molestan. Lo oscuro se aviene con lo que soy ahora. No he escogido el negro, pero me siento mejor. Un color me ha escogido a mí.

—Es un refugio.

—Es un intento de calma, aunque también respeto hacia su memoria. Si tengo la vida oscura, no puedo disfrazarme. Chiara insiste para que vuelva a las faldas de tonos alegres. No me ha convencido.

—Yo no lo intentaré. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Me quieres en tu vida? Me gustaría verte, conversar.

—Nura, ya lo estás. Hace tiempo que te abrí la puerta.

Eva se convirtió en la dama de negro. No interpretaba ningún papel, sino que dejaba salir la tristeza. Se acostumbró a no usar maquillaje. Llevaba vestidos sencillos, rectos. El pelo le había crecido con cierto desorden. El color castaño, casi de miel, era el único punto luminoso en un rostro que había perdido la sonrisa. No lloraba. Las lágrimas se le secaron en las mejillas y llegó la aspereza del desierto. Era alta, y el negro acentuaba la esbeltez.

A Helena, los cabellos que se cortó para Héctor también volvieron a crecerle. Eran ramitas doradas que se extendían hasta los hombros. Caían en forma de rizos e iluminaban el rostro de quien había perdido tantos amores. Helena se acostumbró a vestirse con túnicas blancas. Renunció a los tintes con que las sirvientas convertían los tonos naturales de la tela en el arcoíris. Abandonó los rosados, los verdes de las hojas, los amarillos de la aurora. Pretendía pasar desapercibida durante los meses del embarazo, en las escapadas al templo de Apolo, donde la esperaban Casandra y su hijo, por las calles de la ciudad sin esperanza. A la vez, buscaba refugio contra la tristeza. El blanco era la niebla por las mañanas, pero también la huella de las nubes.

La dama de negro y la princesa de blanco. Una era una

sombra; la otra, una brizna de claridad. Compartían la tristeza de la pérdida, que jugaba a acercarlas a pesar de la distancia de los siglos, aunque habitasen geografías distintas. Eva no volvió a vestirse de Helena. Poco después de la muerte de Ferran, les retiraron las subvenciones para la película. El dinero estaba vinculado a su nombre, como lo estaban ellos, y al sueño de un proyecto inconcluso.

Un mes después de la desgracia, se encontraron. Estaban Toni, Ismael, Nura, Chiara..., el equipo fuerte del hombre que había partido. Los recibió una Eva de talante firme, sin sonrisas, que les explicó la situación. Como se respiraba confianza, no hubo gestos innecesarios ni palabras fuera de lugar. Todos habían sentido la presencia de Ferran cuando cruzaron el umbral de la puerta. La certeza de que alguien no ha abandonado su espacio porque perduran las cosas que amó, los libros que leía, hasta la forma del cuerpo en la butaca. Una silueta intangible y real a la vez. Ismael tocó un dibujo de girasoles de la pintora Marta Blasco. Las flores estaban hechas con lápiz. Algunas destacaban pintadas de amarillo, como un canto a la luz. Toni se imaginó el aroma de un plato que su amigo debió de preparar a menudo. Si se esforzaba, podía adivinar qué era. Quizá el estofado de guisantes cocinado a fuego lento, o la cazuelita de setas, o el pollo relleno, o el pescado al horno. Se añoran los olores que acompañan el recuerdo de alguien, como nos acompaña la nostalgia de una sonrisa.

Eva les dijo que no había dinero y que tampoco habría película. Podrían pagar los sueldos de los que trabajaron hasta el final, los gastos burocráticos y poco más. Todas las entidades que subvencionaban el proyecto habían retirado las ayudas al saber que Ferran no podía llevarlo a cabo. Concluyó:

—La película ha muerto con él.

Hubo un silencio paralizante. La sorpresa se dibujó en unos rostros que, aunque intuían la noticia, no estaban preparados para recibirla. Nura se permitió la ironía:

—En este caso, no hacían falta dotes de bruja para adivinarlo.

Chiara le contestó con un punto de insolencia:

—Es una falta de respeto hacia la figura de Ferran. Una burla a su legado, a todo lo que representaba en el mundo del cine. No entiendo que te parezca normal.

—Tengo los pies en el suelo —respondió Nura sin alterarse—. Ferran era un activo con valor: el director que se arriesga y presenta proyectos nuevos.

—¿La valía de la marca que creó desaparece con él? —murmuró Eva.

—Claro que no —intervino Toni.

—Para nosotros —remachó Chiara—. ¿Qué piensa el mundo de una película inacabada? No vale nada. Ni tan siquiera formará parte de su filmografía.

—Dejó escrita cada escena, con centenares de acotaciones. Había trabajado en ello. Tenemos el dibujo y las evoluciones de los personajes, los tiempos de la historia, un final magnífico —continuó Eva.

—Material de archivo —dijo Ismael como quien constata una derrota.

De repente todos hablaron a la vez. La inquietud se apoderó del grupo. Sin darse cuenta, cada uno transmitía el miedo a una doble pérdida: la de Ferran y la de la película. El tono de las voces fue aumentando, mientras se negaban a aceptar lo que vivían. Hubo palabras que pisaban palabras, preguntas sin respuestas. El caos y el desbarajuste se instalaron en la sala. Por fin se impusieron los pensamientos de Eva, pronunciados en voz alta:

—Era su sueño. Vivió los últimos años obsesionado por este proyecto. No quería irse, pero tuvo que dejarnos. ¿Lo entendéis? —Había desolación en su voz—. Nadie escoge morir. Ferran estaba lleno de vida, de ilusiones. Creía que reuniros sería más sencillo, pero estoy muy triste. Ahora lo entiendo: al renunciar a la película vuelvo a perderlo. Soy dos veces viuda.

Al despedirse, después de muchas palabras y pocas conclusiones, Eva volvió a quedarse sola. Fue al estudio de Ferran, que mantenía intacto, con los muebles y los libros a la espera de un retorno imposible. En los cajones del escritorio, había un USB donde él guardaba la información sobre la película. Quería

conservar una copia impresa. El volumen del papel haría real el proyecto. Encendió el ordenador, dio la orden, se entretuvo en contar las hojas escritas mientras releía algún fragmento. La lectura le causaba una mezcla de consuelo y pena. Percibía un ungüento para el alma, pero también sentía una herida en el corazón. Cuando tuvo el documento, abrió la caja fuerte. Dejó el USB y las hojas, con la voluntad de no volverlo a mirar en mucho tiempo.

Se sumergió en un ritmo de actividades concretas. Se esforzó en concentrarse en el aquí y el ahora, sin pensar en mañana. Estableció una rutina: se levantaba temprano, iba al gimnasio, recorría los puestos del mercadillo donde compraba fruta y verduras, leía un libro o veía una serie de televisión, aunque a menudo tenía que volver atrás porque había perdido el hilo de la trama. Muchos atardeceres iba a caminar cerca del mar. A menudo Chiara o Nura la acompañaban. Si podía soportar la proximidad de la gente, se sentaban en un bar a tomar un café. No hablaban mucho. Si sentía el mundo hostil, demasiado grande para encontrar un sitio, volvía a casa con un nudo en el estómago. No contestaba muchas llamadas, aunque leía los mensajes que Ismael le enviaba. Al principio, eran frases de consuelo. Cuando fue ganando confianza, fragmentos de poemas que le gustaban. Esperaba las visitas de Toni con cierta ilusión, porque siempre hablaban de Ferran. Tomaba una pastilla para combatir a los fantasmas del insomnio, aunque pasaba las noches inquieta.

Transcurrieron los días, en una rueda monótona que resultaba cómoda. Le servía para anestesiar el dolor. Cuando se dejaba ir, se transformaba en un río de pena. El caudal de agua crecía hasta que se desbordaba e inundaba cada rincón del paisaje, del pequeño universo que era. Si sujetaba las riendas, cuando repetía las rutinas consoladoras, se convertía en una superviviente.

Sucedió medio año después de la muerte de Ferran. Chiara recibió un burofax. Era una convocatoria de una notaría del paseo de Gràcia. Le llegó por la mañana, justo cuando había tomado el café, antes de que fuera a acompañar a Adrià a la rehabilitación.

Mientras firmaba el justificante de recibo, sintió curiosidad. No tenía ni idea de lo que era. Abrió el sobre y leyó que la convocaban para diez días después. No había explicaciones. Tan solo la hora, la dirección y el nombre. Guardó el papel en un cajón, se anotó la cita en la agenda del móvil y lo olvidó.

Adrià necesitaba su ayuda. Cuando supo la noticia del accidente de su amigo, volvió a cerrarse en un mutismo desesperanzador. Parecía que había renunciado a la lucha para caminar, que no le importaba nada. Esta vez Chiara adoptó un rol distinto. No lo compadeció. Estaba demasiado triste para soportar que dimitiera. Se transformó en una guerrera, convencida de que no necesitaba su compasión, sino que alguien lo hiciera reaccionar. La mujer tranquila perdió los papeles. Le dijo palabras agrias, que le reprochaban una actitud vital dimisionaria. Ya estaba bien de victimismos. Si se consideraba tan desdichado, ¿cómo debían sentirse los demás? ¿Los padres de Ferran, ella misma, Eva? Había salido vivo de la desgracia, algo que no podía decir todo el mundo, y su deber era dejar de compadecerse. Mientras hablaba, él la miraba incrédulo. Se atrevió a argumentar:

—Era mi mejor amigo. ¿No tengo derecho a vivir el duelo de la pérdida? ¿Pretendes que siga como si no hubiera pasado nada?

—Quiero que sigas vivo. Ferran no tiene la misma suerte. ¿Qué crees que te diría? ¿Lo imaginas aplaudiéndote porque vuelves a renunciar?

—La última vez que vino a verme..., ¿te acuerdas?

—Claro.

—Me hizo una promesa que no podrá cumplir. Me dijo que, si volvía a caminar, grabaríamos una escena en la que interpretaría a Paris. Quería cumplir mi sueño, aunque fuera por un día.

—Por aquella promesa tienes la obligación de seguir adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Era un hombre bueno. Intentó ayudarte a cumplir tu sueño. Te hizo una promesa muy bella.

—Fue un regalo.

—Sé agradecido. Haz lo que te pidió. ¿Su recuerdo no merece que te esfuerces?

—Claro que sí, pero déjame llorarlo.

—Lloremos juntos y continúa adelante. Ya está bien de mirarse el ombligo, ¿no crees?

Sonó la alarma del móvil. Habían pasado diez días desde la notificación. Chiara recordaba que tenía una cita, pero le daba pereza ir. Deseó que fuera un trámite. Se preguntó si la habrían denunciado por algo. Era posible que Júlia hubiera jugado sucio y fuese la responsable de una acusación sin fundamento. ¿Existía una trampa que no se podía imaginar? Quién sabe si había decidido vengarse. Se lo tomó con calma porque después de la marcha de Ferran era una mujer distinta. Había perdido el miedo. Quizá se sintió tan desvalida que se vistió con una coraza protectora. No podía desfallecer cuando su mejor amiga había perdido a su hombre, cuando Adrià no era capaz de ayudarla. Si caía en un pozo de tristeza, ¿qué harían los demás? No tenía que vacilar. Aunque fuera difícil, a pesar de la sensación de desaliento, tenían que sobrevivir: los que amaba y ella misma. Recordó las escenas de peligro que había grabado delante de una cámara. Situaciones que la llevaron al límite, que la obligaron a hacer un ejercicio de concentración. Tuvo que ser cuidadosa, responsable. Había tenido suficiente sangre fría para salir airosa siempre. El riesgo en la ficción era normal para ella. En la vida real todo se hacía duro.

Salió de casa. Llevaba una camisa blanca, una americana y pantalones oscuros. El cabello le oscurecía la cara. Se delineó los ojos y se pintó los labios. Todo como siempre. Actuaba convencida de que no era un asunto serio. Llegó a plantearse que Júlia la hubiera acusado de usurparle el trabajo o la personalidad. Si así fuera, ¿por qué la requería un notario? ¿No debería ser un abogado? ¿O la policía? Sonrió, sorprendida por una capacidad imaginativa que se despertaba de repente. Había visto muchas películas. ¿Y si se trataba de un error, de un malentendido? Tomó un taxi porque quería ser puntual. Repasó los wasaps del móvil durante el trayecto. Chiara no era consciente de que estaba a punto de cambiarle la vida. Las existencias se transforman sin avisos, cuando menos lo esperamos, porque el azar puede enfrentarnos a una gran incógnita. Sin saberlo, iba al encuentro de la duda y la

incertidumbre. En la oficina del notario, la hicieron pasar a un despacho donde la recibió un señor amable. Le contó una historia en un tono de voz no muy alto, de forma clara, aunque ella tuvo la impresión de que las palabras hacían desaparecer el universo entero.

Caminó a la deriva por las calles del centro. No veía a los viandantes ni los escaparates. Una moto estuvo a punto de atropellarla en un semáforo. Marcó el teléfono de Eva. Le respondió enseguida:

—¿Chiara? ¿Cómo estás?

—Desorientada.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Discúlpame. Acabo de salir de una notaría. Me enviaron un burofax que me citaba para hoy.

—¿De qué me hablas?

—No te lo dije. Me parecía poco importante y no quería preocuparte. Ahora...

—¿Qué te han dicho?

—No puedo contártelo por teléfono. Es un tema complicado.

—Me haces sufrir.

—No, no, estate tranquila. Simplemente, no me lo imaginaba. Me cuesta digerir la información. No sé si vivo un sueño.

—¿Un sueño o una pesadilla?

—Eva. —La voz se tornó grave, como si tuviera la garganta seca y no pudiera pronunciar las palabras—. Me ha cambiado la existencia en un minuto. Tengo que tomar una decisión, pero no sé hacia dónde tirar. Mi cabeza es una maraña de ideas.

—Ven a casa. Te espero.

—Sí. Iré a cenar contigo.

—¿A cenar?

—Necesito un tiempo para estar sola, ordenar la información, calmarme.

—De acuerdo. Me inquietas.

—Lo sé. Lo siento mucho. Ten paciencia. Quiero saber. Quiero saber qué debo hacer.

—¿Con qué?

—Con la vida.

Cuando Helena parió, entendió que su mitad de mujer mortal se imponía a la divina. Le prepararon una habitación vacía, sin muebles. Había un banco de madera, mantas y cántaros con agua. El cuerpo había perdido la esbeltez con el paso de las estaciones. Aunque era de día, encendieron las antorchas de la sala del parto. Estaban la matrona y Casandra, a quien enviaron a buscar con los primeros dolores. Las sirvientas obedecían órdenes.

A medida que pasaban las horas, el dolor se intensificaba. Las contracciones eran cada vez más intensas. Helena pensó que moriría. Invocó a Zeus, pero no le respondió. Nunca había atendido a sus ruegos. Evocó el rostro de Héctor y se preguntó si, desde el Hades, podía ver el nacimiento de su hijo. Le habría gustado saberlo. Recordaba la noche que salieron juntos de la ciudad. La imagen de los dos jinetes cruzando la puerta de las murallas a galope. Buscaban escribir su propia historia sin seguir los dictados de los otros. El tiempo se había detenido. Perdió la noción de las horas que llevaba en la sala de partos. Por un postigo, vio nacer y morir el día. Se alargó la noche. Por fin, el llanto del niño. Casandra se inclinó a besarla mientras le decía:

—Descansa. El hijo de Héctor ha nacido.

Vio la carita arrugada. Intentó acariciarla, a pesar de que apenas tenía fuerzas. Rendida, temió por la seguridad del niño, pero Casandra la tranquilizó:

—No tengas miedo. Has sabido mantener ocultos el embarazo y el parto. Eres valiente.

—¡Tiene tantos enemigos en el palacio!

—No estará mucho entre estas paredes. Cumpliré mi juramento: me llevo a mi sobrino al templo de Apolo. Es un lugar seguro. Crecerá conmigo, protegido por las serpientes y los rezos de las sacerdotisas.

—¿El dios del Sol querrá acogerlo?

—No lo dudes.

—No te lo lleves aún. Déjame abrazarlo.

—Es necesario que me marche deprisa. ¿Te has asegurado de la lealtad de las sirvientas y de la matrona?

—He comprado el silencio con oro.

—El oro no garantiza el silencio. Son humanas. Algún día contarán el nacimiento que han presenciado.

—Las he amenazado con la furia de los dioses si hablan.

—Los dioses inspiran temor, pero los humanos están hechos para contar historias.

—Es muy pequeño.

—Sé fuerte. No pierdas la cordura que has tenido desde que te comuniqué la noticia.

—No tiene nombre.

—Pónselo. —La miró con ternura.

—Se llamará como su padre: Héctor.

—Lo sabía.

—Tú lo sabes todo.

—Déjame partir. Podrás visitarlo siempre que quieras. Verás cómo crece.

—Cuando acabe la guerra...

—No hables. Entonces comenzará otra historia.

—Corre, Casandra. Tienes razón. ¿Cómo he podido obcecarme y distraerte? Debemos apresurarnos. Salva a mi hijo.

Una sombra salió del palacio. Con un envoltorio en los brazos, la princesa caminaba despacio. Tenía que ser prudente para no despertar sospechas si encontraba a algún soldado o un hombre que hubiera bebido para olvidar la pena. No hubo encuentros insospechados ni sustos. Bajó por senderos laberínticos, se desvió de las rutas transitadas. Llevaba una capa oscura sobre la túnica con la intención de confundirse con la oscuridad. Cerca, la sombra de un gato hizo estremecer a Casandra. A pesar de que estaba segura de la salvación del niño, porque ninguna visión había enturbiado la imagen de la escapada, podía haber complicaciones que no hubiera previsto. Mientras avanzaba hacia las escaleras, sintió que no podía distraerse, porque salvar al hijo de Helena era la misión más importante de su vida.

Cuando llegó, las otras sacerdotisas dormían. Lo tenía todo

previsto: al día siguiente explicaría que había encontrado a un niño abandonado y que había decidido hacerse cargo de él. Nadie se atrevería a discutírselo. Tenían suficientes cabras para amamantar al niño, harina para prepararle comida cuando fuese la hora de recibir una alimentación más sólida. Los padres de Casandra no solían visitarla. Estaban acostumbrados a que ella entrara y saliera del palacio de Príamo. El templo estaba situado cerca de la ciudad y la única que iba a verla era Helena. Un plan perfecto, porque nadie se extrañaría de sus visitas. Ni siquiera debía temer que Paris hiciera preguntas. Cuando nació el niño, llevaba semanas muerto.

Casandra escogió una serpiente verde, nacida de un huevo del altar de Apolo. Celebraba la llegada del infante al templo. Lo alimentó con leche de cabra; con mucho cuidado, mojaba un dedo que el niño succionaba. Se hizo un cabestrillo con tiras de tela para poder llevarlo a hombros. Se acostumbraron a dormir en un mismo lecho, cerca del brasero: el niño, la serpiente y Casandra. Pasaron las semanas y los meses. El pequeño crecía mientras iba aprendiendo cosas nuevas. Pronto le salió un primer diente y se acostumbró a beber de una taza, hasta que prefirió mojar pan. Nunca se ponía enfermo. Cuando empezó a caminar, se escondía por rincones insospechados. Las sacerdotisas lo querían. Se divertían con sus travesuras y sus carreras. Jugaban a perseguirlo entre las arcadas. Reían cuando él reía. Había heredado la belleza de los padres.

Envuelta en una capa, Helena subía al templo de Apolo. Eran visitas que no sorprendían a los que allí vivían, acostumbrados a verla a menudo. Salía del palacio, evitaba que las sirvientas la acompañaran, escapaba de la soledad y corría hasta los escalones que subían por las rocas. De lejos, la vista de las barcas aún le hacía daño. Por eso se apresuraba a huir. Correr significaba volar.

Helena pisaba el patio con una sensación de alivio. Casandra y Héctor la esperaban. El niño caminaba hacia ella con los brazos abiertos. Helena lo alzaba. Daban vueltas hasta que el cielo y la tierra se tocaban. Le acariciaba los cabellos, que eran como los de su padre, y la embelesaba su sonrisa. Los tres se sentaban bajo una encina. Casandra apoyaba la espalda en el tronco, Helena se

tumbaba sobre la hierba con la cabeza en la falda de la adivina. El príncipe troyano daba saltitos entre ambas. Le contaban cuentos y leyendas. Cantaban canciones que él repetía incansable. Si el sol calentaba el aire, se quedaban más tiempo. Pasaban horas felices, a pesar de la guerra. El niño era capaz de distraerlas de la realidad que vivían. Durante un rato, olvidaban las pérdidas, el horror se alejaba como se dispersa la niebla después de la lluvia. Helena volvió a reír. Se le iluminaba la cara al ver a su hijo, mientras susurraba su nombre, que sonaba a conjuro. A veces, le decía a Casandra:

—Déjame soñar. Necesito inventar un mañana.

—Habla. No te interrumpiré porque me gusta escucharte. Ojalá el poder de las palabras sea más fuerte que el destino.

—Cuando acabe la guerra, los tres nos marcharemos en un barco. Zarparemos de buena mañana y navegaremos con la vista en el horizonte. Reuniremos a unos pocos marineros leales y dejaremos atrás Troya.

—Sueña, Helena. Hazme soñar contigo —decía Casandra.

—No iremos a Esparta. Nada nos liga a la antigua patria.

—¿Dónde recalaremos entonces?

—Buscaremos refugio en Egipto, tierra de grandes sabios. Mi hijo aprenderá de los libros que allí leen.

—Libros que le hablen de un mundo sin guerras... —Se animaba la pitonisa a pesar de sí misma.

—Recorreremos los mercados. Oleremos el sándalo, la menta, las esencias de los perfumes que perdimos.

—Nos llenaremos los ojos de objetos bellos.

—Escogeremos sedas para hacernos túnicas.

—Héctor no será un guerrero.

—Ni nosotras prisioneras.

Se miraban, fascinadas por el poder de los deseos. Helena terminaba con un ruego:

—No te pido ningún juramento, pero dime que será verdad. Dame tu palabra.

—Será como quieres, reina mía —contestaba Casandra, mientras ocultaba el rostro para que Helena no pudiera verlo.

En una de las conversaciones, un atardecer cualquiera, Helena le confesó sus inquietudes:

—En la casa del rey Príamo, tu padre, todo es tristeza.

—Lo sé. El dolor es el fruto de la guerra. No puedo hacer mucho. Si les dijera lo que está por venir, aún sufrirían más.

—He pensado en ello. Soy la única que los puede consolar.

—¿Tú? ¿Te has vuelto loca? El pueblo te culpa de la guerra. Príamo y Hécuba también, aunque callen. Prefieren no verte ni tener noticias tuyas.

—No lo olvido. Tampoco puedo acusarlos de que piensen lo mismo que pienso yo. Escaparme con Paris fue una estupidez y una provocación. Les di la excusa perfecta a los griegos. Sin embargo, hay un detalle que les devolvería la esperanza en el futuro.

—¿Cuál?

Helena señaló al niño que jugaba con las hojas de los árboles.

—Él. No saben que Héctor tuvo un hijo, que no todo está muerto. Míralo jugar y correr. Es pura vida. Conocerlo sería como sentir la brisa en el desierto. Tengo el deber de comunicárselo.

El cuerpo de Casandra se tensó. Cada musculo estaba rígido cuando respondió. El tono afectuoso que solía emplear en las conversaciones fue sustituido por una furia contenida.

—Te lo prohíbo.

—¿Qué?

—Cuando nació me encomendaste su seguridad. Te dije que nada habrías de temer si seguías mis instrucciones.

—Lo he hecho siempre.

—Por esta razón está vivo.

—No te entiendo. ¿Qué peligro hay?

—Troya entera está desquiciada. ¿No te das cuenta? Tienes muchos enemigos, personas que te quieren mal. No les importaría asesinar al hijo de Héctor y Helena. Mi familia participa en el desvarío colectivo. Es probable que ni te creyeran.

—El niño es una réplica del padre.

—No hay más ciego que quien no quiere ver. Nunca lo reconocerían. Viven la conmoción de demasiados duelos. Si te han quitado a los que amas, no eres capaz de amar a desconocidos.

Disimulamos el embarazo, ocultamos el parto, ha vivido en el templo. Tu palabra no tiene poder.

—¿Cómo debo actuar?

—Si quieres que pueda cumplir con mi palabra, tendremos que continuar escondiéndolo.

—De acuerdo.

Las dos miraron al niño, que jugaba sin saber que habían decidido salvarlo. Para él, la muerte era un pájaro quieto.

XXIII

Eva la esperaba con curiosidad. Había intentado ponerse en contacto con ella después de la llamada, pero saltaba el contestador automático, hasta que entendió que no había nada que hacer. Por primera vez en medio año, salía de la rutina. Estaba inquieta por Chiara. Conocía los matices de su voz. Durante la breve conversación, captó emociones que no conseguía explicarse: nerviosismo, incredulidad, euforia y miedo. Cuando llegó, la miró a los ojos, donde se dibujaba la hierba. Intuyó que volvía de hacer un viaje por las calles del alma. Le ofreció una copa de vino mientras se sentaban en el sofá. No fueron necesarias las preguntas. Como si deshiciese el ovillo de un relato secreto, Chiara le contó:

—Mi padre murió cuando yo era una niña. No lo conocí, o, mejor dicho, lo conozco por las palabras de los demás. Conservo recuerdos vagos que aparecen alguna vez, cuando conjuro su memoria. Era italiano. Su familia vivía en un palacio en Venecia.

—¿En un palacio? —A Eva se le había escapado la pregunta, porque no quería interrumpirla.

—Suena extraño, ¿no? Parece que hablo de alguien que no soy yo. Mi familia paterna pertenecía a la nobleza del Véneto. Tenía un espíritu bohemio. Aunque amaba su ciudad, mi padre era un viajero. Pintaba. Durante su juventud, vivió unos años en París en contra de la voluntad del abuelo, a quien nunca conocí. Después se instaló en Barcelona, donde conoció a mi madre. Se enamoraron y se casaron. En aquel momento, la familia hizo un esfuerzo para reconciliarse con él. Lo instaron a que volviera a Venecia para hacerse cargo del patrimonio, de la tradición, del deber, pero siempre se negó.

—Parece la historia de un héroe romántico.

—O de un irresponsable. Todo lo que hacemos tiene consecuencias. Mi madre intentó convencerlo de que era un privilegiado. Estaba dispuesta a marcharse a Italia. Él pintaba cuadros que no compraba nadie; ella cosía para subsistir. Cuando el abuelo fue consciente de que no volvería, lo desheredó. Tenía otro hijo, quince años más joven, que nació cuando no se lo esperaba. Fue la esperanza. Se llama Bruno. Se convirtió en el heredero. Cuando mi padre murió, recibimos una corona de orquídeas, enviada desde Venecia, pero no hubo dinero. Se desentendieron de nosotras, así que mi madre y yo nos espabilamos. Nunca lo había hablado con nadie. He querido olvidarlo y estaba convencida de haberlo conseguido hasta hoy.

Las dos callaron. Necesitaban respirar. Chiara tenía la sensación de haber hablado deprisa. Las palabras se precipitaban, surgían de los labios como el viento. Eva se sirvió otra copa de vino. Hacía mucho que ninguna historia conseguía distraerla. Aquella noche estaba absorta en la confesión de su amiga. Habría dicho que se conocían, pero estaba descubriendo una parte de la otra que no sospechaba. Le preguntó:

—¿Qué te han dicho en la notaría para que volvieran a despertarse los fantasmas?

—Mi tío quiere ponerse en contacto conmigo. Nunca nos hemos visto. Parece que... —hubo un silencio— está muy enfermo. Los médicos le han diagnosticado un cáncer. Le quedan meses, semanas. No sé los detalles.

—No podemos entristecernos por la suerte de quien no hemos visto nunca —dijo Eva con dureza—. Mucho menos si es alguien que te ha dado la espalda. ¿Qué pretende?

—Quiere conocerme antes del final.

—¿Me cuentas una novelita de quiosco? Es una broma de mal gusto.

—No tiene hijos.

—¿Cómo?

—El notario me ha explicado que no ha tenido descendencia. No se casó. Quiere que nos conozcamos antes de decidir qué debe hacer con la herencia. Es muy rico.

—Chiara, ¿te estás inventando esta historia? Si te has propuesto entretenerme, te felicito. Lo haces muy bien.

—La verdad es más absurda y complicada que la ficción. Tendrías que saberlo. —No evitó una mirada acusadora.

—Lo siento, no quiero incomodarte. Continúa, por favor.

—Me invita a hacer un crucero por el Mediterráneo.

—¿Qué? ¿Estás segura de que es pariente tuyo? Puede ser un loco. Aparece de la nada y te invita a hacer un viaje de parejita. No me lo puedo creer.

—El notario me ha dado todos los datos. No es una trampa. El barco zarpa de aquí a una semana. Terminará en Venecia, la ciudad de mi padre. Puedo ir sola o acompañada.

—¿Cómo?

—Puedo llevar a las personas que me parezca oportuno. Quiere que esté tranquila, que no haya recelos.

—¿Y él?

—Estará allí. Me pide la oportunidad de conocerme. Quiere saber quién soy.

—¿Qué sacará él con ello?

—No lo sé.

—¿Y tú?

—Una herencia.

Se miraron sin decir palabra. Después del escepticismo inicial, Eva entendió que la historia era cierta. Chiara, la mujer que había aprendido a hacer del riesgo una forma de vida, se encontraba ante una decisión arriesgada. La relación se consolidó como el fuego que cocina las comidas sabrosas. En un principio, la miró con desconfianza. Era la doble de Helena en el plató. Le usurpaba el papel en las escenas complicadas que habría querido ser capaz de interpretar ella misma. Estaba tan obsesionada con el personaje que hubiera entrado en todas sus dimensiones. No le gustaba verla ponerse la peluca, maquillarse. Le envidiaba los ojos; eran verdes luminosos, en lugar de color de aguas de estanque. Sin saber por qué caminos, se acercaban. Se conocieron, dejaron a un lado la desconfianza al comprobar que se parecían físicamente, pero que coincidían también en los gustos que crean complicidades. Habían

compartido épocas difíciles: el accidente de Adrià, la muerte de Ferran. Hitos que marcaron sus vidas para siempre. El dolor puede alejar a dos personas o puede tejer vínculos indestructibles. Chiara era la hermana que había añorado sin saberlo, pero que el destino le ofrecía. Le preguntó:

—¿Cómo estás? —La voz era dulce. Había cariño en la actitud de Eva, que le cogió la mano y se la apretó.

—Estoy confusa. Cuando escuchaba al notario quería que fuera una pesadilla. Me parecía una noticia capaz de desbordarme, difícil de asimilar, que me obliga a tomar decisiones. Hubiese querido que fuera mentira. Con todo lo que hemos vivido, no estoy preparada.

—Te entiendo.

—Al salir, he caminado durante horas. Me ayuda a pensar. He recuperado la imagen de mi padre, recuerdos que deben de ser una mezcla de realidad e invención. Me preguntaba si mi tío se le parece, cómo habría vivido si hubiéramos estado en Venecia, en un palacio que no soy capaz de imaginarme. ¿Sería quien soy o habría una versión diferente de mí? Otra Chiara.

—La del presente es magnífica.

—Hay tantas versiones de uno mismo como de las vidas que nos toca vivir. No puedo dejar de pensar que habría sido distinta.

Eva intentó hacerle ver la realidad de las cosas. Las reflexiones de Chiara eran lógicas. La aparición del pasado le planteaba dudas que la obligaban a cuestionarse hasta a ella misma, pero no estaba para elucubraciones. Imaginar cuál habría sido su identidad en otra vida era una pérdida de tiempo. Tenían que tomar una decisión y actuar en consecuencia. Estaba dispuesta a hacerle entender que era libre. Podía negarse a aceptar. Tenía que sopesar los pros y los contras de lo que significaría hacer el viaje. Se lo dijo:

—Hablas de una herencia millonaria. La oferta es tentadora, pero implica un cambio absoluto en tu vida. Te conozco, no eres una persona ambiciosa. ¿Qué te tienta? ¿El dinero? ¿La aventura?

—Tienes razón. No soy caprichosa. Me gustan las cosas sencillas, cercanas. No necesito mucho para vivir. Me gano bien la

vida. Las escenas de riesgo en el cine no están mal pagadas. Tengo unos pequeños ahorros.

—Reflexionemos. La idea de recibir una gran herencia puede ser atractiva para todo el mundo, aunque tengo la impresión de que tu tío no te lo pondrá fácil. Si tuviera claras sus intenciones, no lo haría tan complicado. Tiene la actitud de un hombre prepotente. Interrumpe tu vida, te ordena dedicarle unos días que implican abandonar el trabajo, las obligaciones, la ciudad... sin saber quién eres ni qué situación vives. Es un egoísta. Quizá ha enloquecido: sabe que está enfermo y se inventa un juego para entretenerse.

—El notario me ha entregado un documento firmado por un reconocido psiquiatra. Es una prueba de que mi tío está en posesión de sus facultades mentales.

—Es increíble... No ha dejado ni una rendija abierta. Piensa en todas las posibilidades. Como mínimo, es inteligente.

—Sí

—¿Qué harás? ¿Has tomado una decisión?

Chiara la miró. Eva adivinó la súplica en sus ojos. Las pupilas verdes no eran brumosas, sino sinceras. ¿Qué le contaban?, se preguntó. La mirada se adelantaba a las palabras. Intuyó una demanda de auxilio a la que no sabía cómo responder. Su papel era acompañarla en la decisión, darle apoyo, aclarar las marañas del pensamiento. Le dijo:

—Intento ayudarte, pero no lo consigo. Quiero escucharte, consolarte. No puedo hacer más.

—Sí que puedes.

Eva se imaginó que Chiara deseaba que la acompañara en el viaje. En una fracción de segundo, los pensamientos se precipitaron. ¿Por qué no habría de hacerlo?, se preguntó. Estaba muy sola. Vivía una época dura, víctima de la añoranza. Para ella, dejarlo todo significaba no dejar nada. No tenía trabajo ni ganas de afrontar proyectos cinematográficos o teatrales. El duelo le hacía insoportable la idea de relacionarse con conocidos. La posibilidad de reincorporarse al trabajo era una pesadilla. Aún no podía imaginar que dejaba lejos a Helena, porque eso quería decir perder un poco más a Ferran. ¿De dónde sacaría la fuerza para trabajar

dirigida por otro? Le parecía una traición que no estaba dispuesta a llevar a cabo. Si la vida ponía a Chiara en un cruce de caminos, ayudarla podía dar sentido a la suya. Desde que Ferran murió, habían estado cerca. Se conocían bien. Podía hacer la maleta, embarcarse en cualquier barco y acompañarla en la aventura. Le dijo:

—¿Quieres que haga este viaje contigo?

—No.

El rostro de Chiara enrojeció como la grana. Intentó decirle algo, pero se quedó muda ante la expresión de sorpresa de Eva, que no la entendía, que quería acercarse sin saber cómo. Murmuró:

—Me has dicho que tu tío te permite llevar acompañantes en el viaje y he creído que me pedías que fuera. Veo que no lo he entendido.

La mujer que solía jugarse la existencia ante las cámaras parecía temerosa de las palabras que tenía que decir. La voz surgió miedosa.

—No puedo ir. Lo he pensado, pero me es imposible. Si no existiera Adrià, no lo dudaría. ¿Qué puedo perder? La situación ofrece garantías de seguridad. Es raro, aunque me he acostumbrado a la incertidumbre después de lo que nos ha tocado vivir. Nunca me habría imaginado el accidente de Adrià. Ni tampoco la muerte de Ferran. La medida de mi incredulidad se ha reducido. Me lo he planteado en serio. He valorado las opciones, pero gana Adrià. He descubierto que no es un hombre fuerte. No tiene la fortaleza de los héroes de Troya. Es tenaz, persevera cuando ve claro un objetivo, pero no sé cómo viviría quedarse solo. Si me voy, puede dejarse llevar por la pena.

—Te sientes responsable. Lo comprendo. Adrià es sensible, sobre todo después de la pérdida de Ferran.

—Quiero pedirte que vayas en mi lugar.

—¿Qué dices?

—Son ironías del destino. Fui tu sustituta en la película. ¿Quieres sustituirme en la vida real?

—No te entiendo. El encuentro con el notario te ha afectado. Estás confusa.

—Eres una gran actriz. No hace falta que te lo diga. Te pones en la piel de tus personajes con una habilidad prodigiosa. ¿Puedes ponerte en mi piel durante un viaje?

Helena de Troya, antes reina de Esparta, miró a Casandra a los ojos. Era un atardecer de calor y melancolía. Estaban sentadas bajo las arcadas del templo de Apolo, al aire libre, donde buscaban protegerse del sol. Volvía a ser verano. Las estaciones se perseguían, veloces. No habría sabido cuántas primaveras ni cuántos otoños habían pasado desde que empezó la guerra. A veces, no conseguía recordar el tiempo de paz. Se borraba la vida vivida cuando las naves griegas no ocupaban el horizonte. La memoria de las pérdidas hizo desaparecer el recuerdo de la alegría. Los días se hicieron idénticos.

El ejército troyano se transformó en una extraña mezcla de seres desvalidos. A causa del número de muertos, tuvieron que acudir los niños y los viejos. Cuando se produjo la invasión griega, Príamo les prohibió que lucharan. Tenían que limitarse a observar al ejército desde las murallas. Como mucho, podían ayudar a vestirse a los guerreros. La situación se transformó a medida que se levantaban las piras funerarias. El relevo de los soldados muertos eran niños y ancianos. Incluso muchas mujeres, convencidas de que obedecían el designio de Atenea, se situaban estratégicamente para lanzar arena caliente a los que atacaban la ciudad. Helena le confesó a Casandra:

—Querría ocupar tu lugar.

—¿Qué dices?

—¿Quién quiere ser Helena, la culpable de la muerte de los héroes, la extranjera que no habría tenido que encontrar la ruta hacia vuestras costas? Ojalá fuera Casandra, la adivina. Me gustaría sustituirte.

—Mi suerte no es muy amable. Nadie me cree cuando hablo.

—Puedes saber lo que ha de pasar. Si hubiera tenido este don, no habría abandonado nunca Esparta.

—Continuarías casada con Menelao. No habrías enloquecido

por Paris ni conocido el amor de Héctor.

—Mi vida a cambio de todas las vidas perdidas. No me parece una mala opción.

—No nos habríamos conocido, Helena. Qué suerte más triste para mí.

—Si pudiera reescribir la existencia, ocuparía tu lugar, princesa de la ciudad que he llevado a la ruina. Tendría la cabellera roja y viviría en el templo del dios del Sol.

—Pues yo habría deseado ser tú. ¿Te extrañas? Eres una mujer que ha actuado siempre libremente. Ninguna ley te ha detenido. Fuiste capaz de huir de Esparta. Has elegido a los hombres que amabas. Te has convertido en una leyenda que perdurará a lo largo de los siglos. Hija de Zeus, la humana más bella que ha acariciado el sol.

—¿Dónde están los padres y los hermanos? ¿Los amigos y los amores? He visto morir a los que amaba sin poder salvarlos. Me queda un hijo con el que no puedo vivir, que debo visitar a escondidas para que nadie nos descubra, ya que corre peligro de muerte si alguien adivina su identidad. Y te tengo a ti, hermana.

Troya había perdido la luz. No tenía nada que ver con la fortaleza espléndida que Paris le enseñó cuando llegaron. Las riquezas acumuladas durante siglos prósperos se escurrieron como un puñado de arena en la mano. Hacía años que el comercio se había interrumpido. Como no circulaban las naves, los impuestos que enriquecieron las arcas de Príamo no se pagaban. El coste material de la lucha fue muy alto. Las últimas piezas de oro se entregaron en la balanza donde colgaba el cuerpo de Héctor. Los almacenes estaban vacíos de provisiones. No había comida y el vino se volvió agrio; escaseaba el agua. La gente vestía túnicas sucias porque no había lo necesario para lavar. En las calles faltaban las piedras que sirvieron para tapar los agujeros de las fortificaciones. Se acumulaban el estiércol y la inmundicia.

El templo de Apolo era una isla de calma en medio de las ruinas. Se levantaba arrogante, lejos de la desesperación mundana. Helena se alegraba por su hijo, que podía crecer fuera del estruendo de la derrota. Sonrió a Casandra.

—Me gustaría ocupar tu lugar.

—Añoras la paz que solo encuentras aquí, al niño que te espera cada tarde, la sacerdotisa que reza por ti. Pero no vivo libre del mundo, aunque quieras creerlo.

—¿Qué quieres decir?

—He recibido nuevas de palacio. Hécuba, mi madre, me convoca.

—¿Qué quiere?

—No lo sé, nunca me había apremiado para que fuera a visitarla. No he dejado de hacerlo, aunque no me siento muy bienvenida. Hoy las palabras del mensaje han sido claras. Quiere verme mañana, cuando claree el día. ¿Aún quieres ocupar mi lugar? —No escondió una sonrisa maliciosa.

—Reconozco que no tengo el afecto de Hécuba, pero me ha tratado con el respeto que corresponde a una reina. Las normas de cortesía forman parte de la manera de actuar. No olvida mis orígenes. Tú eres la hija loca. No, no quisiera ponerme en tu piel.

Hécuba recibió a Casandra en las estancias privadas de palacio. Hacía mucho que no estaban solas. La vio con los cabellos color de plata, las arrugas en los ojos. No llevaba los oropeles de las grandes reinas. No lucía joyas. El resplandor de las gemas no se aviene con la tristeza. En la mirada, Casandra adivinó un duelo que ningún viento quería llevarse. Representaba las vueltas de la fortuna. Hécuba había reinado durante décadas en la ciudad más próspera de Asia. Ocupó la cima de la riqueza y el poder. ¿Quién lo recordaba? Cuando era una niña, observaba con admiración su empaque, la textura de las sedas con las que se vestía, los movimientos airosos. No quedaba nada de esa belleza. El encanto de las facciones había desaparecido a medida que se endurecían. Perduraban la dignidad de los gestos, el orgullo en la mirada. Intentó hacerle una reverencia, pero Hécuba no se lo permitió. La levantó sujetándola por los hombros. La abrazó fuerte, pecho contra pecho, como si tuvieran que despedirse. Casandra tragó saliva antes de hablar.

—Ruego cada día por Troya.

—Lo sé. No te he pedido que vengas para suplicarte

oraciones. Ni tampoco para que me hagas augurios.

—Puedo imaginármelo. Nunca has creído en mis predicciones. —No había reproche en la voz de la hija.

—Te equivocas. Cuando todos te llamaban loca, callaba. ¿De qué me habría servido defenderte si yo misma dudaba de lo que podías decir? Todos los presagios se cumplieron. ¿Crees que no lo sé? Tendría que ser una estúpida para no reconocerlo. Tienes dones que son un castigo, pobre hija.

—¿Qué quieres saber del futuro?

—Nada. No quiero saber nada. Intuyo una tragedia, pero no debes explicarme los detalles. —La acarició—. Tengo demasiado sufrimiento en el corazón. Déjame dosificar la pena.

—Discúlpame. Cuando me has dicho que tenías fe en mis palabras, he interpretado que querías saber algo.

—Te he pedido que vinieras para hablarte de Helena.

—No puedo darte muchas noticias.

—Sube al templo a visitarte a menudo, os tenéis confianza. Sois amigas.

—No me escondo.

—¿Puedes decirle que se vaya? Hazle entender que debe marcharse. No mantiene ningún vínculo con Troya. Paris está muerto. —Hubo un silencio intencionado—. Héctor también.

—¿Qué dices?

—Es hora de que vuelva con los griegos. Menelao sabrá que se ha hecho justicia. Los ejércitos están exhaustos. No sobreviviremos a otro invierno. Si se va, habrá un motivo para que acabe la guerra.

—Has sufrido, madre —dijo Casandra en un tono que pretendía acariciarla—. Lloro tus pérdidas, las renuncias que te ha impuesto la vida. Habría querido liberarte del dolor. Te aseguro que si la partida de Helena pudiera aliviarte, se lo habría sugerido hace tiempo, pero es inútil. Ella solo fue la excusa para la ambición desmesurada de Agamenón. No hay vuelta atrás.

—Un viaje es lo mejor. Dile que debe embarcarse en una nave. No quiero que quede ni la sombra de la reina de Esparta en las calles que mis hijos no volverán a pisar.

Casandra comprendió que no debía convencerla. Era otra mujer, marcada por el espanto. Príamo también se había convertido en un hombre diferente. Dos ancianos miedosos que no encontraban refugio en las estancias del palacio. La abrazó.

XXIV

Chiara y Eva se miraron. Habían pasado minutos o segundos en silencio. La primera repitió la pregunta:

—¿Harás el viaje por mí?

Eva murmuró:

—¿Cómo quieres que acepte? Se trata de suplantación de personalidad. Es un delito. ¿Te das cuenta?

—Es sustituirme... Te lo pido. No habría fraude ni mentiras. Eres actriz. Puedo contratarte para interpretar un papel.

—Has perdido la cabeza. ¿Lo haces por una herencia millonaria? No te reconozco. La ambición te ciega.

—No soy ambiciosa. —Chiara perdió la paciencia—. Demuestras ser menos inteligente de lo que creía. ¿Has pensado para qué quiero la maldita herencia?

—Dímelo tú.

—Quiero acabar la película, cumplir el sueño de Ferran. Es la razón que me hace pedirte que te hagas pasar por mí, como yo hice por ti, para que nuestro proyecto se pueda realizar y vuelvas a ser Helena.

—No lo entiendo. Es decir, no lo había pensado. Cuando renuncias a algo que te hacía toda la ilusión del mundo, cuesta volvértelo a plantear. Había hecho un esfuerzo para borrarlo de mi mente y ahora... La idea me supera.

—Cuando quieras volvemos a hablar sobre eso.

Cuando Eva se quedó sola en casa, tuvo la sensación de que no podía moverse. La conversación con Chiara le había paralizado el cuerpo. Encogida en un ángulo del sofá, perdió la noción del tiempo. Era negra noche. A través de la ventana, veía las luces de los balcones donde había gente. Personas con unas historias que no le interesaban. Había vivido los meses con indiferencia, oculta en

un refugio hecho de recuerdos, donde Ferran todavía se podía palpar en los muebles, en la ropa, en los papeles. Su rastro estaba en las cosas pequeñas: su perfume en el albornoz, su letra en un sobre, su libro inacabado en la mesita de noche. Eran presencias que la acompañaban. Anestesiaban el impacto del dolor. Se convirtió en una superviviente que no se dejaba ir, pero que rechazaba vivir.

Pasaron las horas. En la chimenea, quemaban los troncos. Cada vez había más ceniza y menos calidez. Temblaba por ese frío definitivo que se llevó a Ferran y lloró por los dos. A tientas, hizo el recorrido que le dictó el cerebro. Tenía que escuchar la orden precisa y buscar la llave de la caja fuerte. Abrió la cerradura después de teclear la contraseña. Encontró los documentos. Se encogió bajo una manta, mientras leía el último proyecto del hombre al que amó. El guion, las acotaciones, el análisis de las escenas, los presupuestos. Había dedicado entusiasmo, una pasión que supo contagiarle, que perduraba en su corazón. Pensó en Paris, en Héctor, en Hécuba y en Casandra. Volvió a oír a Helena: la fuerza y la belleza que todo lo vencen. Se imaginó que la reina de Esparta llamaba a la puerta. Estaba preparada para volverla a abrir de par en par.

Se sentaron las dos frente al espejo. Se observaron como quien busca en el otro una réplica de sí mismo, el reflejo propio en el agua de un río. Las siluetas se dibujaban con precisión. Había una coincidencia en la forma de sus rostros. Recordaban a una ninfa de Botticelli. Los ojos como almendras de verdes distintos. Chiara, del verde de los almendrones, que tienen el sabor amargo; Eva, de mar inquieta. Se habían cortado el pelo por encima de los hombros. Visitaron la peluquería y salieron con un peinado idéntico: cabellos que volaban con la brisa, color miel. Sabían que la búsqueda de una semejanza exacta era innecesaria, pero les ayudaba a sentirse seguras. Fueron de compras y escogieron la ropa para el crucero: pantalones, faldas, blusas, vestidos. Prepararon la maleta como adolescentes que comparten secretos. No tenían la ilusión de la

primera juventud, cuando un viaje forma parte de la aventura de vivir, pero se sentían cómplices. Habían hecho un pacto sin palabras. Luchaban por un objetivo común. Decididas a dar los pasos que fueran precisos para cumplirlo.

Eva se embarcaría en una nave durante veinte días. Chiara se quedaría en Barcelona, acompañando a Adrià al centro de rehabilitación especializado en problemas de médula donde ingresó después de salir del hospital. Cada una tenía un deber que cumplir, pero la misión era idéntica. Estarían conectadas. Podrían comentar los detalles cotidianos. En la fotografía del pasaporte que Eva se renovó, aparecía un rostro de expresión melancólica, unos ojos de párpados largos. Cualquiera habría reconocido a Chiara en esa imagen. Habían vivido horas en un plató de cine, compartido sesiones de maquillaje. Se observaron mutuamente. El trabajo favoreció una mímesis de gestos.

Pensaron en actualizar sus redes sociales. No había retratos en las de Chiara, solo dejaron fotografías de Eva, caracterizada de diferentes personajes: pelucas, lentes de contacto... La magia de la transformación. Eva era buena actriz. Sabría interpretar a Chiara sin dificultades. No tendría que actuar, sino que sería ella misma haciendo de la otra. Era difícil explicarlo. Mientras fuera Chiara, también sería Eva. Saberlo le daba la fuerza que necesitaba para actuar sin miedo. Recorrerían juntas ese camino, aunque ignoraban cuál sería el final. Se habían comprometido con la fuerza que da haber sufrido grandes pérdidas, pero con el deseo de salvar los sueños.

Cogieron un taxi, le dieron la dirección del restaurante y conversaron de minucias durante el trayecto. Habían escogido un local de diseño, minimalista, con toques de elegancia. Cuando hicieron la reserva, Eva dio las instrucciones. Necesitaban una zona discreta. Las guiaron más allá de las mesas, donde los comensales charlaban. Algunos las miraron de reojo. Iban vestidas con unos pantalones y una blusa, botines que pisaban fuerte, los cabellos con reflejos de miel. En el rostro, la determinación y el misterio. Nadie habría dudado de que se parecían. No solo era similar la esbeltez de la figura, sino también la seguridad que desprendían ambas

mujeres. El camarero abrió la puerta del reservado. Cuando entraron, los invitados callaron. Aunque las conocían bien, les impresionó el aire de quien ha decidido apostar todas las cartas en una jugada definitiva.

Estaban allí Toni, Nura e Ismael. Puntuales, temerosos de hacer las preguntas que les habían hecho perder el sueño. Se acercaron sin expresar el torrente de emociones que sentían. Eva les sonrió. Hacía meses que no veían una expresión alegre en su rostro. El gesto los impactó más que cualquier frase. Conmovido, Toni la abrazó. Nura cogió las manos de Chiara, mientras Ismael contemplaba la escena. Hubo una explosión que pretendía liberar la angustia. Toni dijo:

—Cuando me lo contasteis, no me lo podía creer. No me lo he podido sacar del pensamiento. Estoy en proceso de asimilación.

Nura murmuró:

—Sois idénticas. Habéis hecho un cambio que va más allá de la apariencia física. Se intuye un pacto, un deseo de ser la misma mujer en esta historia.

Ismael les preguntó:

—¿Cuáles son las pautas? Tenéis que contarnos cada detalle. Os estoy muy agradecido por la confianza de haberme incluido en la aventura. —Las últimas palabras manifestaban una emoción sincera.

Eva los miró con la calma que ellos le transmitían. Estaba orgullosa del triángulo que habían decidido incorporar al viaje. Solas no lo habrían conseguido. Necesitaban la ayuda de los buenos amigos que querían a Ferran y que comprendían que la historia iba en serio, que era una lucha para rescatar un tesoro de las profundidades del olvido.

Les sirvieron un plato de alcachofas, paté, tartar de atún. Abrieron una botella de vino. No volvieron a hablar de lo que ya sabían. Dos días más tarde, todos, excepto Chiara, se iban de viaje. A Eva le sorprendió el entusiasmo con el que se apuntaron. Cada uno de ellos decidió acompañarla sin pensar en las consecuencias. Toni había empezado una película. Optó por dejar el rodaje. Asumió el riesgo. Ismael estaba grabando un *spot* publicitario con

el que salvaría su economía durante un tiempo. Se liberó de él con una llamada y un suspiro de satisfacción. Nura estaba preocupada porque desde que había soñado con la muerte de Ferran no había tenido más presagios. Casandra había decidido quitarle el don de adivinar el futuro. Lo vivió con una mezcla contradictoria de liberación y de pena. Era magnífico saber que las visiones no constituían una amenaza, pero le dolía haber perdido el favor de la princesa de Troya. Aunque a veces se alegraba, con frecuencia era consciente de que le robaban un regalo maravilloso. Había poseído la clarividencia, pero no fue merecedora de ella. Tenían un espíritu aventurero, curiosidad, ganas.

Comprobaron la documentación del crucero. Ismael se ocupó de revisar los pasaportes, los billetes de avión, los documentos que acreditaban la distribución de las cabinas, los planos de la nave, los horarios de los restaurantes, los códigos de vestuario, las salidas que se ofrecían en cada puerto. Hablaron de las maletas, que estaban a punto para ser embarcadas. Había nerviosismo y muchos interrogantes. Eva los interrumpió:

—¿Lo tenéis claro? ¿Estáis seguros?

La miraron, extrañados, como si hubieran huido a otra realidad donde el universo se veía diáfano. Las palabras les hacían aterrizar en el mundo: estaban en un restaurante de Barcelona, preparaban la mejor representación que habrían hecho nunca. Cuando volvieran a encontrarse, Eva sería Chiara. Ellos se convertirían en los acompañantes de su amiga, convocada por un tío veneciano. Un hombre del que no sabían casi nada, el hermano del padre rebelde. Construirían el personaje de la chica que se encuentra con un pasado del que no tiene memoria.

En los postres, entre trufas y cafés, Eva les dijo:

—No quiero daros ningún discurso. No me gustan las solemnidades. He tenido la suerte de encontraros, la alegría de compartir momentos con vosotros. No hace falta que os explique por qué acepté la propuesta de Chiara. Es la última oportunidad de salvar a Ferran. Cuando lo creía todo perdido, mientras vivía una existencia reservada. No me podía llegar a imaginar que la vida diera un vuelco, pero ha sucedido. Surge la opción de luchar. No os

hablo de un imposible, sino de una historia que se puede reescribir, si somos capaces de ello.

Se quedó callada un instante, que Chiara aprovechó para hablar:

—Sabréis hacerlo. Estoy convencida de ello. Alguien nos ha dado la opción de cambiar el guion de la historia. Cuando recibí la llamada de un notario, no creí que nos conduciría a este nuevo proyecto, donde tenéis un papel asignado. Tendré que vivirlo de lejos. No es una renuncia fácil. Le agradezco de corazón a Eva que sea la hermana que no tengo.

Eva la interrumpió:

—Lamento que no seas tú misma la que protagonice una historia que te pertenece. Intentaré estar a la altura del papel que me encomiendas. Ser Chiara será un regalo. Pero también os quiero agradecer a vosotros, Ismael, Nura, Toni, el esfuerzo de interrumpir vuestras vidas para acompañarme. No ha sido fácil reconstruiros después de la desgracia. Lo sé bien. Me habéis hecho compañía y he vivido vuestros esfuerzos por seguir adelante. Todos lo habíais conseguido. Teníais horizontes. No olvidaré nunca hasta qué punto habéis sido generosos.

Toni quiso aligerar la emoción del ambiente y exclamó:

—En mi caso, no es un acto generoso, sino egoísmo. ¿Cómo puedo renunciar a vivir una película que se traslada a la vida real? Siempre he dicho que la realidad supera la ficción. Y también quiero confesaros un secreto: no he olvidado a Héctor. De hecho —les guiñó un ojo—, repito sus monólogos bajo la ducha cada mañana.

Nura se incorporó a la conversación con una sonrisa:

—Yo también actúo por interés personal. De verdad. ¿Os habéis dado cuenta de que recorreremos los espacios de Helena, las islas donde se gestó su leyenda? Volveremos a respirar la intensidad. Tengo la esperanza de conmover a Casandra para que me devuelva su gracia.

Ismael remató el tema:

—¿Qué puedo deciros? Será la segunda mejor actuación que me ofrece la vida. La primera fue el papel de Paris. Es un privilegio

poder interpretar a un personaje en el que habrá mucho de lo que soy.

Se miraron conmovidos. Ignoraban adónde los llevarían los caprichos de la suerte, pero sabían que habría un antes y un después de aquella comida. Eva pronunció las últimas palabras antes de despedirse.

—Mañana tenemos que coger el avión que sale hacia Atenas a las 10.40 de la mañana. Nos encontraremos en la puerta de embarque. Si alguno de vosotros se lo vuelve a pensar, no hace falta que me llame. Lo entenderé.

Eva y Chiara pasaron juntas la última noche. Conversaron durante horas en el piso donde Eva había iniciado su convivencia con Ferran. Le pidió a su amiga que se lo cuidara, que fuera a regar las plantas, que orientase a la mujer de la limpieza, que recogiera la publicidad del buzón. Hablaba deprisa y se movía sin parar. La cabeza le quemaba de inquietud como si tuviera fiebre, pero era nerviosismo. Abría las puertas de los armarios, ordenaba la ropa, colocaba los libros en las estanterías, recogía los papeles. La otra no quería interrumpir la despedida de su amiga de los espacios que amaba. Eran los rincones que habían sido su refugio a lo largo del duelo: la cama donde extrañó el cuerpo del hombre, el sofá y la manta que la ocultaban del mundo, los versos que iluminaron su soledad, la cocina donde tuvo que acostumbrarse a comer sin palabras. Por fin se sentaron. Chiara le dijo:

—Solo son veinte días. No nos daremos cuenta y ya estarás en casa otra vez. Habrás vuelto.

—Lo vivo como si tuviera que hacer un largo viaje. Dicen que las rutas por mar son peligrosas. Después de la guerra, Ulises tardó diez años en llegar a Ítaca.

—No olvidas nunca Troya. Haces bien. Al fin y al cabo, es el impulso el que nos mueve.

—No sé cómo irá. Querría conseguirlo, no fallarte. Sea como sea, la aventura que voy a emprender me marcará la vida. He vivido medio año de pequeñas rutinas. Mañana inicio una ruta que me llevará lejos de mi refugio.

—Eva, tengo un pequeño regalo para ti.

—¿Qué es?

—Un poema que escribió Kavafis. Se titula *Los troyanos*. Aunque sea un poema triste, tú y yo hemos habitado la tristeza, tiene estrofas de una gran fuerza. Dice: «Son nuestros esfuerzos como los de los troyanos. / Creemos que con decisión y audacia / cambiaremos la animosidad de la fortuna / y nos quedaremos fuera para combatir».

—Es bello. ¿Podemos cambiar la fortuna?

—Kavafis asegura que no, que siempre fallamos a la hora del peligro. Nosotras somos distintas.

—¿Por qué estás tan segura de eso, Chiara?

—Tengo fe en la actriz que conozco, pero todavía más en la mujer que eres.

—Confío poco en mí misma. La pérdida de Ferran me robó la seguridad que tenía. Quizá era solo una apariencia. Quién sabe si siempre he sido una mujer débil que se refugia en papeles ficticios para no descubrirse. Tengo miedo. ¿Qué haré si no lo consigo? ¿Cómo te lo diré?

—No hará falta que me lo digas. Nura dice que ha perdido el don de predecir el futuro. Yo no lo he tenido nunca, pero te conozco. Si las cosas se tuercen, no harán falta palabras. Lo habré intuido. La gratitud y la estima serán las mismas: eternas, como la leyenda de Troya.

Eva y Chiara salieron de casa. Llevaban la maleta y un carrito con ruedas para el viaje. Estaban tranquilas después del trajín y las conversaciones de la noche anterior. Chiara quería acompañarla al aeropuerto, desearle suerte con un abrazo.

En el coche, cuando recorrían la autopista, Eva le preguntó:

—¿Cómo está Adrià?

—Hay días buenos y días regulares. No tiene el equilibrio de Ferran, que encaraba los problemas. No es un hombre fuerte. Bien, ya lo sabes, es la razón que me hizo pedirte que hicieras tú el crucero.

—He pensado en eso todos estos días. Debe de haber sido

duro no poder compartir con él la historia que estás viviendo.

—No te entiendo.

—Eres extrovertida, necesitas comunicarte. Seguro que te ha costado no contarle la llamada del notario, la propuesta del tío veneciano, la sustitución que hemos pactado, el viaje...

—Se lo he contado todo. Conoce cada detalle. ¿Qué te ha hecho creer lo contrario?

—¿Se lo has dicho? Pensaba que era un secreto.

—¿Por qué debería serlo?

—Ahora soy yo la que no te entiende. Estaba convencida de que no se lo dirías para que no te empujara a ir. Que no podías comentárselo porque te habría pedido que fueras, que lucharas por el futuro. Sé sincera: ¿qué te dijo cuando lo supo?

—Me suplicó que no fuera.

—¿No entendió lo que podía significar para ti? ¿No se puso en tu piel?

—Me dijo que me necesitaba.

—Chiara, eso no es amor.

—¿Qué quieres decir?

—Seré sincera. Si Adrià te quisiera, te habría animado a hacer el viaje. Veinte días son el tiempo que puede cambiar tu vida. Me cuesta creer que sea tan egoísta. Escúchame: todavía estás a tiempo. No dejes que te domine. Ve tú. Haz el crucero y salva aquello que te pertenece.

—No puedo hacerlo. —La miró con los ojos llorosos.

—Te dolerá haberte dejado dominar. Algún día abrirás los ojos y verás que has perdido demasiada energía por alguien que no se lo merece.

—Calla.

—Imagina qué habrías hecho si la situación hubiera sido la contraria. Pregúntate si quieres un amor cobarde.

A la entrada del aeropuerto se encontraron con Toni. Las abrazó. Tenía la mirada optimista de quien sabe adónde va. Sonreía, dispuesto a emprender la aventura con buen ánimo. Les dijo:

—Las dos Chiaras estáis muy bellas. Os brillan los ojos.

Era cierto. Les brillaban las pupilas, las de Eva encendidas de rabia, a punto de derramar el llanto las de la otra. El encuentro había interrumpido la conversación. En el fondo, lo agradecían. No era hora de hacer reproches ni tampoco de cuestionar lo que habían planeado. Lo pensaron sin decirlo, porque no estaban dispuestas a crear un conflicto antes de coger el avión. Chiara sentía retumbar en su cerebro las palabras de Eva. Se esforzó por ahuyentarlas, convencida de que no hacía falta remover nada.

Se despidieron antes de pasar el control policial. Toni vio cómo se abrazaban. Se dijeron adiós deprisa. Olvidaron la discusión del coche y volvieron a reafirmarse en el sueño. Chiara le dijo:

—Ten mucho cuidado. Tenemos que mantenernos en contacto. Si intuyes una situación de riesgo, lo más importante eres tú.

—Somos nosotras.

—Nosotras no queremos cruzar los límites. Hay reglas básicas que es preciso respetar y la seguridad es la primera. Sufriré mucho.

—Sufrir no sirve de nada. —Sonrió—. Lo sabes. Adiós.

—Adiós.

Eva se volvió, introdujo la tarjeta de embarque en la máquina detectora, caminó decidida hacia la cola. Toni saludó a Chiara con la mano, le guiñó el ojo mientras se iba. Entre el alboroto de quienes intentaban encontrar un sitio, se encontró con Nura. Tenía un aire desvalido que no se correspondía con la fortaleza que la caracterizaba. Se le acercó con una expresión seria en el rostro, casi infantil. Toni acentuó la sonrisa. Habría hecho lo que fuera para ayudar a Eva, porque hacía suya la lucha de Ferran. A la vez, poder pasar unas semanas cerca de Nura le parecía maravilloso. Su amigo lo ayudaba desde algún lugar.

No tenía que llorar su pérdida, porque el otro lo guiaba como un farol que ilumina la oscuridad.

Ismael bajó del taxi. No llevaba demasiado equipaje. Mientras iba hacia el aeropuerto, envió un mensaje a Chiara. Le reiteró su gratitud. Con una delicadeza exquisita, le dijo que partía dispuesto a ayudarla. Lo escribió en un tono respetuoso, tímido. Le habría

contado muchas otras cosas, como que el mundo era mejor porque ella lo habitaba, que habría deseado embarcarse y recorrer todos los mares cerca de ella, que la echaba de menos. Estaba acostumbrado a contener sus emociones. Tras aquella apariencia tranquila, había un huracán. Los cuatro vientos del mundo lo empujaban a amar a Chiara. El fuego le encendía el rostro. Se había hecho el propósito de ser un buen amigo. No quería traicionar la confianza de Ferran y Eva: le habían dado el papel de Paris en sustitución de Adrià, después del accidente que este sufrió durante el rodaje. De algún modo, se había sentido culpable. Cuando se enamoró de Chiara, comprendió que no podía perpetrar dos robos: el papel en la película y el amor de la mujer. Se puso una coraza para proteger a los demás de un sentimiento que podía ser un dardo envenenado.

Tras caminar unos metros, notó un empujón. Fue una colisión de cuerpos que topan. Aunque fuera pequeña, la mujer se había lanzado contra él con la intención de detenerlo. Como lo pilló desprevenido, se tambaleó mientras veía las puertas giratorias. En el aturdimiento de la situación, reconoció a Júlia. Boquiabierto, hizo un gesto de extrañeza antes de hablarle:

—¿Estás loca? Casi me caigo por tu culpa. —Intentó sonreír —. ¿Has venido a despedirte?

—No me des pena. Soy poca cosa para hacerte perder el equilibrio. Tú eres alto y fuerte.

—Me has cogido por sorpresa. No te esperaba. Y tampoco me imaginaba este asalto. —Dejó de esforzarse por ser amable.

—Eres un hijo de puta.

—Júlia, ¿qué te pasa? ¿Qué dices? —Intentó convencerse de que no la había entendido bien.

—¿Adónde te vas? ¿Vas a cumplir los deseos de esa princesa idiota que se ríe de ti? ¿Es que no sabes que ama a Adrià?

—Esta conversación es absurda. Voy a donde me apetece y, además, llego tarde. Tranquilízate. Ve a tomarte una tila al bar. Hablaremos cuando vuelva.

—¿De un crucero magnífico que la ayudará a enriquecerse gracias a los esfuerzos de los demás? Mira la mosquita muerta...,

resulta que la princesa es una bruja. Estás muy equivocado.

—Fue un error contártelo. Un error que no volveré a cometer.

—No harás el viaje.

—Desvarías. ¿Cómo piensas impedírmelo?

—Si embarcas, mataré a Chiara —dijo sin alterarse—. Cuándo estés en alta mar, su cadáver estará listo para recibir una herencia millonaria. Te lo juro.

Ismael la miró con el deseo de que fuera una pesadilla de la cual se despertaría en cualquier momento, pero Júlia era real. Lo observaba con una rabia fría que lo atemorizó. No estaba soñando.

Helena sabía que los griegos hacían la guerra para conseguir un botín. La ambición los había empujado a navegar lejos. Dejaron atrás sus casas, sus familias, sus amigos. Abandonaron la patria para visitar una tierra extranjera. En las guerras, los invasores son los que se marchan. Los troyanos no se alejaron del espacio que amaban. Cada día, antes de luchar, veían las calles conocidas, se despedían de sus hijos, atravesaban los portales donde habían nacido. Siempre tiene más que perder quien defiende su casa. Aunque todos se jugaban la vida en la batalla, es diferente combatir por las riquezas de otro que para preservar las propias. Los griegos eran soldados; los troyanos eran niños, mujeres y hombres. Cada uno conservaba el recuerdo de las herramientas con que trabajaban en el campo. La ropa que llevaban a lavar al pozo, los utensilios de cocina, la cuna donde dormían los pequeños de la familia, el collar que llevaban las novias el día de la boda. Los griegos iban a luchar sin el lastre de los objetos que configuran la vida y alimentan el alma. Eran más libres en los combates, pero eso solo lo sabía Casandra.

La sacerdotisa adivinaba cómo acabaría la guerra. No se lo había contado a nadie porque aún tenía que asimilarlo. Le provocaba un dolor terrible pensar en ello. Después de la conversación con Hécuba en el palacio, habló con Helena y le preguntó:

—¿Confías en mí?

La otra esbozó una sonrisa.

—Eres la persona que se ha ganado todo mi afecto. Si me dijeras que saltase a un abismo, lo haría sin dudar.

—Jamás te lo pediría. A no ser que fuese la única forma de escapar de un incendio.

—Estamos en peligro. ¿Es lo que me quieres decir?

—Mi madre quiere que te vayas. Tiene la absurda idea de que eso podría salvar la ciudad. He intentado convencerla, pero es tozuda.

—No la culpo. Lo pensé hace tiempo. Se lo dije a Héctor.

—No te irás a ningún sitio. Helena, el final está próximo. Cuando llegue, nos embarcaremos en una nave y escaparemos del horror. Conozco a un marinero. Visitaba su cabaña cuando era pequeña, cuando me escapaba porque me asfixiaba en el palacio. Me encontró en la orilla del mar y me sonrió. Tenía las manos y la sonrisa grandes. Su mujer me cocinaba pescado fresco a la brasa, me ofrecían uva. Tenían un hijo de mi edad, que también es pescador. Somos buenos amigos. He hablado con él: cuando sea la hora, nos dejará la barca.

—¿De qué me hablas?

—De la derrota y de la muerte.

—No quiero morir. Cuando perdí a Héctor, no me habría importado seguirlo hasta el Hades. Hasta que supe la noticia de mi embarazo. El niño me necesita.

—No morirás. Los tres emprenderemos un viaje. No me hagas preguntas sobre el futuro.

—De acuerdo. ¿Sabes que Agamenón es rey de Micenas?

—¿Por qué lo dices?

—Es una ciudad fortificada como Troya. Él sabía que el ataque era muy difícil. Tuvo tiempo de pensar en ello, refugiado tras las murallas. Recuerdo la primera embestida de los griegos en el llano. Llegaron con las naves por mar. Tardaron días en decidirse. Parece que ha trascurrido una eternidad, pero nunca lo olvidaré. Cuando nos atacaron, eran como la espuma de las olas que se rompen en la orilla. El ejército se detuvo frente a las murallas. Tuvieron que retroceder.

—No te tortures con imágenes dolorosas.

—Me pregunto cómo piensan entrar en la ciudad. A pesar de las heridas que Troya ha sufrido con la guerra, las fortificaciones son irreductibles. ¿Planean asediarnos hasta que nos rindamos? Han perdido la cuenta del paso del tiempo. Después de tantos años, no volverán con las manos vacías. Es un juego a vida o muerte. Los troyanos no abrirán las puertas al enemigo. Los griegos no se retirarán. Estamos en un callejón sin salida.

—Todo lo que comienza también acaba. Tendrías que saberlo. La guerra de Troya no será una excepción. No seré yo quien te cuente los detalles.

—El peso de saberlo tiene que ser insoportable. Compártelo conmigo.

—Deja que pasen los días. Te traerán la respuesta a las preguntas que te planteas. Quizá sea conveniente que te instales con nosotras en el templo. ¿Qué sentido tiene que vivas en un palacio lleno de sombras? Te sientes sola. Los enemigos te espían y le cuentan tus pasos a Hécuba. Quédate con el niño y conmigo. Podemos enviar a una sacerdotisa a buscar las pertenencias que no quieras perder. Haz una lista de vestidos, joyas, recuerdos. Lo guardaremos en mi habitación hasta que tengamos que embarcarnos.

—No me hace falta volver. Hace tiempo que no es mi casa. Paris y yo la construimos en el punto más alto de la ciudadela. Éramos arrogantes y estúpidos. Desafiamos a los dioses.

—No te hagas reproches. El amor hace que nos creamos todopoderosos.

—Fui feliz poco tiempo. Nos distanciamos, nos convertimos en desconocidos. No necesito la ropa de una princesa ni me interesan las joyas que traje de Esparta. ¿Podemos compartir tus túnicas? ¿Tienes un par de sandalias para mí? No quiero nada más.

XXV

Ismael parecía una figura de cera sin expresión en el rostro. Muy cerca, la joven —inofensiva en apariencia— movía los brazos. Alguien habría podido decir que eran un muñeco de nieve y una marioneta. Dos juguetes acompasados que formaban un espectáculo callejero para entretener a los viandantes. Tras la engañosa fachada se escondían los pensamientos. Ella intentaba mantener los nervios bajo control. Lo había esperado. Tenía la intención de medir las palabras que le diría. No pretendía asustarlo, sino convencerlo. Cuando lo vio bajar del taxi, con la sonrisa de los que no tienen memoria, perdió los papeles. Lo amenazó, a pesar de que no habría querido hacerlo. Prescindió de los filtros, del sentido de la mesura.

Él habría querido hacerla desaparecer. Si hubiera sido un mago, habría pronunciado un sortilegio para que se diluyera en el aire. Habría invocado un conjuro que se llevara lejos a aquella bruja. ¿Cómo había podido confiar en ella? ¿Por qué fue tan ingenuo de pensar que eran cómplices? El aspecto inofensivo de Júlia escondía un monstruo, lo pensó mientras la miraba. Tuvo la certeza de que no podría encontrar sortilegios salvadores. Quiso correr. Una única idea se impuso: era más veloz que la mujer. Podía dejarla atrás, calles allá, vidas allá, librarse de ella como quien se salva de un lastre. Si las piernas se convertían en alas, no volvería a verla nunca. Kilómetros lejos, conseguiría olvidar el juramento.

Se observaron como se miran los enemigos. Había rencor, pero también cautela. Se adivinaba la desconfianza mezclada con la necesidad de fingir una fe en el otro que era mentira. Ismael compuso un cuadro con las opciones: quedarse en tierra. Si renunciaba al viaje, Júlia no tendría motivos para matar a Chiara.

Ni por un momento pensó que no fuera capaz. Suponía ponerse en sus manos, otorgarle un triunfo que daría fuerza a su locura. En cualquier desvarío, ¿volvería a pretender manipularlo con nuevas extorsiones? No podía irse y dejarla en la misma ciudad donde estaba Chiara. Júlia intentó recuperar el control:

—No te vayas. Deja de actuar siguiendo las órdenes de quien no te quiere. ¿No ves que soy la única que te defiende, que busca tu bienestar? ¿Por qué no lo valoras?

Al oírla, Ismael optó por continuar la estrategia que le marcaba. Suavizó el tono.

—¿Quieres que no haga el crucero? Podías habérmelo dicho antes. No hacía falta perder las formas. No te reconozco cuando me amenazas. Júlia, ¿eres tú quien me ha hablado?

—He perdido el norte al ver cómo juega Chiara.

La confesión sonaba infantil. Ismael se propuso calmarla. Debía hacerle entender que se iba siguiendo un deseo, que no estaba sometido a las órdenes de nadie.

—En el barco no estará ella. Ella no va a hacer el viaje. ¿Prefieres que me quede en Barcelona? Eres mi amiga, Chiara también lo es. Quizá sea cierto: podré ocuparme más de vosotras si renuncio a la ilusión de embarcarme por el Mediterráneo.

—¿Te hace ilusión?

—Un actor con poco trabajo no suele tener demasiadas ocasiones para hacer un crucero de lujo. Durante meses no he encontrado nada más que un anuncio publicitario. La situación es dura.

Adoptó un tono grave, compungido.

—Pensaba que lo hacías para ayudarla. Toda la historia del tío, de la herencia...

—Naturalmente. Pero, sobre todo, era una ocasión de interpretar un papel. Eso significa mucho para mí. Tendrías que saberlo. Eres la persona que mejor me conoce.

—Si te pido que te quedes, ¿lo harás?

Ismael vio dibujarse una salida. Tenía que sorprenderla con algo que no esperase. Asegurar la tranquilidad de Chiara.

—Claro. Y si te pido que vengas conmigo, ¿qué me

responderás?

—¿Cómo?

—No sé si estamos a tiempo. Puedo llamar a Toni y proponerle que participes en la aventura. Creerás que he perdido la cabeza. Discúlpame. Cojamos un taxi y marchémonos del aeropuerto.

Fingió un titubeo, la duda de quien se ha precipitado en hacer una propuesta, pero no había elección. Comprendió que Júlia no era la mujer sensata que había imaginado, sino una loca a la que tenía que controlar de cerca.

—¿Sería posible? ¿Puedo apuntarme?

Había conseguido ilusionarla. Un actor manipula a los espectadores. Les hace sentir emociones. Continuó con el papel:

—No lo sé. Decírtelo ha sido un impulso. Ni siquiera llevas equipaje. Además, no puedes dejar el trabajo sin avisar. Es una situación absurda.

—El equipaje y el trabajo no son un problema. Compraré ropa en el primer puerto. En el hospital me deben días de vacaciones. Si puedes convencer a los demás, voy.

Pareció que dudaba, que sopesaba los pros y los contras. Júlia era una mujer impaciente. Él sintió cómo temblaba.

—Hablaré con Toni.

Marcó el móvil de su amigo, que se disponía a buscar la puerta con el rótulo de destino Atenas, acompañado de Eva y Nura. Le sorprendió recibir la llamada, pero aún le parecieron más extrañas las palabras de Ismael:

—Oye, estoy en la entrada del aeropuerto. Me he encontrado con Júlia, que me estaba esperando —remarcó el último verbo.

—No puede ser. ¡Menuda caradura! Date prisa en deshacerte de ella y ven para acá. —Reaccionaba como si el asunto tuviera poca importancia.

—He tratado de explicarle que puedo dejar de ir al crucero. —Hizo un intento para que Toni entendiera que no era un simple accidente—. Que soy prescindible.

—¿De qué me hablas? Esta conversación no es ni un malentendido ni una broma —reaccionó Toni.

—Buena deducción.

—¿Te ha hecho algún tipo de chantaje?

—Por supuesto. Le he explicado que he depositado muchas expectativas en la aventura.

—Si nos tiene que crear problemas, no hace falta que vengas. Siento decírtelo, pero es importante que controles lo que hace.

—¡Hemos tenido la misma idea! Le he propuesto que se apunte a la travesía. ¿Puedes ponerte en contacto con los organizadores y decirles que seremos una persona más? Nosotros iremos a comprar un billete de avión.

—Entiendo que te encuentras en un callejón sin salida, que no me puedes contar qué cojones pasa y que nos vas a traer el marrón al barco. Como si no tuviéramos bastantes complicaciones, nos traes un enemigo a bordo.

—Sabía que lo entenderías. —No había ironía, sino una complicidad que tenía que convencer a Júlia—. Estaba seguro de que os gustaría que nos acompañara. Cuantos más seamos, más divertido será..., ¿no?

—Espero que tengas una buena explicación —se exasperó.

—Te daré más detalles cuando nos encontremos.

—La explicación tendrá que ser para Eva. Ve pensando qué le dirás.

—De acuerdo. Nos vemos en la puerta.

Cuando colgaron, Ismael dirigió una sonrisa a Júlia mientras alzaba el índice en señal de triunfo. Por suerte, era actor. Podía simular una alegría que era pura farsa mientras su cerebro no se detenía. Había escogido la única salida posible. Quedarse en la ciudad no solucionaba nada si Júlia continuaba cerca de Chiara. Alejarlas significaba salvarla del peligro. Confiaba que las semanas en el mar sirvieran para ganar perspectiva frente al nuevo revés de la fortuna.

Sentado en una silla, Toni se preguntaba qué había pasado. Estaba nervioso, comenzaba a sudar. Tenía que haber un motivo para que Ismael hubiera tomado esa decisión. Antes de intentar descubrirla, se acercó a Nura y a Eva. Ambas parecían preocupadas. Eran conscientes de los riesgos que asumían durante

el viaje. Entre las colas de pasajeros que esperaban embarcarse, se sentían confundidas. Sin ambages, les contó qué pasaba. Las dos mujeres lo escucharon perplejas. En unas circunstancias menos tensas, Toni les habría dicho que comenzaban la aventura con el pie izquierdo.

Helena y Casandra compartieron el proyecto de un viaje con cierta esperanza. La adivina la convenció de que tenía que recuperar las joyas del palacio. Podían servirles para sobrevivir en tierra extraña. Los preparativos tenían que organizarse con tiempo: enviaron a una sacerdotisa a la ciudad. Era preciso moverse con prudencia, ya que en cada ventana había miradas curiosas. La acompañó un sirviente con una carreta. Le dieron un saco de cuero para que guardara ahí los collares, los candelabros, los brazaletes. No quedaban demasiados objetos de los tesoros que trajo de Esparta. El oro había servido para recuperar el cadáver de Héctor. Formaba parte del botín de Aquiles. Había piezas de plata, cobre, bronce. Añadieron algunas sedas. Casandra guardaba unos pendientes de esmeraldas, diademas de plata, una capa de terciopelo, peines de marfil, tapices. Necesitarían todo aquello que tuviera valor material cuando llegaran a puerto. La princesa recolectó hierbas curativas que crecían alrededor del templo. Conocía sus nombres, fragancias, sabores. Había aprendido el arte de cocinarlas, mezclar las dosis, conservarlas en tarros de barro. Eran bebedizos para sanar, desinfectar heridas, aliviar el dolor.

Helena observaba los movimientos de Casandra con respeto. Le hacía pocas preguntas. ¿Para qué quería saber, si la otra le aseguró que conocer el futuro era doloroso? Necesitaba un paréntesis de paz. La primera noche que pasó en el templo de Apolo, en un lecho que compartió con Casandra y Héctor, fue dulce. Hacía años que no descansaba tranquila porque tenía miedo. La asustaba el recuerdo de los que ya no estaban. Los parientes de Esparta, Pentesilea, Héctor y Paris. Deseó muchas veces poder soñar, pero no fue posible. Los fantasmas que habitaban en la oscuridad fueron inclementes. La habían castigado dejándola sola.

En la manta de piel de oveja sentía el calor de los cuerpos que amaba. No echó de menos a los sirvientes que la ayudaban a desvestirse ni la cama de palacio. Los cabellos de Casandra olían a las hierbas que recogía en el bosque. Era un aroma reconfortante. El niño, protegido entre ambas, respiraba tranquilo. Helena le acarició la mano. Se dejó llevar por una felicidad pequeña al saber que tenía motivos para continuar viva.

Las semanas que precedieron al final de la guerra fueron una época plácida. Helena tuvo la sensación de que los dioses le concedían una pausa. Volvía a sonreír durante los paseos con Casandra, cuando la ayudaba a recoger las hierbas del sotobosque. La adivina le enseñaba dónde estaban las plantas para obtener remedios. Al atardecer, jugaban con Héctor en el patio. Dibujaban con tiza, lanzaban piedrecitas al aire o se escondían tras los árboles. Había un lodón que tenía muchos años. Cada primavera, las hojas volvían a cubrir las ramas de un amarillo luminoso. El tronco tenía la anchura adecuada para que el niño buscara refugio. No podía evitar volver la cabeza y mirar cómo simulaban buscarlo. Los rasgos de su rostro recordaban a Héctor. La curva de los hombros, el cuello, la altura. Todo evocaba al príncipe troyano. Aunque apenas insinuadas, las facciones tenían una similitud sorprendente, eran el esbozo de quien ya no estaba. Observarlo consolaba a Helena, como si el niño fuese la hierba que necesitaba su corazón.

Un anochecer, después de haber visitado a las serpientes sagradas del templo, sentadas bajo los porches, Helena notó que Casandra estaba triste. Le preguntó:

—¿Qué te preocupa?

—Pensaba en los héroes de la guerra. Todos aquellos que pasarán a la historia son hombres como los demás, pero cada uno tiene habilidades únicas.

—Recordarán la furia de Aquiles, la inconsciencia de Paris, el compromiso con la patria de Héctor, la debilidad de Menelao o la ambición de Agamenón.

—Te olvidas mencionar a uno.

—¿A quién te refieres?

—A Ulises.

—El príncipe de la astucia.

—Es una buena definición. Lo conoces bien.

—Hace muchos años vino al encuentro de mis pretendientes, a Esparta.

—¿Quería casarse contigo?

—No. Utilizó la boda para su interés. Quería unirse a Penélope y vivir en Ítaca. Le pidió a mi padre que lo ayudara a conseguirlo. A cambio, lo ayudó a mantener la paz. Tuvo la idea de reunir a todos los caudillos griegos, sacrificar un caballo a los dioses, hacer la promesa que nos ha llevado a la guerra.

—¿Cuál?

—Los pretendientes se comprometieron a respetar el matrimonio con quien fuera elegido. Era un plan inteligente que garantizaba que no hubiera peleas después de la elección final. Una norma para salvar el orden. Años después, fue el detonante del ataque de los griegos a los troyanos. Agamenón les recordó que se habían comprometido a luchar para defender mi matrimonio. Todos respondieron con naves y codicia.

—Tienes razón. Ulises es astuto, práctico. No le gusta imaginar grandes gestas imposibles de realizar, sino que busca soluciones concretas para los problemas reales. Es listo. Lo hemos infravalorado.

—¿Por qué lo dices?

—No es elegante ni atractivo. No destaca en altura o fortaleza como los otros héroes. Pasa desapercibido en una primera mirada, hasta que lo oyes hablar.

—¿Cómo lo hace?

—Domina el arte de la palabra mejor que el de las armas. Los guerreros trabajan la destreza en el campo de batalla. Tiene una voz profunda que hipnotiza. Puede convencer a quien le interesa. No ambiciona tesoros ni botines. Esta es la gran diferencia: es el héroe de la nostalgia.

—Me dijeron que no quería participar en la guerra de Troya. Engañó a los griegos para escaparse, pero no lo logró. Vino en contra de su voluntad.

—¿Lo ves? Ama el reino de Ítaca. Extraña los olivos, las grutas, los paisajes de la isla. Quiere regresar a casa con su mujer y su hijo. Está harto de soportar la soledad. Esta es la nostalgia que espolea el pensamiento ágil de Ulises y aumenta su ingenio.

—¿Adónde quieres ir a parar? ¿Qué quieres decir?

—Paris era un buen arquero. Aprendió cazando cabras en el monte Ida. Ulises tampoco destaca en el manejo de la espada, sino con el arco, pero ocupará un lugar en la historia por otra razón que tiene poco que ver con las armas.

—No te entiendo. Háblame más claro. ¿Qué pasa cuando se juntan la nostalgia y el ingenio?

—Suceden hechos extraordinarios, como el que está a punto de pasar.

—¿Quieres decir que Ulises acabará la guerra?

—Será el artífice de la derrota. Si cierro los ojos, puedo ver humeando las torres de Troya.

Casandra había anunciado que Ulises desencadenaría el final cuando parecía imposible que acabara la guerra. A Helena, la ciudad llena de gente, con mercados en la llanura, caballos que trotaban, abundante agua, le resultaba extraña. El sufrimiento borró las imágenes de la claridad. Las pérdidas ocupaban un espacio que no permitía evocar las horas felices.

Conocía bien a Ulises. Lo había visto correr por el campo de batalla. Los hombres de Príamo decían que había conseguido esquivar a los vigilantes, que se disfrazó y entró en el recinto de las murallas. Vestido de mendigo, mezclado entre los que sufrían los estragos de la lucha, actuó como un estratega. Era el héroe camaleónico que adoptaba formas distintas para desfigurar su propia imagen. Espió la estructura de las calles, las dimensiones de las plazas, el grosor de los muros, los recursos de los enemigos. Entre los soldados griegos, era valorado por su astucia, pero también por un mal humor que lo impulsaba a la violencia. Después de escuchar a Casandra, Helena entendió que la añoranza de Ítaca le provocaba a Ulises ataques de cólera. Era un hombre consumido por la desesperación. Seguro que afilaría todos los recursos del ingenio para dejar las costas de Troya.

Cuando has temido que suceda un hecho, que se haga realidad puede ser tranquilizador. Helena encaraba la recta final con un coraje que no habría podido imaginar meses atrás. Las amenazas, las pesadillas, el miedo... estaban a punto de concretarse. Habría tenido que sentirse angustiada, pero era al revés: el anuncio de un final inminente la aliviaba. Esperar la desgracia, imaginar sus formas, soñarla... había sido muy duro. Prefería enfrentarse a ella. Siempre la habían atemorizado más los presagios del infortunio que da margen a la imaginación que la desgracia misma. Invadida por una calma extraña, que tenía grandes dosis de tristeza pero también la asunción del destino, corría con Héctor por los alrededores del templo. El niño era una réplica de su padre: responsable, sincero, valiente. Le reconocía una fortaleza de carácter que solo encontró en el príncipe. A la vez, había heredado una chispa de la luz de Helena. El atractivo de los troyanos y la claridad de los dioses eran una combinación magnífica para cualquier mortal.

XXVI

El viaje en avión fue tenso. Ismael y Júlia subieron los últimos, cuando el resto de los pasajeros ya habían embarcado. No fue sencillo: los trámites los entretuvieron, pensaron que no podrían solucionarlo, ella se puso nerviosa, tuvieron que correr por los pasillos del aeropuerto, pero llegaron a tiempo. Toni había deseado no verlos aparecer en la entrada. Quizá no hubieran encontrado billetes para el vuelo, quizá habría pasado la hora límite para facturar, quizá hubieran cambiado de idea. Cuando cruzaron la puerta, escondió el rostro entre las manos. Fue algo instintivo, como si buscara protegerse, porque la situación se le hacía una montaña. Había imaginado problemas, momentos rocambolescos, encuentros en los que sería preciso agudizar el ingenio, pero no se le había ocurrido que Júlia apareciera. La indignación le provocó un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que Eva los observaba con sorpresa, que Nura era un interrogante. Los tres ocupaban la primera fila. Al otro lado del pasillo había un asiento para Ismael, donde no se sentó porque se fue a la cola con la intrusa. Aquella mujer flotaba en una nube de felicidad.

Pasó un rato: escucharon las instrucciones por megafonía mientras el avión despegaba. La tierra se hizo pequeña y las nubes ocuparon el espacio. Desde la ventanilla, todo eran azules y blancos. Cuando pudo moverse, Toni fue a buscar a Ismael. Obedecía las órdenes de Eva. Saludó a Júlia con frialdad cuando le dijo a su amigo que fuera a primera fila, pues tenían una conversación pendiente. Eva fue directa:

—¿Por qué nos has hecho esta putada?

Vinieron las explicaciones. Ismael le contó lo que había vivido desde que se había bajado del taxi. Intentó ser conciso, pero no se ahorró describir la angustia, la certeza de sentirse amenazado, la

convicción de que no era una broma, los mecanismos de defensa que improvisó y la decisión de llevarse a Júlia al crucero para salvar a Chiara. Lo hizo en un tono de sinceridad y culpa que conmovió a Eva, aunque no se lo demostró. Después de la actividad frenética para conseguir alejar a Júlia de Barcelona, Ismael estaba en estado de shock. Conmocionado por lo que estaba viviendo, había perdido la fuerza. Era un ser desvalido que acababa de salir del fuego para ir a caer a las brasas del infierno. Eva fue expeditiva:

—Júlia no puede acompañarnos al crucero. Nos sentiríamos en peligro constante.

—No se me ocurre una alternativa mejor. Pensaba que la conocía, pero ahora no me imagino cómo puede reaccionar. Prefiero controlarla de cerca.

—Es lo que harás. Pasaremos unos días en Atenas. Serás un novio atento, un amante maravilloso. Mantendrás a esa mujer lo bastante distraída como para que no se acuerde de nosotros.

—No dudaría en hacerlo, aunque su compañía suponga una tortura para mí. No me fío de ella, me inspira rechazo, pero disimularé si eso es útil para nuestro proyecto.

—No te tengo que decir nada más.

—Yo a ti sí: estaba dispuesta a matar a Chiara. Podemos desear creer que no lo pensaba de verdad, que fue un impulso o una forma de coaccionarme, pero lo cierto es que lo dijo. Pondría la mano en el fuego por la autenticidad de su juramento. Alberga una rabia inmensa en su corazón. No es una buena idea hacer experimentos con eso.

—Si os quedáis solos, te tendrá para ella.

—Es cuadriculada. Quiere hacer el crucero con nosotros. Se le transformó el rostro cuando se lo sugerí. ¿Cómo puedo decirle ahora que no vamos? No es una estúpida a quien puedas distraer con promesas de azúcar. No se le pueden intercambiar los cromos y hacer como si nada. ¿No ves que se enfadará? No podemos prever su reacción.

—Atenas y un amante que quiere hacerla feliz. ¿Dónde está la trampa? ¿Qué más puede desear?

—Formar parte del proyecto.

—¿Qué?

—Se trata de una persona solitaria que vivía para el trabajo hasta que la conocí. No tiene familia ni amigos. Por cuestiones que se nos escapan, consiguió convencer a Chiara de que la sustituyera en el hospital. Se imaginó imprescindible; se hizo la ilusión de que tenía un papel en la historia. Adrià se deshizo de ella. La borramos del mapa cuando ingresó en el centro de rehabilitación.

—¿Tú también?

—Lo intenté. Es uno de los errores de mi vida. No la había vuelto a ver desde la noche de la boda. Me puso entre la espada y la pared porque quería ir a vuestro casamiento. No hace falta que me lo digas: me volví a equivocar. Durante el baile, desapareció. Se fue sin despedirse, me sentí aliviado.

—Aún queda una cuestión incomprensible: le dijiste que haríamos el crucero. Le contaste la historia del tío. Ahora me dirás que fue sin querer.

—Fue una inconsciencia. Hasta hoy no he entendido que tiene problemas graves. Pensaba que no aceptaría las negativas. Quise dejarle claro que me marchaba. Era una excusa para decirle que no tenía tiempo para una cita. No sabía cómo alejarme de ella. Después de la boda no nos vimos, pero no dejó de llamarme. Cuando menos lo esperaba, Júlia volvía a insistir. Se lo dije para escaparme de ella, pero las palabras se convirtieron en una trampa. Tenerla cerca me parece la mejor forma de controlarla, de alejarla de Chiara.

—Dime una cosa, ¿por qué tendría que creerte? ¿Por qué debería confiar en ti? ¿Qué garantías tengo?

—Objetivamente no tienes ninguna, pero eres una mujer intuitiva. Estoy seguro de que lo adivinaste. Me diste algunas pistas.

—¿De qué?

—No he venido por la película, ni siquiera por Ferran, a quien apreciaba de verdad. Amo a Chiara. Me enamoré de ella en cuanto la vi en un pasillo del hospital. No hace falta que me digas que es un amor imposible porque ya lo sé. Siempre he respetado a Adrià.

Déjame acompañaros. Permíteme que haga algo por ella.

Estaban sentados en asientos contiguos, hombro con hombro. Habían hablado mirándose de reojo, con tensión contenida, sin levantar la voz. Ismael hizo una pausa. Eva se volvió y observó al hombre que amaba a Chiara. Fue una mirada profunda. Recordó sus sospechas, cuando se conocieron y percibió un gesto en su expresión, la claridad de los descubrimientos, la sorpresa que inspira alguien al entrar en tu vida. Intentó alejarlos porque defendía a Adrià. Las imágenes se dibujaron con nitidez. Mucha gente no habría extraído conclusiones, pero ella era observadora. Murmuró:

—Tu amor es una molestia.

—No encontrarás amigo más leal. Si tengo ocasión, podré demostrarlo. Daría la vida para que fuera feliz.

Eva se conmovió. Las palabras eran sinceras. No buscaba excusas. Hablaba con la sencillez de quienes no tienen nada que ocultar. Cuando lo conoció, le despertaba contradicciones: era el sustituto de Adrià, circunstancia que le generaba sentimientos opuestos, porque le recordaba al accidente, pero tenía carácter. Desenmascaró el Paris superficial que interpretaba el otro.

Le dio aires complejos, matices que eran aportaciones personales. Mejoró el personaje. Ferran lo había sabido reconocer. Se dio cuenta el día del *casting* y admiró aquella capacidad de hacer suyo al personaje, de ofrecer una lectura distinta. Se preguntó qué le habría aconsejado. La añoranza que había mantenido en secreto estuvo a punto de desbordarse, mezclada con la angustia de tener que tomar una decisión, pero la reprimió. Tenía que ser expeditiva. Sin alejar los ojos de Ismael, dijo:

—Te daré un voto de confianza. No me obligues a maldecir la decisión.

—No lo harás.

La respuesta, concisa e inmediata, le transmitió una confianza que no habría sabido explicar.

Atenas los recibió con un estallido de luz. Toni recordó una

película antigua protagonizada por Melina Mercouri, en la que la actriz griega cantaba una canción titulada *Los niños del Pireo*. En la aparente inocencia de la letra, se percibía la sensualidad del mar. Hablaba de gaviotas, de barcas, de marineros que cantan, de un puerto donde es posible ser feliz, de un niño y una niña cogidos de la mano, como símbolo del amor de los protagonistas.

Absorto en la evocación, no captó la metamorfosis. Un gesto de Nura le hizo reaccionar a destiempo. Era una señal de atención que lo alejó de la melancolía del cine para devolverlo a la realidad: la mujer que conocían ya no estaba. A medida que bajaba las escalerillas del avión, se había producido el cambio. Eva se convirtió en Chiara. Adoptó su forma de caminar, la expresividad de las manos, la sonrisa de la otra. Volvía la cabeza para no perderse detalles de la captura del mundo. Se miraron, sorprendidos. A pesar de que conocían sus capacidades interpretativas, no estaban preparados para un cambio sin aviso. Tenían conciencia de que comenzaba la aventura. Como no estaba dispuesta a bajar la guardia, Eva inició la representación. El teatro estaba listo, con el decorado a punto, así que imaginó que se levantaba el telón. Ismael se apresuró a seguir las directrices que acababa de recibir. Con una despedida rápida, se separó del grupo. Eva no quería compartir las horas en Atenas con Júlia, todavía debía digerir la decisión tomada.

Tenían el día libre en la ciudad. Antes de comenzar el rodaje de la película, Eva había hecho el trayecto. Quiso conocer Grecia para empaparse del espíritu de Helena. Sentía nostalgia de aquella época, pero no quería recrearse en ella cuando el presente era una incógnita. Volvía imbuida de Chiara. La vida la había obligado en dos ocasiones a visitar Atenas disfrazada. La primera vez observó la ciudad con los ojos de una reina. Ahora lo haría a través de su amiga. Pensó en el héroe griego, Ulises, que consiguió volver a Ítaca después de numerosas aventuras, cuando ya hacía años de la guerra de Troya. Tuvo que llegar vestido de mendigo, con un disfraz que le transformaba el color del cabello en ceniza, el cuerpo encorvado, los ojos llenos de arrugas, bajo los auspicios de la diosa Atenea, que daba nombre y protección a Atenas. Al día siguiente

embarcarían en un barco donde ignoraban qué encontrarían. Eva sintió la urgencia de llamar a Chiara, pero pospuso la conversación hasta que el aire y el sol hubieran calmado la desazón que le provocaron las palabras de Ismael.

Dejaron las maletas en el hotel Gran Bretaña, en la plaza Sintagma. Liberados del equipaje, salieron a la calle. Se sentaron en la terraza de un bar y pidieron zumos de naranja, que les sirvieron en copas. En Grecia crecen naranjos que dan un zumo dulce, de un color intenso. El sol era una caricia. Tuvieron la impresión de que vivían un paréntesis de paz. Toni dijo:

—Me tranquiliza que embarquemos mañana. Tenemos un día para hacernos a la idea.

—Sabíamos adónde íbamos —lo increpó Nura.

—Hablas muy segura, cosa que admiro, pero no sabemos qué nos espera en este viaje. Disculpadme si exagero. Vivo dividido entre la realidad, que somos nosotros, y la ficción que interpretaremos en una historia que no es ficticia. Uf, me explico fatal.

—Lo explicas muy bien —dijo Eva—. Somos actores. Estamos acostumbrados a seguir unas pautas, las directrices de quien nos dirige. En este caso no hay texto ni normas. También solemos tener bien marcados los espacios de la ficción, un escenario, un paisaje previamente escogido. No hay sorpresas. En nuestra aventura, el espacio de la ficción y la realidad se mezclarán en un lugar que no conocemos, una nave que nos mantendrá alejados cuando navegue. Son reflexiones que me he hecho. No las había compartido con nadie.

—Me alegra saberlo —murmuró Toni—. Me hace sentir menos solo.

—Tenéis razón. Quería relativizar el asunto —añadió Nura—. Hay otro aspecto que me preocupa. No me había atrevido a decirlo. ¿Habéis pensado que en una obra todos los actores interpretan un papel, que nadie puede saltarse el guion con giros inesperados? Ahora hay un personaje incontrolable a quien todavía no conocemos. Es el tío de Chiara. ¿Alguien sabe qué papel juega él? ¿Tenéis alguna sospecha de cómo nos hará girar en esa historia

sin final conocido?

Eva esbozó una sonrisa burlona:

—En definitiva: no dominamos el texto, ni el espacio, ni conocemos al principal protagonista. Tampoco tenemos el recurso de apagar los focos y decirle al público que esta noche no habrá función. Nos hemos vuelto locos.

—¿Qué dices? —saltó Toni—. ¿Quieres echarte atrás? ¿Lamentas haber aceptado la propuesta?

Eva los miró. Se dieron cuenta de que volvía a ser ella. Quien les hablaba había dejado el personaje de Chiara para recobrar su voz, que sonó firme:

—No os equivoquéis. Jamás me desdeciré de la palabra dada. No os decepcionaré ni fallaré a Chiara. Dicho esto, creo que es bueno saber dónde nos encontramos.

—¿A punto de adentrarnos en la boca del lobo? —se le escapó a Nura.

—No sé qué responderte. —Eva hizo una pausa—. De todos modos, no podemos estar preocupados cuando el cielo es tan azul —sonrió— y Atenas nos espera.

—Bien dicho —exclamó Toni, que sacó una guía de viaje—. ¿Vamos al Museo Arqueológico?

—Estuve allí cuando visité Atenas para preparar el papel de la película. Es muy interesante. Está la máscara de oro de Agamenón, y es feroz. Id, si os hace ilusión. Yo prefiero visitar el Museo de las Islas Cícladas.

—¿Estás sugiriendo que nos tenemos que separar? —Toni puso cara de no entenderla.

—Sí, podemos quedar después para comer juntos.

Nura saltó con la agilidad de las liebres.

—He leído que es un museo donde están las divinidades femeninas que adoraban en estos lugares. Impresionaron mucho a los artistas cubistas. No me lo quiero perder.

—Yo tampoco —intervino Toni.

Sonrieron con la inocencia de los que pretenden disimular la angustia tras la alegría. No querían dejarla cuando todavía resultaba confuso lo que estaba por venir, mientras la

incertidumbre los dominaba.

El museo era un espacio de dimensiones fáciles de abarcar, rico en obras de arte, distribuidas en tres pisos. Les fascinaron las figuras hechas de barro, piedra o mármol. Eran de una sencillez seductora. Las formas simples tenían una fuerza sorprendente. La mayoría eran de dimensiones reducidas, esbozos de líneas limpias, sin artificios ni sofisticación. A Eva le gustaron. Estaba acostumbrada a imaginarse a las divinidades víctimas de su propia grandeza, todopoderosas. Los rostros indefinidos y las siluetas le hacían pensar que la vida podía ser menos complicada. Las esculturas eran esquemáticas, elegantes. Muchas representaban a la diosa madre, ligada a la fertilidad, y tenían el encanto de lo que tan solo se insinúa.

A Eva le hacía gracia observar a la pareja que la acompañaba. Desde hacía meses él le había hablado de su enamoramiento. Jamás había hablado de eso con Nura. Había unos límites que protegían la intimidad de la joven de cualquier intrusión. Actuaba como una persona reservada, nada comunicativa. No era falta de confianza ni tampoco dificultades para expresarse, sino una vergüenza que le dificultaba hablar de ella misma. Era respetuosa. Desde que Ferran murió, priorizaba la escucha al habla. Le habría parecido de mal gusto, un signo de poca delicadeza, molestar a Eva con detalles sobre una historia que no se atrevía a vivir. El vínculo con Toni era como el juego del escondite. Había momentos en que se encontraban. Sentirlo cerca le producía una mezcla de alegría y dudas. Como dos niños que corren a esconderse el uno del otro, se refugiaba en cualquier rincón mientras él perseguía su rastro a tientas. Toni habría querido retenerla cerca de él, pero ella era hábil y lo esquivaba. Cuando se acercaba, era para alejarse después.

Desde que habían empezado el viaje, cuando se encontraron en el control del aeropuerto, habían tomado el acuerdo tácito de ser profesionales: actores al servicio de una tarea que priorizarían, dejando a un lado las peculiaridades de su relación. Se miraban sin verse, atentos a la aparición de Júlia, a la actitud de Ismael, solidarios con Chiara. Tenían que ocuparse de demasiados

problemas como para entretenerse en el tira y afloja que los había entretenido siempre. En el Museo de las Islas Cícladas, cuando consiguieron relajarse, Toni la notó distante. Nura fue consciente de que su admirador no dedicaba demasiado tiempo a ocuparse de ella. Aunque no lo dijeron, ambos se sintieron decepcionados. Eva se dio cuenta de todo, pero no tenía ánimo para deshacer malentendidos. La tensión por el futuro estaba por encima de todo. Eva se acercó a Toni, inclinado para ver la figura de mármol de un músico, y le dijo:

—Conozco un restaurante donde hacen una musaka espléndida. Está en la placita que da a la catedral.

—Buena idea. Si queréis, podemos ir allí a comer.

Nura se incorporó a la conversación:

—De acuerdo. ¿Tienen terraza fuera? Me gusta estar al aire libre.

—¡Claro que sí! Voy un momento al lavabo y nos vamos.

No había demasiada gente en aquel espacio hecho a la medida humana. No era tan famoso como el Museo Arqueológico, donde los turistas hacían cola y llenaban todos los rincones. Vieron algunas personas recorriendo los distintos pisos, pero el movimiento era discreto, no los incomodaba. No se fijaron en los que pasaban cerca de ellos, ocupados como estaban en admirar las vitrinas. Eva se fue al fondo de la primera planta, donde estaban los lavabos. No encontró colas y se entretuvo con las postales de la tienda de suvenires. A pocos metros de donde estaba, vio la silueta de alguien que ojeaba las revistas de arte. Se fijó en él porque llevaba unas náuticas azules, idénticas a unas que le regaló a Ferran el último verano. Los ojos se detuvieron en ellas con cierta avidez. Eran un modelo clásico, recién estrenadas. La visión hizo que lo recordara. Era curiosa la forma que tenía de enlazar los recuerdos: un objeto cualquiera, descubierto por azar, la alejaba de la situación que vivía para llevarla a un tiempo feliz. Se quedó distraída unos segundos hasta que se obligó a moverse. Caminó hacia la puerta del lavabo. Estaba vacío y bastante limpio. Se miró en el espejo. Las lágrimas de la nostalgia rodaban por su rostro. Tenía que permitirse un paréntesis para que las cosas volvieran a

su sitio. Se lavó la cara. Se repasó la forma de los ojos, se retocó el colorete, se iluminó los labios. Cuando salió, tuvo una sensación extraña. Notó el cuerpo en estado de alerta. Los sentidos estaban despiertos, preparados para emitir signos de peligro. «¿Qué pasa?», se preguntó. Entonces volvió a ver los zapatos. Los descubrió en el reflejo de un espejo. No estaban a excesiva distancia de donde se encontraba. ¿Quien los llevaba había salido del lavabo de hombres o se había quedado de pie cerca de la puerta donde ella se había recluido? ¿La esperaba? Se apresuró a descartarlo, porque era absurdo. «Los zapatos de Ferran me persiguen», pensó, y esbozó una sonrisa. Dejó pasar de largo al hombre. Parecía despistado. No lo vio bien. Solo era un cuerpo larguirucho que se apartaba.

Salieron a la calle. No comentó el incidente, porque entonces habría parecido demasiado vulnerable. La avergonzaba reconocer que, de repente, la asaltaba la añoranza. Hacía calor. Una brisa ligera los acompañó mientras comían, como un regalo de los dioses. Estaban más tranquilos. La visita les había regalado el descubrimiento de auténticas joyas. Toni estaba entusiasmado con las figuras de las diosas. Pidieron un vino blanco, muy frío. Se atrevieron a brindar por el futuro. Unieron sus copas en el aire. Bajo el cielo de Atenas, la vida les parecía clara. Al acabar, Toni dijo:

—¿Os apetece dar un paseo por el barrio de la Plaka?

—¿Dónde está? —preguntó Nura, curiosa.

—Es la zona del mercado —se avanzó Eva—. Vale la pena.

—Me alegra que os parezca bien, porque así me ahorro teneros que convencer.

—¿Tienes mucho interés? —Sonrió Eva.

—Muchísimo. Tenemos una cita allí. Nos esperan.

La Plaka, la zona más antigua de Atenas, también conocida como el Barrio de los Dioses, es de origen turco. Va desde el pie de la Acrópolis hasta la plaza de Monastiraki, donde hay ruinas griegas y romanas, una mezquita y una iglesia bizantina. Es un dédalo de calles llenas de tiendas, restaurantes. Las casas son de estilo mediterráneo, con fachadas blancas llenas de flores. Forma un laberinto de plazas y callejones donde es agradable pasear. Los

turistas recorren sus ruidosas callejuelas para comprar productos típicos. Abundan las tiendas de comida, donde se puede adquirir vino, licores, quesos, aceite o pasteles de frutos secos con miel. Se pueden encontrar platos pintados a mano, reproducciones de esculturas griegas, camisetas, vestidos de algodón, esponjas naturales, bisutería y amuletos con el *mati*, que salva a las personas de las maldiciones y tiene forma de ojo azul.

Toni se animó en el ambiente de jolgorio que invitaba a la fiesta. Eva y Nura se dejaron contagiar por la alegría de los viandantes y la belleza de las mercancías. Era un lugar de regateos, de juegos malabares entre quienes compraban y los vendedores, predispuestos a la discusión por el precio de una pieza. Había libros sobre arqueología que narraban la historia de Grecia o que recogían sus leyendas y mitos. Eva quiso entrar en una tienda, pero Toni se lo impidió. Le dijo:

—No es el momento. Recuerda la cita que os he anunciado. Llegamos tarde.

Caminaron hasta la dirección escrita en una tarjeta que Toni rescató de su bolsillo. Después de equivocarse un par de veces, porque la orientación en el barrio no era fácil, llegaron a una joyería. El escaparate mostraba piezas exquisitas de influencia bizantina o inspiradas en la cabeza de Medusa, Hércules, el sol... o en forma de monedas engastadas en plata. Había brazaletes que dibujaban figuras geométricas, collares que eran hojas de olivo, anillos de serpientes. Toni respiró hondo. Exclamó:

—Es aquí. Adelante, queridas.

Había hecho un gesto al joyero cuando este se acercó a abrirles la puerta. Era un hombre no demasiado alto, con las facciones marcadas por el aire del Mediterráneo y por el tiempo. Les sonrió, mientras en un inglés comprensible les daba la bienvenida a su casa, bendecía la ocasión de encontrarse y repetía el nombre de Chiara como si fuera un conjuro.

Nura estaba absorta en la contemplación de las piezas, elaboradas en el taller del joyero, hijo de una tradición de artistas. Eva le preguntó a Toni:

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? ¿De qué cita nos

hablabas?

Él sonrió, travieso:

—Era una sorpresa. Un secreto compartido entre Chiara y yo.

—Explícate.

El recelo había desaparecido al oír aquello. Había en Eva una chispa de curiosidad, las ganas de saber de quien no se impacienta porque ha dejado de estar en guardia.

—Hablamos de ello no hace demasiado. La semana pasada, cuando los preparativos para el viaje estaban casi a punto, Chiara me invitó a un café. Fue un encuentro cargado de emoción.

—Me lo imagino. Hemos pasado unos días locos, convulsos.

—Me agradeció nuestro apoyo. Se sintió conmovida por la decisión de viajar juntos. Jamás olvidará lo que estás haciendo por ella.

—Concreta, hombre, que no quiero llorar.

—Se había informado. Se puso en contacto con un joyero amigo que la dirigió al joyero que ahora visitamos. Quería asegurarse un buen trato y la calidad del trabajo.

—¿Por qué?

—Esa es la cuestión: le hizo un encargo. Hemos venido a recogerlo.

El hombre de la tienda insistió en que se sentaran. Ocuparon un lugar en los asientos que les ofrecía mientras él les traía una bandeja con una pieza magnífica. Tenía la belleza de lo que está hecho de manera artesanal. Nura dejó de moverse como una mariposa. Ambas mujeres miraron la pieza sin decir nada. Era un collar. ¿Cómo era posible combinar la sencillez con el esplendor? ¿Unir lo que parece muy sencillo con lo que nos deslumbra? De la cadena de oro, sólida, sin filigranas, colgaba una gema azul.

—Es un zafiro —indicó Toni, señalándola—. Ha sido seleccionado entre muchos. Tiene una rara pureza, el azul más bello.

El joyero asentía con la cabeza, satisfecho de exponer su trabajo. Nura hizo un contenido gesto de sorpresa. Eva sentía los latidos de su corazón desbocado.

—¿Por qué? —preguntó—. No hacía falta. ¡Seguro que se ha

gastado sus ahorros! No sabemos si conseguiremos la herencia, todo es incierto, debería ser previsora. —El torrente de palabras ocultaba una satisfacción que iba mucho más lejos de lo que había sabido expresar.

—Quiere estar aquí. Te regala un reflejo del mar donde navegaremos las próximas semanas. Me dijo: «Dile que mi corazón estará en el barco».

Toni acarició a Eva cuando le puso la joya. El tacto de los dedos en la nuca y la suavidad de la piedra le despertaron un leve temblor. Al alzar la mirada, pudieron leer en ella gratitud y pena. Era un latido parecido al que llenaba las pupilas de Casandra cuando tuvo que despedirse de la reina de Troya. Ella también llevaba la piedra azul de las olas y las despedidas. Ambas, a pesar de la distancia en el tiempo, habrían querido salvar de la desgracia a quienes amaban. Eran mujeres valientes, destinadas a protagonizar historias que no eran suyas, pero que asumían en nombre de otra. Casandra por Helena; Eva por Chiara.

Fue más tarde, en la entrada del hotel donde debían pasar la noche, cuando Toni le confesó a Eva que había percibido una presencia desconocida durante todo el día. Tal vez fuera producto de su imaginación, pero había visto una sombra en las esquinas. Había oído pasos tras los suyos. Adivinó a alguien muy cerca de ellos, en cada lugar que visitaron. No quería preocuparla. Se justificaba con el nerviosismo de quien emprende una aventura, con las dudas que generaba el viaje. Fue un arrebato de sinceridad que lo hizo sentirse avergonzado de repente. Eva se esforzó por tranquilizarlo. Lo abrazó, porque habría querido transmitirle calma, pero le costaba disimular su inquietud. A través del cristal que daba a la calle, vio un vuelo de zapatos que volvió a reconocer, mientras apoyaba su cabeza en los hombros de Toni.

Hécuba volvió a enviar a un emisario a Casandra, su hija. Reclamaba que acudiera a palacio. La sacerdotisa intuyó que Helena se inquietaba por la convocatoria. Hacía algunas semanas que vivía en el templo. Fueron días de armonía, las horas pasaban

plácidas al aire libre. Era la calma antes de la tormenta, aunque actuasen como si la vida se hubiera detenido. Por las noches, en el lecho que compartían, Helena le contaba cuentos a Héctor. Le hablaba de peces que habitaban mundos submarinos, de plantas con poderes mágicos, de nubes donde era posible resguardarse y volar. Nunca decía nada de la guerra. No mencionaba a los soldados, las armas, el hambre. Casandra se dejaba llevar por su voz.

La adivina se vistió con su mejor túnica. Era de seda azul. Se trenzó el pelo y se lo recogió en la nuca, donde lo sujetó con un pasador de marfil. Helena la observó con sorpresa, pero no se atrevió a hacerle preguntas. Estaba acostumbrada a verla con túnicas de algodón sin teñir, el cabello suelto. Casandra se alegró de que no dijera nada. Comprendió que recordaba la advertencia: conocer el futuro solo podía entristecerla. Helena se abrazaba a un presente de minucias dulces, evitaba hablar de la desgracia troyana. Le recordaba a los pescadores que, al tirarse a las profundidades marinas, se llenaban el pecho de aire. Ella inhalaba esperanza antes del desespero. ¿De qué le habría servido saber que la visita de la reina de Troya era una despedida? Casandra iba al palacio donde nació para despedirse, pues no volvería nunca más. Saberlo no le ahorraba la pena. Durante el trayecto, las imágenes de su infancia, de los hermanos perdidos, de un reino que fue poderoso se sucedían en su pensamiento. Entró en la ciudadela después de identificarse. Los soldados de la puerta Dardania parecían muñecos. Los rostros tenían un rictus de derrota. Recorrió la parte baja de la ciudad, consciente de la dejadez, la miseria. Había viejos y niños por las calles. La suciedad se amontonaba por todas partes; las casas tenían las ventanas cerradas. No se oían conversaciones ni canciones.

La reina de Troya la recibió con un abrazo. Por primera vez, la vio vestida sin opulencia, con el cabello alborotado. Descubrió las arrugas que le rodeaban los ojos. Hécuba era como la ciudad: estaba preparada para la rendición. La miró con una sonrisa triste. ¿Dónde estaban la grandeza, la soberbia de la soberana de un reino próspero? Murmuró:

—¿Me has mandado llamar, madre?

—Sí, hija mía, me han dicho que Helena abandonó el palacio de Paris. Alguien recogió sus pertenencias. Dicen que está contigo en el templo de Apolo.

—Es cierto. Se aloja con las sacerdotisas del dios del Sol.

—¿Busca su protección? ¿Te has dejado convencer para ayudarla?

—No. Le he dicho que debe irse. Está esperando a que los preparativos para su partida estén listos. Nada más. Yo misma la invité a quedarse. No quiero que te haga daño el tener que verla. Si puedo ahorrarte algún dolor, lo haré.

—¿Cuándo se irá?

—No falta mucho. He hablado con un marinero que tiene una barca. Es un hombre leal.

—Me han dicho que hay un niño en el templo. ¿De quién es?

—No lo sé. Lo acogí cuando nació. Alguien lo dejó cubierto de trapos en la puerta. Era una noche fría, fue un milagro que no muriera.

—La vida y la muerte penden de un hilo. Lo he aprendido en los años que dura la pesadilla del asedio griego. No has parido a ese niño. Ni pertenece a la familia. Intenta no amarlo, porque el amor de una madre duele. Ojalá mi vientre hubiera sido estéril.

—Lloras por mis hermanos. Yo también lo hago.

—¿Quién me devolverá la dulzura de Troilo, el ímpetu de Paris, la sensatez de Héctor?

—Están en el Hades.

—Eras adivina, pero no te escuchábamos. Era más sencillo esconder la cabeza bajo el ala. Quiero que me respondas: ¿cuándo acabará la guerra?

—No lo sé con certeza.

—¿Ves mi muerte escrita en el cielo, Casandra? Con la derrota, ¿tendré la dicha de descansar?

—Preferiría no responderte. No me obligues a evocar imágenes dolorosas.

—Respóndeme.

—No morirás con Troya.

—Maldita sea la fortuna. ¿No ha llegado la hora del descanso para mí?

—Aún no.

—Era el único consuelo que podías darme y me lo niegas.

—¿Preferirías que te mintiera?

—Yo te he hecho la pregunta; tú la has respondido. No puedo reprocharte que seas sincera. Me equivoco y me duele. No sé resignarme a los designios divinos. Olvidémoslo. Te quiero hacer un regalo.

—¿Qué es?

—El collar con la piedra azul. Te gustaba mucho. Decías que tenía el color de las olas.

Hécuba cogió la joya, que reposaba en una bandeja. Tenía una cadena de oro y una gema con reflejos del mar. Casandra recordó la fascinación que le inspiraba cuando era una niña. Inclinó la frente mientras su madre se la colgaba. Una grandeza no deseada que recordaría siempre, vinculada al adiós a las estancias donde había crecido. Al sentir la suavidad de la piel, el tacto de la infancia, los ojos de Casandra se humedecieron. Los cerró, en un esfuerzo por tragarse la añoranza por todo aquello que aún tenía que perder.

XXVII

La nave era una gaviota sobre el azul marino. Eva se preguntó si protagonizaba un sueño o era víctima de una pesadilla. Todo tenía un aire de lujo y placidez. Desde que habían embarcado, se habían sucedido los descubrimientos: viajaban en el príncipe de los barcos, inaugurado apenas hacía unos meses. Ocupaban cinco suites, cada una como un apartamento de diseño. Estaban en la séptima planta, desde donde las vistas eran espléndidas. Tenían una terraza con piscina. Cama de dos metros, sala, baño con hidromasaje, comedor por si les daba pereza ir a los restaurantes que ofrecía el barco. Todo refinado hasta unos extremos que los sorprendieron, las toallas del mejor algodón, los albornoces, las sábanas que eran una caricia, las copas de vidrio veneciano, el minibar con bebidas, las flores frescas. La decoración era de buen gusto, distinta para cada habitación, siguiendo el deseo de crear ambientes únicos, donde los huéspedes percibieran singularidad. En la de Eva las paredes, las alfombras y los muebles combinaban colores azules, verdes y blancos. Un sitio que le transmitía calma. Cuando entró, se dejó llevar por el alivio de estar en un refugio. Era una delicia saber que podría esconderse cuando fuese necesario. Tener una madriguera la ayudaba a concentrarse en la interpretación.

Colgó la ropa y se sorprendió a sí misma canturreando una tarantela. Hacía mucho que no cantaba. Enmudeció después de la muerte de Ferran. Descubrirse un murmullo de notas la alteró. Se detuvo en seco, como si le hubieran golpeado. ¿Qué le sucedía? ¿Estaba contenta?, se preguntaba. La duda tenía algo de acusación. Se recriminaba la alegría por no tener derecho a ella. Si su hombre estaba muerto, estaba triste. La ecuación era simple. Se asomó al mar, que refleja las penas. Quería encontrar una respuesta. De repente, lo entendió: el tío de Chiara le había tendido una trampa

y había caído en ella como una estúpida. La suite era una trampa. Favorecía la relajación de los sentidos, que antes estaban en guardia, hacía que se bajasen las defensas. Invitaba a vivir una falsa realidad, un mundo paralelo que adormecía las dudas. Si no hay inquietud, nada se cuestiona. El tío veneciano pretendía despistarla, porque quería vencer el recelo. Se había propuesto ganarse su confianza antes de conocerla, pero no podía fiarse de ello porque todo eran incógnitas, a pesar de que un desconocido se esforzase en vestirlas con lujosos oropeles.

Los recibieron una azafata y una secretaria personal del tío, Bruno Barozzi. La primera formaba parte de la tripulación y se limitaba a hablar de los aspectos prácticos para facilitarles la estancia. Actuaba con una cortesía que habría podido resultar agotadora si no fuera porque estaban despistados. Le agradecieron la información sobre la nave. La segunda se presentó como ayudante del tío de Chiara. Era una mujer de aspecto pulcro, una elegancia discreta, que hablaba con seguridad. Les deseó una feliz travesía y les aseguró que no tenían que preocuparse, y que podían disfrutar de los diferentes espacios como si estuvieran en su casa. Fue amable, aunque no inspiraba confianza. Le habrían hecho preguntas sobre el señor al que representaba, pero no se atrevieron a ir tan lejos. Toni había intentado iniciar el tema:

—El señor Barozzi es muy generoso. Quisiéramos que le transmitiese nuestra gratitud.

—Lo haré, pero no le gusta que le halaguen. La discreción es su norma. Ya se darán cuenta. En este momento descansa. Les doy la bienvenida en su nombre.

Eva se sintió obligada a añadir un comentario:

—Espero que el tío se sienta bien. No nos conocemos todavía.

—No han tenido la oportunidad de verse, circunstancia que lamenta, pero es un hombre muy bien informado.

Se quedaron en silencio. Júlia intentaba pasar desapercibida desde que captó miradas hostiles. Ismael parecía ansioso por hacer un comentario, que retuvo. Toni habría continuado el interrogatorio, aunque un gesto de Eva le detuvo el impulso. La secretaria, que se llamaba Giovanna , se despidió:

—El señor Barozzi quiere invitarla a cenar esta noche en su comedor privado, Chiara. La espera a las ocho.

—Oh, sí. Por supuesto —murmuró Eva—. Será un placer.

Cuando se retiró se miraron. Toni volvió a la conversación:

—¿Qué significa *muy bien informado*? He notado una ironía que no me gusta.

—Calmémonos —suplicó Ismael—. Estamos susceptibles. Es lógico que busque asesoría.

—No me parece una expresión afortunada —insistió Nura—. Veo un trasfondo amenazante.

—No sé qué debo pensar —exclamó Eva, que intentaba tranquilizarse sin conseguirlo.

Júlia rompió la reserva:

—No debes pensar nada. No existen motivos para las sospechas. Estate segura de que vas a salir airosa. ¿Sabes por qué? Te miro y veo a Chiara. Esa es la razón.

Las palabras de Júlia fueron un bálsamo, aunque no lo manifestaron. Cada uno se fue a su suite. La tensión vivida en el encuentro los fatigó. Eva llamó a Chiara. Le dijo que el barco era un mundo en miniatura, que el tío le había invitado a cenar cuando la costa fuera una línea. Tenía la voz serena. Cualquiera habría dicho que dominaba la situación, que exponía unos hechos en los que no existían implicaciones afectivas: una mujer que narra una cadena de situaciones ajenas en un tono monótono. Quien la escuchaba estaba inquieta. Se esforzaba por controlar las palabras, que eran cálidas pero temerosas. Le insistió:

—Si no lo ves claro, si tienes dudas, puedes echarte atrás. Inventaos una excusa para iros. No te sientas forzada por ninguna palabra que me hayas dicho. Lo sabré entender.

—Es lógico que tenga dudas. Me conoces lo suficiente para saber que no hay retirada posible. Tengo la debilidad que se me pone en las rodillas antes de empezar a actuar, los nervios previos a la salida frente al público. Te aseguro que el montaje es impresionante: no le falta ningún detalle. La puesta en escena es perfecta.

—Me lo imagino. No debería decirlo, pero me preocupas.

¿Tendrás fuerza para soportar la presión? Deberás improvisar a medida que actúes. Reaccionas con rapidez, pero me hace sentir culpable exponerte a sus planes.

—No tiene la actitud de los locos, aunque parece un personaje retorcido. ¿Qué debo ponerme para el primer encuentro?

—Lo mejor es un vestido elegante, pero tienes que sentirte segura. ¿Apostarías por el azul?

—Había pensado algo así. Es largo, abierto al inicio de los hombros, de una tela suave. Me gusta.

—Tema aclarado. ¿Estás bien?

—Interpretarte me hace sentir a gusto. Eres más equilibrada que yo. Cuando nos conocimos, envidiaba la calma con la que te enfrentabas a peligros físicos reales. Intento imitarte.

—Tú lo has dicho: me enfrentaba. Eran actos de mi responsabilidad. Ahora te he cargado al muerto.

Cuando colgaron, Chiara tenía los ojos llorosos. La tarde había vuelto gris Barcelona. Estaba en el centro donde Adrià hacía los ejercicios para recuperarse de las secuelas del accidente. Lo acompañaba todos los días. Estaban sentados en una sala. La sesión había terminado. Tras el esfuerzo, él no estaba de buen humor. Le sucedía a menudo. El trabajo resultaba duro, exigía que se concentrara en sí mismo. La paciencia no era una de sus virtudes. Pese a las ganas de perseverar, el pesimismo se apoderaba del hombre. Había perdido el aire encantador, capaz de seducir con la mirada; nada tenía que ver con el Paris joven que quiso interpretar. Se transformó en un ser lleno de recelos. Los avances logrados le parecían insignificantes porque eran minúsculos. No sabía ser hormiga, sino que habría querido volverse un gigante que, en cuatro pasos, recorre medio mundo. El ánimo que quería transmitirle Chiara duraba poco. Aquel día se inquietó al verle los ojos. La sintió lejana. Le dijo:

—No tienes que sufrir. Ha empezado la aventura. Reserva tus fuerzas para apoyarla.

—Esta noche cena con mi tío.

—Deben encontrarse. Es inevitable. Si hace bien las cosas, volverá con una herencia para ti.

—Todo es incierto. Actuará bien. Es una actriz magnífica, pero sobre todo es una amiga. No debería haberle pedido que ocupara mi puesto. Hay demasiados riesgos, factores que no podemos prever.

—Está acompañada.

—Por buenas personas que no la ayudarán si corre peligro.

—No te asustes antes de tiempo. Chiara, estoy muy cansado...

—Yo también. Me pesa la vida.

—No seas dramática.

—¿Por qué no me pediste que fuera? ¿No era un deber que me correspondía a mí? Me propusieron un juego, tenía que jugar en él. Fue un error delegarlo en Eva, un acto cobarde.

—Pensaba que querías estar conmigo. La rehabilitación es complicada.

—Son tres semanas. ¿No habrías podido sobrevivir solo?

—¿Me acusas?

—Te hago preguntas que no contestas. He sido egoísta. Eva no habría tenido que embarcarse. Fue idea mía, se lo propuse, la convencí por amor a ti.

—Lo sé y te lo agradezco. Recuerda que intenté alejarte de mi desgracia, no arrastrarte conmigo. Insististe mucho. ¿Por qué ahora me reprochas que te necesite?

—No me siento orgullosa de ello.

—Cuando el viaje transcurra sin problemas lo verás de otra forma.

—Serán días largos. —Chiara se sintió cobarde.

Muy lejos de allí, Eva se apoyó en la barandilla del barco, con los ojos perdidos en el azul. Le gustaba sentir el eco de Chiara. Cuando hablaban, las dudas se desvanecían. Mirar el mar siempre le había ayudado. Encontraba un reflejo de lo que sentía en la profundidad. Si tenía el corazón triste, las olas se movían en una música dulce. Si estaba contenta, la espuma la incitaba a reír.

Ulises había contemplado el mar cuando tomó la decisión de terminar la guerra de Troya. Era un atardecer, justo antes de

ponerse el sol. Estaba sentado en la arena, lejos de los otros guerreros griegos. En el campamento, había ruido de utensilios, gritos, amenazas, carcajadas. A pesar de la distancia, el alboroto lo perseguía como un rumor incómodo que invitaba a huir. ¿Hacia dónde podía escaparse?, se preguntó. No soportaba la compañía. Los soldados jugaban, iniciaban peleas, se impacientaban, bebían. Le costaba confiar en ellos, porque siempre fue individualista. Cuando veía el mar, añoraba Ítaca. El recuerdo de su esposa, Penélope, comparecía. Era una mujer juiciosa. Seguro que lo esperaba en la isla. Debía de tener buen cuidado de su reino y de su hijo, no habría tenido que preocuparse, pero quería volver. No se consideraba un guerrero, sino un estratega. No era un hombre de acción ni formaba parte de ese grupo de ambiciosos. Estaba preso entre dos límites insalvables: el mar y Troya. En medio estaban ellos: los soldados de un ejército que ganaba batallas, pero no sabía culminar la guerra. Había llegado la hora de poner la astucia al servicio del regreso.

Sabía que la leyenda de Troya se esparciría a lo largo de los siglos, pero no había elegido ser un héroe. Suspiraba por tener la existencia común de un hombre cualquiera. Era intuitivo, menospreciaba la fuerza bruta como camino para resolver un conflicto. No se parecía a Agamenón, que descargaba su rabia fornicando con esclavas. Ni tampoco a Menelao, que echaba de menos a la mujer que Ulises odiaba. La belleza fue la excusa que propició un exilio que no quería prolongar. Debía ser práctico. Las proezas guerreras llevaban a la muerte. ¿Quién pudo imaginarse el final de Aquiles, el invencible? Incluso la desaparición de Héctor le parecía absurda. El recuerdo de Pentesilea, la reina de las amazonas, todavía le impresionaba. «¡Cuántas vidas malogradas!», se dijo. Todo habría sido más sencillo si hubieran hablado. Creía en los pactos, en lugar de las conquistas. Todo el mundo debía ceder para que se consiguieran acuerdos provechosos. Cuando había demasiadas heridas, porque los hechos habían provocado dolor, no quedaba espacio para el entendimiento.

Alguien debía ganar la guerra, pero la victoria no vendría del cielo. Los dioses se divertían con los juegos de los mortales. Habían

perdido los años en luchas inútiles. Las murallas de Troya eran inexpugnables. Lo había podido comprobar cuando se vistió de vagabundo, se mezcló con el gentío y fue espía en la ciudad extranjera. Pudo recorrer sus calles, admirar la belleza de los palacios, sus plazas. Las fuentes por donde corría el agua se habían secado, los pozos estaban vacíos, las salidas de la gente fuera del recinto protegido escaseaban. El desánimo se había apoderado de los troyanos, al igual que golpeaba a los griegos. Estaban hartos de las miserias que conllevaba la guerra. Todos habrían querido abandonar una empresa que originaba tantas pérdidas, pero necesitaban un bando ganador. Ni los griegos ni los troyanos estaban dispuestos a rendirse. Los primeros no podían regresar con las manos vacías a la patria lejana; los segundos defendían su casa. Nunca abrirían las puertas de la ciudad en señal de rendición. ¿De qué habrían servido inviernos y veranos, primaveras y otoños? La mayoría había perdido la cuenta del tiempo que había trascurrido desde que fondearon en la costa.

Cuando Ulises se disfrazó, Troya se le manifestó en todo su esplendor. No habría confesado que, mientras recorría las calles, la lloró. Nunca había visto una ciudad tan bella. Se le ocurrió intentar convencer a los griegos para que pactaran una retirada noble. Si les dieran riquezas, no haría falta destruir los templos, los palacios, las casas abiertas de la llanura. Dominaba el arte de la persuasión. ¿No había razones para esforzarse en salvar Troya? ¿No eran motivos los tramados de las vías, las torres majestuosas, los edificios? ¿Las vidas inocentes?

En una plaza, la vio. Iba sola, sin escoltas ni sirvientes, pero reconoció a la reina. Era una criatura encantadora. Bajó la frente, pero no pudo rehuir la mirada que lo reconoció. Helena estaba quieta. No hizo ningún gesto para delatarlo. Ulises esperaba que reclamara a la guardia. Se preguntó si le quedaba una chispa de lealtad hacia los griegos. Se miraron: el hombre cubierto de harapos y la mujer vestida de luz. Supo que no daría la voz de alarma. En los ojos de la reina de Esparta había dolor. No leyó culpa, solo pena. Entonces la escuchó:

—Te he visto luchar desde las murallas, Ulises. Eres tan

valiente como hábil. Has conseguido burlar las medidas de seguridad y entrar en Troya con el disfraz de un viejo. Admiro a quienes pueden cambiar su apariencia y confundirse entre la multitud. Envidio este don.

—Vos no lo conseguiréis nunca. Vuestra belleza es excesiva. No permite la discreción que exige pasar inadvertido.

—Excesiva. Buena forma de definirme. Todo en mi vida ha sido sobredimensionado: quién soy, cómo soy y cómo he vivido.

—Vos habéis contribuido a agrandar la leyenda. No deberíais haber desafiado las leyes humanas.

—¿Has venido a reprocharme o a actuar como un vulgar espía?

—La guerra dura demasiado. Ni la fuerza ni los pactos nos sirven. La fuerza solo ha provocado la pérdida de los mejores. Los acuerdos no son posibles cuando hay ríos de sangre. He venido para averiguar cuáles son los puntos débiles de la fortaleza que debemos derribar.

—No hay. Es un fortín. Cuando llegué, me maravilló. Es una ciudad magnífica que no merece la destrucción.

—Los sitios no eligen su destino. Somos los humanos quienes derribamos edificios, hacemos caer torres, convertimos la piedra en polvo, la vida en humo.

—Los griegos no atravesarán la fortaleza; los troyanos no abrirán sus puertas. Vivimos en un círculo terrible.

—Tendré que romperlo, Helena.

—¿Cómo lo harás?

—No lo sé todavía. Si los troyanos no se rinden, deberemos conseguir que nos abran las puertas.

—Has enloquecido.

—Tengo tiempo para pensar en ello. Las horas en el campamento son largas. No participo en los desencuentros de los soldados, ni me interesan los planes de Agamenón ni la melancolía patética de Menelao.

—¿Puedes convencerlos para que vuelvan a casa? Eres persuasivo, dominas la palabra.

—Me sobrevaloráis... —dijo con ironía.

—Quisiera no perder la esperanza.

—¿La esperanza? —Le sonrió—. Hace tiempo que es una desconocida para mí.

«¿Cómo conseguir que se abran las puertas de Troya? —se preguntó Ulises—. ¿De qué forma es posible vencer a este pueblo de gente tozuda, que prefiere la muerte a la rendición?»

Debían actuar de una forma distinta. Las viejas estrategias no servían. Tenían que recurrir a la sorpresa. Lo que sorprende puede provocar reacciones inesperadas. Podían jugar con el deseo que los troyanos sentían de acabar con la pesadilla. Engañarlos con un recurso tan potente que rompiera la desconfianza. Invitarlos a creer que renunciaban a la gloria y partían a casa. Cuando Helena le preguntó si podía convencerlos para que se marcharan, expresó el anhelo más profundo de todos. Era el único sueño que querían cumplir: tener la certeza de que las costas no estarían ocupadas por naves enemigas, de que las banderas negras se retirarían. El blanco de la paz en lugar de la oscuridad de la guerra. Debían crear un espejismo, una ilusión suficientemente creíble para que las puertas de Troya se les abrieran de par en par.

XXVIII

Eva se puso el vestido azul. Le brillaba el pelo castaño por encima de los hombros. Era perfecto: sobrio y elegantísimo a la vez. Cuando salió del cuarto, se sintió como el pájaro que abandona el nido. Tenía conciencia del riesgo, pero necesitaba que la interpretación fuese impecable. No había tenido ocasión de ensayar el papel que interpretaría. Se sentía huérfana, sin el texto para memorizar ni las pautas de alguien que, desde las bambalinas, dirigiera la escena.

El tío ocupaba la octava planta, ubicada en el nivel más alto de la embarcación, donde había una única suite. Era una mansión en el propio barco. Un mayordomo le abrió la puerta de un recibidor amplio, con una claraboya en el techo que permitía la luz natural: el sol le hacía caricias de mandarina desde el cielo. Había cuadros de paisajes anaranjados, campos de trigo que combinaban reflejos de oro. Una alfombra de miel que atenuaba el rastro de los pasos, lámparas que encendían los ocres. Todo era armónico, suave. No había espacio para las estridencias, sino para la alegría serena.

Ocurrió en el comedor. La mesa estaba preparada para dos comensales. Mantel blanco, vajilla con una cenefa. Vio la figura alta, de espaldas, con la vista al paisaje marino. El hombre de negro se volvió poco a poco. Tenía el pelo gris, con restos de sombras, un aire distraído. Las facciones marcadas, en un perfil de ángulos casi perfectos. Esbozó una sonrisa que quedó en una insinuación, como si el rictus de bienvenida supusiera un esfuerzo. Se miraron indecisos. Habrían querido abrazarse, pero no se movieron de donde estaban. ¿Sentían vergüenza o les atemorizaba comprobar que el otro era real? Dudaban. Él le dijo:

—Chiara, tienes los ojos verdes de los Barozzi. Me alegra

conocerte.

Eva evocó el verde limpísimo de los ojos de su amiga, idénticos a los del tío veneciano. Los suyos eran turbios, como el mar encrespado. Sonrió:

—Yo también estoy contenta de conocerte. Ha sido una sorpresa.

—Habría tenido que reunirnos hace tiempo, pero reencontrarse con el pasado no siempre es fácil. ¿Quieres una copa de champán rosado antes de cenar?

—Sí, gracias.

—Las circunstancias han propiciado un encuentro que deseaba. He pensado a menudo en ti. He viajado muchas veces a Barcelona por motivos de negocios. Cuando aterrizaba, recordaba mi deber pendiente.

No sabía lo que habría dicho Chiara. Se metió en la piel de una mujer que recupera una historia prohibida, algo que le ha sido tomado. La expresión del rostro manifestó nostalgia por todo lo que le había sido negado. Murmuró:

—Nunca he estado en Venecia.

Se hizo un silencio. La expresión de Bruno se oscureció. Reflejaba unas emociones que hacían aparecer chispas en los ojos. La escuchaba con tristeza. Le respondió:

—Atracaremos en Venecia el último día del crucero. Podré acompañarte a casa, al palacio de nuestra familia. Lamento haber tardado en invitarte. Espero tener ocasión, en los días que vendrán, de contarte que ha sido difícil romper con los tabúes familiares. Nací en una familia de patricios de la Serenísima República de Venecia.

—¿Qué quieres decir?

—Somos descendientes de los nobles romanos que fundaron la ciudad cuando huían de la invasión de los bárbaros en la península de Italia. Formamos parte de las casas viejas, de origen antiguo. Teníamos el poder político porque constituíamos el Maggior Consiglio, que era el órgano de máximo gobierno. Nuestro linaje está en el Libro de Oro, el registro de nobles venecianos que se conserva en el palacio Ducal.

—Una hermosa historia, que está lejos de mí. —No evitó el sarcasmo.

—Cronológicamente, también me queda muy lejos. Si hablamos de la tradición familiar, de la cultura que he respirado, de la educación, del corazón..., estoy ligado a ella de forma profunda. Es un peso que determina mis actos. Quizá eso me justifica.

—Dicen que conocer nuestras raíces nos fortalece.

—Me duele no haberte dado la oportunidad de acercarte a todo ello.

—No te preocupes. Soy fuerte.

—La nobleza veneciana tenía una peculiaridad única en Europa.

—¿Cuál?

—Se dedicaba al comercio.

—Nobles y mercaderes. Es raro.

—Esta circunstancia nos salvó. La familia lleva siglos haciendo negocios. Nuestro patrimonio es su consecuencia, pero no es de buen gusto hablar de dinero.

—Estoy de acuerdo. Hablemos de temas más interesantes: tú, por ejemplo.

—¿Yo? —Sonrió—. Soy Bruno Barozzi, descendiente de un muy ilustre apellido veneciano. Me llaman el Sustituto.

—¿De quién ocupas el sitio, tío? —pronunció dubitativa la última palabra.

—De tu padre.

Desde el barco, todo era mar. Eva lo vio a través de los cristales del comedor. Reconfortaba estar lejos de la costa. Se sentía en un universo ajeno a la vida que había vivido, como si le fuera permitido un paréntesis donde el tiempo adquiría un ritmo de columpio, de nostalgia amable, de nube.

El tío le había hecho una confesión que abría numerosos interrogantes. Ella le dijo:

—No has elegido la mejor forma de iniciar la conversación.

—He sido espontáneo. La edad me permite no ocultarme en falsas explicaciones. Puedo ser sincero.

—Discúlpame. No creo que seas una cosa ni la otra.

—¿Cómo? —No manifestó signos de irritarse.

—No te siento espontáneo. El montaje que has organizado para conocernos es muy premeditado. No sé si te has divertido con los preparativos. Me atrevería a decir que también es rocambolesco. Sobre ser sinceros, ¿qué quieres que piense? No tengo ninguna prueba.

—No te pongas a la defensiva. Cuando he dicho que soy el sustituto de tu padre, no quería que lo interpretases como una acusación, ni siquiera como una queja. Ha sido el papel que el destino me adjudicó. Un honor.

—¿Consideras un honor pasarse la vida ocupando el sitio de alguien? —Notó que pisaba terrenos resbaladizos. Tenía que ir alerta, porque Bruno hablaba también de ella, aunque no pudiera intuirlo. Eva sustituía a la hija del hombre sustituido por Bruno. «¡Qué lío!», pensó mientras se bebía la última gota de champán.

Él continuó:

—La gente piensa que tu padre fue un desconocido para mí. Era mayor que yo: el hermano rebelde que había decidido saltarse las normas que dictaba la tradición y emprender una existencia estúpida.

—¿Cómo?

—No hay mayor estupidez que haber nacido veneciano y renegar de ello.

—¿Por qué lo dices?

—Venecia es un vino delicioso para cualquier paladar, un manjar espléndido, un lujo para los sentidos.

—Se debió de cansar. A veces, los excesos empalagan. ¡Quién sabe por qué lo hizo! ¿Se sublevó contra una ciudad? Me parecería poco creíble. ¿Lo hizo contra la rigidez de una familia? Hago suposiciones, porque murió cuando yo era una niña. Me cuesta recordarlo, pero debió de haber motivos. No puedes juzgarlo. ¿No dices que era un desconocido?

—Me hablaron muchísimo de él. No tuve la oportunidad de conocerlo mucho, pero me entristeció su renuncia porque causó dolor a mis padres.

A Eva le pareció sincero. No recurría a tópicos ni a sentimientos personales hacia el hermano que se fue, sino que se refería a algo íntimo. Era la tristeza de una familia orgullosa al tener que admitir que el primogénito renegaba de todo lo que les había identificado desde sus orígenes. Respondió:

—Puedo entenderlo. Mi padre siempre quiso buscar nuevos horizontes. Mi madre me explicaba que se definía como un espíritu libre. Fue prisionero de sus miedos.

—¿Qué podía temer el heredero de los Barozzi?

—Asumir las responsabilidades de la vida puede resultar difícil. No estar a la altura de lo que se espera de ti... Debió de pretender marcar un territorio individual. Como quien traza rayas en el agua, intentó crear un mundo propio, pero no le salió bien. Fracasó como pintor, no volvió a casa, murió joven. Reconocer que formas parte de un engranaje colectivo es de valientes. Ignoro si supo serlo.

—No nos hemos reunido para analizar la personalidad del hombre al que no podremos hacer pregunta alguna, pero con quien ambos tenemos una conversación pendiente.

—El hermano que te dejó solo y el padre que perdí. —Eva estaba triste. Había hecho suya la tristeza de Chiara, abandonada por partida doble cuando era una niña. Por un lado, por su padre; por otro, por la familia de Venecia—. Tienes razón, aunque no sé muy bien por qué nos hemos encontrado.

—Quiero conocerte. Lo había pensado muchas veces, hasta que la vida me ha llevado a ello. La cobardía presenta un amplio abanico de posibilidades. No buscarte ha sido mi forma de esconder la cabeza debajo del ala. Me imaginé a menudo que aparecía en Barcelona e intentaba encontrarte, pero siempre había elementos que distorsionaban la conversación. Me asustaba pensarlo y por eso opté por este montaje. Puede ser rocambolesco, como dices, pero resulta eficaz. Permite que nos alejemos de nuestras vidas y conversar. Es lo que me hace falta: tus palabras.

Lo miró con sorpresa. No mentía al hablarle.

—A mí también. Me gusta que nos encontremos.

En el comedor francés, Nura, Júlia, Toni e Ismael cenaron

juntos. Todos pensaban en Eva, con curiosidad por el encuentro con el tío. El ambiente era tenso porque la preocupación por la amiga se mezclaba con la incomodidad que les provocaba Júlia. Nura apenas le dirigía la palabra. Desde el principio había considerado su presencia una intrusión que toleraba por respeto al criterio de Eva, a quien nunca cuestionaría, pero que habría enviado a freír espárragos. Ismael no había olvidado que lo coaccionó para que renunciara a realizar el viaje. Superado el estrés, cuando logró relajarse, no podía evitar la rabia. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo se le ocurrió la estupidez de añadirla al grupo? Eran reproches que no formulaba en voz alta porque temía la reacción de sus compañeros. Al fin y al cabo, él era el responsable. Toni estaba inquieto. No soportaba tener tantos frentes abiertos: estaba preocupado por Eva, a quien no habría querido perder de vista; sufría por Nura, tan cercana y tan lejana; vigilaba a Júlia receloso, y se lamentaba por Ismael. Era un hombre de reacciones rápidas frente a los problemas, pero muchas preocupaciones a la vez lo paralizaban. Le gustaba resolver las dificultades una tras otra. Cuando se acumulaban, se sentía superado.

Sentados a una mesa para cuatro, en una sala decorada con aires parisinos, no tenían ánimo de disfrutar del menú. Comieron sopa de cebolla, *cassoulet* y una selección de quesos. Toni había hecho la elección. El vino era magnífico, la iluminación permitía disfrutar del escenario azul del agua. La única que estaba serena era Júlia. Mantener la cabeza fría cuando los que te rodean no son capaces de ello era una carta a favor. La situación era compleja. Se sentía juzgada, mal vista, un estorbo que aumentaba la inquietud de todos. Dijo palabras estúpidas que Ismael no olvidaría. Había muchas razones para que se sintiera sola, pero estaba acostumbrada a la soledad. Los retos la espoleaban.

Alcanzar la confianza de los demás se había convertido en el objetivo prioritario. Hacerles entender que no era una enemiga, que los errores eran fruto de querer demasiado, y quizá mal, a un hombre. «¿Quién puede juzgar con excesiva dureza los pecados de amar?», habría querido preguntarles. Los rostros desencajados la enmudecieron. La primera noche en el barco no fue fácil. La

preocupación común era Eva, que había entrado en una suite para cenar con un desconocido. Pensó que era valiente, mientras recordaba el día de la boda, cuando le envidió la suerte de haber encontrado un amor eterno que duró siete noches.

Ella no se había atrevido a aspirar al amor. La vida nunca fue un cuento de hadas. Nació en una familia humilde y, aunque hubiera querido estudiar Medicina, tuvo que conformarse con ser auxiliar de enfermería. No era una chica poco agraciada, pero no tenía encanto. Solía pasar inadvertida. Se resignó a aceptar una invisibilidad no deseada. Le habría gustado ser la princesa de alguna fiesta, aunque siempre fue la que espera mientras las demás bailan.

Cuando empezó en el hospital, se concentró en demostrar su valía. Trabajaba sin descanso, aceptaba los turnos que nadie quería, no le importaba ir en días festivos. Nunca protestó por el exceso de trabajo ni se quejó si tenía que doblar horas por culpa de una urgencia. Era diligente, poco conversadora, resolutiva. Se ganó la confianza de los superiores, que la consideraban una persona con criterio. Había encontrado un lugar en el mundo, se sintió aliviada, con la gratitud del sintecho que tiene un hogar donde calentarse. Fue construyéndose una coraza para sobrevivir: era amable con los pacientes, pero no se implicaba, procuraba entender los dramas humanos sin dejarse salpicar por las miserias. El secreto era mantener a raya las emociones.

Hasta que apareció Ismael en un pasillo. Tenía un gesto de desolación que no había visto en nadie, un rostro que la conmovió. Era parco en palabras, pero se ganó su confianza poco a poco. Se enamoró cuando menos lo esperaba, con un amor que la empujó a hacer una propuesta absurda a Chiara. En un barco que superaba las expectativas de cualquier amante de la exquisitez, se propuso demostrarles que no era una mala persona. No era sencillo romper la desconfianza. Ismael, que le había tenido cariño, la observaba de reojo. Los demás habrían querido borrarla. Debía esperar la ocasión favorable.

No podía permitir que el único hombre al que había amado creyera que era una asesina. La vida le planteó una apuesta:

surgieron de los labios emociones prohibidas y se concretaron en la amenaza de matar. No se lo confesaría a nadie, pero se dio miedo a sí misma. Fantasmas con siluetas brumosas habitaban una parte desconocida de su alma. ¿Estaban ahí desde siempre o la vida los dibujó en el desencanto?, se preguntó. Formas difusas que mantuvo silenciadas porque la razón se imponía. Cuando perdió la cabeza, llevada por los celos, amenazó a Ismael con matar a Chiara. Tenía que expiarlo, porque lo que hemos dicho en un impulso solo se olvida con el tiempo.

Eva escuchaba al tío Bruno. Tenía una forma tranquila de hablar. Los gestos de las manos subrayaban con delicadeza lo que decía. Añadían un énfasis peculiar. Estaba cómoda, como quien experimenta los efectos de un sortilegio. Le contaba:

—En el siglo XV, Venecia era la mayor ciudad portuaria del mundo. Se identificaba con la región del Véneto. Fue una de las ciudades-Estado que formaron las repúblicas marineras, como Génova, Pisa y Amalfi. Se expandió su actividad comercial, controlaba parte de las costas del Adriático y muchas islas del Egeo, y era una de las fuerzas más importantes de Oriente Medio. Rica y próspera, los nobles hacían decorar sus palacios con obras de grandes artistas. El arte adquirió un protagonismo que ha sido nuestro sello.

—¿Cuándo llegó su decadencia?

—Fue un proceso. Se sumaron distintos factores. Supongo que cuando una república o un reino tienen demasiado poder muchos desean que llegue el infortunio. En este caso, la pérdida de Constantinopla, que había sido un núcleo importante de influencia durante cinco siglos, de Creta y de las posesiones en el mar Egeo, la apertura de nuevas vías comerciales, la peste de 1630, que se llevó a un tercio de la población..., marcaron el inicio del desastre.

—¿El inicio? ¿Cuál fue el punto culminante?

—No quisiera aburrirte... Napoleón deseaba aliarse con Venecia, pero nos negamos. Somos un pueblo orgulloso. Éramos uno de los lugares más refinados de Europa: la arquitectura y el arte traían nuestra impronta. Él se vengó. Se apoderó del barco del dux, el *Bucintoro*, y se apropió de sus riquezas. Nos denigró al

enviarlo a Francia en una galera de prisioneros. Consiguió poner fin a trece siglos de independencia veneciana. El dux y el Maggior Consiglio abdicaron. Napoleón, al proclamarse emperador de los franceses, se nombró rey de Italia.

—Pobre Venecia. —No había ironía en el comentario.

—Después cedió Venecia a Austria. Durante unos años confusos, llenos de trasiego, los austriacos nos gobernaron con dureza. Proliferaron las sociedades secretas que rechazaban el poder de Austria. Fue un periodo triste. Acabamos integrándonos en el Reino de Italia, a través de un referéndum que fue un engaño.

Eva vio a Bruno con una mirada nueva. No era tan ingenua para coger confianza con alguien en una primera conversación, pero distinguía la sinceridad. La persona con la que compartía mesa era real. Se concentró en evocar lo que le había contado Chiara sobre sus recuerdos infantiles y dijo:

—Mi padre hablaba la lengua de Véneto.

Apareció una sombra de añoranza.

—Me alegra saber que no la olvidó. Todos hablamos italiano, pero el véneto es la lengua del corazón. No sé si puedes entenderlo.

—Por supuesto.

Le sonrió, porque se sentía comprendido por la sobrina recién recuperada, mientras Eva percibía una especie de admiración por el hombre que creció en Venecia, que le hablaba del hermano que abandonó el nido, que reconocía sin amargura que había sido el sustituto del otro. Se le escapó la pregunta:

—¿Os comparaban?

—¿Cómo?

Eva repitió la frase. Su italiano era incipiente; había realizado un curso intensivo antes de empezar la aventura. Fue como estudiar el guion de una película. Dedicó esfuerzo, aunque Bruno era un hombre culto, que hablaba distintas lenguas, con quien no tendría problemas para comunicarse.

—¿Te sentías presionado por la presencia de mi padre en vuestras vidas, aunque no estuviera allí?

—Cuando era un adolescente, no entendía el luto de mis padres. Me enfurecí contra él. Lo culpé de la tristeza que vivíamos.

Me imagino que se negaron a que hubiera renunciado a ser quien era, hasta que tuvieron que llorar su muerte. Dos pérdidas consecutivas son terribles. Fue una época dura. Intenté protegerme de un fantasma porque debíamos sobrevivir. Tenía el deber de no fallar a mi familia, de asegurarles un sucesor digno. No quería decepcionarlos, pero tuve que imponer condiciones.

El rostro se endureció, como si fuera el reflejo de una lucha interior, y después continuó:

—Les exigí el olvido. Debo pedirte disculpas, pero quiero decirte la verdad desde el principio.

—¿Qué les pediste?

—Si querían que me preparase para ser el heredero, que estudiara con la intención de formarme y trabajar por nuestra casa, teníamos que borrar la sombra de mi hermano. Era el Sustituto, pero estaba dispuesto a marcar mis reglas. Muerto él, teníamos que pasar página.

Bruno y Eva acabaron la cena con un *limoncello*. El sabor de la bebida se asemejaba a la conversación que habían mantenido. Explicaba el silencio de la familia hacia Chiara. Los abuelos venecianos no quisieron abandonarla. Era probable que nunca la olvidaran. Eva intuyó que su amiga sentiría consuelo. Es bueno tener respuestas que nos aclaren lo que no podíamos entender. Para el tío había sido difícil confesar que fue el causante de la ruptura entre su sobrina y sus padres. Lejos de los furores de la juventud, le debió doler haber exigido una distancia que lo ayudó a encontrar un espacio propio.

Eva contempló el agua. Estaban encendidas los faroles de la cubierta; la nave dejaba una estela de luz. Avanzaba con un ritmo suave, como las palabras de Bruno, que le dijo la verdad sin levantar la voz. Ella no manifestó sorpresa ni rencor. Lo escuchó sin decir nada, porque hay secretos que no inspiran pesar. Chiara no se lo habría reprochado; por lo tanto, ella tampoco lo haría. Vivía en un universo de agua que se ensombreció a medida que fluía la conversación. Pasó del esmeralda al lila, y al negro terciopelo. No era una noche de luto, sino de descubrimientos. Saboreó la bebida. El limón y el azúcar. Bruno le dijo:

—Espero que este viaje sea feliz. El Mediterráneo es muy hermoso.

—Estoy segura —le respondió.

—Te dejaré días libres para que recorras estos paisajes con tus amigos, pero me gustaría que compartiéramos las veladas. ¿Podríamos cenar juntos todas las noches?

—Naturalmente.

—Mañana quiero que conozcas a una persona. Si pudiéramos desayunar los tres, tendría ocasión de presentarte al artífice de nuestro encuentro.

—¿No fue idea tuya? Me decepcionas un poco. —Sonreía al decírselo.

—Quería conocerte sin interferencias, no sabía cómo hacerlo, hasta que alguien me iluminó.

—Brindemos, pues, por la luz —dijo ella.

En el bar había una discoteca sin música, un invento con éxito entre los pasajeros. La pista era enorme. Cada bailarín elegía las canciones que quería, se ponía unos auriculares, se movía con el ritmo. Era curioso observarlos porque nadie movía el cuerpo a la vez, sino que parecían un grupo de títeres movidos por diferentes manos. Toni propuso sumarse. Intentaba crear un ambiente más distendido. Si tenían que convivir en el barco, era necesario hacer un esfuerzo. No se sorprendió cuando Ismael se excusó. Quería acostarse, porque las emociones habían sido excesivas. Se despidió. Júlia lo miró con una expresión perpleja. Sentada junto a la barra, se sentía fuera de lugar. Intentó improvisar una excusa:

—Yo también me retiro. Mañana será un nuevo día.

Nura, que había mantenido sus reservas desde el principio, se soltó. El muro de contención que retuvo sus palabras desapareció.

—Aunque es probable que no me creas, Casandra me dejó la herencia de sus poderes de adivina. Mientras rodábamos la película, podía prever el futuro. Cuando te conocí, no se me dispararon los detectores de alarma. Ninguna visión me advirtió de que estuviera ante una mujer capaz de asesinar a Chiara. Me pregunto si cometí un error, obsesionada por otros asuntos que me impidieron identificarte.

—No te equivocaste. —Estaba pálida.

—¿Estás segura? Para mi desgracia, Casandra me retiró ese don. El sentido común me dice que, si no eres una asesina, eres una mentirosa. ¿No amenazaste a Ismael con matar a Chiara justo antes de salir de Barcelona?

—Lo hice, y no podréis perdonármelo.

—No es difícil llegar a esa conclusión. Quisiste extorsionar a Ismael, que se vio obligado a hacerte partícipe de una historia donde no deberías estar. ¿Te imaginaste que te invitaba a un crucero de lujo? ¿Buscabas alegría y descanso? Sabes lo que nos jugamos. No estamos de vacaciones.

—Nunca asesinaría a nadie. ¡Ojalá pudiera ayudarte a recuperar los poderes que perdiste! Si los tuvieras, no debería convencerte de nada.

—No quieras venderme la imagen de buena samaritana. No harías nada por nosotros, porque solo te preocupas por tus intereses. Vives obcecada.

Ulises se obsesionó con terminar la guerra de Troya. Habían transcurrido diez años desde que partieron de casa. Era demasiado tiempo de nostalgia, así que decidió encontrar una vía para el regreso. No podían huir como unos ladrones. Debían marcharse victoriosos, con un botín y esclavos troyanos. Reflexionó, fija la mirada en la espuma del agua: ¿cómo podía sustituir la fuerza por el ingenio? Las ideas hervían a medida que crecían las olas. Primero eran pequeñas, más tarde se levantaban salvajes. Los sonidos que llegaban del campamento griego se diluían, mientras una opción tomaba forma.

Convocó una asamblea. Reunió a Agamenón, Menelao, los príncipes y los soldados. Estaban de mal humor. El nerviosismo había crecido en el ejército. Pasaban las horas entre juegos y disputas. Era duro vivir lejos de la patria, sentir que los rostros de la esposa y los hijos, de los padres y vecinos se volvían brumosos, sustituidos por imágenes de muerte. Las figuras estimadas se difuminaban a causa de la distancia. El espanto no eran los

cadáveres que se sumaban a la memoria, sino la intuición del olvido. Se esforzaban por retener los recuerdos, pero perdían nitidez. Los paisajes griegos aparecían en los sueños: los olivos, la tierra seca, las cuevas, los muros de las ciudades lejanas. Cuando se despertaban, la añoranza los estrujaba por dentro. Era un pellizco de pena y rabia.

Se sentaron en la gran tienda donde se reunían. Ulises observó las expresiones de fatiga de los hombres que esperaban sus palabras. Diez años habían transformado los espíritus y los cuerpos. Habían servido para acentuar la peor parte de cada uno: la ambición de Agamenón, la debilidad de Menelao, la mezquindad de algún otro. Aquiles no estaba. Su ausencia parecía una pesadilla. Tampoco estaban muchos de los que partieron mar adentro, convencidos de que volverían pasadas pocas lunas. No quería hacer el recuento de los soldados perdidos, porque era un hombre demasiado práctico para perder el tiempo, pero concluyó que la guerra empeora a los humanos.

Ulises dijo:

—Hace mucho que zarpamos de nuestras tierras para emprender un viaje. Han pasado diez años desde que llegamos a Troya. ¿Cuántos días de una vida son diez años? —Alzó la voz, imperativo.

Callaron los príncipes y los soldados. El aire se podía cortar. Menelao inclinó la frente, abatido porque no olvidaba a Helena. Cada noche la evocaba en la soledad de la cabaña. Todos los amaneceres se la recordaban. El estratega continuó el discurso:

—Son muchos, muchos días. El cielo de Troya se asemeja a nuestro cielo. El mar es azul como nuestro mar. No olvidéis, sin embargo, que nada se puede comparar con las aguas de Grecia. ¿Recordáis la tierra donde nacisteis, aqueos?

Un bramido colectivo salió de los labios de los hombres. Era un grito de añoranza salvaje, de queja. Las imprecaciones encontraban un buen campo en el que respaldar la nostalgia, porque todos habrían querido volver.

Agamenón había escuchado en silencio, hasta que no pudo evitar interrumpirle:

—¿Qué dices, príncipe de Ítaca? Hicimos un juramento. Nos comprometimos a cumplirlo. ¿Nos invitas a volver atrás? ¿Debemos partir como cobardes? Entraste en Troya disfrazado de espía, quizá la ciudad te sedujo y pretendes salvarla. Prefiero la muerte antes que abandonar la guerra.

—Hablas con ligereza de la muerte —exclamó Ulises—. He perdido la cuenta de las piras funerarias que hemos encendido, de las honras fúnebres donde hemos vivido el luto. ¿No has pensado que en el aire perdura el rastro de las cenizas? Si pudieran hablarnos, ¿qué nos reclaMarian?

—Los muertos están en el reino del Hades y no se ocupan de nuestras miserias —bramó.

—Tienes razón: están lejos para siempre. Creía que con los años habías aprendido a ser paciente. Veo que me equivocaba.

—¿Nos pides paciencia o cobardía?

—Os he reunido porque quiero ganar la guerra. Debemos cambiar de estrategia si queremos que esta pesadilla acabe. Las batallas en el campo no son el único camino. ¿No veis que vivimos en un círculo de derrotas y victorias? Es hora de dejar la fuerza y sustituirla por la habilidad. Le he dado muchas vueltas. Tengo una idea que nos puede ser útil para entrar en Troya. Yo tuve que disfrazarme y es una ciudad seductora, pero hemos venido a conquistarla. Nunca he permitido que los afectos interfirieran mi voluntad. Me imaginé que entrábamos ocultos, que ellos mismos nos abrían las puertas de la ciudadela.

—¿Qué nos propones, príncipe? —preguntó Menelao.

XXIX

Los primeros rayos de sol se esparcieron en el agua. Eva se despertó con una sensación de ligereza. Las horas de reposo habían tenido un efecto sanador. El nerviosismo vivido antes de conocer a Bruno se diluyó entre el champán y el *limoncello*, mientras recuperaba la paz. Desapareció la conciencia de peligro. El encuentro, a pesar de la dureza de la confesión, resultó grato. Se puso un vestido, unas sandalias. Llevaba el pelo suelto. En el espejo vio un rostro sin tensiones, una sonrisa tranquila. Subió hasta la suite del tío de Chiara, dispuesta a conocer a la persona que había hecho posible el encuentro en el crucero.

Antes de dormirse había llamado a su amiga. Aunque era tarde, la esperaba. Respondió con un hilo de voz:

—Me alegra oírte. ¿Ha ido bien?

Se convirtió en narradora. Le describió el barco, Bruno, la cena, la conversación. Intentó ser ordenada, a pesar de que las palabras a veces saltaban, emprendían el vuelo. Quiso enviarle un mensaje: su familia veneciana no la rechazó por desinterés o ausencia de cariño. Sus abuelos la recordaron, la añoraron toda la vida. Bruno fue el culpable y la víctima de un olvido irreal. Las frases daban la impresión de ser un bálsamo que caía en el corazón de Chiara, pero que también confortaba a Eva. Le habló de Venecia con palabras robadas, que reflejaban pasión.

Durante la conversación, Eva se atrevió a pedirle que la ayudara. No era una petición improvisada. Había estado a punto de decírselo antes de irse de viaje, pero no supo. Lo intentó en el camino hasta el aeropuerto, aunque no lo logró. Aquella noche conservaba la chispa de coraje que propician el alcohol y las ganas de hablar. Sentía la euforia de haber descubierto que la amiga no fue abandonada, la gratitud de la voz en el teléfono. Se decidió:

—¿Tendrás tiempo de pasar por el piso?

—No te preocupes. Me encargaré de la correspondencia, de las plantas, de la limpieza. ¿Te preocupa la casa?

—Quiero pedirte que me ayudes.

—Dime. ¿Qué necesitas?

—Antes de irme, ordené el estudio de Ferran. Los libros, los papeles, los objetos que amaba. Cerré la puerta con llave. No sé la razón.

—No pensaba abrir la puerta, si es lo que te preocupa. —La voz de Chiara era una caricia.

—No, no me explico bien. La casa está invadida por su ausencia. A su vez está presente en cada rincón. Todo parece contradictorio. Una paradoja.

—Te entiendo.

—Tienes que vaciar los armarios de la ropa. Por favor, saca del baño la colonia, el cepillo de dientes, el albornoz. Están donde él los dejó. No he sido capaz de tocar nada en seis meses. En la mesita de noche encontrarás la última novela que leía, sus gafas. Me parecía una profanación, pero debo liberar la casa. No puedo encontrar su rastro en cada rincón cuando vuelva. El estudio será el homenaje a la memoria de mi marido. Las demás paredes necesitan aire y sol. Lo he comprendido en Atenas.

—Lo haré.

—¿Debería sentirme culpable de pedírtelo?

—No hables de culpas. Ferran vive en ti. Hagamos que no ocupe todos los espacios. Se debe ventilar la vida. No hace falta que vuelvas a decirme nada. Ni tampoco te empeñes en pensar demasiado. Duerme, te esperan días largos.

Las inquietudes se desvanecían en la conversación, que duró hasta que las venció el sueño. Eva se dejó llevar por la fatiga, y descansó a sus anchas como cuando la vida era amable.

Chiara no se dormía; tenía la cabeza llena de palabras. Era magnífico descubrir que no la abandonaron. En Venecia, tuvo un lugar en la memoria de su familia. Imágenes que surgían de conversaciones, frases, recuerdos que tomaban forma en la oscuridad. Debería haber ido al crucero. Se sabía culpable de

convertir a Eva en la responsable de su propio futuro. Al comprender que también era quien desvelaba secretos del pasado, se sintió peor. Le quitaron la historia, pero ella misma se negaba a recobrarla. Lo hacía sin dar la cara ni querer enfrentarse a lo que ocurrió. «El mayor amor no justifica la cobardía. He sido injusta», se dijo.

La falda de Eva se movía con cada movimiento como si quisiera contagiarle buen humor. En la sala donde desayunaba Bruno, encontró una mesa surtida de huevos escalfados, panes, embutidos y fruta. En unas jarras de cristal, zumo de naranja; cerca, café recién hecho. Cuando cruzó la puerta, vio el perfil de dos hombres a contraluz. Estaban de pie, en el marco de la claridad, y conversaban distendidos. Se volvieron. Bruno le sonrió con la simpatía de quien se dirige a alguien amigo. Perduraba la sorpresa apacible. Había dormido bien, liberado de la culpa. Cuando era joven, había cometido errores. Le asustaba la idea de asumir la responsabilidad del hermano que se fue. A medida que transcurrieron los años, cuando murieron sus padres, se hacía preguntas sobre la sobrina desconocida. Se imaginaba a la niña, a la adolescente y a la mujer que sería. Ganó confianza en sí mismo, se fortaleció y se volvió una persona con una causa pendiente: reencontrar a quien había alejado de sus propias raíces. El primer encuentro había resultado terapéutico. Las palabras surgieron espontáneas. No se sintió juzgado, sino comprendido, y se le destrabó la lengua. Las palabras emprendieron el vuelo. Las frases se encadenaron para vaciar secretos.

Una sonrisa le iluminaba el rostro, que solía tener una expresión seria. Exclamó:

—¡Chiara! ¿Has pasado una buena noche?

—Sí. Espero que tú también.

—Hacía mucho que no descansaba. Hoy lo he logrado. No sé si gracias al *limoncello* o a tu compañía. —Le guiñó un ojo—. Quiero presentarte a Gabriele. Es mi hombre de confianza, el mejor amigo que tengo, el asesor perfecto... Podría seguir describiéndolo, pero ya lo descubrirás tú misma. Nos conocemos desde hace años, cuando acabó los estudios de Derecho y Económicas. Entró a

trabajar para mi familia, nos hicimos inseparables. Le debo muchas cosas. Desde anoche, tengo una nueva deuda con él: ha hecho posible que nos encontráramos.

Lo cogió por el brazo, cariñoso, mientras los acercaba. Ambos sonreían. Ella no. Notó cómo el cuerpo se le tensaba. Cuando se miraron, un arrebato de desconfianza le recorrió la espalda. Era alto, de mirada incisiva. La observaba como si debiera someterla a un examen, aunque lo escondiese tras unas formas educadas. Entendió que nada sería como se imaginó la noche anterior.

Descendió la mirada, fijos los ojos en una cenefa de la alfombra, color polvo del camino. Entonces los vio, aquellos zapatos. La tierra ocre de donde quiso irse, los azules que le ofrecía el mar. Estaba muy lejos de casa. La idea le había resultado agradable al anochecer, cuando se encontró con Bruno, pero la llenaba de inquietud al conocer al otro. Tuvo que hacer un esfuerzo por hablar.

—Veo que eres polifacético. Entre tus numerosas actividades, ¿también haces de espía para mi tío?

Bruno cambió de expresión, fue contundente.

—Trabajas en el cine. Has visto muchas películas. Si no es así, no entiendo de qué hablas.

—Soy especialista en escenas de riesgo. Me imagino que estáis informados. Puedo oler una situación peligrosa a poca distancia. Estoy entrenada: se trata de intuir y reaccionar.

—Ayer tuvimos una conversación que me despertó la esperanza. Quería presentarte a la persona que ha conseguido que nos encontráramos. Me convenció de crear un entorno propicio, lejos de nuestras vidas cotidianas, para que pudiéramos conocernos.

—Empezó a seguir mis pasos desde que aterricé en Atenas. Era el día previo al inicio del crucero. Coincidimos por las calles de la ciudad, en el Museo de las Islas Cícladas, en la Plaka, en el hotel. Se convirtió en una sombra que alargaba la mía. La calidez de nuestro encuentro me hizo bajar la guardia. Me olvidé, un error imperdonable. Al verlo, lo he recordado.

Gabriele intervino en la conversación:

—El centro de Atenas es pequeño. Hay mucha gente que circula por esta época del año. Todo el mundo se mueve por los mismos sitios. Es posible que nos cruzáramos. No lo sé. Me sorprende que estés tan segura. No creo que mi rostro sea digno de tu recuerdo. —Sonrió.

—No he reconocido el rostro, sino los zapatos que llevas.

Una expresión de sorpresa apareció en las miradas de ambos hombres. Si no hubiera estado tan nerviosa, Eva habría empezado a reír. Hay situaciones que no permiten reaccionar según los dictados de la lógica. Gabriele llevaba un modelo de náuticas idéntico al que regaló a Ferran poco antes del accidente. Eran del mismo color, de una marca italiana. Paseaban por el paseo de Gràcia, las vieron en el escaparate y las eligieron. A pesar de la sencillez de su forma, tenían un toque de distinción especial. Las reconoció en Atenas. Se multiplicaba la recopilación de visiones que servían para evocarlo: el escaparate de una librería, el anuncio de un estreno en el cine, un conocido en la calle, el aroma de los pasteles que le gustaban, las mesas de los cafés donde se sentaban o sus canciones preferidas. La lista era larga. En una ocasión, persiguió a un hombre por Barcelona. Daba pasos enormes. No podía dejar de andar a pocos metros de distancia del desconocido. Era una mañana brumosa que daba aires de irrealidad a la vida. Hicieron un breve trayecto. Cuando se detuvo en una parada de taxis, comprobó que llevaba una gabardina parecida a la de Ferran. Recordaba el tacto impregnado de buen olor. La añoranza y la opacidad del cielo se conjuraron.

Mientras Gabriele y Eva se cruzaban miradas como cuchillos, ella habría querido pedir a Bruno que la acompañara a Esparta. Sin preguntas, sin la advertencia de que no nada hay que ver en una localidad de cerca de quince mil habitantes, perdida en la geografía del Peloponeso y olvidada por la historia. Le habría rogado que dejaran de lado la arteria principal, la avenida Palepógou, y las calles que llegan al Museo del Olivo. Le habría insistido para que la ayudara a descubrir el alma de Esparta, la ciudad donde nació Helena. A pesar de la intrusión del otro, persistía el clima de la velada que habían compartido. Una mezcla

de complicidad y benevolencia. De la ciudad antigua no quedaba mucho. Un rastro diseminado entre los matorrales y los arbustos. Piedras solitarias que evocaban los escombros de los edificios sagrados, de un teatro helenístico junto al Taigeto o del santuario de Artemisa Ortia. Esparta había permanecido siempre hundida en un valle, como si la propia naturaleza fuera la muralla. Le habría invitado a alejarse de la ciudad moderna hasta el río, a caminar por las tierras de cultivo donde se recortan las pequeñas iglesias, cerca de la del profeta Elías. A algunos kilómetros del centro, en la carretera que corre paralela al río Eurotas, habrían encontrado la leyenda de Helena.

Eva callaba, los ojos de acero clavados en los del hombre al que habría querido hacer desaparecer. Bruno consideró que debía intervenir en la conversación:

—No lo culpes, Chiara. Te siguió durante el primer día en Atenas. Comprendo que te sientas molesta, pero no te enfades. Obedecía mis órdenes.

—¿Le mandaste que me espiara? Lo dices como si fuera natural. ¿Te dedicas a controlar la vida de las personas que te interesan por alguna razón? ¿Entras en las existencias de los demás sin pedir permiso?

—No discutamos. Me moría de ganas de recibir noticias tuyas. Quería saber qué hacías, adónde ibas. Me ganó la impaciencia y le pedí que fuera el cronista de las horas que precedieron a nuestro encuentro. No había intención de control, tan solo una curiosidad infantil, la consecuencia de haber pasado media vida deseando conocerte. ¿Me reprochas las ganas?

—El espía no fue demasiado hábil. Lo descubrí muy rápido.

—¿Me puedes decir cómo? ¿Qué has dicho de los zapatos? —saltó Gabriele, sorprendido.

—Es una historia larga. El azar jugó en tu contra.

—¿No me delaté? ¿Fui torpe?

—He sido imprecisa. Hay detalles que no pueden preverse. Fuiste víctima de un factor que no podías dominar.

—¿Cuál?

—Las asociaciones que realiza la memoria. Sus giros

imprevisibles. Seguro que no me entiendes. Intentaré olvidar este desafortunado episodio, pero te agradecería que no me hicieras preguntas.

No le pediría a Bruno que la acompañara a Esparta. No tenía sentido buscar los escombros de un palacio entre un pinar.

Cuando Eva volvió a mirarlo, se preguntó si lo hacía con desconfianza. Quizá había chispas de recelo en sus ojos. No era una mujer abierta. Le costaba establecer vínculos con los demás. Tenía un carácter reservado, pocas ganas de hacer confidencias, dudas sobre el mundo. Cuando alguien le fallaba, era difícil rehacer complicidades. En esta ocasión, se sorprendió a sí misma. Entendía la explicación de Bruno, la necesidad imperiosa de tener noticias de Chiara. Se identificaba con la inquietud de querer llegar hasta el fondo de una historia inacabada. Poner el punto final antes de morir. Ambos la observaban en silencio. No tuvo que esforzarse por sonreírles:

—Os propongo olvidar el incidente. Rebobinemos la trama de la conversación. Nos acabamos de encontrar con Gabriele y almorzaremos juntos.

—Magnífica idea —exclamó Bruno, que se apresuró a sentarse —. ¿Me puedes acercar la mermelada de melocotón?

Gabriele sonrió. Había maldecido la hora en la que aceptó seguir los pasos de Chiara por Atenas. No le gustaban las situaciones que pueden rozar el ridículo —así se sintió mientras hacía de espía torpe— o el peligro. Si Chiara se hubiese ofendido, el plan habría saltado por la borda. Se dejó llevar por la impaciencia del otro. Se reconocía débil ante los caprichos de su amigo, sobre todo desde que estaba enfermo. Aunque conocía las dotes persuasivas de Bruno, las estrategias verbales, el juego de miradas, quería verlo feliz.

—¿Qué vas a hacer hoy, Chiara? —preguntó Bruno, saboreando la frescura de una naranja.

—La escala es en Lesbos.

—¿Te esperan tus amigos para recorrerla?

—Sí. Deben de estar impacientes. Me bombardearán con preguntas sobre nuestro encuentro.

—¿Qué les dirás?

—Aún no lo sé. —Los miró a ambos con picardía—. No es sencillo de contar. Me han dicho que en Lesbos hacen un licor magnífico. ¿Ouzo, quizá? Habrá que beberlo cerca del mar.

—¿Nos encontraremos por la noche? —preguntó Bruno, con la ilusión de un niño.

—¿Cenamos juntos? Tú y yo. —Hizo un gesto pícaro que excluía a Gabriele. Se rieron. El ambiente parecía más distendido, como si la brisa marina hubiese refrescado el aire—. ¿Quieres que traiga una botella del licor de Lesbos?

—Prefiero continuar con el *limoncello*.

—De acuerdo. Me voy a recorrer la isla: nadaremos en alguna cala, almorzaremos pescado a la brasa en algún restaurante del puerto. Un día perfecto. Espero no encontrar unos zapatos conocidos en la arena. —Guiñó un ojo. De repente, se sentía de buen humor.

—Te aseguro que no. —Gabriele se relajó—. He decidido renovar mi calzado; suficientes problemas me ha causado.

—¿Crees que así se van a solucionar?

—Zapatos nuevos y nuevos propósitos: no perseguir a mujeres nunca más. Siempre saldré perdiendo. Eres lista, Chiara, además de seductora.

—¿Has decidido cambiar de táctica? ¿Lo intentas con los halagos? No vas por buen camino, si quieres ganarte mi confianza. ¡Ah! Olvidaba que no la necesitas, cuando has sabido conseguir la de mi tío.

—Bruno y yo somos amigos. Hay relaciones que son el resultado de toda una vida. No admito bromas.

—Claro. Si me lo permitís, voy a reunirme con los demás. Encantada de conocerte, pese al malentendido.

Salió por la puerta, consciente de que las miradas de los dos hombres le seguían los pasos. Caminó segura, con la flexibilidad de los juncos. La falda voló mientras se alegraba de haber emprendido el viaje. Volvía a ser ella, tras un periodo en el que había vivido como diluida. Había recuperado las palabras, después de meses de no tener nada que decir. Miraba el cielo y el mar, la combinación

de azules que le daba calma. Antes de reunirse con el grupo, recordó la figura de la poetisa Safo, nacida en la isla de Lesbos, y de los versos que escribió sobre el deseo. ¿Qué le habrían parecido a Casandra sus poemas si hubieran sido contemporáneas?, se preguntó. Tal vez la sacerdotisa de Troya habría cantado el *Himno a Afrodita* para rogar que Helena correspondiera al amor imposible que le inspiraba. Habría pedido a la diosa que participase en la guerra amorosa y luchara en su bando.

Cuando se quedaron solos, Gabriele no se ahorró un reproche:

—Te dije que no era buena idea espiarla.

—Lo sé. No me lo recuerdes. ¿Quieres que te pida disculpas?

—No estaría mal. Esta historia ya era lo bastante complicada como para añadir elementos policíacos baratos.

Bruno tomó aire. A veces hacía el gesto de inspirar hondo, como si fuera a ahogarse. No tenía relación con la enfermedad. Era una forma de actuar que lo había acompañado siempre. Solía tener relación con algún momento especial. Gabriele lo calificaba de preludio de grandes noticias. Cuando tenía que comunicarle algo grave, actuaba como si tuviera que zambullirse en el mar: tomaba aire para poder hacer un discurso de un solo tirón. ¿Era una señal de aviso, indicador de que podía prepararse para una situación inesperada? ¿Una estratagema para captar la atención? Nunca se atrevió a preguntárselo. Cuando sucedía, se quedaba en silencio, convencido de que no tendrían una conversación banal. Le dijo:

—Gabriele, te conté mis intenciones sobre la herencia. ¿Te acuerdas?

—Sí. Urdí el plan del encuentro para que tuvieras ocasión de conocerla. Querías saber si era digna de ser tu heredera. Es lo que le comuniqué al notario de Barcelona. Ella recibió su notificación.

—No fui del todo sincero contigo.

—¿De qué me hablas? No estoy de muy buen humor hoy. Chiara me acaba de hacer sentir ridículo y no me ha gustado. ¿Qué quieres añadir? Supongo que no pretendes mejorar mi estado de ánimo.

—No seas tan orgulloso, querido. Es lógico que se haya sentido molesta, pero te he librado de culpa. Le he dicho que yo

urdí la idea de seguirla en Atenas.

—Es cierto. ¿Qué otra verdad quieres comunicarme? No sé si debería hacerte la pregunta al revés: ¿qué mentira me has dicho?

—Nunca te miento. Deberías estar seguro. Hay ocasiones en las que te escondo una parte de las cosas. No hace falta saberlo todo en esta vida. Al dosificarte la información, velo por tu tranquilidad.

—Ve al grano. No debes esforzarte en hacerme sonreír, no lo conseguirás. Nos conocemos demasiado. ¿Qué quieres decirme?

—Estos días decidiré si Chiara heredará mi fortuna, pero no sabes un detalle: ella consta en el testamento de mis padres como heredera de la mitad de los bienes familiares.

—¿Cómo?

—Es lógico. Cuando la borré del mapa de la familia, no pedí que fuera desheredada. Habría sido una tontería y una crueldad por mi parte. Detente a pensar en ello. Me conoces bien. ¿Me ves capaz de haber querido aprovecharme de la desgracia para enriquecerme con un robo innoble?

—Nunca había pensado en ello. Ahora me doy cuenta de que no.

—No se te había ocurrido porque eres hijo único, perteneces a una rica familia del Véneto y has aumentado tu patrimonio con una carrera brillante. No tienes hermanos que te estorben como fantasmas, tampoco que causen dolor a quien amas. Tenía que sobrevivir, necesitaba borrarlo. Me pareció legítimo. Si no hubiera sido por la situación que vivo, Chiara habría recibido la noticia después de mi muerte. Así lo decidimos con mis padres. Por derecho legítimo, habría tenido lo que le pertenecía. Nunca le habría quitado su herencia a la hija de mi hermano. La curiosidad que siempre he sentido hacia mi única pariente y la enfermedad han cambiado el panorama. Necesitaba conocerla.

—O sea que ella no lo sabe, pero...

—Es muy rica. Quizá lo sea aún más.

Helena recordó aquel palacio en los últimos días de Troya.

Casandra se apresuraba con los preparativos: acumulaba botes de tomates secos y legumbres, recogía hierbas, alimentaba a las serpientes, como si quisiera prepararlas para un viaje. Ella observaba sus idas y venidas. Llevaba el pelo largo. Le había crecido desde que lo lanzó a la pira funeraria de Héctor. Un atardecer, mientras reposaban en la sombra, le dijo:

—No quisiste que te hiciera preguntas sobre el futuro.

—Era mejor que vivieras sin angustia.

—Dime si veré a Esparta.

—¿Te gustaría ir? El objetivo de Menelao es llevarte al reino que abandonaste.

—No quiero volver. Hay demasiadas historias que dejé abandonadas, personas que podrían hacerme reproches, a las que amé y de las que hui. ¿Qué podría decirles a sus fantasmas?

—Se contarán leyendas sobre Helena de Esparta o Helena de Troya, da igual. Contarán los hechos que vives y otros muchos que nunca has vivido. Habrá verdad y mentiras en cada una de las historias de las que, a lo largo de los siglos, formarás parte.

—Lo sé.

—Algunos creerán que regresaste a Esparta, donde viviste con Menelao, reconciliados y felices, hasta que fallecisteis de muerte natural.

—No me importa lo que digan, no volveré al principio. ¿De qué me serviría todo lo que he vivido, las cosas que he aprendido?

—Leo el futuro. A veces —bajó la voz— es posible incidir en él. No todo está determinado. Estoy convencida, aunque parezca una blasfemia. Observa cómo juegan los dioses con las acciones de los humanos según sus intereses. Nosotros somos mortales, pero yo nací pitonisa. Te ayudaría a que el encuentro con Menelao te fuera leve. Hay una planta llamada nepentes. Procede de Egipto. Si bebes una infusión, olvidas.

—¿Hacerle beber una hierba para que no recuerde que hui? ¿O mis infidelidades? Me harás reír.

—Te propongo que bebas, si quieres apaciguar el dolor y volver a una vida conyugal perfecta. En Esparta dirán que se conservan los escombros de la tumba de Helena y Menelao, pero

también de los espacios donde viviréis una vejez sin desavenencias después de reconciliaros. Os convertirán en el ejemplo del amor maduro que se fortalece cuando supera las adversidades.

—Las generaciones continuarán inventando historias. El poder de la imaginación humana es infinito. Debería alegrarme. Yo misma intenté narrar la guerra en un tapiz. Necesité sedas de muchos colores. Había tantas imágenes que me dolían los dedos cuando las tejía.

—Alabarán el santuario del amor, convertido en un lugar mítico, el palacio donde llevarán a las niñas que tengan la desdicha de nacer feas. Según la tradición, saldrá a recibirles tu espíritu para otorgarles la belleza. Les transmitirás la gracia. Te lo agradecerán con plegarias y canciones. Dirán que te marchaste por Paris, pero que volviste con Menelao.

—La fe es libre, pero el amor lo es también. No voy a querer a quien nunca supo enamorarme. La leyenda será una mentira.

—¿Estás segura?

—¿Qué me preguntas? Me equivoqué al elegir a Menelao. La juventud y la inexperiencia justifican el error. Han pasado los años y la vida. Dicen que sufrir sirve para madurar. Al menos, nos enseña a saber qué no queremos. No lo quiero. No necesito, pues, la infusión del olvido. ¿Sabes lo que me gustaría? Recordar siempre los momentos que viví con Héctor. Poder revivirlos.

—Lo amaste.

—Cada mañana me cortaría el pelo otra vez y se lo ofrecería al fuego.

—De la pira funeraria de mi hermano no quedan ni chispas de ceniza.

—Sí en la hoguera del corazón.

—No vamos a cambiar lo que está escrito. Evitaré que seas un trofeo de guerra. Nos marcharemos en la barca que nos espera hace días si conseguimos escapar del horror. No hablemos más.

—Confío en ti.

La confianza es un hilo que se teje poco a poco. La rueca da vueltas sobre el telar de la vida. Puede llegar a ser grueso o puede romperse con un giro equivocado. Casandra se esforzó para que un

cordel de aprecio uniera el corazón de Helena con su propio corazón. Sabía que las leyendas no cuentan nunca todas las verdades. El objetivo es narrar historias bellas, sin importar si sucedieron. Está claro que muchas personas querrán creer lo que cuentan. Algunos se enamorarán de un relato y lo imaginarán cierto; otros no cuestionarán la voz que narra. ¿Qué importa, a fin de cuentas, si unos hechos ocurrieron o si son producto de la imaginación humana? Lo único que tiene valor son las palabras que conmueven a quienes las escuchan, su poder evocador, la fuerza que las vincula a un lugar. El nombre de Helena acompañaría al de Paris y al de Menelao, pero nadie sabría cómo amó a Héctor. Tampoco se atreverían a pensar que Casandra, sacerdotisa y virgen, habría muerto por ella sin dudarlo. Los amores secretos son de una fuerza inexplicable.

XXX

Ulises no pretendía convertirse en un héroe de leyenda. Deseaba ser un hombre de un tiempo y una geografía. Era rey de Ítaca, pero hacía años que se había alejado de allí. En las reflexiones a orillas del mar, mientras los demás discutían, dormían o mal hablaban, llegó a la certeza de que era afortunado. Quien pertenece a un lugar puede decir que ha recibido el beneplácito de los dioses. Las personas que sienten un vínculo con la tierra son como los árboles que hunden sus raíces mientras alzan las ramas. Viven una vida plena y son capaces de enfrentarse a las dificultades. Siempre tienen un lugar al que pueden volver, porque conocer las montañas, las grutas, las calas da la fuerza de quienes no deben imaginarse lugares remotos. Disponen de hogar, familia, costumbres y cobijo: saben dónde están las sombras suaves en verano, los fuegos encendidos cada invierno. Si perteneces a una isla, los nexos son aún más intensos. Haber nacido rodeado de mar marca el carácter. Te ata a los espacios, al desarrollo suave de la vida en lugares concretos. Desde el mar de Troya añoró el mar de Ítaca. No le importaba que las leyendas hablaran de él, el héroe de la guerra y el regreso. El hombre que inventó el ingenio de un juguete de madera.

En la asamblea agudizó su capacidad de palabra para convencer a los griegos: debían tender una trampa a los troyanos; basta de batallas. Les propuso que construyeran un gran caballo. Debían hacerlo sin que nadie pudiera intuir lo que sucedía. Colocarían el caballo ante los muros de la ciudad como si fuera una ofrenda a los dioses: el voto que pide un viaje plácido de regreso a casa. Alejarían las naves de la costa. Desde alta mar, permitirían que la línea que une la tierra y el cielo volviera al azul. Pasados diez años, Troya recobraría el horizonte.

Algunos soldados se esconderían en el vientre de la criatura. Cuando Troya creyera que habían partido, abriría las puertas de la ciudadela para que el caballo, ofrenda a los dioses, entrara en casa. La curiosidad puede favorecer que todo un pueblo caiga en una trampa. Los muros que no habían podido resquebrajar se abrirían para la sorpresa y la victoria. El plan parecía sencillo, aunque era imprescindible la cautela. Ulises no se fiaba de la capacidad de los guerreros para guardar un secreto. Los comentarios vuelan, hay voces que el viento esparce, existe el peligro de que haya espías infiltrados entre la tropa. En la asamblea, fue exigente: amenazó con la muerte a quien fuera desleal al plan común. Una muerte sin honores ni ceremonias, que hiciera inaccesible la paz del Hades para los traidores. Menelao parecía confundido. Nunca hubiera imaginado que el triunfo se lograría con engaños. Habría querido un desenlace digno para la guerra, un choque de ejércitos donde la victoria hubiera resonado por los acantilados, esparcida por las olas, convertida en una leyenda de vencedores. Ulises lo interpeló:

—Menelao, no te veo convencido.

—Nunca he sido un hombre práctico. No entiendo las reglas de lo falso. Nuestro pueblo no debe recurrir a ingenios mentirosos para obtener la victoria.

—No confundas la nobleza del espíritu con la simplicidad del pensamiento —le respondió el príncipe de Ítaca—. Tienes un buen corazón, pero no dominas el arte de la estrategia.

—¿Hablas de estrategas o de cobardes?

—¿Me llamas cobarde, rey de Esparta? ¿Quién lo es más: aquel que busca soluciones reales o quien se aferra tercamente a un pasado que no existe? Yo os hablo de un caballo de madera; tú añoras a una mujer que te borró de su vida hace una década, pero a la que no has olvidado. Dinos, ¿todavía sueñas con recuperar a Helena?

—Es mi esposa.

—Es la viuda de Paris. Despierta de tus quimeras. Si quieres a Helena contigo, tendrás que aceptar lo que propongo. Aqueos —levantó la voz—, el ingenio es mejor que la fuerza. Vencer gracias a un artefacto producto de la habilidad humana nos hará grandes.

Todo el mundo cantará la hazaña de los griegos, que volvieron victoriosos porque fueron capaces de pensar, porque inventaron una máquina todopoderosa. ¿Preferís los carros de combate, los cuerpos en el suelo? ¿O la capacidad de hacer que el enemigo nos permita entrar en el interior de unos muros inexpugnables, empujado por la euforia y la atracción por lo desconocido? Es el caballo de madera o el polvo del campo. Debéis elegir.

Los gritos se levantaron al unísono. El discurso de Ulises, la capacidad de persuadir y convencer, ganó la pugna. Desaparecieron los recelos, mientras los nobles y los guerreros juraban que cumplirían el pacto.

Menelao no consiguió descansar. Estaba inquieto. Cuando la oscuridad era profunda, salió de la cabaña. Le habría gustado abandonar el campamento e ir a buscar a Helena. ¿Qué sucedería si le revelaba el proyecto de Ulises? Podía pronunciar su nombre en medio del silencio. Invocarla como quien implora la presencia de un dios, rogarle que lo escuchara. Si le explicaba que construirían un caballo de madera para tender una trampa a los troyanos, ¿cuál sería la reacción de la reina? Era probable que se lo contara a sus enemigos para que pudieran defenderse de ellos. Intentaría salvar al pueblo que escogió para vivir. Borró sus propios orígenes al dejar Esparta, en un acto de voluntad o de amor, cuando se embarcó, pero debió de conservar lealtad por los parajes que formaban parte de la vida pasada. Amó el lugar en el que nació. No podía haber hecho tabla rasa del recuerdo de sus padres y hermanos, de sí mismo. Habría recibido a Helena como la reina que perdió porque no supo hacerla feliz, la mujer que la escogió entre muchos, cuando eran jóvenes. Muerto Paris, ¿qué vínculos la unían a la ciudad? Para los troyanos, siempre sería una extranjera; para los griegos, una renegada. Compadeció a Helena. Si el artefacto de Ulises les daba la victoria, seguro que sentiría un enorme dolor.

Se acercó a la ciudad amurallada, protegido por el murmullo del viento. Volvió a observar la altura de las paredes, el grosor de la piedra. Durante muchos años, habían luchado por atravesar sus puertas. Si lo conseguían, sería ocultos en el vientre de un caballo

de madera. Aquello era la guerra: una trampa terrible, que engañaba a los hombres. La excusa para que abandonaran su casa persiguiendo riquezas y gloria. Él se hizo cómplice de la codicia del hermano, cuando era la única vía que lo acercaba a una mujer. No quería riquezas, porque el oro era un cabello rubio. No buscaba bienes materiales. Había sido un superviviente en el campo de batalla. Cuando luchaba, se sentía feliz si podía adivinar la silueta de Helena en las murallas. Se hacía la ilusión de que su mirada era cómplice, porque Troya se convirtió en una excusa para los griegos, un refugio para ella, y la esperanza de recuperarla para su corazón enfermo.

Chiara sentía dolor en el corazón. No era nada físico, aunque se concretara en pinchazos en el pecho que le dificultaban respirar. Tensión nerviosa, dudas. No sabía si angustia. No era miedosa, pero no dominaba lo que vivía. Las conversaciones con Eva desde el barco habrían tenido que tranquilizarla. Le aseguró que el engaño iba por buen camino, que nadie sospechaba nada. Era lo que planearon, lo que ambas querían. Saber que sus abuelos venecianos la amaron, que se alejaron forzados por las circunstancias, cambiaba la perspectiva de la historia. No culpaba a Bruno, el tío al que no conocía. Era lógico que hubiera querido reforzar su posicionamiento en una familia desquiciada. Debía de ser muy joven cuando su padre murió. Era probable que los abuelos hubieran mantenido la esperanza de una reconciliación, que expresaran su deseo, una y otra vez, hasta que no fue posible. Desde la nueva perspectiva, engañar a Bruno no le parecía un acto inocente. Había sido un recurso para no dejar solo a Adrià. Si se trataba de una cuestión práctica, donde nadie jugaba con nadie, era sencillo mover las piezas en el tablero, pero se hizo más difícil desde la confesión de su tío.

Adrià estaba sentado a su lado. Habían tenido un encuentro con el médico, que les dio buenas perspectivas. Los avances eran lentos aunque significativos. Volvió a recomendarle constancia, que perseverara en los ejercicios. Si no abandonaba la lucha, la

recuperación podía ser completa. Estaban contentos, con las manos enlazadas, porque la posibilidad de recobrar su antigua vida les parecía un sueño. Chiara no le había contado sus preocupaciones. Hacía tiempo que intentaba protegerlo, no hablar de los asuntos que podían inquietarlo, evitar temas conflictivos. Se había acostumbrado a ser reservada, aunque tenía un carácter expansivo, propenso a la comunicación. Contuvo el impulso de compartir una anécdota, una fijación, un temor. Se aseguraba de que no hubiera grietas que hiriesen la susceptibilidad de aquel a quien protegía. Pasaron de ser una pareja a convertirse en un equipo desigual. Adrià estaba de buen humor. Las noticias eran optimistas. Si perseveraba, era paciente y mantenía la disciplina, volvería a andar. Podría levantarse, salir por la puerta, atravesar las avenidas, pasear por las calles, correr hasta que no tuviera aire en los pulmones. Cuando sintiera que se le acababa el aliento, se detendría a respirar hondo, volvería a coger fuerzas, continuaría la carrera. Al pensar en ello, sentía la brisa en el rostro, la velocidad, el cuerpo en tensión. Veía los árboles pasar cerca mientras se alejaba. Era capaz de imaginar la ligereza de los miembros, que habían tenido que permanecer quietos a regañadientes. Más que correr, hubiera querido volar. Chiara interrumpió el hilo de lo que imaginaba:

—Estás contento. No sabes cómo me alegro. Nunca había perdido la esperanza de conseguirlo.

—Me costaba creerlo. Los primeros tiempos fueron muy complicados. Reconozco que no tuve la mejor actitud. Me encerré al mundo. Por suerte, me ayudaste siempre.

—Fue una época dura. Lo es todavía. Cuando haces los ejercicios, sufres. Es terrible ver el dolor de quien amas, al igual que es fantástico compartir su alegría.

—Lo sé. Me gustaría levantarme ahora mismo, abrazarte y bailar.

—¿Por esos pasillos?

—Más lejos todavía. Pasar la noche dando vueltas con música, hasta que las piernas flaquearan, se nos doblaran las rodillas, cayésemos al suelo y volviéramos a levantarnos.

—Me gusta escucharte. —Chiara se reía.

—¿Tienes noticias de Eva?

—Todo sigue como te dije. No hay novedades. —No tenía intención de contarle detalles que hubieran podido inquietarle, aunque la preocuparan.

—He tenido una idea. Hace días que me da vueltas por el pensamiento. —Esbozó una sonrisa traviesa, que le recordó al hombre al que conoció—. Antes de contártela, quiero saber si me permites soñar.

—Deseo que tengas bellos sueños, ya sea dormido o despierto. ¿Cómo puedes dudarlo? Significa que recuperas las ilusiones y ganas de vivir.

—Imagínate que Eva vuelve del viaje y consigue que el tío italiano, no recuerdo cómo se llama, te haga heredera de sus bienes. Imaginémonos también que vuelvo a andar.

—Discúlpame —no pudo evitar interrumpirle—, el tío se llama Bruno. Te lo he dicho muchas veces. ¿Cómo puedes haber olvidado su nombre? ¿Estás en la luna?

El nombre de su tío adquiría de repente una enorme dimensión a los ojos de Chiara, como si no fuera posible el olvido. Una palabra era lo único que poseía del pariente que hubiera querido recuperar. Ni el rostro, ni la altura, ni el tacto de las manos. Hay percepciones físicas que nos trasladan a personas añoradas. La piel de Bruno estaba hecha de células parecidas a las de su padre. Quién sabe si, al tocarlas, sería posible revivir la memoria de un calor perdido, de unos dedos que se enlazaban con los suyos, de las palmas donde albergar la mano de una niña. ¿Cómo podía explicárselo si hacía tanto que se tragaba sus propias emociones porque solo parecían importar las de él? ¿De qué forma le haría entender que era hiriente comprobar que no recordaba su nombre, la única prenda del pasado? No lo hubiera sabido. Lo que callamos entierra lo que quisiéramos decir. Los silencios son los mejores sepultureros. Si acumulamos frases que habríamos querido decir, pero que no dejamos escapar de los labios, creamos una montaña que crece sin orden ni concierto, hasta que nos traga. Oía de lejos la voz de Adrià:

—No seas tan susceptible. Me había olvidado. No es demasiado grave. Al fin y al cabo es solo un nombre.

—Se llama Bruno. —Intentó mantener la calma.

—Sí, sí. Me has hecho perder el hilo de la conversación. Si heredas la fortuna de este hombre, podremos reanudar el proyecto de la película. Cumpliremos el sueño de Ferran.

—Este es el objetivo.

—Si esto sucediera, tendríamos un presupuesto muy alto para la producción. Sabemos que es una herencia incalculable.

—¿Conoces el cuento de la lechera? No empieces a hacer planes antes de hora.

—Claro, debemos ser prudentes. Pero me has dado permiso para soñar; déjame que lo haga.

—Sueña. —Recuperó la ternura en el tono de la voz.

—Si tenemos un presupuesto amplio, no nos importará volver a rodar todas las escenas necesarias. No he olvidado ni una sola línea del guion. Podría recitártelo ahora mismo. ¿Cuál prefieres?

—¿De qué me hablas?

—De volver a ser Paris. Ismael me sustituyó porque estaba impedido, no podía moverme. No andaba. Fue difícil encontrar un Paris que pudiera estar a mi altura. Ferran lo tuvo difícil cuando hizo el *casting*. Si todo va bien, recuperaré el sitio que me corresponde.

—¿Y él? —La pregunta, breve, incisiva, salió del corazón de Chiara.

—¿Quién? ¿Ismael? Tendrá que entenderlo. Se impone la lógica: yo era el mejor Paris. Si las circunstancias me llevan a volver a la película, no tengo que pedirle disculpas de nada. Solo faltaría. Si no lo entiende, que le den. Le pagaremos el trabajo realizado y lo enviaremos a casa.

—Es un buen actor, Adrià. Aunque te cueste creerlo, en muchos aspectos quizá mejor que tú. Dominaba un rico abanico de registros. Podía ser el Paris pastor y el príncipe, el enamorado que hechiza y el hombre que decepciona. Se esforzó por trabajar el papel y grabó las escenas con humildad y entusiasmo. Todo el mundo lo miró con recelo porque te sustituía. Me resultaba

doloroso verlo llegar al plató, caracterizarse, vestirse. Sin quererlo, le hacía culpable de lo que nos tocaba vivir. Con una intensidad distinta, Ferran y Eva sentían lo mismo.

—¿Consideras que era mejor que yo? —La incredulidad y la ira le teñían los ojos.

—Los dos sois grandes actores. Sin embargo, él era dúctil, versátil. Cogió el papel como una forma de supervivencia, hasta que lo convirtió en un triunfo. Nos salvó la película cuando habíamos dejado de creer en ella. No se merece esa recompensa. No es justo. Puedes hacer otras películas, amor. Ni siquiera pudiste rodar la primera escena.

—¿Fue justo mi accidente?

—No, fue inesperado. Sucedió. Nadie hizo nada por propiciar que el andamiaje cayera al suelo. Me pides que ejecute un castigo. Fue inevitable que dejaras de interpretar el papel de Paris. ¿Lo es humillar a quien te sustituyó? No son situaciones comparables. Te he dicho que era un buen actor, pero es también una buena persona.

—¿Pretendes premiarlo y marginarme a mí?

—Quiero que te calles. —La frase cayó como un rayo—. No puedes reprocharme nada. He estado siempre contigo, incluso cuando me echaste de tu vida. Ismael es amigo de Eva. La ha ayudado en los meses de luto. Una presencia silenciosa. No ha dudado en irse de viaje para ayudarla. ¿Pretendes que se lo agradezca con un despido si las cosas salen como me gustaría? La respuesta es que no lo voy a hacer. De ninguna forma. Haz el favor de no volverme a hablar de la película, de Troya, de Paris. Aunque no te importe, Eva está donde debería estar yo. Se ha hecho responsable de la historia que la he enviado a representar. Se juega la piel por una herencia. Si miras un poco más lejos de tu ombligo, verás que nada es sencillo. Soy una gran mentirosa, y tú eres un egoísta.

Chiara caminaba sin seguir rumbo alguno. Después de la conversación, condujo mucho rato con la música en marcha. Era *Comatose* de Jaden Hossler, una canción que resonaba amortiguando sus pensamientos. Las notas llenaban el aire, se

estrellaban contra los cristales, le estallaban en la cabeza. Se despidió decepcionada. Se sentía sola, inmersa en un cúmulo de contradicciones. Al principio, ganó la rabia: había invertido tanta energía para estar con él, lo acompañó siempre, renunció a vivir si no era en función de las necesidades del otro. Confundida, inventarió qué había hecho en la tarea de salvadora: se había dejado manipular por Júlia y había ocupado su lugar en el hospital, había mentido al único pariente vivo que tenía en la tierra, mientras enviaba a su mejor amiga a ocupar su sitio. Le pareció revivir una cadena de sustituciones infernal: ella había adoptado el papel de la auxiliar de enfermería, Eva había asumido su identidad. Era un juego de superposiciones loco, una serie de mentiras en las que no podía reconocerse. Miraba la línea del asfalto, pisaba el acelerador. Los kilómetros y la velocidad calmaron la ira, que dio paso a la tristeza. Estaba desubicada. ¿Dónde debía estar, en el centro donde Adrià luchaba por recuperarse, en un barco que navegaba por el Mediterráneo? ¿Tenía el deber de apoyar a un hombre o de asumir su propia historia? Las señales de tráfico pasaban deprisa. Dejó atrás la autopista y entró en la ciudad. El desorden de las calles aumentaba la inquietud. Tardó en encontrar aparcamiento en el barrio del Born.

Estaba en la Ribera, cerca del mar y del caos de la gente. Necesitaba fundirse entre el magma de quienes circulaban, desconocidos que no se detenían a observarla. Personas anónimas que se movían con fatiga. Se dejó arrastrar por la multitud. Imágenes de Adrià le llenaron el pensamiento: la plaza que les recordaba Italia, las mañanas de lectura y las noches de cine, el sofá amarillo, las sábanas deshechas, la voz que repetía los textos de la obra, la ilusión cuando fue escogido por Ferran, la manzana de oro encargada a un joyero de Barcelona, las músicas compartidas, el perfil del rostro, las risas y el dolor. Había cientos de fotogramas que le evocaban todo lo que habían vivido. Ocupaban un espacio tan grande que no había sitio para nada más. Ni para nadie. La añoranza se apoderó de los actos y las ideas. ¿Por qué había sido incapaz de entenderlo? Era un hombre joven, que

llevaba meses sin poder andar, alejado de la alegría de vivir. Llegó a creer que nunca volvería a levantarse de una silla de ruedas. Con las buenas noticias médicas, la euforia le había hecho desear lo que creyó imposible: volver a ser Paris, el príncipe de Troya. Cuando se lo dijo, le habló con dureza. Llevaba unos días angustiada por la confesión de su tío. Lo confundió con un chico malcriado que quiere cumplir sus deseos a cualquier precio. ¿Cómo pudo decirle que interpretar al héroe era un capricho?

Chiara se sentó frente a la mesa de una cafetería. Veía la fachada de Santa Maria del Mar. Habría querido comunicarse con Eva, pero detuvo el impulso. Era mejor esperar a que la llamara, no podía interrumpirla en un momento inoportuno. Debía aprender a tener paciencia. Ignoraba lo que significa la espera. El arte de contemplar cómo transcurre la vida, cuando los días parecen idénticos pero no lo son. Captar las pequeñas diferencias mientras los sueños tardan en cumplirse porque la fruta madura poco a poco. No sorprenderse cuando llegan la tramontana o la tormenta, si hace lluvia o luce el sol. También se sintió tentada de llamar a Adrià, aunque se lo prohibió. Su estado anímico era un péndulo: pasaba de la rabia hacia el hombre que solo pensaba en sí mismo a la compasión, del deseo de no verlo a la urgencia de hablar con él. No estaba en condiciones de mantener conversaciones. En un círculo reducido, el espacio entre las escaleras que suben a la iglesia y las sillas, había una mujer. Llevaba unos *leggins* bajo la falda, el pelo recogido. Le pareció joven, distraída de lo que la rodeaba, absorta en el propio cuerpo. Era contorsionista callejera. Había extendido una alfombra de dibujos geométricos donde apoyó las manos y elevó las piernas hacia el cielo. Giraba hacia arriba, doblaba la cintura. El cuerpo era ágil como los saltos de las liebres.

Consiguió concentrarse en esos movimientos. Aquello debía de ser la perfección: controlar cada miembro, desafiar la fuerza de la gravedad, cortar el aire en una voltereta. Mirarla la calmaba. Le contagiaba una paz que creía perdida. Respiró hondo mientras bebía cerveza. El solecito del atardecer le mimaba la piel. Una brisa inesperada refrescó el mundo, que le había sido hostil pocos

minutos antes. Aquel público en el que se habían convertido los clientes del bar aplaudió. No dudaron en sacudirse los bolsillos de monedas cuando la artista pasó un sombrero de paja entre las mesas. Recogía el dinero con una sonrisa graciosa. Cuando la contorsionista se fue, pensó que se le parecía. Contemplarla había sido verse reflejada en un espejo. Ella era perseverante, dominaba los giros del cuerpo, podía doblarse, empequeñecer y crecer. Había hecho mucha gimnasia para ser flexible cuando tenía que rodar una escena de riesgo. ¿Era fuerte de cuerpo y quizá débil de espíritu?, se preguntó. En cambio, Eva disponía de mucha energía. Trabajaba con la mente cada uno de los personajes que interpretaba. Analizaba sus rasgos, intentaba entenderlos, comprender las causas que habían llevado a un ser de ficción a actuar de una forma determinada. En esos momentos, lejos de donde ella estaba, otra Chiara vivía una historia sin guion. Se preguntó con cuánta intensidad Eva había ocupado su espacio en la vida. Qué porcentaje de implicación personal existía en una interpretación que debía durar las veinticuatro horas para que fuera creíble. Cuando le pidió que la sustituyera, no era consciente del alcance de la aventura.

Se levantó de la silla con la imagen de la contorsionista en el cerebro. Le habría gustado preguntarle por qué se fiaba del cuerpo, que es frágil. Adrià había estado a punto de romperse en un accidente absurdo. Ferran murió en la carretera. Si se lo hubiera contado, habrían compartido un secreto que cuando eres joven no conoces: todo pasa rápido, en un instante el universo cambia. Nada es para siempre. Ni la belleza ni el amor duran eternamente.

Volvió al coche. Tras el paréntesis, supo adónde tenía que ir. Las horas siguientes se perdieron en una actividad frenética, primero lenta y acompasada después. Rodeada de cajas, cajones, montañas de ropa, papeles, las horas volaron. Mientras veía el juego de equilibrio corporal al que se arriesgaba una mujer, decidió limpiar el mundo de Eva. Fue al piso que su amiga había compartido con Ferran, pero no cruzó la puerta del estudio donde este trabajaba, porque era el santuario de la estricta intimidad del recuerdo.

Al entrar en el piso, abrió las ventanas. Las habitaciones se llenaron de una claridad que todo lo limpiaba. Las manos le temblaron cuando tomaron el libro en la mesita de noche. Era una relectura. Ferran, antes de irse, había vuelto a una de las obras teatrales que más le gustaban: *El jardín de los cerezos* de Antón Chéjov. Era una historia de despedidas forzosas, de pérdidas. El mundo está lleno de coincidencias diminutas. Leía una obra sobre la despedida cuando perdió la vida. Las gafas la trasladaron al rostro de Ferran. No fue tarea fácil, pero la cumplió con rigor. Se lo había prometido a Eva. Oscureció. Cuando la fatiga la venció, se tumbó en la cama de la pareja, se hizo un ovillo abrazada a la almohada, se ocultó. Antes de conciliar el sueño, se dijo que, aquella noche, ella ocuparía también el espacio de Eva. Los recuerdos y las situaciones vividas tienen una forma sencilla de encadenarse.

XXXI

Llegaron al puerto de Mikonos con la claridad. Los sedujeron las barcas de pesca, las callejuelas laberínticas, las casitas que tenían balcones de colorines, los molinos. Las fachadas eran de cal, y el sol se reflejaba en ellas. En un intento por mantener las formas, se reunieron para organizar la ruta. Se pusieron de acuerdo deprisa: almorzarían en un restaurante con vistas al mar, que denominaron punto de encuentro. Si paseaban por la isla, no era necesario estar pendientes unos de otros. Cada uno podía hacer un recorrido acompañado o en solitario, encontrarse y perderse, disfrutar de las conversaciones o del silencio, como les apeteciera. No era necesario imponer los propios ritmos a los compañeros de viaje. Júlia pensó que era una propuesta hecha para dejarla sola. Ni Eva ni Nura querían dedicarle tiempo. No era bienvenida cuando les daba conversación. Respondían las preguntas que les hacía sin abrir una brecha por donde pudiera saber qué pensaban. Nura la observaba con recelo; Eva le demostraba una indiferencia hiriente. Era un insecto volador que había ido a interrumpir su bienestar. «¿Me considera un mosquito? ¿O acaso una avispa con un zumbido inacabable?», se preguntó.

Las tres llevaban vestidos de algodón, sin mangas y con faldas anchas, ropa que las ayudaba a soportar las temperaturas. Eva había escogido el verde; Nura iba de violeta. Júlia eligió el color arena, demasiado pálido para sus facciones blanquecinas. Habían avanzado cincuenta metros de paseo cuando las dos primeras se alejaron del resto. No buscaron excusas ni volvieron la vista. Doblaron una esquina, dejaron un rastro de vuelo de telas y desaparecieron en un universo de calles. Toni habría querido recorrerlas con Nura. Tenía la sensación constante de perderla. Cuando se alejaba, vivía una añoranza que no habría sabido

describir, porque le daba vergüenza reconocerse tan vulnerable, siempre a punto de caer en la sima de verla marcharse y de sentirse solo.

Ismael se acercó a Toni. Le puso un brazo en el hombro mientras le decía:

—Si Ferran estuviera, ¿qué habría pensado de este viaje?

Eva y Nura avanzaron, embobadas por el encanto de la isla. Veían la ropa tendida en las fachadas y en las azoteas. Había ventanas de un azul intenso en las casas de dos pisos. Las tiendecitas de artesanía presentaban escaparates con trajes, joyas, postales, antigüedades. Pasaron por muchas iglesias, todas blancas. Se respiraba un aire de goce tranquilo. Se probaron sombreros que descubrieron en un escaparate; hacían juego con sus vestidos, y se rieron al ver su imagen en el espejo. Eva dijo:

—A pocos kilómetros está la isla de Delos.

—Sí, he leído que es pequeña.

—Estaba considerada sagrada. Los griegos antiguos decían que surgió como una isla flotante que se movía al albur de las olas. Zeus se ocupó de atarla al suelo, porque quería que fuera un lugar seguro cuando nació Apolo.

—Casandra era sacerdotisa del templo dedicado a Apolo en Troya. ¿Te acuerdas?

—Intuyo que te gusta hablar de ello.

—Me crea contradicciones. —Nura cambió el sombrero rosado por otro color melocotón. Hizo un gesto convencido—. ¿Ves? Me favorece más con los reflejos naranjas, para que no quede anulado por el rojo.

—¿Qué contradicciones?

—Me cuesta explicarlo.

La arrastró a una terraza a la sombra de los pinos. El tiempo se detenía. El azul y el blanco de las casas parecían robados al agua marina. Todo era bello a su alrededor, y la belleza transmite calma. Pidieron un zumo de limón. Eva insistió:

—Eres una persona muy introvertida, Nura. Es parte de la gracia o el misterio, pero debe de ser doloroso.

—¿De qué misterio? Siempre me ha costado abrirme a los

demás. Puedo ser la reina de la fiesta, conversar durante horas, compartir confidencias y no decir nada de mí. Callar sobre lo que me importa. Tendrías que entenderlo: Casandra me hace recordar que he perdido su don. Muchas personas pensaban que era un arrebato de locura, tú misma lo creíste al principio, pero era cierto. Adivinaba el futuro. ¡Me sentía tan afortunada! Agradecía al destino que me hubiera hecho un regalo.

—Te quejas porque perdiste las capacidades adivinatorias. Si lo pensamos desde un punto de vista objetivo, ganas serenidad. Vives sin trasiegos.

—No te reconozco cuando me hablas así. ¿Para qué quiero paz si he perdido la emoción de adivinar? Las esculturas que adornan los templos están inmóviles mientras ven pasar las inquietudes de los humanos. Vivir significa emocionarse. Actúas en los escenarios para conmover a los demás. Deberías saberlo.

—Ser de mármol es muy distinto. Una escultura no tiene males, pero tampoco es feliz. Eres una mujer que sufre y no lo dice, que se alegra y no lo expresa. Sé tú, Nura. ¿Qué sentido tiene desear transformarse en Casandra? No me gustaría nada saber qué voy a vivir. Si hubiera sabido antes que Ferran moriría, no habría podido evitarlo. ¿O sí? Adivinar el propio futuro y el de las personas que amas provoca mucha tristeza. Tu sacerdotisa fue un personaje de leyenda. Mírate: eres de carne y hueso. —Hizo un gesto divertido—. Seguro que Toni añadiría muchos adjetivos a tu nombre. Si me permites el comentario, te diré que te muestras muy dura con él.

—No hablemos de Toni, por favor. Cuando no tengo el poder, me siento vulnerable, como si me hubieran robado un tesoro. Antes era especial, ahora no lo soy. Me entristecí, pero hace unos días... Necesito contártelo.

La mirada de Nura cambió. Aparecieron puntitos luminosos. La perspectiva de compartir un secreto la asustaba, porque no estaba acostumbrada a ello, aunque hablar con Eva era sencillo. Por lo demás, lo que vivía era demasiado incomprensible para que pudiera descifrarlo sola. Necesitaba ayuda. Se acercó en un gesto de confianza y dijo:

—Desde que llegamos a Atenas, tengo *flashes*. No sé si es la expresión adecuada. Son relámpagos que desdibujan lo que me rodea. Aparecen sin aviso y no duran mucho, algunos segundos, pero el impacto perdura en mi pensamiento. —La miró, avergonzada por la confesión—. Debes de pensar que he enloquecido por completo.

—¿Reconoces las imágenes? —Eva estaba seria.

—Son confusas. ¿Recuerdas cuando los viejos televisores mezclaban figuras distorsionadas en blanco y negro antes de estropearse? No se me ocurre una descripción mejor. Además, también hay voces. Son palabras que no consigo entender.

—¿Te acercas?

—Puedo percibir que, rodeada de mar, cerca del mundo que me llevó a Casandra, vuelve a aceptarme. No sé descodificar los signos que me envía. Quizá no estoy suficientemente preparada. Intento comprender lo que me dice. No quisiera fallarle esta vez.

Eva miró hacia arriba. Había una gaviota que volaba cerca. Aterrizó en un tejado y levantó el pico. No puso en duda las palabras. No era la mujer escéptica que observa el mundo, refugiada en historias en las que esconderse de las contradicciones de vivir.

Toni enfocó la cámara para encuadrar el ángulo que formaba un tejado en un fondo de pájaros. Tardó un rato en responderle. No le resultaba sencillo verbalizar el recuerdo de Ferran. Pensaba en ello; no hablaba demasiado de ello. Habría querido conversar con Nura, decirle que echaba de menos a la persona a quien se llevó la muerte. Un director de cine que se convirtió en alguien importante en su vida. Abría las puertas del recuerdo con Eva, que fue la mujer que lo quiso, pero prefería mantener las imágenes en el corazón. Como aquel que guarda un bien preciado en el fondo de un cajón, conservaba así las secuencias de la vida que compartieron: conversaciones y trabajo, proyectos y sueños.

Se paseaban sin prisas. Contemplaban los molinos de viento de Mikonos, figuras blancas junto al mar, en un paseo de tres. Júlia, ensimismada; ellos dos, en silencio. Dijo:

—He tenido que pensar en ello.

—No te preocupes, si no quieres mencionar a Ferran.

—Hablaremos.

Enfocó el conjunto de siete molinos, que recordaban a gigantes en la isla del viento. Los fotografió, seducido por la imagen. Los parajes ventosos tienen fuerza. Los días de sol, mientras los aires son benignos, nos engañan. Hacen creer que la placidez puede durar siempre. Cuando los elementos se desatan, somos vulnerables. Perder a alguien que amamos es un golpe de tormenta, una embestida de las olas. A Toni le costaba encontrar frases que contaran la pena. Se había hecho actor para expresar emociones vestido en pieles ajenas. Si interpretaba a un personaje, volcaba las dosis necesarias de sufrimiento. Todo lo que le había hecho daño se transformaba en un brebaje que derramaba en los escenarios. En un impulso, alargó la cámara a Júlia y le pidió que les hiciera un retrato. Ismael y él, cerca de los molinos, fuertes y solitarios. Dos hombres que vivían una época de aventura incierta. Habían emprendido un viaje a la deriva de los recuerdos. Una ruta para recuperar un proyecto que intuían insalvable: querían terminar la película, pero nunca podrían hacerlo con quien lo habían imaginado. No sabían si tenía sentido volver sin el otro.

Toni murmuró:

—Me has preguntado qué hubiera pensado de esta aventura.

—Sí, pero hemos continuado el paseo. No hace falta que me contestes. No sé si necesitaba una respuesta.

Hay preguntas que se hacen sin pensar. Se escapan cuando no lo esperábamos, porque son el reflejo de ideas que no nos abandonan. Ismael habría querido borrarla, pero Toni estaba decidido:

—Ferran sería feliz de recorrer las islas griegas. No sé si le gustaría que Eva sustituyera a Chiara.

—He pensado en eso. Es posible que el juego no le pareciera bien.

—Era un hombre positivo. Le gustaban los retos y luchaba por hacerlos realidad. Lo habría entendido, porque respetaba sus decisiones, pero odiaba las mentiras.

—No habría aceptado un engaño. No todo vale para recobrar

los sueños.

—Estoy seguro de que Eva no ha pensado en ello. No seremos nosotros quienes se lo digamos. Actúa con buena intención: quiere ayudar a Chiara y pretende cumplir el deseo del hombre que amó. Es una persona admirable. Emprender esa ruta ha sido también un intento de supervivencia, de levantar la cabeza para dar un nuevo sentido a la vida.

—¿Y si lo descubre? —Ismael estaba serio.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínate que, en un momento cualquiera, abre los ojos, contempla la historia que vive, comprende la dimensión de la mentira y quiere volver atrás. Es una mujer inteligente. Se ha convencido de que hace lo correcto: el fin es noble. ¿Lo son los medios?

—Puede pasar. Debemos estar alerta, pues necesitará nuestro apoyo. Si te soy sincero, preferiría que acabáramos la representación según el guion previsto. Ya hemos ido demasiado lejos. —Toni lo miró a los ojos y descendió el tono de la voz para que no lo oyera Júlia—: En el caso de que decidiera ponerlo en marcha, el proyecto de Ferran sería imposible de hacer. Tuvimos que renunciar a él una vez, fue duro para todos. Ahora sería definitivo. Me cuesta imaginar cómo encajarlo.

—Olvidas algo más importante.

—¿Qué?

—Chiara sería la gran perjudicada. Nunca recibiría la herencia del tío Bruno, lo que le corresponde.

—Eres increíble. Amas a Chiara. Quisiera decirte: «¡Viva el amor!», pero soy amigo tuyo. Te aprecio. Ferran me enseñó a valorar tus dotes artísticas, yo mismo descubrí que eres una buena persona. Si admites un consejo: olvídala.

Ismael lo miró. ¿Cómo podía decirle que el olvido no era una opción? Cuando no hay encrucijadas para decidir qué ruta debemos escoger, no sirven las recomendaciones bienintencionadas. No esperaba nada, pero quería que fuera feliz. Sonrió, y dijo:

—Después de comer, todavía tendremos tiempo de tomar

algunas fotografías en la pequeña Venecia de Mikonos.

Los guerreros griegos siguieron las instrucciones de Ulises. Construyeron un caballo de madera. Era un ingenio magnífico, poderoso en apariencia, pero vacío por dentro para que se pudieran esconder los soldados. En el vientre, había una contraventana para facilitar el acceso a las cavernas de madera. Tenía que parecer un obsequio a Atenea antes de su retirada. Una ofrenda de paz, después de los años de lucha.

Con la guía de Ulises, la voz que no admitía dudas, el espíritu de quien empuja a un ejército, se perfiló el proyecto que surgió de su mente. Fue adquiriendo forma. Los soldados se convirtieron en constructores que trabajaban sin cuartel. Hacían turnos de día y de noche. Agamenón vigilaba el trabajo. Pasaba horas absorto en la criatura que se levantaba delante de sus ojos. Menelao no quiso verlo. El artefacto le parecía la representación del mal, un engaño indigno del pueblo griego. Era un hombre rígido. Conservaba el carácter poco dúctil del que Helena escapó. No tenía imaginación, ni osadía para saltarse las normas, ni flexibilidad para adaptarse a los cambios. Su bondad le perjudicaba porque era cegadora, nada arriesgada. Ulises, el príncipe de la astucia y la quimera, renunció a convencerlo. Había entendido por qué Menelao nunca sabría recuperar el amor de la reina.

Hicieron creer a los troyanos que se marchaban. Retiraron los barcos que formaban una línea de velas negras en el horizonte. Los supervivientes que habitaban los escombros no se lo podían creer. Desde los muros y las torres miraban afuera. Contemplaban el paisaje con estupefacción. ¿Cómo era posible que el ejército griego hubiera desaparecido de la costa? La imagen de los barcos se había convertido en una visión habitual. Diez años son muchos días. Todo el mundo estaba agotado por la guerra: los mejores hombres estaban muertos, solo quedaban los niños y los viejos, las mujeres no osaban asomarse a la ventana. Se agolpaban los soldados heridos, las viudas, los pedigüeños. En la zona baja de la ciudad, los saqueos habían quemado las casas y destruido los jardines. La

tristeza y el desánimo eran inmensos.

En el vientre de madera entraron los guerreros que debían atravesar las murallas. Estaba también Ulises. Llevaron el artefacto ante la puerta Escea y volaron a ocultarse: unos en los ríos, otros en el monte Ida. Los troyanos vieron el obsequio y estuvieron bastante tiempo sin reaccionar. Nadie se movía en las calles llenas de suciedad. El tamaño del caballo contrastaba con la pequeñez del ánimo de quienes observaban lo que pasaba. La coraza del dolor les impedía ver bien, reconocer el tributo a Atenea. No quedaban muchas huellas del pueblo valiente que fueron. Hasta que entendieron que la guerra había llegado a su fin y salieron, con timidez primero, incrédulos después, locos de alegría al final, para celebrar que había terminado la pesadilla. Algunos troyanos curiosos se acercaron con respeto. Habían hecho las patas con troncos de árboles. Estaban acostumbrados a ver los combates, los heridos que volvían después de la batalla. Algunos se subieron al lomo como si quisieran cabalgarlo. Otros hacían guirnaldas de flores para adornar el obsequio. Volvieron a sonar músicas de flautas en el aire.

En el templo de Apolo, Casandra hablaba con Helena:

—Es la hora —le dijo.

—¿Estás segura?

Le costaba creer que había llegado el momento. Había pensado que estaría lista cuando viniera el último día, pero nunca estamos preparados para los finales. Si los dioses hubieran tenido compasión de sus oraciones, Troya se habría salvado. Se resistía a partir. Una parte de ella, que amaba la ciudad de los vientos, quería hacer un esfuerzo por salvarla. Exclamó:

—Casandra, no podemos partir sin un último intento. Piensa en ello: abandonas a la desdicha a tus padres, a tus hermanas, a tus amigos. Nunca me aceptaron, pero soy troyana también. Amé a dos de sus príncipes.

—La barca nos espera. He hecho venir al marinero que nos ayudará a huir. Si perdemos ahora demasiado tiempo, luego podría ser tarde.

—Déjame bajar hasta los muros, avisarles de que es una

trampa. Debemos advertirles para que no se dejen engañar.

—Si pensara que tenemos una sola oportunidad de ayudar a mi pueblo, ¿le daría la espalda? Nunca lo he hecho. Sé que nadie nos creerá si corremos a avisarlos. Nos llamarán locas, se reirán, nos convertirán en víctimas de sus insultos. Hace días que veo arder las torres de Troya. Las llamas son altas. Si no partimos, seremos esclavas de los griegos. Tú pertenecerás a Menelao. Yo seré una posesión de Agamenón. Nos espera un futuro terrible, pero podemos cambiarlo. Tenemos una pequeña opción de variar el destino. Hazme caso, hermana.

Entre los troyanos se mezcló Sinón, el espía griego que debía contarles una historia falsa: los guerreros habían comprendido que las murallas de Troya eran inexpugnables. Un adivino les anunció que tenían que hacer la ofrenda del caballo de madera a Atenea y volver a casa, después de tantos años de lucha. El caballo reposaba sobre una base hecha de troncos cilíndricos para que pudieran moverlo. Sinón anunció la profecía: «Nunca caerá Troya si el caballo atraviesa sus murallas». Era un engaño. Un invento, como el juguete de madera. Olvidaron que la diosa Atenea era la protectora de los griegos, que amaba a Ulises y estaba enfadada por la muerte de Aquiles. Los troyanos eran un pueblo firme que no entendía la inconstancia de los dioses ni tampoco la capacidad de engañar de los hijos de Grecia. Conservaban la nobleza de Héctor, una rectitud de carácter que les impedía imaginar que la mentira fuera un instrumento para la victoria. Recobraron la alegría de Paris con las flautas y los cantos. Volvieron a sentir esperanza en el corazón. Los hombres y mujeres se abrazaron. Los niños competían por escalar las patas hechas de árboles.

Casandra murmuró:

—Te he visto, Helena, encadenada, con las manos y los pies esposados junto a un campo de cadáveres. Cerca de ti estaba Menelao, que señalaba la amplitud para recordarte que Troya había pagado por tus errores con el fuego. La ciudad incendiada y yo sometida a los deseos de Agamenón. Es lo que dirán las leyendas. ¿Quieres que sean una falacia o una realidad? ¿Certeza o murmullo de los vientos?

Helena la miró y respondió con la voz firme:

—Cambiemos, pues, el rumbo del destino. Mi hijo Héctor y yo nos embarcaremos cuando lo digas.

XXXII

Después de comer pescado a la brasa en una taberna, Eva, Nura, Toni e Ismael estaban de buen humor. La mañana había propiciado confidencias. Se hicieron más sólidos los lazos de complicidades que los unían. Júlia, consciente de que no formaba parte del grupo, parecía relajada. El vino que bebieron les había alegrado el ánimo. Se distendieron: hubo sonrisas, algún chiste, comentarios sobre el paisaje y la belleza del entorno. Los lugares muy bellos contagian bienestar. Decidieron dar un paseo por la llamada Pequeña Venecia, una serie de casas construidas al estilo veneciano, muy diferentes de los azules y los blancos que inundaban el resto de la isla. Fachadas verdes, rojas, anaranjadas y azules formaban una panorámica deliciosa, justo donde moría el mar Egeo. Eran casas de tres plantas edificadas sobre el agua: una mezcla cromática increíble, con balcones que se asomaban a las olas.

Se alejaron para contemplar su magia. Ismael y Eva comentaban aquel paraje. Júlia asentía con la cabeza, absorta en el juego de tonalidades que no permitía la tristeza. Unos pasos atrás, Toni caminaba junto a Nura, mientras buscaba las palabras que le quería decir, pero que nunca encontraba.

De repente, Nura se detuvo. Los tres que encabezaban la caminata no se dieron cuenta, sino que siguieron la ruta, distraídos por las vistas. Pocos metros atrás, la chica palideció. Toni observó con preocupación la transformación de su rostro. Se dio cuenta de que era incapaz de moverse, de verlo, de saber dónde estaba, situada en otra realidad. Le acarició el hombro:

—¿Te encuentras bien, Nura? ¿Qué te ocurre?

Inclinó la espalda y dobló el cuerpo, medio partida por un impacto insoportable. Toni tuvo que sujetarla para que no cayera al suelo. Estaba a punto de reclamar la atención de los amigos

cuando ella le rogó:

—No digas nada, por favor. Espera. Necesito unos minutos para respirar, nada más.

—¿Qué te duele?

—He tenido una visión.

—¿Has recuperado el poder de Casandra? No lo sabía. Me alegro mucho por ti. —Traslucía complacencia, aunque estaba intranquilo.

—Intenta hacerme llegar imágenes, pero me cuesta interpretarlas. Veo fragmentos de futuro, visiones que intuyo. No sé si se burla o quiere que la interprete, aunque no me es posible. Son piezas de un rompecabezas que me invita a reconstruir. Es peligroso, porque puedo equivocarme. Juego con fuego.

Se sentaron en un banco que permitía contemplar el atardecer. El cambio de la luz, menos rojiza y más violeta, se avenía con el estado de ánimo de ambos: esperanza e inquietud, curiosidad y miedo. Toni le cogió la mano y Nura agradeció el calor del tacto. A pesar de la temperatura, temblaba. Cerró los ojos, inclinó la frente apoyándola en el hombro del hombre, que, en otras circunstancias, se habría sentido feliz. Las siluetas de los demás iban empequeñeciéndose paseo abajo. Estaban lejos, borrosas, como las visiones que la adivina de Troya enviaba en un juego raro. Quería saberlo:

—¿Puedes describirme lo que has visto?

Nura habló en voz casi ininteligible y tuvo que esforzarse por convertir las imágenes en palabras:

—Estábamos en el barco, al final del crucero. Llegábamos a Venecia, el último puerto del viaje. Nos paseábamos por cubierta, porque el panorama era impresionante. Había músicas de orquestina, gente que brindaba, conversaciones. Se respiraba alegría. Os veía a todos: Ismael y tú sonreíais, embrujados por la belleza de la entrada marítima a la ciudad. Júlia tenía una expresión distraída. No encontraba a Eva. La buscaba entre la gente, pero no estaba con ninguno de nosotros, ni con el tío ni con Gabriele. Pasaban los minutos mientras mis ojos recorrían los rostros, registraban cada rincón sin encontrarla. Sentía que me

crecía la angustia por haberla perdido.

—¿Dónde estaba?

—Lo preguntaba, pero nadie sabía nada. Me decíais que no me preocupara, que estaría entre el gentío, que aparecería en cualquier momento. Parecíais tranquilos. Yo pronunciaba su nombre en voz alta, pero quedaba amortiguado por el jaleo. Las imágenes aparecían de forma intermitente delante de mí: primero el rostro de uno, luego la respuesta del otro, la certeza de que sucedía algo que escapaba a mi control. Un presentimiento que no se concretaba.

—Me contagias tu inquietud.

—Cuando hemos desembarcado, he creído verla. Estaba de espaldas, a pocos metros de mí. El pelo castaño, la figura esbelta. He podido avanzar abriéndome paso entre la gente. Llevaba el vestido verde de Mikonos. He conseguido cogerla por un brazo y he vuelto a decir su nombre. Por fin se ha vuelto y he querido sonreírle, pero...

—¿Qué te ha dicho?

—No era ella, Toni. Cuando lo he visto, he comprendido que me había confundido. Era la otra quien descendía las escaleras del barco.

—¿Quién?

—Chiara. La auténtica Chiara, con los ojos llenos de lágrimas, que me miraba sin verme. No sé si triste o loca.

Antes de cenar, las salas se llenaban de gente que sonreía. Había grupos que tomaban una copa mientras un pianista interpretaba música clásica. Otros preferían observar la isla, que se volvía pequeña desde cubierta, mientras el sol teñía el cielo. Algunos se refugiaban en la barra de un bar a ritmo de jazz. Las lámparas iluminaban la escalera que presidía el barco y que ascendía en bóvedas de mármol a los diferentes pisos. Los ascensores se abrían para dejar paso a mujeres elegantes, hombres con americana, personas desconocidas que se saludaban con cortesía porque era tiempo de vacaciones, de distensión en una inmensidad marina que

las alejaba de la vida cotidiana. Navegar por unas rutas marcadas, sin opción de cambiar el trayecto, relajaba el ambiente. Era bueno no tener que decidir, dejarse llevar por un itinerario mágico donde solo había sitio para las sorpresas gratas.

Se aparcaban las preocupaciones, se aligeraba el aire y la amabilidad se hacía consigna. No era de buen gusto estar de mal humor cuando todo era bello. No merecía la pena empecinarse en las preocupaciones que dejaron en el primer puerto cuando surgía la oportunidad de simular que eran felices. Si se forzaban a sonreír, acababan sonriendo de forma espontánea, porque la alegría llama a la alegría. Si cuidaban las formas, provocaban reacciones agradables que alimentaban el deseo de ser cordiales. Todo era más ligero, menos duro. Era posible dejar de lado los problemas y participar en una representación colectiva de gozo. Los efectos resultaban terapéuticos cuando se juntaba el poder de las olas y la certeza de que todo podía esperar.

Eva se duchó al volver de Mikonos. Tenía los brazos y el escote bronceados. El rostro con buen color. Se dejó el pelo suelto y se cambió de ropa. A pesar de que los encantos de la isla le distrajeran el pensamiento, deseaba volver a ver a Bruno. Había pensado en él cuando paseaba. ¿Qué habría hecho durante el día? ¿Bajaba de la nave en algún momento o se reunía con Gabriele para resolver asuntos de trabajo? ¿Necesitaba descanso debido a la enfermedad de la que no hablaron? ¿Quién le hacía compañía en un barco donde tenía sirvientes pero pocos amigos? Eran interrogantes que surgieron en el puerto, en las tiendas, en las iglesias que visitaron, cerca de los molinos. Aquel hombre que le había contado su vida le inspiró confianza. La forma de mover las manos, las expresiones que acompañaban a cada confidencia, cuando reconocía los propios errores, rezumaban una sinceridad que la conmovió. No debió de ser fácil —se dijo— desnudar el alma ante alguien a quien nunca había visto, pero con quien sentía que tenía una deuda pendiente. No hubo grandilocuencias en la confesión. Tampoco buscó justificarse u obtener complicidad. Las frases eran fluidas, sin pausas. Sintió que se alegraba de verla cuando cruzó la puerta. La esperaba de pie, con una sonrisa. Le

ofreció una copa de champán rosado que le hacía cosquillas en la boca. Se sentaron a la mesa. Les sirvieron exquisitos manjares y retomaron la conversación:

—¿Te ha gustado Mikonos? —le preguntó.

—Es muy hermosa. ¿Has tenido la oportunidad de dar una vuelta? —Quería saber si había hecho escala o pasado el día en el barco.

—En esta ocasión, me he perdido la isla de los vientos. No te preocupes, me sé de memoria cada uno de sus rincones. He estado muchas veces, aunque siempre es distinta.

—¿Tú crees?

—Las islas son camaleónicas, versátiles. Nos seducen porque la claridad modifica sus perfiles. Cambian. Nos muestran caras nuevas según la iluminación del cielo. Debes de pensar que esto ocurre en cualquier lugar. La claridad redefine los espacios, pero el efecto se multiplica en un paisaje isleño. —Sonrió—. Mis teorías quizá te parezcan absurdas. Son simples opiniones. Tengo demasiado tiempo para pensar.

—¿En qué piensas? —Dudó si había hecho una pregunta demasiado directa.

—En todo y en nada, querida. La enfermedad me obliga a reposar. Algunos días me despierto cansado. Es duro para un espíritu activo. La cabeza me dice que haga cosas, pero el cuerpo no responde a los deseos de la mente. Me costó aceptarlo, aunque no debemos hablar de ello. Te invito a que seas feliz. Me dolería que sintieras compasión por el tío al que reencuentras.

—¿Lástima? No siento nada de eso, quédate tranquilo. Inspiras admiración y respeto. Nos conocemos poco, pero lo sentí desde el principio: ninguna enfermedad tiene la suficiente fuerza para hacer desaparecer la dignidad de tus ojos.

—Lo que me dices es hermoso, como tú, Chiara. He tenido suerte: pudo ser otra; pero, si hubiera tenido que inventarte, en los sueños donde aparecía mi sobrina perdida, te habría descrito como eres.

Eva no supo qué responderle. Adquirió conciencia de que Bruno le hablaba a ella. Se refería a su mirada, a las sonrisas

cómplices, a la forma en que sabía escucharlo. Aunque estuviera convencido de que era otra mujer, el vínculo lo había establecido con una desconocida, y estaba satisfecho. En Eva, descubrir que el plan se cumplía la habría llenado de orgullo en otras circunstancias. Al ser un espíritu noble, algo en su interior se rebeló contra la mentira. Bruno era coherente. Buscaba la paz y la verdad antes de morir. Ella le ofrecía confianza, pero le ocultaba que no era Chiara. A pesar de ser artífice de un engaño, nunca traicionaría a la amiga. Era una mujer de palabra y cumpliría con la promesa que hizo, aunque las cosas no fueran como las imaginaron. Hay elementos imprevistos que dificultan lo que debería ser fácil. La vida se ocupa de confundir los sentimientos, de enturbiar lo que era diáfano, de ponernos en callejones sin salida. Intentó cambiar el rumbo de la conversación:

—¿Has oído hablar de Troya?

Bruno sonrió, atraído por la capacidad de sorprenderle, y le respondió:

—Conozco la leyenda y sus héroes. Sé quién fue Helena, si es lo que me preguntas.

—Trabajé en una película y era la doble de Helena. Interpretaba las escenas de riesgo: tormentas en mar abierto, intentos de abrirse paso en el campo de batalla entre el estruendo de las armas, caballos al galope.

—Ocupabas el lugar de la actriz que interpretaba el papel cuando se podía jugar la vida.

—Dicho así, suena exagerado. Rodaba las escenas de acción, para las que solo necesitas estar bien entrenado físicamente y tener cierto control sobre tus actos. —Eva repetía las explicaciones que había escuchado a Chiara.

—¿Te hubiera gustado ser la actriz principal?

A pesar de que el tono de la pregunta era amable, se puso tensa. Había sido un error entrar en un terreno tan íntimo, pensó. Había bajado la guardia y se adentraba en caminos resbaladizos. Le respondió:

—La actriz protagonista es buena. Ha nacido para actuar. —«Ni te imaginas hasta qué punto», se le escapó el pensamiento,

entre doloroso y burlón—. Es mi mejor amiga. Soy feliz cuando juego con riesgo. Me encantaba participar en ese proyecto.

—Hablas en pasado.

—¿No te lo dijeron? Creía que tus informadores te habían contado mi vida antes de que me localizaran.

—Sé lo que quería saber. No quería distraerme con demasiados detalles; a veces las minucias sirven para malinterpretar a alguien. Gabriele hizo de filtro. Seguro que recuerda muchas más anécdotas que yo mismo. Me gusta conocerte sin prejuicios ni opiniones de los demás. No quiero interferencias, porque me ha costado llegar a ti. Prefiero una aproximación hecha de palabras y gestos mientras nos miramos a los ojos. Cuéntame qué ocurrió con la película.

—Estábamos a mitad del rodaje cuando Ferran, el director, el alma de la historia, murió de un accidente de tráfico.

La voz se le rompió al terminar la frase. Le costaba verbalizar la muerte del hombre al que todavía sentía cerca. Bajó la mirada al suelo mientras intentaba disimular. Bruno le dijo:

—¿Era el marido de la actriz, de tu amiga?

—Sí, una gran persona. Perderlo supuso un golpe terrible. No sé contarlo. Nos retiraron las ayudas institucionales y supimos que nunca podríamos terminar el rodaje. Ni siquiera tendríamos el consuelo de homenajearlo cumpliendo su sueño.

—No hace falta que te esfuerces. Puedo entenderte. Chiara, ¿este es el motivo por el que aceptaste hacer el viaje conmigo?

—¿Cómo?

—¿Creíste que la herencia podría ayudaros a terminar un proyecto inconcluso?

—Suena poco delicado, casi desagradable.

—Me preguntaba por qué una mujer puede aceptar la propuesta loca de un moribundo. Recibir una herencia es un factor bastante convincente; pero, a veces, al pensar en ello tenía la esperanza de que hubiera otra razón, un fin más noble que justificara la aventura, que fuese más allá de la legítima ambición. Ahora lo he encontrado. Saberlo me hace sentir orgulloso de ser tu tío.

Eva levantó el rostro y lo miró. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Le dijo:

—Eres intuitivo. Has adivinado lo que no tenía intención de decirte. También me alegra haberte conocido. Hay cosas que no podemos contar. No puedo sincerarme por completo. Tienes que entenderlo, precisamente tú, que has convivido con historias que necesitabas esconder. Tengo secretos en el corazón, pero le agradezco a la vida que estés.

Bruno sintió ternura por la chica que se sentaba delante. No había hecho el viaje empujada por una ambición económica, que habría encontrado del todo justificable, sino por un proyecto. Le pareció una actitud magnífica. Se había propuesto no darle detalles de la herencia. El notario que había contactado con ella le había informado de que era cuantiosa, pero no especificó sus propiedades ni su dinero. La intención era dosificar la información para que tuviera tiempo de hacerse a la idea. Cualquier persona necesitaría asimilarlo. Tampoco le dijo que la mitad ya era suya, pero que él tenía libre disposición para legarle la otra parte y transformarla en una de las mayores fortunas de Italia. Reconocía cierto egoísmo. Quería encontrarse con su sobrina antes de morir. Necesitaba aproximarse a la única familia que le quedaba en la tierra, después de haber renunciado a ella a regañadientes. Si ella adivinaba que la mitad de los bienes le pertenecían por derecho natural, quizá se habría alejado del tío que la rechazó.

Mientras captaba la tristeza, estuvo a punto de decírselo. Confesarle la verdad para que volviera a sonreír, con la certeza de que no debía renunciar a la película. Habría sido como abrir la jaula de un pájaro cautivo. Le asustaba la idea de verla marcharse, interrumpir el crucero con la acusación de que no le había dicho la verdad. Eran solo unos días, se dijo. Le pedía un paseo por el Mediterráneo, en compañía de sus amigos, sus cenas y aquellas conversaciones que le daban aire. Era un paréntesis en una vida joven, un tiempo que se agotaba para el hombre que tenía las horas contadas. La miró:

—¿Has oído hablar de Venecia?

Ella le siguió el juego:

—Conozco a alguien que nació allí. Me ha contado que es una hermosa ciudad.

—Quién sabe si tanto como Troya, la de las torres inexpugnables.

—Era próspera, feliz. Durante siglos vivió una paz que aumentó su fama: la reina de las ciudades de Asia. Los comerciantes hacían ferias donde exponían objetos maravillosos. Dicen que los troyanos eran los hombres más atractivos de la tierra. —Le guiñó un ojo.

—Los venecianos son gente noble y la ciudad, en medio del mar, oculta magníficos tesoros. ¿Sabes cuál es la suerte de Venecia? —le preguntó en voz baja.

—Dímelo.

—Está a punto de conocer a la mujer que nunca ha pisado los canales, ni ha recorrido los puentes, ni ha visitado los palacios, pero a quien la ciudad entera espera sin saberlo. Es clara como el día. Eres tú.

El barco avanzaba en la calma de la tarde. Eva salió a la terraza principal, después de desearle buenas noches a Bruno. La cena había servido para acercarlos. A medida que se conocían, caían las barreras de la desconfianza. Las situaciones únicas aceleran la forma de relacionarnos. Bruno y Eva compartían vivencias inéditas para ellos: se encontraban en un entorno donde nada condicionaba los encuentros. Podían conversar con una libertad absoluta, a pesar de que cada uno era consciente de que el otro le escondía secretos. Lo respetaban. Habían hecho un pacto tácito de no forzar las confesiones del otro. Las historias que debieran decirse fluirían a su ritmo, sin apresurarlas. De la misma forma que nadie les empujaba a hablar, tampoco debían reprimir las palabras. Volvieron a brindar con *limoncello* cuando repitieron la cita al día siguiente. Se despedían con ganas de volver a verse. Eva captó la ilusión que llenaba de estrellas los ojos del tío.

En la terraza, había música de orquestina. El ambiente tenía aires de fiesta. Volaban las banderolas de colores, los camareros servían bebidas, las frases eran pronunciadas con gritos de alegría. La gente venía del invierno, quería aprovechar sus vacaciones para

divertirse. Algunos bailaban canciones ligeras. Otros se tumbaban en las hamacas, junto a la piscina, y miraban el cielo. Eva se apoyó en la barandilla y se recreó en la contemplación del universo festivo. Gabriele se acercó:

—¿Ha terminado la cena?

La pregunta la inquietó.

—No te había visto. —Sonrió—. Tus movimientos son sigilosos.

—Te esperaba. Conozco las costumbres de mi amigo. Aunque le guste la compañía, la salud no le permite trasnochar. Existía la posibilidad de que la música te atrajese fuera, aunque este barco es un laberinto de puertas que invitan a perderse en la diversión. He apostado por el aire libre y he tenido suerte.

—¿Me buscabas?

—Sí. Necesitaba disculparme. Me imagino que tienes una impresión penosa de mí: soy el hombre que aceptó espiarte en Atenas.

—Me sorprendió descubrirlo. No me gustó la idea, pero ya está olvidado. No eres un espía experto, por tanto, no te dedicarás mucho a ello. —Rio—. Me hace cierta gracia la situación.

—Nunca había seguido a nadie. No estoy entrenado para estas tareas. Mi trabajo es tranquilo. —Hizo una pausa—. Me lo pidió, estaba excitado como un niño por conocerte. No supe negarme.

—No sabes negarle muchas cosas.

—Es probable. Somos amigos, pese a la diferencia de edad. Mis padres también lo amaban. Forma parte de mi historia. Es una cuestión de egoísmo: necesito saber que es feliz. Aprovecho el tiempo que me queda para verlo sonreír. No te imaginas con qué intensidad te buscó. Primero, en su interior; después, en Barcelona. Por suerte, conseguimos localizarte y convencerte. Su ánimo ha cambiado en pocos días. Está contento, reconciliado con su vida.

Gabriele llevaba un paquete. Era una caja cuadrada con un lazo. Se lo alargó:

—Es un pequeño recuerdo de la ciudad que todavía tienes que conocer, donde Bruno y yo nacimos.

La cogió, curiosa:

—¿Lo llevabas contigo desde el principio, por si tenías que pedirme disculpas? —bromeó.

—No. —Se lo explicó con sencillez—: Te sorprendería mi capacidad organizadora: una llamada a mi secretaria, la descripción exacta de lo que quería y antes de cenar ya me habían traído el paquete hasta la puerta.

—Tener dinero facilita la existencia —se burló—. Yo soy de las que envían los regalos por correo.

Cuando deshizo la cinta vio un pañuelo de seda. Era inmenso, dibujaba una combinación de azules. Se preguntó cuántos azules diferentes podían juntarse en una tela. Antes de que pudiera tocarlo, Gabriele tiró por un extremo y lo extendió en el aire. Pretendía que lo contemplara en todo su esplendor. Otro cielo se esparció bajo la bóveda celeste. Entre las tonalidades azuladas, lucían rayos de plata.

—Es bellísimo. Nunca había visto una seda igual.

—¿Te gusta el tacto? Está hecha en los telares de Burano. Representa...

—¿El cielo?

—Y el agua de Venecia. Todos los colores que puedes ver, si sabes mirarlos, si eres capaz de aprender a amarla.

—Estáis enamorados de una ciudad.

—Todo el que ha nacido en Venecia se enamora de ella. La mayoría de quienes la visitan también lo hacen.

—Tendré que aprender.

—Eres veneciana. Aunque lo ignores, llevas sus colores en el corazón. Te darás cuenta cuando llegues.

Eva lo miró con los ojos brumosos. Se sintió conmovida por las palabras, por el envoltorio de seda que los abrazó antes de caer con suavidad. Cuando acariciaba la ropa, comprendió el vínculo que unía a Gabriele y Bruno. Eran amigos del alma. ¿Cómo se sentiría ella si Chiara tuviera que morir? Habría hecho cualquier locura por verla contenta. Saltaría al abismo sin red, espiaría a un desconocido por las calles de una ciudad. Gabriele actuó empujado por el cariño, de la misma manera que ella se había embarcado para ayudar a su amiga, aunque había una diferencia: él no

disfrazó la realidad ni les mintió. ¿Por qué había emprendido la aventura de ocupar el lugar de otra mujer en un barco y en las vidas de quienes la buscaron? ¿Qué era: sustituta o usurpadora? Robaba el cariño de Bruno, unos sentimientos que no habrían tenido que corresponderle. Le parecía lógico estar cerca de él, hablar con él. Habría querido que fuera su tío. Se preguntó por qué no había pensado en ello. Si descubría el engaño, el dolor sería enorme. Toda la vida persiguiendo a una mujer que resultaría ser falsa. ¿Tenían derecho a jugar con eso? Su cuerpo se tambaleó a pesar de que trató de disimularlo. Alargó una mano, como si fuese ciega y buscara quien le hiciera de guía, pero el titubeo fue breve. Se enderezó y se sujetó a la barandilla. Esbozó una sonrisa que mezclaba complicidad y culpa. Se prometió que nunca le diría a aquel encantador de serpientes que no pertenecían a los mismos azules, que la sangre de Bruno no corría por sus venas, que no era Chiara.

En la cubierta todavía había noctámbulos. Bailaban. Los camareros se movían con bandejas. La música estaba viva; el champán, muy frío. Olía a mar, a algas, a lugares desconocidos. La brisa invitaba a la fiesta. La gente tenía la expresión de felicidad que dan la inconsciencia y el alcohol, cuando no sabes que mañana puede suceder lo que no esperas, mientras ignoras que las torres de Troya están a punto de caer y van a rodar por la llanura con un universo de siglos hacia la destrucción.

Cuando el sol se puso, los troyanos encendieron las antorchas en la ciudadela. Docenas de puntos luminosos. Iluminaron la explanada de la ciudad, abrieron sus puertas y empujaron el caballo hasta que atravesó los muros que, durante diez años, los griegos no consiguieron derribar. Lo llevaron hasta el templo de Atenea, entre un desbarajuste de flautas, cantores y flores. Se improvisó una fiesta. La gente salió de los escondrijos en que se habían convertido las casas, las calles desiertas volvieron a llenarse de bullicio. Las últimas ánforas de vino aparecieron y todo el mundo se volcó en la bebida, que les recordaba los días felices. La gente bailaba. Hacía

mucho que las calles y las plazas no eran invadidas por una multitud gozosa, que expresaba con danzas la alegría. Hubo una explosión de gritos, músicas, bramidos de libertad. Parejas de enamorados se reían como posesos, los niños corrían entre las piernas del caballo, viejos medio ciegos percibían la calidez de la luminaria a través de las pupilas amortiguadas. Las risas crecían, se contagiaban, se multiplicaban por doquier.

Celebraban que eran libres y estaban vivos. ¡Qué bien más preciado, la vida! Aquella noche de juerga los troyanos expresaron la suerte de estar. Se tocaban los rostros, brazos, manos, porque era una forma de reencontrarse. No importaban las riquezas robadas, la decadencia de los palacios ni la suciedad de las calles. ¿Qué significaba el oro, si lo comparabas con una vida humana? ¿Qué eran los bienes materiales? Las fuentes volverían a manar agua. Florecerían los rincones. Todo podía reconstruirse con los brazos de quienes explicarían la guerra a las generaciones futuras. Los esfuerzos valdrían la pena para que Troya recuperara el esplendor. Los juglares hablarían de los héroes: evocarían la juventud truncada de Troilo, el valor de Héctor, la gracia de Paris. Recordarían a Pentesilea, la reina de las amazonas, caída en combate contra Aquiles.

El caballo permanecía quieto entre los envites del gentío. Si alguien hubiera tenido el poder de la visión, habría intuido sombras en cuclillas en el interior del vientre del animal. Figuras silenciosas que esperaban el momento oportuno, que evitaban moverse. No hablaban ni se miraban. Parecían criaturas en estado de letargo, dormidas, pero era mentira. Los guerreros estaban entrenados para soportar horas de estrechez, de aire denso, de griterío que llegaba de fuera. No se impacientaron, no expresaron emoción alguna, porque la certeza de controlar el destino de Troya los transformaba en estatuas. Ulises estaba allí, contenido pero firme, porque pronto podría volver a embarcarse hacia Ítaca. Fue la última noche de la historia de la ciudad, antes de que solo quedaran las cenizas.

Helena y Casandra aprovecharon la oscuridad para descender las escaleras del templo y dirigirse al mar. El pescador las

esperaba. Tenía un bote tras las rocas, listo para llevarlas a un barco oculto a algunos metros de distancia de tierra, con una tripulación de confianza, leal a Casandra y dispuesta a salvarlas del desastre. Mientras bajaba los escalones, Helena daba la mano a su hijo. Héctor seguía a su madre con pasos vacilantes. Muchas preguntas rondaban por su cabeza, pero no se atrevía a pronunciarlas, mientras se esforzaba por seguir el ritmo de la pequeña comitiva que huía hacia la playa. Una antorcha iluminaba el sendero hecho de piedras desiguales que tantas veces habían descendido cuando no había miedo. De lejos, les llegaba el griterío procedente de la ciudad. Troya festejaba que era libre. Pensarlo los llenaba de tristeza. Helena tuvo que hacer un esfuerzo por dar la espalda, concentrarse en la ruta y partir. De buen grado habría vuelto a las murallas para advertir a los troyanos de que no se fiaran de los obsequios griegos. Habría intentado convencerlos de que el caballo era un regalo envenenado del que debían huir como si fuera la peste. No lo hizo. Sabía que nadie la escucharía. Los discursos de la extranjera habrían despertado la rabia. El sonido de músicas y canciones se esparcía por todas partes y le recordaba una ceremonia fúnebre. La expresión de la alegría puede confundirse en la distancia con los lamentos por la muerte. «Los extremos se tocan, aunque nos cueste entenderlo», pensó.

Cuando subió al bote, se mojó el borde del vestido. El frío le recorrió el cuerpo al recordar el día que fondeó en las costas de Troya. Todo era luz cuando llegó con Paris. Entonces estaba enamorada. Esa noche huía con la oscuridad. El agua la mojó, pero el canto de las olas la distrajo. Vio desplegar las velas mientras Casandra daba instrucciones a los marineros. Habían llevado a los almacenes sus pertenencias: provisiones y objetos que debían acompañarlas en una vida nueva. Ambas estaban en proa, los cuerpos tensos, el pelo que volaba con la brisa. No se miraron, porque necesitaban despedirse de la ciudad en solitario. Era una situación demasiado dura para que fueran capaces de hablar de ello. Ni la fortaleza de Helena ni el coraje de Casandra habrían durado mucho si hubieran dicho una sola palabra.

XXXIII

Troya dormía como un niño. Los círculos de los danzantes se deshicieron. El griterío se convirtió en un murmullo. Los pasos de quienes volvían a casa quedaban amortiguados en la oscuridad. La mayoría había bebido vino y notaba sus efectos. La embriaguez disfraza la realidad: hace que los movimientos se vuelvan pesados, que la cabeza dé vueltas, que cueste mantener el equilibrio. Algunos tropezaban con los desechos de las calles. Otros vomitaban en una esquina, antes de refugiarse en las paredes familiares. Algunos quedaron extendidos en el suelo, en un letargo del que nada los despertaría.

Los griegos salieron por la compuerta de madera, camuflada en el vientre del caballo. Cuando notaron el aire de la noche, respiraron hondo. Habían pasado horas en una mezcla de alientos y palabras contenidas, mientras duraron las celebraciones. Tenían los brazos y piernas rígidos. Tuvieron que moverlos para que reaccionaran a los designios del cerebro: debían alejarse del templo, correr hasta las puertas de la ciudad y abrirlas. Había que actuar deprisa. Los guardias de Troya no estaban en las torres de vigilancia. Por primera vez en diez años, abandonaron sus sitios. Dormían, convencidos de que no eran necesarias las defensas, de que la pesadilla no existía. Los intrusos eran rápidos, pasaban como el viento siguiendo las instrucciones de Ulises, que los orientaba por las callejuelas hacia la vía principal. El príncipe de Ítaca era el único que conocía Troya.

Al bajar hasta la llanura del templo dudó. No lo explicaría ni hablarían de ello las crónicas de la guerra. Ni siquiera las leyendas harían referencia a la minúscula duda que hubiera podido cambiar la historia. ¿Era capaz de hacer desaparecer una ciudad tan bella, construida por los siglos, donde latían tantas vidas? Los guerreros

esperaban que les señalara el camino hacia la puerta Escea. Si los hubiera dirigido en dirección contraria, se habrían perdido. Si uno solo de los que dormían, un niño de sueño ligero, hubiera avisado a los troyanos de la invasión, habría tenido un motivo para ordenar la retirada, antes de que los portales se llenaran de rostros. Lo pensó con una brizna de esperanza. Dudar sobre las decisiones tomadas es una actitud sabia, un signo de inteligencia que puede cambiarlo todo. Ulises era listo. Más allá de los propios deseos, de la añoranza de casa, veía otros hogares, gente sencilla que no tenía culpa, hombres y mujeres castigados por un agravio que no habían cometido.

Levantó el brazo y lo mantuvo unos segundos en alto. Los ojos de los griegos no lo perdían de vista, pendientes de un signo para correr apresurados hacia la puerta que no habían sido capaces de abrir. La duda se apoderó de Ulises, le paralizó el cuerpo. Una parte de su mente lo impulsaba a hacer tabla rasa con los enemigos; otra parte le decía que, si señalaba la dirección correcta, Troya estaba sentenciada.

¿Cómo podía aparecer la sombra de la duda en alguien como él?, se preguntó. El hombre al que solo podía vencer la melancolía del regreso tenía el deber de actuar. Si señalaba el norte, destruirían la ciudad; si indicaba la ruta del sur, recorrerían zonas habitadas, una red de rutas imposibles. «La vida solo tiene valor si puede perderse», pensó. Entonces temió por las existencias de los troyanos, que dormían convencidos de que no había peligro, por las parejas que bailaron en torno al caballo, por los niños que subieron por las patas hechas de troncos de árbol. Una lágrima —quizá fuera un efecto de la fatiga— rodó por la mejilla del héroe de Ítaca, mientras hacía una señal hacia el norte. Inclinó el brazo hacia la batalla última, no podía fallar en el papel que le había otorgado la vida. Todo fueron carreras. Los cuerpos de los hombres eran flechas que abrirían las cerraduras de la ciudad mejor protegida de la tierra.

El ejército griego entró en Troya. No fue como lo habían imaginado, de esa forma solemne que nos cuentan las grandes victorias. La luz del sol no iluminó las murallas, sino que fue el

resplandor de la luna. A escondidas, los caudillos atravesaron el espacio que les había sido prohibido durante diez años, que codiciaron como un tesoro. Los soldados corrían mientras los troyanos se despertaban. Se dieron cuenta de que habían sido traicionados, los enemigos estaban en casa. Intentaban proteger a los niños y las escasas posesiones. Una riada de indefensos inundó las calles. Iban sin armas cuando las armaduras y los caballos los atacaron. La ciudad se unió en un grito agónico. Era una queja coral, larguísima, que clamaba contra la injusticia de un ataque sorpresa. Era el duelo después de la alegría, el pánico que acompaña a la visión lúcida de lo que sucede. La gente enloquecía de dolor al tomar conciencia del desastre. La frustración de los griegos se convertía en violencia contra los troyanos. Querían hacerles pagar la sangre derramada, la rabia, la lejanía de sus reinos.

Morir por sorpresa es morir sin tener la oportunidad de decir una última palabra. Las imágenes de los soldados griegos en las calles eran difíciles de entender para los troyanos que despertaban de un sueño feliz. Intentaban escapar, incrédulos todavía, con movimientos lentos, mientras los enemigos dejaban un rastro de sangre. La embestida griega fue terrible: mataban a los hombres, mujeres y niños con cuchilladas profundas. Se derramaba la sangre del mismo color del vino que había alegrado la fiesta poco antes del desastre.

Si la muerte llega cuando la vida era una celebración, el abismo es grande. Hubo alguien que tuvo tiempo de apretar la mano de su mujer o de su hijo antes de caer. Los amantes se dijeron que se amaban en una mirada. La estatua de Palas Atenea cayó del altar. Las espadas atravesaban los corazones. Las lanzas hacían rodar las cabezas. Las antorchas encendidas esparcían las llamas que todo lo devoran.

El patio exterior del palacio de Príamo, en la parte elevada de la ciudadela, se inundó de una multitud. Muchos de los supervivientes de la matanza habían buscado refugio en el templo de Palas Atenea. Entre las columnas, cerca del altar y la imagen de la diosa caída, encontraron la muerte. Los soldados los

persiguieron. Los atacaron con la espada, hasta que el mármol del suelo se tiñó de un rojo encendido. Otros subieron al palacio del rey de Troya, pero los griegos estaban decididos a humillar a Príamo. El rey los esperaba con la armadura de las antiguas glorias, listo para morir. Pocos metros atrás, junto a la estatua del Zeus de los tres ojos, Hécuba y sus hijas se abrazaban. Príamo intentó recuperar la fuerza que le robó la guerra, la energía de la juventud, el empuje del guerrero que fue, pero no le quedaban fuerzas ni empuje. Aunque no había perdido la dignidad, las desgracias vividas lo habían destruido. Quedaron escritas en el rostro, en los pliegues de la piel, en el cuerpo vinculado por las ausencias. Era una sombra de su sombra. Lo decapitaron. La cabeza cayó al suelo, no lejos del cuerpo. Hécuba dio un grito de gaviota antes de cerrar los ojos para no ver el horror.

Nadie se detuvo a llorar. Todo el mundo corría. Los troyanos, en un intento de huida inútil; los griegos, en el saqueo de las riquezas del palacio. Se llevaron muebles, tapices, baúles, piezas de bronce, mesas con juegos de marfil, alfombras, joyas, instrumentos musicales, armaduras, jarras, espejos, telares, túnicas. Se llevaron todo lo valioso, los objetos que habitaban los palacios y las casas, de la misma manera que vivía la gente. Una ciudad está hecha de las personas y las cosas que se han acumulado durante generaciones: desde el arado humilde o el utensilio de cocina hasta las riquezas conseguidas en tiempos prósperos. Cada una lleva la huella de todos los que la sintieron propia, que la usaron o que se enamoraron.

Entre la riada de gente que llenaba las calles, un hombre caminaba sin mirar a su alrededor. Era un caudillo que no perdía un minuto en la venganza de los triunfadores. Menelao no sentía interés por las riquezas ni las vidas de los demás. Quería encontrar a Helena, la mujer que deseaba recuperar. Fue la razón por la que decidió participar en una guerra. Una década después de llegar a Troya, recorría las vías, ignorando las súplicas de quienes agonizaban a su paso. Se había vuelto sordo a las penas. No escuchaba las demandas de auxilio ni tampoco los bramidos de quienes observaban con cólera la destrucción de Troya. Se movía

desorientado mientras buscaba el palacio de Helena. Así como adormeció el oído, abrió los ojos. Recorría con la mirada las arterias que llevaban a lo alto, donde los palacios se erigieron para perpetuarse con los siglos. Gracias a las descripciones que había hecho Ulises, encontró el que construyeron Paris y Helena, y le pareció que desafiaba al mundo. Era una edificación de varios pisos, hecha por arquitectos y adornada con materiales nobles. Cuando entró, comparó las pinturas policromadas de las paredes con la austeridad de las estancias de Esparta. Habían creado un espacio para la fiesta de los sentidos y el disfrute del amor. Lo comprendió con una punzada dolorosa: había una correlación entre los espacios de Troya y los de Esparta. En los primeros, el ambiente era sensual, cálido. En el lugar de donde procedía, los muebles eran escasos y no había adornos en la piedra. El esplendor que Paris ofreció a Helena contrastaba con la simplicidad espartana. Los lugares reflejaban las dos historias de la reina, porque los lugares llevan la impronta de lo vivido.

Subió escalones, atravesó salas, se escurrió tras las columnas mientras abría las puertas. En cada estancia, el vacío absoluto, el silencio de una pesadilla. Los sirvientes habían abandonado el palacio cuando supieron que los griegos entraban en Troya. Algunos siguieron dormidos, porque todavía sufrían los efectos de la bebida. Lucían restos de guirnaldas, que pronto se convertirían en ofrendas de muerte. A medida que recorría las salas, Menelao se inquietaba. Un pensamiento lo obsesionaba: había tardado diez años en llegar, tenía que encontrarla. Cuando veía un cuerpo en un lecho, despertaba al durmiente con la punta de la espada y le preguntaba por ella. Si lo miraban sin responderle, turbias las ideas, continuaba una búsqueda loca, que amenazaba con hacerle perder la cordura. El nerviosismo y la rabia crecían. Tumbada en una cama, yacía una mujer con la melena rubia. El brillo del pelo le resultó familiar. Eran del color del trigo con relámpagos doradísimos. Los reconoció entre la turbulencia del pensamiento y el desbarajuste del corazón. En la penumbra, intuyó el perfil de Helena. Habría querido mimarlos, reverenciar la belleza que no supo conservar cerca. Vivía en un mundo de contradicciones: la

añoranza y la pérdida, la rabia que le despertaban las riquezas troyanas y la ternura de ver el sol en el pelo. Tomó la melena y la retorció en torno al brazo, como una serpiente de seda. Fue un gesto brusco. Entonces oyó una voz que le pedía que fuese compasivo.

Menelao parpadeó, incrédulo. No era Helena. Una chica de facciones regulares, que nada tenían que ver con la perfección de su esposa, lo observaba horrorizada. Había entrado en el refugio de una de las doncellas de palacio. Era joven, y temblaba como una hoja. Los ojos llenos de miedo le parecieron saltones, porque redondeaban una mirada indefensa. Los labios se torcían en un rictus poco afortunado. A pesar de las imperfecciones provocadas por la naturaleza y el pánico, era casi una niña. No habría cumplido los trece años. La ingenuidad no había desaparecido del universo, sino que se reflejaba en una chica que no destacaba por su gracia, sino por su inocencia. Cuando se dio cuenta de que se trataba de un espejismo, sacó la espada. Estaba dispuesto a hacer desaparecer a la criatura que había confundido con quien buscaba. No había piedad en el corazón del hombre. Levantó el arma mientras, en un acto instintivo, ella levantaba los brazos para protegerse. La visión del cuerpo infantil, cubierto por una túnica de tela basta, detuvo el impulso. Con un gesto de rabia, volvió a tomar el pelo que había provocado la confusión. De un golpe preciso, cortó la melena inapropiada, absurda. Con el trofeo en la mano, salió sin volverse atrás. No estaba dispuesto a volver a mirarla. Debía partir antes de asesinar a una inocente.

Como un hombre herido, a tientas, entró en otro aposento. Nadie se lo dijo, pero adivinó que era el de Helena. La profusión de policromías en las paredes, los baúles de trajes suntuosos, las mantas... anunciaban a una dama poderosa. El aroma de la reina inundaba los objetos. Era un olor que había evocado a menudo. Lo invadió en un abrazo. Siempre había sido prisionero de ese recuerdo. Se llenó los pulmones de ella, aunque no pudiera tocarla ni verla. ¿Los dioses se burlaban de un amor que había resistido la infidelidad y la distancia? ¿Le ofrecían una cata de quien no volvería a abrazar?

Miró por la ventana que daba al templo de Atenea. Vio el caballo de madera, en la explanada, olvidado por todos después de haber cumplido la misión para la que lo construyeron. Los troyanos morían por las calles, perseguidos por las armas. Antorchas encendidas recorrían la ciudad. El fuego que todo lo purifica, que destruye, ardía en las casas.

La desesperación y la añoranza se unieron en un grito. Tenía la fuerza de los vientos de Troya, del mar cuando se levanta. Pronunció el nombre una vez, otra, otra más. Era una exigencia y una súplica. Dijo «Helena» hasta que le quemó la garganta, con un fuego parecido al que recorría Troya. «Los otros queman la ciudad; yo enciendo una hoguera con su nombre», pensó al repetir la palabra.

En la nave, no lejos de la costa, dos fugitivas miraban las llamas. Al alejarse, sentían que dejaban media vida atrás. En la otra mitad, se llevaban el recuerdo de Troya. Era una falacia intentar huir. El niño, que no entendía lo que pasaba, se durmió. Casandra se lo llevó para que pudiera descansar; Helena quería estar sola en cubierta. Miró la ciudad incendiada y trató de despedirse de ella, pero no supo. Hay adioses imposibles. Existen lugares que nos atan para siempre, aunque hayamos querido escapar de ellos.

Oyó el grito. A través del aire, le llegaba la voz de Menelao. ¿Era la fuerza del pasado, la burla de los dioses o la magia? La reconoció. Nunca había captado su desesperación con tanta nitidez. El esposo de su primera juventud, el hombre al que hizo rey de Esparta, al que había abandonado por un enamoramiento loco, decía su nombre en medio de la destrucción. ¿Qué hubiera podido responderle, si solo pensaba en Héctor mientras la costa se volvía pequeña? El heredero de Troya, su gran amor, cuyas cenizas se unirían a la ciudad quemada. Habría querido llorar por Menelao, por Paris, por Héctor, por sí misma, pero no fue capaz. El dolor era una cadena que la mantenía presa. No podía liberarse. Se encogió en el asiento, hundió la cabeza entre los brazos.

El barco navegaba por aguas tranquilas. No había gente en los pasillos. Todavía estaba oscuro, pero no tardarían en aparecer las luces del amanecer. Hacía rato que Eva dormía. Había dejado el pañuelo que le regaló Gabriele a los pies de la cama, porque le gustaba sentir el cielo cerca. Era una maravilla de azules que coloreaba el espacio. Nura, Toni e Ismael habían tomado algunas copas en un club nocturno donde actuaba una orquesta, hasta que se retiraron a descansar. Júlia se despidió cuando salieron del restaurante tailandés. Les dijo que estaba cansada después del paseo por Mikonos. Se excusó con la certeza de que los liberaba de una molestia, y ellos no insistieron demasiado en que los acompañara. Empezaban a relajarse. El ambiente del crucero favorecía la distensión de los sentidos, antes a la defensiva. Bajaron la guardia porque el mar da alas. El tiempo había adquirido un ritmo propio: transcurría sin perseguirlos. Los puertos donde hacían escala y el receso en el barco formaban una burbuja protectora. La vida cotidiana, llena de imperfecciones, miserias y dificultades, pertenecía a una esfera distinta. Todo se volvía relativo, lejano. No existía más que el presente, las ganas de descubrir nuevos lugares, el espíritu curioso, el placer de la buena comida y de la bebida, el viaje.

Júlia no conseguía conciliar el sueño. No había encontrado la paz, sino la decepción de comprobar que Ismael no la amaba.

El amor agudizaba los sentidos: captaba que a él se le iluminaban los ojos al oír el nombre de Chiara. Aunque estuvieran a muchos kilómetros de distancia, esta ocupaba un lugar en la mesa de los cafés donde se detenían. Andaba cuando paseaban. Se sentaba en los bancos a su lado. Sonreía en las fotografías, aunque no apareciera. A veces, Júlia jugaba a engañarse. Se decía que Ismael no perdería la vida tras un amor imposible. Fue testigo de los esfuerzos de Chiara por recuperar a Adrià. Se disfrazó de auxiliar de enfermería para poder verlo, a pesar de que él la había querido alejar de su vida. Fue paciente, perseverante. Estaba dispuesta. Tarde o temprano, Ismael se contagiaría del amor que le inspiraba. Una chispa de deseo saltaría de su piel para habitar la del otro. Tendrían una oportunidad de ser felices. Pese a los torpes

intentos, no perdía la esperanza.

Daba vueltas en la cama. Estaba inquieta. La frustración se convertía en un insomnio poblado de fantasmas. Las sombras bailaban como la luna en el balcón. El silencio le dolía, la soledad resultaba igualmente dolorosa. Se levantó, se bebió un whisky con hielo. Llevaba una camisa que compró en Atenas, cuando todavía creía que podría ser feliz en medio del mar. Salió al pasillo. Lo recorrió hasta donde Ismael dormía. Avanzó de puntillas. Llamó a la puerta. Transcurrieron unos minutos; no hubo respuesta; insistió. Cuando lo vio, retuvo el impulso de volver atrás. La expresión de asombro se mezclaba con el rastro del sueño. Él la miró con el pelo en desorden, los párpados medio cerrados. Desde el umbral, le preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Hay algún problema?

Ponía cara de preocupación ingenua. Evocó al adolescente que debió de ser y amó al joven como amaba al hombre, con una intensidad capaz de cualquier proeza, pero también de todas las locuras. Le dijo:

—¿Podemos hablar? No consigo dormir. El transcurso de las horas puede ser difícil si te sientes sola.

—¿Necesitas ayuda, Júlia? ¿No te gusta el viaje?

—No es como lo había imaginado. Siempre nos hacemos perspectivas elevadas, cuando aspiramos a todo.

—Es mejor hablar de día. Ve a descansar. Si quieres, buscamos un rato para conversar cuando yo esté presentable. Podemos desayunar juntos.

—La luz del sol aumentará la incomodidad de la situación. Me avergüenzo de aparecer, pero volvería a hacerlo mil veces. Déjame entrar un momento.

Ismael se apartó de la puerta con la resignación de quien no lucha contra lo inevitable. Desde que se embarcaron, temió que se produjera el encuentro. Las alertas estaban encendidas. Se sumaban los signos de peligro: la oscuridad debilita voluntades y espolea deseos, la obstinada forma de actuar de Júlia, la visita secreta. Cuando una sospecha se concreta, todo lo que habíamos pensado para protegernos se tambalea. Hubiera querido tener la

contundencia de sus amigos, ahuyentarla sin contemplaciones, pero le dio lástima su aspecto de niña perdida. Serían las luces del pasillo o la propia percepción distorsionada, pero la vio débil. Júlia entró en la habitación, que olía a mar. A través de los ventanales, los invadía la brisa. Ismael hizo un ejercicio para calmarse y dijo:

—No te he engañado. Me ayudaste en tiempos duros, nunca lo olvidaré. Te aprecio.

—La gratitud no me consuela. Eres una buena persona que no quiere herirme. Me he convertido en una mendiga de amor. Me siento ridícula.

—Te ofrezco gratitud y amistad sinceras. Deberías valorarlo. Soy un hombre de pocos amigos, pero tengo palabra. Cumplo lo que digo. Tranquilízate. ¿Te sirvo una bebida?

—Un whisky, gracias. Hubo una época en la que fui importante para ti. Hicimos el amor.

—Estaba confundido. Había muerto una mujer. ¿Sabes lo que supuso para mí? Decirlo todavía me estremece. Te compadeciste de mi miedo en los pasillos, en la sala. Días y noches de espera. Te sentías sola. Nos equivocamos. Tenemos derecho a cometer un error.

—Yo no me equivoqué.

—¿Por qué me obligas a herirte? Quisiera ser delicado, y me empujas a pronunciar estas palabras: sí, fuiste un error. No puedo decírtelo más claro. ¿Por qué siempre llevas las cosas al extremo? Me lo pones difícil.

No le escuchaba, o hacía que no le oía para ahorrarse respuestas. Lo miró desde afuera, aunque estuviera cerca. La proximidad y la distancia son cuestiones relativas. Él estaba con Chiara, en Barcelona; ella estaba sola en el barco. Se observaron sin decir nada. En un movimiento rápido, Júlia se quitó la camisa de seda. Fue el gesto de quien se ahoga en medio de las olas y hace un esfuerzo último por sobrevivir. Se quedó desnuda. Tenía el aire de las figuritas que habían visto en el Museo de las Islas Cícladas. Con la rigidez de la impotencia, perdidas la sensualidad y la gracia, se ofrecía a Ismael. Este no perdió la calma. Cogió un albornoz para salir de la habitación, a falta de unos minutos para las cinco

de la madrugada. Le dijo:

—No te echaré. Es una escena innecesaria que recordaríamos siempre. Nos haría daño. Descansa el tiempo que consideres oportuno. Me voy al gimnasio. Desayunaré en la terraza y volveré a ducharme. Nos veremos en puerto con los demás.

—No te vayas.

—No hace falta decir nada.

—¿Amas a Chiara? ¿Es por ella? Respóndeme.

—Olvidémoslo.

Los pasos eran silenciosos, ahogados por la alfombra. Procuró no pensar en ello, distraerse con las reproducciones de pintura impresionista de las paredes, concentrarse en las máquinas de cardio, donde volcó la fuerza que había tenido que reprimir. Empezó a sudar. Júlia se bebió el whisky. Dejó caer el vaso en el suelo, que se desmenuzó entero. Los cristales se esparcieron formando una lluvia. Algunos eran muy pequeños, como las gotas de agua. Se hizo una herida en el pie. Solo fue un rasguño, pero la sangre contrastó con la palidez de la piel. Habría querido volverse diminuta hasta desaparecer. No pensó en la dignidad, el orgullo o la pérdida del hombre que amaba. No tenía ánimo para alejarse de la suerte ni tampoco para empujarse. Lo único que le apetecía era la ducha, que le quemaba la piel, tan caliente. Canturreó una melodía que había oído en la radio, en un murmullo inaudible. Era una canción de amor.

XXXIV

Estaban en el palacio de Cnosos, en la isla de Creta. Tenían la sensación de haberse perdido en el tiempo. Si no fuera por los turistas que recorrían las salas, habrían podido imaginar que habían retrocedido unos cuantos siglos. Estaban fascinados por el entorno: la piedra adquiría un protagonismo mágico. Nura desbordaba entusiasmo, convencida de que el espacio le transmitía la voz de Casandra. Algunos lugares tienen una capacidad de encanto que desborda los sentidos. Lo único imprescindible es saber escucharlos. Eva no tenía que esforzarse demasiado porque le era sencillo meterse en la piel de una reina antigua. Toni se contagiaba de ambas. Júlia les envió un mensaje para comunicarles que no se encontraba bien. Quería pasar el día en el barco; nadie cuestionó su decisión. No comentaron nada entre ellos, como si hablar de eso tuviera algo de mal augurio. Ismael estaba ensimismado, al margen de la energía colectiva que manifestaban los demás.

En el patio central, en el corazón de las edificaciones, en el eje que dividía las zonas residenciales de las que tenían una función religiosa oficial, como el santuario de las diosas serpiente, contemplaban la vida pasada.

—Este palacio fue enorme —le dijo Eva a Nura—. Dicen que tenía más de mil quinientas habitaciones. ¿Te lo puedes imaginar?

—Vivió épocas de gloria, pero ¡qué breve es la huella humana en la naturaleza! Lo reconstruyeron muchas veces después de soportar terremotos y ocupaciones. Quedan las ruinas, a pesar de que tuvo una opulencia enorme durante cientos de años.

—Cientos de años... son poca cosa si pensamos en milenios de historia. Visto con perspectiva, no sé si su existencia compensa el esfuerzo de edificarlo. Ahora es un espacio para la nostalgia, como

antes fue un lugar poderoso.

Tenía un aspecto distraído.

—Eva, estabas contenta. El palacio de Minos está lleno de energía. ¿Qué te hace cambiar? No me digas que construirlo no valió la pena. No solo fue vivido hace siglos, sino que es evocado todavía hoy. Todo aquello que se ha dicho de él, las leyendas que se narran siguen vivas. ¿No continúan alimentando nuestras inquietudes? Aligeran la rabiosa necesidad de ficción que tenemos los humanos...

—Me hace pensar en la brevedad de la vida. Si es breve la existencia de los edificios que duran siglos, la de los humanos es un suspiro. Recuerdo a Ferran, que murió demasiado joven.

—¿Piensas mucho en él?

—Cada mañana, cuando me despierto; por las noches, antes de dormirme. Su recuerdo aparece siempre. Se fue cuando nos habíamos casado y éramos felices. Fue una muerte injusta.

—Todas las muertes lo son. —Nura la observó, inquieta—. Chiara te pidió que la ayudaras. Por eso emprendimos el viaje. ¿Te resulta difícil protagonizar esta historia? Los que te acompañamos somos comparsas, pero tú has conocido al tío de Chiara, Bruno, sentenciado a morir. Has tenido que acercarte a él. No es la mejor terapia para el duelo.

—Me ha gustado conocerlo. Las circunstancias inusuales y el carácter de ese hombre crean un clima que me hace sentirlo cercano. Es una buena persona, llena de ganas de vivir. Si te soy sincera, también he pensado en él cuando contemplaba las ruinas. La vida es muy complicada.

—¿Qué quieres decir?

—Me embarqué para salvar la herencia de Chiara. He conocido a su tío y me gustaría que no se muriese. No he interpretado el papel como es debido. No podía haber una implicación afectiva por mi parte. Tenía que actuar, pero soy yo la que cena con él, la que comparte recuerdos y establece un vínculo de amistad. Me siento su cómplice, como si fuera mi pariente de verdad. Conocerlo me ha creado la ilusión de encontrar a un familiar. El personaje que debía interpretar se ha transformado en

una excusa. Ahora solo importamos él y yo: un tío y una sobrina que se reencuentran. Es un disparate.

—Te cuesta hacer amigos. Siempre lo dices. No abres tu corazón con facilidad. Los que conseguimos llegar debemos hacer un largo camino. —Sonrió—. Nunca has sido una mujer fácil, querida. —Le guiñó un ojo—. No entiendo por qué hablas con tanto afecto de alguien a quien conoces desde hace pocos días.

—Todo en esta relación es especial. ¿De dónde vengo y por qué estoy aquí? No son motivos sencillos. El espacio del barco favorece la confidencia, ayuda a abandonar las reservas, crea una percepción distinta del tiempo. A Bruno lo conozco mejor que a gente de toda la vida. Se me hace raro, pero me ocurre. Me tienes que ayudar con los poderes de Casandra. ¿Eres capaz de leer el final del viaje?

—Veo niebla. —Lo dijo con tristeza—. Las imágenes se confunden y no puedo interpretarlas. Lo siento.

—Estate atenta a las señales que recibas, por favor. Concéntrate en lo que tenemos que vivir.

—Lo haré.

En el palacio se conservaban mosaicos, copias de frescos con representaciones de toros y delfines, columnas, criptas donde se habían hecho sacrificios a los dioses, la cámara del tesoro, pequeñas imágenes de diosas, jarras donde se guardaban el aceite y el vino. La sala del trono recibía luz por una claraboya. Según el mito, fue fundado por el rey Minos. Él ordenó construir un laberinto donde encerraron al minotauro, un ser terrible en forma de toro. Periódicamente exigía que le entregasen a siete jóvenes y siete muchachas a quienes devoraba. Eran atenienses que debían cumplir el sacrificio exigido por el rey de Creta, hasta que llegó Teseo.

Toni observaba un plano de la estructura de aquel lugar. Ismael estaba distraído, con aire pensativo. El entusiasmo de uno contrastaba con la preocupación del otro. La exclamación de Toni lo hizo volver a la realidad:

—¡Es increíble! Debía de ser un auténtico laberinto donde perderse o refugiarse para siempre. ¿Te imaginas al minotauro,

oculto, señor de las sombras, cuando se encontró con Teseo? Este era el hijo del rey de Atenas, el único hombre que logró matarlo. Lo ayudó Ariadna. Es un nombre bonito, Ariadna, ¿te gusta?

—¿Pretendes contarme la historia de un hilo de oro? —En la voz de Ismael había ironía.

—Sé que la conoces, pero es bonito evocarla precisamente aquí, donde las leyendas aún hablan. ¿Las oyes?

—De verdad..., Toni, eres como un crío. Te entusiasmas como los niños pequeños cuando escuchan un cuento.

—Soy un actor. ¿Qué papel quieres en el reparto? ¿Eres Teseo o el minotauro? Sería divertido jugar a interpretarlos. Son criaturas valientes. Se enfrentan a un combate a vida o muerte. No hay medias tintas. El monstruo y el héroe. Un héroe que venció porque amaba a una princesa. Esta le regaló un hilo de oro con el objetivo de que pudiera salir del laberinto. Las salas estaban llenas de los cadáveres de quienes lo habían intentado, pero murieron perdidos en aquellas frías estancias. Ariadna se lo dijo: debes atar la punta del ovillo a la salida y deshacerlo poco a poco. Muerto el monstruo solo tendrás que seguirlo para encontrar la salida.

—No soy ningún héroe. —Sonrió—. Espero no ser un monstruo.

—¿De qué hablas? Te pido que actúes, no quiero que repases la vida. ¿Eres demasiado serio para aceptar un juego?

—Si insistes, juguemos. Soy el minotauro, tú eres el príncipe Teseo. ¿Hubo quizá un momento de complicidad cuando se encontraron en el laberinto? El vencedor y el vencido juntos en la hora final. En el último ataque, cae herido el monstruo. ¿Siente el héroe una chispa de compasión por él?

—Me cuesta creerlo, pero me gusta escucharte.

—¿Quién sería Ariadna, la princesa que lo ayudó por amor y a la que abandonó después? ¿Nura o Eva?

Toni era impulsivo. Durante todo el día había evitado hacerle preguntas porque lo veía nervioso y habría querido ayudarlo, pero el amigo se mostraba esquivo cuando tenía que hablar de sus problemas. Estaba acostumbrado a callar cuando las cosas no funcionaban. Silencioso, contenido, casi la antítesis de su carácter

extrovertido. Buscó una estratagema para distraerlo. Dijo:

—Las dos serían magníficas Ariadnas; cada una con unos matices distintos, pero intensas. Nura, sobre todo, misteriosa. Manifestaría el amor entre bromas y miedo. Me imagino a Eva fuerte, incluso al recibir la traición final.

Ismael cayó en la pequeña trampa que le tendió. Esbozó una sonrisa, distraído de las fijaciones que le preocupaban. Le atraía aquella especie de *casting* improvisado entre las mujeres. Le parecía divertido. Cuando lo vio distendido, el otro atacó de lleno:

—¿Cómo lo haría Júlia?

La expresión de Ismael se transformó. De la calma pasó al nerviosismo, recuperó los fantasmas que lo oscurecían. Volvió a ser el hombre que los acompañaba como una sombra por el palacio. Tardó unos segundos en responderle, pero la voz sonó dura:

—No es actriz.

—No lo es, pero podría representar muchos papeles. La hemos visto interpretar algunos. ¿Cuál ha sido el último? ¿Me lo explicarás? —Toni se puso serio—. ¿Cuántos malabarismos tengo que inventar para que confíes en mí?

—No es una cuestión de confianza. —Lo miró abatido.

—Eres un caballero. No hablarías mal de nadie, y aún menos de una persona que, cuando estabas destrozado, te dio la mano. Te admiro, pero me da rabia que aceptes ser víctima de una loca.

—Ayer vino a la habitación. Quería estar conmigo. Es tozuda, difícil de convencer. Tuve que irme al gimnasio. No he dormido demasiado. Esta historia me agota.

—Lo entiendo.

—Fue un error traerla al crucero. Improvisé una salida cuando me puso entre la espada y la pared en el aeropuerto. No había previsto la posibilidad de encontrármela, ni me podía llegar a imaginar sus amenazas. Me pilló desprevenido y me equivoqué. He hecho este viaje para ayudar a Chiara. Quiero ser un apoyo, pero soy el culpable del ambiente que Júlia crea.

—¿Cuándo superarás los sentimientos de culpa? Durante meses, te has acusado de la muerte de una mujer, pero fue un accidente. ¿Lo entiendes? ¿Te lo has llegado a perdonar? Te acusas

de la locura de Júlia cuando ella intenta coaccionarte. Eso se tiene que acabar.

—¿Qué quieres decir?

Toni habló con la contundencia de quien ha tomado una decisión. Lo cogió por los hombros, lo miró a los ojos y le dijo:

—Tiene que bajarse en el próximo puerto y marcharse.

El barco que alejaba a Helena y Casandra de la destrucción estaba empujado por vientos favorables. La navegación era tranquila, pero Helena no durmió. Envuelta en una manta que la protegía del frío, mantenía la mirada fija en tierra. La visión perduró en la distancia hasta que comenzó a desvanecerse. Se difuminaron los perfiles de la costa, que empequeñecía a medida que pasaban las horas. Helena se esforzaba en retener la geografía, porque no quería olvidar los acantilados, las montañas, las llanuras, los ríos que iban a morir cerca de las olas. Era negra la noche. La ciudad lejana le parecía un astro de luz, a pesar de que fuera tan solo una ilusión óptica. Las llamas engañan: nos hacen confundir lo que está siendo destruido por lenguas de fuego con estrellas luminosas. El incendio se había apoderado de Troya. Los griegos llevaron la venganza hasta las últimas consecuencias. Saqueadas las casas, expoliados los palacios, muertos los hombres y los niños, segregadas las mujeres, a las que convirtieron en esclavas, redujeron la poderosa Troya a un desierto de ceniza. No quedaría ni rastro.

Los lugares suelen perdurar más allá de las vidas humanas. Son decorados que cambian de actores, donde transcurren vidas nuevas que sustituyen las existencias de los que ya partieron. Los muros se mantienen intactos al paso de las generaciones, pero ese no era el destino de la ciudad. «Era demasiado bella para aspirar a ser eterna. Le sucedía lo mismo que a mí: su propia belleza la destruyó. Nací hija de un dios, pero no seré inmortal. Me convertiré en ceniza. Soy Troya, o tal vez Helena y Troya estamos hechas de una materia única que nos hermana», pensó Helena. A medida que se alejaba, comprendía que dejaba la vida atrás. Unos tiempos felices que no volvería a vivir, porque cuesta seguir

adelante cuando se acumula el peso de tantas ausencias. «He perdido a las personas que amaba, pero también los lugares que habitaron. Nunca tendré un lugar donde volver», continuó. Las olas golpeaban la nave con un rumor que hallaba eco en el cielo nocturno.

En la bodega del barco, protegidas de la embestida del agua, se encontraban las pertenencias que se habían llevado: cofres con las cuatro posesiones que se apresuraron a salvar. Helena se llevó el telar donde había tejido tantas horas. Siempre había sido una tejedora hábil, que relataba historias en los bordados. Utilizaba los hilos para narrar, como si fueran tinta que graba signos de escritura. Hacía tiempo que trabajaba en un mantel, que tuvo que llevarse inacabado. En él narraba su existencia. Aparecía su juventud en Esparta. Estaban aquellos a quienes abandonó, pero a los que todavía amaba, a pesar de la muerte. Surgía también la ciudad espléndida a la cual llegó con Paris, una mañana de luz. Desfilaban reyes, princesas, fiestas, caballos salvajes, primaveras felices. Destacaba la figura de Héctor, el mejor hombre que había conocido. Y entonces la guerra. Los años de ruina. Un desfile de derrotas, cada una con los tonos de la pérdida. Necesitó hilos diversos: los verdes de la tierra, marrones en la lucha, el negro que ocultaba el horizonte, el amarillo del sol, el blanco de la luna. Los naranjos de las madrugadas y los azules cuando el día se oscurece. Era un dibujo inconcluso. No había sido capaz de bordar en él las llamas.

Cuando llegasen a un puerto que les ofreciera refugio, Helena acabaría de relatar la historia. Bordaría la guerra de la que fue testigo. Muchos dirían que ella fue la causa. Relataría la ambición de Agamenón, la añoranza de Menelao, el olor que esparcían las piras funerarias. Necesitaría todos los grises para retratar las cenizas. Estaba dispuesta a dejar constancia para que las generaciones futuras pudieran saber que no es justo destruir la vida. Conservaría el mantel con la intención de que su hijo entendiera mejor los hechos. Educaría a Héctor para que abominara de las guerras y fuera un hombre de paz. Mientras, dormía en los brazos de Casandra, la adivina de Troya, la hija de

Príamo, la hermana de Paris y Héctor, su cómplice. Cuando Troya desapareció de la vista, comenzaba el alba. Abandonó el punto de vigía y fue a buscar refugio para intentar dormir. Continuaban soplando vientos amables.

XXXV

La primera noche después de la derrota, los griegos reunieron a las troyanas en una tienda de campaña, un refugio donde podían pasar la noche. Embriagados por el triunfo, celebraban la victoria con canciones. Habían recuperado la alegría después de diez años. Algunos observaron, orgullosos, la caída de las torres de Ilión. Habían decidido repartirse a las princesas de Troya entre los principales caudillos; las demás jóvenes serían esclavas de los soldados, útiles para trabajar o para calentarles el lecho. Les dieron pan de cebada para que calmasen el hambre, pero no fueron capaces de comer, la cabeza enturbiada por la visión de los muertos. Habían asesinado a los niños supervivientes lanzándolos por las ventanas. Los viejos cayeron atravesados por espadas en las puertas de sus casas, estupefactos, incrédulos. Los cadáveres desaparecerían con Troya, solo quedarían ruinas. Hécuba, rodeada por sus hijas, preguntaba por los que ya no estaban. A pesar de su aspecto de mujer devastada por la desgracia, sentía la rabia de una fiera. Ulises se le había acercado con una media sonrisa, entre irónico e indeciso. Le dijo:

—Reina, vendréis conmigo a Ítaca. Ocuparéis un lugar de honor en mi palacio, donde Penélope, mi esposa, os respetará como merecéis.

Ella le escupió en la cara. Lo habría querido humillar ante el ejército griego, porque había inventado un artefacto que había permitido la injusta victoria, la caída de la ciudad que no quería dejar atrás, a pesar de que se hubiera convertido en un desierto de ceniza, porque era donde tenía que unirse a sus muertos.

Desde la bodega del barco, Casandra podía ver lo que habría sucedido si no se hubieran marchado. La ceniza ocupaba el lugar de la ciudad. Troya desaparecía: los restos del trazado de las calles

se mantendrían durante siglos. Después, todo se desvanecería como un sueño. Ella habría sido adjudicada a Agamenón, que a pesar de los años mantenía su antigua fortaleza. Tenía el pelo cubierto de hilos de plata; le faltaban algunos dientes. Era malhumorado. La habría llevado a Micenas, donde le hubiera esperado la tragedia. Helena estaba condenada a regresar a Esparta con Menelao. Recuperar el pasado que había traicionado. Por suerte, habían tenido tiempo de escapar. La adivina se despedía de su madre y de sus hermanas con el pensamiento, conmovida por no haber podido salvarlas de una triste suerte. Cuando era una niña, Hécuba la abrazaba. Podía evocar la calidez del pecho materno, el aroma de la reina. La invadió la melancolía mientras murmuraba una canción de cuna para que Héctor, el hijo de su hermano, pudiera coger el sueño. Era el único superviviente de Troya, la prueba de que los griegos no habían triunfado en su afán de borrar cualquier vestigio de la estirpe de Príamo.

En el crucero, cuando la mayoría de los pasajeros hacían escala en tierra, el ambiente era relajado. Siempre había personas que preferían pasar el día a bordo, en las salas, donde la oferta de actividades parecía inacabable. En la piscina, las tumbonas estaban ocupadas por gente que tomaba el sol, leía un libro o conversaba con sus acompañantes. En el gimnasio, un monitor coordinaba ejercicios para grupos reducidos. En la pista de la cubierta superior, los que corrían se entrenaban junto al mar. Las salas de tratamientos de belleza estaban atestadas de señoras que se peinaban o recibían masajes. En diferentes rincones de la nave, se impartían cursos de cocina, conferencias sobre salud, talleres de artesanía, competiciones de ajedrez. Había movimiento de camareros. Se respiraba la prisa de quienes limpiaban las habitaciones, cambiaban las sábanas, reponían los minibares. Un universo minúsculo en actividad.

En una sala cerca del casino, en el camino que conducía al comedor grande, se exponían fotografías. Eran del retratista del barco, un artista joven nacido en Polonia que destacaba por la

belleza de su obra. En las paredes colgaban muestras del trabajo realizado. Abundaban rostros de expresiones felices. Eran pasajeros que habían decidido llevarse un recuerdo del viaje: imágenes sonrientes, expresiones enamoradas, ojos que reflejaban el mar. En algunas fotografías había figuras solitarias, pero abundaban los retratos de parejas o de familias. Había quien adoptaba un ademán trascendente, como en los retratos antiguos que los abuelos hacían para dejar constancia gráfica del día de su boda o de la primera comunión. Otros guiñaban el ojo a la cámara, influidos por la sensación de fiesta, como si el retrato formara parte de un recuerdo divertido. El artista, que conocía las penurias de trabajar a la intemperie, en el puente de un río innombrable que conservaba en la memoria, entre aires gélidos y lluvias, intentaba combinar dos objetivos: hacer fotografías que llevasen su huella, juguetonas con el color y las sombras, y a la vez satisfacer un deseo universal: salir favorecidos en una fotografía. Gabriele visitó al fotógrafo. Concertaron la cita a través de la secretaria de Bruno. Sentados a una mesa, compartieron un café. No necesitaron demasiado tiempo para entenderse. Las instrucciones eran precisas, no había lugar para los equívocos. Le explicó lo que quería, insistió para que no hubiera retrasos en la ejecución del encargo, apalabraron la hora del encuentro. Cuando todo estuvo atado, conversaron sobre los lugares de Polonia que Gabriele conocía.

Eva volvió de Creta con ganas de reunirse con Bruno. Le hacía ilusión volvérselo a encontrar, retomar el hilo de la conversación en que se habían convertido sus reuniones. Escucharlo era un placer, tenía dotes de comunicador. Dominaba las palabras, pero también los gestos. Acompañaba las frases con las manos, la mirada, la posición de los hombros. Hablaba convencido, sin reservas, con una sinceridad que se reflejaba en el brillo de sus pupilas. Le transmitía confianza, pues era fácil entenderse con él. Hay miradas que son un hogar. Cuando Bruno evocaba su infancia, el tiempo que compartió con su hermano, Venecia... transmitía una sensación de bienestar. A Eva le recordaba el fuego de las chimeneas, cuando las llamas danzan. Encontró un mensaje en la habitación: le pedía que fuera puntual. Se preguntó qué sorpresa le

había preparado mientras abría los armarios para encontrar las piezas oportunas. Con una toalla en la cabeza y envuelta en un albornoz, recién salida de la ducha, inspeccionaba las faldas que había comprado con Chiara antes de iniciar el crucero. Habían escogido el vestuario para una representación, pero ahora buscaba cumplir las expectativas de Bruno y dar la mejor versión de ella misma. Una imagen bella de la sobrina inventada que quería complacer al tío que habría deseado tener.

Escogió un conjunto color coral, con una falda ligera y una camiseta de tirantes. Se maquilló poco, salió contenta hacia la cita diaria. Bruno la esperaba. Le ofreció una copa del champán que les gustaba beber juntos. Tenía la expresión de los niños que comparten un secreto, algo que los ilusiona pero que han tenido que callar. Le dijo:

—Hoy es una noche especial.

—Todas lo son cuando ceno contigo —le respondió.

—Te he preparado una sorpresa. Me gustaría que te hiciera ilusión. Desde que te conocí, pienso en ello.

—¿De qué se trata?

—En el barco hay un fotógrafo polaco. Es muy bueno. Lo he citado para que nos haga algunos retratos, si te parece bien. —Estaba un poco avergonzado.

—Es una buena idea. Será un recuerdo de los días compartidos.

Al pronunciar la frase sintió una punzada en el corazón. No sabía si identificarla con el remordimiento. ¿De qué tenía mala conciencia?, se preguntó. La respuesta apareció nítida: estaba ocupando un espacio que no era suyo.

La sesión de fotografías fue divertida. Al principio estaban rígidos, sin la naturalidad que les pedía el artista. Bruno no era capaz de abandonar la rigidez de los brazos, se le congelaba la sonrisa. Eva estaba acostumbrada a actuar, los focos habían seguido sus pasos durante media vida. Podía improvisar una pose amable, ilusionada, traviesa, pero no le salía. La mujer que había actuado en teatros, que repetía una escena con disciplina férrea, se encogió ante la mirada del joven que los retrataba. Tenía la cabeza

llena de pensamientos inoportunos. El corazón le palpitaba deprisa. El fotógrafo actuó con paciencia. Les daba indicaciones, colocaba las luces, abría pantallas blancas o negras de fondo; parecía haber nacido para acompañarlos esa noche. Era una persona discreta, que consiguió que olvidaran su presencia. Estaba acostumbrado a hacerse pequeño para que los demás pudieran crecer. Sabía dar protagonismo a los personajes de sus retratos.

Lo que parecía imposible se cumplió. Pasado un rato de un cierto nerviosismo, se relajaron, olvidaron al observador y dejaron surgir el afecto mutuo. Las sonrisas fueron espontáneas; los gestos, sencillos. Se miraron con simpatía, fluyeron actitudes afectuosas. Las fotos reflejaban una relación cálida, hecha de admiración y de respeto. Cuando el fotógrafo retiró las herramientas de trabajo y se despidió, estaban satisfechos. Cenaron pescado a la sal, bebieron vino y retomaron la conversación. El tío le contaba anécdotas de la sociedad veneciana; ella le relataba cotilleos del mundo del cine. Él le hacía recorridos imaginaros por Venecia; ella le describía rincones de Barcelona. Bruno le dijo:

—Me encantaría pasearme por la ciudad. Verla a través de tus ojos.

—¡Claro que sí! Cuando viajes a Barcelona, recorreremos las Ramblas, las calles estrechas del barrio Gótico, el Museo Picasso. Iremos a la plaza del Pi, nos sentaremos allí a tomar un café. ¿Sabes? Hay plazas que tienen un aire italiano. Después caminaremos hasta el Born. Santa Maria del Mar es una iglesia espectacular que tenemos que visitar. Siempre hay músicos tocando allí, es muy alegre. Iremos a los mercados: el de la Boqueria; el de Santa Caterina, junto a la plaza de la Catedral, donde está el mercadillo de los anticuarios; en el de Sant Antoni te divertirás descubriendo libros y cómics antiguos... Y no podemos olvidarnos de los Encants.

Bruno la interrumpió:

—No podremos hacer tantas cosas.

—Naturalmente. Y no te puedes perder la ruta modernista: la Pedrera, la Casa Batlló..., ni el Parc Güell. Ni la Sagrada Família. Tendremos que hacer también una ruta gastronómica.

—¿Nos dará tiempo?

—Sí, tienes que quedarte una temporada en Barcelona. Necesito varios días para que puedas conocerla. Te podrías alojar en el Hotel Majestic, en el paseo de Gràcia, que es muy bonito. Haré una lista de los rincones imprescindibles. En la Barceloneta, pasearemos después de comer. Verás el mar.

—Querida, me emociona tu entusiasmo, pero no hace falta que te esfuerces en hacer listas.

—Es algo clave para que no olvidemos nada. Iremos a la librería Laie, a ver las fuentes de Montjuïc, a la joyería de un amigo mío artesano, al Passadís del Pep, que es el mejor restaurante del mundo, a la iglesia de Santa Anna, justo al lado de la plaza de Cataluña.

—No te precipites. —Sonrió—. Cuando te oigo hablar de Barcelona, me enamoro de ella.

—Me pasa lo mismo con Venecia.

—Tendrás la oportunidad de recorrerla. Es la gran deuda que tengo pendiente: devolverte tus orígenes. Nuestra familia tiene allí sus raíces.

—Me encantará conocerla. ¿Por qué no muestras entusiasmo por viajar a Barcelona?

—No iré. Intento no ilusionarme.

—¿Por qué?

—No me queda mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —Se negaba a creerlo.

—Le pido a Dios que me dé fuerzas para acabar este viaje y llevarte a la ciudad de tu padre. Entonces nos despediremos. Me ingresarán en un hospital, de donde no saldré vivo.

—¿No te volveré a ver? —Notó cómo se le humedecían los ojos.

—¿Sabes por qué tenía ganas de que nos hiciéramos una sesión de fotos juntos?

—Un buen recuerdo del viaje, ¿no?

—Tu imagen me acompañará a la hora de morir. Eres la única familia que tengo, pero no pensemos en ello ahora. Brindemos por el presente.

Ella asintió. Estaba confusa. Verbalizar la realidad puede ser como recibir un puñetazo. Sintió un nudo en el estómago cuando alzó su copa y miró a Bruno, que le sonreía:

—Gabriele te espera. Había olvidado decírtelo. Ve. Es un buen amigo.

Eva quiso negarse. Necesitaba buscar sombras donde esconderse. Pensó en el fotógrafo. Se preguntó si extrañaba Polonia: la niebla de las mañanas. Tal vez la claridad del Mediterráneo le hacía daño. Estaba acostumbrado a ver muchos rostros. ¿Debió descubrir la mentira en sus ojos? Quién sabe si pasó de largo. Debía esconderse del mundo y, sobre todo, de ella misma, que se acusaba con el dedo índice señalándose el corazón.

Gabriele la esperaba en cubierta, en un bar donde se vestían de lujo los aires bohemios. Había cojines de color arena, avellana, ocre. Las mesas eran bajas, con luces indirectas que creaban un ambiente cálido. Plantas de hojas gruesas de un verde reluciente acompañaban y separaban a su vez a quienes se sentaban. Cuando lo vio, no se fijó en la camisa blanca ni en los cabellos aún húmedos, sino en la mirada atenta. Hubiera querido explicar cómo se sentía. La sonrisa del hombre era una puerta que invitaba a la confianza. Hubiera sido liberador contarle el secreto, pero no podía bajar la guardia. Tras el posado amable, estaba el amigo de Bruno. Se sentó cerca mientras él pedía un gintónic al camarero. De repente le preguntó:

—¿Ha sido dura la sesión con el fotógrafo? Mi idea era avisarte, pero te quería sorprender. Estaba ilusionado.

—Nos hemos sentido cómodos. Estoy acostumbrada a las cámaras.

—Te he visto entrar seria. Me mirabas sin verme, como si te hubieras ido lejos. Ha sido mi impresión. ¿Dónde estabas?

—No había salido de la habitación de Bruno. Sus palabras me resuenan en la cabeza. Ahogan la música.

—¿De qué habéis hablado? ¿Qué te inquieta?

—Del tiempo antes de conocerlo, de embarcarme en el viaje. La enfermedad desencadenó la aventura.

—Tienes razón. Lo empujó a buscarte, aunque hubiera

deseado hacerlo toda la vida.

—Lo sé. Es una persona especial. Crea un clima de complicidad, cercano...

—Es tu tío.

—La familia no se elige. Un vínculo familiar no implica un buen entendimiento. No crecí cerca de él, pese a que me hubiera gustado. Dicen que el contacto crea el afecto.

—Te extraña sentirlo cercano. ¿Te incomoda?

—Me sorprende. No es fácil llegarme al corazón. —Sonrió—. No te pienses que voy de dura, pero es cierto. Cuando acepté hacer el viaje, no contaba con ello.

—Tiene el don de despertar afectos. ¿Por qué crees que dejé una vida activa, ocupada, para ofrecerle todo el tiempo que me necesite?

—Eres un hombre leal, un amigo de verdad. No hace falta que me lo digas. Cuando estoy con él, me olvido de que tiene los días contados. Me involucro en la conversación, hago proyectos. Le he pedido que viaje a Barcelona. Le he hecho una lista de lo que querría mostrarle de la ciudad. Me ha respondido que no tiene tiempo.

—No te engaña: tiene poco. Ha descubierto el valor de lo que realmente importa. Has de sentirte afortunada porque te dedica la vida que aún tiene.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Eva. Recordaba a las pequeñas lluvias que empapan el suelo. Sintió emoción, pero también gratitud porque el destino le había hecho encontrar a Bruno antes de que fuera demasiado tarde. «El tiempo es valioso, pero nos olvidamos. Vivimos como si tuviésemos la eternidad en las manos, sin pensar que cada minuto es irrecuperable», se dijo. Murmuró:

—Las muertes anunciadas son tristes, porque tienes consciencia de que se acaba tu calendario en el mundo. Hay tantos sitios que no podrás ver, personas con las que no volverás a estar. Es probable que te falten palabras para todo lo que querrías decir. ¿Debe pensar en ello?

—Cuando recibió el diagnóstico fue duro. No lo esperábamos.

Es activo, vitalista. Se ocupaba de los negocios, viajaba, hacía vida social. No les dio importancia a los primeros síntomas, hasta que la fatiga lo venció. Entonces acudió a los médicos. Le hicieron analíticas, pruebas. Lo visitaron los mejores especialistas. Él solo exigía una cosa: saber la verdad.

—Querer conocer la verdad a veces es una insensatez.

—No estoy de acuerdo: es un acto de valientes. Lo sabe y lo asume. Es el proceso que ha tenido que hacer antes de encontrarte. Has conocido a alguien que ha asimilado la vida de la muerte, pero que vive la vida intensamente. Es feliz de verte, saborea los momentos contigo como el último regalo de vivir.

—Conocí a un hombre que murió de repente. La situación era la opuesta. Estaba sano. Nunca lo conocí enfermo. Tenía mil proyectos: un sueño de trabajo y un amor. Conducía un coche. No se excedió en el límite de velocidad ni se saltó ninguna señal de tráfico. Otro lo hizo. No tuvo tiempo para despedirse; se fue para siempre.

—¿Me hablas de Ferran, el director de la película en la que trabajabas?

—¿Cómo lo sabes?

—Me informé de muchos detalles cuando tuve que contactar contigo. ¿Lo apreciabas?

Asintió, incapaz de interrumpir el llanto. En voz baja explicó:

—Hubiera querido decirle todavía muchas cosas. Nos quedaron conversaciones pendientes. Había palabras en el aire que querría atrapar con un cazamariposas, pero se escapaban. Transitan, perdidas, sin encontrar su destinatario. Aún no lo había superado cuando conocí a Bruno. Debería poder despedirme de él, pero tengo la certeza que no sabré hacerlo. Volverá a haber palabras volátiles cuando lo pierda.

—A tu tío se lo puedes explicar todo.

Lo miró.

—No es posible. Siempre hay algo inconfesable que nos destroza el presente, que volverá como una deuda impagada para atormentarnos.

Gabriele no entendió a qué se refería. No adivinó el acto de

contrición que Eva acababa de hacer. Dejó de lado la curiosidad, preocupado por el dolor de la mujer. Cuando la vio en Atenas, pensó que era muy bella. Tenía los ojos verdes de Bruno, pero sin la misma intensidad. Adivinó sombras, nubes grises, como si la mirada amenazase tormenta. No tenía la viveza del tío, sino espejismos que incitaban a la duda, a un querer saber al borde del abismo.

El bar estaba lleno de personas que conversaban. No veían los rostros ni podían definir sus contornos. Quedaban empequeñecidos por una distancia imaginaria. El resto del mundo se diluía alrededor del universo que habían creado. Ellos dos, Bruno y Ferran. Una curiosa combinación de ausencias que sentían muy cerca. Gabriele se levantó. Le alargó la mano para que abandonase el rincón de la pena. Le estrechó los dedos, en la calidez del apretón fácil. Ellos solos. Debían evitar que la tristeza los arrastrase. Abrirían un paréntesis salvador. La agarró por la cintura. Se acercaron para que el encuentro conjurase la tristeza. Sonaba una música. Eva apoyó la frente en el pecho de Gabriele mientras se dejaba llevar por el ritmo. Quienes los vieron contarían que una pareja seguía el compás de la orquesta. Las olas transitaban caminos de rumores extraños. Quién sabe las historias que ocultaban. No lo recordaron como un baile. Se habían encontrado en la oscuridad cuando eran conscientes de que perderían a Bruno, pero ignoraban que estaban a punto de perderse ellos también, quizá para siempre.

Al día siguiente llegaron al puerto de Santorini. Júlia volvió a excusarse. Nura estaba contenta. Repetía que los aires del mar eran saludables. Ismael y Toni se sentían cómodos. Caminaban juntos, escogían rincones para fotografiarlos, se detenían a observarlos desde un ángulo concreto. Se concentraban en los detalles que la claridad destacaba. El ambiente era festivo: había muchos turistas, circunstancia que habría sido una molestia si no hubiera sido por la belleza del lugar. Se pasearon por las calles, donde el blanco se transformaba en reflejos de luz. Contemplaban una blancura de sábanas con rastros de violetas, rosas, naranjas. Las fachadas eran una pantalla que proyectaba colores. En Oia, el pueblo cuelga

sobre los acantilados, cerca del cráter que dibujan las aguas donde, tiempo atrás, hubo un volcán. Era la caldera de Santorini. La isla nació tras una explosión volcánica que dejó la tierra baldía, apta solo para cuatro chumberas. En la ladera de la montaña, las edificaciones descendían en diferentes niveles y se levantaban las azules cúpulas de las iglesias.

Fueron a la playa Roja. Tuvieron que caminar a través de las rendijas que se formaban en los acantilados. Acceder resultaba complicado. Era una playa rodeada de piedra de color rojo que se reflejaba en el agua. Hubiera sido mejor hacer la ruta con una barca, pero iniciaron la caminata atraídos por el reclamo del sitio. Tenían ganas de nadar en el mar porque el día era caluroso. Recorrieron el camino concentrados, temerosos de sufrir un desprendimiento. De vez en cuando, Eva murmuraba un taco. Estaba amodorrada, como si hubiera perdido el buen humor. Toni parecía una liebre que corre por el bosque. Tenía la costumbre de realizar excursiones y no sufría mucho. Al fin y al cabo, eran quince minutos de mal sendero. Ismael iba con Nura, que seguía distraída. Cuando llegaron, les pareció un lugar espectacular. El tono rojizo le daba un aire mágico. El agua estaba clara, el sol lucía. Les fascinó la peculiaridad rojiza del paisaje. Allí las llamas y el agua se unían. Se acercaron a la orilla con la intención de zambullirse. Toni se lanzó el primero. Eva se estaba quitando las sandalias para adentrarse en las olas cuando oyó el grito. No era de gaviota ni de animales salvajes. Recordaba el gemido de un niño cuando le ataca un dolor imprevisto.

Era Nura. La chica estaba inmóvil, con una expresión de sorpresa. Parecía una estatua de mármol. De los labios surgió un sonido casi gutural. ¿Se lamentaba o era el eco de una queja? ¿Sufría o hacía resonar el dolor de alguien? No habrían sido capaces de adivinarlo. El gesto evocaba pitonisas de otra época. ¿Figuras que podían predecir el futuro se apoderaban de la amiga para que les diera voz? ¿Era Casandra, otra vez? La princesa de Troya, que le ofrendaba el poder de la visión, había vuelto para que viera imágenes que ellos no podían descubrir. Ismael no se adentró en el agua. Estaba en la orilla, cerca de donde se había

producido la metamorfosis: el cuerpo en movimiento estaba quieto; la sonrisa se desvaneció; el grito rompía el silencio. La cogió por los hombros con la intención de hacerla reaccionar. Intuyó que no estaba en la playa Roja, sino que vagaba perdida. Dijo en voz alta su nombre. Lo repitió hasta que notó que volvía. Un temblor leve fue el primer indicio. La mirada encontró el rostro de Ismael, un descubrimiento que la alivió. Se arrodilló en el suelo, sobre la arena, que esparcía reflejos rojos. Cuando la sujetaba, le preguntó:

—¿Cómo estás? ¿Qué has visto?

—No podemos perder ni un minuto —respondió ella, muy pálida.

—¿Por qué? Cuéntame qué te trastorna.

—Tienes que volver al barco —dijo con firmeza.

—¿Yo? ¿Por qué? El camino es largo.

—No importa. Escúchame: está en peligro y solo podrás impedirlo si te apresuras. Lo he visto en un relámpago. No puedo saber qué ocurre en este preciso instante.

—¿De quién me hablas?

—De la mujer que nos trajiste: Júlia.

El nombre actuó como un sortilegio. Ismael reaccionó, convencido de que Nura no mentía. Ocurría algo terrible. Empezó a correr. Las deportivas le quemaban la planta de los pies, las rocas amenazaban con romperle la cabeza si resbalaba entre los riscos. No se detuvo porque los presentimientos le daban alas. Las voces de Toni y Eva se diluían en la distancia. Desde el mar, lo reclamaban. Intentaban detener la carrera del hombre que se marchaba sin una palabra de adiós. Las voces fueron amortiguándose a medida que las dejaba atrás, como si la playa fuera un mal recuerdo. Las gotas de sudor lo empaparon de sal. Empañados los ojos, consiguió llegar al puerto de Santorini. Localizó la lancha del barco. Cuando no podían anclar en puerto, dejaban la embarcación en medio del mar y había un sistema de lanchas para llevar a los pasajeros a la costa; iban y venían cada pocos minutos durante el tiempo de estancia. Ismael tuvo suerte. Había una a punto para marcharse. Subió deprisa. El aire le serenó la mente. La visión de Nura era inconcreta. Había muchos tipos de

peligro. Quizá exageraba al actuar de esa forma, pero prefería ser cauto. No estaba dispuesto a cargar con más culpas en sus hombros. No soportaría un nuevo embate de la vida provocado por sí mismo. Júlia podía resultar imprevisible. Entró en la nave, seguro de que estaba en el lugar correcto. Lo único que le preocupaba era saber si llegaba tarde. Localizar a alguien en un barco de aquellas dimensiones no era sencillo. Cuando no le contestó al móvil, corrió a su suite, pero se encontró con los servicios de limpieza. No había rastro de la mujer que buscaba. Fue a las terrazas que daban al exterior, pues quizá estuviera leyendo en una tumbona. Rogó que así fuera, pero no la encontró entre quienes tomaban el sol. Tampoco estaba en las cafeterías que servían zumos de fruta. Ni en las piscinas. Ni en ninguna parte donde su mirada pudiera llegar. Se alejó de la multitud. Tal vez Júlia había optado por no mezclarse con los demás. Era inútil buscarla entre quienes se reían o hacían juegos en el agua. La alegría no habría servido para distraerla.

Caminó por cubierta, a la deriva. Los ojos saltaban de un objeto a otro, de una persona que le resultaba familiar a alguien que quién sabe si podría ayudarlo. No se atrevió a pedir nada porque no sabía cómo hacer la pregunta. La gente no se pierde en un barco. No juega al escondite. No hay grandes tensiones; los problemas se aparcan; se vive tranquilo. Nada de aquello servía para Júlia, que era la mujer más complicada que había conocido nunca. Se impacientó. Sintió rabia, hasta que la vio.

Estaba a unos metros de distancia, alejada del resto. Reconoció la figura delicada, que miraba al mar como si quisiera empaparse de aire puro o arrojarse al agua. Lo intuyó en el abandono del cuerpo, en los cabellos desordenados, que se convertían en algas para refugiarse en el fondo marino. Las ideas tomaron forma: Júlia no sabía nadar. Estaban a bastante distancia de la costa, pero esperaría a que el barco partiera. Había elegido un lugar discreto en el extremo de la nave, una hora tranquila, cuando muchos pasajeros volvían. Estaba encogida, oculta, con la mirada en el cielo. No actuaría hasta que llegaran las últimas lanchas, pusieran en marcha motores y zarparan. Recordó las

aguas de la tarde en la playa Roja. Alguien le había dicho que las puestas de sol en Santorini eran inolvidables. Júlia quería suicidarse. Exclamó:

—¿Qué pretendes?

Ella volvió la cabeza para verlo sin cambiar de posición.

—Vete. No puedes hacer nada.

Ismael notó el peso de la muerte. Recordó las horas vividas en un pasillo de hospital, el deseo de algún atisbo de esperanza. Le suplicó:

—No lo hagas. Pasas un momento difícil, crees que no hay otro camino, pero no es cierto. Déjame que te ayude, como me ayudaste tú a mí.

—No puedes salvarme. —Hablaba con serenidad—. Todo es inútil. Mi vida carece de sentido. Soy incapaz de despertar sentimientos. No eres tú; soy yo. He intentado enamorarte, pero nadie puede amarme.

—No es cierto. Haría cualquier cosa por convencerte. Me equivoqué la otra noche. No debería haberte dejado sola. Perdóname, por favor.

—No mientas. ¡Cállate! Intentas evitar que salte, pero no es un impulso. Hace días que pienso en ello. Estoy cansada. Dicen que el mar todo lo cura. Necesito que me cure las heridas. Será dulce encontrar el reposo.

A él le desconcertó la actitud. Era una criatura fuera de sí, gobernada por los arrebatos. Podría disuadirla. Las palabras tienen poder de convicción. No parecía de voluntad débil, sino la auxiliar de enfermería que conoció. Tozuda, incapaz de escuchar las recomendaciones de los demás. Se preguntó cuánto tiempo llevaba escondida esperando: cuando los pasajeros se prepararan para la cena, cuando la tripulación no estuviera ocupada. Sería un buen momento. Se sinceraba. No le hacía reproches ni pedía compasión o ayuda. Ismael sintió impotencia. Hizo un último esfuerzo:

—Estoy contigo. Piensa en ello. Mantente tranquila. Contaré hasta tres. Solo nos separan tres pasos. Es poco. Deja que me acerque.

—No lo hagas.

—Por favor.

—No vengas.

—Uno —dijo un paso tímido—, dos —vacilaba— y tres.

Sucedió deprisa, pero lo captó con una lentitud dolorosa. El salto a las olas, el chapoteo del cuerpo en el agua, los círculos que se formaron en la superficie cuando se sumergió. Asomado a la barandilla, vio el movimiento concéntrico en el punto exacto en que acababa de desaparecer Júlia.

XXXVI

El agua dibujó círculos cuando Júlia se sumergió. A Ismael el mundo le pasó por la mirada en un parpadeo. Experimentó la sensación de ahogarse, como si fuera él quien se hundiese, rodeado de un silencio acuático. Se quitó los zapatos. Fue un gesto instintivo. Pidió auxilio con un grito que resonó en su interior porque el cuerpo hacía de amplificador. Quiso que los auxiliaran justo antes de lanzarse al mar, consciente de que no le había creído, convencido de que era solo una amenaza. Se dijo que se acercaría para que se tranquilizara, hablarían un rato, irían a cenar..., pero ella volvió a sorprenderle. Lo pilló desprevenido, como cuando apareció en el aeropuerto o cuando llamó a su puerta la pasada noche, pero no supo enfrentarse a ella, sino que huyó. Era incapaz de coordinar todas las acciones que el cerebro le ordenaba: quitarse la ropa, pedir ayuda, saltar a la inmensidad. Solo tuvo ánimo de desprenderse de las deportivas.

El mar no perdona dudas. No deja espacio para la reflexión sobre si es conveniente saltar al abismo. Hay que dar el salto sin pensar en ello. Se había tragado vidas, barcos, fortunas. Era el misterio del agua: podía ser consuelo, refugio para los afligidos, fuerza que renueva el pensamiento y, al mismo tiempo, devorarlo todo sin piedad. Madre mar, ¿así la llamaban? Ismael se inclinó sobre la barandilla. Agobiado, no había oído nada. Pasó junto a él un segundo cuerpo que se lanzó al agua casi a la vez que Júlia. No vio que se formaban dos círculos. Cada uno dibujaba otros más pequeños, concéntricos temblores del mar. Era el fotógrafo polaco. Antes de que llegara Ismael había observado los movimientos de Júlia. Desde una distancia suficiente para pasar inadvertido, adecuada para no perderse ningún detalle, la espió. Adivinó las intenciones de la joven en su obsesión por esconderse, en su

actitud de espera. Quienes esperan junto a las olas a menudo desean morir. Lo sabía desde hacía mucho.

Le recordaba al río de la ciudad en la que nació. Corría, poderoso, para terminar en el mar. La desconocida le pareció una mujer del río, una de esas ondinas que le contaban los cuentos de la niñez. Era pequeña. Los últimos rayos de sol le iluminaron el pelo al saltar por la borda. Estaba preparado. Se lanzó. Desaparecieron de la superficie. Júlia se hundía sin oponerse a la atracción que ejerce el fondo, se dejaba llevar por un camino de algas marinas, peces que huyeron en desbandada, corales. El fotógrafo buceaba con destreza. Interrumpió la ruta de ella hacia la hondura. Ella no lo esperaba. Habría querido forcejear con el intruso que interrumpía el descenso, pero carecía de habilidades acuáticas. Él era diestro, rápido. Mantenía la calma de quien se mueve en un hábitat conocido. La empujó mientras la obligaba a rehacer el trayecto. Debían recuperar el aire. Deprisa, deprisa. La urgencia de respirar daba precisión al empuje. Insistió en tirar hacia arriba. Se cargó el cuerpo en la espalda hasta que emergieron del agua, como si acabasen de nacer. Aunque Júlia lo ignoraba, al buscar la muerte había propiciado un segundo nacimiento. Como los niños que abren los ojos a la vida, miró al cielo. Respiraron. Ella tosía, escupía, perdió la noción de dónde estaba.

Ismael vio que volvía. Un desconocido la había salvado de morir. El alivio lo invadió. Lo habría abrazado. ¿De dónde surgía aquel ser bondadoso que había hecho posible un milagro?, se preguntó. Ambos náufragos estaban pálidos. Se apresuró a dar la voz de alarma. Corrieron los marineros, apareció el servicio médico con mantas hipotérmicas. Los llevaron al ambulatorio, donde el médico los examinó. La mujer estaba agotada, tenía el aspecto de quien ha sobrevivido a lo imposible, una expresión de incredulidad, la voz ronca, porque los ecos marinos le habían robado las palabras. Él se rehízo. Se secó con un albornoz, se bebió un té caliente. No se relacionaba con muchas personas. Aunque vivía en el barco, donde hacía retratos que se exponían en la galería, era de talante solitario. Inclinó la cabeza ante las muestras de gratitud, restó importancia a la proeza cuando el capitán acudió

a saludarlo. Lo único que necesitaba era retirarse a la habitación, aseguró. Se marchó con una sonrisa tímida, una mirada a la mujer que había ayudado a nacer.

Ismael no la dejó. Verla viva le resultaba reconfortante. Se imaginó que sacaban el cadáver de las olas. Percibió el horror de la culpa, un sentimiento que no le era nuevo, pero que tenía la capacidad de aniquilarle. Habría querido acariciarle las manos. Estaba quieto, dispuesto a vigilarla para siempre si era necesario. Cuando la trasladaron a la suite, la acompañó. Se convirtió en la sombra de Júlia, en el guardián que vela en la puerta. Mientras estaba allí, volvió a revivir la época del hospital. Cada tarde hacía la misma ruta con la esperanza de que una desconocida se despertara. Pasaron las semanas y los meses. Aprendió que se puede hacer largo esperar. Entendió que la uci es un infierno. Renunció al papel que interpretaba en un teatro de Barcelona, olvidó las frases que debía decir en la función, aprendidas con entusiasmo, hizo tabla rasa de quién era antes de ser el causante de aquel desastre. Todo eso revivía en la puerta de la habitación de Júlia.

En la playa Roja el atardecer se prolongó. Eva constató que Ismael se iba y se desentendió de él. Estaba harta de ocuparse de los problemas de los demás. Esperaba que tuviera suerte. Valoraba su bondad, la discreción con la que los acompañaba, pero no podía luchar contra los elementos, se dijo. El agua ejercía un extraño magnetismo en la mente cansada. La luz que emergía la ayudaba a olvidar los problemas. Se adentró en las olas. Nadó hacia el horizonte, convencida de que era la hora del reposo. Las brazadas resultaban liberadoras. Eran largas, acompasadas. La ayudaban a sentir cada músculo, a tener conciencia de la vida. Estaba viva pese a las pérdidas que había sufrido. Se preguntó si Ferran podía verla desde algún sitio. Le hubiera gustado preguntarle por qué caminos se perdió cuando se marchó. De niña, leía unos versos de Quevedo que hablaban de un amor que perduraba más allá de la muerte. Pervivía en los restos minúsculos de quien quiso. Era la ceniza, el polvo enamorado que mantiene la pulsión del sentimiento más allá de la materia caduca. ¿Dónde habían ido a parar las cenizas del

amor de Ferran? Se habían perdido en el aire, ¿cómo se fundieron las de la ciudad más poderosa de la tierra, siglos atrás? Se esforzó por sincronizar los movimientos de los brazos y las piernas. Tumbó la espalda mientras hundía la cabeza en el agua. Rodeada de burbujas, recuperaba la tranquilidad. Pensó en Bruno. ¿Desaparecería el vínculo que habían establecido cuando no estuviera? ¿Se convertiría en un delirio o en un sueño? Estaba cansada. Tenía que decidir qué rumbo tomar al irse de la playa Roja. Elegir nunca había sido fácil. ¿Quién pudo imaginarse que la existencia fuera tan complicada, que los sentimientos iniciarían una pugna para decidir qué hacer con ella, con la historia que protagonizaba? Se dejó ir porque, si el cuerpo flotaba, se sentía en paz.

En la orilla, Toni y Nura tomaban el sol. No había nadie más. Las piedras protegían una intimidad surgida sin que lo esperaran. Afuera, veían la cabeza de Eva, que aparecía y desaparecía de su campo de visión. Intuían que quería estar sola. Necesitaba asimilar lo que vivía. Eran conscientes de ello, a pesar de que no podían hacer nada. Él dijo:

—Me preocupa. Es una mujer fuerte, pero sufre. Creímos que viajar la ayudaría. Un cambio de aires es bueno. No nos hicimos cargo de la responsabilidad que asumió.

—Tienes razón. Actuamos con ligereza. Al final resultará que somos un grupo de irresponsables. ¡Era una propuesta estimulante y divertida! Teníamos que hacer un crucero para ayudar a recuperar el proyecto de Ferran. Un viaje de lujo, gastos pagados.

—No te burles. Tienes un sentido de la ironía que puede ser hiriente. Queríamos ayudar a Chiara, salvar la película.

—Estábamos dispuestos a recorrer lugares maravillosos del Mediterráneo. No te engañes. Es frívolo creer que las cosas no tienen un precio. Eva ha conocido a un hombre moribundo mientras intentaba superar la muerte de otro hombre. Ha mentido, se siente una mala persona. ¿Qué papel hemos jugado nosotros? El de un grupo poco sensible con un dudoso sentido de la amistad.

—No quieras castigarme porque tienes mala conciencia. Yo he sido honesto. Partí dispuesto a apoyar el sueño de un amigo al que

perdí. Todo se ha complicado, pero me niego a asumir extrañas culpas.

—La vida siempre es distinta de como la imaginamos. Bruno era un tío desconocido. No tenía voz ni rostro. Estaba sentenciado a morir. El problema empezó cuando Eva le puso cara, cuando se encontró con él. Dejó de ser un nombre, se convirtió en una persona a la que hemos engañado. Se siente culpable.

—Lo sé. —Hizo un gesto de contrariedad.

—Debemos asumir nuestra parte de culpa.

—El pedazo de pastel que nos corresponde. —Sonrió socarrón, pero estaba dolido.

—Me ilusionó la aventura. Imaginé que me aproxiMaria a la voz de Casandra.

—Ha sido así. Has podido avisar a Ismael para que volviera al barco. Has salvado a alguien de un peligro que desconocemos.

—No sé a quién ni de qué. Creo que se trata de Júlia. Mientras tanto, no soy capaz de confortar a Eva.

Toni se atrevió a hacer la pregunta que había evitado pronunciar:

—¿Por qué escapas de mí?

—¿De qué me hablas?

—Es la sensación que me has transmitido desde que iniciamos el viaje. En cada isla que hemos visitado, te he sentido lejana.

—He querido poner distancia. Había una atracción entre nosotros que me incomodaba. Opté por protegerme.

—No soy peligroso, Nura. Si te resulto molesto o desagradable, puedes decírmelo. No voy a volver a hacer el ridículo. Aunque me duela, es mejor aclarar las cosas.

—El problema no eres tú, soy yo. Decidí recuperar los dones de Casandra. Tenía la certeza de que estaba enfadada. Había hecho algo que la había ofendido. No tenía ni idea de cuál fue el error hasta que pensé.

—¿Qué pensaste?

—Fue una sacerdotisa de Troya. Una mujer libre que nunca se enamoró de nadie. Debía exigirme que fuera como ella.

—Querías seguir el modelo que te indicaba. ¿Cómo puedes

saber cuál era?

—No se casó. No hay ningún libro que lo diga. Ni leyenda alguna que hable de ello.

—No importa. ¿Quién explicó los amores de Helena y Héctor? Las historias a menudo se silencian. No se cuentan en voz alta. Se convierten en secretos, pues son confesiones peligrosas. ¿Helena causó una guerra?

—No, bueno... Sí, de alguna forma.

—Eres ambigua. Muchos lo afirMarian rotundamente. Otros lo negarían con la misma fuerza. No interpretes en clave de lógica lo que debería leerse con la imaginación.

—¿Cuál es la respuesta correcta?

—No hay una sola. Cada uno puede contestarla como quiera. La magia de Casandra no está sometida a prohibición alguna. ¿No dices que fue libre? A la vez sirvió al dios Apolo. ¿Cómo lo explicas?

—Se enfrentó a sus padres para abandonar el palacio y vivir en un templo. Los reyes no querían que se marchara. Fue un acto de rebeldía.

—Si lo interpretas de esa forma, es probable que te quiera libre también.

—Estamos locos, ¿no? —Empezó a reír—. Yo lo estoy. ¿Cómo he podido intentar descifrar los deseos de un personaje mítico, de una heroína legendaria? Me escucho y no me reconozco. La película me hizo perder la cabeza.

—Soñar no es de locos.

—¿Los poderes son una fantasía? ¿Me invento lo que he visto? —Estaba seria.

Toni la miró con ternura.

—No sé responderte. Yo solo te veo a ti.

Se abrazaron bajo el sol, junto a las piedras rojas. El cabello de Nura y la tierra eran una misma llama. Los dedos de Toni le recorrieron el cuerpo. Olvidaron el rumor de las olas, las voces de las conciencias, el miedo antiguo. Sentían un deseo elemental de ensamblarse, de perderse en geografías que trazan rutas secretas. Se dieron las manos, y todo era un vértigo feliz. Desapareció el

fantasma de Casandra, la adivina, a quien Nura no había sabido comprender. Si alguna vez existió una maestra del amor fue ella cuando acompañó a Helena durante el regreso, amándola en silencio. No quiso a ningún hombre. Tampoco deseó al dios a quien servía, pero entregó el corazón a otra mujer. Helena, seductora, perversa en la ignorancia del propio poder, le subyugó el alma. Por eso cambió el destino. Fue atrevida. Dicen que los valientes pagan caras sus hazañas.

Cuando Eva salió del agua los vio en la arena. Estaban juntos al fin. Se dio cuenta de que habían borrado el resto del mundo, y sonrió. Le alegraba que hubieran roto los muros. Formaban una estampa hermosa, pero se alejó para no estorbarlos. Se secó el agua con la toalla, aunque perduró el rastro de sal. Una sensación de aire marino impregnado en el cuerpo la acompañó en la vuelta. La ruta era difícil, senderos al lado de las rocas. No podía desviar la atención de los sitios que pisaba, en un ejercicio de equilibrios. Había sido un reto tomar la decisión última. La ayudó el mar: el cuerpo en el agua, la mente libre para pensar, en una soledad que le aclaró todas las nieblas. Verlos distraídos en el amor la complacía. No habría preguntas bienintencionadas ni la necesidad de explicarse antes de tiempo. Había tomado una decisión, pero no quería hablar de ello. No había sido fácil, aunque la estancia en el paraíso rojo la ayudó a concentrarse en el pasado y el presente. Se rasgó las piernas con las plantas del camino. Había arbustos, matorrales, algún lirio de mar.

Cuando tuvo que dejar ese paraje, se volvió hacia atrás: el sol estaba a punto de ponerse. Un astro de fuego se escondía en el horizonte de una playa roja. Era un espectáculo espléndido, el mejor escenario para el encuentro de los amantes. Se detuvo, abstraída en la contemplación del estallido carmesí. ¿Había un exceso de rojo en la tierra y el aire?, se preguntó. Nura estaba ocupada y no podía atender las voces de Casandra, pensó. No descubriría el secreto. Eva temblaba un poco, a pesar de la calidez del aire. Si la otra hubiera sabido lo que estaba a punto de pasar, habría interrumpido los juegos amatorios y ella tendría un nuevo motivo para entristecerse. Necesitaba llegar al barco, ir a la

habitación, incluso antes de quitarse las marcas de sal, hacer una llamada.

El teléfono sonó con insistencia. Chiara ayudaba a Adrià a hacer algunos ejercicios de estiramientos cuando lo oyó. Se alejó unos pasos para responder. Estaba dispuesta a escuchar a Eva a cualquier hora:

—Hola, querida. Hoy me llamas antes que otros días. ¿Has vuelto al barco?

—Acabo de llegar. Ni siquiera me he duchado.

—¿Hay algún cambio? ¿Estás bien?

—No, no me siento bien. Necesito que me escuches.

—Siempre lo hago. Estás alterada, puedo notar cómo te tiembla la voz. Me preocupas.

—Estate tranquila. No sé cómo expresarme, me cuesta explicarlo. Puede sonar extraño, contradictorio. En principio todo parece funcionar, pero no es cierto. Quien ha cambiado soy yo.

—¿Qué quieres decirme?

Se hizo un largo silencio. La respiración de Eva dificultaba las palabras. Le costaba encontrar las frases. La otra la animó:

—Dime qué tienes. Te entenderé.

—No sé si podrás comprenderme, aunque te esfuerces. Las cosas son distintas cuando cambiamos de perspectiva y las miramos con atención. Hay planes que parecen perfectos hasta que se llevan a cabo.

—¿No teníamos un buen plan?

—En teoría, sí. Cuando he intentado llevarlo a la práctica hace aguas por todas partes. Se hunde como una nave de papel en medio de las olas. Es un desastre.

—¿Qué falla?

—Fallo yo. Habíamos imaginado que Bruno era un obstáculo que salvar para obtener nuestro sueño. Un simple obstáculo. Nos equivocamos. Es un buen hombre que está muy grave. Se siente feliz porque ha conocido a una persona a la que había buscado siempre. Sonríe al pensar que ha reunido a la familia que deshizo.

Su familia eres tú, pero no te conoce. Ni siquiera te ha visto nunca. Le hemos mentido. Lo he engañado y no soporto su rostro cuando me mira.

—Él no sufre. Es feliz gracias a su encuentro. ¿No es una crueldad innecesaria romperle el sueño? Detente a pensar en ello. Estás nerviosa, pero no eres culpable de nada. La responsabilidad es mía. No debería haberte hecho asumir una suplantación. Hacerte pasar por mí cuando todavía no te habías rehecho de tu propio luto fue una pésima idea. Pero si disimularas unos días más, Bruno no sabrá el engaño y nosotros conseguiremos el objetivo. ¿Te ves capaz?

—Hoy he comprendido que no.

—Te has implicado emocionalmente, y sufres. Era un riesgo que no preví. Perderemos el dinero de la herencia, pero no importa. No vale la pena. No se pueden pagar precios imposibles por cumplir los sueños de nadie. Déjalo correr y vuelve a casa. Invéntate una excusa para irte. Huye del barco. Tienes que escapar.

—No puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Buscaré cuál es el aeropuerto más cercano y tendrás un billete mañana mismo. Pon cualquier excusa. Debemos salvarte de la angustia que vives.

—Discúlpame. No me he expresado bien: no quiero volver.

—¿Cómo? ¿Qué pretendes entonces?

—Escúchame: eres tú quien tiene que venir. Necesito que estés aquí. Bruno tiene derecho a encontrarse con la auténtica Chiara. Te lo pido. Tienes que volar a Grecia y ocupar tu sitio en el barco. Formas parte del viaje.

El viaje de Helena y Casandra fue largo. Navegaron por el mar que marcó sus vidas y que ahora las acompañaba en el trayecto. Durante el camino hablaron de Leda, la madre de Helena, muerta desde hacía tiempo. Se ató una soga en el cuello, marcada por el oprobio y la vergüenza. Sus hermanos gemelos se transformaron en dioses entre las estrellas. Lo decían las historias. Habían surgido numerosos relatos sobre Helena. La gente los narraba junto al

fuego las noches de invierno o al fresco de las calles cuando hacía calor. Hablaban de una belleza tan intensa que hirió la vida de quienes la amaron, de la misma forma que los rayos destruyen los árboles. Describían las facciones de la reina de Esparta como quien se entretiene en reseñar la perfección de los ángeles y el poder de los diablos. Mezclaban la inocencia de la infancia con la perversión de la adúltera; la niña que corría campo a través con la mujer que se escapó de noche rumbo a una ciudad extranjera. Casandra era una buena narradora. Sentada, con la cabeza de Helena en las rodillas, las palabras eran pronunciadas con ternura. No le ahorró detalles porque las historias tienen alas. Tarde o temprano volarían hasta Helena, que, si no estaba enterada, sufriría. El tono y los gestos de la pitonisa endulzaban el dolor, aunque anidaran en el espíritu de la princesa. Como no podía salvarla de las murmuraciones, destinadas a sobrevivirla, intentaba apaciguar su impacto. Cuando le dijeran que había sido la asesina de su madre, la causante de una guerra, la desgracia de Oriente y Occidente, quizá recordaría su voz cuando le comunicó que las mentiras deben olvidarse. Si no lo conseguía, no podría salvarse. Helena interrumpió a Casandra:

—Son muchos relatos para una vida.

—Eres un personaje de leyenda. Los habrá que te querrán más allá del tiempo. Otros odiarán tu nombre.

—Soy una mujer. Tuve la desgracia de ser engendrada por un dios. Quién sabe si esto es también falso. ¿Alguien me conocerá de verdad?

—¿Te importa mucho? La mujer que eres y la reina que describan tendrán puntos en común, coincidencias, pero también serán distintas. Habrá historias muy diversas sobre ti. Las que la memoria haga correr. Aquellas que se salven del olvido. Intentaremos que sobreviva nuestra versión.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos un relato de lo que le sucedió a la reina de Esparta.

—¿Te has inventado una leyenda tú también?

—Cuando Paris llegó, no logró robarte el corazón. Eres una

mujer demasiado libre para que alguien pudiera capturarlo. Ni el príncipe troyano ni tampoco el esposo que dejaste atrás.

—¿Qué vas a decir?

—Paris intentó convencerte de que huyeras con él, aunque no lo consiguió. Intentó robar una imagen tuya y hacer creer a los marineros de la nave que era Helena, pero tu reflejo no puede superarte. El engaño no duró mucho. Sin embargo fue la excusa que necesitaban los griegos para iniciar una guerra que nunca provocaste. Agamenón y la ambición fueron la causa.

—¿Cómo justificas la desaparición del palacio?

—No soportaste la existencia junto a un marido al que no amabas. Los engañaste a ambos. A Paris, porque solo le permitiste poseer un espejismo. A Menelao, porque te burlaste de su debilidad.

—¿Dónde pasé, según tú, estos años?

—Partiste en una nave la misma noche que Paris zarpó hacia Troya. Pagaste a los marineros para que contaran que la embarcación se rompió en mil pedazos cuando naufragó contra las rocas. En realidad, la travesía fue tranquila hasta la llanura de Egipto, donde has vivido.

—¿Quién te creerá?

—Algunos.

—¿Vamos a Egipto?

—Es nuestro destino.

Helena levantó la cabeza y la miró a los ojos. Leyó en ellos que estaba de acuerdo. Ambas mujeres supieron que Troya solo podía vivir en el fondo de los corazones, pero que no tenían que volver a hablar de ello. Lo que no se dice puede olvidarse o, al menos, hacerse soportable. No sobrevivirían si llevaban el lastre de lo vivido, convertido en palabras mil veces dichas. Silenciarían la verdad para que pervivieran las leyendas. Pasado el tiempo, la vida y la ficción forMarian parte de una materia única. Murmuró:

—Sabía que no era inmortal. Los hijos de un dios y un humano no reciben el don de la inmortalidad.

—¿Te hubiera gustado serlo? —Casandra le sonreía.

—Nada. En una única vida he experimentado infinitos

sentimientos. ¿Cómo habría podido soportar ser eterna?

—Los dioses viven para siempre, pero desconocen la intensidad de los humanos. Sus enfrentamientos furiosos son rencillas. No alcanzan el grado de felicidad ni de dolor que sufrimos nosotros. No sé quién sale perdiendo. Un latido de tu alma es más poderoso que la furia de Zeus.

—Sabía que no soy inmortal; he descubierto que tampoco voy a ser siempre joven. Durante años había conservado la piel tersa, el cuerpo ágil. No sé si eran los aires de Troya o el amor.

—Te veo como siempre. No hay ni una arruga en tu frente.

—Mírame el pelo.

Hizo un gesto que señalaba las raíces de la melena dorada. Casandra vio algunos mechones blancos. Costaba encontrarlos entre la mata espesa, pero estaban allí. Destilaban una claridad distinta que se unía a la luminosidad de siempre. Le acarició la cabeza con la mano, junto a las aguas tranquilas. Había plata y oro en la cabeza de la mujer más hermosa de la tierra. Helena había sabido capturar los reflejos de la luna y juntarlos con los rayos del sol.

XXXVII

Gabriele se despertó temprano porque tenía asuntos que resolver. Después de desayunar con Bruno, le informó de algunos temas que necesitaban su firma. El amigo no quería que lo molestase con burocracia. Tenía plena confianza en la gestión de Gabriele, que siempre se había encargado de los negocios de la familia. En el entorno marino, bajo el influjo del azul, no le apetecía dedicar tiempo al papeleo. No consideraba demasiado importantes las gestiones de las empresas o los inmuebles, el estado de los fondos de inversión ni las oscilaciones en la bolsa. En otra época, que le parecía remota, le gustaba participar en todo ello. Pedía informes minuciosos, seguía las novedades sobre economía, conversaba con sus asesores. Era una persona formada que tenía argumentos propios, que exigía que lo convencieran con razones sólidas si tenía que autorizar una operación económica. Siempre tuvo un espíritu curioso, ganas de saber. Del mismo modo que se formó en gestión de empresas y economía, era un apasionado del arte, de los viajes, de la literatura. Eran gustos que compartía con Gabriele, a quien consideraba un hermano pequeño encantador. Sin embargo, desde que estaba enfermo había debido escoger qué priorizaba. Chiara ocupaba un lugar esencial. El patrimonio familiar podía prescindir de sus injerencias. En un gesto de buena educación, más por corresponder a la gentileza de Gabriele que por auténtico interés, lo escuchaba con una sonrisa, asentía a sus comentarios, lo miraba con admiración y ternura. El joven veneciano detuvo el discurso para preguntarle:

—Bruno, ¿me escuchas?

—¿Lo dudas, querido amigo?

—Tengo la impresión de que estás disperso. Si quieres, lo dejamos para más tarde.

—Te lo agradecería. ¿Pedimos un zumo de naranja? Las frutas griegas son jugosas.

—No puedo. Tengo que trabajar un rato. He recibido algunos correos electrónicos que debería responder. Con el viaje he relajado demasiado el trabajo.

—No te andes con cumplidos. Te veo ansioso por acabar el trabajo. Nos vemos después, si lo puedes terminar.

—Por descontado. Tenemos una partida de ajedrez inacabada que, por cierto, gano yo.

—De momento...

—No te daré la satisfacción de dejarla pendiente.

—No me perderé la alegría de sorprenderte con movimientos inesperados.

—Pues nos vemos por la tarde. Aprovecha la luz. Hace un día espléndido.

Gabriele salió de la sala. Le gustaba ver el buen aspecto de Bruno desde que habían iniciado el viaje. El tiempo, el mar y Chiara habían hecho posible que recobrara la alegría. En el palacio veneciano donde se recluyó al conocer el diagnóstico habían vivido tiempos duros. El hombre vitalista, lleno de proyectos, se apagó. Buscó refugio en el lugar donde nació, entre las paredes conocidas, alejándose del alboroto de la gente. No respondía a las llamadas, a los mensajes alentadores ni a las muestras de afecto. Solo aceptó las visitas de Gabriele, que iba cada día, preocupado por la situación. Pasaron las semanas, los meses. Bruno pensó que se moriría de tristeza. Vivió su intento de rehacerse, de componer el rompecabezas de su vida, porque necesitaba saber qué lugar había ocupado en el mundo. Obsesionado con un viaje por el pasado, reconstruía su existencia. Le hablaba de su infancia, de sus padres y de su hermano, de las ciudades que había conocido. Desde el principio supo que al puzle le faltaba una pieza. Era la sobrina a quien quería conocer antes de morir.

Gabriele entró en el despacho donde trabajaba. En el ordenador tenía algunas carpetas con asuntos pendientes, e-mails que no había leído. Se excusó con la idea de que, mientras acompañaba a su amigo, también él vivía una aventura. Había un

correo de la notaría que los puso en contacto con Chiara. Lo leyó deprisa:

> Apreciado señor:
> Adjuntamos carpeta de documentos fotográficos sobre la actividad realizada por nuestra investigada los días anteriores a la salida de Atenas. Sentimos no haberlo enviado hasta hoy, pero la agencia de detectives con la que trabajamos nos la ha hecho llegar con retraso. No son documentos que añadan información nueva, aunque suponemos que pueden ser de alguna utilidad.
> Saludos y buen viaje.

Se lo habían enviado hacía una semana, pero en aquel momento no le dedicó atención. El instinto de quien registra lo esencial y prescinde de lo accesorio le hizo mirar el documento. No le interesaba demasiado qué había hecho Chiara antes de emprender el crucero. Suponía que eran fotografías en el trabajo, en las calles de Barcelona, en algún restaurante. La adivinaba valiente y misteriosa, próxima e inaccesible. Se alegraba de que hubiera aparecido en sus vidas. Abrió el documento para verla. Aparecieron imágenes de su vida cotidiana. En todas, una figura repetida que borró la sonrisa de Gabriele. Debía de haber algún un error, no era posible. En los lugares que habría tenido que ocupar Chiara estaba otra mujer. ¿De quién se trataba? Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Desde el barco, la mar estaba en calma. La serenidad del aire contrastaba con la angustia de un hombre que recorría los pasillos como si fueran laberintos. Hacía horas que se paseaba por las plantas, salía a cubierta, regresaba al refugio del interior. No era capaz de controlar la inquietud ni de detenerse en un lugar. El espacio se hacía pequeño para el nerviosismo de Gabriele. El pensamiento corría a un ritmo más veloz que los pasos, en un trayecto que saltaba de un punto a otro. Se superponían las imágenes de Chiara: la mirada cómplice, la sonrisa que lo había cautivado, la forma de andar, la música que habían bailado, las palabras donde la sintió próxima. Se intercalaban las fotografías de otra Chiara, descubierta en la pantalla del ordenador. Una mujer joven a quien nunca había visto. Ambas tenían un ligero parecido,

pero eran distintas. Según los datos que había extraído de sus contactos en Barcelona aquella misma mañana, la Chiara real era la desconocida. Después de una noche de insomnio, hizo algunas llamadas para comprobar que no había habido errores. Una chispa de ilusión le hacía desear que todo aquello fuera un malentendido o una broma absurda. Cuando finalizó la última llamada no le quedaba esperanza.

Darse de bruces con la mentira fue desconcertante. Estuvo a punto de correr a contárselo a Bruno, pero no fue capaz. La decepción del amigo sería tan profunda que le costaba enfrentarse a ello. Tenía que encontrar el tono de la conversación. Cuando acababa de cumplir el sueño de su vida, desbordado por el afecto que había despertado en él su sobrina, descubriría que había sido víctima de un engaño. ¿Cómo podía haber sucedido?, se preguntaba. La posibilidad de una suplantación no le había pasado por la mente. Si alguien le hubiera hablado de esa opción, lo habría considerado una idea rocambolesca. Reconocía que la mentira había sido impecable, llevada a cabo con la frialdad de los profesionales. Una actriz había interpretado el papel sin escrúpulos: había conseguido destruir el tiempo que le quedaba de vida a su amigo. Una furia intensa llenaba el corazón de Gabriele. La admiración que le había inspirado aquella mujer se transformó en rechazo. El aprecio se convirtió en odio. El descubrimiento había hecho posible un cambio absoluto de sentimientos. La indignación también le hacía sentirse culpable de haber caído en la trampa. No había protegido a Bruno como era su deber. Lo había dejado en manos de una impostora, mientras brindaba con ella por felicidades imposibles.

Se encontraron en el pasillo, como dos adversarios que se miran cara a cara. Eva se había duchado después de la conversación. Con el pelo húmedo y la impaciencia en su interior, corría al encuentro de Bruno. Caminaba los pasos de cada tarde, pero todo era diferente. La vida puede cambiar en un instante. En el recorrido, tomó conciencia de ello. La sensación de tristeza moderaba sus pasos, mientras el deseo de sincerarse la animaba a seguir. Se dio cuenta de hasta qué punto odiaba el engaño que

protagonizaba. Cuando apareció Gabriele, se le encogió el corazón. Le costaba reconocer su expresión adusta. Parecía un desconocido. Escuchó la pregunta, dicha con voz airada:

—¿Por qué lo has hecho?

—¿El qué? ¿Qué quieres decir?

—No hace falta que disimules más, lo he descubierto todo.

—No lo podrías entender, pero no es a ti a quien tengo que dar explicaciones.

—Me engañaste. Tengo derecho a exigirte una respuesta.

—Deberás tener paciencia. Primero es el turno de Bruno.

—Cierto. Le has destrozado la vida que le queda. Maldigo el día en que acepté buscar a la sobrina perdida. Habría tenido que protegerlo mejor. Soy un imbécil. Reconozco que hay formas de maldad que me superan.

Eva inclinó la cabeza como si la hubiesen golpeado. Se tambaleó mientras una sombra le inundaba las pupilas. Tuvo que hacer un esfuerzo para respirar hondo. Contuvo las lágrimas, porque necesitaba recobrar un mínimo de serenidad antes de ver a Bruno. Se sintió como si hubiera tormenta en el barco: las olas penetraban por las ventanas, zarandeaban el suelo, la arrastraban hacia el mar. Le dijo:

—Tenemos una conversación pendiente. Estate tranquilo: no lo olvido. Ahora, por favor, déjame el camino libre.

—Sé sutil cuando le cuentes que ama a alguien que lo apuñala. Procura que no te tiemble la voz.

—Es muy fácil juzgar aquello que desconocemos. Si querías decirme que soy una mala persona, ya lo has hecho. Déjame pasar y no me hagas perder el tiempo ni las fuerzas.

Eva se sorprendió porque el escenario era idéntico: las flores, la mesa dispuesta, los libros en las estanterías, la claridad de las lámparas. Había imaginado un entorno devastado, una confusión de objetos, un destrozo de cristales. Creyó que el espacio sería un reflejo del desasosiego que llevaba dentro, pero un orden impecable le recordaba todo aquello que había ido a destruir. Un mundo que haría caer al suelo cuando comenzara a hablar. Se le agarrotaba la garganta, notaba un nudo en el estómago. Se impuso

el deseo de empezar a correr. Todavía podía marcharse. Quizá la solución fuera seguir el consejo de Chiara: huir. No era una heroína de película ni una princesa troyana: solo una mujer llena de contradicciones que había cometido el error de pretender simplificar a su favor la complejidad de la vida, de pasar por alto los sentimientos, de no respetar a los demás. La tentación de marcharse desapareció al verlo. Bruno se levantaba, se acercaba con las manos extendidas, le sonreía. Hizo un esfuerzo por mirarlo a los ojos. La bienvenida del tío le hacía daño, pero sirvió para recordarle que no tenía que desaparecer. Él le dijo:

—Pareces fatigada. ¿La excursión de hoy ha sido interesante?

Le ofreció una copa de vino con ademán amable. Ella le respondió:

—Estoy triste.

La preocupación apareció en la mirada de Bruno, un interés sincero que la conmovió, porque lo hacía todo más difícil. Desde el silencio, la invitaba a explicarse. Sentados uno junto al otro, se observaron. Había ternura en la mirada del tío. Eva habría querido detener el tiempo para que la estima que sentían no se desvaneciera. El afecto era real, una verdad en la oscuridad de la mentira. Murmuró:

—Tengo que contarte una historia.

—Me gustará escucharte.

—Hazlo con atención para que, cuando la recuerdes, me puedas comprender un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Había una mujer enamorada. No es un inicio muy original, pero te aseguro que sentía un amor inmenso. Era feliz. La mayoría de los cuentos suelen acabar con una boda, una gran fiesta que celebra el triunfo de quienes se aman. Mi historia empieza con una boda alegre en la que los novios bailaron hasta el amanecer, cuando los invitados ya no estaban, convencidos de que habían alcanzado una eternidad de amor.

—Eres una buena narradora.

—Justo una semana después, el novio murió en un accidente de coche. La desdicha llega cuando menos lo imaginamos, como si

nos esperase en una esquina. La tristeza se instaló en su vida. No dejó ni una rendija para la luz. Ella entendió que lo único eterno es la pérdida.

—Hay desgracias terribles. —Bruno estaba atento.

—Con el amor, también perdió otras cosas: las fuerzas para levantarse cada mañana, la curiosidad por lo que la rodeaba, las ganas de trabajar, incluso en una película.

—¿Una película?

—Era actriz. Su marido dirigía un rodaje en el que ella interpretaba el mejor papel que había hecho nunca. Habían creado un proyecto que se desvaneció cuando todo quedó destruido. Les retiraron las subvenciones, las ayudas. Lo que habían soñado juntos quedaba inconcluso.

—Es una lástima.

—Tenía una buena amiga. Era su doble en las escenas peligrosas de la película. La otra también conocía el dolor, porque su compañero había sufrido un accidente mientras actuaba, cuando rodaba la primera escena de un papel magnífico. Al despertar del coma, él no podía andar.

—Es una historia extraña. ¿Qué quieres decirme?

—Esa amiga recibió la notificación de un notario. Le habló de un pariente que había aparecido de la nada para encontrarla, de un viaje, de una herencia.

—¿Somos nosotros? ¿Soy el tío que surge cuando nadie lo espera? ¿Tú eres la amiga de la protagonista?

—No. Yo soy la protagonista. Chiara no pudo embarcarse. Tenía que acompañar a su marido en la rehabilitación para que este volviera a caminar. No fue capaz de dejarlo solo. Buscó una persona de confianza, una sustituta. Me buscó para suplantarla en nombre del proyecto común, de la amistad. No soy tu sobrina, sino una actriz que ha ocupado un lugar que no le corresponde.

Las facciones de Bruno se transformaron. No era un cambio en el rostro, sino una parálisis de la expresión. Tardó algunos segundos en decir nada, como si su mente procesara lo que Eva le decía. Su voz fue apenas un susurro:

—No es cierto. Dime que no lo he entendido bien, que no sé

interpretar el sentido de tus palabras.

—Te he dicho la verdad.

—¿Cuándo? ¿Ayer u hoy? ¿Estos días de encuentro o ahora mismo? ¿Que quizá desvarías porque un exceso de sol te ha hecho ver visiones en la playa Roja?

—No soy tu sobrina. Me llamo Eva.

—Todo era una enorme mentira: tu identidad y nuestro afecto.

—No, la estima es cierta. Conocerte me ha hecho quererte. No podía soportar la culpa y por eso he venido a hablar contigo. Habría podido huir sin dar explicaciones, pero debo pedirte perdón. Hemos vivido una mentira llena de verdades pequeñas. Estas verdades importan, aunque no me creas.

—Vete. No mires atrás cuando bajes del barco.

Eva no pudo recordar cómo había salido del comedor. Conservaría la imagen del hombre inmóvil, con la frente gacha. Tan solo una figura rodeada del azul que vigilaba tras los cristales. Antes de irse, habría querido abrazarlo, repetirle que no todo fue un engaño. Ajustó la puerta sin decir nada.

En Barcelona, en aquel momento, otra puerta se cerraba detrás de Chiara. Había discutido con Adrià. Las palabras volaron como saetas. No estaba triste, porque la paciencia tiene un límite y hacía tiempo que lo había superado. Mantenía la calma, aunque se sintiera desbordada por la situación. Después de la conversación con Eva, necesitó unos minutos de soledad. Aquello que la otra pedía le sonó a imposible. ¿Cómo podía ir al encuentro de un barco donde transcurría una historia de la cual no formaba parte? ¿Con qué objetivo tenía que hacer el viaje? ¿Por qué tenía que encontrarse con un tío al que no conocía? Las preguntas se sucedían con una rapidez vertiginosa. Estaba inquieta. Poco a poco recuperó la serenidad. Pasó de la angustia a la paz. Visualizó a Eva. Conocía la voz de su amiga, a quien le gustaba controlar las cosas. Percibió su desorientación. Le hablaba desde una pena de mal describir. Sufría de una forma nueva que la desconcertó. ¿Qué

metamorfosis había vivido en aquel viaje que no habría debido de hacer nunca?

Cuando se lo contó a Adrià, se sintió incomprendida. El rostro del hombre enrojeció al escucharla. En su frente, destacaba el latido de las venas. Levantó la voz:

—¿Quién se ha pensado que es? ¿Por qué se atreve a darte órdenes como si no tuvieras nada mejor que hacer que correr detrás de sus pasos?

—Me preocupa. Conoce nuestra situación, pero me suplica que vaya. No puedo quedarme indiferente a lo que yo misma he provocado.

—Fue porque quiso. Había una recompensa bastante jugosa para que no fuera necesario un exceso de generosidad por su parte.

—Se embarcó cuando se lo pedí. No estaba en condiciones de interpretar un papel tan difícil. Intentó convencerme de que no era una buena solución, pero no fui capaz de dejarte.

—¿Te sientes culpable? Es lógico que no fueras. Te necesito para recuperarme y salir adelante.

—Te equivocas: te bastas y te sobras para acabar este trayecto. Te quieres tanto que no te hace falta nadie más.

—Doy los primeros pasos inseguro. Titubeo como un niño pequeño.

—Necesitas una madre que te acompañe. Ignoro cuándo dejé de ser tu mujer para ocupar un nuevo papel.

—No te vayas. Me hundiré si no estás.

—Aprende a nadar de una puñetera vez.

El día siguiente el barco hizo escala en Rodas. El sol lucía en un cielo espléndido. Los pasajeros salían de la nave con una expresión alegre que a Eva le resultaba incómoda. Nunca había entendido la indiferencia del mundo en los momentos duros de la vida. Debería haber tristeza a su alrededor.

El palacio del Gran Maestre de los Caballeros de Rodas era un castillo medieval de arquitectura gótica. Durante la temporada turística se hacían colas para visitarlo. Eva no había hablado con

nadie desde que se retiró a su habitación. Pasó una noche de insomnio que se hizo eterna. Cuando consiguió coger el sueño, los fantasmas poblaron su mente. Tomaban la forma de las personas que había amado, comparecidas para hacerle gestos de mofa, para burlarse de ella. Los rostros de Ferran y de Bruno, en una superposición de imágenes, adquirían consistencia. En la desazón de las horas oscuras, intentaba distinguir las facciones de uno y de otro, pero la cabeza le jugaba malas pasadas. Cuando se diluían las formas de ambos hombres, aparecía Gabriele. Volvía a oír la música del barco, pero él le daba la espalda.

A Toni, Nura e Ismael les contó la conversación con Bruno mientras desayunaban. Sus amigos habían temido que sucediera lo que les estaba narrando. No les sorprendió la confesión de Eva. No soportaba el engaño. Fueron testigos del descubrimiento del tío italiano, de cómo le dolió haberle mentido. La escucharon en silencio. Se había acabado el proyecto de Ferran. Lamentaron tener que borrar el sueño de la película, pero todavía era peor darse cuenta del sufrimiento de su amiga. Esta no se esforzó en disimular. Sentados a una mesa, cerca de la piscina, con la calidez del sol en la piel, se entristecieron. Eva tenía el rostro marcado por la pena: adivinaron el escozor de la culpa, la falta de sueño, la incredulidad sobre lo que le tocaba vivir.

Nura y Toni habían prolongado el encuentro amoroso en la suite del barco. Como buenos enamorados, no se habían dado cuenta de nada de lo que pasaba. Tuvieron que hacer un esfuerzo para concentrarse en la confesión y abandonar ese embeleso mutuo, propio de quienes se aman. Ismael, aún impresionado por el intento de suicidio de Júlia, no encontraba palabras de consuelo. Todos intentaron estar a la altura de las circunstancias; pero, a pesar de su buena voluntad, no tuvieron demasiado éxito en el empeño.

Era ya noche oscura cuando un avión procedente de Barcelona aterrizó en la isla de Rodas. Al aeropuerto de Diágoras llegaban muchos vuelos desde distintos puntos de Grecia, pues estaba conectado con un abanico de ciudades europeas. Chiara caminaba deprisa hacia la puerta de salida. Había llenado una

maleta de mano con cuatro prendas de ropa escogidas al azar y había partido. Seguía las instrucciones de una secretaria de Gabriele, que le gestionó el billete, el coche que la esperaba, la habitación donde tenía que instalarse en el barco que haría noche fondeado en la isla. Eva había comunicado a Gabriele las intenciones de Chiara. Lo hizo a través de Toni, que se ofreció a actuar para facilitar los trámites. Interpretó el papel de mediador entre dos personas que no querían tenerse que encontrar. Movieron los hilos con eficiencia, como si se hubieran puesto de acuerdo en lo que tenían que hacer: conseguir que la auténtica sobrina de Bruno pudiera hablar. Para Eva era urgente reunir a su tío y a su amiga antes de la llegada a Venecia. Habría querido avanzar las agujas del reloj.

Chiara caminaba segura, con la cabeza clara de quien ha tomado una decisión. Durante el vuelo miró el cielo. Las nubes formaban una niebla blanca. Estaba serena, deseosa de abrazar a Eva, convencida de que estaba en el lugar que le correspondía. No sentía dudas ni contradicciones, aunque Adrià intentó retenerla hasta el último minuto. Los esfuerzos fueron inútiles. En cada palabra, en los torpes intentos de convencerla con argumentos improvisados, encontró fuerzas para reafirmarse en la decisión tomada. Estaba tranquila mientras la voz de Eva resonaba como un eco en su interior. No estaba dispuesta a fallarle. Llevaba el pelo recogido, un vestido de algodón, sandalias de cuero. Tenía un aspecto casi adolescente, la mirada de un verde luminoso. Un chófer conducía el coche con que recorrió los catorce kilómetros hasta la ciudad de Rodas. Contempló los campos de olivos, un paisaje que le resultaba familiar a pesar de que no lo había recorrido antes. Eran los árboles, las rocas y las tierras del Mediterráneo. El chófer le preguntó si quería que encendiera el aire acondicionado, pero ella prefirió abrir la ventana para que entrara la brisa de la noche. Un aroma de verano, con olor a tierra y a hojas, le llenó los pulmones. Fueron directos al puerto, a un barco que la esperaba entre las sombras.

La leyenda que Casandra difundió decía que la reina de Esparta nunca llegó a Troya. Su lugar lo ocupó un reflejo, una ilusión que Paris creyó real. A menudo las mentiras tienen aires de certeza. La auténtica heroína de la historia había vivido aquellos años en Egipto, en la corte del rey Proteo, un monarca anciano que la respetó siempre. Se convirtió en la mujer que espera al marido, en la imagen de la fidelidad y del buen hacer. La maledicencia creó el relato de los amores entre Helena y Paris. Hubo una Helena que solo fue un espejismo forjado por los dioses, una mentira con tanta fuerza que causó la guerra. Los griegos no lo entendieron hasta que, después de la victoria, se dieron cuenta de que no estaba en Troya. Descubrieron que habían derramado mucha sangre por culpa de un fantasma. Un fantasma y un nombre que se hizo famoso a lo largo de los siglos. Homero la cantó infiel, porque no podía crear un gran poema épico sin la presencia de la seducción y la belleza invencibles. En unos bellos versos, Yorgos Seferis habló de la inutilidad de todas las guerras; pero, al referirse a la de Troya, dijo: «Tanto dolor y tantas vidas se despeñaron al abismo por una túnica vacía, por una Helena».

Cuando el barco en que viajaban llegó a Egipto, los marineros de la nave ya sabían de memoria la nueva versión de la historia. La adivina empleó sus poderes para convencerlos de la autenticidad de lo que les había contado. Conjuró la magia e hizo un sortilegio que esparció la mentira por todas partes. Consiguió hacerla penetrar en los rincones profundos de los sueños. Entre los fantasmas que comparecen por la noche, soñaron con la Helena que nunca pisó Troya. Tan solo estuvo su nombre. Casandra no escatimó esfuerzos. Se trataba de borrar cualquier vestigio de la vida vivida. No era posible hacer que aquello que sucedió no hubiera pasado nunca, pero podía manipular las creencias de muchos. Aquello que alguien cree es su verdad, sin que importe si los hechos ocurrieron. Se aprovechó tanto como supo del hechizo de las palabras. El objetivo era alejar a Helena de la culpa. Nadie podía creer que fue la causante de una guerra. Las guerras son siempre el fruto de la ambición humana, nunca son consecuencia de la locura amorosa.

La leyenda de la princesa adivina fue aceptada por algunos y rehusada por otros. Con el tiempo pasó a convertirse en una versión de la historia de Helena, igualmente cierta, igualmente dudosa que todas las demás. Cuando pisaron la arena de Egipto, Casandra respiró hondo porque habían salvado la vida.

Héctor, el hijo del gran héroe, observaba los nuevos parajes con ojos sorprendidos. Después de tantos días en el mar, corría por la arena, saltaba, daba volteretas. Todo era una fiesta en la orilla del agua. La alegría del niño contrastaba con la expresión seria de su madre. Helena se sentía aliviada porque habían conseguido llegar a la meta, pero observaba el entorno con la indiferencia de quien lleva otros lugares en el corazón. No podía concentrarse en el paisaje, pues las montañas y los ríos de Troya la habitaban. Era incapaz de situarse en un lugar concreto, como si los seres queridos reclamaran su presencia desde la profundidad del Hades. En su espíritu no quedaba curiosidad. Era un alma perdida a quien la ayuda de Casandra salvó de hundirse con Troya. El único objetivo había sido escapar de la muerte, pero la muerte estaba con ella incluso lejos de la ciudad quemada. Cuando descendió de la nave, habría querido tumbarse sobre la arena, al abrigo de las palmeras, y dormirse. Se habría sumergido en un estado de letargo que la ayudase a olvidar lo que dejaba atrás, pero estaba condenada a mantenerse lúcida hasta el fin de sus días. La memoria sería la traidora última, encargada de devolverle las imágenes del pasado.

Se sentó con la espalda apoyada en una roca. Observó la seguridad con que Casandra dirigía las tareas de bajar los baúles del barco. Era una mujer fuerte, que no desfallecía, y admiró la firmeza con que daba órdenes a los marineros. Nadie habría osado poner en entredicho la autoridad de la sacerdotisa. Las cajas contenían todo aquello que rescataron de un lugar inexistente. Imaginar que Troya era un montón de escombros y de ceniza le causaba un dolor profundo. Evocó a Héctor. Tenía la belleza de los troyanos, la nobleza de los buenos príncipes, la fuerza de los héroes. Extrañaba su voz, su sonrisa, su mirada. Al fin y al cabo, había algo eterno en la hija de Zeus, se dijo. Era el amor por un hombre que habría podido ser un rey justo, pero que murió en la

guerra. Su hijo se acercó con las manos llenas de conchas, los cabellos sucios de arena. Le sonreía con la audaz picardía de quienes intuyen que rompen las normas:

—Madre —gritó—. He encontrado conchas de colores. Son mi tesoro.

Helena lo acogió en su regazo mientras se esforzaba en parecer interesada por las formas nacaradas, rosas, blancas, grises. Abrió las palmas de las manos, donde él depositaba cada hallazgo, y describía sus peculiaridades. No cupieron todas, algunas rodaron sobre la túnica; otras se esparcieron a sus pies. Le dijo:

—No te preocupes, Héctor. Buscaremos una cajita donde puedas guardarlas.

—¿No podríamos conseguir un hilo de pescar? Es fuerte, no se rompe. Los marineros tienen en el barco.

—¿Para qué quieres un hilo?

—Te haré un collar.

El azulísimo cielo de Egipto los deslumbró.

XXXVIII

Chiara subió al barco. La esperaban sus amigos, que se apresuraron a abrazarla. Cuando Nura la estrechó entre sus brazos, le dijo al oído que sabía que se encontrarían entre las nieblas que esparcía Casandra. Toni la recibió con el entusiasmo de quien ha cumplido un deber. Hacer de intermediario entre Gabriele y Eva no había sido una tarea fácil. Ambos actuaban con el objetivo de restablecer el equilibrio en el desorden de la historia. Aunque fuese por razones distintas, querían que apareciese la verdadera Chiara para ocupar su lugar. Gabriele se creía culpable de haber permitido un engaño que perjudicaba a Bruno. Como si fuera náufrago, se abrazaba a la tabla de salvación que podía representar su sobrina. Eva estaba obcecada en restablecer la verdad a cualquier precio. Sentía el deber de solucionar el fraude del que había sido víctima el italiano. Todavía no estaban en Venecia, había tiempo para enmendar el error cometido. Ismael sonrió a Chiara. Al verla, la noche se iluminó para él. Fue el gesto espontáneo de quien siente el alma alegre por la llegada de alguien querido. Le alargó las manos en señal de bienvenida, aunque no le dijo nada, consciente de que no era momento para conversaciones.

Eva esperaba a Chiara en la habitación. No había salido en muchas horas. Vivía en una mezcla de ansiedad y esperanza. Sentía impaciencia por el tiempo que no avanzaba, por el miedo a que un obstáculo impidiera la llegada de su amiga, por las ganas de verla y el deseo de compensar a Bruno. Cuando estuvieron una frente a otra, se quedaron quietas. Se miraron con afecto. Querían hacerse tantas preguntas que las ideas eran un remolino en sus pensamientos. Estaban contentas de reencontrarse, pero tenían miedo. ¿Cómo explicar que la vida nos ha cambiado, que aquello que antes era prioritario deja de serlo porque es sustituido por

nuevas sensaciones o por compromisos surgidos del alma? Eva murmuró:

—No he sabido interpretar el papel. Escogiste a una mala sustituta. No me había pasado nunca, pero me he implicado en la historia de Bruno. ¿Qué clase de actriz soy? Perdóname.

—Eres una magnífica actriz, pero una persona aún mejor. Mi tío debe de valer mucho la pena si ha sabido conmoverte. Antes de hacer el viaje vivías en una nube.

—Es la familia que me habría gustado tener. Se hace querer. Te darás cuenta cuando lo conozcas. Os merecéis mutuamente.

Se abrazaron y los temores se hicieron pequeños.

Júlia tardó en recuperarse del frío. El mar la cubrió como una piel gélida que se le adhirió a la propia. No conseguía desprenderse de esa sensación, ni siquiera entre los edredones de plumas. No tragó agua, sino aire de tempestad. Sentía el cuerpo lleno de temblores marinos. Descansó mucho tiempo. Ismael fue su guardián, hasta que el fotógrafo fue a sustituirlo. Lo vio aparecer por el pasillo y quiso manifestarle su gratitud. Abandonó la posición de atalaya, quieto en la puerta, y se acercó con el deseo de reiterarle que se sentía deudor. El otro esbozó una sonrisa, porque no era un hombre extrovertido. Medía sus expresiones corporales, aunque perseguía rictus minúsculos en los rostros ajenos. Era el secreto de una curiosidad inagotable por detener gestos en una fotografía. Vivía con pasión la captura de los detalles: un arqueo de cejas, un párpado que se cierra y se abre, los fondos de las miradas, la inclinación de los labios. Puesto que era observador por naturaleza, jugaba a interpretar los rostros que retrataba. Por el contrario, era parco a la hora de expresarse. Lo habían educado desde niño para contener las emociones.

Con pocas palabras, restó importancia a la proeza de haber salvado la vida de Júlia. Aseguró que no había tenido tiempo de pensar en ello, que fue una cuestión de reflejos, para nada meritoria. No le costó persuadir a Ismael para que le permitiera ocupar su lugar. El actor acabó convenciéndose de que aquel

personaje misterioso, que vivía en un barco, era la forma humana de un ángel enviado para protegerlo. El fotógrafo se sentó en una butaca cerca de Júlia. Contempló su cara. Cuando ella despertó, se encontró la mirada del hombre de las olas. Recordaba su presencia entre un remolino de mar. Notó cómo le acariciaba el pelo mientras le contaba un cuento en su lengua. Una historia de ríos, ondinas, bosques. Aquella voz calmaba su angustia. Aunque no entendió el significado de las palabras, Júlia captó el embrujo de la historia. Gracias a un sortilegio, pudo sonreír.

Eva y Chiara se despertaron. Habían dormido pocas horas. Conversaron protegidas por una oscuridad que hacía las palabras sencillas. Hablaron de los días pasados, de las contradicciones a las que habían vivido sometidas, del error cometido. Su complicidad había salido reforzada. Se sabían unidas en un vínculo de confianza que nadie podría destruir. Con la primera claridad, Chiara preguntó:

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

—Es necesario que hables con Bruno. Le tienes que contar tu versión de los hechos. Debe conocerte, eso es lo más importante. Siento que debo compensarlo con la verdad.

—Le confesaste todo. ¿Qué más le puedo decir?

—La verdad eres tú. ¿No lo entiendes? Es la presencia, las palabras, los ojos.

—¿Los ojos? —Chiara no pudo evitar una sonrisa.

—Tenéis los ojos idénticos. Son el mismo verde repetido en dos rostros. Te sorprenderás.

—¿Me querrá recibir esta mañana? Supongo que no puedo visitarlo directamente.

—Lo he pactado con Gabriele. Le dirá que llegaste ayer.

—¿Sabe que estoy en el barco?

—Era mejor no obligarlo a tomar decisiones en estas circunstancias. Está conmocionado por lo que ha descubierto. Se siente confundido. Si quiso conocer a su sobrina y lo engañamos, ahora entenderá que intentemos enmendar el error.

—Apareceré como un estorbo. Verá a una desconocida. A estas alturas, no sé cuál puede ser su reacción.

—No lo conoces. Confío en que su templanza atempere la rabia. Es un hombre bueno.

—Si fuera posible volver atrás, nunca te habría empujado a emprender este viaje. Lo lamento mucho.

—No debería haberte suplantado, pero conocerlo ha sido fantástico.

—¿Qué quieres decir?

—A veces, los errores nos ofrecen alguna recompensa. Bruno es valioso para mí. Me hace ser mejor. No sé cómo explicártelo.

—En cambio, es un intruso en mi vida. Sin embargo, cuando nos encontremos yo seré la intrusa. La situación es absurda, pero soy la única responsable.

—Necesito verlo sonreír antes de perderlo. Lo único que pido es que me perdone.

Se vistieron en silencio. Sentían que no había nada más que decir. Toni fue a buscarlas. Recién duchado, con aspecto de tener prisa, gesticulaba. Parecía nervioso cuando les anunció:

—Os ha citado dentro de un cuarto de hora. ¿Estáis listas?

—Sí —exclamó Chiara.

Eva se sorprendió.

—¿Quiere vernos a las dos? Debe de haber algún error. Tiene que encontrarse con Chiara pero no conmigo. ¿Estás seguro de que Gabriele te ha dicho que debo estar? Lo has malinterpretado.

—¡No me hables de ese veneciano! Es insoportable. Lo hace todo muy difícil. Ayer se negó a hablar conmigo directamente. Se las da de gran señor ofendido. Nos comunicamos a través de una secretaria que me da instrucciones. Y ha sido clara: a las nueve, en el despacho de Bruno.

—¿En el despacho? Nos solíamos encontrar en la sala de estar o en el comedor. Quiere marcar distancias. Pensaba que podría ahorrarme el trago de asistir a vuestro encuentro. Y ahora tendré que estar ahí hasta el último minuto.

—Quién sabe si todavía podremos convencerlos.

—Vamos.

El despacho de Bruno estaba situado en la zona norte de la suite que ocupaba. Era un espacio distinto de los que Eva conocía. Pese al buen gusto en la decoración, tenía un aire de lugar que no permite distracciones en el trabajo. En un extremo, una mesa ovalada con sillas. En el otro, el escritorio rodeado de libros donde Bruno trabajaba. Chiara veía el mar a través de la ventana. Por primera vez, lo sintió hostil. ¿Dónde estaba el azul que calmaba el corazón? Las olas volvían oscuras.

Gabriele estaba sentado frente a la mesa de reuniones, esperándolas. Tenía las facciones rígidas, aunque se esforzara por mantener la compostura. Se levantó al verlas y las invitó a sentarse, sin sonreír. Chiara se apresuró a obedecerlo mientras Eva se quedaba de pie en el umbral, su mirada empequeñecida por la incredulidad:

—¿Dónde está Bruno, Gabriele?

El tío no estaba. Su ausencia resultaba sobrecogedora para Eva, que nunca se habría imaginado esa situación. Había luchado para que se encontraran. Buscaba la oportunidad de ordenar las piezas de un rompecabezas imposible, un propósito que intuía difícil pero que acababa de desmontarse ante sus ojos. La respuesta le resonó en el cerebro, aunque el hombre le dijo en voz baja:

—¿Qué esperabas? ¿Encontrarlo dispuesto a abrir los brazos a quien no quiere verlo? Me parece una ingenuidad impropia de tu astucia.

—Quería que se conocieran. Intentaba recomponer lo que destruí.

—Hay un tiempo para cada cosa. El tiempo para conocerse pertenece al pasado. Hay errores que no podemos resolver. Tenemos que asumirlos.

—Explícate. No entiendo adónde quieres ir a parar.

Adoptó un ademán grave, se aclaró la voz y dijo:

—Según las últimas voluntades de los padres de Bruno, siguiendo su consejo, pues siempre quiso la justicia, la mitad de la fortuna familiar corresponde a Chiara. Eran dos hermanos. Debía haber una división exacta de los bienes a recibir. Esta parte le pertenecía antes de empezar el viaje. Con el conocimiento de su

tío, se jugaba la otra mitad. No lo explicitamos porque Bruno tenía el sueño de encontrar a su sobrina. Os ocultamos la información conscientes de que no era la mejor actitud; pero, vista vuestra réplica, la estratagema resulta casi infantil. Aquí tenéis las carpetas con la documentación que acredita los activos que recibirá la sobrina legítima cuando él muera: las propiedades inmobiliarias, las acciones, las carteras bancarias. Es una gran herencia. Podéis dedicaros a rodar una película detrás de otra toda la vida para entreteneros.

Los rostros de Eva y de Chiara habían perdido el color. Se miraron mientras intentaban asimilar la noticia. No sintieron alegría. Había muchos interrogantes en el aire. Gabriele continuó hablando como un autómata:

—Los papeles están firmados y la decisión es inapelable. La otra parte de la herencia, la que correspondería a los herederos de Bruno, no será para Chiara. No debe sorprenderos... Decidirá crear una fundación o donarlo a beneficencia. Buscará una causa que le interese. Siempre ha tenido una vena de filántropo. ¿Tenéis alguna pregunta?

Eva habló con un temblor en la voz:

—Habíamos dicho que intentaríamos que Chiara y Bruno se conocieran. Quedan días de viaje hasta que lleguemos a Venecia. Tenemos la oportunidad de acercarlos. Es maravillosa: la sobrina con quien había soñado antes de embarcarnos. Nos equivocamos, pero no queríamos perjudicar a nadie. Pasaba un momento difícil, se sentía obligada a cuidar del hombre al que amaba. Fue incapaz de dejarlo en Barcelona. Yo ocupé el lugar. La vida era terrible para mí porque había perdido a mi marido. Lo echaba de menos cada minuto todos los días. El viaje fue una huida hacia delante: quería ayudarla y, a la vez, cambiar de horizonte. ¿No puedes entendernos?

—No importa lo que entiendo o lo que pienso. La decisión es de Bruno y está tomada. Es firme: no quiere conocerla. Cuando estemos en Venecia yo mismo seré vuestro guía en el palacio que Chiara heredará. Él no estará. No os encontraréis.

—Déjame verlo cinco minutos. Tengo que convencerlo. Si me

recibe y me escucha, me comprenderá. Por favor, dame la opción de encontrarme con él.

—No me has entendido: no desea volver a verte. Tampoco está dispuesto a conocerla a ella. Haz el favor de no insistir. Bruno ya no está en el barco. Se ha ido.

Chiara no podía creerlo. ¿Era posible que no estuviera ahí? ¿Había buscado una solución para reconciliarse que no había servido de nada? Empalideció. La mujer segura se tambaleaba. Chiara habló con una calma que resultó incomprensible, porque no era capaz de recuperar el control. Gabriele la escuchó.

—Entonces no hay otra opción. ¿Es una decisión definitiva?

—Del todo —respondió Gabriele.

—Según los planes establecidos, ¿qué se supone que tenemos que hacer?

—Continuar disfrutando del crucero. Cuando desembarquemos en Venecia, visitará el palacio Barozzi. La informaré de lo que recibirá cuando Bruno muera. Es una cantidad importante. Necesitará que le aclare algunas dudas sobre el volumen de las acciones, los fondos de inversión, las referencias catastrales de los inmuebles. Soy abogado y economista, le resolveré cualquier cuestión.

—Mis preguntas no son sobre la herencia.

—Habla con una frialdad que me sorprende. ¿Saberse millonaria la deja indiferente? ¿Usted también es actriz?

—No he tenido tiempo de procesar la noticia. Ser rica nunca ha sido un objetivo en mi vida. Aunque le sorprenda, la prioridad es Eva, a quien veo deshecha. Me preocupa por dos razones: primero, porque me sustituyó para ayudarme. La idea fue mía. Yo se lo pedí, aunque me arrepiento de verdad. Segundo, porque ella quiere a mi tío como si fuera su sobrina. Las cosas han sucedido de la forma equivocada, en una historia que le ha causado dolor. Hemos querido solucionarlo, pero ha sido demasiado tarde.

—¿Qué buscan? ¿Mi comprensión? No puedo ofrecerles más que los servicios profesionales que necesiten. El resto no es una cuestión que me afecte. Usted se preocupa por el disgusto de una amiga. Yo sufro por un amigo que se siente engañado por su culpa.

La diferencia es que Eva superará esta pena que me describe. Bruno no tendrá tiempo para rehacerse. Morirá dolido. Estamos en bandos opuestos, señoras.

El crucero continuó con una calma y una alegría inalterables. El decorado era el mismo, aunque algunos de los personajes hubieran sufrido una transformación dolorosa. Los siguientes días fueran confusos. Eva sintió la tentación de abandonar el viaje. Quería volver a casa, al refugio del cual nunca tendría que haber huido, pero los otros no se lo permitieron. Toni, Nura, Ismael y Chiara estaban dispuestos a ayudarla. Volvían a estar unidos ante las dificultades. Inventaron un muro de piedra alrededor de Eva para que se sintiera protegida. Construyeron torres de defensa. Le ofrecieron el consuelo que necesitaba cuando la pérdida de Bruno la dejó huérfana. Por las mañanas almorzaban en una mesa junto a la piscina. Las palabras y el mar eran un bálsamo, pero los rayos del sol no conseguían ahuyentar el frío.

Llegaron a la bahía de Kotor y se sintieron seducidos por el paisaje. La naturaleza captaba la atención del visitante: el fiordo más meridional de Europa penetraba tierra adentro cerca de treinta kilómetros, entre las montañas de los Alpes Dináricos. En la ciudad de Kotor, buscaron el silencio. La visitaron el atardecer, cuando los turistas habían regresado ya al barco. Encontraron calles de piedra, plazas desiertas, un lugar mágico. La ciudad estaba rodeada de murallas. Ascendieron por unas escaleras hasta la fortaleza de San Juan, un mirador desde el cual contemplaron la puesta de sol. Chiara e Ismael se dieron la mano sin pretenderlo. Cuando el sol se pone, surge el estupor que provocan la naturaleza y la melancolía. Toni habría querido abrazar a Nura, pero optó por alejarse cuando entendió que intentaba consolar a Eva.

—¿Lloras porque no volverás a ver a Bruno? —le preguntó.

—Lloré por Ferran. Ahora lloro por él. Quizá por ambos a la vez.

En Kotor habitaban todos los gatos de la tierra. Esa fue la impresión de Toni al verlos recorrer las calles, sentados en las ventanas o tumbados en algún banco donde todavía perduraba el calor diurno. Eran sombras que acompañaban a las sombras.

Presencias silenciosas que surgían por todas partes. Toni habría querido fotografiarlos, pero la desidia que provocan ciertos momentos únicos lo superaba: el paisaje, las emociones que no eran capaces de gestionar, las piedras y los gatos esquivos.

Gabriele no se detuvo en ningún puerto durante el resto del viaje. Se encerró en el despacho a revisar documentos. Tenía que hacer llamadas, contactar con entidades bancarias, llevar a cabo gestiones. Hablaba con Bruno por teléfono. Desde Venecia, su amigo le daba órdenes y se interesaba por los negocios. Parecía concentrado en el trabajo, circunstancia que lo animaba a centrarse en ello. No le preguntaba por su sobrina ni hacía referencias personales. Incluso la enfermedad desapareció de los temas de conversación. El silencio era una herramienta para protegerse del dolor. El hombre de negocios sustituía al tío traicionado. El espíritu práctico era un escudo para esconder la desolación de quien tuvo que renunciar a cumplir un sueño. A Gabriele le era difícil hablar de emociones. No lo habían educado para escudriñar los sentimientos. Cuando alguien había pretendido hurgar en ellos, se había defendido. Era incómodo abrir el alma a los demás, pero también lo era intentar hacerlo ante uno mismo. No le gustaba sentirse vulnerable. Si el otro no manifestaba lo que sentía, no era capaz de interpelarlo. Se retenía en el último segundo, esclavo de falsas fortalezas masculinas.

Mientras tanto, los puertos iban pasando. Los paisajes eran una intensidad de colores que se mezclaban. Algunas mañanas, Eva se negaba a desembarcar. Había perdido el interés por los pequeños puertos, las calas, las ruinas. Los demás tenían que insistir para que pisara una ciudad. Chiara tenía que sacarla de la cama, ignorando los improperios y las quejas. Solía dormirse cuando hacía horas que las luces se habían apagado en todos los camarotes. Se sumergía en un sueño intermitente que no la ayudaba a descansar. Chiara abría las ventanas, le preparaba la ropa y la empujaba a ducharse. Entre todos intentaban obligarla a no rendirse, a moverse para no pensar. Nura se plantaba ante ella con un zumo de frutas. Toni e Ismael la esperaban, preocupados por la mujer a la que les costaba reconocer.

Gabriele vivió fases distintas, incluso contrapuestas. Pasó del odio que le inspiraba Eva a la necesidad de controlar sus pasos. Quería espiarla y alejarse a la vez. Cuando le daban noticias de ella, se arrepentía de un interés injustificable. Sentía vergüenza. Se movió entre el rencor y la añoranza. Evocaba la magia de unos encuentros que habría querido borrar de la memoria, pero que lo asaltaban como bandoleros de caminos. Experimentó la culpa. Se sintió responsable del sufrimiento de Bruno. ¿Por qué tardó tanto en leer el e-mail que le habían enviado desde Barcelona? ¿Por qué había dejado pasar los días sin abrir la carpeta del fichero donde estaban las fotografías de la auténtica Chiara? Sentía compasión por su amigo, pero maldecía aquella piedad que significaba infravalorarlo. Entonces habría querido asesinar a Eva, pero la ira era súbitamente sustituida por una ternura que no sabía justificar. En medio de un caos de emociones, procuraba esconderse. No iba a cenar al comedor principal, pedía que le trajeran el almuerzo, rehuía las cafeterías al aire libre; pero, cuando se perdía por los pasillos, deseaba encontrarla para verle los ojos, verdes, grises, color de miel.

Los cinco pasearon dentro de las murallas de Dubrovnik y recorrieron el camino de piedra fortificada. En la avenida Stradun, Chiara e Ismael se sentaron en una cafetería. Los otros se dispersaron por los callejones. Conversaron por primera vez en muchos días. Él le dijo:

—Me alegra que te decidieras. No debe de haber sido una decisión fácil.

—Cuando Eva me lo pidió, me pareció que había enloquecido, pero tenía que hacer el viaje. No podía permanecer indiferente ante lo que me decía.

—Supiste comprenderla. Estoy seguro de que te lo agradece. Yo también.

—No me tenéis que agradecer nada. La responsabilidad es mía. Debo asumirla.

—Me hace feliz reencontrarte.

—No es un buen momento para hablar de felicidad: Bruno ha partido y Eva está muy triste.

—¿Y Adrià?

—A él no quiero recordarlo ahora.

—Puede parecer impropio declararte un sentimiento que consideras fuera de lugar, pero verte siempre me ha hecho feliz. Me sucede desde que te conocí.

—Gracias.

—Te quiero. Estoy seguro de que lo sabes. Chiara, el mundo mejora cuando estás.

—No lo creo. —Le sonrió.

—Hace tiempo que quiero decírtelo. Las condiciones no son las mejores, pero ¿cuándo lo serán? No tenemos que esperar momentos perfectos ni dejar escapar la vida. Lo he aprendido en este viaje.

Ella no respondió. Alargó la mano por encima de la mesa, con la palma en alto. Ismael enlazó sus dedos con los de Chiara. El mundo entero olía a alegría.

Recorrieron los puertos y transcurrieron las mañanas. El mar hace perder la noción del tiempo. Así sucedió, hasta que el barco llegó a la estación marítima de Bacino, en el oeste de la ciudad de Venecia. Venecia, llena de magia, difícil de describir porque nunca pierde la capacidad de seducir. «No hay palabras que puedan explicar mi ciudad», le había dicho Bruno a Eva en una de sus conversaciones. Ella lo recordó cuando entraron en el palacio. Era un edificio gótico con balconadas que daban al Gran Canal construido en diferentes niveles. La entrada y la zona donde vivía el personal de servicio estaban al nivel del agua. En la primera planta, la cocina, las despensas, las zonas de lavandería. En la planta noble, los techos tenían más de seis metros, estaban decorados con estucos, damascos, cortinajes de seda. Los pavimentos eran de *terrazzo alla veneta*, diseñados con vidrios de Murano y mármol. Toni, Ismael, Nura y Chiara tenían la certeza de protagonizar una película, de haberse convertido en los personajes de una ficción. Eva observaba el escenario mientras extrañaba la presencia de Bruno. Los lugares que alguien a quien amamos nos describió siempre son dolorosos de descubrir cuando el otro está ausente. En las espléndidas salas faltaba Bruno. Podía imaginarlo

moviéndose entre los muebles. La armonía y lo espléndido de la decoración le hacían evocar el buen gusto, el saber estar, la amabilidad. Se sentaron en unos sofás donde les sirvieron pasteles de merengue rellenos de nata y chocolate. Se llamaban *i baci in gondola* porque fueron creados para los paseos en góndola de los enamorados. Bebieron Cartizze. Las burbujas invitaban al brindis, pero no tenían nada que celebrar. Estaban inquietos, expectantes. Los había recibido un mayordomo que se retiró cuando apareció Gabriele. Aunque estaba tenso, el aire de familiaridad con el espacio, la forma natural de ocuparlo, como si lo conociera de memoria, los tranquilizó. Evitó mirar a Eva cuando dijo:

—Os doy la bienvenida. Me habría gustado llegar antes, pero tenía que resolver temas de última hora.

—Gracias —murmuraron.

—Ayer cerré la herencia de Bruno.

—Eres muy directo —insinuó Toni, que percibía un ambiente poco amable y no sabía cómo actuar.

—Eso es una ventaja, ahorra preámbulos inútiles. Como sabéis, la mitad de la fortuna familiar pertenece a Chiara.

Al oír su nombre, ella bajó la cabeza avergonzada, con la sensación de recibir un bien inmerecido. Gabriele continuó:

—Bruno ha decidido dejar en testamento su parte a Eva.

Las palabras sonaron como disparos en la gran sala. Un fogonazo en la noche. Todos levantaron la cabeza, incapaces de hacer comentarios, agobiados por el esfuerzo de digerir la información. La voz de Eva sonó nítida:

—¿Eso quiere decir que me perdona?

—Yo iría más allá —resopló Gabriele—. Significa que te reconoce como familia del corazón. Te ha elegido, su sobrina eres tú.

—¿Dónde está? —preguntó ella con un hilo de voz.

—En un hospital. Su estado se ha agravado en los últimos días.

—Tengo que verlo.

—No puedes ir.

—Acompáñame. Nunca te pediré nada más. Hazlo por él, si

no quieres hacerlo por mí. No puede partir sin verme. No puedo soportar esa idea.

Todo sucedió en un impulso. De repente, Gabriele lo entendió: tenía que llevarla a despedirse del tío. Cogieron la lancha. Avanzaba como una saeta por el Gran Canal. Iban sentados en la parte trasera, en un asiento de piel. Gabriele y Eva volaban para llegar a una cama de hospital. Él habría querido relatarle la leyenda de una doncella que marcó su infancia. Vivió en tiempos de Carlomagno. Se llamaba Maria Partecipazio, pertenecía a la nobleza veneciana, era bella y apasionada, por lo cual le pusieron el sobrenombre de Vulcana. Se enamoró de Tancredi, que era un trovador, pero la familia de la muchacha se oponía, alegando que los laureles de los poetas no estaban a la altura de los honores nobiliarios. Vulcana lo convenció para que se uniera al ejército del emperador Carlomagno y fuera a luchar a España. De este modo, conseguiría un buen nombre que le permitiría aspirar a casarse con ella. Se trataba de obtener con esfuerzo lo que no tenía por derecho de cuna. Fue valiente y luchó con coraje. Su fama creció y llegó hasta Venecia, donde Maria esperaba su regreso, pero fue herido durante la batalla última. Tancredi murió junto a un rosal, que tiñó de sangre. Con las escasas fuerzas que le quedaban, pidió a Orlando, el amigo guerrero, que llevara una rosa roja a su amada. Desde entonces, el 25 de abril, día de San Marcos, patrón de Venecia, los enamorados regalan una rosa a su amor.

Gabriele habría deseado llenarle la vida de flores, celebrar Venecia a su lado. Eva alzó la cabeza. Vio los azules de que le había hablado Bruno cuando le regaló el pañuelo de seda. Eran bellísimos. ¿Cuántos había en el agua y el cielo venecianos?, se preguntó. Estaban todos. Empezaba a amar la ciudad a través de la presencia de Gabriele y de la añoranza de Bruno, como Helena se enamoró de Troya, siglos atrás. La lancha avanzaba en dirección a Piazzale Roma, donde un chófer los esperaba. Por primera vez en muchos días, se miraron a los ojos.

Eva pensó que aquello que alguien cree es su verdad, sin que importe si los hechos ocurrieron. Ella solo sabía que hay compromisos surgidos del alma más fuertes que la sangre.

Glosario

Afrodita: diosa de la belleza y el amor.

Agamenón: rey de Micenas y líder militar de los griegos durante la guerra de Troya.

Apolo: dios del Sol y de las artes, y deidad profética del oráculo de Delfos.

Aquiles: el más fuerte y valiente de los guerreros griegos, considerado invulnerable excepto en un único punto, el talón.

Atenea: diosa de la sabiduría y de la guerra, hija predilecta de Zeus y protectora de los griegos.

Áyax: hijo de Telamón, el rey de Salamina, y valeroso guerrero griego.

Casandra: princesa de Troya, hermana de Paris e hija de Príamo y Hécuba. Sacerdotisa del templo de Apolo y pitonisa.

Cástor: gemelo de Pólux y hermano de Helena y de Clitemnestra. Nace de uno de los dos huevos que puso su madre, Leda, y su padre es Tíndaro. Del otro huevo nacen Pólux y Helena, hijos de Zeus, que seduce a Leda poco antes de que esta se una a Tíndaro.

Clitemnestra: hermana de Helena, de Cástor y de Pólux, princesa de Esparta y reina de Micenas, por su matrimonio con Agamenón.

Eris: diosa de la discordia.

Héctor: príncipe heredero de Troya, gran guerrero y líder de la defensa de la ciudad.

Hécuba: reina de Troya y madre de Héctor, Paris, Casandra y Troilo.

Helena: princesa de Esparta y mujer de Menelao. Hija de Zeus y de Leda. Su huida con Paris la convertirá en princesa de Troya y será el desencadenante de la guerra.

Hera: esposa de Zeus.

Idomeneo: rey de Creta y uno de los caudillos griegos durante la guerra de Troya.

Ifigenia: hija de Agamenón y Clitemnestra, es sacrificada por su padre a instancias del augur Calcante, para obtener vientos favorables para el ejército griego en su viaje a Troya.

Leda: reina de Esparta y madre de Helena, nacida de su unión con Zeus.

Menelao: rey de Esparta, marido de Helena y hermano de Agamenón.

Paris: príncipe de Troya, hijo de Príamo y Hécuba. Su relación con Helena desencadenará la guerra entre griegos y troyanos.

Patroclo: héroe griego, amigo y amante de Aquiles.

Peleo: padre de Aquiles.

Penélope: mujer de Ulises y reina de Ítaca.

Pentesilea: reina de las amazonas.

Perséfone: hija de Zeus y reina del inframundo.

Pólux: gemelo de Cástor y hermano de Helena y de Clitemnestra. Hijo de Zeus y de Leda.

Poseidón: dios del mar.

Príamo: rey de Troya y padre de Héctor, Paris, Troilo y Casandra. Bajo su reinado tendrá lugar la guerra entre griegos y troyanos.

Telémaco: hijo de Ulises y de Penélope, príncipe de Ítaca.

Tetis: ninfa marina, madre de Poseidón y de Aquiles.

Tíndaro: rey de Esparta y padre de Clitemnestra y de Cástor.

Troilo: hijo pequeño de Príamo y Hécuba, príncipe de Troya.

Ulises: rey de Ítaca, también conocido como Odiseo. Su astucia será la artífice de la caída de Troya, tras diez años de guerra.

Zeus: dios de dioses y señor del Olimpo. Padre de Helena.

Todos los nombres de Helena
Maria de la Pau Janer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Tots els noms d'Helena*
© por la traducción del catalán, Rosa María Prats, 2022

© Maria de la Pau Janer, 2022

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Getty Images / Adam Burn y © Honz Krej / Shutterstock

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6218-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

[image]

Cinco horas con Mario

Delibes, Miguel

9788423328765

264 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Este libro es un hito porque retrata, desde la voz más íntima de una mujer, la complejidad de todo un país.» AROA MORENO

Fue en 1966 cuando se publicó por primera vez en España *Cinco horas con Mario*, sin duda una de las mejores novelas en español del siglo xx y que mayor repercusión han tenido en el imaginario cultural del país, con multitud de adaptaciones teatrales a lo largo de las décadas. Para entonces, Miguel Delibes ya tenía cuarenta y seis años y había recibido los mayores galardones por su obra, como el Premio Nadal (1947), el Premio Nacional de Literatura (1955) o el Premio de la Crítica (1962), y su narrativa madura había alcanzado su zénit.

Una mujer acaba de perder a su marido y vela el cadáver durante la noche. Sobre la mesilla hay un libro —la Biblia— que la esposa hojea. Va leyendo los párrafos subrayados por el hombre que se ha ido para siempre. Una oleada de recuerdos le viene a la mente y empieza un lento, desordenado monólogo en el que la vida pugna por hacerse real otra vez. La pobre vida llena de errores y torpezas, de pequeños goces e incomprensiones. ¿Ha conocido Carmen alguna vez a Mario? Escuchamos el irritante discurrir de estrecha mentalidad de la esposa mientras otro hombre irá poco a poco descubriéndose, para el lector aunque no para ella, con toda su desesperanza y su fe en la vida.

Cinco horas con Mario es una brillante novela que pone al

descubierto el alma femenina para llegar al fondo de la sociedad española de su tiempo. A través del soliloquio de Carmen, una mujer conservadora de clase media-alta, Delibes recrea los problemas de comunicación en el matrimonio, la sociedad provinciana de la época y el conflicto de «las dos Españas», temas que hoy siguen vigentes y con pleno sentido en nuestra lectura contemporánea.

En el año en que se cumple el centenario de su nacimiento, reeditamos esta magnífica obra con un prólogo de la escritora Aroa Moreno, merecedora del Premio Ojo Crítico en 2017 y toda una revelación de la narrativa española con su novela *La hija del comunista*.

Cómpralo y empieza a leer

[image]

El camino del fuego

Oruña, María

9788423361748

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

2.ª edición

La teniente Valentina Redondo y su compañero Oliver deciden tomarse unas vacaciones y viajan a Escocia para visitar a la familia de este. Su padre, Arthur Gordon, está empeñado en recuperar parte del patrimonio y de la historia de sus antepasados y ha adquirido el castillo de Huntly, en las Highlands, que había pertenecido a su familia hasta el siglo XVII. Durante la rehabilitación del edificio encuentra un diminuto despacho que llevaba oculto doscientos años y en él, documentos que revelan que las memorias de Lord Byron —supuestamente quemadas a comienzos del siglo XIX— pueden seguir intactas y hallarse entre esas paredes. Pronto correrá la voz del extraordinario hallazgo y tanto la prensa de todo el país como varias personas allegadas a la familia se acercarán a ellos para seguir el curioso acontecimiento. Sin embargo, la aparición de un hombre muerto en el castillo hará que Oliver y Valentina se sumerjan en una inesperada investigación que los llevará a adentrarse en la Escocia de épocas pasadas y que cambiará el destino de los Gordon e incluso la propia historia.

Al tiempo, viajaremos a mediados del siglo XIX y descubriremos cómo Jules Berlioz —un modesto librero de las Highlands— y Mary MacLeod —una joven perteneciente a una familia escocesa acomodada— entrecruzan sus pasos en un camino literario y prohibido en el que el crimen lo salpicará todo de dudas y silencio hasta nuestros días.

Cómpralo y empieza a leer

[image]

La cara norte del corazón

Redondo, Dolores

9788423356393

688 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Cuando Amaia Salazar tenía doce años estuvo perdida en el bosque durante dieciséis horas. Era de madrugada cuando la encontraron a treinta kilómetros al norte del lugar donde se había despistado de la senda. Desvanecida bajo la intensa lluvia, la ropa ennegrecida y chamuscada como la de una bruja medieval rescatada de una hoguera, y, en contraste, la piel blanca, limpia y helada como si acabase de surgir del hielo."

En agosto de 2005, mucho antes de los crímenes que conmocionaron el valle del Baztán, una joven Amaia Salazar de veinticinco años, subinspectora de la Policía Foral, participa en un curso de intercambio para policías de la Europol en la Academia del FBI, en Estados Unidos, que imparte Aloisius Dupree, el jefe de la unidad de investigación. Una de las pruebas consiste en estudiar un caso real de un asesino en serie a quien llaman «el compositor», que siempre actúa durante grandes desastres naturales atacando a familias enteras y siguiendo una puesta en escena casi litúrgica. Amaia se convertirá inesperadamente en parte del equipo de la investigación que les llevará hasta Nueva Orleans, en vísperas del peor huracán de su historia, para intentar adelantarse al asesino...

Pero una llamada de su tía Engrasi desde Elizondo despertará en Amaia fantasmas de su infancia, enfrentándola de nuevo al miedo y a los recuerdos que la dotan de un extraordinario conocimiento de la cara norte del corazón.

Una novela trepidante que emociona y quita el aliento.

Cómpralo y empieza a leer

[image]

Un lugar a donde ir

Oruña, María

9788423352098

520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

3ª edición

Han transcurrido varios meses desde que Suances, un pequeño pueblo de la costa cántabra, fuese testigo de varios asesinatos que sacudieron a sus habitantes. Sin embargo, cuando ya todo parecía haber vuelto a la normalidad, aparece el cadáver de una joven en La Mota de Trespalacios, un recóndito lugar donde se encuentran las ruinas de una inusual construcción medieval. Lo más sorprendente del asunto no es que la joven vaya ataviada como una exquisita princesa del medievo, sino el objeto que porta entre sus manos y el extraordinario resultado forense de la autopsia.
Cuando hasta los más escépticos comienzan a plantearse un imposible viaje en el tiempo, comienzan a ocurrir más asesinatos en la zona que parecen estar indisolublemente unidos a la muerte de la misteriosa dama medieval.
Mientras Valentina Redondo y su equipo investigan los hechos a contrarreloj, Oliver Gordon, ayudado por su viejo amigo de la infancia, el músico Michael Blake, buscará sin descanso el paradero de su hermano Guillermo, desaparecido desde hace ya dos años, y descubrirá que la verdad se dibuja con contornos punzantes e inesperados.

Cómpralo y empieza a leer

[image]

Las formas del querer

Martín Rodrigo, Inés

9788423361380

408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

PREMIO NADAL 2022

5.ª edición

«El talento de Inés se percibe desde la primera página y la suya es una de las voces literarias más interesantes de los últimos tiempos.» **Julia Navarro, *Mujer Hoy***

Cuando la vida se detiene de golpe, es el momento de hacer memoria. Es eso lo que siente Noray ante la inesperada muerte de sus abuelos Carmen y Tomás. Tras su funeral, incapaz de afrontar la ausencia de quienes le enseñaron las muchas formas que tiene el querer, se encierra en la casa familiar del pueblo, donde creció y fue feliz. Allí se refugia en las palabras y decide enfrentarse a la novela que lleva años postergando: la historia de su familia, ligada a la de un país con demasiado temor a conjugar el pretérito, desde la guerra civil hasta la consolidación de la democracia. A través de la escritura, Noray evocará las vidas de aquellos que hicieron posible la suya y lidiará con sus peores miedos y fantasmas para tratar de descubrir quién es.

Esta historia llegará sin que ella lo sepa a manos de Ismael, el amor de su vida, que irá leyendo, en la habitación de un hospital, las páginas de ese relato cuyo final marcará para siempre el destino de ambos.

«Su naturalidad es lo que la hace más poderosa y convincente.» **J. A. Masoliver Ródenas, *La Vanguardia***

«Un relato poderoso y honesto en el que la autora se desnuda, muestra las heridas abiertas y conmueve con su narración.» **Eva Cosculluela**, ***Heraldo***

«Una novela formidable que muestra la sobresaliente capacidad narrativa de su autora.» **J. M. Pozuelo Yvancos, *ABC***

Cómpralo y empieza a leer